

EÇA DE QUEIRÓS

LOS MAIA



Los Maia es una de las obras más conocidas del escritor portugués Eça de Queirós. Su primera edición se realizó en Oporto en 1888. La obra cuenta la historia de la familia Maia a lo largo de tres generaciones. *Los Maia* relata la historia del deterioro de una gran familia portuguesa a través de dos de sus miembros: el viejo Afonso de Maia, el patriarca y un hombre admirado y su nieto, el joven Carlos de Maia, idealista, diletante y romántico, representante de la elegancia finisecular y auténtico protagonista del relato. Al hilo del desprendimiento, de la conclusión del tiempo y de un modo de vida, los personajes viven su tiempo y su vida y la novela escenifica los ritos del amor (y del escondido sexo burgués del siglo XIX, de adúltero o de pago).

Lectulandia

José María Eça de Queirós

Los Maia

Episodios de la vida romántica

ePub r1.1

IbnKhalidun 10.02.14

Título original: *Os Maia*
José María Eça de Queirós, 1888
Traducción, prólogo y notas: Jorge Gimeno

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Para Eça de Queirós, una literatura era la mejor justificación de una nacionalidad. En un país como Portugal, que cultiva su ser patrio tan primorosamente, determinadas obras han estado llamadas a convertirse en exponente máximo del genio y la vida portugueses: *Los lusíadas*, *Los Maia*, los escritos pessoanos. Incluso cuando su carácter y sentido último han sido contrarios a esa búsqueda ansiosa de confirmación de lo que se es. Entronizada como la mejor novela portuguesa escrita nunca, *Los Maia* representa en Portugal y para Portugal el sùmmum del arte narrativo: es su *Quijote*.

Para los no portugueses, no es ni menos ni más, sino algo mucho más serio: tanto una de las piezas capitales de la novelística del XIX como la obra maestra de Eça de Queirós, y en gran medida un texto por descubrir, pues inexplicablemente ha circulado menos que otras obras de su autor.

Como ciudadano que cultivó las letras, Eça (1845-1900) no da mucho que contar. Él mismo ya previno a los amantes de la vivencia ajena: «Yo no tengo historia. Soy como el Principado de Andorra». Fue un escritor de éxito, o mejor dicho, de fortuna; y un diplomático, entregado a la errancia profesional: Cuba, Inglaterra, Francia. Vendió sus libros bien, y gozó de prestigio y de críticas feroces (otra forma de prestigio), pues la crítica literaria periodística le trató con sus habituales limitaciones. En realidad vivió a contrapelo: Cuba no le gustó nada, sobrellevó Inglaterra, se resignó a Francia, su gran decepción. Fuera de Portugal echaba de menos la materia prima de sus libros, le molestaba tener que recurrir a la memoria, le molestaba no hallarse ante su molesto y querido Portugal, ya que en él bogaba a placer: «Necesito política, crítica, corrupción literaria, humorismo, color, paleta». Sus libros, al comienzo realistas, de mundo y peripecia portugueses, con el tiempo fueron luciendo tintes y escenarios internacionales, se abrieron al mundo. No tener a tiro a Portugal propició su evolución hacia cierto espiritualismo finisecular o decadente. Porque bajo la apariencia de un hombre positivo en un siglo positivo, Eça tal vez no fue sino un caballero desengañado, *blasé*, y *blessé*, que se avino al realismo educadamente: cuando uno tiene treinta años y la lucha contra la estupidez se pone de moda, los inteligentes se ven comprometidos. Pero a Eça le sobraba arte y mirada como para acabar siendo un naturalista *tout court*. Como Huysmans, hizo el camino completo que va del realismo naturalista al decadentismo finisecular. Sintió el cansancio del realismo, que a la larga se le fue haciendo antipático: «Por sus ínfulas científicas, por su pretenciosa estética emanada de una filosofía, por su invocación a Claude Bernard, a Stuart Mill y a Darwin a cuento de que una lavandera se acueste con un carpintero».

A Portugal realismo y naturalismo llegaron tarde, casi juntos y un tanto confundidos. Si bien la adscripción de Eça a la moda y los modos del naturalismo es,

vista desde nuestro tiempo, circunstancial: parte de ellos, pero los rebasa, apenas incurre en sus limitaciones: ni le puede el afán documental en detrimento del juego psicológico, ni se olvida de que una novela no tiene por qué no ser una obra de arte. Fue apóstol, pero no mártir del naturalismo. Siguió a Zola, pero Zola dijo de él que era «más grande que mi maestro Flaubert». Flaubert y Balzac, una extraña pareja, fueron sus primeros maestros: de Flaubert tomó el sentido de la exigencia estilística y su pasión por la estupidez humana; de Balzac el afán de levantar acta de una sociedad al completo. Fue un galicómano, su cultura era francesa, si bien se sabía su Dickens: «Portugal es un país traducido del francés en vernáculo». Esto le valió, como no podía ser menos, acusaciones de galicista: en cuanto un bobo no puede admirarse de la prosa ajena, la tilda de galicista; es algo que en España se ha visto mucho, y una proscripción que hace grupo con las de masón, comunista, etcétera.

Como todo autor de su época, como Tolstoi en *Anna Karénina* (1877), Eça se empeñó en *Los Maia* (1888) en trazar un friso de la sociedad de su tiempo: retrató todas las clases y casi todos los ambientes, distintas hablas, por más que inevitablemente se centrara en su clase conocida, la altoburguesa aristocratizante. Si en Tolstoi el friso se decanta del lado del drama moral, en Eça encontramos cierto equilibrio entre crítica de la estupidez humana, individual o colectiva, pulsiones éticas y mano del artista. Tolstoi nos premia de cuando en cuando con algo de escritura, mientras que nos va envenenando con abundantes dosis de acción y temibles cavilaciones en las que apunta, insidioso, el apólogo. Eça logra, poemáticamente, difuminar acción y tiempo, de manera que vivimos el absoluto presente de cada página, que es menos fugaz que en sus colegas, y cuando un personaje vacila moralmente, no lo hace, desde luego, para adscribirse a ninguna visión del mundo.

Es el estilo quien obra el milagro. Dentro de los esquemas de la narrativa de finales del XIX, que Eça violenta sutilmente, no hay mejor calidad de página: era demasiado artista como para garbancear el estilo o no captar la belleza escondida de su material. Su fraseo no es el usual de los grandes narradores de historias decimonónicas. Sin embargo le sirve para contar una gran historia, entendiendo tal concepto cuantitativamente: una historia larga, contada en muchas páginas, con cierta variedad de personajes, de ambientes y sucesos. Es decir, con un claro carácter de friso. En *Los Maia* Eça cuenta la historia de tres generaciones de una misma familia, y se burla por igual del romanticismo terminal y del naturalismo en boga, por más que en apariencia siga su senda.

Si el vocabulario de la prosa queirosiana no es rico, no es variado, su fraseo es portentoso, y halla su fuerte en la naturalidad de la frase bella. Eça es un Flaubert que repite palabras. Toulet opinaba que «en un escritor el miedo a las repeticiones es una especie de cobardía: una cosa bien dicha una vez no puede volver a decirse bien sino

como la primera». Uno de los mayores logros de Eça fue conciliar la elegancia de un estilo de cadencia dieciochesca con el afán de observación de su tiempo. Pero su pupila era más impresionista que científica; si en un bosque no hubiera podido describir las manchas de sol en el amasijo húmedo de la hojarasca, o la herrumbre de una begonia en un salón burgués, no hubiera escrito novelas. Le perdía el color de la frase, en una obsesiva búsqueda del timbre exacto de las cosas. «Hay seres inferiores para quienes la sonoridad de un adjetivo es más importante que la exactitud de un sistema... Yo soy uno de ellos», dice Carlos da Maia, y no cuesta imputar la frase al propio Eça. Como todo estilista verdadero, no ignoraba que un fraseo exigente disciplina el pensamiento: «¡Cuántas veces el esfuerzo por completar adecuadamente la cadencia de una frase no conlleva nuevas e inesperadas perspectivas de la idea!... ¡Viva la frase hermosa!».

Pero no son sólo las bellezas del estilo. Eça dominaba su arte de forma muy completa. Merece mención la belleza de la simetría argumental: todo sucede dos veces o de forma paralela, y los personajes se agrupan por parejas: los amigos: Carlos da Maia y João da Ega; las amantes: la condesa de Gouvarinho y Raquel Cohen; los seres abyectos: Dâmaso Salcede y Castro Gomes. Sólo es singular el viejo Afonso da Maia, y en menor medida Maria Eduarda. Y sólo hay un hecho singular: el amor incestuoso entre Carlos y Maria Eduarda. Es lo único que no se repite, que no se atiene a los dictados de la vida corriente, pues sucede contra la vida corriente, es un hecho absoluto en el que el individuo respira libremente, ajeno a la cárcel del mundo.

Y como la historia, las escenas tienen una nítida construcción, se articulan y pautan mediante el uso de *leitmotiven* o ritornelos, que con frecuencia les confieren un sesgo poemático. Si *Los Maia* es una novela dúctil y liviana, lo es gracias a su pericia en el tejido del decurso. Y este fluir contenido, lleno de notas de cristal, lo logra Eça de diversas maneras: con una alternancia magistral del estilo directo y el indirecto libre; mediante la cercanía de lo cómico y lo trágico; e incurriendo en sutiles suspensiones temporales y de la acción, que dan pie a tiempos y acciones menores en los que brilla la escritura queirosiana.

Para muchos lectores, la novela del XIX es el ámbito natural de las primeras lecturas. Por ello, a medida que pasamos sus páginas, le habla calladamente a nuestro inconsciente. Es para los varones, con frecuencia, el primer dibujo de mujer, el dibujo de la frágil y alocada, de la incomprendida burguesa decimonónica, que desprende a partes iguales aromas virginales y especiados: «Vivacidad refrenada», «abundancia de energía reprimida», «fuego interno que quiere ocultarse», son las notas con que Tolstoi pinta a Anna Karénina. Es un tipo de mujer que aún hoy ocupa el inconsciente de muchos hombres. En *Los Maia* los nombres de la mujer son Maria Monforte, Raquel Cohen, la condesa de Gouvarinho, Maria Eduarda, todas mujeres maduras, mujeres mayores para los cánones de la época, y que dibujan poliédricamente el

retrato del eterno femenino decimonónico, que en esencia sigue vigente, al menos en el sur de Europa. Son mujeres que aún andan por la calle: malcasadas sensibles y mujeres a la desesperada. Y qué decir de los hombres de aquella época, que son también los de ésta, de su fácil fascinación por la mujer frágil que amenaza perderse, y a la que ayudan a perderse, incapaces de acceder al entramado del alma femenina, en el que se asfixian al primer paso. Porque el hombre en el amor no busca ni el futuro ni el presente, como la mujer, sino que camina hacia el origen, busca cerrar un círculo. De ello es cabal muestra Carlos, el protagonista de *Los Maia*, que logra volver al origen saltándose, sin saberlo, uno de los más entrañables tabúes universales, el incesto, pero que no logra convivir con la ruptura del tabú. Quizá en eso tampoco ha cambiado mucho nuestro mundo respecto al de la novela, la revancha de la democratización no ha servido, desde luego, para afrontar más cumplidamente ninguno de nuestros tabúes. Sade o Gilles de Rais apenas lograrían hoy iniciar sus experimentos, al menos en Europa (el carnicero de Milwaukee es un pálido reflejo democrático de las tropelías señoriales de antaño). «Más fuerte que las leyes humanas», dice Eça del amor incestuoso de Carlos. Eso es lo que con frecuencia el hombre no logra ser, más fuerte que las humanas leyes.

Tanto en la pintura del diletantismo, un auténtico veneno de época entre los pudientes, como en el retrato cruel de la hidalguía portuguesa, cuya presencia aún es perceptible en la vida de Portugal, abunda esta novela, pero también en la taxonomía de una ciudad, Lisboa, y una sociedad, la portuguesa de 1875, cuyos lastres eran más portugueses que decimonónicos: Lisboa, «la ciudad de mármol y basura». Lo que no quita para que por encima del friso social y del relato de un amor malogrado, la historia de *Los Maia* se lea como la historia de una amistad (la que une a Carlos da Maia y a João da Ega) y como una crónica del fin de la juventud y el desamparado paso a la reductora madurez.

Uno se atrevería a pensar que *Los Maia* es una novela perfecta, con un final triste y prodigioso en el que se lanza una soberana y derrotada mirada panorámica sobre un mundo que parece acabarse, como siempre el mundo. Una mirada desconsolada — aunque no del todo— que ve cómo todo cambia y se malversa. Aunque no del todo.

Jorge Gimeno

Sobre la edición

Las notas pretenden desentrañar el sentido de ciertas menciones culturales, siempre y cuando el texto no las aclare por sí solo. Predominan las de asunto portugués, dado el general desconocimiento que en España existe de la cultura portuguesa.

Por no hacer interminable la anotación, no traduzco al pie las numerosas frases o expresiones en francés o inglés, pues en el peor de los casos su sentido se deduce del contexto.

J. G.

I

A la casa que los Maia ocuparon en Lisboa en el otoño de 1875, se la conocía en el vecindario de la Rua de São Francisco de Paula, y en todo el barrio de Janelas Verdes, como la Casa del Ramalhete, o simplemente el Ramalhete. Pese a este fresco nombre de vivienda campestre^[1], el Ramalhete, sombrío caserón de paredes severas, con una hilera de angostos balcones de hierro en el primer piso y encima una tímida línea de pequeñas ventanas al amparo del tejado, tenía el aspecto tristón de residencia eclesiástica propio de un edificio del reinado de doña Maria I^[2]: con una campana y una cruz por remate, hubiera recordado a un colegio de jesuitas. El nombre de Ramalhete procedía a buen seguro de un revestimiento cuadrado de azulejos que ocupaba el lugar del escudo de armas, que nunca se había llegado a colocar, y que representaba un gran ramo de girasoles atado con una cinta en la que se leían las letras y números de una fecha.

Durante largos años el Ramalhete había permanecido deshabitado, con telarañas en las rejas de las ventanas del piso bajo, adquiriendo un aspecto de ruina. En 1858 monseñor Buccarini, nuncio de Su Santidad, lo había visitado con la pretensión de instalar en él la Nunciatura, seducido por la gravedad clerical del edificio y por la paz durmiente del barrio: el interior del caserón también le había agradado, con su disposición palaciega, los techos artesonados, las paredes cubiertas de frescos en los que languidecían las rosas de las guirnaldas y los rostros de los cupidillos. Pero Monseñor, con sus costumbres de rico prelado romano, quería para su vivienda los árboles y las aguas de un jardín lujoso, y el Ramalhete apenas poseía, al fondo de una terraza de ladrillo, un pobre jardincillo inculto, entregado a las malas hierbas, con un ciprés, un cedro, una fuente seca, un estanque rebosante y una estatua de mármol (en la que Monseñor reconoció enseguida a Venus Citerea) que ennegrecía en un rincón bajo la lenta humedad de los ramajes silvestres. Por lo demás, el alquiler solicitado por el viejo Vilaça, administrador de los Maia, le pareció tan exagerado a Monseñor, que le preguntó sonriendo si se creía que la Iglesia aún se hallaba en los tiempos de León X^[3]. Vilaça le replicó que tampoco la nobleza se hallaba en los de don João V^[4]. Y el Ramalhete continuó deshabitado.

Aquella inútil covacha (como la llamaba Vilaça hijo, ahora administrador de los Maia por muerte de su padre) no había servido más que para guardar a finales de 1870 los muebles y la loza procedentes del palacete de la familia en Benfica^[5], vivienda casi histórica, que tras muchos años a la venta había acabado en manos de un comendador brasileño. En aquella ocasión se vendió también otra propiedad de los Maia, la Tojeira; y algunas de las pocas personas que en Lisboa aún se acordaban de los Maia, y que sabían que desde hacía varios lustros vivían retirados en su quinta de Santa Olávia, a orillas del Duero, le habían preguntado a Vilaça si aquella gente

pasaba estrecheces.

—Aún les queda su mendrugo de pan —decía Vilaça sonriendo— y mantequilla que untar.

Los Maia eran una antigua familia de la Beira, siempre poco numerosa, sin ramas colaterales, sin parentela, y ahora reducida a dos varones, el amo de la casa, Afonso da Maia, hombre ya mayor, casi un matusalén, más viejo que el siglo, y su nieto Carlos, que estudiaba medicina en Coimbra. Cuando Afonso se retiró definitivamente a Santa Olávia, las rentas de la casa superaban ya los cincuenta mil cruzados^[6]: a eso se habían ido sumando los ahorros de veinte años de vida en el campo y la herencia de un último pariente, Sebastião da Maia, que desde 1830 vivía en Nápoles, solo, entregado a la numismática. El administrador podía sonreír tranquilo cuando hablaba de los Maia y su rebanada de pan.

La venta de la Tojeira respondía al consejo de Vilaça, pero él nunca había aprobado que Afonso se deshiciera de Benfica tan sólo porque aquellas paredes habían visto muchos disgustos domésticos. Eso, como decía Vilaça, pasaba con todas las paredes. El resultado era que los Maia, con el Ramalhete inhabitable, no disponían de casa en Lisboa; y si bien Afonso a su edad amaba el reposo de Santa Olávia, su nieto, joven de buen gusto y amante del lujo, que pasaba las vacaciones en París y en Londres, no estaría dispuesto, una vez acabara sus estudios, a sepultarse entre los peñascos del Duero. Así, unos meses antes de que Carlos abandonase Coimbra, Afonso sorprendió a Vilaça anunciándole que estaba decidido a habitar el Ramalhete. El administrador compuso de inmediato un informe en el que pormenorizaba los inconvenientes del caserón: el mayor de todos eran las obras y gastos necesarios; además, la falta de un jardín afectaría a quien tan hecho se hallaba a los árboles de Santa Olávia; por último, hasta aludía a una leyenda según la cual las paredes del Ramalhete habían sido siempre funestas a los Maia, «por más que (añadía con frase premeditada) me avergüence de mencionar tales chifladuras en el siglo de Voltaire, Guizot y otros filósofos liberales...».

Afonso celebró mucho la frase, y respondió que aquellas razones eran excelentes, pero que deseaba vivir bajo techos tradicionalmente suyos; si hacían falta obras, que se hicieran, y cumplidamente; y en cuanto a leyendas y augurios, bastaría con abrir de par en par las ventanas y dejar entrar el sol.

El señor mandaba, y como el invierno venía seco, las obras comenzaron enseguida bajo la dirección de un tal Esteves, arquitecto, político y compadre de Vilaça. Semejante artista había entusiasmado a Vilaça con un proyecto de escalera aparatosa, flanqueada por dos figuras alusivas a las conquistas de Guinea y la India. Y se hallaba ideando una fuente de porcelana para el comedor cuando, inesperadamente, Carlos se presentó en Lisboa con un arquitecto-decorador de Londres, y tras estudiar aprisa con él algunos adornos y las tonalidades de algunos

tejidos, puso en sus manos las cuatro paredes del Ramalhete para que crease, conforme a su gusto, un interior confortable, de un lujo inteligente y sobrio.

Vilaça deploró amargamente aquel feo que se le hacía al artista nacional; Esteves se fue a su círculo político a proclamar que Portugal era un país perdido. Y Afonso lamentó también que se hubiese despedido a Esteves, incluso exigió que se le encargara la construcción de las cocheras. El artista se disponía a aceptar, pero le nombraron gobernador civil.

Al cabo de un año, durante el cual Carlos se trasladó con frecuencia a Lisboa para colaborar en los trabajos, para «dar sus toques estéticos», del antiguo Ramalhete sólo quedaba la fachada tristonra, que Afonso no había querido alterar por constituir la fisonomía de la casa. Y Vilaça no dudó en declarar que Jones Bule (como él llamaba al inglés), sin gastos excesivos, aprovechando las antiguallas de Benfica, había hecho del Ramalhete todo «un museo».

Lo que más sorprendía era el patio, antaño tan lóbrego, desnudo, toscamente enlosado, y ahora resplandeciente, con un piso ajedrezado de mármoles blancos y rojos, plantas decorativas, tiestos de Quimper^[7], y dos largos bancos señoriales que Carlos había traído de España, tallados en madera, solemnes como coros catedralicios. Arriba, en la antecámara, forrada como una jaima con tapices de Oriente, moría todo rumor de pasos: la adornaban divanes cubiertos de tejidos persas, enormes platos árabes con reflejos metálicos de cobre, una armonía de tonos severos en la que destacaba, en la blancura inmaculada del mármol, una figura de muchacha friolenta que, entre risas, tiritando, metía un pie en el agua. De la antecámara salía un amplio corredor, adornado con las piezas nobles de Benfica, arcones góticos, jarrones de la India y viejos cuadros devotos. Las mejores salas del Ramalhete daban a aquella galería. En el salón noble, raramente usado, con brocados de terciopelo color de musgo otoñal, había un hermoso cuadro de Constable, el retrato de la suegra de Afonso, la condesa de Runa, con tricornio de plumas y traje carmesí de amazona inglesa sobre un fondo de paisaje brumoso. Una sala más pequeña, contigua, en la que se hacía música, tenía un aire muy siglo XVIII con sus muebles rameados en oro, sus sedas de ramajes brillantes: dos tapices gobelinos, desvaídos, de tonos cenicientos, llenaban las paredes de pastores y boscajes.

Enfrente estaba la sala de billar, forrada con un cuero moderno, cosa de Jones Bule, en el que, por entre la profusión de ramajes verde botella, batían a las cigüeñas plateadas. Y al lado se hallaba el *fumoir*, la sala más cómoda del Ramalhete: las otomanas tenían la muelle vastedad de lechos; y el amparo cálido y un poco sombrío de los tejidos carmesíes y negros se animaba con los colores cantarines de antiguas fayenzas holandesas.

Al fondo del corredor estaba el escritorio de Afonso, revestido de damascos rojos como una vieja cámara de prelado. La maciza mesa de palisandro, las estanterías

bajas de roble labrado, el solemne lujo de las encuadernaciones, todo tenía un tono austero de paz estudiosa, realzada por un cuadro atribuido a Rubens, antigua reliquia de la casa, un Cristo en la cruz, cuya desnudez de atleta destacaba contra un poniente rojizo y tormentoso. Junto a la chimenea, Carlos había dispuesto para el abuelo un biombo japonés bordado en oro, una piel de oso blanco y un venerable sillón cuya tapicería aún insinuaba, en su trama de seda desvaída, las armas de los Maia.

En el corredor del segundo piso, vestido con retratos de familia, estaban las habitaciones de Afonso. Las que Carlos había tomado para sí quedaban en un ángulo de la casa, con una entrada particular y ventanas que daban al jardín: eran tres gabinetes corridos, sin puertas, que compartían una misma alfombra; los mullidos cojines, la seda que forraba las paredes, hacían que Vilaça dijera que aquello no eran aposentos de médico, sino de bailarina.

La casa, una vez lista, estuvo vacía mientras Carlos, ya licenciado, hacía un largo viaje por Europa. Fue sólo en vísperas de su regreso, en aquel precioso otoño de 1875, cuando Afonso se decidió a dejar Santa Olávia e instalarse en el Ramalhete. Llevaba veinticinco años sin ver Lisboa, y al cabo de unos pocos días le confesó a Vilaça que suspiraba por su umbría Santa Olávia. Pero ¡qué remedio! No quería vivir muy lejos de su nieto. Y Carlos, ahora, con ideas serias de carrera activa, tenía que vivir en Lisboa... Por lo demás, no le disgustaba el Ramalhete, pese a que Carlos, con su fervor por el lujo, propio de los climas fríos, se había prodigado en tapices, pesados reposteros y terciopelos. Le agradaba también el vecindario, aquella dulce quietud de arrabal adormilado al sol. Y hasta le gustaba su jardincillo. Claro que no era el jardín de Santa Olávia: pero tenía un aire simpático, con sus girasoles al pie de los escalones de la terraza, el ciprés y el cedro que envejecían juntos como dos amigos tristes, y aquella Venus Citerea que ahora se le antojaba, con su aspecto claro de estatua de parque, como venida de Versalles, de las profundidades del Grand Siècle... Y mientras el agua no faltase, la pequeña cascada era deliciosa, manando de su nicho de conchas, con sus tres pedruscos que simulaban un despeñadero simbólico, melancolizando aquel fondo soleado de jardín con su llanto de náyade doméstica, desgranado gota a gota en la pileta de mármol.

Lo que al principio había desilusionado a Afonso eran las vistas de la terraza, desde la que antaño se veía el mar. Pero las casas levantadas en torno en los últimos años habían echado a perder aquel espléndido horizonte. Ahora, una estrecha tira de agua y monte, visible entre dos edificios de cinco pisos separados por una calle, era todo el paisaje del Ramalhete. Pero no por ello Afonso dejó de hallarle un íntimo encanto. Era como una marina encajada entre blanca piedra de cantería, colgada del cielo azul frente a la terraza, que mostraba, a través de la infinita variedad de la luz y el color, los episodios fugitivos de una apacible vida de río: a veces una vela de barco de Trafaria^[8] que huía garbosamente a bolina; otras, una galera con todo el trapo al

viento, que se abría paso suavemente, con la brisa a favor, en el bermellón de la tarde; o bien la melancolía de un gran paquebote, rumbo al mar, listo para enfrentarse al oleaje, atisbado apenas un instante, que desaparecía como devorado por el mar incierto; o durante días, en el polvo de oro de las siestas silenciosas, el bulto negro de un acorazado inglés... Y siempre al fondo el trozo de monte verdinegro, con su molino quieto en lo alto y dos casas blancas junto al agua, llenas de expresión, ora relampagueantes y despidiendo rayos de las ventanas al rojo como brasas, ora adquiriendo al atardecer un aspecto pensativo, teñidas de los rosas tiernos del poniente, tan semejantes al rubor humano; o bien transidas de tristeza en los días de lluvia, tan solas, tan blancas, como desnudas bajo el tiempo desapacible.

Tres puertas vidrieras comunicaban la terraza con el escritorio. Fue en aquella hermosa cámara de prelado donde Afonso se acostumbró a pasar sus días, en el acogedor rincón que su nieto le había preparado tiernamente, junto a la chimenea. De su larga estancia en Inglaterra le había quedado el gusto por los suaves ocios junto al fuego. En Santa Olávia las chimeneas no se apagaban hasta abril; luego se llenaban de brazadas de flores, como un altar doméstico; y era entonces, rodeado de aquel aroma, de aquella frescura, cuando él más disfrutaba de su pipa, de su Tácito o su querido Rabelais.

Sin embargo, Afonso aún distaba, tal y como él decía, de convertirse en un vejete de brasero. A sus años, tanto en invierno como en verano, se levantaba con el sol y se echaba rápidamente a patear la quinta, no sin antes cumplir con su buena oración matinal, que era un gran chapuzón en agua fría. Toda la vida había tenido el amor supersticioso del agua, y solía decir que no había nada mejor para el hombre que sabor de agua, sonido de agua y vista de agua. Lo que más le había ligado a Santa Olávia era su abundancia de regatos, manantiales, surtidores, el tranquilo espejo de las aguas durmientes, el fresco murmullo del agua de riego... A aquella acción tónica del agua le atribuía él haber vivido, desde comienzos de siglo, sin un mal dolor, prosiguiendo así la rica tradición de salud de su familia, duro, resistente a los disgustos y a los años, que pasaban por él tan en vano como en vano pasaban por sus robles de Santa Olávia los años y los vendavales.

Afonso era un poco bajo, macizo, de hombros cuadrados y fuertes. Y con su ancha cara de nariz aguileña, la piel rojiza, casi colorada, el pelo blanco cortado a cepillo y la barba nívea picuda y larga, recordaba, como decía Carlos, a un varón esforzado de los tiempos heroicos, un don Duarte de Meneses o un Afonso de Albuquerque^[9]. Aquello hacía sonreír al viejo, que le recordaba al nieto lo mucho que las apariencias engañan.

No, no era Meneses ni Albuquerque, sino un anciano bonachón que amaba sus libros, el remanso de su poltrona, su *whist* al amor de la lumbre. Él mismo solía decir que era un egoísta, pero nunca como ahora en la vejez la generosidad de su corazón

había sido tanta. Buena parte de sus rentas se le escurrirían entre los dedos con sus muchas caridades. Cada vez amaba más al pobre y al débil. En Santa Olávia, los niños salían de las casas y corrían hacia él, sabiéndole acariciador y paciente. Todo cuanto vive le merecía amor; era de los que no pisan un hormiguero y se compadecen de la sed de una planta.

Vilaça solía decir que al hallarle junto a la chimenea, con su chaqueta de velludillo rozada, sereno, risueño, con un libro en la mano, el viejo gato a los pies, le recordaba lo que se contaba de los patriarcas. El pesado y enorme angora, blanco con manchas amarillas, era ahora (desde la muerte de «Tobías», el soberbio San Bernardo) el fiel compañero de Afonso. Había nacido en Santa Olávia, y al principio se le bautizó como «Bonifácio»; pero al llegarle el tiempo de los amoríos y la caza, se le agregó un apellido de cariz caballeresco: «Bonifácio de Calatrava»; ahora, dormilón y obeso, había accedido para siempre al remanso de las dignidades eclesiásticas, y era el «Reverendo Bonifácio»...

Aquella existencia no siempre había fluido con la tranquilidad ancha y clara de un río en verano. Afonso, cuyos ojos se humedecían ahora tiernamente ante sus rosas, y que al amor de la lumbre releía su Guizot, había sido durante un tiempo, en opinión de su padre, el más feroz jacobino de Portugal. Y eso que el furor revolucionario del pobre chico no había pasado de lecturas de Rousseau, Volney, Helvétius y la *Enciclopedia*, de haber tirado algún que otro cohete en honor de la Constitución y haber ido, con sombrero de liberal y alta corbata azul, recitando por las logias masónicas abominables odas al Supremo Arquitecto del Universo. Aquello, sin embargo, había bastado para indignar a su padre. Caetano da Maia era un antiguo y leal portugués que se santiguaba al oír el nombre de Robespierre, y que en su desgano de hidalgo beato y valetudinario conservaba un único sentimiento vivo: el horror, el odio al jacobino, al que atribuía todos los males, desde los de la patria a los suyos propios, desde la pérdida de las colonias a sus crisis de gota. Fue por extirpar de la nación al jacobino por lo que se entregó rendidamente al infante don Miguel^[10], mesías esforzado y restaurador providencial... De modo que tener un hijo jacobino le parecía una prueba comparable a las de Job.

Al principio, en la esperanza de que el joven se enmendase, se limitó a poner mala cara y a dirigirse a él sarcásticamente como *ciudadano*. Pero cuando supo que su hijo, su heredero, se había mezclado con la plebe, y que en una noche de algazara cívica y mucha luminaria había apedreado las ventanas a oscuras del Legado de Austria, enviado de la Santa Alianza, dedujo que era un Marat y montó en cólera. La gota cruel, que le tenía postrado en su poltrona, le impidió deslomar al masón con su bengala de la India, como buen padre portugués, pero le echó de casa, sin pensión ni

bendición, renegando de él como si fuera un bastardo. Semejante francmasón no podía ser hijo de su sangre.

Las lágrimas de la madre le ablandaron, y sobre todo las razones de una cuñada de su mujer, que vivía con ellos en Benfica, señora irlandesa de mucha ilustración, Minerva venerada y tutelar, que había enseñado inglés al muchacho y le quería como a un bebé. Caetano da Maia se limitó a desterrarle a la quinta de Santa Olávia, pero no cesó de llorar la desgracia de su casa ante los curas que iban a verle. Y aquellos santos varones le consolaban, asegurándole que Dios, el viejo Dios de Ourique^[11], jamás permitiría que un Maia pactase con Belcebú y la Revolución. Y a falta de Dios Padre, allí estaba Nuestra Señora de la Soledad, patrona de la casa y madrina del chico, dispuesta a hacer el milagro.

Y hubo milagro. Meses más tarde, el jacobino, el Marat, volvía de Santa Olávia un poco arrepentido, harto sobre todo de aquella soledad, en la que los tés del brigadier Sena eran aún más tristes que el rosario de las primas Cunha. Venía a pedirle a su padre la bendición y unos miles de cruzados para irse a Inglaterra, país de estimulantes prados y cabelleras de oro, del que tanto le había hablado tía Fanny. El padre le besó, le bañó en lágrimas, y accedió a todo fervorosamente, viendo en aquello la palpable, la gloriosa intercesión de Nuestra Señora de la Soledad. Y el mismísimo fray Jerónimo da Conceição, su confesor, declaró aquel milagro no inferior al de Carnaxide^[12].

Afonso partió. Era primavera, y el verdor del país, sus magníficos parques, su amplio confort, la armonía penetrante de sus nobles costumbres, aquella raza tan seria y tan sana, le encantaron. Olvidó aprisa su odio a los taciturnos padres de la Congregación, las horas ardientes pasadas en el café de los Remolares recitando a Mirabeau, y la república que había soñado fundar, clásica y volteriana, con un triunvirato de Escipiones y fiestas en honor del Ser Supremo. Cuando la Abrilada, él estaba en Epsom^[13], encaramado a una silla de posta, con una enorme nariz postiza, lanzando espantosos hurras, muy al contrario que sus hermanos de la Masonería, a los que el Infante, a lomos de su bravo caballo del Alter^[14], acribillaba a chuzos por las callejas del Barrio Alto.

Su padre murió de repente, y tuvo que regresar a Lisboa. Fue entonces cuando conoció a doña Maria Eduarda Runa, hija del conde de Runa, una guapa morena, mimosa y un algo enfermiza. Acabado el luto, se casó con ella. Tuvo un hijo, deseó otros, y se lanzó, con grandes ideas de joven patriarca, a hacer obras en el palacete de Benfica, a plantar árboles en torno, disponiendo techados y sombras para la amada descendencia que habría de confortarle en su vejez.

Pero no se olvidaba de Inglaterra, que le parecía aún mucho más deseable, sumido como se hallaba en aquella Lisboa miguelista, caótica como un Túnez berberisco, dominada por una conjuración apostólica de frailes y cocheros que tronaban en

capillas y tabernas, un populacho beatón, sucio y feroz, que alternaba la exposición del Santísimo Sacramento con el culto de los toriles, y que suspiraba tumultuosamente por un príncipe que encarnaba con creces sus vicios y pasiones...

Semejante espectáculo indignaba a Afonso da Maia, y muchas veces, en la paz de una velada, entre amigos, con el pequeño sobre las rodillas, expresaba la indignación de su alma honesta. Ya no exigía, como cuando joven, una Lisboa de Catones y Mucius Scaevolas. Incluso admitía los esfuerzos de la nobleza por mantener sus privilegios históricos; pero él abogaba por una nobleza inteligente y digna, como la aristocracia *tory* (a la que había idealizado por su amor a Inglaterra), que marcara el rumbo moral, que inspirara las costumbres y la literatura, que viviera con fasto y hablara con mesura, ejemplo de altas ideas y espejo de maneras patricias... Pero por lo que no podía pasar era por el mundo de Queluz^[15], bestial y sórdido.

Aquellas palabras, apenas pronunciadas, volaban a Queluz. De modo que cuando se reunieron las Cortes Generales^[16], la policía invadió el palacete de Benfica «en busca de papeles y armas escondidas».

Afonso da Maia, con el niño en brazos y su mujer temblando junto a él, contempló impasible, sin que mediase palabra, el registro, los cajones tratados a culatazo limpio, las manos sucias de los esbirros rebuscando en los colchones de la cama. El juez no encontró nada. Incluso aceptó un vino que se le sirvió en la cocina, y le confesó al mayordomo que los tiempos «no eran nada fáciles». Desde aquella mañana las ventanas del palacete permanecieron cerradas, y no volvió a abrirse el portón noble para dejar salir el coche de la señora. Al cabo de unas semanas, en compañía de su mujer y su hijo, Afonso da Maia partió rumbo a Inglaterra y al exilio.

Allí se instaló lujosamente para una larga estancia, en los alrededores de Londres, a un paso de Richmond, rodeado de bosques, en el suave y sosegado paisaje de Surrey.

A sus bienes, gracias al aval del conde de Runa, antiguo favorito de doña Carlota Joaquina^[17], y a la sazón severo consejero de don Miguel, no les pasó nada, por lo que Afonso da Maia podía vivir holgadamente.

Al principio, los emigrados liberales, Palmela y el grupo del «Belfast»^[18], fueron a darle la lata y desasosegarle. Su alma recta no tardó en protestar al ver cómo se perpetuaban las castas, las jerarquías, incluso allí, en una tierra extraña, entre los vencidos de una misma idea: los aristócratas y los magistrados vivían en el lujo desmedido de Londres; y el populacho, el ejército, tras las penalidades de Galicia, sucumbía ahora al hambre, a los vermes, a la fiebre en los barracones de Plymouth. Se enfrentó con los jefes liberales, se le acusó de *vintista*^[19] y demagogo. Acabó descreyendo del liberalismo. Se aisló, aunque sin cerrar del todo su bolsa, de la que seguían saliendo sus buenas cincuenta, cien monedas... Mas cuando la primera expedición partió, y poco a poco fueron regresando los emigrados, respiró tranquilo

al fin, y, como él decía, por primera vez le supo bien el aire de Inglaterra.

Unos meses más tarde, su madre, que se había quedado en Benfica, moría de apoplejía, y tía Fanny, con su claro juicio, sus rizos blancos y sus modos de discreta Minerva, se trasladó a Richmond para completar su felicidad. Él vivía como en un sueño: en aquella digna residencia británica, entre árboles seculares, viendo en torno a sí, en los vastos prados, dormir o pastar a un ganado espléndido, y sintiendo a su alrededor la salud, la libertad, la fortaleza de todo, tal y como era del gusto de su corazón.

Hizo relaciones, estudió la noble y rica literatura inglesa; se interesó, como cumplía a un hidalgo instalado en Inglaterra, por la agricultura, por la cría de caballos, por la práctica de la caridad, y pensaba encantado en quedarse para siempre en aquella paz y aquel orden.

Pero Afonso sentía que su mujer no era feliz. Pensativa y triste, vagaba por las salas tosiendo. De noche, se sentaba junto a la chimenea, suspiraba y callaba...

¡Pobre mujer! La nostalgia de su tierra, de la parentela, de las iglesias, la iba minando. Verdadera lisboeta, menuda y trigueña, había vivido desde su llegada, aunque sin una queja y sonriendo pálidamente, en un continuo y sordo odio a aquella tierra de herejes y a su bárbaro idioma, siempre tiritando, arrebujada en pieles, mirando despavorida los cielos foscos y la nieve en los árboles. Su corazón nunca estuvo allí, sino lejos, en Lisboa, en los atrios de las iglesias, en los barrios fustigados por el sol. Su devoción —¡la devoción de los Runa!— siempre grande, se había exaltado, exacerbado, debido a la hostilidad ambiente contra los «papistas», que ella no dejaba de percibir. Sólo satisfacía sus pías inclinaciones por la noche, cuando se refugiaba con las criadas portuguesas en el sótano a rezar el rosario acucillada sobre una estera, saboreando, en aquel murmullo de avemarías dichas en país protestante, el encanto de una conjura católica.

Como odiaba todo lo inglés, no consintió en que su hijo, Pedrinho, estudiase en el colegio de Richmond. En balde le demostró Afonso que se trataba de un colegio católico. No quería: aquel catolicismo sin romerías, sin hogueras de San Juan, sin imágenes del Señor de los Pasos, sin frailes por las calles, no era religión. Ella no abandonaría el alma de su Pedrinho a la herejía, por lo que hizo venir de Lisboa al padre Vasques, capellán del conde de Runa.

Vasques le enseñaba las declinaciones latinas, pero sobre todo el catecismo. El rostro de Afonso da Maia se apenaba cuando al regresar de alguna cacería o de las calles de Londres, del fuerte rumor de la vida libre, oía en el cuarto de estudio la voz mortecina del reverendo padre, preguntando como desde el fondo de las tinieblas:

—¿Cuántos son los enemigos del alma?

Y el niño, más mortecinamente aún, murmuraba:

—Tres: Carne, Mundo y Diablo...

¡Pobre Pedrinho! Allí no había más enemigo de su alma que el padre Vasques, obeso y sórdido, que eructaba repantingado en su butaca, con el pañuelo del rapé sobre las rodillas.

A veces Afonso, indignado, entraba en el cuarto e interrumpía la doctrina, cogía a Pedrinho de la mano y se lo llevaba a corretear bajo los árboles del Támesis, para que la vasta luz del río le disipase la gravosa pesadez del catecismo. Pero su madre, temerosa, andaba siempre arropándole con mantas, de modo que afuera el crío tenía miedo del viento y de los árboles, acostumbrado al regazo de las criadas y a los rincones caldeados. Cada vez con paso más tristón, padre e hijo pisaban silenciosos las hojas secas: el hijo acobardado por las sombras inquietas del bosque, el padre encorvándose, pensativo, apenado ante aquella debilidad de su hijo...

Pero el menor esfuerzo por arrancar al pequeño de aquellos brazos maternos que tanto le ablandaban, del catecismo mortal del padre Vasques, le reportaba a la delicada señora accesos de fiebre. Y Afonso ya no se atrevía a contrariar a la pobre enferma, tan virtuosa, que tanto le quería. Le contaba sus penas a tía Fanny: la sabia irlandesa metía las gafas entre las páginas de su libro, tratado de Adison o poema de Pope, y se encogía de hombros melancólicamente. ¡Qué podía hacer ella!...

La tos de Maria Eduarda fue a más, como la tristeza de sus palabras. Hablaba ya de «su postrera ambición», que era volver a ver el sol. ¿Por qué no regresaban a Benfica, a su hogar, ahora que el Infante también estaba desterrado y reinaba la paz? Pero Afonso no accedió: no estaba dispuesto a volver a ver sus cajones por el suelo, pues los soldados de don Pedro no le ofrecían más garantías que los esbirros de don Miguel.

Sobrevino por aquel entonces un gran disgusto doméstico: con los fríos de marzo, tía Fanny murió de una neumonía, y esto ensombreció aún más la tristeza de Maria Eduarda, que la quería mucho también, porque era irlandesa y católica.

Para distraerla, Afonso la llevó a Italia, a una deliciosa *villa* cerca de Roma. Allí no le faltaba el sol, lo tenía puntual y generoso todas las mañanas, bañando ampliamente la terraza, dorando los laureles y los mirtos. Y además, allí estaba, muy cerca, rodeado de mármoles, lo máspreciado y santo: ¡el Papa!

Pero la triste mujer continuaba lloriqueando. Lo que realmente le apetecía era Lisboa, sus novenas, los santos de su barrio, las procesiones con su rumor de cachazuda penitencia en las tardes de polvo y sol...

Hubo que confortarla y regresar a Benfica.

Comenzó entonces una vida penosa. Maria Eduarda se consumía poco a poco, cada día más pálida, pasando inmóvil las semanas en un canapé, con las manos transparentes cruzadas sobre sus gruesas pieles de Inglaterra. El padre Vasques, al apoderarse de aquel alma para quien Dios era un amo feroz, se había convertido en el gran hombre de la casa. Por lo demás Afonso no hacía sino encontrarse por los

pasillos a otras figuras canónicas, con mantón y solideo, en las que reconocía a antiguos franciscanos o a algún magro capuchino, parásito del barrio. La casa tenía un tufo a sacristía, y de las habitaciones de la señora llegaba constantemente, doliente y vago, un rumor a letanía.

Aquellos santos varones comían, se tomaban su vino de oporto en la cocina. Las cuentas del administrador se resentían con los piadosos donativos de la señora: un tal fray Patricio le había sacado doscientas misas de a cruzado por el eterno reposo del alma de don José I^[20]...

Aquella gazmoñería que le rodeaba había sumido a Afonso en un ateísmo rencoroso: soñaba con las iglesias y los monasterios cerrados, las imágenes hechas añicos, con una matanza de curas... Cuando oía voces de rezos, huía de casa, se refugiaba entre los árboles de la quinta, bajo las trepadoras del mirador, y leía su Voltaire, o iba a desahogarse con su viejo amigo el coronel Sequeira, que vivía en una quinta de Queluz.

Entretanto Pedrinho se había hecho casi un hombre. Había salido a Maria Eduarda, pequeño y nervioso, con poco de la raza, de la fuerza de los Maia: su linda carita oval tenía un tono trigueño cálido, con dos ojos maravillosos e irresistibles, siempre prestos a humedecerse, que le asemejaban a un árabe. Se había desarrollado lentamente, sin intereses, indiferente a juegos, animales, flores, libros. Ningún deseo fuerte parecía vibrar en aquel alma medio adormecida y pasiva: sólo a veces decía que le gustaría mucho volver a Italia. Le había cogido tirria al padre Vasques, pero no se atrevía a desobedecerle. Era débil en todo, y aquel abatimiento continuo de todo su ser acababa cada cierto tiempo en una crisis de negra melancolía, que le tenía días y días mudo, lacio, amarillo, con profundas ojeras y como viejo. Hasta la fecha, su único sentimiento intenso había sido la pasión por su madre.

Afonso quiso mandarle a Coimbra. Pero ante la sola idea de separarse de su Pedro, la buena señora se echó a los pies de su marido, balbuciente y temblorosa. Él, claro, cedió ante aquellas manos suplicantes, aquellos lagrimones que rodaban por la pobre cara de cera. El chico continuó en Benfica, dando sus lentos paseos a caballo, con un criado uniformado detrás, tomándose sus primeras ginebras en los cafés de Lisboa... Hasta que despuntó en él una fuerte inclinación amorosa: a los diecinueve años tuvo su pequeño bastardo.

Afonso da Maia se consolaba pensando que, pese a tanto mimo fatal, el chico tenía madera: no era tonto, estaba sano, y, como a todos los Maia, valor no le faltaba; no hacía mucho que él solo, látigo en mano, había echado del camino a tres campesinos que armados con varas le habían llamado «niñato».

Cuando murió su madre, tras una terrible agonía de beata, debatiéndose durante días y días con los horrores del Infierno, Pedro vivió su dolor con arrebatos propios de loco. Incluso hizo la promesa histérica de que si ella se salvaba dormiría durante

un año sobre las losas del patio. Tan pronto como se llevaron el féretro y los curas desaparecieron, cayó presa de una angustia sorda, obtusa, sin lágrimas, de la que no deseaba salir, echado de bruces en la cama con obstinación penitente. Durante muchos meses aún le acompañó una vaga tristeza. Afonso da Maia se desesperaba al ver a aquel joven, su hijo, su heredero, salir de casa a diario con pasos de monje, lúgubre de tan enlutado, a rendir visita a la tumba de su madre...

Aquel dolor exagerado y mórbido acabó cesando. Le sucedió, sin apenas transición, un periodo de vida disipada y turbulenta, de farra banal, en el que Pedro, dejándose llevar por un romanticismo torpe, ahogaba su pena en tascas y lupanares. Pero aquella exuberancia ansiosa que de golpe, tumultuosamente, se había desencadenado en su naturaleza desequilibrada, se gastó pronto también.

Tras un año de escándalos en el Marrare^[21], de hazañas corriendo toros, de caballos reventados, de patear en el São Carlos^[22], reaparecieron las antiguas crisis de melancolía nerviosa, volvieron los días taciturnos, inacabables como desiertos, pasados en casa bostezando de habitación en habitación, o tirado de bruces bajo algún árbol de la quinta, como despeñado en los abismos de la amargura. Durante aquellos periodos, se daba a la devoción: leía vidas de santos, visitaba el Santísimo Sacramento; bruscos abatimientos de alma como aquéllos eran los que antaño conducían a los débiles al monasterio.

Afonso da Maia sufría: prefería saber que Pedro daba tumbos de madrugada por Lisboa, exhausto, bebido, antes que verle salir, el misal bajo el brazo, con aire de viejo, camino de la iglesia de Benfica.

Y muy a su pesar, una idea le torturaba de vez en cuando: había descubierto el gran parecido de Pedro con un antepasado de su mujer, un Runa del que en Benfica había un retrato. Aquel hombre extraordinario, con el que en casa siempre se había metido miedo a los niños, acabó loco: creyéndose Judas se había ahorcado de una higuera...

Pero llegó el día en que aquellos excesos y crisis se acabaron: ¡Pedro da Maia estaba enamorado! Amaba como un Romeo, súbitamente, tras un intercambio de miradas fatal y deslumbrador, con uno de esos amores pasionales que asaltan una existencia y la arrasan como un huracán, dando cuenta de la voluntad, la razón y los humanos respetos.

Una tarde, hallándose en el Marrare, vio parar enfrente, a la puerta de madame Levaillant^[23], una calesa azul en la que iban un viejo con sombrero blanco y una señora rubia, envuelta en un chal de cachemira.

El viejo, un robusto retaco con una sotabarba cana muy recortada, el rostro renegrido de los antiguos marinos y un aire cohibido, se apeó del brazo de un lacayo, como si le atenazase el reumatismo, y entró en el portal de la modista arrastrando una pierna. Ella, volviendo despacio la cabeza, miró un instante hacia el Marrare.

Bajo las diminutas rosas que adornaban su sombrero negro, el cabello rubio, de un oro leonado, ondulaba ligeramente sobre su frente corta y clásica. Unos ojos maravillosos la iluminaban toda. La frialdad resaltaba la palidez de su carnación de mármol, y con su grave perfil de estatua y el noble moldeado de los hombros y los brazos ceñidos por el chal, se le antojó a Pedro un ser inmortal y superior a la Tierra.

No la conocía. Pero un joven alto, macilento, de bigotes negros, vestido de negro, que con pose de hastío fumaba recostado junto a la puerta, viendo el súbito interés de Pedro, la mirada encendida y perturbada con que siguió la calesa Chiado^[24] arriba, le tomó del brazo y abalanzándose sobre él le susurró con voz lenta y pastosa:

—Mi querido Pedro. ¿Quieres saber cómo se llama? ¿El nombre, los orígenes, las fechas y hechos principales? ¿Invitarás a tu amigo Alencar, al obsequioso Alencar, a una botella de champán?

Sirvieron el champán. Y Alencar, tras pasarse los delgados dedos por los rizos de la cabellera y las puntas del bigote, se recostó, y tironeándose de los puños comenzó:

—Una dorada tarde de otoño...

—¡André —gritó Pedro al mozo, aporreando el mármol de la mesa— retira el champán!

Alencar rugió, imitando al actor Epifânio:

—Pero ¡cómo! ¿Sin saciar la avidez de mi labio?

El champán siguió en su sitio, pero Alencar, olvidándose de que era el poeta de *Voces de aurora*, se comprometió a explicar en cristiano y sin rodeos quiénes eran los ocupantes de la calesa azul.

—Muy bien, mi querido Pedro, ¡ahí va!

Dos años atrás, justo cuando Pedro perdió a su madre, el viejo Monforte había aparecido un buen día por las calles y la sociedad de Lisboa, montado en aquella misma calesa, con su hermosa hija junto a él. Nadie los conocía. Alquilaron en Arroios^[25] el primer piso del palacete de los Vargas, y la hija comenzó a dejarse ver en el São Carlos, causando una impresión... una impresión como para provocar aneurismas, decía Alencar. Cuando atravesaba el vestíbulo, los hombros se curvaban ante la deslumbrante aureola que emanaba de aquella criatura magnífica, que arrastraba con paso de diosa la cola de su traje de corte caído, siempre descotada como en noche de gala, y, pese a ser soltera, resplandeciente de joyas. El padre nunca le daba el brazo, iba detrás de ella, incómodo con su corbata blanca de mayordomo, con un aspecto aún más requemado y de hombre de mar, por contraste con el halo rubio que emanaba de su hija, encogido y como amedrentado, en la mano los gemelos, el libreto, una bolsita de bombones, el abanico y su paraguas. Mas era en el palco, cuando la luz caía sobre su cuello ebúrneo y su pelo de oro, cuando ella parecía la verdadera encarnación de un ideal del Renacimiento, un modelo de Tiziano... Alencar, la noche en que la vio por vez primera, exclamó, señalándola

entre las demás, las morenotas de abono:

—¡Muchachos, es como un ducado de oro nuevo puesto entre las viejas monedas del tiempo de don João V!

Magalhães, vil pirata, había metido la frase en un folletín de *El Portugués*. Pero el autor era Alencar.

Los jóvenes no tardaron, evidentemente, en rondar el palacete de Arroios. Pero jamás en aquella casa se abría una ventana. Los criados, a los que se intentaba sonsacar algo, se limitaron a contar que ella se llamaba Maria y el señor se llamaba Manuel. Una criada, ablandada con seis *pintos*^[26], fue un poco más explícita: el hombre era taciturno, le tenía miedo a su hija, y dormía en una hamaca; la señora — ¡menuda era!— vivía en un nido de sedas azul marino, y se pasaba el día leyendo novelas. Tan poca cosa no podía satisfacer la avidez de Lisboa. Se realizó una pesquisa metódica, hábil, paciente... Alencar fue uno de los investigadores.

Y afloraron auténticos horrores. Monforte era de las Azores. De muy joven, una puñalada en una reyerta, un cadáver en una esquina, le habían obligado a huir a bordo de un bricbarca americano. Tiempo después, un tal Silva, administrador de los Taveira, que le había conocido en las Azores, hallándose en La Habana dedicado al estudio del cultivo del tabaco, que los Taveira deseaban introducir en las islas, se había encontrado a Monforte (cuyo nombre verdadero era Forte) rondando por los muelles en alpargatas de esparto, en busca de embarque para Nueva Orleans. Luego había una laguna en la historia de Monforte. Parecía que durante algún tiempo se había empleado como capataz en una plantación de Virginia... Cuando al fin reaparecía su rastro, comandaba el bricbarca «Nova Linda», y llevaba cargamentos de negros a Brasil, La Habana y Nueva Orleans.

Había logrado escapar a los cruceros ingleses, y hecho una fortuna a costa de la piel del africano. Y ahora, ya rico, hombre de bien, propietario, iba al São Carlos a oír a Corelli. Con todo, aquella terrible crónica, como decía Alencar, oscura y mal probada, hacía aguas por varios sitios...

—¿Y la hija? —preguntó Pedro, que le había escuchado grave y pálido.

La ciencia de Alencar no daba para tanto. ¿Dónde se había agenciado una hija tan hermosa y tan rubia? ¿Quién era su madre? ¿Qué había sido de ella? ¿Quién le había enseñado a echarse por los hombros el chal de cachemira con aquel gesto imperial?

—Eso, mi querido Pedro, son

*misterios que nunca Lisboa
astuta podrá desvelar.*

El caso es que cuando Lisboa descubrió aquella leyenda de sangre y esclavos, el entusiasmo por la Monforte remitió. ¡Qué demonios! ¡Por las venas de Juno corría sangre asesina, la *beltà* de Tiziano era hija de negrero! A las señoras, que se

deshacían de gusto vilipendiando a una mujer tan rubia, tan hermosa y con tantas joyas, les faltó tiempo para apodarla «la negrera». Ahora, cuando aparecía en el teatro, doña Maria da Gama hacía como que escondía la cara tras el abanico, pues le parecía ver en la muchacha (sobre todo cuando se ponía sus maravillosos rubíes) la sangre de las puñaladas de su papaíto. La calumniaron abominablemente. Así que tras un primer invierno en Lisboa, desaparecieron: se dijo entonces que estaban arruinados, que la policía andaba detrás del viejo, y mil y una perversidades más... Pero el bueno de Monforte, que padecía reumatismo articular, se hallaba muy tranquilo, regaladamente, tomando las aguas en los Pirineos... Melo los había conocido allí...

—¡Ah! ¿Melo los conoce? —exclamó Pedro.

—Sí, mi querido Pedro, Melo los conoce.

Pedro no tardó mucho en abandonar el Marrare. Aquella noche, antes de recogerse, ajeno a la lluvia menuda y fría, anduvo rondando durante una hora, con la imaginación encendida, el palacete de los Vargas, mudo y a oscuras. Dos semanas más tarde, cuando Alencar entró en el São Carlos al final del primer acto del *Barbero*, se quedó de piedra al ver a Pedro da Maia en el palco de los Monforte, sentado al lado de Maria, en la delantera, y con una camelia roja en el ojal idéntica a las del ramo que descansaba en el antepecho de terciopelo.

Nunca Maria Monforte había estado tan bella. Lucía una de aquellas *toilettes* excesivas y teatrales que tanto ofendían a Lisboa, y que hacían que las señoras dijese que se vestía «como una cómica». El traje era de seda color trigo, y llevaba dos rosas amarillas y una espiga en el moño, y ópalos en el cuello y en los brazos. Aquellos tonos de mies madura batida por el sol, al fundirse con el oro de los cabellos, iluminaban su carnación ebúrnea, bañaban sus formas de estatua y le conferían el esplendor de una Ceres. Al fondo del palco se entreveían los bigotes amarillos de Melo, que conversaba de pie con Monforte, escondido como siempre en el rincón más oscuro.

Alencar fue a seguir «el caso» desde el palco de los Gama. Pedro regresó a su asiento, y cruzado de brazos no dejó de mirar a Maria. Ella persistió durante algún tiempo en su actitud de diosa insensible, pero luego, en el dueto de Rosina y Lindor, por dos veces sus ojos azules y profundos se fijaron en él, vivamente y largo rato. Alencar corrió al Marrare, todo alborozado, dispuesto a proclamar la novedad.

No tardó en hablarse en toda Lisboa de la pasión de Pedro da Maia por «la negrera». Él, por su parte, no dejó de cortejarla a ojos vistas, a la antigua, plantado en una esquina ante el palacio de los Vargas, sin despegar los ojos de su ventana, inmóvil y pálido de éxtasis.

Todos los días le escribía dos cartas en seis hojas de papel, poemas caóticos que componía en el Marrare, donde nadie ignoraba el destino de aquellas páginas de

renglones torcidos que se le acumulaban en la bandeja de la ginebra. Si algún amigo suyo llegaba al café y preguntaba por Pedro da Maia, los camareros respondían:

—¿El señor don Pedro? Está escribiendo a la señorita.

Y hasta él mismo, si el amigo se le acercaba, le tendía la mano y exclamaba radiante, con su hermosa y franca sonrisa:

—Espera un momento, estoy escribiendo a Maria.

Los viejos amigos de Afonso da Maia, que iban a Benfica a jugar su *whist*, y en particular Vilaça, el administrador de los Maia, muy celoso de la dignidad de la casa, no tardaron en informarle de los amores de Pedrinho. Afonso ya sospechaba algo: a diario veía a uno de los domésticos de la quinta salir con un ramo de las mejores camelias del jardín; y todas las mañanas, temprano, se encontraba en el corredor con el criado de Pedro, que se dirigía a su habitación relamiéndose con el perfume de un sobre con lacre dorado. Pero no le molestaba que un sentimiento humano y fuerte, daba igual cuál, le arrancase por fin de la farra ruidosa, del juego, de las melancolías sin motivo y el negro misal...

Ignoraba el nombre, la mera existencia de los Monforte. Y los detalles que los amigos le contaron, la puñalada en las Azores, el látigo de capataz en Virginia, el bricbarca «Nova Linda», toda la siniestra leyenda del viejo contrarió mucho a Afonso da Maia.

Una noche en que el coronel Sequeira contaba, en la mesa del *whist*, que había visto a Maria Monforte y a Pedro paseando a caballo, «ambos muy bien, muy *distingués*», Afonso, tras un silencio, dijo con aire de hartazgo:

—En fin, todos los jóvenes tienen sus amantes... Es la costumbre, es la vida, y sería absurdo querer reprimir tales cosas. Pero esa mujer, con el padre que tiene, hasta para amante me parece mal.

Vilaça dejó de barajar, y ajustándose los lentes de oro exclamó espantado:

—¿Amante? Pero ¡si la joven está soltera, es una muchacha honesta!

Afonso da Maia llenaba su pipa. Le acometió un temblor de manos, y con voz trémula se volvió hacia el administrador.

—¿No estará usted dando por sentado que mi hijo pretenda casarse con esa criatura?

Vilaça enmudeció. Fue Sequeira quien salió al quite:

—No, eso no, seguro que no...

Y el juego prosiguió en silencio un rato.

Afonso da Maia empezó a inquietarse. Pasaban semanas sin que Pedro comiera en Benfica. Por la mañana, si le veía, era sólo un momento, cuando bajaba a almorzar con un guante ya puesto, apresurado y radiante, gritando hacia las habitaciones de la servidumbre si estaba ensillado el caballo; después, sin sentarse, daba un sorbo al té, le preguntaba apresuradamente a Afonso «si quería algo», se atusaba el bigote ante el

gran espejo veneciano de la chimenea, y partía como en trance. En ocasiones no salía de su cuarto en todo el día: caía la tarde, se encendían las luces, y entonces Afonso, inquieto, subía a ver, y le encontraba tirado en la cama, con la cabeza oculta entre los brazos.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba.

—Jaqueca —respondía él en tono sordo, ronco.

Y Afonso bajaba indignado, viendo en aquella angustia cobarde alguna carta que no había llegado, o acaso una rosa ofrecida que ella no se había puesto en el cabello...

A veces, entre dos *robbers* o conversando en torno a la bandeja del té, sus amigos hacían observaciones que le inquietaban, viniendo como venían de gente que vivía en Lisboa y conocía los rumores, mientras que él pasaba el año en Benfica, rodeado de sus libros y sus rosas. El excelente Sequeira preguntaba por qué no hacía Pedro un largo viaje por Alemania u Oriente a fin de instruirse. O el viejo Luís Runa, primo de Afonso, sin que viniera muy a cuento, saltaba a la menor con que qué tiempos aquellos en que el intendente de la policía de Lisboa tenía potestad para expulsar de la ciudad a la gente importuna... Estaba claro que aludían a la Monforte; estaba claro que la creían peligrosa.

En verano Pedro se fue a Sintra. Afonso supo que los Monforte habían alquilado allí una casa. Días después Vilaça se presentó en Benfica un poco alarmado: la víspera Pedro le había visitado en su despacho para preguntarle acerca de sus bienes, acerca de la posibilidad de hacerse con dinero efectivo. Él le había dicho que en septiembre, cuando llegase a la mayoría de edad, recibiría la legítima de su madre.

—Pero no me gustó nada el asunto, nada...

—¿Y por qué no, Vilaça? El chico necesitará dinero, querrá hacerle regalos a la criatura, el amor es un lujo caro, Vilaça.

—¡Dios quiera que sea eso, Dios le oiga!

Y aquella confianza tan noble de Afonso da Maia en el orgullo patricio, en los bríos de raza de su hijo, lograba tranquilizar a Vilaça.

Días más tarde, Afonso da Maia vio por fin a Maria Monforte. Había cenado en la quinta de Sequeira, en las cercanías de Queluz, y ambos tomaban café en el mirador cuando avistaron, en el estrecho camino que discurría junto al muro, la calesa azul con los caballos de relucientes jaeces. Maria, resguardada bajo una sombrilla de color carmín, llevaba un vestido rosa, cuya falda, toda llena de volantes, ocultaba casi las rodillas de Pedro, sentado junto a ella. Las cintas del sombrero, anudadas en un lazo que le caía por el pecho, eran rosas también, y su cara, grave y pura como la de un mármol griego, resultaba en verdad adorable. Los ojos ponían un tono azul oscuro en aquel conjunto rosado. En el asiento de enfrente, casi todo ocupado por cajas de modistas, se encogía Monforte, tocado con un gran panamá, con pantalones de

nanquín, la manteleta de la hija echada al brazo y el paraguas entre las rodillas. Iban callados, no advirtieron que les miraban. Y por el camino verde y fresco, la calesa siguió balanceándose lentamente, bajo las ramas rozadas por la sombrilla de Maria. Sequeira se quedó con la taza en suspenso ante la boca, el ojo estupefacto:

—¡Caramba! Es muy guapa...

Afonso no respondió. Miraba cabizbajo aquella sombrilla roja que ahora se inclinaba del lado de Pedro, tapándole casi por completo, como si lo envolviera, como una gran mancha de sangre que se hubiese derramado sobre la calesa bajo el verde triste de las ramas.

Pasó el otoño y llegó un invierno gélido. Una mañana Pedro entró en la biblioteca, donde su padre estaba leyendo junto al fuego. Recibió la bendición paterna, pasó los ojos aprisa por un periódico y se volvió bruscamente:

—Padre —dijo, esforzándose en ser claro y resuelto— vengo a pedirle permiso para casarme con una mujer que se llama Maria Monforte.

Afonso dejó el libro abierto sobre las rodillas, y con voz grave y lenta le dijo:

—No me habías hablado de eso... Tengo entendido que es la hija de un asesino, de un negrero, y que la llaman también «la negrera»...

—¡Padre!...

Afonso se levantó, rígido e inexorable como si fuera la encarnación del honor doméstico.

—¿Tienes algo más que decir? Me haces enrojecer de vergüenza.

Pedro, más blanco que el pañuelo que tenía en la mano, exclamó entre temblores, casi sollozante:

—Pues cuente, padre, con que voy a casarme con ella.

Salió dando un portazo furioso. En el pasillo llamó a su criado, en voz muy alta para que su padre le oyese, y le ordenó que llevara sus maletas al Hotel Europa.

Dos días después, Vilaça se presentó en Benfica con lágrimas en los ojos, y contó que el señorito se había casado aquella misma madrugada, y que según le había dicho Sérgio, el administrador de Monforte, pensaba irse con la novia a Italia.

Afonso da Maia acababa de sentarse a la mesa del almuerzo, dispuesta junto a la chimenea: en el centro un ramo se deshojaba en un florero japonés, ante el fuego vivo de leña, y junto al cubierto de Pedro había un número de *La Guirnalda*, revista de versos que él acostumbraba recibir. Afonso escuchó al administrador, grave y mudo, mientras desdoblaba lentamente la servilleta.

—¿Ya ha almorzado usted, Vilaça?

El administrador, asombrado ante semejante serenidad, balbució:

—Sí señor, ya he almorzado...

Por lo que Afonso, indicando el cubierto de Pedro, dijo al criado:

—Puede retirar ese cubierto, Teixeira. En adelante, ponga la mesa sólo para

uno... Siéntese, Vilaça, siéntese.

Teixeira, que era nuevo en la casa, retiró con indiferencia el cubierto del señorito. Vilaça se sentó. En torno todo era correcto y estaba en calma, como las demás mañanas que había almorzado en Benfica. Los pasos del criado no sonaban en la muelle alfombra. La lumbre chisporroteaba alegremente, poniendo toques de oro en la plata pulida. El tibio sol que afuera brillaba en el cielo de invierno arrancaba destellos de cristal a la escarcha de las ramas secas. Y en la ventana, el papagayo educado por Pedro lanzaba consignas revolucionarias contra los Cabral^[27].

Por fin Afonso se levantó de la mesa. Abstraído, echó un vistazo a la quinta, a los pavos reales. Al salir de la habitación, se agarró del brazo de Vilaça, con fuerza, como si le acometiera un primer temblor senil y en su abandono hallara en él una amistad segura. Anduvieron el corredor en silencio. En la biblioteca, Afonso se sentó en su poltrona, junto a la ventana, y se puso a llenar despacio su pipa. Vilaça, cabizbajo, paseaba a lo largo de los estantes, de puntillas, como en el cuarto de un enfermo. Una bandada de gorriones graznó un momento en las ramas altas que rozaban el balcón. Después hubo un silencio, y Afonso da Maia dijo:

—Entonces, Vilaça, ¿han echado a Saldanha^[28] de Palacio?

El otro respondió en tono vago y maquinal:

—Sí, así es, así es...

Y no se habló más de Pedro da Maia.

II

Entretanto, Pedro y Maria, sumidos en una felicidad de novela, hacían la ruta de Italia a pequeñas jornadas, de ciudad en ciudad, siguiendo esa vía sagrada que va desde las flores y mieses de la planicie lombarda hasta el dulce país de la romanza, Nápoles, blanca bajo el azul. Era en Nápoles donde pretendían pasar el invierno, en ese aire siempre tibio junto a un mar siempre manso, donde la molicie de los recién casados tiene una suavidad más duradera... Pero un día, en Roma, a Maria le entraron ganas de París. Le parecía muy cansado viajar así, venga bamboleos de calesa, todo por ver a un atajo de *lazzaroni* engullendo macarrones. ¿No sería mejor buscarse un nidito acolchado en los Campos Elíseos y disfrutar allí de un invierno de amor? Ahora París era un lugar seguro, con el príncipe Luis Napoleón... Además, aquella Italia clásica (según decía colgándose mimosamente del cuello de Pedro) le mareaba un poco con tanto mármol eterno, con tanta madona. Suspiraba por una buena tienda de modas, bajo la llama del gas, en el rumor del bulevar... Y no dejaba de darle miedo Italia, donde todo el mundo conspiraba.

Fueron a Francia.

Pero resultó que aquel París aún turbulento, en el que parecía olerse en las calles un vago rastro de pólvora, en el que cada rostro conservaba el ardor de la batalla, no le gustó a Maria. De noche, la despertaban con «La Marsellesa»; la policía tenía un aspecto feroz; todo estaba triste; y las duquesas, las pobres, no se atrevían todavía a pisar el Bois, temerosas de los obreros, esa chusma insaciable. Al final, se quedaron hasta primavera, en el nido de amor de sus sueños, todo de terciopelo azul, con ventanas a los Campos Elíseos.

Después empezó a hablarse de nuevo de revolución, de golpe de Estado. La absurda admiración de Maria hacia los nuevos uniformes de la Garde Mobile ponía nervioso a Pedro. Y cuando un buen día ella amaneció preñada, deseó sacarla de aquel París batallador y fascinante, llevarla al refugio de la apacible Lisboa adormecida bajo el sol.

Antes de partir, escribió a su padre.

Fue un consejo, casi una exigencia de la propia Maria. Al principio, había llevado muy a mal que Afonso da Maia la rechazase. No es que le importara mucho la desunión familiar, sino que aquel ultrajante «no» de hidalgo puritano señalaba demasiado públicamente, demasiado a las claras, su origen sospechoso. Odió al viejo. De hecho, había apresurado el casamiento y la partida triunfante hacia Italia para demostrarle que de nada servían genealogías, ancestros godos y bríos de linaje frente a sus brazos desnudos... Sin embargo, ahora que iba a volver a Lisboa, a dar *soirées*, a detentar su salón, la reconciliación era indispensable. Aquel padre retirado en Benfica, con su rígido orgullo de otros tiempos, haría que siempre se pensase, por

muchos espejos y sedas que ella pusiera en su vida, en el bricbarca «Nova Linda» cargado de negros. Quería que Lisboa la viese del brazo de aquel suegro tan noble y ornamental, con aquellas barbas de virrey.

—Dile que le quiero —susurraba inclinándose sobre el escritorio y acariciándole el pelo—. Dile que si tengo un pequeño le pondré su nombre... Escríbele una carta bonita, ¿eh?

Y fue bonita, una carta llena de ternura. El pobre chico quería a su padre. Le habló conmovido de la esperanza de tener un hijo varón; las desavenencias debían acabarse ante la cuna del pequeño Maia que andaba en camino, primogénito y heredero del nombre... Le contaba su felicidad con una efusión propia de enamorado indiscreto: la relación de la bondad de Maria, de sus virtudes, de su instrucción, llenaba dos páginas. Y acababa jurándole que apenas llegara no tardaría ni una hora en ir a postrarse a sus pies...

Y así fue. Apenas desembarcó corrió en tren a Benfica. Dos días antes su padre se había marchado a Santa Olávia. Pedro se lo tomó como un insulto, y se sintió profundamente herido.

Se creó entonces entre padre e hijo una enorme separación. Cuando tuvo una niña, no le comunicó el nacimiento. Se limitó a comentarle a Vilaça con dramatismo «que ya no tenía padre». El bebé era precioso, gordo, rubio y sonrosado, con los bellos ojos negros de los Maia. En contra de los deseos de Pedro, Maria no quiso darle el pecho, pero le encantaba la niña, se pasaba los días enteros de rodillas junto a la cuna, extasiada, tocando las tiernas carnes de la criatura con sus manos cuajadas de pedrería, dándole besos de devota en los piecitos y en los muslos, balbuciendo como en trance apelativos amorosos; incluso ya la perfumaba y la llenaba de lazos...

Y con aquellos delirios maternales, le rebrotaba, más amarga aún, la cólera contra Afonso da Maia. Se consideraba insultada en su persona y en la de aquel querubín. Injuriaba al buen hombre groseramente, le llamaba «don Fuas»^[29] o «viejo barberas».

Pedro la oyó un día, y se escandalizó. Ella le respondió desabridamente, y ante aquella cara encendida, en la que, por entre las lágrimas, los ojos azules parecían negros de cólera, él apenas pudo balbucir tímidamente:

—Maria, es mi padre...

¡Su padre! ¡Y la trataba ante toda Lisboa como a una concubina! Por muy noble que fuese, sus modales eran los de un villano. ¡Un «don Fuas», un «barberas»!

Cogió a la niña, y abrazándose a ella, rompió en quejas y llantos:

—¡Nadie nos quiere, ángel mío! ¡Nadie te quiere! ¡Sólo tienes a tu madre! ¡Te tratan como si fueras bastarda!

La niña, sacudida por su madre, se puso a llorar. Pedro corrió y las abrazó, enternecido y arrepentido. Y todo acabó con un largo beso.

Y a la postre él justificó en su fuero interno aquella cólera de madre que ve cómo

le desprecian a su ángel. Por lo demás, hasta algunos amigos de Pedro, Alencar, don João da Cunha, que ahora empezaban a frecuentar Arroios, se burlaban de la obstinación de aquel padre gótico, enfurruñado en su provincia, todo porque los abuelos de su nuera no habían muerto en Aljubarrota^[30]. Pero ¿dónde había otra en Lisboa con aquella gracia, aquellas *toilettes*, que recibiese tan bien? ¡Qué demonios, el mundo había progresado, no se podía ir por la vida con tías actitudes del siglo XVI!

Y hasta el mismísimo Vilaça se enterneció el día en que Pedro le enseñó a la pequeña en su cuna, dormida entre encajes. No le quedó más remedio que soltar una de sus fáciles lágrimas y declarar, con la mano en el corazón, que aquello era cabezonería del señor Afonso da Maia.

—Pues él se lo pierde. Mira que no querer ver a un pimpollo como éste —dijo Maria retocándose con gracia en un espejo las flores del pelo—. Por lo demás, aquí no hace ninguna falta...

Y no la hacía. Aquel octubre, cuando la pequeña cumplió su primer año, hubo un gran baile en la casa de Arroios, que ahora ocupaban completamente, y que habían reamueblado con lujo. Y las señoras que antaño habían puesto el grito en el cielo al ver a «la negrera», aquella doña Maria da Gama que ocultaba la cara tras el abanico, ninguna se lo perdió, todas amables y escotadas, con el beso pronto, llamándola «querida», admirándole las guirnaldas de camelias que enmarcaban los espejos de cuatrocientos mil reis, y disfrutando de lo lindo con los helados.

Comenzó entonces una existencia festiva y lujosa, que, según decía Alencar, el íntimo de la casa, el cortesano de Madame, «tenía cierto gusto a orgía *distingué*, como los poemas de Byron». Lo cierto es que eran las *soirées* más alegres de Lisboa: se cenaba a la una con champán, se jugaba fuerte al monte hasta las tantas, se representaban cuadros en que la belleza de Maria resplandecía bajo los ropajes clásicos de Helena o con el lujo sombrío del luto oriental de Judit. Las noches más íntimas, ella solía fumarse con los hombres un cigarrillo perfumado. A menudo, en la sala de billar, las palmas estallaban cuando ganaba a la carambola francesa a don João da Cunha, el mejor taco de la época.

Y en medio de tanta jarana, cruzada por el soplo romántico de la Regeneración, allí estaba siempre, taciturno y encogido, el bueno de Monforte, con su alta corbata blanca, las manos a las espaldas, venga a rondar los rincones, refugiándose en los vanos de las ventanas, haciéndose notar tan sólo por impedir que estallase alguna bujía, y con el ojo embebecido y senil siempre encima de su hija.

Nunca Maria había estado tan hermosa. La maternidad le había dado un esplendor más copioso, y en verdad llenaba, daba luz a aquellas altas salas de Arroios con su radiante figura de Juno rubia, los diamantes en el pelo, su cuello ebúrneo y lácteo, el rumor de sus sedas. Era natural que deseando tener, como las damas del

Renacimiento, una flor que la simbolizase, hubiera elegido la tulipa real, opulenta y ardiente.

Se hablaba del refinamiento de su lujo, de su ropa blanca, de sus encajes, valiosos como propiedades... ¡Se lo podía permitir! Su marido era rico, y ella estaba dispuesta, sin el menor escrúpulo, a arruinarle, a él y al bueno de Monforte...

Como no podía ser menos, todos los amigos de Pedro la amaban. Alencar se proclamaba a voces «su caballero y su poeta». No salía de Arroios, donde siempre tenía cubierto puesto. En aquellos salones soltaba sus frases resonantes, en aquellos sofás se daba a poses melancólicas. Planeaba dedicarle a Maria (y no había nada tan extraordinario como el tono lánguido y plañidero, el ojo turbio, fatal, con que pronunciaba aquel nombre: ¡*Maria!*) le iba a dedicar su poema, tan anunciado, tan esperado, *Flor de martirio*. Y se citaban estrofas que le había hecho según la moda cantarina del momento:

*Te vi en el resplandor de los salones,
las trenzas volteando locamente...*

La pasión de Alencar era inocente. Pero en cuanto a los demás íntimos de la casa, a buen seguro más de uno, balbuciente, se había declarado en el *boudoir* azul, donde a las tres recibía Maria entre sus floreros con tulipas. Sin embargo sus amigas afirmaban, incluso las peores, que sus favores nunca habían ido más allá de una rosa dada en el vano de una ventana, o de alguna que otra larga y suave mirada al amparo del abanico. Lo cual no impedía que Pedro empezase a vivir horas sombrías. Sin llegar a sentir celos, a veces le entraba repentinamente como un tedio de aquella existencia lujosa y festiva, un deseo violento de echar de su salón a aquellos hombres, sus íntimos, que de puro ardor se atropellaban en torno a los hombros desnudos de Maria.

Optaba por refugiarse en algún rincón, mordiendo con furor su puro, y un tropel de cosas dolorosas y sin nombre se adueñaba de su alma.

Maria detectaba a la perfección en el rostro de su marido «aquellas nubes», como ella las llamaba. Entonces corría hacia él y le cogía las manos, con fuerza, con gesto de dominio:

—¿Qué te pasa, cariño? Estás mohíno.

—No, qué va...

—Entonces mírame...

Le apretaba contra su hermoso seno, deslizaba las manos por los brazos de Pedro, con una caricia lenta y cálida, desde la muñeca a los hombros. Después, con una bonita mirada, le ofrecía los labios. Pedro recogía un largo beso, que le compensaba de todo.

Por su parte, Afonso da Maia seguía recluso en las sombras de Santa Olávia, tan

olvidado como si yaciese en la tumba. Ya no se hablaba de él en Arroios. «Don Fuas» seguía rumiando su obstinación. Sólo Pedro le preguntaba a Vilaça de tarde en tarde «qué tal le iba a papá». Y las noticias del administrador enfurecían a Maria: su padre estaba estupendamente, ahora tenía un magnífico cocinero francés, Santa Olávia se llenaba de invitados: Sequeira, André da Ega, don Diogo Coutinho...

—El «viejo barberas» se cuida —le contaba ella a su padre con rencor.

Y el negrero se frotaba las manos, satisfecho de que le fuera bien en Santa Olávia, porque siempre había temblado ante la mera idea de tener que vérselas con aquel hidalgo tan severo, de vida tan pura.

Mas cuando Maria tuvo otro hijo, un pequeño, el sosiego que se hizo en Arroios devolvió al corazón de Pedro la figura del padre abandonado en aquella tristeza del Duero. Le habló a Maria de reconciliación, tímidamente, aprovechando la debilidad de la convalecencia. Y su alegría fue enorme cuando ésta, después de quedarse pensativa un instante, respondió:

—Creo que me haría feliz tenerle aquí...

Pedro, entusiasmado con aquel asentimiento insólito, pensó en dirigirse de inmediato a Santa Olávia. Pero ella tenía un plan mejor: según Vilaça, Afonso debía volver en breve a Benfica. Pues bien, ella se presentaría allí con el pequeño, vestida de negro, y se echaría a sus pies y le pediría que bendijese a su hijo. Era algo que no podía fallar, no, no podía fallar. Pedro vio en ello un destello de inspiración maternal.

Para empezar a ganarse al viejo, Pedro decidió que el crío se llamase Afonso. Pero Maria no se avino: estaba leyendo una novela cuyo héroe, el último Stuart, el novelesco príncipe Carlos Eduardo, la tenía enamorada, y tanto vivía sus aventuras y desgracias que quiso que su hijo se llamase igual... ¡Carlos Eduardo da Maia! Un nombre que le parecía contener un destino de amores y hazañas.

Hubo que retrasar el bautizo. Maria tuvo una angina, benigna no obstante, por lo que al cabo de dos semanas Pedro ya pudo salir a una cacería en su finca de la Tojeira, más allá de Almada^[31]. Tenía que quedarse allí dos días. La partida de caza se había organizado en obsequio de un italiano llegado por entonces a Lisboa, un joven distinguido que le había presentado el secretario de la Legación inglesa, y con el que Pedro había simpatizado vivamente. Decía que era sobrino de los príncipes de Soria, y venía huyendo de Nápoles, donde por conspirar contra los Borbones le habían condenado a muerte. También iban Alencar y don João Coutinho. Salieron de madrugada.

Por la tarde, Maria estaba cenando sola en su cuarto cuando oyó ruido de coches que paraban a la puerta, y un rumor confuso llenó la escalera. Casi al momento apareció Pedro, trémulo y pálido:

—¡Una desgracia, Maria!

—¡Dios mío!

—¡Le he herido, he herido al napolitano!...

—¿Cómo?

¡Un estúpido accidente! Al saltar un barranco, se le disparó la escopeta y zas, alcanzó al napolitano... Como no había modo de curarle en la Tojeira, volvieron a toda prisa a Lisboa. Él, claro está, no consintió que el hombre al que había herido se fuese a un hotel: se lo había llevado a Arroios, al cuarto verde, y había mandado llamar al médico y a dos enfermeras que le velasen, él mismo se disponía a pasar la noche a su lado...

—¿Y él?

—¡Un héroe!... Sonrió y dijo que no era nada, pero yo le veo pálido como un muerto. ¡Un muchacho adorable! Esto sólo me pasa a mí... Y eso que Alencar iba a su lado... Ya puestos, ¡podría haber herido a Alencar, un íntimo, alguien de confianza! Hasta se hubiera reído la gente. Pero no, zas, al otro, al invitado...

Un coche entró en el patio.

—¡El médico!

Pedro acudió a toda prisa.

Volvió al poco, ya más tranquilo. El doctor Guedes casi se había tomado a broma aquella bagatela, una perdigonada en el brazo y algún que otro perdigón en la espalda. Le prometió que en un par de semanas podría cazar de nuevo en la Tojeira. Por lo demás, el príncipe ya se fumaba su puro. ¡Excelente muchacho! Y parecía simpatizar con el padre de Maria.

Aquella noche Maria durmió mal, algo excitada con la idea de que un príncipe entusiasta, conspirador, condenado a muerte, ahora herido, durmiese encima de su cuarto.

Por la mañana temprano, tan pronto como Pedro salió para encargarse en persona de recoger del hotel las maletas del napolitano, Maria mandó a su criada francesa, una hermosa moza de Arles, que subiera a preguntar de su parte cómo había pasado Su Alteza la noche, y «a ver qué figura tenía». La arlesiana volvió con los ojos brillantes, diciéndole a la señora, con grandes aspavientos de provenzal, que en su vida había visto a un hombre tan hermoso. ¡Era la viva pintura de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Qué cuello, qué blancura de mármol! Todavía estaba muy pálido; agradecía conmovido el interés de madame Maia. Le había dejado leyendo el periódico incorporado sobre las almohadas...

A partir de aquel momento, no pareció que Maria se interesase más por el herido. Era Pedro el que a cada momento le hablaba de él, entusiasmado con aquella existencia emocionante de príncipe conspirador, tan pronto partícipe de su odio a los Borbones como encantado de descubrir los gustos que compartían: el amor a la caza, los caballos, las armas. Desde muy temprano, subía al cuarto del príncipe, en *robe de chambre* y con la pipa en la boca, y allí pasaba horas y horas de camaradería,

preparando ponches calientes —autorizados por el doctor Guedes—. Incluso llevaba consigo a sus amigos, a Alencar, a don João da Cunha. Maria sentía sobre su cabeza las risotadas. A veces tocaban la guitarra. Y el bueno de Monforte, fascinado por el héroe napolitano, no paraba de revolotear en torno a su cama.

La arlesiana también se descolgaba a cada momento a llevar toallas bordadas, un azucarero que nadie había pedido o algún florero que alegrase la alcoba... Hasta que Maria le dijo a Pedro, muy seria, que si además de todos los amigos de la casa, dos enfermeras, dos criados, su padre y él mismo, Pedro, ¿era necesaria también la presencia constante de su criada en el cuarto de Su Alteza!

No, claro que no. Pedro se rió mucho ante la idea de que la arlesiana se hubiera enamorado del príncipe. ¡Eso era que Venus le quería bien! Al napolitano también le parecía picante la arlesiana. *Un très joli brin de femme*, habían sido sus palabras.

El bello rostro de Maria empalideció de cólera. Todo aquello le parecía de mal gusto, grosero, descarado. ¡Pedro estaba loco al haber llevado a Arroios a un extranjero, un fugitivo, un aventurero! Y además, aquella farra continua, venga ponches y guitarra, sin el menor respeto hacia ella, todavía nerviosa, débil tras la convalecencia, le parecía insultante. Tan pronto como Su Alteza pudiese acomodarse en un coche, lo quería fuera de casa, de vuelta a su fonda...

—¡No exageres, mujer, no exageres! —exclamó Pedro.

—¡Está dicho!

Y a buen seguro que fue muy severa también con la arlesiana, pues aquella tarde Pedro se la encontró sollozante en el corredor, enjugándose las lágrimas en el delantal.

Pasaron unos días, y el napolitano, ya convaleciente, quiso volver a su hotel. No llegó a ver a Maria, pero le envió un ramo admirable, y con una galantería digna de un príncipe artista del Renacimiento, depositó un soneto en italiano entre las flores, tan perfumado como ellas: la comparaba con una noble dama de Siria, que daba de beber de su cántara al caballero árabe, herido en el camino ardiente; la comparaba con la Beatriz de Dante.

Esto se le antojó a todo el mundo de una rara distinción, y, como dijo Alencar, un rasgo «muy a lo Byron».

Una semana después, en la *soirée* del bautizo de Carlos Eduardo, el Napolitano se dejó ver, y causó una honda impresión. Era un hombre espléndido, como un Apolo, con la palidez de un mármol exquisito: la barba corta y ensortijada, el largo cabello castaño, cabello de mujer, ondeado y con reflejos de oro, recogido a la nazarena, le daban realmente, como había dicho la arlesiana, un aire de hermoso Cristo.

No bailó más que una contradanza con Maria, y pareció, la verdad, un poco taciturno y engreído: pero en él todo era fascinante, su figura, su misterio, hasta su nombre: Tancredo. Muchos corazones de mujer palpitaban cuando apoyado en un

quicio, el clac en la mano, la melancolía en el rostro, exhalando el encanto patético de un condenado a muerte, derramaba lentamente por el salón la languidez sombría de su mirada de terciopelo. La marquesa de Alvenga, por examinarle de cerca, le pidió a Pedro el brazo, y le aplicó, como a un mármol de museo, sus impertinentes de oro.

—¡Menudo bellezón! —exclamó—. Todo un adonis. ¿Y dice usted, Pedro, que es amigo suyo?

—Somos como hermanos de armas, marquesa.

En aquella misma *soirée*, Vilaça informó a Pedro de que se esperaba a su padre en Benfica al día siguiente. Y Pedro, en cuanto todo el mundo se hubo retirado, le habló a Maria de «ir a hacerle la gran escena a papá». Pero ella se negó con las razones más imprevistas y sensatas. ¡Íntimamente había pensado mucho en el asunto! Reconocía que uno de los motivos de la obstinación de papá —de un tiempo a esa parte siempre le llamaba así— era aquella licenciosa existencia de Arroios...

—Pero amor mío —dijo Pedro— tampoco es que vivamos en una orgía perpetua... Vienen algunos amigos...

Ya, ya... Pero ella estaba decidida a llevar una vida más tranquila y casera. Hasta les convenía a los pequeños. Y quería que papá estuviese convencido de aquella transformación, para que las paces fueran más fáciles y duraderas:

—Deja pasar dos o tres meses... Cuando sepa lo recogidamente que vivimos, yo me ocuparé de todo... También es bueno que sea cuando mi padre se vaya a tomar las aguas a los Pirineos. Que mi pobre papá le tiene miedo al tuyo... ¿No crees que es mejor así?

—Eres un ángel —fue la respuesta de Pedro, que le besó las manos.

Dio la sensación de que las antiguas maneras de Maria cambiaban. Suspendió las *soirées*. Pasaba las noches discretamente, con algunos íntimos, en el *boudoir* azul. Ya no fumaba; dejó el billar; y vestida de negro, con una flor en el pelo, hacía crochet junto a la lámpara. Se tocaba música cuando el viejo Cazoti les visitaba. Alencar, que, a imitación de su dama, había optado también por la gravedad, recitaba traducciones de Klopstock. Se hablaba sesudamente de política; Maria estaba muy del lado regeneracionista.

Y todas aquellas noches, Tancredo estaba allí, indolente y bello, dibujando alguna flor para que ella la bordara, o tañendo a la guitarra canciones populares de Nápoles. Todos le adoraban, pero nadie tanto como el bueno de Monforte, que se pasaba las horas, sometido al agobio de su corbata, contemplándole embebecido. Hasta que de repente se ponía en pie, atravesaba el salón y se echaba de bruces sobre él para palparle, sentirle, respirarle, murmurando en su francés de lobo de mar:

—*Ça aller bien... Hein? Beaucoup bien... Me alegro...*

Y tales corrientes de afecto se propagaban, porque en aquellos momentos Maria siempre tenía una de sus preciosas sonrisas para papá, o acudía a besarle en la frente.

De día se ocupaba en cosas serias. Había organizado una útil asociación de caridad, la Obra Pía de las Mantas, con el fin de repartir enseres en invierno entre las familias necesitadas, y en el salón de Arroios, campanilla en mano, presidía las reuniones de redacción de los estatutos. Visitaba a los pobres. Se entregaba muy a menudo a devociones de iglesia, toda vestida de negro, a pie, con un velo muy tupido en el rostro.

El esplendor de su belleza se había velado ahora con una sombra conmovedora de ternura grave: la diosa se había vuelto madona. Y no era raro oírle de repente suspirar sin motivo.

Al mismo tiempo, su pasión por su hija iba a más. La criatura ya tenía dos años, y era en verdad adorable. Cada noche pasaba un instante al salón, vestida con un lujo de princesa. Y las exclamaciones, los éxtasis de Tancredo, no tenían fin. La había retratado al carbón, al difumino, a la acuarela. Se arrodillaba para besarle la manita sonrosada, como al *bambino* sagrado. Y Maria, a pesar de las protestas de Pedro, dormía siempre con ella en brazos.

A primeros de septiembre el bueno de Monforte se marchó a los Pirineos. Maria lloró, colgada del cuello del viejo, como si se embarcase rumbo a África.

Aunque a la hora de la cena se la veía radiante y consolada. Pedro sacó el asunto de la reconciliación, opinando que ya había llegado el momento de ir a Benfica a recuperar a aquel papá tan cabezota...

—Todavía no —dijo ella reflexionando, abstraída en su copa de burdeos—. Tu padre es como un santo, todavía no le merecemos... Tal vez este invierno.

Una sombría tarde de diciembre, de mucha lluvia, Afonso da Maia estaba leyendo en su escritorio cuando se abrió la puerta bruscamente y, alzando los ojos del libro, se encontró con Pedro. Estaba embarrado, desaliñado, y la cara lívida bajo el pelo enmarañado tenía un toque de locura. El viejo se incorporó aterrado, y Pedro, sin mediar palabra, se echó en sus brazos y lloró sin descanso.

—¡Pedro, hijo! ¿Qué pasa?

¡Tal vez Maria había muerto! Una alegría cruel le invadió, la idea de que su hijo se hubiese librado para siempre de los Monforte, de que volviera a su seno, con aquellos dos nietos que llenarían su soledad: toda una descendencia a la que amar. Y repetía, trémulo también, lo más amorosamente que podía:

—Tranquilízate, hijo. ¿Qué ha pasado?

Pedro se dejó caer en el canapé, como cae un cuerpo muerto. Y alzando en dirección a su padre un rostro devastado, envejecido, dijo entrecortadamente, con voz sorda:

—He estado fuera de Lisboa dos días... He vuelto esta mañana... Maria se ha ido de casa con la pequeña... Ha huido con un hombre, un italiano... ¡Y aquí me tiene!

Afonso da Maia se quedó mudo, inmóvil, como una figura de piedra. La sangre se le agolpó en el rostro venerable, que poco a poco se hinchó con el furor de la cólera. Vio, en un abrir y cerrar de ojos, el escándalo, el pitorreo de la ciudad, la compasión de las almas caritativas, su nombre por el barro. Y todo por aquel hijo suyo que, despreciando su autoridad, uniéndose a aquella criatura, había primero echado a perder la sangre de la raza, y ahora cubría su casa de oprobio. Y ahí lo tenía, ahí yacía, sin un grito, sin el menor arrebató, sin el menor acceso brutal de hombre traicionado. ¡Tirado en un sofá, llorando miserablemente! Indignado, rompió a pasear por la sala, rígido y áspero, con los labios cerrados para que no se le escapasen las palabras de ira e injuria que llenaban tumultuosamente su pecho... Pero era padre: oía a su lado un sollozo de profundo dolor; veía el temblor de aquel pobre cuerpo desgraciado que antaño acunara en sus brazos... Se llegó a su lado, y cogiéndole con gesto grave la cabeza, le besó en la frente una y otra vez, como cuando era niño, devolviéndole para siempre su ternura.

—Tenía razón, padre, tenía razón —susurraba Pedro entre lágrimas.

Al cabo callaron. Afuera ráfagas de lluvia batían la casa, la quinta, con un estruendo incesante; el viento de invierno, bajo las ventanas, ululaba por entre las ramas de los árboles.

Fue Afonso quien rompió el silencio:

—¿Adónde han huido, Pedro? ¿Qué es lo que sabes? Llorando no se arregla nada...

—No sé nada —respondió Pedro haciendo un gran esfuerzo—. Sólo sé que se ha ido. Yo dejé Lisboa el lunes. Por la noche, ella se fue de casa en un coche, con una maleta, el joyero, una criada italiana que tenía ahora, y la pequeña. Les dijo a la gobernanta y al ama que del pequeño ya hablaría conmigo. A ellas les extrañó aquello, pero qué iban a decir... Cuando volví, encontré esta carta.

Era un papel ya algo sucio, releído muchas veces, estrujado con furia. Contenía estas palabras:

«Es la fatalidad, me voy para siempre con Tancredo, olvídate, no soy digna de ti, me llevo a Maria, de la que no puedo separarme».

—¿Y el pequeño? ¿Dónde está el pequeño? —exclamó Afonso.

Pedro pareció acordarse del crío:

—Está ahí, con el ama, lo he traído en el coche.

El viejo salió del escritorio a toda prisa, y volvió al poco con el crío en brazos, envuelto en su faldón blanco bordado y su mantilla de encaje. Estaba rollizo, tenía los ojos muy negros y unos carrillos frescos y sonrosados. Toda su personita reía, balbuciendo, agitando su sonajero de plata. El ama se había quedado en la puerta,

tristona, con los ojos fijos en la alfombra y un hatillo en la mano.

Afonso se sentó pausadamente en su poltrona, y se colocó al nieto sobre las rodillas. Los ojos se le colmaban de una ternura luminosa. Parecía que se le olvidase la agonía de Pedro, la honra familiar menoscabada. Ahora sólo importaba aquella carita tierna, que le babeaba encima...

—¿Cómo se llama?

—Carlos Eduardo —murmuró el ama.

—Carlos Eduardo, ¿eh?

Le miró y remiró, como buscando en él los atributos de su linaje. Luego le cogió las dos manitas bermejas, que no soltaban el sonajero, y con toda la gravedad del mundo, como si la criatura fuese a comprenderle, le dijo:

—Mírame bien, yo soy tu abuelo. ¡Tienes que quererme!...

Y ante aquel vozarrón, el pequeño abrió mucho los ojos, mirándole con seriedad, con mucha fijeza, sin miedo de las barbas grisáceas. Luego empezó a patalear, liberó su manita y le golpeó furiosamente la cabeza con el sonajero.

El rostro del viejo sonreía ante aquella fogosa alegría. Le estrechó contra su pecho largo rato, le dio un demorado beso en la carita, apaciguado, enternecido, su primer beso de abuelo. Después, con el mayor de los cuidados, lo depositó en brazos del ama.

—Vamos, vamos, que ya Gertrudes está preparándole el cuarto. Vaya a ver qué hace falta.

Cerró la puerta y fue a sentarse junto a su hijo, que no se había movido del sofá ni había despegado los ojos del suelo.

—Desahógate, Pedro, cuéntamelo todo... Hace tres años que no nos vemos...

—Más de tres años —susurró Pedro.

Se puso de pie, y echó una mirada a la quinta, tan triste bajo la lluvia. Después, derramándola morosamente por la librería, se detuvo en su retrato, hecho en Roma a los doce años, todo de terciopelo azul, con una rosa en la mano. Y seguía repitiendo amargamente:

—Tenía razón, padre, tenía razón...

Poco a poco, entre paseos y suspiros, comenzó a hablar de aquellos últimos años, del invierno pasado en París, de la vida en Arroios, la intimidad del italiano con la familia, los planes de reconciliación y, a la postre, de aquella carta infame, que le arrojaba a la cara el nombre del otro... Al principio sólo había tenido ideas sanguinarias, había deseado perseguirlos. Pero aún le quedaba un resquicio de cordura. Habría sido ridículo, ¿no? Seguro que la fuga estaba preparada de antemano, y no iba a ir él por los hoteles de Europa en busca de su mujer. ¿Acudir a la policía? ¿Hacer que los prendiesen? ¡Menuda tontería! Lo trascendental e irreparable era que Maria andaba por ahí durmiendo con otro. Sólo podía despreciarla: había tenido

durante algunos años una bonita amante, que se había fugado con otro. Pues ¡adiós! Le quedaba un hijo, sin madre, con el nombre mancillado. ¡Paciencia! Necesitaba olvidar, hacer un largo viaje, a América tal vez. Y ya vería él, su padre, cómo volvería como nuevo.

Decía aquellas cosas sensatas paseando despacio, con el puro apagado entre los dedos, con una voz cada vez más tranquila. Pero de pronto se detuvo ante su padre, con una risa seca y un brillo feroz en los ojos.

—Siempre he deseado ver América, y la ocasión es inmejorable... Una ocasión señalada, ¿no? Hasta podría nacionalizarme americano, llegar a presidente, o reventar... ¡Ah! ¡Ah!

—Sí, pero ya pensarás en eso más tarde —acudió el viejo asustado.

En aquel momento, la campanilla de la cena sonó despacio al fondo del corredor.

—¿Sigue cenando pronto, eh? —dijo Pedro.

Lanzó un suspiro cansado y lento, y musitó:

—Nosotros cenábamos a las siete...

Se empeñó en que su padre se sentara a la mesa. No había motivo para no cenar. Él iría mientras a su cuarto de soltero... Aún estaba allí su cama, ¿no? No, no quería cenar nada...

—Que Teixeira me suba una ginebra... Aún está aquí el pobre Teixeira, ¿no?

Y al ver que Afonso no se movía, repitió con impaciencia:

—A cenar, padre, a cenar, por el amor de Dios...

Él subió a su habitación. Afonso oyó sus pasos arriba, el ruido de ventanas abiertas destempladamente. Se decidió por fin a pasar al comedor, donde los criados, a buen seguro informados de la desgracia por el ama, andaban de puntillas, con la lentitud contristada de una casa por la que ha pasado la muerte. Afonso se sentó solo a la mesa, pero ya estaba allí otra vez el cubierto de Pedro; rosas de invierno se deshojaban en un jarrón japonés; y el viejo papagayo, nervioso con la lluvia, se agitaba furiosamente en su percha.

Afonso tomó una cucharada de sopa, y acto seguido pasó a su poltrona junto al fuego. Allí se fue dejando envolver poco a poco en aquel melancólico crepúsculo de diciembre, con los ojos puestos en la lumbre, escuchando el soplo del sudoeste en los ventanales, pensando en las muchas cosas terribles que en tropel patético invadían su paz de viejo. Pero entre tanto dolor, y pese a lo profundo que era, entreveía un punto, un rincón de su corazón en el que se insinuaba algo muy dulce, muy joven, con una frescura de renacimiento, como si en alguna parte de su ser rompiera a borbotones un rico manantial de alegrías futuras; y su rostro entero sonreía al fuego alegre, porque veía, entre los encajes blancos de la mantilla, las mejillas sonrosadas...

Entretanto se habían encendido las luces de la casa. Inquieto, se decidió a subir al cuarto de Pedro. Estaba oscuro, tan húmedo y frío como si hubiese llovido dentro. El

viejo tiritó, y cuando llamó a su hijo la respuesta vino del vano oscuro de la ventana. Allí estaba, sentado afuera, expuesto a la noche bravía, al sombrío rumor de los ramajes, el rostro azotado por el viento, el agua, la inclemente vida invernal.

—¿Estás ahí? —exclamó Afonso—. Los criados querrán arreglar el cuarto, baja un momento. Estás empapado...

Le palpó las rodillas, las manos heladas. Pedro se puso en pie entre temblores, hurtándose con impaciencia a la ternura del viejo.

—¿Que quieren arreglar el cuarto? ¡Con lo bien que me sienta el aire!

Entró Teixeira con luces, y tras él el criado de Pedro, que acababa de llegar de Arroios, con un enorme neceser de viaje protegido por un hule. Las maletas las había dejado abajo. También había venido el cochero, ya que ninguno de los señores estaba en casa...

—Bien, bien —interrumpió Afonso—. El señor Vilaça se personará allí mañana, y él dará las órdenes.

El criado, de puntillas, depositó el neceser sobre el mármol de la cómoda, en la que aún estaban los antiguos frascos de *toilette* de Pedro. En la mesa, los candelabros iluminaban su enorme lecho triste de soltero, con los colchones doblados por la mitad.

Gertrudes, muy atareada, entró con un montón de ropa de cama. Teixeira sacudió con fuerza las almohadas. El criado de Arroios, dejando a un lado el sombrero, y siempre de puntillas, se puso a ayudarlos. Mientras, Pedro, como sonámbulo, había vuelto al balcón, y se mojaba otra vez, atraído por las tinieblas de la quinta, que se ahondaban entre los árboles con un rumor de mar brava.

Afonso acabó por tirarle del brazo, casi con aspereza:

—¡Pedro! ¡Deja que arreglen el cuarto! Baja un momento.

Pedro le siguió maquinalmente a la biblioteca, mordiendo el puro apagado que desde la tarde llevaba en la mano. Se sentó lejos de la luz, en el sofá, y allí estuvo mudo y como entontecido. Durante mucho rato sólo los pasos lentos del viejo, que caminaba a lo largo de los estantes, rompieron el silencio en que la sala se iba adormilando. Una brasa moría en la chimenea. La noche parecía más desapacible. El agua fustigaba los cristales, a ráfagas largas y con un clamor obstinado, y un diluvio chorreaba tejado abajo. Luego sobrevinía una calma tenebrosa, con un susurro lejano de viento huyendo entre los ramajes. Pero el silencio lo llenaba el llanto continuo que caía de los canalones. Y enseguida otra tromba de agua arremetía con más fuerza, envolvía la casa en un batir de ventanas, remolineaba y se iba con silbos desoladores.

—Hace una noche como de Inglaterra —dijo Afonso, inclinándose a avivar el fuego.

Al oír esto, Pedro se incorporó bruscamente. Tal vez le había asaltado la imagen de Maria: en otro país, en un cuarto cualquiera, al calor de un lecho adúltero y de los

brazos del otro. Se cogió la cabeza con las manos, y se acercó a su padre con paso poco firme, pero con voz muy tranquila:

—Estoy muy cansado, padre, voy a acostarme. Buenas noches... Mañana hablaremos con más calma.

Le besó la mano y salió despacio.

Afonso se quedó un rato más, con un libro en la mano aunque sin leer, atento tan sólo a los ruidos que pudieran venir del piso de arriba. Pero todo yacía en silencio.

Dieron las diez. Antes de acostarse, pasó por el cuarto que se le había asignado al ama. Gertrudes, el criado de Arroios, Teixeira, cuchicheaban junto a la cómoda, acogidos a la penumbra que daba un infolio puesto ante la lámpara. Todos se esfumaron de puntillas al sentir aparecer al señor, y el ama continuó ordenando en silencio los cajones. En la cama enorme, la criatura dormía como un niño Jesús cansado, agarrado a su sonajero. Afonso no se atrevió a besarle, porque las barbas ásperas no le despertasen. Pero le tocó un poco la ropita, le tapó mejor del lado de la pared, aseguró las cortinas, enternecido, sintiendo que todo su dolor se calmaba en la sombra de aquella alcoba en la que dormía su nieto.

—¿Necesita algo, ama? —preguntó sofocando la voz.

—No señor...

Entonces, sin hacer ruido, subió al cuarto de Pedro. Se veía una raya de luz bajo la puerta, por lo que la entreabrió. Su hijo escribía a la luz de dos velas, con el neceser abierto a su lado. Pareció espantarse al ver a su padre, y al alzar la cara, envejecida y lívida, dos surcos negros hacían que sus ojos parecieran más refulgentes y duros.

—Estoy escribiendo —dijo.

Se frotó las manos, como helado por el frío de la habitación, y añadió:

—Mañana, temprano, es necesario que Vilaça vaya a Arroios... Hay un montón de cosas de las que ocuparse: los criados, un par de caballos que tengo allí... Estoy escribiéndole. Vive en el número 32, ¿no? Bueno, Teixeira lo sabrá... Buenas noches, padre, buenas noches.

En su cuarto, contiguo a la biblioteca, Afonso no se tranquilizaba. La inquietud, la opresión, le hacían incorporarse en la cama a cada instante y aguzar el oído. Ahora, en el silencio de la casa y del viento en calma, resonaban arriba, lentos y continuos, los pasos de Pedro.

Clareaba ya, y Afonso se entregaba al sueño cuando un tiro atronó la casa. Se precipitó fuera de la habitación, en camisa, gritando. Un criado acudía también con una linterna. Del cuarto de Pedro, aún entreabierto, salía un olor a pólvora. Y a los pies de la cama, de bruces, en un charco de sangre que empapaba la alfombra, Afonso halló muerto a su hijo, con una pistola en la mano.

Entre las dos velas que se apagaban con hilachos lívidos, había una carta lacrada

con estas palabras en el sobre, escritas con letra firme: «Para papá».

Al cabo de unos días se cerró la casa de Benfica. Afonso da Maia se marchó a Santa Olávia con su nieto y con todos los criados.

Cuando en febrero Vilaça se desplazó a Santa Olávia a fin de acompañar el cuerpo de Pedro, que iba a reposar en el panteón familiar, no pudo contener las lágrimas al avistar la casa en la que tantas Navidades alegres había pasado. Un crespón negro cubría el escudo de armas, y era como si aquel paño hubiese desteñado, enlutando la fachada muda y los castaños que antaño animaban el patio. Dentro, los criados hablaban en voz baja, todos de luto riguroso. No había una flor en los jarrones. Y hasta el mayor de los encantos de Santa Olávia, el fresco cantar de las aguas en estanques y surtidores, tenía ahora la cadencia melancólica de un lloro. Vilaça halló a Afonso en la biblioteca, con las ventanas cerradas al precioso sol de invierno, hundido en un sillón, la cara llena de surcos bajo un pelo largo y blanco, las manos enflaquecidas y ociosas sobre las rodillas.

El administrador volvió a Lisboa diciendo que el viejo no duraba un año.

III

Mas pasó aquel año y otros años pasaron.

Una mañana de abril, en vísperas de Semana Santa, Vilaça se presentó de nuevo en Santa Olávia.

No se le esperaba tan pronto, y como era el primer día soleado de aquella primavera lluviosa, los señores estaban de paseo por la quinta. Teixeira, el mayordomo, que encanecía a marchas forzadas, se mostró muy satisfecho de ver al señor administrador, con el que a veces se carteaba, y le condujo al comedor, donde la vieja gobernanta, Gertrudes, cogida por sorpresa, dejó caer una pila de servilletas por abrazarle.

Las tres puertas vidrieras estaban abiertas a la terraza, que se extendía bajo el sol con su balaustrada de mármol cubierta de enredaderas. Y Vilaça, bajando los peldaños que conducían al jardín, a duras penas pudo reconocer a Afonso da Maia en aquel viejo de barba nevada, si bien robusto y colorado, que remontaba el paseo de granados con su nieto de la mano.

Carlos, al avistar a un desconocido al pie de la terraza, con sombrero de copa alta y un *cache-nez* de felpa, corrió a verle de cerca, empujado por la curiosidad. Pero se encontró con que Vilaça, desprendiéndose de su paraguas, le cogió en brazos y le besó en el pelo, en la cara, balbuciendo:

—¡Mi pequeño, mi querido pequeño! Pero ¡qué guapetón que estás! ¡Y qué grande!

—¿Y esto, Vilaça? ¿Sin avisar? —exclamó Afonso da Maia, que llegaba con los brazos abiertos—. ¡Le esperábamos la semana que viene!

Los dos viejos se abrazaron. Luego se miraron un momento con ojos húmedos y brillantes, y se estrecharon otra vez conmovidos.

A su lado, Carlos, muy serio, muy esbelto, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de franela blanca, la gorra de la misma franela ladeada sobre los hermosos rizos de pelo negro, seguía mirando a Vilaça, que, con labio trémulo, y tras quitarse un guante, se limpiaba los ojos por debajo de las gafas.

—¡Y nadie ha ido a esperarle, ni siquiera un criado se ha acercado al río! —decía Afonso—. En fin, aquí está, que es lo que importa... ¡Y qué bien se conserva usted, Vilaça!

—Usted también, señor —balbució el administrador, reprimiendo un sollozo—. ¡Ni una arruga! Un poco pálido, pero con pinta de jovenzuelo... ¡Si casi no le reconozco!... Cuando me acuerdo de la última vez que le vi... Pero ¡aquí tenemos a esta flor!...

Entusiasmado, iba a abrazar a Carlos otra vez, pero el crío echó a correr con una risotada, saltó a la hierba, se encaramó a un trapecio armado entre los árboles, y allí

se quedó, balanceándose cadenciosamente, con aplomo y gracia, gritando: «¡Tú eres Vilaça, tú eres Vilaça!».

Vilaça, con el paraguas bajo el brazo, le miraba embelesado:

—¡Es un chico precioso! ¡Da gusto verlo! Y tan parecido a su padre. Los mismos ojos, los ojos de los Maia, el pelo ensortijado... Pero ¡será mejor mozo!

—Es muy sano y fuerte —decía risueño el viejo, alisándose la barba—. ¿Y cómo anda su chico, Manuel? ¿Para cuándo esa boda? Vamos adentro, Vilaça, que tenemos mucho de qué hablar...

Habían pasado al comedor, donde a la fina y vasta luz de abril un fuego de leña agonizaba en la chimenea de azulejo. En los aparadores de palisandro resplandecían las platas y la porcelana. Los canarios parecían locos de alegría.

Gertrudes, que les observaba, se acercó, con las manos cruzadas sobre el delantal blanco, familiar y tierna.

—Ah señor, ¡un regalo del cielo volver a ver a este ingrato en Santa Olávia!

Y con un destello de simpatía en la cara, alba y redonda como una vieja luna, en la que ya apuntaba un bozo blanco, añadió:

—Ah señor Vilaça, ¡esto ya es otra cosa! ¡Hasta los canarios cantan! Y yo también cantaré, si pudiese...

Y se retiró despacio, de improviso conmovida, a punto de llorar.

Teixeira aguardaba, con una sonrisa superior y muda que iba de una punta a otra de su alzacuello de mayordomo.

—Me parece que le están preparando el cuarto azul, ¿no? —dijo Afonso—. El cuarto en que usted solía dormir lo ocupa ahora la vizcondesa...

Vilaça se apresuró a preguntar por ella. Era una Runa, una prima de la mujer de Afonso, que en los tiempos en que los poetas de Caminha^[32] la cantaban, se había casado con un hidalgo gallego, el vizconde de Urigo de la Sierra, un borracho, un bestia que le pegaba. Luego, viuda y pobre, Afonso la había recogido, por cumplir con sus deberes para con los parientes y por que hubiera una mujer en Santa Olávia.

Últimamente no andaba muy católica... Pero Afonso miró el reloj e interrumpió la relación de sus achaques.

—Vilaça, vaya a arreglarse, que cenamos de aquí a poco.

Sorprendido, el administrador miró también el reloj, y luego la mesa puesta, los seis cubiertos, el cestillo con flores, las botellas de oporto.

—¿Usted cena ahora por la mañana? Yo me figuraba que era la comida...

—Le explico. Carlos tiene que seguir un régimen. De madrugada sale a la quinta. Almuerzo a las siete. Cena a la una. Y yo, por vigilar al chico...

—¡Don Afonso da Maia —exclamó Vilaça— a sus años cambiando de hábitos! ¡Lo que hace ser abuelo!

—¡Bobadas! No, no es eso, es que me sienta bien. De verdad. Pero arréglese,

Vilaça, arréglese, que a Carlos no le gusta esperar... Puede que venga el señor cura.

—¿Don Custódio? ¡Estupendo! Entonces, si usted me permite...

En cuanto salió al corredor, el mayordomo, ansioso por conversar con el señor administrador, le preguntó, librándole del paraguas y de su manta de viaje:

—Sinceramente, señor Vilaça, ¿cómo nos encuentra usted?

—Estoy contento, Teixeira, estoy contento. Se puede venir por gusto a Santa Olávia.

Y poniéndole familiarmente la mano en el hombro, con un guiño del ojo aún húmedo, le dijo:

—Todo esto es cosa del chico. Ha hecho revivir al patrón.

Teixeira se rió respetuosamente. La verdad es que el chico era la alegría de la casa...

—¿Y esa música? —exclamó Vilaça, inmóvil en un peldaño de la escalera al oír que del piso de arriba llegaban los gemidos del afinado de un violín.

—Es el señor Brown, el inglés, el preceptor del pequeño... Se da mucha maña, da gusto oírle. Algunas noches toca en el salón, el juez le acompaña a la concertina... Éste es su cuarto, señor Vilaça...

—¡Muy bonito!

El barniz de los muebles nuevos brillaba a la luz de las dos ventanas, sobre la alfombra cenicienta sembrada de florecillas azules. Y las colgaduras y reposteros de cretona repetían el mismo follaje azulado sobre fondo claro. Un confort fresco y campestre que deleitó a Vilaça.

Enseguida palpó las cretonas, frotó el mármol de la cómoda, probó la solidez de las sillas. Eran los muebles comprados en Oporto, ¿eh? Muy elegantes. Y no habían salido nada caros. No se podía hacer idea del precio... Hasta se puso de puntillas para examinar dos acuarelas inglesas que representaban a unas primorosas vacas, echadas en la hierba, a la sombra de unas ruinas románticas. Reloj en mano, Teixeira le recordó la cena:

—Sólo dispone de diez minutos... Al pequeño no le gusta esperar.

Vilaça se decidió por fin a separarse de su *cache-nez*. Luego se quitó el grueso chaleco de lana. Y por la camisa entreabierta asomó una franela bermeja, cosa de su reumatismo, y su escapulario de seda bordada. Teixeira aflojaba las correas de la maleta. Al fondo del corredor el violín atacó el *Carnaval de Venecia*, y a través de las ventanas cerradas se sentía el aire libre, la frescura, la paz de los campos, todo el verde de abril.

Vilaça, sin gafas, tiritando un poco, se pasaba la punta mojada de la toalla por el cuello, por detrás de las orejas, y decía:

—Así que a nuestro Carlinhos no le gusta esperar, ¿eh? Está claro quién manda en esta casa. Mimos y más mimos...

Pero Teixeira, con el aplomo que competía a sus funciones, sacó de su engaño al señor administrador. ¿Mimos y más mimos? ¡Pobre chico, se le estaba educando con mano de hierro! ¡Si él le contara al señor Vilaça! No había cumplido la criatura los cinco años y ya dormía solo, sin una lamparilla. Y todas las mañanas, zas, remojón en una tina de agua fría, aunque afuera estuviese helando... Y otras barbaridades. Quien no supiera de la pasión del abuelo por su nieto, pensaría que lo desease muerto. Él mismo tenía que acusarse, Teixeira, de haber llegado a pensarlo... Más parecía que se trataba, simplemente, ¡del sistema inglés! Su abuelo le dejaba que corriese, se cayera, trepara a los árboles, se mojase, que pillara la solanera, igual que si fuese hijo de casero. Y por si fuera poco, ¡el rigor en las comidas! Sólo a determinadas horas y determinadas cosas... Y la criaturita, más de una vez, con la boca hecha agua y los ojos como platos... Mucha, mucha dureza.

Y Teixeira añadió:

—Estaba de Dios que saliese fuerte... Pero otra cosa es que nosotros, Gertrudes y yo, aprobemos la educación que se le está dando, eso de ningún modo.

Le echó otra ojeada al reloj, sujeto con una cinta negra sobre el chaleco blanco, y dio algunos pasos lentos por la habitación. Cogió de encima de la cama la levita del administrador, y le pasó el cepillo por el cuello, levemente y como por amabilidad, al tiempo que decía, llegándose al tocador en que Vilaça se repeinaba el poco pelo sobre la calva:

—¿Sabe usted qué es lo primero que le enseñó su maestro inglés? ¡A remar! Sí, a remar, señor Vilaça, ¡como si fuera un barquero! Por no hablar del trapecio o las habilidades de payaso, eso está fuera de todo comentario... Y yo soy el primero en reconocerlo: Brown es una buena persona, callado, aseado, excelente músico. Pero es lo que yo le digo a Gertrudes: puede que sea magnífico para un inglés, pero no para enseñar a un hidalgo portugués... Eso no. Sáquele el asunto a doña Ana Silveira...

Llamaron a la puerta suavemente, y Teixeira calló. Entró un criado, le hizo una seña al mayordomo, le quitó del brazo respetuosamente la levita y aguardó con ella junto al tocador, donde Vilaça, colorado e impaciente, luchaba aún con sus cuatro pelos rebeldes.

Teixeira, desde la puerta, reloj en mano, concluyó:

—La cena, señor Vilaça. Tiene usted dos minutos.

Un instante después, bajaba también el administrador, abotonándose.

Todos estaban en el comedor. Junto a la chimenea, en la que los leños morían en la ceniza blanca, Brown recorría el *Times*. Carlos, a caballo en las rodillas de su abuelo, le contaba fantásticas peleas entre chicos. Y a su lado, el cura, don Custódio, con el pañuelo del rapé en la mano, escuchaba boquiabierto, paternal.

—Mire quién viene por aquí, señor cura —dijo Afonso.

El párroco se volvió, y se dio una gran palmada en la pierna:

—¡Menuda sorpresa! ¡Nuestro Vilaça! ¡Y no me habían dicho nada! ¡Un abrazo, amigo mío!...

Carlos trotaba en las rodillas de su abuelo, encantado con aquellos largos abrazos que juntaban las cabezas de los dos viejos, una con sus cuatro pelos repeinados sobre la calva, la otra con una gran tonsura abierta en una mata de pelo blanco. Y como los dos, cogidos por las manos, seguían admirándose, estudiando cada uno en el otro el paso de los años, Afonso terció:

—¡Vilaça! La señora vizcondesa...

Con los ojos bien abiertos el administrador la buscó en vano por toda la sala. Carlos se moría de risa y daba palmas. Hasta que al fin Vilaça la descubrió en un rincón, entre el aparador y la ventana, sentada en una sillita baja, vestida de negro, tímida y quieta, con los brazos rollizos apoyados en las carnes de la cintura. El rostro gordo y blando, blanco como papel, y los pliegues grasientos del pescuezo, se le pusieron colorados de pronto. No supo qué decirle a Vilaça, le tendió la mano regordeta y pálida, con un dedo envuelto en un trozo de seda negra. Luego se dio aire con un gran abanico de lentejuelas, el pecho todo sofocado, los ojos en el regazo, como exhausta después de aquel esfuerzo.

Dos criados habían comenzado a servir la sopa. Teixeira aguardaba, detrás del alto espaldar de la silla de Afonso.

Pero Carlos aún cabalgaba sobre su abuelo, e insistía en acabar su historia. Manuel, tenía una piedra en la mano... Él no quería camorra, pero aquellos dos empezaron a reírse... Así que los corrió a todos...

—¿Y eran mayores que tú?

—Tres mocetones, pregúntele a la tía Pedra... Ella lo vio todo, que estaba en la era. Uno de ellos llevaba una guadaña...

—Muy bien caballere, quedamos enterados... Abajo... La sopa se está enfriando.

Y el viejo, con su aspecto resplandeciente de patriarca feliz, se dirigió a la cabecera de la mesa:

—Ya empieza a pesar, ya no está para cogerlo a pulso.

Sólo entonces reparó en Brown, por lo que se levantó de nuevo y le presentó al administrador:

—El señor Brown, el amigo Vilaça... Perdónenme, me he descuidado por culpa de aquel caballero del fondo de la mesa, el señor don Carlos de Matasiete.

El preceptor, sólidamente abotonado en su casaca militar, rodeó toda la mesa, rígido y tieso, para darle a Vilaça un tremendo *shake-hands*. Luego, sin una palabra, volvió a su lugar, desdobló la servilleta, se atusó sus formidables bigotes, y sólo entonces fue cuando le dijo a Vilaça con su fuerte acento inglés:

—Bonito día... ¡glorioso!

—Tiempo de rosas —le correspondió Vilaça, un poco intimidado ante aquel atleta.

Hablaron, como no podía ser menos, del viaje desde Lisboa, del buen servicio del coche correo, del ferrocarril que se iba a inaugurar... Vilaça ya había ido en tren hasta Carregado.

—¿Debe de ser pavoroso, no? —preguntó el cura, con la cuchara en el aire.

El buen hombre no había salido de Resende. El ancho mundo que quedaba más allá de la penumbra de su sacristía y los árboles de su huerto le aterrorizaba como una Babel. Y en particular aquel ferrocarril del que tanto se hablaba...

—Da cierta cosa —afirmó Vilaça con la autoridad de la experiencia—. Se diga lo que se diga, da cierta cosa...

Pero al párroco le preocupaban sobre todo las desgracias que sobrevendrían con aquellas máquinas.

Vilaça aprovechó para recordar los accidentes del coche correo. El que volcó en Alcobaça, ¡había aplastado a dos hermanas de la caridad! En fin, de cualquier modo, en la vida todo eran peligros. Uno podía romperse una pierna sin salir de su cuarto...

¡Y eso que a don Custódio le gustaba el progreso!... Hasta le parecía necesario. Pero le daba la impresión de que se estaba haciendo todo con embarullamiento... El país no estaba para aquellos inventos, lo que necesitaba eran buenos caminos...

—¡Y economía! —apostilló Vilaça haciéndose con los pimientos.

—¿Bucelas^[33]? —le susurró junto al hombro un criado.

Una vez llena la copa, el administrador la alzó, admiró a la luz el color pajizo, lo probó mojándose apenas los labios, y guiñándole un ojo a Afonso exclamó:

—¡Es del nuestro!

—Del viejo —dijo Afonso—. Pregúntele a Brown... ¿Un buen néctar, eh Brown?

—¡Magnificante! —exclamó el preceptor con fogosa energía.

Entonces Carlos, extendiendo el brazo por encima de la mesa, reclamó también su bucelas. Aducía que era fiesta por la llegada de Vilaça. El abuelo no consintió: el chico tenía su copita de colares^[34], como siempre, y sólo una. Carlos se cruzó de brazos sobre la servilleta que le colgaba del cuello, asombrado ante tanta injusticia. Así que ¿ni para festejar la llegada de Vilaça podía beber una gotita de bucelas? Menuda manera de recibir a los huéspedes... Gertrudes le había dicho que como venía el señor administrador se tendría que poner, para el té de la noche, el traje nuevo de terciopelo. Y ahora le salían con que no era fiesta, y ni hablar de bucelas... Pues no entendía nada.

El abuelo, que se bebía embobado sus palabras, se esforzó en poner cara seria:

—Me parece que el señor está hablando más de la cuenta. Son los mayores los que hablan en la mesa.

Carlos bajó la cabeza sobre el plato, murmurando mansamente:

—Está bien abuelo, no te enfades, esperaré a que sea mayor...

Una sonrisa recorrió la mesa. Hasta la mismísima vizcondesa, deleitada, agitó perezosamente el abanico. Don Custódio, arrobado con el pequeño, se apretaba las manos vellosas contra el pecho, tan encantador le parecía aquello. Y Afonso tosía al amparo de la servilleta, como si se limpiara las barbas, escondiendo la sonrisa, la admiración que le brillaba en los ojos.

Tanta vivacidad sorprendió también a Vilaça. Quiso oír más al chico, y depuso el tenedor.

—¿Dígame, Carlinhos, va usted muy adelantado en sus estudios?

El chico, sin mirarle, se arrellanó en su asiento, se metió las manos entre el cinturón y los pantalones, y respondió con tono superior:

—Ya hago que Brígida ande de costado.

El abuelo, sin poder contenerse, se echó a reír, dejándose caer contra el respaldo de la silla:

—Eso sí que está bien... ¡Ya lleva a Brígida de costado! Es cierto, Vilaça, es cierto... Pregúntele a Brown. ¿No es así, Brown? La yegua es poca cosa la pobre, pero fina...

—¡Abuelo —gritó Carlos excitado— dile a Vilaça cómo llevo el *dog-cart*!

Afonso retomó el aire severo.

—No lo niego... Tal vez fuese usted capaz de llevarlo, si se le dejara. Pero hágame el favor de no alardear de sus hazañas, porque un buen caballero ha de ser modesto... Y sobre todo no ha de meterse las manos por el cinturón.

El excelente Vilaça, empero, chasqueando los dedos, preparaba una observación. No era una habilidad pequeña montar a caballo como mandan los cánones. Pero a lo que él se refería era a si Carlinhos ya se manejaba con su Fedro, su Tito Livio...

—¡Vilaça, Vilaça! —advirtió el cura con el tenedor en ristre y una sonrisa de santa malicia—. Bajo este noble techo no miente los latines... Nuestro amigo cree que es cosa antigua... Y hombre, antigua sí que es...

—Mi querido amigo, sírvase de este fricasé, que sé que es su debilidad —terció Afonso— y deje tranquilo al latín...

El cura obedeció encantado. Y mientras escogía en la densa salsa sus buenos pedazos de ave, murmuraba:

—Hay que empezar por el latín... Por el latín. Es la base...

—¡No, el latín más tarde! —terció Brown con gesto poderoso—. ¡Primero fuerza! ¡Fuerza, músculo!...

Y lo repitió dos veces, agitando sus formidables puños:

—¡Primero músculo, músculo!...

Afonso le apoyó con gravedad. Brown estaba en lo cierto. El latín era un lujo erudito... Nada más absurdo que empezar la instrucción de un niño enseñándole en

una lengua muerta quién fue Fabio, rey de los sabinos, la historia de los Graco y demás asuntos de una nación inexistente, y no enseñarle qué es la lluvia que le moja, cómo se hace el pan que come, y todo lo relativo al mundo en que vive...

—Sí, pero los clásicos... —arriesgó tímidamente el párroco.

—¿Qué clásicos? El primer deber de un hombre es vivir. Y para eso hay que estar sano, fuerte. Toda educación sensata consiste en eso: en crear salud, en instaurar en el individuo la fuerza y sus hábitos, en desarrollar tan sólo al animal, dotándole de una enorme superioridad física. Como si no tuviera alma. El alma viene después... El alma es un lujo. Un lujo de los adultos...

El cura se rascaba la cabeza, con aire aterrorizado.

—Un poco de instrucción también hace falta —aventuró—. ¿No cree usted, mi querido Vilaça? Aunque usted, señor don Afonso da Maia, usted ha visto mucho más mundo que yo... Pero su poco de instrucción...

—La instrucción de una criatura no consiste en recitar *Tityre, tu patulae recubans*... Sino en dominar hechos, nociones, cosas útiles, cosas prácticas...

Pero se detuvo: y con ojo brillante le hizo seña a Vilaça de que se fijase en el crío, que hablaba en inglés con Brown. Y eran además hechos de fuerza, una historia de pependencias entre chicos, lo que le estaba contando, ilustrada con puñetazos al aire. El preceptor le daba su aprobación y se retorció los bigotes. Y todos, los señores con el tenedor en suspenso, los criados de pie y con la servilleta en el antebrazo, escuchaban en silencio reverente cómo el niño hablaba en inglés.

—Grandes dotes, grandes dotes —susurró Vilaça, inclinándose hacia la vizcondesa.

Entre que sonreía y que no, la excelente señora se puso colorada. Tal como se hallaba, parecía incluso más gorda, agazapada en la silla, silenciosa, comiendo sin parar. Y a cada trago de bucelas, se refrescaba lánguidamente con su enorme abanico negro de abalorios.

Cuando Teixeira sirvió el oporto, Afonso le hizo un brindis a Vilaça. Todas las copas se alzaron en un murmullo de amistad. Carlos quiso gritar «¡Hurra!». El abuelo, con gesto represivo, le contuvo. Y en la pausa satisfecha que se hizo, el pequeño dijo con gran convicción:

—Abuelo, me gusta Vilaça. Vilaça es nuestro amigo.

—¡Desde hace muchos, muchos años, señor mío! —exclamó el viejo administrador, tan conmovido que apenas lograba mantener la copa en la mano.

La cena se acababa. Afuera el sol había abandonado la terraza, y la quinta verdeaba en la dulzura del aire tranquilo, bajo el azul oscuro del cielo. En la chimenea sólo quedaba ceniza blanca. Las lilas de los jarrones exhalaban un aroma penetrante, al que se unía el de una crema al caramelo con un hilo de limón por encima. Los criados, con chalecos blancos, trajinaban con el servicio, dejando

escapar algún sonido argentino. Y el albo mantel adamascado desaparecía bajo el desorden de los postres, con los tonos dorados del oporto brillando entre las compoteras de cristal. La vizcondesa, muy sofocada, se abanicaba. El padre Custódio enrollaba despaciosamente la servilleta, y la sotana gastada le rebrillaba en los pliegues de las mangas.

Afonso, sonriendo tiernamente, hizo el último brindis.

—¡Por el señor Carlos de Matasiete!

—¡Por el abuelo! —dijo el pequeño apurando su copa.

La cabecita de cabellos oscuros, el rostro de barba de nieve, se saludaron de un extremo a otro de la mesa, a la par que todos sonreían, enternecidos ante semejante ceremonia. Luego don Custódio, con el palillo en la boca, rindió en un murmullo las gracias. La vizcondesa, cerrando los ojos, juntó las manos también. Y a Vilaça, que tenía creencias religiosas, no le gustó nada ver cómo Carlos se despreocupaba de la acción de gracias, saltaba de la silla e iba a echarse al cuello del abuelo y a hablarle al oído.

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar! —decía el viejo.

Pero el chiquillo, abrazándole más fuerte, le daba grandes razones, con un murmullo mimoso, dulce como un beso, que iba poniendo en la cara del viejo una debilidad indulgente.

—Bueno, pero por ser fiesta —dijo rindiéndose—. Y cuidado...

El chico dio un brinco, aplaudió, agarró a Vilaça por los brazos, le obligó a bailotear un poco, y cantó, inventándose la melodía:

—¡Has hecho muy bien en venir, bien, bien, bien! ¡Voy a por Teresinha, inha, inha, inha!

—Es su novia —dijo el abuelo, levantándose de la mesa—. Ya tiene amores, es la pequeña de las Silveira... El café afuera, Teixeira.

El día era delicioso, adorable, de un azul suave, muy puro y muy alto, sin una nube. Frente a la terraza, los geranios rojos ya estaban abiertos. El verdor de los arbustos, muy tierno aún, tenía la delicadeza del encaje, parecía temblar al menor soplo. De cuando en cuando llegaba un vago olor a violetas, mezclado con el olor dulzón de las flores del campo. El alto surtidor cantaba. Y en los senderos del jardín, bordeados de setos bajos de boj, la arena fina chispeaba suavemente al tímido sol de aquella primavera morosa, que envolvía a lo lejos los verdes de la quinta, adormecida bajo una luz fresca y rubia.

Los tres hombres pasaron a la mesa del café. Frente a la terraza, Brown, con gorra escocesa ladeada y una gran pipa en la boca, tiraba de la barra del trapecio para que Carlos se balancease. El excelente Vilaça pidió le disculpasen si volvía la espalda, pero es que no era amigo de gimnasias. Sabía que no era peligroso, pero hasta las cabriolas y los juegos con aros del circo le aturdían; siempre salía con el estómago

revuelto...

—Y después de cenar, me parece un poco imprudente.

—Son simples balanceos... ¡Fíjese en eso!

Pero Vilaça no se movió, la cabeza gacha sobre la taza. El pequeño, desde lo alto, con las piernas recogidas contra la barra del trapecio, las manos en las cuerdas, se abalanzaba sobre la terraza, horadando el espacio, con el cabello al viento. Luego se elevaba serenamente, creciendo a pleno sol. Todo él sonreía. La blusa, los pantalones, se le hinchaban con el viento. Y al paso, le destellaban huidizos los ojos, muy negros y muy abiertos.

—No, no es algo que yo apruebe —dijo Vilaça—. Lo veo imprudente.

Entonces Afonso da Maia aplaudió. El cura gritó: «¡Bravo, bravo!». Vilaça se volvió para aplaudir, pero Carlos ya había desaparecido. El trapecio describía idas y venidas cada vez más breves. Y Brown, retomando el *Times*, que había dejado en el pedestal de un busto, se adentró en la quinta envuelto en la nube del humo de su pipa.

—¡Estupenda cosa la gimnasia! —exclamó Afonso da Maia, encendiendo con satisfacción otro puro.

Vilaça había oído que debilitaba mucho el pecho. Y el párroco, después de darle un sorbo al café y relamerse, soltó una bonita frase, con tintes de máxima:

—Esta educación hace atletas, pero no cristianos. Yo ya lo tengo dicho...

—Claro que lo tiene usted dicho —exclamó Afonso alegremente—. Me lo dice todas las semanas... ¿Sabe usted, Vilaça? Don Custódio no piensa descansar hasta que le enseñe el catecismo al chico. ¡El catecismo!...

Don Custódio miró un instante a Afonso, con el rostro abatido y la caja del rapé abierta en la mano. La irreligión de aquel viejo hidalgo, señor de casi todo el término, era uno de sus dolores.

—El catecismo, sí señor, por más que usted lo mencione con retintín... El catecismo. Pero no es sólo el catecismo. Hay otras cosas... Y si lo digo tantas veces, señor Afonso da Maia, es por el amor que le tengo al muchacho.

Y vuelta a empezar con la discusión, que siempre que don Custódio comía en la quinta se entablaba a la hora del café.

Al buen hombre le parecía horrible que en aquellos tiempos un mozalbete tan apuesto, heredero de una casa tan importante, con futuras responsabilidades en la sociedad, no se supiese al dedillo su poco de doctrina. A este propósito le contó a Vilaça la historia de doña Cecilia Macedo. Aquella virtuosa señora, mujer del escribano, pasando un día por delante del portón de la quinta y viendo a Carlinhos, le había llamado, cariñosa y amiga de los niños como era, y le había pedido que le dijese el acto de contrición. ¿Y qué le respondió la criatura? «Que nunca había oído hablar de eso.» Cosas así daban pena. Pero al señor Afonso da Maia le hacían gracia, se reía. El amigo Vilaça, allí presente, podía decir si era cosa como para alegrarse.

No, el señor Afonso da Maia tenía muchos saberes, había visto mucho mundo, pero de una cosa no le podía convencer a él, un pobre cura que ni siquiera conocía Oporto, y era de que pudiese haber felicidad y buen comportamiento sin la moral del catecismo.

Afonso da Maia respondía bienhumorado:

—A ver... ¿Qué le enseñaría usted al chico si yo lo pusiera en sus manos? ¿Que no se debe robar dinero de los bolsillos, ni mentir, ni maltratar a los inferiores, porque todo ello contraviene los mandamientos de la ley de Dios y conduce al Infierno? Eso, ¿no?...

—Y alguna cosa más.

—Sí, claro. Pues bien, todo eso que usted le diría que no debe hacer porque son pecados que ofenden a Dios, él ya sabe que no debe hacerlo, porque es indigno de un caballero y de un hombre de bien...

—Pero...

—Escúcheme, don Custódio. La única diferencia es ésta: yo quiero que el chico sea virtuoso por amor a la virtud y honrado por amor a la honra, no por miedo a las calderas de Pero Botero o por la promesa del Reino de los Cielos...

Y añadió levantándose y sonriendo:

—Porque el verdadero deber de los hombres de bien es, tras semanas de lluvia, cuando llega un día como éste, salir a respirar a los campos, y no estar aquí discutiendo de moral. Así que ¡no se hable más! Si Vilaça no está muy cansado, vamos a dar una vuelta por la hacienda...

El párroco suspiró como un santo al que la negra impiedad de los tiempos le arrebatara las mejores ovejas del rebaño. Después le echó una mirada a su taza, y apuró el café.

Cuando Afonso da Maia, Vilaça y el cura volvieron de su paseo, ya había oscurecido, las luces estaban encendidas en las salas, y habían llegado las Silveira, ricas propietarias de la Quinta da Lagoaça.

Doña Ana Silveira, la mayor y soltera, tenía fama de ser la talentosa de la familia, y en punto a doctrina católica y etiqueta era toda una autoridad en Resende. La viuda, doña Eugénia, se limitaba a ser una excelente y cachazuda señora, de agradables carnes, trigueña brava y de mucha pestaña. Tenía dos hijos, Teresinha, la «novia» de Carlos, una chiquilla delgada con el pelo negro como la tinta, y el primogénito, Eusèbiozinho, un prodigio del que mucho se hablaba por aquellos lares.

Casi desde la cuna este notable muchacho había mostrado el más edificante de los amores por los libros viejos y demás cosas del saber. Gateaba aún, y ya su mayor felicidad era recogerse en un rincón, sobre una estera, envuelto en una manta, y hojear infolios, el pequeño cráneo calvo inclinado sobre la letra grande de la buena doctrina. Y cuando hubo crecido un poco, tenía tal voluntad, que pasaba las horas

inmóvil en una silla, con las piernecitas colgando, trabajándose sin descanso la nariz. Jamás había demostrado gusto por tambores o armas, pero no hacían más que coserle cuadernos, en los que el precoz letrado pasaba los días trazando, con la lengüecita fuera, arduos guarismos, para pasmo de su mamá y de su tía.

De modo que ya tenía la carrera trazada: era rico, se titularía en derecho, y sería juez. Cuando iba de visita a Santa Olávia, la tía Anica le sentaba a la mesa, debajo de la lámpara, a que admirase las estampas de un enorme y estupendo volumen, *Las costumbres de todos los pueblos del universo*. Y ya estaba en ello aquella noche, vestido de escocés como siempre, con su flamante *plaid* a cuadros negros y rojos, cruzado y sujeto al hombro con una dragona. Para que retuviese a toda hora el aire noble de un Stuart, de un valeroso caballero de Walter Scott, nunca le quitaban el gorro, en el que con heroísmo se arqueaba una rutilante pluma de gallo. Sumía en la melancolía ver su carita ceñuda, en la que las lombrices ponían una blandura y amarillez de mantequilla, sus ojillos azulados y borrosos, sin pestañas, como si la ciencia se las hubiera quemado, y la sesuda atención que prestaba a las campesinas de Sicilia, a los feroces guerreros de Montenegro, plantados con su escopeta en alguna escarpadura.

Y allí estaba también, delante del canapé de las señoras, el fiel amigo, el señor procurador, hombre grave y digno, que desde hacía cinco años andaba ponderando muy mucho su casamiento con la Silveira viuda, sin decidirse aún, contentándose con comprar cada año media docena de sábanas, o alguna pieza más de bretaña con que redondear el ajuar. Estas compras se discutían en casa de las Silveira, en torno al brasero. Y las alusiones recatadas, aunque inevitables, a las dos fundas de almohada, al tamaño de las sábanas, a las mantas de lana con que ovillarse en enero, en lugar de inflamar al magistrado, le inquietaban. Los días siguientes se le veía preocupado, como si la perspectiva de la santa consumación del matrimonio le pusiera tan en jaque como acometer una hazaña, coger a un toro por los cuernos o nadar en los remolinos del Duero. Así, valiéndose de cualquier razón especiosa, difería el casamiento hasta el siguiente San Miguel. Aliviado, tranquilo, el respetable caballero continuaba acompañando a las Silveira a té, ceremonias religiosas o pésames, vestido de negro, afable, servicial, sonriendo a doña Eugénia, no deseando otros placeres que los de aquella convivencia paternal.

En cuanto Afonso entró en la sala, le informaron del contratiempo: el señor juez y señora no podían acudir, el magistrado se hallaba indispuesto; y las Branco habían mandado recado de que se las disculpara, las pobres, que era día de tristeza en su casa, pues se cumplían diecisiete años de la muerte del hermano Manuel...

—Bueno —dijo Afonso—. La indisposición, la tristeza, el hermano Manuel... ¿Echamos un hombre de cuatro? ¿Qué dice nuestro procurador?

El excelente caballero enseñó la calva en señal de asentimiento, susurrando que

«estaba a sus órdenes».

—Entonces, ¡al tajo! —exclamó el cura frotándose las manos, ya sumergido en el ardor de la partida.

Las dos parejas se dirigieron a la saleta de juego, separada del salón por un repostero de damasco, que recogido dejaba ver la mesa verde y, en los círculos de luz que arrojaban los *abat-jour*, las barajas abiertas en abanico. Al poco, nuestro procurador regresó diciendo que los dejaba para que jugasen una partidita de tres. Y volvió a su lugar al lado de doña Eugénia, cruzando los pies bajo la silla y las manos sobre el vientre. Las señoras hablaban de los dolores del juez. Le daban cada tres meses, y era lamentable que se obstinase en no querer acudir a los médicos. Cuanto más acabado parecía él, reseco y amarillento, más rozagante se veía a doña Augusta, su mujer, que comía por cuatro... La vizcondesa, enterrada con todos sus kilos en un extremo del canapé, contó que en España había visto un caso semejante: el hombre había acabado hecho un esqueleto, y la mujer como un tonel, y eso que al principio había sido al revés; hasta se habían hecho versos sobre el particular...

—Humores —dijo melancólicamente nuestro procurador.

Se habló después de las Branco. Se recordó la muerte de Manuel Branco, pobrecillo, ¡en la flor de la edad! ¡Y qué dechado de virtudes era! ¡Qué buen juicio tenía! Doña Ana Silveira no se había olvidado de encender, como todos los años, una vela por su alma, y rezarle tres padrenuestros. La vizcondesa pareció afligirse mucho de su olvido... ¡Y eso que había hecho propósito!

—¡Pues estuve a punto de mandar a que te lo recordasen! —exclamó doña Ana—. ¡Las Branco lo agradecen tanto, chica!

—Aún está a tiempo —observó el magistrado.

Doña Eugénia se concentró en su crochet, del que nunca se separaba, y murmuró en un suspiro:

—Cada uno tiene sus muertos...

Y en el silencio que se hizo se oyó, al extremo del canapé, otro suspiro, el de la vizcondesa, que a buen seguro se había acordado del hidalgo de Urigo de la Sierra, y que susurraba:

—Cada uno tiene sus muertos...

Y el muy digno procurador sentenció a su vez, tras pasarse reflexivamente la mano por la calva:

—¡Cada uno tiene sus muertos!...

Comenzaba a imponerse cierta somnolencia. En los candelabros dorados, sobre las consolas, las llamas de las velas se erguían altas y tristes. Eusèbiozinho pasaba con prudencia y arte las estampas de *Las costumbres de todos los pueblos*. Y de la saleta de juego, con el repostero alzado, llegaba la voz contrariada del cura, que refunfuñaba con rencor tranquilo: «Yo paso, que es lo que llevo haciendo toda la

santa noche».

En aquel momento Carlos irrumpió en la sala tirando de su novia, Teresinha, toda excitada y arrebolada de tanto jugar. Y enseguida el guirigay de sus voces reanimó el alicaído canapé.

Los novios acaban de volver de un pintoresco y peligroso viaje, y Carlos parecía descontento de su mujer, que había estado imposible: cuando él conducía el coche correo, ella había querido encaramarse al pescante... Las señoras no viajan en el pescante.

—¡Y él me empujó al suelo, tía!

—¡No es verdad! ¡Encima es mentirosa! Igual que cuando llegamos a la venta... Ella quería irse a acostar, pero yo no... Lo primero que tiene que hacer uno al llegar de viaje es ocuparse de los caballos. Los pobres estaban muertos...

La voz de doña Ana terció con toda severidad:

—¡Ya está bien, basta de tonterías! Se acabaron las cabalgadas. Teresa, siéntate ahí, junto a la vizcondesa... Mira cómo llevas la peineta. ¡Qué despropósito, Señor!

Jamás le había gustado que su sobrina, una delicada niña de diez años, jugara a aquellos juegos con Carlinhos. Aquel guapo e impetuoso chico, ignorante de la religión y sin juicio, le aterraba. Y por su imaginación de solterona cruzaban sin cesar intuiciones, temores de ultrajes que Carlos le pudiera infligir a su sobrina. En casa, al abrirla antes de que saliera camino de Santa Olávia, le encarecía que no fuese con Carlos a los rincones oscuros, que no dejase que le tocara la ropa. La cría, que tenía unos ojos muy lánguidos, decía: «Sí, títa, sí». Pero en cuanto llegaba a la quinta le encantaba besar a su maridito. Si estaban casados, ¿por qué no habrían de tener un bebé, o una tienda, y ganarse la vida entre besos? Pero el burro de Carlos sólo pensaba en guerras, galopadas a lomos de cuatro sillas, viajes a tierras de nombres bárbaros que Brown le enseñaba. Ella, despechada, sintiendo que no la comprendía, le llamaba arriero. Carlos la amenazaba con mostrarle su conocimiento del boxeo a la inglesa, y siempre acababan enfadados.

Pero cuando ella se sentó junto a la vizcondesa, seriecita y con las manos en el regazo, Carlos fue a tumbarse a su lado, recostándose a medias en el canapé, bamboleando las piernas.

—Vamos, niño, un poco de compostura —gruñó muy seca doña Ana.

—Estoy cansado, he conducido cuatro caballos —replicó él, insolente y sin mirarla.

Pero de pronto saltó del canapé y se precipitó sobre Eusèbiozinho. Quería llevarle a África, a combatir a los salvajes, y ya le tiraba de su hermoso *plaid* de caballero de Escocia cuando acudió su madre desesperada:

—¡No, con Eusèbiozinho no! No tiene salud para esas cabalgadas... Mira Carlinhos que llamo a tu abuelo...

Pero Eusèbiozinho, con un empujón más fuerte, rodó al suelo, soltando gritos horripilantes. Hubo mucho revuelo y levantamiento general. Su trémula mamá, agachada a su lado, le ayudaba a ponerse en pie sobre las enclenques piernecitas, limpiándole las gruesas lágrimas, bien con el pañuelo bien con besos, a punto de llorar ella también. El procurador, consternado, se había hecho con el gorro escocés, y peinaba melancólicamente la pluma de gallo. La vizcondesa se apretaba con ambas manos el seno, como si las palpitaciones la sofocasen.

Se colocó entonces a Eusèbiozinho al lado de su tía, como un objeto precioso. Y la severa señora, con un fulgor de cólera en el rostro chupado, blandiendo el abanico cerrado como un arma, se aprestaba a repeler a Carlinhos, que, con las manos a la espalda, brincaba alrededor del canapé y le enseñaba a Eusèbiozinho los dientes con gesto feroz. Era el momento en que daban las nueve, y Brown apareció en la puerta.

En cuanto Carlos le vio, corrió a refugiarse detrás de la vizcondesa, gritando:

—Aún es muy pronto, Brown, hoy es fiesta. ¡No pienso acostarme!

Entonces Afonso da Maia, que no se había inmutado cuando los aullidos lancinantes del Silveirinha, dijo desde adentro, sentado a la mesa de juego, con voz severa:

—Carlos, tenga la bondad de irse a la cama.

—Abuelo, hoy es fiesta, ha venido Vilaça...

Afonso da Maia dejó las cartas en la mesa, atravesó la sala sin decir palabra, agarró al muchacho por el brazo y lo arrastró por el corredor, mientras que él, con los calcañares clavados al suelo, se resistía, protestando desesperadamente:

—Es fiesta, abuelo... ¡No seas malo!... Vilaça se escandalizará... ¡No tengo sueño!

Una puerta que se cerraba amortiguó el clamor. A las señoras les faltó tiempo para censurar aquella rigidez. Era algo incomprensible. Le dejaba hacer todas las salvajadas del mundo y le negaba su poquito de *soirée*...

—¿Por qué, señor Afonso da Maia, no ha dejado que el chico se quedase un poco?

—Hace falta método, método —balbució todo pálido, de vuelta al juego.

Y ya con las cartas en la mano trémula, repetía aún:

—Hace falta método. Por la noche, los niños duermen.

Doña Ana Silveira, girándose hacia Vilaça, que había cedido su lugar en el juego al procurador para conferenciar un poco con las señoras, tuvo aquella sonrisa muda que le fruncía los labios siempre que Afonso da Maia hablaba de «método».

Después, recostándose y desplegando el abanico, declaró, con manifiesta ironía, que tal vez fuese por culpa de sus cortas entendederas, pero que nunca había podido comprender las ventajas de los «métodos»... A lo que parecía se trataba de método inglés. Muy bien, puede que fuese válido en Inglaterra, pero allí, que ella supiese,

estaban en Santa Olávia, y Santa Olávia era Portugal.

Y como Vilaça inclinara tímidamente la cabeza, con su pulgarada de rapé entre los dedos, la astuta dama, hablando muy bajo para que no le oyera Afonso, se desahogó. El señor Vilaça, naturalmente, no sabía nada, pero aquella educación nunca había contado con el beneplácito de los amigos de la casa. Ya la mera presencia de Brown, un hereje, un protestante, como preceptor del retoño de los Maia, había causado disgusto en Resende. Máxime cuando don Afonso contaba tan a mano con aquel santo varón, el padre Custódio, tan apreciado, hombre de tanto saber... Enseñarle, no le enseñaría a hacer acrobacias, pero sí que le daría una buena educación de hidalgo, le prepararía para que hiciese buena figura en Coimbra.

En aquel preciso instante, el párroco, que creía haber sentido corriente, se levantó de la mesa de juego y cerró el repostero. Y como ya don Afonso no podía oírla, doña Ana subió el tono de voz:

—Y lo disgustado que está don Custódio, que la criatura no sabe nada de religión... Le voy a contar lo que pasó con la señora Macedo.

Vilaça hizo gesto de que ya lo sabía.

—Ah, ¿ya lo sabe? ¿Te acuerdas, vizcondesa, de lo del acto de contrición?...

La vizcondesa suspiró, alzando los ojos al Cielo.

—¡Un horror! —continuó doña Ana—. Con qué sofoco se presentó la pobre en nuestra casa... Y a mí también me impresionó. Hasta soñé con ello tres noches seguidas...

Calló un instante. Vilaça, embarazado, un tanto acoquinado, le daba vueltas a la caja del rapé, los ojos puestos en la alfombra. De nuevo una lánguida somnolencia se apoderó de la sala. Doña Eugénia, con cierta pesadez de párpados, hizo otro punto de crochet, y la novia de Carlos, recostada en el sofá, dormía con la boquita abierta, el precioso pelo negro cayéndole por el cuello.

Doña Ana, tras un ligero bostezo, retomó su idea:

—Y eso sin entrar en que el pequeño anda muy retrasado. Quitando un poco de inglés, no sabe nada... ¡No destaca en ninguna materia!

—Pero es muy despierto, mi querida amiga —aventuró Vilaça.

—Es posible —respondió secamente la inteligente Silveira.

Y volviéndose hacia Eusèbiozinho, que permanecía a su lado, quieto como si fuera de yeso:

—Hijo, dile al señor Vilaça esos versos tan bonitos que tú sabes... Sin miedo, no te atores... Venga, Eusèbio, sé bueno...

Pero el chico, blandengue y tristón, seguía pegado a las faldas de su títa. Tuvo ella que ponerle en pie, sostenerle, no fuera que el tierno prodigio se viniese abajo con aquellas piernecitas flácidas. Y su madre le prometió que si decía los versos dormiría con ella aquella noche...

Aquello le decidió: abrió la boca, y como de una espita floja comenzó a manar, con un hilo de voz, un recitativo lento y babeante:

*Es noche, el astro lloroso
no rasga el plúmbeo cielo;
nos hurta su rostro hermoso
gríseo y húmedo velo...*

Dijo toda la poesía sin moverse, con las manitas colgando y los ojos mortecinos puestos en su títa. Su madre marcaba el compás con la aguja de crochet, y la vizcondesa, poco a poco, con una sonrisa abatida, dejándose llevar por la languidez de la melopeya, iba cerrando los párpados.

—¡Estupendo, estupendo! —exclamó Vilaça sorprendido cuando Eusèbiozinho, todo cubierto de sudores, hubo acabado—. ¡Qué memorión! ¡Qué memorión!... ¡Un auténtico prodigio!...

Los criados entraban con el té. La partidita ya había acabado. Don Custódio, de pie, con la taza en la mano, se quejaba amargamente de la forma en que aquellos señores le habían desplumado.

Como al día siguiente era domingo, y había misa pronto, las señoras se retiraron a las nueve y media. El servicial procurador le daba el brazo a doña Eugénia. Un criado de la quinta les alumbraba el camino. Y el mozo de las Silveira llevaba en brazos a Eusèbiozinho, que parecía un fardo oscuro, envuelto en mantas, con un chal prendido de la cabeza.

Después de comer algo, Vilaça acompañó un momento a Afonso a la biblioteca, donde antes de irse a la cama se tomaba su coñac a la inglesa, con soda.

El aposento, al que los viejos estantes de palisandro daban un aire austero, dormitaba tibiamente, envuelto en una suave penumbra, con las cortinas bien echadas, un resto de lumbre en la chimenea, y la claridad serena del globo del quinqué iluminando la mesa con libros. Abajo, los surtidores cantaban claramente en la calma de la noche.

Mientras el criado empujaba hacia la poltrona de Afonso el carrito con los vasos y las botellas de soda, Vilaça, con las manos en los bolsillos, de pie y pensativo, veía morir en la ceniza blanca una brasa de leño. Luego, levantando la cabeza, y como el que no quiere la cosa, murmuró:

—Ese chiquillo no es nada tonto...

—¿Quién? ¿Eusèbiozinho? —dijo Afonso, que se acomodaba junto al fuego, llenando alegremente la pipa—. Miedo me da verlo por aquí. A Carlos no le gusta nada, y ya hemos tenido un disgusto horroroso... Fue hace meses... Había procesión, y Eusèbiozinho salía de ángel... Las Silveira, excelentes mujeres, las pobres, le hicieron venir a casa, ya vestido de ángel, para que la vizcondesa pudiera verle. Nos

distrajimos, y cuando quisimos darnos cuenta, Carlos, que le andaba rondando, se había apoderado de él, se lo había llevado al sótano y... ¡Ah mi querido Vilaça!... Para empezar quería matarle, porque tiene tirria a los ángeles... Pero lo peor no fue eso. Imagine el sofocón que nos llevamos cuando vimos aparecer a Eusèbiozinho hecho un mar de lágrimas, berreando «¡tiíta, tiíta!», despeinado a más no poder, sin una de las alas, la otra golpeándole en los talones pendiente de un hilo de bramante, con la corona de rosas hundida hasta el cuello y los galones de oro, los tules, las lentejuelas, toda la vestimenta celestial hecha un guiñapo... En fin, un ángel desplumado y con una buena tunda encima... Como para matar a Carlos.

Se bebió la mitad de la soda, y pasándose la mano por la barba, añadió con profunda satisfacción:

—Es un diablillo, Vilaça.

El administrador, que había tomado asiento en el borde de una silla, esbozó una sonrisilla muda. Después permaneció callado, mirando a Afonso, con las manos en las rodillas, como distraído y vago. Estuvo a punto de abrir la boca, pero dudó y tosió ligeramente. Así que siguió pendiente, con aire meditativo, de las pavesas que erraban sobre los leños.

Fue Afonso da Maia, con las piernas estiradas hacia el fuego, quien retomó la conversación acerca del pequeño Silveira. Tenía tres o cuatro meses más que Carlos, pero era un enclenque porque lo educaban a la portuguesa. Aún dormía con las criadas, nunca le lavaban, no fuera que se constipase, e iba siempre embutido en franelas. Pasaba los días entre las faldas de su tía, memorizando versos, páginas enteras del *Catecismo de la perseverancia*. Él mismo, por curiosidad, había abierto un día aquel libraco, y había leído que «era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra (como antes de Galileo), y que Nuestro Señor Jesucristo, todas las mañanas, le ordenaba al Sol hacia dónde había de ir y dónde debía detenerse, etc.». Así era como se forjaba un alma de bachiller...

Vilaça dejó escapar otra risilla silenciosa. Después, como si súbitamente se hubiera armado de valor, se incorporó, chascó los dedos y profirió estas palabras:

—¿Sabe usted que ha aparecido la Monforte?

Afonso, sin el menor movimiento de cabeza, reclinado contra el respaldo de la poltrona, preguntó tranquilamente, envuelto en el humo de la pipa:

—¿En Lisboa?

—No señor, en París. La ha visto Alencar, ese joven que escribe, que iba mucho por Arroios... Afirma haberla visitado en su casa.

Los dos callaron. Hacía años que entre ellos no se pronunciaba el nombre de Maria Monforte. Tras recogerse en Santa Olávia, la preocupación mayor de Afonso había sido arrebatarse la nieta. Pero en aquel entonces nadie tenía la menor idea de dónde podían haberse refugiado Maria y su príncipe: ni por medio de las legaciones,

ni pagando regiamente a la policía secreta de París, de Londres o Madrid, hubiera podido descubrirse la «guarida de la fiera», como entonces decía Vilaça. Seguro que ambos se habían cambiado el nombre. Y a tenor de sus talantes bohemios, quién sabía si a aquellas alturas no erraban por América, la India o regiones más exóticas. Afonso da Maia, descorazonado con aquellos esfuerzos inútiles, muy pendiente del nieto que crecía sano y fuerte a su lado, sumido en el enternecimiento continuo que le procuraba, fue olvidando a la Monforte y a su nieta, tan distante, tan borrosa, de la que ignoraba hasta las facciones, de la que apenas conocía el nombre. ¡Y ahora, de repente, la Monforte reaparecía en París y su pobre Pedro estaba muerto! Y aquel chiquillo que dormía al fondo del pasillo jamás había visto a su madre...

Se levantó y deambuló por la biblioteca, pesado y lento, con la cabeza gacha. Junto a la mesa, a la luz de la lámpara, Vilaça revisaba uno a uno los papeles de su cartera.

—¿Y está en París con el italiano? —preguntó Afonso desde el fondo sombrío del aposento.

Vilaça alzó la cabeza de los papeles:

—No señor, está con quien le paga.

Y como Afonso se acercara a la mesa sin decir palabra, Vilaça, tendiéndole un papel, añadió:

—Estas cosas son de una extrema gravedad. Por eso no he querido fiarme tan sólo de mi memoria, y le he pedido a Alencar, que es un excelente muchacho, que me pusiera en una carta todo lo que me contó. De este modo tenemos un documento. Yo sólo sé lo que aquí se dice. Usted puede leerlo...

Afonso desdobló las dos hojas de papel. Era una historia muy simple, por más que Alencar, el poeta de *Voces de aurora*, el estilista de *Elvira*, la hubiese adornado con flores y galones dorados, como capilla en día de fiesta.

Una noche en que él salía de la Maison d'Or, había visto a la Monforte saltar de un *coupé* en compañía de dos hombres con corbata blanca. Se habían reconocido al instante. Vacilaron un momento, cara a cara, a la luz de un farol de gas, en pleno *trottoire*. Fue ella la que muy resuelta, entre risas, le tendió la mano y le pidió que la visitase, le dio su *adresse* y el nombre por el que debía preguntar: madame de l'Estorade. Y a la mañana siguiente, en su *boudoir*, la Monforte le habló largo y tendido de sí misma: había pasado tres años en Viena con Tancredo, y con el inevitable Monforte, que se había reunido con ellos, y que a buen seguro seguía, como en Arroios, escondiéndose por los rincones, pagándole a la hija las *toilettes* y dando palmaditas en el hombro del amante, como antaño en el del marido. Después habían estado en Mónaco. Y allí, contaba Alencar, de resultas de «un sombrío drama de pasión, según ella me dio a entender», fue muerto en duelo el napolitano. También el bueno de Monforte había muerto aquel año, dejando por toda fortuna unos cuantos

contos de reis y los muebles de la casa de Viena. El viejo se había ido arruinando con el lujo de la hija, los viajes, las pérdidas de Tancredo al bacarrá. Maria se fue a Londres una temporada, y un buen día apareció en París con monsieur de l'Estorade, un jugador, un duelista, que acabó de perderla, y que la abandonó legándole aquel nombre de l'Estorade, que a él ya no le servía para nada, pues adoptó el más sonoro de vizconde de Manderville. En fin, pobre, hermosa, alocada, pasional, se había lanzado a aquella existencia de la que, decía Alencar, «la pálida Margarita Gautier, la gentil Dama de las Camelias, era el tipo sublime, el símbolo poético, mujeres a las que mucho se les perdonará porque mucho han amado». Y acababa el poeta: «Maria aún se halla en el esplendor de su belleza. Si bien las arrugas llegarán. Y entonces, ¿qué verá en torno a sí? Las rosas secas y ensangrentadas de su corona de esposa. ¡Salí de aquel perfumado *boudoir* con el alma dilacerada, mi querido Vilaça! Pensaba en mi pobre Pedro, que yace en Santa Olávia a la luz de la luna, entre raíces de cipreses... Asqueado de este mundo cruel, busqué en el bulevar, en la absenta, una hora de olvido».

Afonso da Maia arrojó la carta a un lado, menos disgustado con las torpezas de la historia que con aquellos lirismos relamidos.

Reanudó sus idas y venidas. Mientras, Vilaça recogía religiosamente el documento, que había leído muchas veces admirando el sentimiento, el estilo, el ideal de aquella página.

—¿Y la pequeña? —preguntó Afonso.

—De eso no sé nada. Alencar no debió de hablarle de ella, hasta es posible que ignore que ella se la llevó. En Lisboa nadie lo sabe. Fue un detalle que pasó desapercibido en medio del escándalo. Mi interpretación es que la pequeña murió. Si no, siga mis razonamientos... Si la cría estuviera viva, su madre podría reclamar la legítima. Ella sabe de los medios de la familia. Habrá días —son frecuentes en la vida de este tipo de mujeres— en que no tenga una libra... Ocasiones para importunarnos no le habrían faltado: que si la educación de la niña, que si la manutención... Porque escrúpulos ella no tiene. Si no nos ha molestado es porque la pequeña murió. ¿No cree usted?

—Tal vez —dijo Afonso.

Y añadió, deteniéndose ante Vilaça, que de nuevo contemplaba la brasa muerta y chascaba los dedos:

—Tal vez... Supongamos que han muerto ambas, y no hablemos más del asunto.

Daban las doce cuando los dos hombres se retiraron. Y durante los días que Vilaça pasó en Santa Olávia no se volvió a pronunciar el nombre de Maria Monforte.

Pero la víspera de la marcha de Vilaça a Lisboa, Afonso subió a entregarle el alfiler de corbata con un magnífico zafiro que Carlos enviaba a Vilaça hijo como regalo de Pascua. En cuanto el administrador, emocionado, hubo balbucido los

primeros agradecimientos, le dijo:

—Otra cosa, Vilaça. He estado pensando. Voy a escribir a mi primo Noronha, André, que como usted sabe vive en París, para pedirle que busque a esa criatura y le ofrezca diez o quince contos de reis si está dispuesta a entregarme a la pequeña... En el supuesto, claro, de que esté viva... Y quiero que usted se entere por medio de ese Alencar de la dirección de ella en París.

Vilaça no respondió, ocupado en meter entre las camisas, muy al fondo de la maleta, la cajita con el alfiler. Después, incorporándose, se rascó el mentón pensativamente:

—¿Qué le parece, Vilaça?

—Lo veo arriesgado.

Expuso sus razones. La niña debía de tener unos trece años. Sería una mujer, con un temperamento formado, con el carácter ya hecho, acaso con hábitos propios... Era de suponer que no hablase portugués. Echaría mucho de menos a su madre... En fin, era meter a una extraña en casa...

—Razón no le falta, Vilaça, pero piense que esa mujer es una cualquiera, y que la pequeña lleva mi sangre.

En aquel momento, Carlos, que llamaba a voces a Afonso por el corredor, se precipitó en el cuarto de Vilaça, desgredado y rojo como una granada. Brown había encontrado una cría de lechuza. Quería que el abuelo la viese, le había estado buscando por toda la casa... Era para morir de risa... ¡Muy pequeña, muy fea, toda pelada, y con un par de ojos como de persona mayor! Y sabían dónde estaba el nido...

—¡Vamos abuelo, deprisa, deprisa! Hay que ponerla en su nido, la lechuza vieja podría afligirse... Brown le está dando aceite. ¡Vilaça, ven también a verla! Abuelo, ¡por el amor de Dios! ¡Tiene una cara tan graciosa! Pero rápido, rápido, que la lechuza vieja podría echarla en falta...

Impaciente ante la lentitud risueña del abuelo, ante la indiferencia que parecían sentir por el pesar de la lechuza vieja, se marchó dando un portazo.

—¡Qué buen corazón! —exclamó Vilaça conmovido—. Preocupado por la lechuza madre... ¡Su madre sí que nunca le ha echado de menos! Siempre lo he dicho: ¡es una auténtica fiera!

Afonso encogió tristemente los hombros. Iban ya por el corredor cuando se detuvo un momento, y bajando la voz dijo:

—Se me ha olvidado contarle, Vilaça, que Carlos sabe que su padre se mató...

Vilaça le miró horrorizado. Así era. Una mañana Carlos había entrado en la biblioteca y le había dicho: «Abuelo, ¡papá se mató con una pistola!». Era evidente que algún criado se lo había contado...

—¿Y qué le dijo usted?

—¿Yo? Pues ¡qué iba a decirle! Que sí, que era cierto. En todo he obedecido las peticiones que Pedro me hizo en las cuatro o cinco líneas de la carta que me dejó. Quiso que se le enterrase en Santa Olávia, y ahí está. No quería que Carlos se enterase de la fuga de su madre, y lo que es por mí, nunca lo sabrá. Quiso que dos retratos de ella que había en Arroios se destruyesen, y como usted sabe, se buscaron y se destruyeron. Pero no me pidió que le ocultase al chico su final. Por eso le dije al pequeño la verdad. Le dije que en un arrebatado de locura, su padre se había pegado un tiro...

—¿Y él?

—El —respondió Afonso con una sonrisa— me preguntó quién le había proporcionado la pistola, y me dio la lata toda una mañana para que le comprase una... El resultado fue que tuve que hacer traer de Oporto una pistola de aire comprimido.

Pero como Carlos aún seguía llamando a gritos a su abuelo, bajaron a toda prisa a ver la lechuza.

Al día siguiente Vilaça regresó a Lisboa.

Dos semanas después, Afonso recibió una carta del administrador, que contenía, además de la *adresse* de la Monforte, una revelación imprevista. Había vuelto a casa de Alencar, y el poeta, recordando otros particulares de su visita a madame de l'Estorade, le contó que en su *boudoir* había un adorable retrato de una niña de ojos negros, pelo de azabache y una palidez de nácar. El cuadro le había impresionado, no porque fuese el de un gran pintor inglés, sino porque del marco colgaba, como un voto funerario, una bonita corona de flores de cera blancas y rojas. Era el único cuadro del *boudoir*, y él le había preguntado a la Monforte si era un retrato o era fruto de la fantasía. Ella había respondido que era el retrato de su hija, muerta en Londres.

«Quedan así disipadas todas las dudas», añadía Vilaça. «El pobre angelito está en un mundo mejor. En su caso, ¡mucho mejor!»

Con todo, Afonso escribió a André de Noronha. La respuesta se hizo esperar. Cuando el primo André buscó a madame de l'Estorade, resultó que hacía semanas que había partido rumbo a Alemania, tras vender muebles y caballos. En el Club Imperial, del que era socio, un amigo, que conocía bien a madame de l'Estorade y la vida galante de París, le contó que la muy loca había huido con un tal Catanni, un acróbata del Circo de Invierno de los Campos Elíseos, hombre de formas magníficas, un Apolo de feria al que todas las *cocottes* se disputaban, y del que la Monforte se había apoderado. Era claro que ahora corría Alemania asociada al circo.

Afonso da Maia, enojado, remitió la carta a Vilaça sin ningún comentario. El probo Vilaça respondió: «Tiene usted razón, más vale suponer que todos están muertos, y no perder más tiempo en ello...». Y luego, en posdata, añadía: «Parece que en breve se abrirá el ferrocarril hasta Oporto. En tal caso, y con su permiso, mi

hijo y yo iremos a pedirle hospitalidad por unos días».

La carta se recibió en Santa Olávia un domingo a la hora de la cena. Afonso leyó en voz alta la posdata. Todos se alegraron, en la esperanza de ver pronto a Vilaça en la quinta. Incluso se habló de organizar un gran picnic río arriba.

Pero el martes por la noche llegó un telegrama de Manuel Vilaça, comunicando que su padre había muerto aquella mañana de una apoplejía. Dos días después se recibieron más amplios y tristes detalles. Después de comer, de improviso, a Vilaça le habían entrado sofocos y vértigos. Aún había tenido las fuerzas suficientes para ir a su cuarto y respirar un poco de éter. Pero de vuelta a la sala se tambaleaba, quejándose de que lo veía todo amarillo. Cayó de bruces, como un fardo, sobre el canapé. Su pensamiento, en el momento en que se apagaba, aún tuvo una atención para la casa a la que había servido durante treinta años: balbució cierta recomendación referente a una venta de corteza, que su hijo no logró entender. Luego lanzó un gran ay y sólo volvió a abrir los ojos para susurrar, con el último aliento, estas palabras: «Recuerdos al patrón».

A Afonso da Maia la muerte de Vilaça le afectó profundamente, y en Santa Olávia, incluso entre los criados, fue motivo de luto doméstico. Una tarde, el viejo, —muy melancólico—, estaba en la biblioteca, con un periódico olvidado entre las manos y los ojos cerrados, cuando Carlos, que a su lado dibujaba rostros caricaturescamente, le pasó un brazo por el cuello, y como si comprendiera sus pensamientos le preguntó si Vilaça no volvería nunca más a la quinta.

—No, hijo mío, no. No volveremos a verle.

El pequeño, subido en las rodillas del viejo, tenía la mirada puesta en la alfombra, y como si le asaltaran recuerdos, murmuró con tristeza:

—Pobre Vilaça... chascaba los dedos... ¿Y adónde le han llevado, abuelo?

—Al cementerio, hijo, bajo tierra.

Entonces Carlos se desprendió lentamente de los brazos de Afonso, y muy serio, con los ojos puestos en él, le dijo:

—Abuelo, ¿por qué no mandas que se le haga una capilla bonita, de piedra, con un busto, como la de papá?

El viejo le estrechó contra su pecho y le besó conmovido:

—Tienes razón, hijo. ¡Tienes más corazón que yo!

Así el excelente Vilaça tuvo su panteón en el cementerio de Os Prazeres^[35], alta ambición de su modesta existencia.

Pasaron años tranquilos sobre Santa Olávia.

Una mañana de julio, en Coimbra, Manuel Vilaça (ahora administrador de la casa), subía a toda prisa las escaleras del Hotel Mondego, donde Afonso se

hospedaba con su nieto, e irrumpía en el salón todo colorado, sudando, gritando:

—*Nemine, nemine*^[36].

¡Carlos había hecho su primer examen! ¡Y menudo examen! Teixeira, que había acompañado a los señores a Coimbra, corrió a la puerta del hotel, y casi entre lágrimas abrazó al muchacho, ahora más alto que él, y muy apuesto con su manteo nuevo.

Arriba, en el cuarto, Manuel Vilaça, resoplando y limpiándose los goterones de sudor, exclamaba:

—Ha sorprendido a todo el mundo, señor Afonso da Maia. Hasta los profesores estaban emocionados. ¡Santo Cielo! ¡Qué talento! Va a ser un gran hombre, todo el mundo lo dice... ¿Y qué estudios va a seguir?

—No sé, Vilaça... Tal vez ambos hagamos derecho...

Carlos asomó por la puerta, radiante, seguido de Teixeira y de otro criado, que traía champán en una bandeja.

—Ven aquí, granuja —le dijo Afonso muy pálido, con los brazos abiertos—. Entonces, ¿todo bien?... Yo...

Pero no pudo continuar. Las lágrimas, a pares, le rodaban por la barba blanca.

IV

Carlos pensaba estudiar medicina. Como decía el doctor Trigueiros, siempre había tenido «vocación de Esculapio».

La «vocación» se le había despertado el día que descubrió en el sótano, entre pilas de libros viejos, un rollo vetusto y manchado de estampas anatómicas. Pasó muchos días recortándolas, pegando en las paredes del cuarto hígados, ristas de intestinos, cabezas seccionadas de perfil, «con todo a la vista». Incluso una noche irrumpió triunfal en el salón mostrando a las Silveira, a Eusèbio, la pavorosa litografía de un feto de seis meses en el útero materno. Doña Ana retrocedió gritando, llevándose el abanico a la cara. El procurador, ruborizado también, retuvo a Eusèbiozinho contra sí y le tapó los ojos. Aunque lo que más escandalizó a las señoras fue la indulgencia de Afonso.

—Pero ¿qué tiene de malo? —decía sonriendo.

—¿Cómo que qué tiene de malo, señor Afonso da Maia? —exclamó doña Ana—. ¡Son indecencias!

—No hay nada indecente en la naturaleza, mi querida señora. La ignorancia sí que es indecente... Dejemos tranquilo al chico. Sólo pretende saber cómo es por dentro esta máquina. Algo en sí mismo de lo más loable...

Doña Ana se abanicaba, sofocadísima. Era inaceptable que un chico viera semejantes imágenes. Empezó a considerar a Carlos un libertino «que sabía cosas», y no volvió a dejar que Teresinha jugara con él a solas por los corredores de Santa Olávia.

Las personas serias, empero, el señor juez, el mismísimo párroco, lamentando, eso sí, que no hubiera un poco más de recato, concordaban en que aquello era indicio de una gran inclinación a la medicina.

—Si dura —decía con gesto profético el doctor Trigueiros— llegará lejos.

Y parecía durar.

En Coimbra, ya en su etapa en el liceo, Carlos postergaba los manuales de lógica y retórica en favor de los de anatomía. Unas vacaciones, al abrirle las maletas, Gertrudes huyó despavorida al toparse entre los pliegues de una chaqueta con la blanca sonrisa de una calavera. Y en cuanto algún criado de la quinta enfermaba, ya estaba Carlos rebuscando en viejos libros de medicina de la biblioteca, sin separarse un minuto de su catre, haciendo diagnósticos que el buen doctor Trigueiros escuchaba respetuoso y pensativo. En presencia del abuelo, llegaba al extremo de referirse a él como «mi talentoso colega».

Aquella inesperada carrera de Carlos (siempre se había dado por hecho que sería abogado) no era muy del gusto de los fieles de Santa Olávia. Las señoras en particular, lamentaban que un chico tan apuesto, tan buen caballero, echase a perder

su vida recetando emplastos y manchándose las manos con las cisuras de las sangrías. El señor juez se permitió un día confesar que no creía que Carlos deseara «ser médico en serio».

—¿Y eso? —replicó Afonso—. ¿Por qué no ha de querer ser médico «en serio»? Si elige una profesión será para ejercerla con dedicación y ambición, como cualquiera. Yo no le estoy educando para que sea un ocioso, y mucho menos un diletante, sino un hombre útil a su país...

—Pero —aventuró el señor juez con una fina sonrisa— ¿no le parece a usted que hay otras maneras, importantes también, y tal vez más adecuadas, de que Carlos sea útil al país?

—No las veo. En un país en el que todo el mundo está enfermo, el mayor servicio patriótico ha de ser, incontestablemente, el de saber curar.

—Usted tiene respuestas para todo —murmuró respetuosamente el magistrado.

Lo que más le seducía a Carlos en la medicina era precisamente aquella vida «tomada en serio», práctica y útil, las escaleras subidas aprisa en el fragor de una gran clínica, las existencias que se salvan a golpes de bisturí, las noches en vela junto a un lecho, rodeado de la familia temerosa, la posibilidad de librar grandes batallas contra la muerte. Igual que de pequeño le habían seducido las formas pintorescas de las vísceras, ahora le atraían los aspectos militantes y heroicos de la ciencia.

Se matriculó con verdadero entusiasmo. Para que afrontara sus largos años de estudio, el abuelo le procuró una bonita casa en Celas^[37], aislada, con aires de *cottage* inglés, con persianas verdes, fresca entre los árboles. Un amigo de Carlos (un tal João da Ega) la bautizó como «Pazo de Celas», debido a ciertas comodidades no muy propias de un estudiante: una alfombra en el salón, sillones de cuero, panoplias de armas y un criado con librea.

Al principio, semejante pompa le granjeó a Carlos la admiración de todos los hidalgotes y el recelo de los demócratas. Pero cuando se supo que el dueño de semejantes lujos leía a Proudhon, Auguste Comte, Herbert Spencer, y que también pensaba que el país era «una infecta covacha», hasta los revolucionarios más intransigentes acudieron al Pazo de Celas con la misma familiaridad con que frecuentaban el cuarto de Trovão, poeta bohemio, socialista austero, que tenía por todo mobiliario un jergón y una Biblia.

Al cabo de unos meses, Carlos, simpático a los ojos de todos, había conciliado a *dandies* y filósofos. No era raro que llevase juntos en su *break*, él sentado entre ambos, a Serra Torres, un fenómeno que ya era agregado honorario en Berlín y que cada noche vestía chaqué, y al famoso Craveiro, que rumiaba su «Muerte de Satanás» ovillado en su gabán, tocado con un birrete de nutria.

El Pazo de Celas, pese a su apariencia muelle y campestre, se convirtió en un hervidero de actividad. En el jardín se hacía gimnasia científica. Una vieja cocina fue

transformada en sala de armas, porque para aquel grupo la esgrima era una necesidad social. Por la noche, en el comedor, jóvenes muy serios jugaban su *whist* seriamente. Y en el salón, bajo la araña de cristal, con el *Figaro*, el *Times* y las revistas de París y Londres esparcidas por las mesas, con Gamacho al piano, tocando a Chopin o Mozart, y los literatos repantingados en las butacas, se entablaban ardientes y ruidosas conversaciones en las que por entre el humo del tabaco relampagueaban la Democracia y el Arte, el Positivismo, el Realismo, el Papado, Bismarck, el Amor, Hugo y la Revolución. Las discusiones metafísicas, las mismísimas certezas revolucionarias, adquirirían un toque de distinción con la presencia del criado de librea abriendo las botellas de cerveza, sirviendo las croquetas.

Carlos, claro está, no tardó en postergar, intactos, sus manuales de medicina. La Literatura y el Arte, bajo todas sus formas, le absorbían deliciosamente. Publicó sonetos en el *Instituto*, y un artículo sobre el Partenón. Probó, en un *atelier* improvisado, la pintura al óleo, y compuso cuentos arqueológicos bajo la influencia de *Salammbô*. Y todas las tardes sacaba de paseo a sus dos caballos. En segundo curso, hubiera suspendido de no ser tan rico y conocido. Se echó a temblar de pensar en el disgusto que se llevaría su abuelo. Moderó la disipación intelectual, se ciñó más a la ciencia que había escogido. Enseguida obtuvo un accésit. Pero ya llevaba en las venas el veneno del diletantismo, destinado a ser, como decía João da Ega, uno de esos médicos literarios que se inventan enfermedades de las que la crédula humanidad se apresta a morir.

De vez en cuando, el abuelo pasaba una o dos semanas en Celas. Al principio, su presencia, agradable para los caballeretes que echaban su *whist*, desbarató la charla literaria. A duras penas los muchachos se atrevían a tomarse una cerveza. Tanto «señor» por aquí «señor» por allá, ponía un tono glacial en la sala. Poco a poco, a fuerza de verle aparecer en chinelas y con la pipa en la boca, y repantingarse en las butacas con un simpático aire de patriarca bohemio, discutiendo de arte y literatura, contando anécdotas de sus estancias en Inglaterra e Italia, comenzaron a verle como a un camarada de barba blanca. Se hablaba en su presencia de mujeres y calaveradas. Aquel viejo hidalgo tan rico, que leía a Michelet con entusiasmo, logró encandilar a los demócratas. Y Afonso disfrutaba de estupendas horas en aquel ambiente, viendo a su Carlos convertido en el centro de aquellos jóvenes estudiosos, idealistas, inspirados.

Carlos pasaba las vacaciones de verano en Lisboa, a veces en París o en Londres. Pero en Navidad o Semana Santa iba siempre a Santa Olávia, que el abuelo, en sus soledades, engalanaba con amor. Las salas tenían ahora estupendos tapices de Arrás, paisajes de Rousseau y Daubigny, algún que otro mueble selecto. Vista desde las ventanas, la quinta se daba un aire noble de parque inglés: los caminos de arena serpenteaban garbosamente entre los blandos recortes de césped. Había estatuas entre

los árboles, y grasientos y decorativos carneros dormían bajo los castaños. Pero la existencia, pese a tanta abundancia, no era tan alegre ahora en la quinta: la vizcondesa, cada día más gorda, caía en sueños congestivos nada más comer; Teixeira primero, después Gertrudes, habían muerto, ambos de pleuresía, ambos durante el Carnaval; y ya tampoco se sentaba a la mesa el bondadoso párroco, que allí yacía bajo una cruz de piedra, entre los alhelíes y las rosas de aquel año. El señor juez y su concertina habían emigrado al tribunal de Oporto; doña Ana Silveira, muy enferma, nunca salía; Teresinha se había convertido en una muchacha fea, amarilla como una cidra; Eusèbiozinho, blandengue y tristón, ya sin vestigios siquiera de su pasado amor a los libros viejos y a las letras, se disponía a casarse en Régua. Tan sólo el procurador, olvidado del mundo en aquella provincia, seguía igual, acaso más calvo, afable siempre, devoto amator de la cachazuda doña Eugénia. Y casi todas las tardes, el viejo Trigueiros se apeaba de su yegua blanca ante el portón, para echar un palique con su colega.

De modo que en vacaciones, Carlos sólo se lo pasaba bien cuando invitaba a la quinta a su íntimo, el gran João da Ega, a quien Afonso da Maia tenía mucha afición, tanto por su persona como por su originalidad, además de por ser sobrino de su gran amigo de juventud André da Ega, antaño huésped también de Santa Olávia.

Ega hacía derecho, pero sin prisa, poco a poco, suspendiendo, repitiendo. Su madre, rica, viuda, beata, retirada en una quinta cercana a Celorico de Basto^[38] con una hija beata, viuda, rica también, apenas tenía una vaga noción de lo que su Joãozinho hacía en Coimbra año tras año. Su capellán le aseguraba que todo acabaría a las mil maravillas, y que un día su retoño sería letrado, como su padre y su tío. Y aquella promesa le bastaba a la buena señora, que se cuidaba ante todo de sus dolores de vientre y del bienestar del padre Serafim. En realidad, le agradaba que su hijo estuviese fuera, en Coimbra, lejos de la quinta, pues en la comarca escandalizaba con su irreliión y sus bromas heréticas.

Pero no era sólo en Celorico. También en la Universidad, a la que espantaba con la audacia de su verbo, se consideraba a João da Ega como el mayor de los ateos, el mayor de los demagogos que jamás hubiera existido. Nada podía ser más de su agrado: exageró la nota, infló su odio a la Divinidad, al Orden social. Abogaba por una masacre de las clases medias, por que el amor se viera libre de la ficción del matrimonio, por el reparto de las tierras y el culto a Satanás. Tanto énfasis intelectual puso en ello, que le acabó afectando a las maneras y a la fisonomía. Y con su figura desgarrada y seca, los pelos del bigote revirados bajo la nariz aguileña, y un monóculo cuadrado en el ojo derecho, tenía en verdad algo de rebelde y satánico. Desde su entrada en la Universidad, había renovado las leyes de la antigua bohemia. Se cosía los desgarrones del manteo con hilo blanco; se emborrachaba con vino peleón; y por la noche, en el puente, el brazo en alto, injuriaba a Dios. Aunque en el

fondo era un sentimental, siempre enzarzado en amores con muchachas de quince años, hijas de empleados, con las que a veces pasaba la *soirée*, y a las que llevaba cartuchos de dulces. Su reputación de hidalgo rico le convertía en un buen partido para las familias.

Carlos se mofaba de aquellos idilios vulgares, aunque él también acabó enredándose en un episodio romántico con la mujer de un empleado del Gobierno Civil, una lisboeta, que le sedujo por la gracia de su cuerpo de muñeca y sus ojos verdes. A ella lo que le había vuelto loca era el lujo, el *groom*, la yegua inglesa de Carlos. Se cartearon. Y él vivió durante semanas bañado en la poesía áspera y tumultuosa del primer amor adúltero. Por desgracia, la mujer tenía el bárbaro nombre de Hermengarda, de modo que en cuanto se descubrió el secreto, los amigos de Carlos le apodaron «Eurico el presbítero»^[39], remitiendo a Celas misivas con tan odioso nombre.

Un día, Carlos andaba tomando el sol cuando vio pasar a su lado, con el chiquillo de la mano, al empleado del Gobierno Civil. Era la primera vez que veía tan de cerca al marido de Hermengarda. Le pareció macilento y zarrapastroso. Pero el pequeñajo era adorable, gordote, doblemente rollizo bajo las lanas azules que le abrigaban del gélido día de enero, con las pobres piernecitas enrojecidas por el frío, riendo a la clara luz, riendo con todo su ser, con los ojos, con el hoyuelo del mentón, con las rosas de las mejillas. El padre se ocupaba de que no se cayera. Y aquel cuidado con que guiaba los pasos de su hijo impresionó a Carlos. Por aquel entonces estaba leyendo a Michelet, y su alma rebosaba de veneración literaria hacia la santidad doméstica. Se sintió un canalla, sentado en su *dog-cart* fraguando fríamente la vergüenza, las lágrimas de aquel pobre esposo, tan inofensivo con su paletó raído. No volvió a responder a las cartas de Hermengarda, aquellas cartas en que ella le llamaba «mi ideal». Ella se vengó malmetiendo, porque en lo sucesivo el empleado del Gobierno Civil le lanzaba miradas sanguinarias.

Pero el «gran batacazo sentimental» de Carlos, según lo calificó Ega, se produjo cuando, tras las vacaciones, volvió de Lisboa con una magnífica muchacha española^[40] a la que instaló no muy lejos de Celas. Se llamaba Encarnación. Le alquiló una victoria con un caballo blanco, y Encarnación subyugó a Coimbra como una aparición de la Dama de las Camelias, una flor lujosa de las civilizaciones superiores. A lo largo de la Calçada, por la carretera de la Beira, los muchachos se detenían, pálidos de emoción, al verla pasar, reclinada en la victoria, enseñando el zapato de satén y un poco de la media de seda, lánguida y desdeñosa, con un perrito blanco en el regazo.

Los poetas universitarios le hicieron versos en los que la llamaban «lirio de Israel», «paloma del Arca», «nube de la mañana». Un estudiante de teología, un rudo y seboso trasmontano, quiso casarse con ella. Pese a la insistencia de Carlos, que la

animaba a que aceptase, Encarnación se negó en redondo, y el teólogo empezó a rondar Celas con un navajón, dispuesto a «beberle la sangre» al Maia. Carlos tuvo que darle unos bastonazos.

Pero la criatura estaba tan pagada de sí misma que resultaba insoportable. No paraba de hablar de otras pasiones que había inspirado en Madrid o en Lisboa, de lo mucho que le había dado el conde de tal, el marqués de cual, de la gran posición de su familia, emparentada con los Medina-Cœli. Sus zapatos de satén verde eran tan antipáticos como su voz chillona, y cuando intentaba estar a tono con las conversaciones que oía, rompía a llamar ladrones a los republicanos y celebraba los tiempos de la reina Isabel, su *gracia*, su *salero*^[41], porque era muy conservadora, como todas las putas. João da Ega la odiaba. Y Craveiro declaró que no volvería por el Pazo de Celas en tanto no desfilara aquel montón de carne comprada al peso, como el vacuno.

Hasta que al fin Baptista, el famoso ayuda de cámara de Carlos, la halló una tarde en compañía de un tal Juca que hacía de mujer en el teatro universitario. ¡Por fin un pretexto! Convenientemente recompensada, la parienta de los Medina-Cœli, el «lirio de Israel», la admiradora de los Borbones, fue devuelta a Lisboa, a la calle de São Roque, su medio natural.

En agosto, con motivo de su licenciatura, Carlos dio una alegre fiesta en Celas. Afonso se desplazó desde Santa Olávia, Vilaça desde Lisboa. Toda la tarde, entre las acacias y las hermosas sombras del jardín, tiraron mangas de cohetes. João da Ega, que acababa de suspender el último examen de su último año, se quitó la chaqueta y no descansó hasta que hubo puesto linternas venecianas en las ramas, en el trapecio, en torno al pozo; no podían faltar luces nocturnas. En la cena, a la que asistieron profesores, Vilaça, pálido y trémulo, hizo un *speech*. Se disponía a citar a nuestro inmortal Castilho^[42] cuando bajo las ventanas estalló, con gran aparato de tambores y platillos, el himno de la Universidad. Era una serenata. Ega, enrojecido, con el manteo desabrochado, el monóculo colgando por la espalda, se precipitó al balcón a perorar:

—He aquí a nuestro Maia, Carolus Eduardus ab Maia, a punto de comenzar su gloriosa carrera, listo para salvar a la humanidad enferma, o rematarla, según las circunstancias. Qué remoto confín de estos reinos no ha oído hablar de su genio, de su *dog-cart*, del sebáceo accésit que enturbia su pasado, y de este vino de oporto contemporáneo de los héroes del 20, que yo, hombre de revolución y cogerza, yo, João da Ega, Joahanes ab Ega...

El sombrío grupo de abajo prorrumpió en vivas. La sociedad filarmónica, otros estudiantes, invadieron el Pazo. Hasta muy tarde, bajo los árboles del jardín, en el salón con pilas de platos por todas partes, no cesó el estallido del champán. Y Vilaça, enjugándose la frente, el cuello, muy sofocado por el calor, iba diciendo a unos y a

otros, y a sí mismo también:

—¡Muy importante tener un diploma!

Así, Carlos Eduardo inició su largo viaje por Europa. Pasó un año. Y llegó el otoño de 1875. El abuelo, a la postre instalado en el Ramalhete, le esperaba con ansiedad. La última carta de Carlos le había llegado desde Inglaterra, donde se hallaba, decía, estudiando la admirable organización de los hospitales para niños. Y era cierto: aunque también paseaba por Brighton, apostaba en las carreras de Goodwood, e hilvanaba un idilio errante por los lagos de Escocia con una señora holandesa, separada de su marido, venerable magistrado en La Haya, una tal madame Rughel, espléndida criatura de cabellos de un oro leonado, grande y blanca como una ninfa de Rubens.

Y comenzaron a llegar, remitidas al Ramalhete, sucesivas cajas de libros, de instrumental y aparatos, toda una biblioteca y todo un laboratorio, que tenían a Vilaça las mañanas enteras dando vueltas por los almacenes de la aduana.

—Mi muchacho vuelve con grandes planes de trabajo —decía Afonso a sus amigos.

Hacía catorce meses que no veía a «su muchacho», descontada una fotografía que le había enviado desde Milán, en la que todos le hallaron demacrado y triste. El corazón le latía con fuerza la hermosa mañana de otoño en que, binóculo en mano, vio desde la azotea del Ramalhete asomar lentamente, por detrás del gran inmueble fronterero, el paquebote de la Royal Mail que le devolvía a su nieto.

Por la noche, los amigos de la casa, el viejo Sequeira, don Diogo Coutinho, Vilaça, no se hartaban de ponderar «lo bien que le había sentado el viaje a Carlos». ¡No tenía nada que ver con la fotografía! ¡Qué fuerte, qué saludable que estaba!

Era en verdad un hermoso y magnífico joven, alto, bien proporcionado, ancho de hombros, con una frente de mármol bajo los rizos negros del pelo, y con los ojos de los Maia, aquellos irresistibles ojos de su padre, de un negro líquido, tiernos, aunque los suyos fueran un poco más graves. Llevaba una barba muy fina, castaño oscura, muy marcada en el mentón, más corta en el resto, que le daba, con su estupendo bigote arqueado hacia las comisuras de la boca, una gran fisonomía de caballero del Renacimiento. Y el abuelo, con ojo risueño y húmedo que traslucía emoción, se deleitaba mirándole, oyéndole hablar muy inspiradamente de su viaje, de los hermosos días de Roma, de su mal humor en Prusia, de lo original que es Moscú, de los paisajes de Holanda...

—¿Y ahora? —preguntó Sequeira, tras un silencio en que Carlos se llevó a los labios su coñac con soda—. Ahora ¿qué piensas hacer?

—¿Ahora, mi querido general? —respondió Carlos posando la copa—. Primero descansar, y luego ¡convertirme en una gloria nacional!

Al día siguiente, en efecto, Afonso le halló en la sala de billar —en la que se habían acumulado las cajas y paquetes— desembalando en mangas de camisa, silbando con entusiasmo. Por el suelo, por los sofás, se desparramaba en pilas de graves volúmenes toda una biblioteca. Aquí y allá, por entre la paja, a través de los embalajes medio abiertos, la luz hería un vidrio, o relucía en los barnices, en los metales pulidos del instrumental. Afonso se pasmaba en silencio ante la parafernalia del saber.

—¿Y dónde vas a acomodar todo este museo?

Carlos tenía la idea de montar un gran laboratorio allí mismo, en el barrio, con hornos para los trabajos de química, una sala para los estudios anatómicos y fisiológicos, su biblioteca, sus aparatos, una concentración metódica de todos los instrumentos de estudio...

Y los ojos de Afonso se iluminaban oyendo sus planes grandiosos.

—No repares en gastos, hijo mío. En Santa Olávia, en estos últimos años, hemos hecho algunas economías...

—¡Buenas y generosas palabras, abuelo! Repítaselas a Vilaça.

Pasaron las semanas en aquellos planes de instalación. Carlos era sincero en su resolución de trabajar. La ciencia como mero ornamento del espíritu, sin más utilidad para el prójimo que la de los tapices de su cuarto, se le antojaba un lujo de solitario. Él quería ser útil. Pero vacilaba en sus ambiciones: unas veces pensaba en poner una gran clínica; otras, en escribir un sesudo libro que abriera caminos; en ocasiones, en dedicarse a la experimentación fisiológica, paciente y reveladora... Sentía en sus adentros, o creía sentir, una fuerza tumultuosa, pero no lograba discernir una línea de aplicación. «Algo brillante», tal y como él mismo decía. Esto, en sus labios de hombre de mundo y de estudio, significaba una mezcla de protagonismo social y actividad científica, una profunda revisión de las ideas ejercida al suave amparo de la riqueza; los elevados ocios de la filosofía entremezclados con los refinamientos del *sport* y el buen gusto. En suma, un Claude Bernard^[43] que fuese a la vez un Morny^[44]... En el fondo era un diletante.

Interrogó a Vilaça acerca de la ubicación idónea para el laboratorio. Y el administrador, sintiéndose muy halagado, prometió una pesquisa infatigable. Aunque necesitaba saber primero si el señor iba a recibir pacientes...

Carlos no pretendía «tan sólo» hacerse con una clientela, pero sí, pasaría consulta, incluso gratis, por caridad y como práctica. Entonces Vilaça le sugirió que el laboratorio estuviera separado del consultorio.

—Por la siguiente razón: la vista del instrumental, de la maquinaria, de objetos extraños, amilana a los pacientes...

—Tiene usted toda la razón, Vilaça —exclamó Afonso—. Ya lo decía mi padre: ahórrese al buey la vista del palo.

—Separados, separados —afirmó el administrador con tono profundo.

A Carlos le pareció bien. Y Vilaça no tardó mucho en descubrir para el laboratorio un antiguo almacén, espacioso y recogido, al fondo de un patio, muy cerca del Largo das Necessidades.

—Y en cuanto al consultorio, no hay muchas vueltas que darle: en el Rossio, ¡en pleno Rossio!

Aquella opinión de Vilaça no era desinteresada. Partidario entusiasta de la «fusión»^[45], miembro del Centro Progresista, Vilaça hijo aspiraba a ser concejal, e incluso en los días en que más satisfecho se sentía de su persona (cuando se anunciaba en el *Ilustrado* el aniversario de su natalicio, o cuando sus referencias a Bélgica le granjeaban los aplausos del Centro Progresista) le parecía que su valía era merecedora de uno de los escaños de su partido en el Parlamento. Un consultorio gratuito en el Rossio, el consultorio del doctor Maia, «de su Maia», pensaba de algún modo vago, no dejaría de ser un elemento de influencia. Y le entró tal agitación que en un par de días ya había alquilado un primer piso que hacía esquina.

Carlos lo amuebló lujosamente. En la antecámara, guarnecida de banquetas de cordobán, atendería, a la francesa, un criado con librea. La sala de espera para los pacientes era más alegre, con un papel verde con rameados de plata, plantas en maceteros de Ruán, cuadros llenos de colorido, magníficos sillones en torno a una mesa baja repleta de números de *Charivari*, de vistas estereoscópicas, de álbumes con actrices semidesnudas, todo para que se olvidara el aire triste de los consultorios; hasta un piano había, que mostraba su blanco teclado.

El gabinete de Carlos era más sencillo, casi austero, todo de velludo verdinegro, con estantes de palisandro. Algunos amigos que ya comenzaban a congregarse en torno a Carlos, Taveira, su coetáneo y ahora vecino del Ramalhete, Cruges, el marqués de Souselas, con quien había recorrido Italia, fueron pasando a ver aquellas maravillas. Cruges tocó unas escalas en el piano, y lo halló abominable. Taveira se concentró en las fotografías de actrices. La única aprobación franca provino del marqués, que después de ponderar el diván del gabinete, auténtica pieza de serrallo, enorme, voluptuoso, mullido, probó la suavidad de sus muelles y dijo, guiñándole un ojo a Carlos:

—Pintiparado...

Sus amigos no parecían creer en aquellos preparativos. Y sin embargo eran verdaderos. Tanto, que Carlos llegó a anunciar el consultorio en los periódicos. Aunque fue ver su nombre en grandes letras de molde, entre el de una planchadora de Boa Hora^[46] y un reclamo de una casa de huéspedes, y encargarle a Vilaça que retirara el anuncio.

Se empezó a ocupar más del laboratorio, que decidió instalar en el almacén del Largo das Necessidades. Todas las mañanas, antes del almuerzo, se pasaba a ver

cómo iban las obras. Se entraba por un amplio patio, con un pozo en sombra y una trepadora que languidecía en el soporte de hierro que la unía a la pared. Carlos tenía la intención de transformar aquel espacio en un fresco jardincillo inglés. Le encantaba la puerta del caserón, ojival y noble, vestigio de una fachada de capilla, convertida ahora en acceso venerable a su santuario de ciencia. Pero traspasada la puerta, los trabajos se eternizaban, siempre el mismo martillar perezoso envuelto en una polvareda cenicienta, siempre las mismas espuelas con herramientas yaciendo sobre un lecho de virutas... Un carpintero desgarrado y triste parecía estar allí desde hacía siglos, cepillando una tabla eterna con lánguido cansancio. Y en el tejado, los trabajadores que se ocupaban de agrandar una claraboya, no cesaban de silbar, al sol de invierno, los lloros de algún fado.

Carlos se quejaba al señor Vicente, el maestro de obras, que aseveraba invariable «que en un par de días notaría la diferencia». Era un hombre de mediana edad, risueño, de hablarses suaves, bien afeitado, bien aseado, que vivía cerca del Ramalhete y tenía en el barrio fama de republicano. Carlos, por simpatía, como vecino, le daba siempre la mano, y el señor Vicente, que por aquel gesto le consideraba un demócrata, le confiaba sus esperanzas. Lo que más deseaba él era un 93^[47], como en Francia...

—¿Sangre? —decía Carlos mirando la fresca, honrada y rellena cara del demagogo.

—No señor, un barco, con un simple barco...

—¿Un barco?

—Sí señor, un barco fletado a expensas de la nación, para mandar lejos al rey, a la familia real y a toda esa chusma de ministros, políticos, diputados, intrigantes, etc.

Carlos sonreía, y a veces le llevaba la contraria.

—Pero ¿está usted seguro de que tan pronto como esa «chusma» desfile se resolverán todos los problemas y viviremos felices?

No, el señor Vicente no era tan «burro» como para pensar eso. Pero eliminada la chusma, el país quedaba libre de trabas, ¿no? Entonces podrían comenzar a gobernar los hombres de saber y de progreso...

—¿Sabe usted, señor, qué es lo que nos mata? No es la mala voluntad de esa gente, sino su enorme ignorancia. No tienen ni idea de nada. De nada. No es que sean mala gente, ¡es que son como bestias!

—Esas obras, amigo Vicente —le decía Carlos sacando el reloj y dándole un resuelto *shake-hands*— ocúpese de ellas. No se lo pido como propietario, sino como correligionario.

—En un par de días notará la diferencia —respondía el maestro de obras quitándose la gorra.

En el Ramalhete, a las doce, sonaba puntual la campanilla del almuerzo. Carlos

solía encontrar al abuelo en el comedor, acabando su lectura de algún periódico junto a la chimenea verdeante de plantas de invernadero, pues la tibia suavidad de aquel final de otoño no pedía aún que se encendiera la lumbre.

Alrededor, en los aparadores de roble labrado, brillaba suavemente, con su lujo macizo y sobrio, la plata antigua. En los tapices ovales que colgaban sobre los zócalos, discurrían escenas de balada: cazadores medievales soltaban un halcón; una dama acompañada de sus pajes alimentaba a los cisnes de un lago; un caballero con la visera calada seguía el curso de un río. Y en contraste con el artesonado de castaño oscuro, la mesa resplandecía con las flores y el cristal.

El «Reverendo Bonifácio», que desde que se tornara dignatario de la iglesia comía con los señores, ya estaba aposentado sobre la blancura nevada del mantel, a la sombra de un gran ramo de flores. Era allí, inmerso en el aroma de las rosas, donde le gustaba lamer, con lentitud insufrible, sus sopas de leche, servidas en un cuenco de Estrasburgo^[48]. Luego se acurrucaba, se pasaba por delante del pecho la sedosa cola, y con los ojos cerrados y los bigotes tiesos, transformado en una hinchada bola blanca jaspeada de oro, disfrutaba de una plácida siesta.

Afonso —tal y como él mismo confesaba entre sonriente y avergonzado— se había convertido con la vejez en un *gourmet* exigente. Se enfrentaba con una concentración de crítico a las obras de arte del *chef* francés que tenía ahora, un caballero con muy malas pulgas, bonapartista furibundo, que además se daba un aire con el emperador, y que respondía al nombre de monsieur Theodore. Las comidas en el Ramalhete eran siempre delicadas y largas. Después venía el café y la conversación. Y pasaba una hora u hora y media hasta que Carlos, con una exclamación, consultando alarmado el reloj, se acordaba de su consultorio. Se bebía una copita de *chartreuse* y encendía aprisa un puro.

—¡A trabajar, a trabajar! —exclamaba.

El abuelo, encendiendo despacio su pipa, le envidiaba aquella ocupación, mientras que él se quedaba allí, eternamente ocioso...

—Cuando ese eterno laboratorio esté acabado, tal vez vaya por allí a ocuparme un poco con la química.

—Y quién sabe si no será un gran químico, no se le da nada mal.

El viejo sonrió.

—Este pobre esqueleto ya no está para muchos trotes. ¡Está pidiendo Eternidad!

—¿Quiere algo de la Baixa, de Babilonia? —preguntaba Carlos, abotonándose aprisa los guantes de conducir.

—Nada. ¡Que se dé bien!

—Lo dudo...

Y en el *dog-cart*, con su linda yegua «Tunanta», o en el faetón con que maravillaba a Lisboa, Carlos partía regimiento hacia la Baixa, «al trabajo».

Su gabinete, en el consultorio, dormía en una tibia paz entre los espesos velludos oscuros, en la penumbra que daban los estores de seda verde. En la sala de espera, sin embargo, con las tres ventanas abiertas, la luz entraba a raudales. Allí todo parecía festivo, los sillones en torno a la mesa extendían sus brazos, amables e incitantes. El teclado blanco del piano reía y esperaba, con la partitura abierta de las *Chansons* de Gounod. Pero jamás había un enfermo. Y Carlos —exactamente igual que el criado, que en la ociosidad de la antecámara dormitaba tras el *Diario de Noticias*, encogido en la banqueta— encendía un cigarro Laferme, cogía una revista, y se tumbaba en el diván. Pero la prosa de los artículos estaba embebida del mismo tedio moroso del gabinete: no tardaba mucho en bostezar y dejar caer el volumen.

El ruido de los coches, los gritos errantes de los vendedores, el estruendo de los tranvías tirados por caballos, subían del Rossio reverberando con nitidez en el fino aire de noviembre. Una luz suave se escurría dulcemente desde el cielo azul oscuro, dorando la suciedad de las fachadas, las copas mezquinas de los árboles municipales, al transeúnte que mataba el tiempo sentado en un banco. Y era como si aquel susurro lento de ciudad perezosa, aquel aire aterciopelado de buen clima, se fuesen introduciendo poco a poco en el sofocante gabinete, resbalando por los pesados velludos, por el barniz de los muebles, hasta envolver a Carlos en una pesada somnolencia... Con la cabeza en un cojín, fumando, se dejaba estar, sumido en aquella quietud de siesta, reflexionando tenue y vagamente, como tenue y delgado es el humo que se eleva de un brasero a medio apagar. Hasta que no sin esfuerzo, se sacudía aquel torpor, se daba una vuelta por la sala, cogía al azar algún libro de los estantes, tocaba al piano un par de compases de vals, se estiraba y, con los ojos fijos en las flores de la alfombra, acababa confesándose que aquellas dos horas de consultorio eran absurdas.

—¿Está ahí el coche? —preguntaba al criado.

Encendía a toda prisa otro puro, se calzaba los guantes, bajaba, bebía un largo trago de luz y aire, tomaba las riendas y arreaba a los caballos, murmurando para sí:

—¡Otro día perdido!

En uno de aquellos tedios, estando en el sofá con la *Revue des Deux Mondes* en la mano, oyó un rumor en la antecámara, y al instante una voz muy familiar, muy querida, que preguntaba desde detrás del repostero:

—¿Su Alteza está visible?

—¡Ega! —gritó Carlos, levantándose de un salto.

Se abrazaron, besándose en la cara, emocionados.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. ¡Caramba! —exclamaba Ega, buscándose el monóculo cuadrado por la pechera, por los hombros, y encajándose al fin en el ojo—. ¡Caramba! Has

vuelto fantástico de esos Londres, de esas civilizaciones superiores. Tienes un cierto aire Renacimiento, un aire Valois... Nada como una buena barba.

—¿Y tú de dónde sales, de Celorico?

—¡Qué de Celorico! ¡De Foz!^[49] Pero enfermo, chico, enfermo... El hígado, el bazo, una infinidad de vísceras comprometidas. Doce años de vino y aguardiente...

Hablaron de los viajes de Carlos, del Ramalhete, de cuánto tiempo iba a quedarse Ega en Lisboa... Pensaba quedarse a vivir. Desde lo alto de la diligencia, le había dicho adiós para siempre a la campiña de Celorico.

—No te imaginas, Carlos, lo que me ha ocurrido con mi madre... Al dejar Coimbra, la sondeé, como era natural, acerca de mi instalación en Lisboa en condiciones confortables, con dinero suficiente... Pero ¡no tragó! Así que me quedé en la quinta, haciendo epigramas al padre Serafim y a toda la corte celestial. En julio, apareció en los alrededores una epidemia de anginas. Algo horrible, a lo que creo que vosotros llamáis difteria... Mi madre concluyó al instante que se debía a mi presencia, a la presencia del ateo, del demagogo que no ayuna, que no va a misa, que ofende a Nuestro Señor y provoca la cólera de su flagelo. Mi hermana concordaba. Consultado el padre Serafim, el buen hombre, al que no le gusta ni un pelo mi presencia en la quinta, dijo que era posible que el Señor se hubiera indignado. De modo que mi madre acabó por pedirme, casi de rodillas y con la bolsa abierta, que me marchase a Lisboa, que la arruinase, pero que no me quedara allí provocando la cólera divina. Al día siguiente me fui a Foz...

—¿Y la epidemia?

—Remitió enseguida —repuso Ega, comenzando a sacarse de los delgados dedos un largo guante amarillo canario.

Carlos observaba aquellos guantes, las polainas de cachemira, el pelo muy largo con un mechón acaracolado sobre la frente, la corbata de satén con una herradura de ópalo... Era otro Ega, un Ega *dandy*, vistoso, dado al ornato, artificial y con polvos de arroz. A la postre, Carlos acabó dejando escapar la exclamación impaciente que le bailaba en los labios:

—Ega, ¡qué espléndido abrigo!

A la luz de aquel suave y tibio sol invernal de un fin de otoño portugués, Ega, el antiguo bohemio de manteo desgarrado, lucía una pelliza, una suntuosa pelliza de príncipe ruso, hecha como para los placeres del trineo, amplia, larga, con alamares, y con espesas y mullidas martas en torno al cuello huesudo y las muñecas de tísico.

—¿Una buena pelliza, eh? —comentó él levantándose, abriéndola, exhibiendo la opulencia del forro—. Se la he encargado a Strauss... Beneficios de la epidemia...

—¿Y tienes fuerzas para llevar eso?

—Pesa un poco, pero es que he estado constipado últimamente.

Se recostó de nuevo en el sofá, dejando ver los zapatos acharolados y picudos, y

con el monóculo puesto examinó el gabinete:

—Y tú ¿qué haces? Cuéntame... ¡Todo esto tiene una pinta estupenda!

Carlos le habló de sus planes, de sus grandes ideas de trabajo, de las obras en el laboratorio...

—Un momento... ¿Cuánto te ha costado todo esto? —preguntó interrumpiéndole, poniéndose en pie para palpar el terciopelo de los reposteros, para fijarse en el acabado del escritorio de palisandro.

—No sé. Pregúntale a Vilaça...

Ega, con las manos hundidas en los enormes bolsillos del abrigo, pasaba revista al gabinete, opinando sobre lo que veía:

—El terciopelo aporta seriedad... El verde oscuro es el color supremo, el color estético... Conlleva un mundo, entornece y ayuda a pensar... Me gusta este diván. Un mueble para el amor...

Pasó a la sala de espera lentamente, el monóculo en el ojo, estudiando la decoración.

—Carlos, ¡eres un exquisito Salomón! El papel es precioso... ¡Y la cretona no está nada mal!

La palpó también. Una begonia en su macetero de Ruán, con sus motas de herrumbre plateada, le interesó vivamente. Quería saber cuánto había costado cada cosa. Y al llegar al piano, al echarle una ojeada a la partitura, las *Chansons* de Gounod, reaccionó con sorpresa emocionada:

—¡Hombre, mi querida *Barcarolle*! ¿No es deliciosa?

*Dites, la jeune belle,
Où voulez-vous aller?
La voile...*

—Estoy un poco ronco... ¡Era nuestra canción en Foz!

Carlos lanzó otra exclamación, y se cruzó de brazos ante él:

—¡Te encuentro estupendamente, Ega! ¡Un nuevo Ega!... A propósito de Foz, ¿quién es esa madame Cohen, que también estaba allí, de quien en cada carta, verdaderos poemas que recibí en Berlín, La Haya, Londres, me hablabas con arrobos dignos del *Cantar de los cantares*?

Un leve rubor se insinuó en el rostro de Ega. Y limpiándose indolente el monóculo con un pañuelo de seda blanca, respondió:

—Una judía. Por eso eché mano del lirismo bíblico. Es la mujer de Cohen, seguro que le conoces, el director del Banco Nacional... Nos hemos visto mucho. Es simpática... Pero el marido es un auténtico animal. Una *flirtation* de playa. *Voilà tout*. Refirió esto entrecortadamente, paseando, dando caladas al puro, aún colorado.

—Pero ¡qué diablos! Cuéntame del Ramalhete, de tu abuelo... ¿Quién frecuenta

ese templo?

En el Ramalhete, el abuelo jugaba su *whist* de costumbre con sus viejos amigos: don Diogo, el decrepito león, siempre con una rosa en el ojal, y que aún se rizaba los bigotes; Sequeira, cada vez más rechoncho, más enrojecido, a punto de apoplejía; el conde de Steinbroken...

—No le conozco. ¿Refugiado?... ¿Polaco?...

—No, es el ministro de Finlandia... Quería alquilarnos unas cocheras. Pero complicó esa simple transacción con mil finuras diplomáticas, mil documentos, mil papeles con el sello real de Finlandia, y el pobre Vilaça, desconcertado, se desembarazó de él y se lo pasó a mi abuelo. El abuelo, desnortado también, le ofreció gratis las cocheras. Steinbroken se tomó esto como un servicio al rey de Finlandia, a Finlandia misma, y con mucho aparato, en compañía del secretario de la Legación, del cónsul, del vicecónsul, se presentó en el Ramalhete a rendirle pleitesía...

—¡Es fantástico!

—El abuelo le invitó a cenar... Y como el hombre es muy fino, todo un *gentleman*, entusiasta de Inglaterra, gran entendido en vinos, una autoridad en el *whist*, el abuelo lo adoptó. No sale del Ramalhete.

—Y de los jóvenes ¿quién va?

De los jóvenes iba Taveira, siempre muy correcto, que trabajaba ahora en el Tribunal de Cuentas; un tal Cruges, al que Ega no conocía, un diablillo locuelo, pianista, director de orquesta, con su punta de genio; el marqués de Souselas...

—¿Y mujeres?

—No hay quien las reciba. Aquello es una guarida de solterones. La vizcondesa, la pobre...

—Lo sé. Una apoplejía...

—Sí, una hemorragia cerebral. Ah, y también tenemos al Silveirinha, una adquisición reciente...

—¿El de Resende, el cretino?

—El mismo. Enviudó. Viene de Madeira, todavía un poco tísico, de luto riguroso... Un fúnebre.

Ega, repantingado, con un aire de tranquila y sólida felicidad que no se le había escapado a Carlos, dijo, tirándose despacio de los puños:

—Hay que reorganizar esa vida... Necesitamos un cenáculo, una pequeña bohemia dorada, nuestras *soirées* de invierno, con arte, con literatura... ¿Conoces a Craft?

—Sí, creo haber oído hablar de él...

Ega hizo un gesto de gran ponderación. ¡Era indispensable que conociese a Craft! Craft era, sencillamente, lo mejor que había en Portugal...

—¿Es un inglés, una especie de loco?...

Ega se encogió de hombros. ¡Un loco!... Sí, eso era lo que se opinaba de él en la Rua dos Fanqueiros^[50]. El indígena común, ante una personalidad tan fuerte como la de Craft, no hallaba otra explicación más que la locura. ¡Craft era un tipo extraordinario!... Precisamente acababa de volver de Suecia, de pasar tres meses con los estudiantes de Upsala. También había ido a Foz... ¡Una cabeza de primer orden!

—Es un hombre de negocios de Oporto, ¿no?

—¿Qué? —exclamó Ega irguiéndose, frunciendo el ceño, molesto ante tanta ignorancia—. Craft es hijo de un *clergyman* de la iglesia anglicana de Oporto. Fue un tío suyo, un comerciante de Calcuta o de Australia, un nabab, el que le dejó su fortuna. Una enorme fortuna. Pero los negocios no tienen nada que ver con él. Se limita a dar suelta a su temperamento byroniano, nada más. Ha viajado por todo el mundo, colecciona obras de arte, luchó como voluntario en Abisinia y en Marruecos, en fin, vive, vive en la grande, fuerte y heroica acepción de la palabra. Tienes que conocerlo. Te va a encantar... ¡Tienes razón, caramba, hace calor!

Al desembarazarse del opulento abrigo, se quedó en mangas de camisa.

—Pero ¡cómo! ¿No llevas nada debajo? —exclamó Carlos—. ¿Ni chaleco?

—Si lo llevara, me cocería... El abrigo me lo pongo sólo como provocación moral, para impresionar al indígena... Reconozco que pesa demasiado.

Y de inmediato retomó su idea. En cuanto Craft volviera de Oporto, Carlos tenía que conocerle, había que organizar un cenáculo, un Decamerón de arte y diletantismo, hombres y mujeres juntos, tres o cuatro mujeres que atemperasen, con el encanto de sus escotes, la severidad filosófica...

Carlos se rió de aquella salida de Ega. ¡Sólo a él, que era de Celorico, se le podía ocurrir semejante cosa! ¡Tres mujeres refinadas, cultivadas, que le dieran un toque frívolo a un cenáculo! ¡En Lisboa! Ya el marqués de Souselas había intentado —y se trató de algo puntual y sencillo— una merienda campestre con actrices. Fue un escándalo de lo más divertido e ilustrativo. Una no tenía criada, y pretendía llevarse a la fiesta a sus cinco hijos y a su tía. Otra temía que si aceptaba, su brasileño le retirase la asignación. Hubo una que se avino, pero cuando lo supo su amante le dio una buena tunda. Que si la una no tenía nada que ponerse. Que si la otra pretendía que se le garantizase una libra. Alguna hasta llegó a escandalizarse de que se la invitara, como si fuera un insulto. Y para colmo de males, los chulos, los amantes, los pollos que se timaban con ellas, complicaron infernalmente el asunto. Unos exigían que se les convidara. Otros intentaron deslucir la fiesta. Se formaron bandos. Hubo intrigas. En fin, algo tan banal como una merienda con actrices, acabó en que a Tarquínio, el del Ginásio^[51], le dieron un navajazo...

—¡Así es Lisboa!

—Pues si aquí no hay mujeres —exclamó Ega— se importan, que es la solución para todo en Portugal. Aquí todo se importa. Leyes, ideas, filosofías, teorías,

argumentos, estéticas, ciencias, estilos, industrias, modas, maneras, bromas, todo viene embalado a bordo de un paquebote. Con los derechos de aduana, la civilización nos sale carísima. Y como es de segunda mano, puesto que no se ha hecho para nosotros, siempre nos queda corta de mangas... Nos consideramos civilizados de la misma manera que los negros de Santo Tomé se creen caballeros, incluso *blancos*, porque se ponen con el tanga una vieja casaca del amo... Esto es una pocilga. ¿Dónde he puesto mi purera?

Desembarazado de la majestad que le confería el fastuoso abrigo, reaparecía el viejo Ega, que peroraba con su gesticulación angulosa de Mefistófeles *en verve*, deambulando de un lado a otro de la sala como si fuera a echar a volar con sus grandes frases, en una constante lucha con el monóculo, que se le caía del ojo y se rebuscaba por la pechera, los hombros, las caderas, retorciéndose, a punto de descoyuntarse, como si le hubiera picado algún bicho. Carlos se fue animando también, y la inerte sala de espera resucitó. Discutieron acerca del naturalismo, de Gambetta^[52], del nihilismo. Después, con saña y a la par, pasaron a despotricar del país...

Pero el reloj de la sala dio las cuatro. Ega, de un salto, se hundió en el abrigo, se aguzó los bigotes en el espejo, verificó la pose, y sintiéndose acorazado con sus alamares, se marchó con un aire de refinamiento y aventura.

—John —dijo Carlos, que le encontraba espléndido y le siguió hasta el descansillo— ¿dónde paras?

—¡En el Universal, ese santuario!

Carlos abominaba del Universal, y le propuso que se instalase en el Ramalhete.

—No puedo...

—Por lo menos, ven hoy a cenar, a ver al abuelo.

—Imposible, para hoy me he comprometido con el patán de Cohen... Iré mañana a comer.

Ya desde la escalera, se volvió, se ajustó el monóculo, y gritó:

—Se me había olvidado: ¡voy a publicar mi libro!

—¿Cómo? ¿Ya lo has acabado? —exclamó Carlos, estupefacto.

—Tengo un esbozo, las líneas generales...

¡El «libro de Ega»! En Coimbra, durante los dos últimos años, Ega había empezado a hablar de su libro, del plan, dando títulos de capítulos, citando en los cafés frases grandilocuentes. Y entre sus amigos se hablaba ya del libro como si con él fuera a comenzar, tanto por la forma como por las ideas, un nuevo movimiento literario. En Lisboa —donde pasaba las vacaciones y daba cenas en el Silva— el libro se anunció como todo un acontecimiento. Los estudiantes, tanto condiscípulos suyos como de otras promociones, difundieron por las provincias y las islas la fama del libro de Ega. No se sabía cómo, pero la noticia había llegado a Brasil. Y ante tan

ansiosa expectación, Ega se había decidido por fin a escribirlo.

Iba a ser, según él decía, una epopeya en prosa, que contaría, mediante episodios simbólicos, la historia del Universo y la Humanidad. Se titulaba *Memorias de un átomo*, y tenía la forma de una autobiografía. El átomo aquel —el átomo de Ega, tal y como se lo llamaba con toda seriedad en Coimbra— aparecía en el capítulo inicial dando tumbos entre las nebulosas primeras. Luego se adhería, chispa al rojo vivo, a la masa de fuego que habría de conformar el planeta Tierra. En fin, acababa integrado en la primera hoja de planta surgida de la costra aún blanda del globo. A partir de aquel momento, y siempre objeto de las incesantes transformaciones de la sustancia, el átomo de Ega pasaba a conformar la ruda estructura del Orangután, padre de la Humanidad, y así llegaba a los labios de Platón. Era negro en el sayal de los santos, refulgía en la espada de los héroes, palpitaba en el corazón de los poetas. Gota de agua en los lagos de Galilea, había oído la voz de Cristo al atardecer, cuando los apóstoles recogían las redes. Nudo de la madera en la Convención, había sentido la gélida mano de Robespierre. Había errado por los vastos anillos de Saturno. Y las alboradas de la Tierra le habían ungido con su rocío, pétalo resplandeciente de un durmiente y lánguido lirio. Omnipresente, era omnisciente. Hallándose a la postre en la punta de la pluma de Ega, y fatigado de su viaje a través del Ser, descansaba escribiendo sus *Memorias...* Así era aquel formidable trabajo, del que los admiradores de Ega, en Coimbra, decían, pensativos y como anonadados por el respeto:

—¡Es una Biblia!

V

Pese a lo tarde que era, aún continuaba en el despacho de Afonso da Maia la partidita de *whist*. La mesa estaba en su lugar de costumbre, al abrigo del biombo japonés, junto a la chimenea, en la que una llama moría entre carbones rojos. Todo por la bronquitis de don Diogo y su pánico a las corrientes.

Aquel viejo *dandy* —a quien las damas de antaño llamaban «el lindo don Diogo», gentil torero que había dormido en un lecho real— acababa de tener uno de sus accesos de tos cavernosa, áspera, rota, que le vapuleaban como una ruina, y que él sofocaba en el pañuelo, con las venas hinchadas, rojo hasta la raíz del cabello.

Pero ya había pasado. Con mano aún trémula, el decrepito león se limpió las lágrimas que le empañaban los ojos enrojecidos, se recompuso la rosa de musgo del ojal, bebió un sorbo de su té, un té muy flojo, y preguntó a Afonso, su pareja, con voz sorda y ronca:

—¿Tréboles, eh?

Y de nuevo las cartas fueron cayendo sobre el tapete verde, en uno de aquellos silencios que sobrevenían tras las toses de don Diogo. Tan sólo se oía la respiración aspirada, silbante casi, del general Sequeira, muy disgustado aquella noche con Vilaça, su compañero, rezongando con el rostro congestionado.

Se oyó un ligero tintineo, y el reloj Luis XV fue hiriendo alegre, vivaz, la medianoche. Luego, la tonada argentina de su minué retiñió un instante y murió. Se hizo de nuevo un silencio. Un encaje rojo cubría los globos de dos grandes lámparas Carcel^[53]. Filtrada de aquel modo, la luz que caía sobre los damascos rojos de las paredes, de los asientos, producía una agradable refracción rosada, unos vapores de nube que poco a poco iban adormeciendo la sala. Sólo en algún que otro punto de los estantes de sombrío roble rebrillaba el oro de una pieza de Sèvres, la palidez de algún marfil, o los tonos esmaltados de viejas mayólicas.

—¿Qué? ¿Todavía enzarzados? —exclamó Carlos, que alzó el repostero y entró, introduciendo consigo el rumor distante de las bolas de billar.

Afonso, que recogía su baza, se volvió y le preguntó con interés:

—¿Qué tal anda? ¿Está tranquila?

—¡Está mucho mejor!

Era la primera paciente grave de Carlos, una muchacha de origen alsaciano, casada con Marcelino, el panadero, y muy conocida en el barrio por su pelo rubio recogido en coletas. Una neumonía la había puesto al borde de la muerte. Y aunque ya estaba mejor, como la panadería quedaba enfrente, Carlos aún cruzaba la calle algunas noches para verla y tranquilizar a Marcelino, que sentado junto al lecho y con el gabán por los hombros, sofocaba sollozos de enamorado, garabateando en su libro de cuentas.

Afonso se había interesado ansiosamente por aquella neumonía. Y sentía ahora una enorme gratitud hacia Marcelina, por haber sido salvada por Carlos. Hablaba de ella conmovido. Encomiaba su lindo rostro, su aseo alsaciano, la prosperidad que había aportado a la panadería... Para la convalecencia, que estaba a la vuelta de la esquina, le había enviado seis botellas de chateau-margaux.

—Entonces ¿ya está fuera de peligro? ¿Del todo? —preguntó Vilaça, con los dedos en la caja de rapé, subrayando mucho su solicitud.

—Sí, casi está como un roble —dijo Carlos, que se acercaba a la chimenea tiritando, frotándose las manos.

Y es que afuera la noche era glacial. Desde el atardecer había estado helando, el cielo transparente y duro, cuajado de estrellas refulgentes como puntas afiladas de acero. Ninguno de aquellos caballeros había tenido nunca noticia de unas temperaturas tan bajas. Sí, Vilaça recordaba un enero peor, el del invierno del 64...

—General, ¡esto se arregla con un ponche! —exclamó Carlos, golpeando alegremente en los hombros macizos de Sequeira.

—Nada que objetar —masculló el otro, que miraba con concentración y rencor una jota de corazones depositada en la mesa.

Carlos, que seguía helado, removi6 a fondo los carbones. Saltó una lluvia dorada, una llama más fuerte pujó, bramó alegrando la habitación, enrojeciendo la piel de oso en que el «Reverendo Bonifácio» se torraba plácidamente, con un ronroneo de gozo.

—Ega debe de estar radiante —decía Carlos calentándose los pies—. Al fin tiene motivo para ponerse el abrigo. A propósito, ¿alguno de ustedes ha visto a Ega estos últimos días?

Nadie respondió, sumidos todos en el repentino interés de la timba. La larga mano de don Diogo recogía despacio una baza, y lánguidamente, con igual silencio sagrado, soltó un trébol.

—¡Oh Diogo! ¡Oh Diogo! —gritó Afonso, retorciéndose como si le traspasara un hierro.

Pero se contuvo. El general, que echaba chispas por los ojos, colocó su jota. Afonso, profundamente infeliz, se desprendió del rey de tréboles. Restalló el as de Vilaça. Y de inmediato se formó un gran alboroto acerca del envite de don Diogo, mientras que Carlos, al que las cartas siempre habían aburrido, se agachaba para hacerle cosquillas en la tripa al venerable «Reverendo».

—¿Qué preguntabas, hijo? —inquirió a la postre Afonso, levantándose, irritado aún, en busca de tabaco para la pipa, su único consuelo en la derrota—. ¿Ega? No, no se le ha vuelto a ver el pelo. Menudo ingrato está hecho ese John...

Al oír el nombre de Ega, Vilaça dejó de barajar y preguntó curioso:

—¿Es cierto que va a poner casa?

Fue Afonso quien respondió, sonriendo y encendiendo la pipa:

—Va a poner casa, comprar un *coupé*, tomar criados con librea, dar *soirées* literarias, publicar un poema, ¡menudo diablo!

—Pasó por mi despacho —dijo Vilaça volviendo a barajar—. Fue a indagar lo que había costado el consultorio, los muebles de terciopelo, etc. El terciopelo verde le ha vuelto loco... Y yo, como es amigo de la casa, le di cumplida información, hasta le enseñé las cuentas.

Y respondiendo a una pregunta de Sequeira añadió:

—Sí, la madre tiene dinero, y creo que no lo escatima con él. Mi opinión es que va a entrar en política. Tiene talento, sabe hablar, su padre ya era regeneracionista... Y ambición no le falta.

—A mí eso me huele a mujer —dijo don Diogo, dejando caer con peso su aserto, y atusándose lánguidamente la punta curva de los bigotes, como para recalcar su frase—. Lo lleva escrito en la cara, no hay más que mirarle... Eso huele a mujer.

Carlos sonreía, ponderando la penetración de don Diogo, su fino ojo a lo Balzac. Y de inmediato Sequeira, franco como un viejo soldado, quiso saber quién era la *dulcinea*. Pero el viejo *dandy* proclamó, conforme a su mucha experiencia, que aquellas cosas nunca se sabían, y que era preferible que no se supieran. Luego, pasándose los dedos delgados y lentos por la cara, dejó caer desde lo alto y con condescendencia este juicio:

—A mí me gusta Ega, tiene presencia. Y sobre todo, un aire *dégagé*...

Se habían dado cartas, y el silencio volvió a la mesa. El general, viendo el juego que llevaba, soltó un gruñido sordo, arrebató el cigarro al cenicero y le dio una calada furiosa.

—Son ustedes unos viciosos, voy a ver cómo van en el billar —dijo Carlos—. He dejado a Steinbroken discutiendo con el marqués. Ya va perdiendo cuatro mil reis. El ponche ¿lo quieren aquí?

Ninguno de los jugadores respondió.

En torno al billar Carlos halló el mismo silencio solemne. El marqués, estirado sobre la mesa, con una pierna casi en vilo, la calva incipiente clareándosele a la luz de los *abat-jour*, preparaba la carambola decisiva. Cruges, que había apostado por él, abandonó el diván y la pipa turca, y arrascándose con un gesto nervioso la pelambreira crespa, que le caía en ondas hasta los hombros, vigilaba la bola con inquietud, con los ojillos entornados, la nariz tensa. Al fondo de la sala, recortado en negro, el Silveirinha, el Eusèbiozinho de Santa Olávia, alargaba a su vez el cuello, ahogándose en su corbata de viudo, de merino negro y sin cuello, tristón como siempre, más blandengue que antaño, con las manos hundidas en los bolsillos, tan fúnebre que todo en él parecía un complemento del luto riguroso, hasta el negro del pelo aplastado y de las lentes ahumadas. Junto al billar, el compañero del marqués, el conde Steinbroken, aguardaba su turno: pese al susto, a la turbación del hombre del Norte aferrado al

dinero, se mostraba correcto, apoyado en el taco, sonriente, sin la menor alteración de su tono británico, vestido como un inglés, con la tradicional estampa inglesa, con levita de poco vuelo y mangas ajustadas, y pantalón holgado a cuadros, que caía sobre zapatos de tacón raso.

—¡Hurra! —gritó de pronto Cruces—. ¡Venga esos diez tostones Silveirinha!

El marqués, con una carambola, había ganado la partida:

—Me has traído suerte, Carlos.

Steinbroken depuso el taco y alineó sobre la mesa, lentamente, una a una, las cuatro monedas perdidas.

Pero el marqués, con la tiza en la mano, le invitaba a nuevas refriegas, hambriento del oro finlandés.

—¡Nada mash!... Usted hoy 'stá tegible —decía el diplomático con su portugués fluido, pero bárbaro en el acento.

El marqués insistía, plantado ante él, el taco al hombro como vara de pastor, imponente gracias a su maciza y airosa estatura. Su voz tonante, acostumbrada a retumbar en los pastos, amenazaba a Steinbroken con un negro porvenir. Pretendía arruinarle jugando al billar, forzarle a que empeñara sus preciosos anillos, abocarle, a él, ministro de Finlandia y representante de una raza de reyes fuertes, a vender entradas a la puerta del teatro de la Rua dos Condes^[54].

Todos se echaron a reír. Y Steinbroken también, pero con una risa forzada y difícil, mirando fijamente al marqués con sus ojos de un azul muy claro, claro y frío, que en el fondo de su miopía albergaban una dureza de metal. Pese a la simpatía que profesaba hacia la ilustre casa de Souselas, semejantes familiaridades, semejantes zumbas, se le antojaban incompatibles con su dignidad y la dignidad de Finlandia. Sin embargo, el marqués, que tenía un corazón de oro, le abrazó por la cintura y muy expansivamente le dijo:

—Bien, si no quiere más billar, al menos un poco de canto, mi querido Steinbroken.

A esto sí que se avino el ministro, afable, diligente, acariciándose un poco los patillones y los rizos del pelo, de un rubio de espiga descolorida.

Todos los Steinbroken, de padres a hijos (según le había confesado a Afonso) eran buenos barítonos, cosa que había reportado a la familia no pocos privilegios mundanos. Gracias a su voz había cautivado su abuelo al viejo rey Rodolfo III, que le confió la dirección del picadero real, y que le obligaba a pasarse las noches enteras en su dormitorio, al piano, cantándole salmos luteranos, corales de escuela y sagas de Dalecarlia, mientras el taciturno monarca le daba a su pipa y bebía hasta que, saturado de emoción religiosa y de cerveza negra, rodaba del sofá entre sollozos y babas. Él mismo, Steinbroken, había hecho buena parte de su carrera al piano, primero como agregado, luego como segundo secretario. Pero desde su

nombramiento como jefe de misión, se había abstenido. Sólo cuando vio que en el *Figaro* se celebraban repetidamente los vales del príncipe Artoff, embajador de Rusia en París, la voz de *basso* del conde de Baspt, embajador de Austria en Londres, se atrevió, siguiendo tan altos ejemplos, aquí y allá, en *soirées* de cierta intimidad, con algunas melodías finlandesas. Hasta que llegó el día en que cantó en Palacio. Desde aquel momento había ejercido con celo, con mucha ceremonia y asiduidad su cargo de «barítono plenipotenciario», como decía Ega. Entre hombres, y con los reposteros corridos, Steinbroken no dudaba en canturrear lo que él llamaba «cancioncillas picantes», como «L'Amant d'Amanda» o cierta balada inglesa:

Oh the Serpentine,
Oh my Caroline...
Oh!

Aquel «¡Oh!», tal y como él lo articulaba, entregemido, bien modulado, con el dejo de un martilleo, expresivo a más no poder, aunque de gran dignidad... aquello, sólo entre hombres y con los reposteros cerrados.

Pero lo que aquella noche le pedía el marqués, que le conducía del brazo hacia la sala del piano, era una de aquellas canciones finlandesas que tanto bien le hacían al alma...

—Una que tiene unas palabritas que me gustan mucho: *frisk, gluzk...* ¡Lá ra lá, lá, lá!

—«La primavera» —dijo el diplomático con una sonrisa.

Pero antes de entrar en la sala, el marqués soltó el brazo de Steinbroken y le hizo seña al Silveirinha de que fuese hacia el fondo del corredor, y allí, bajo una sombría pintura penitencial de la Magdalena en el desierto, que mostraba frescas desnudeces de ninfa lúbrica, le interpeló casi con aspereza:

—Vamos a ver. ¿Se decide o no?

Se trataba de una negociación en curso desde hacía semanas, a propósito de una pareja de yeguas. Silveirinha albergaba el deseo de tener carruaje, y el marqués quería venderle unas yeguas blancas «a las que había cogido ojeriza, por más que fueran unos excelentes animales». Pedía por ellas un conto y quinientos mil reis. Sequeira, Travassos y otros entendidos habían advertido a Silveirinha de que el negocio era un timo. El marqués tenía su particular moral para los negocios de ganado, y le hubiera encantado dársela a un primo. Aunque avisado, Eusèbio, cediendo a la influencia de la tonante voz del marqués, a la robustez de su físico y la antigüedad de su título, no se atrevía a no comprar. Dudaba. De modo que aquella noche volvió a su habitual respuesta de tacaño, acariciándose el mentón, pegado a la pared:

—Lo pensaré, marqués... Un conto y quinientos es dinero.

El marqués alzó los brazos, amenazadores como garrotes:

—Vamos a ver: o sí o no. ¡Qué diablos! Son dos ejemplares magníficos. Diga: ¿sí o no?

Eusèbio se ajustó los lentes y masculló:

—Lo pensaré... Es un dinero... Un dinero...

—Pero ¿es que acaso pretende comprármelas a cambio de unas gallinas? ¡Usted me saca de mis casillas!

El piano resonó con dos acordes bajo los dedos de Cruges. El marqués, que babeaba ante cualquier manifestación musical, dejó de lado al instante el asunto de las yeguas, y entró en la sala de puntillas. Eusèbiozinho se quedó fuera un instante, venga a frotarse el mentón. Con las primeras notas de Steinbroken, se colocó como una sombra silenciosa entre el batiente de la puerta y el repostero.

Separado del piano, según su costumbre, encorvado, con la cabellera cayéndole por la espalda, Cruges hacía el acompañamiento, los ojos clavados en la partitura de *Melodías finlandesas*. Junto a él, envarado, casi oficial, con el pañuelo de seda en la mano, la mano en el corazón, Steinbroken entonaba un canto festivo, que tenía un movimiento de tarantela triunfante, en el que se iban entrechocando como guijarros aquellos fragmentos de palabras que tanto le gustaban al marqués: *frisk, slecht, klikst, glukst*. Era «La primavera», fresca y silvestre, la primavera del Norte, en un país de montañas, cuando la aldea entera baila en corros bajo los foscos abetos, la nieve se derrite en cascadas, un pálido sol aterciopela los musgos, y la brisa difunde un aroma a resina... En las notas graves y llenas, se le hinchaban y enrojecían las sienas. En los tonos agudos todo él se suspendía de la punta de los pies, como impelido por la viveza del compás. Despegaba entonces la mano del pecho, con un gesto lleno de prosopopeya y de relumbres de anillos.

El marqués, con las manos en las rodillas, parecía beberse el canto. Por los labios de Carlos cruzaba una sonrisa enternecida, recordando a madame Rughel, que había estado en Finlandia, y que cantaba a veces, en sus horas de sentimentalismo flamenco, aquella «Primavera»...

Steinbroken lanzó un *staccato* agudo, aislado como un grito en las alturas, y retirándose del piano, se pasó el pañuelo por las sienas, por el cuello, rectificó con un tirón la línea de su levita y agradeció el acompañamiento a Cruges con un silencioso *shake-hands*.

—¡Bravo! ¡Bravo! —berreaba el marqués, batiendo las manos como mazos.

Se oyeron otros aplausos en la puerta, los de los jugadores de *whist*, que habían acabado la partida. Casi al instante entraron los criados con un servicio frío de croquetas y sándwiches, y botellas de saint-émilion y oporto. Y en una mesa, entre las copas en formación, el ponche humeaba con un aroma dulce y caliente a coñac y limón.

—Mi buen Steinbroken —exclamó Afonso dándole una palmada amable en el hombro— ¿todavía regala con su canto a estos bandidos que tan mal le tratan al billar?

—Sí, me jan despellejjado. No, krraciass, un cgopita opogto.

—Hoy hemos sido nosotros las víctimas —dijo el general, oliendo maravillado su ponche.

—¿Usted también, mi general?

—Sí señor, también a mí me han dado...

¿Y qué opinaba el amigo Steinbroken de las noticias de la mañana? —preguntaba Afonso—. La caída de Mac-Mahon, la elección de Grévy... Lo que más le alegraba de todo aquello era la desaparición del antipático señor de Broglie y su *clique*^[55]. ¡Qué impertinencia la de aquel académico de vía estrecha, que pretendía imponer la opinión de dos o tres salones doctrinarios a toda Francia, a toda una democracia! El *Times* ponía las cosas muy claras...

—¿Y el *Punch*, no ha visto el *Punch*^[56]? ¡Ah, delicioso!...

El ministro depositó su copa, y frotándose cautamente las manos, dijo, bajando el tono de voz con gravedad, su frase, la frase definitiva con que juzgaba cualquier despacho telegráfico:

—Muy kgave, teggiblemente kgave...

Se habló de Gambetta. Y como Afonso le atribuyera una próxima dictadura, el diplomático cogió misteriosamente del brazo a Sequeira y pronunció la frase suprema con que definía a todas las personalidades superiores, hombres de Estado, poetas, viajeros o tenores...

—¡Es un hombge fuegte, muy fuegte!

—¡Lo que es, es un tunante! —exclamó el general, apurando su ponche.

Los tres dejaron la sala, hablando aún acerca de la república, mientras Cruges continuaba al piano, tocando al azar a Mendelssohn y Chopin, tras haberse zampado un plato de croquetas.

El marqués y don Diogo, sentados en el mismo sofá, el uno con su infusión de inválido, el otro con una copa de saint-émilion, de la que aspiraba el *bouquet*, hablaban también de Gambetta. Al marqués le gustaba: era el único que durante la guerra había tenido redaños. Si había hecho su agosto o no, de eso él ni sabía nada ni le importaba lo más mínimo. ¡Un hombre de los pies a la cabeza! Y Grévy también le parecía un ciudadano serio, ideal para la jefatura del Estado...

—¿Es hombre de salón?

El marqués sólo le había visto en la Asamblea, presidiendo, muy digno...

Don Diogo murmuró, con un melancólico desdén en la voz, en el gesto, en la mirada:

—Lo único que envidio a esa canalla es la salud, mi querido marqués.

El marqués le consoló, bromista y amable. Aquella gente parecía fuerte porque se ocupaba de cosas fuertes, pero en el fondo tenía asma, piedras en el riñón, gota... Él, Dioguinho, a su lado era un hércules...

—¡Un hércules! Lo que le pasa a usted es que se regala mucho... La enfermedad es un mal hábito en el que nos instalamos. Hay que reaccionar... Debería hacer gimnasia, y mucha agua fría por ese espinazo abajo. En realidad usted es de hierro...

—Sí, de hierro oxidado... —replicó el otro, sonriente y lánguido.

—¡Cómo que oxidado! Si yo fuera caballo o mujer, le preferiría a usted antes que a esos pisaverdes que andan por ahí todo el día medio pochos. ¡Ya no hay hombres con su temple, Dioguinho!

—De lo que no hay ya es de nada —dijo el otro muy grave y convencido, como el último de los hombres ante las ruinas del mundo.

Pero ya era tarde, había que abrigarse y volver a casa tras acabar la infusión. El marqués se demoró un poco todavía, haciéndose el remolón en el sofá, deleitándose en la contemplación de aquella lujosa sala Luis XV, con sus floreados y dorados, sus ceremoniosos sillones de Beauvais, concebidos para confort y desahogo de las posaderas, sus gobelinos de tonos desgastados, con galantes pastoras, lejanos parques, lanosos corderos con lazos, sombras de idilios muertos, entrevistados en una trama de seda... A aquella hora, adormecida a la luz suave y caliente de las velas que espiraban, reinaba allí una armonía y un aire de otro siglo. Por eso el marqués le pidió a Cruges que tocara un minué, una gavota, algo que evocara Versalles, a María Antonieta, la cadencia de las bellas maneras y el aroma de los empolvados. Cruges dejó morir bajo los dedos una vaga melodía diluida en suspiros, se preparó, estiró los brazos, y atacó, con pedal solemne, el *Himno de la Carta*^[57]. El marqués salió despavorido.

Vilaça y Eusèbiozinho conversaban en el corredor, sentados en uno de los arcones de roble labrado.

—¿Qué? ¿Haciendo política? —les preguntó el marqués camino de la calle.

Ambos sonrieron. Vilaça respondió jocosamente:

—¡Hay que salvar a la patria!

Eusèbio también pertenecía al Centro Progresista, aspiraba a hacerse con cierta influencia electoral en la circunscripción de Resende, y en las noches del Ramalhete él y Vilaça se daban a conciliábulos. Aunque en aquel momento hablaban de los Maia: Vilaça no dudaba en confiarle al Silveirinha, que era todo un propietario, vecino de Santa Olávia, y que casi se había criado con Carlos, ciertas cosas que le desagradaban de aquella casa, donde la autoridad de su palabra parecía eclipsarse. Así, por ejemplo, no podía aprobar que Carlos se hubiera abonado a un palco.

—¿Para qué —exclamaba el muy digno administrador— para qué, señor mío? Para no poner nunca los pies en él, para pasarse aquí las noches... Hoy la

representación prometía, y él aquí. Habrá ido dos o tres veces... ¡Y para eso se gasta un diner! ¡Podría hacer lo mismo por nada! No, eso no es administrarse. A la postre el palco lo usan Ega, Taveira, Cruges... Yo no, ni usted. Aunque usted está de luto.

Eusèbio pensó, despechado, que si se le hubiera convidado se habría podido refugiar junto a la puerta, en la oscuridad. Y murmuró, sin contener una sonrisa bobalicona:

—A este paso, acabarán endeudándose...

Semejante palabra, tan humillante, aplicada a los Maia, a la casa que él administraba, escandalizó a Vilaça. ¡Endeudados! ¡Cómo se le ocurría!

—Usted no me ha entendido... Gastos inútiles hay, claro, pero ¡alabado sea Dios, la casa puede con ellos! Es cierto que los ingresos se gastan, hasta el último céntimo. Los cheques vuelan, como hojas secas. Hasta la fecha la costumbre de la casa había sido el ahorro, la moderación, la reserva. Ahora el dinero se derrite.

Eusèbio masculló algunas palabras acerca de los coches de Carlos, los nueve caballos, el cochero inglés, los *grooms*... El administrador terció a la defensiva:

—Eso, amigo mío, es conforme a razón. Una familia de éstas ha de presentarse debidamente, ha de organizarse bien. Tienen sus deberes para con la sociedad... Es como don Afonso... Gasta mucho, sí, se come el dinero. Pero no se lo gasta en su persona, hace veinte años que le veo con la misma chaqueta... Se lo gasta en limosnas, pensiones, en préstamos que no vuelve a ver...

—¡Qué desperdicio!...

—Yo no le censuro... Es tradición de la familia. Nunca nadie, ya lo decía mi padre, ha salido descontento de casa de los Maia... Pero ¡un palco que sólo usan Cruges, Taveira!...

Tuvo que callarse. Al fondo del corredor aparecía Taveira, hundido hasta las cejas en el cuello de un *ulster* por el que asomaban las puntas de un *cache-nez* de seda clara. El criado se ocupó de las prendas de abrigo, y él, con chaqué y chaleco blanco, limpiándose el bonito bigote húmedo por la helada, fue a estrecharle la mano a su querido Vilaça, al amigo Eusèbio. Tiritaba, pero le parecía que el frío era elegante, por lo que deseaba la nieve y su chic...

—Ni hablar, ni hablar —decía Vilaça muy amable—. Nada como nuestro solecito portugués...

Fueron pasando al *fumoir*, donde se oían las voces del marqués y de Carlos en una de sus eruditas y dilatadas charlas sobre caballos y *sport*.

—¿Qué tal ha estado esa mujer? —fue la pregunta con que se recibió a Taveira.

Pero antes de contarles el debut de la Morelli, Taveira pidió algo caliente. Y hundido en una poltrona junto al fuego, con los zapatos de charol extendidos en dirección a las brasas, respirando el aroma del ponche, saboreando un cigarrillo, declaró al fin que no había sido un fiasco.

—Aunque ella, a mi ver, es una insignificancia, no tiene nada, ni voz, ni oficio. Pero la pobre estaba tan apurada que nos ha dado pena. Ha habido indulgencia, hemos dado unas palmas... Y cuando he ido a su camerino, la pobre estaba contenta...

—Entendámonos, Taveira, ¿qué tal está ella? —inquirió el marqués.

—Llenita —decía Taveira, colocando las palabras como pinceladas—. Alta, muy blanca, buenos ojos, buenos dientes...

—¿Y el pie? —el marqués, ya con los ojos encendidos, se pasaba despacio la mano por la calva.

Taveira no se había fijado en el pie. No era aficionado a los pies...

—¿Quién estaba? —preguntó Carlos, indolente, entre bostezos.

—Los de costumbre... Oye, ¿sabes quién ha tomado el palco vecino al tuyo? Los Gouvarinho. Allí estaban...

Carlos no los conocía. Le explicaron: el conde de Gouvarinho, que era par del reino, un hombre alto, con lentes, *poseur*... Y la condesa, una señora ainglesada, con el pelo de color zanahoria, muy bien constituida... En fin, Carlos no los conocía.

Vilaça solía ver al conde en el Centro Progresista, Gouvarinho era uno de los pilares del partido. Hombre talentoso, según Vilaça. Pero le sorprendía que pudiese permitirse un palco de abono, apurado como estaba: no hacía tres meses que le habían protestado una letra de ochocientos mil reis en el Tribunal de Comercio...

—¡Valiente sujeto, un moroso! —dijo el marqués asqueado.

—Sus martes son agradables —dijo Taveira mirándose los calcetines de seda.

Luego se habló del duelo entre Azevedo, el de la *Opinião*, y Sá Nunes, el autor de *El rey galleta*, la popular farsa de la Rua dos Condes, y de un tiempo a esa parte ministro de Marina. Se habían dicho de todo en los periódicos, y hacía diez interminables días que se habían desafiado y que Lisboa, pasmada, esperaba sangre. Cruges había oído que Sá Nunes no quería batirse, porque estaba de luto por una tía suya; también se decía que Azevedo había partido precipitadamente hacia el Algarve. Pero lo cierto era, según Vilaça, que el ministro del Interior, primo de Azevedo, con el fin de evitar el enfrentamiento, había ordenado a la policía que bloquease la puerta de la casa de cada uno...

—¡Menuda chusma! —exclamó el marqués con uno de sus compendios brutales que arramblaban con todo.

—El ministro no deja de tener razón —observó Vilaça—. Con esto de los duelos, a veces sobrevienen desgracias...

Hubo un breve silencio. Carlos, que se caía de sueño, preguntó a Taveira entre bostezos si Ega había ido al São Carlos.

—¡Cómo no! Allí estaba, de servicio en el palco de los Cohen, todo emperifollado...

—Entonces, eso de Ega con la mujer de Cohen parece claro, ¿no? —dijo el marqués.

—¡Transparente, diáfano, puro cristal!...

Carlos, que se había levantado para encender un cigarrillo y despertarse, les recordó la máxima de don Diogo: aquellas cosas nunca se sabían, y era mejor que no se supieran. Pero el marqués se lanzó a arduas consideraciones. Le parecía bien que Ega galantease. Y veía en ello un acto de represalia social, ya que Cohen era judío y banquero. En general, no le gustaban los judíos, pero nada atentaba tanto contra su gusto y su razón como un banquero. Comprendía al salteador de caminos, emboscado en un pinar; aceptaba al comunista, que se la jugaba en las barricadas. Pero a los financieros, a los *Fulano & Cía*, no los podía sufrir... ¡Destruirles la paz doméstica era un acto meritorio!

—¡Las dos y cuarto! —exclamó Taveira—. ¡Y yo aquí, un empleado público, con deberes para con el Estado a las diez de la mañana!

—¿Y qué diablos se hace en el Tribunal de Cuentas? —preguntó Carlos—. ¿Juegan? ¿Charlan?

—Por matar el tiempo, se hace un poco de todo... ¡Hasta cuentas hacemos!

Afonso da Maia ya se había recogido. Sequeira y Steinbroken se habían marchado. Y don Diogo, en su vieja tartana, iba ya camino de su ponche de huevo y su emplasto, preparados por la solícita Margarida, su cocinera y su último amor. Los demás no tardaron en abandonar el Ramalhete. Taveira, de nuevo enfundado en su *ulster*, trotó hasta su casa, una pequeña vivienda cercana, con un bonito jardín. El marqués logró llevarse a Cruges en su *coupé*, para que le tocara al órgano en su casa, hasta las tres o las cuatro, música religiosa y triste que le saltaba las lágrimas, mientras pensaba en sus amores y comía pollo frío con lonchas de salami. Y en cuanto al viudo, Eusèbiozinho, sin dejar de refregarse el mentón tan morosa y lúgubrememente como si se encaminara a la tumba, se dirigía al lupanar, donde tenía una *pasión*.

El laboratorio de Carlos ya estaba listo, y daba gusto verlo, con su nuevo parque, sus hornos de ladrillo aún fresco, una vasta mesa de mármol, un amplio diván de crin en que reposar tras los grandes descubrimientos, y en torno, sobre peanas y aparadores, el alegre brillo de metales y cristales. Si bien las semanas iban pasando y aquel hermoso material para la experimentación yacía virgen y ocioso a la blanca luz de la claraboya. Por las mañanas, plumero en mano, un mozo se ganaba su tostón diario dándose una vuelta perezosa por entre los cachivaches.

Lo cierto era que Carlos no tenía tiempo para el laboratorio. Le concedería a Dios durante algunas semanas más, tal y como le decía al abuelo entre risas, el privilegio exclusivo de conocer el secreto de las cosas. Por la mañana pronto, Carlos tenía sus

dos horas de esgrima con el viejo Randon. Luego veía a algunos enfermos del barrio, donde se había difundido, con un aura de leyenda, la curación de Marcelina —y las botellas de burdeos que Afonso le había regalado—. Empezaba a ser conocido como médico. Acudían pacientes al consultorio, generalmente licenciados de su generación, que al saber que era rico daban por hecho que no les cobraría, y se presentaban, ajados y con mala cara, a contar la vieja y mal aderezada historia de unos amores funestos. Salvó de un garrotillo a la hija de un brasileño del Aterro^[58], con lo que se ganó su primera libra, la primera libra que un hombre de su familia ganaba con su esfuerzo. El doctor Barbedo le había invitado a asistir a una ovariectomía. Y en fin (aunque aquella consagración no la esperaba Carlos tan pronto) sus colegas, que hasta la fecha sólo le conocían los caballos ingleses, y que se hacían lenguas del «talento del Maia», ahora, desde que le sabían con una magra clientela, se referían a él como el «negado del Maia». Pero Carlos hablaba en serio de su carrera. Había escrito, con sutilezas de estilista, dos artículos para la *Gazeta Médica*, y planeaba una obra de síntesis que se llamaría *Medicina antigua y moderna*. Por lo demás, se ocupaba como siempre de sus caballos, de su lujo, de su *bric-à-brac*. Y víctima de aquella fatal dispersión suya de la voluntad, que, por más que tuviera ante los ojos la más apasionante de las patologías, le hacía volver la cabeza si alguien hablaba de una estatua, de un poeta, le asaltaba la vieja idea de Ega de crear una revista que arbitrara el gusto, que contara en política, que regulara la sociedad, que fuera el alma pensante de Lisboa...

Mas era inútil recordarle a Ega aquel plan. Alzaba vagamente un ojo y respondía: —¡Ah, la revista!... Sí, tenemos que hablar de eso. Sí, claro, ya me pasaré...

Pero no se pasaba por el Ramalhete, ni por el consultorio. Todo lo más se veían de vez en cuando en la ópera, donde Ega, cuando no se hallaba en el palco de los Cohen, se refugiaba invariablemente en el palco de platea de Carlos, por detrás de Taveira y de Cruges, en un punto desde el cual pudiera mirar de vez en cuando a Raquel Cohen, y allí se quedaba, silencioso, con la cabeza apoyada en el tabique, descansando y como saturado de felicidad.

Los días (según él mismo afirmaba) los tenía muy ocupados: andaba buscando casa, viendo muebles... Mas era fácil encontrarle en el Chiado o en el Loreto^[59], al acecho, husmeando, o bien en un coche de punto, casi al galope, envuelto en un estrépito de aventura.

Su dandismo chirriaba un poco. Lucía, con el desdén soberbio de un Brummell^[60], frac de botones amarillos sobre chaleco de satén blanco. Una mañana temprano en que Carlos se presentó en el Universal, le halló pálido de ira, poniendo verde a un criado a cuento de unos zapatos embetunados incorrectamente. Sus compañeros del momento eran un tal Dâmaso Salcede, amigo de Cohen, y un primo de Raquel Cohen, un chiquito imberbe, de ojo vivo y duro, ya con pinta de prestar al

treinta por ciento.

Entre los amigos, en el Ramalhete, pero sobre todo en el palco, se hablaba a veces de Raquel, si bien las opiniones no concordaban. A Taveira le parecía «¡deliciosa!», y lo decía con un chirrido de dientes. El marqués encontraba apetitosa, para una ocasión, aquella carne *faisandée* de mujer de treinta años. Cruges se refería a ella como a una «relamida insípida». Para los periódicos, para la sección de *High Life*, era «una de nuestras primeras elegantes»; toda Lisboa la conocía, con sus impertinentes de oro prendidos de un hilo también de oro, y su calesa azul con caballos negros. Era alta, muy pálida, sobre todo a la luz, de salud delicada, con un toque de quebranto en los ojos caedizos y una infinita languidez en toda su persona, con cierto aire de aventura y de lirio que se marchita. Su hermosura se concentraba en el pelo, magníficamente negro, ondulado, muy denso, rebelde a los prendedores, y que ella dejaba caer hábilmente sobre la espalda, con un desaliño como de desnudez. Se decía que era mujer con letras, y hacía sus buenas frases. Su sonrisa lasa, pálida, constante, le daba un aire de insignificancia. El pobre Ega la adoraba.

La había conocido en Foz, en la Asamblea. Aquella misma noche, bebiendo cerveza con sus amigotes, la había tildado de «camelia melada». Días más tarde ya le daba coba al marido. Y ahora, aquel demagogo que soñaba con una masacre de las clases medias, sollozaba con frecuencia por ella durante horas, echado en la cama.

En Lisboa, tanto en el Grémio Literario^[61] como en la Casa Havanesa^[62], ya se empezaba a hablar del «asunto de Ega». Él todavía intentaba salvaguardar su dicha de las miradas ajenas. Había en sus complicadas precauciones tanta sinceridad como gusto romántico por el misterio. Era en los lugares más desangelados, más a trasmano, en el matadero, donde se encontraba con la criada que le entregaba las cartas de ella... Pero en todas sus maneras —incluso en el gesto afectado con que miraba de reojo al reloj— transpiraba la inmensa vanidad de aquel adulterio elegante. Por lo demás, notaba claramente que sus amigos estaban al tanto de su gloriosa aventura, del drama que vivía. Quizá por eso, en presencia de Carlos y de otros, aún no había mencionado su nombre, ni había dejado escapar la menor muestra de exaltación.

Una noche, sin embargo, acompañando a Carlos hasta el Ramalhete, noche de luna tranquila y clara, en que ambos caminaban en silencio, Ega, invadido a buen seguro por una oleada interna de pasión, soltó un suspiro de desahogo, alzó los brazos y declamó con los ojos puestos en el astro, con un temblor en la voz:

Oh! laisse-toi donc aimer, oh! l'amour c'est la vie!

Aquello se le escapó como un comienzo de confesión. A su lado, Carlos no dijo nada, echó al aire el humo de su puro.

Pero Ega debió de sentirse ridículo, pues se calmó e hizo un comentario

puramente literario:

—Al fin y al cabo, y digan lo que digan, no hay nada como el viejo Hugo...

Carlos, para sus adentros, recordaba los furores naturalistas de un Ega que abominaba de Hugo y le llamaba «palabrero espiritualista», «padre del negro pasmo», «yayo lírico» y otras injurias aún peores.

Pero aquella noche, el autor de grandes frases prosiguió en su línea:

—¡Ah, el viejo Hugo! El viejo Hugo es el campeón heroico de las verdades eternas... ¡Qué diablos, un poco de ideal también tiene su sitio! Además, el ideal puede ser real...

Y punteaba con su palinodia el silencio del Aterro.

Días más tarde, Carlos, en el consultorio, acababa de despedir a un cliente, un tal Viegas, que todas las semanas acudía a participarle la fastidiosa crónica de su dispepsia, cuando a través del repostero de la sala de espera apareció Ega, con levita azul, guantes *gris-perle* y un rollo de papel en la mano.

—¿Está ocupado, doctor?

—No, ya me iba, pimpollo.

—Perfecto. Venía a darte la tabarra con mi prosa... Un fragmento del *Átomo*... Siéntate ahí y oye.

Se sentó a la mesa, apartó papeles y libros, desenrolló el manuscrito, lo alisó, se tiró del cuello postizo, y Carlos, que se había sentado en el borde del diván, con cara de susto y las manos en las rodillas, se vio sin apenas transición transportado de los rugidos del vientre de Viegas al rumor de populacho del barrio judío de Heidelberg.

—¡Un momento! —exclamó Carlos—. Déjame respirar un poco. Eso no es el principio del libro. No es el Caos...

Ega se recostó, se desabotonó la levita y respiró a su vez.

—No, no es el primer capítulo... No es el Caos. Estamos ya en el siglo XV... Pero en un libro de este tipo bien se puede comenzar por el final... Me venía bien hacer ahora este episodio. Se titula «La hebrea».

«¡La Cohen!», pensó Carlos.

Ega volvió a tirarse del cuello y comenzó a leer, animándose, recalcando las palabras para insuflarles vida, haciendo resonar a pleno pulmón el final de cada periodo. Tras la sombría pintura de un barrio medieval de Heidelberg, el famoso átomo, el «átomo de Ega», aparecía alojado en el corazón del espléndido príncipe Franck, poeta, caballero y bastardo del emperador Maximiliano, cuyo corazón de héroe palpitaba por la judía Esther, perla maravillosa de Oriente, hija del viejo rabino Salomón, gran doctor de la Ley, víctima de la animadversión teológica del general de los dominicos.

De esto daba cuenta el «átomo» en un monólogo tan recamado de imágenes como un manto de la Virgen lo está de estrellas, y que no era otra cosa que una declaración

de él, Ega, a la mujer de Cohen. Luego venía un intermedio panteísta: prorrumpían coros de flores, coros de astros, que cantaban, con un lenguaje de luz o con la elocuencia de los perfumes, la belleza, la gracia, la pureza, el alma celeste de Esther. Y de Raquel... En fin, se pasaba luego al sombrío drama de la persecución: la fuga de los hijos de Israel a través de bosques de brujas y rudas aldeas feudales; la aparición, en una encrucijada, del príncipe Franck, que acudía en socorro de Esther, lanza en ristre, a lomos de un estupendo corcel; el tropel de la turbamulta fanática, que se lanzaba a quemar al rabino y sus libros heréticos; la batalla, el príncipe atravesado por el chuzo de un reitre, moribundo en brazos de Esther; la muerte de ambos, fundidos en un beso. Todo aquello iba surgiendo como un sonoro y tumultuoso sollozo, y se pintaba con las maneras modernas del estilo, el esfuerzo atormentado hinchando la expresión, con brochazos sin tasa que imitaban los tintes de la vida...

Como colofón, el «átomo» exclamaba, con la vasta solemnidad de un órgano: «Así se enfrió, se paró, aquel corazón de héroe que yo habitaba. Y evaporado el principio de la vida, yo, libre de nuevo, remonté el vuelo rumbo a los astros, llevando conmigo la esencia pura de aquel amor inmortal».

—¿Y bien?... —dijo Ega sin aliento, casi trémulo.

Carlos sólo pudo responder:

—Quema...

Pero elogió en serio algunos pasajes, el coro de los bosques, la lectura del *Eclesiastés*, de noche, en las ruinas de la torre de Othon, ciertas imágenes de gran vuelo lírico.

Ega, que como siempre tenía prisa, enrolló el manuscrito, se abotonó la levita y con el sombrero ya en la mano preguntó:

—Entonces, ¿te parece presentable?

—¿Vas a publicarlo?

—No, pero... —y ante aquella reticencia se puso colorado.

Carlos comprendió días más tarde, al ver en la *Gazeta do Chiado* una descripción de «la lectura realizada en casa del señor Jacob Cohen, por nuestro amigo João da Ega, de uno de los más brillantes capítulos de su obra *Las memorias de un átomo*». Y el periodista no se privaba de dar su impresión personal: «Es una pintura de los sufrimientos por que hubieron de pasar, en los tiempos de la intolerancia religiosa, los seguidores de la Ley de Israel. ¡Qué poder de imaginación! ¡Qué fluidez de estilo! El efecto fue extraordinario, y cuando nuestro amigo cerró el manuscrito tras la muerte de nuestra heroína, vimos lágrimas en los ojos de la numerosa y estimable colonia hebrea».

Ega se lo tomó muy a mal. Aquella tarde irrumpió en el consultorio, pálido, fuera de sí...

—¡Menudos cafres! ¡Todos los periodistas son unos cafres! ¿Lo has leído?

«Lágrimas en los ojos de la numerosa y estimable colonia hebrea». Logra que la cosa parezca ridícula. Y eso de «la fluidez de estilo»... ¡Cafres y bobos!

Carlos, que cortaba las hojas de un libro, le consoló. Aquélla era la manera nacional de hablar de las obras de arte... No valía la pena poner el grito en el cielo...

—Ganas me dan de partirle la cara a ese foliculario.

—Y ¿por qué no?

—Es amigo de los Cohen.

Y no paró de gruñir improperios contra la prensa, dando zancadas de un lado a otro del gabinete. Al cabo, irritado ante la indiferencia de Carlos, le preguntó:

—¿Qué diablos estás leyendo? *Nature parasitaire des accidents de l'impaludisme*... ¡Menuda *blague* la medicina! ¿Qué demonios son unas punzadas que me dan en los brazos antes de dormirme?...

—Pulgas, insectos, parásitos... —murmuró Carlos sin alzar la cara del libro.

—¡Animal! —bramó Ega cogiendo el sombrero.

—¿Te vas, John?

—Sí, tengo que hacer —y desde el repostero, amenazando al cielo con el paraguas, llorando casi de rabia, añadió—: estos canallas de periodistas son la hez de la sociedad.

Volvió a los diez minutos, con una voz distinta, con el tono de los asuntos serios:

—Oye. Se me olvidaba. ¿Te gustaría que te presentase a los Gouvarinho?

—No tengo especial interés —respondió Carlos, levantando los ojos del libro tras un silencio—. Pero tampoco me repugna especialmente.

—De acuerdo —dijo Ega—. Ellos quieren conocerte, la condesa se muestra muy interesada... Son gente inteligente, uno no se aburre en su casa... ¡Estupendo! El miércoles te recojo en el Ramalhete y vamos a «gouvarinhar».

Carlos empezó a darle vueltas a la propuesta de Ega, en particular al modo en que había subrayado el «interés» de la condesa. Ahora reparaba en que era íntima de la Cohen. Y en que últimamente, en el São Carlos, al amparo de la permisiva vecindad de palco, la había sorprendido mirándole... Taveira iba más allá, pretendía que ella se lo comía con los ojos. Carlos la encontraba apetecible, con aquel pelo crespo y rojizo, la naricilla petulante, los ojos oscuros, muy brillantes, que decían mil cosas. Estaba deliciosamente moldeada, y tenía una piel muy clara, fina y dulce a la vista, con la suavidad presentida del satén.

Tras aquel día tristón de aguaceros, Carlos decidió acometer una agradable velada de trabajo junto al fuego, envuelto en su cómoda *robe de chambre*. Pero mientras se estaba tomando el café, los ojos de la Gouvarinho empezaron a lanzarle guiños por entre el humo del puro, a devorarlo, interponiéndose tentadores entre él y su noche de estudio, difundiendo por sus venas un poderoso calor juvenil... ¡Y todo por culpa de Ega, ese Mefistófeles de Celorico!

Se vistió y se presentó en el São Carlos. Pero al ir a ocupar la delantera de su palco, impecable, con chaleco blanco y una perla negra en el plastrón, en lugar de hallar en el palco vecino los esperados cabellos crespos y rojos, dio con los rizos menudos y prietos de una cabeza de negro, un jovencito negro de doce años, hosco y reluciente, con ancho cuello blanco sobre una chaqueta de botones dorados. A su lado otro negro, más chico, con el mismo uniforme de colegial, enterraba en sus anchas fosas nasales un dedo enguantado en piel blanca. Los dos le miraron con ojos esféricos, del color de la plata mate. La persona que los acompañaba, agazapada al fondo del palco, parecía tener un catarro abominable.

Había una representación benéfica de *Lucia*, con la segunda dama. Los Cohen no habían ido, y tampoco Ega. Muchos palcos estaban desiertos, luciendo la tristeza de su viejo papel rojo. La noche lluviosa, con un sople de sudoeste, parecía haber penetrado allí mismo, derramando su pesadumbre, su desapacible sensación de humedad. En la platea vacía, había una mujer solitaria, vestida de satén claro. Edgardo y Lucia desafinaban, el gas flojeaba, y los arcos de los violines parecían desfallecer también sobre las cuerdas.

—Esto está de lo más lúgubre —le dijo Carlos al amigo Cruges, instalado al fondo del palco.

Cruges, amodorrado, en pleno acceso de *spleen*, con el codo sobre el respaldo de la silla, los dedos hundidos en la cabellera, envuelto en los crespones de su negra melancolía, respondió, como desde el fondo de un sepulcro:

—Plúmbeo.

Por indolencia, Carlos se quedó. Y poco a poco aquel chico negro del que no lograba despegar los ojos, entronizado en el asiento de reps verde de la Gouvarinho, con la manga de la chaqueta apoyada en el antepecho en que solía esplender un hermoso brazo, le fue arrastrando, sin querer, a pensar en ella. Recordó las *toilettes* con que otras veces se había presentado allí. Nunca su pelo le había parecido tan excitante como ahora que no lo veía, aquel pelo rojizo, que a la luz tenía tonos de brasas, firmemente ensortijado, como moldeado por una llama interior. En cuanto al negro, en lugar de raya presentaba una especie de surco abierto a tijera en la masa lanosa. ¿Quiénes eran, y qué hacían allí aquellos africanos de perfil chato?

—Cruges, ¿te has fijado en esta extraordinaria pelambreira?

El otro, que no había alterado su porte de estatua tumularia, gruñó desde la sombra un sordo monosílabo.

Carlos respetó su estado nervioso.

De pronto, ante el desafinado más áspero de un coro, Cruges saltó:

—Esto es vergonzoso... ¡Menuda compañía! —rugió cogiendo con furia su paletó.

Carlos le llevó en el *coupé* hasta la Rua das Flores, donde vivía con su madre y

una hermana. Y de camino al Ramalhete no cesó de lamentar su velada de estudio perdida.

El criado de Carlos, Baptista (familiarmente Tista) le esperaba leyendo el periódico en la confortable antesala de las «habitaciones del señorito», forrada de terciopelo color cereza, adornada con retratos de caballos y panoplias de armas antiguas, con divanes del mismo terciopelo, y fuertemente iluminada a aquella hora por dos lámparas de globo dispuestas sobre columnas de roble por las que trepaba una talla de sarmientos de vid.

Desde los once años, Carlos tenía aquel criado. Antes de que Brown lo llevase a Santa Olávia, había servido en Lisboa en la Legación inglesa, y había acompañado al ministro, Sir Hercules Morriison, varias veces a Londres. Fue en Coimbra, en el Pazo de Celas, donde Baptista empezó a convertirse en un personaje. Afonso se carteaba con él desde Santa Olávia. Después viajó con Carlos. Se marearon en los mismos paquebotes, compartieron los mismos sándwiches en los bufés de las estaciones. Tista acabó siendo su confidente. Era un hombre de cincuenta años, desenvuelto, robusto, con una sotabarba grisácea y un aire excesivamente *gentleman*. En plena calle, muy tieso en su levita, con su par de guantes amarillos en la mano, su bastón de caña de la India y sus zapatos relucientes, tenía la considerable apariencia de un alto funcionario. Pero se desenvolvía con tanta ligereza y desembarazo como en sus tiempos de Londres, cuando aprendió a valsar y a boxear en la ruda turbamulta de los cafés cantantes, o como cuando, más tarde, en las vacaciones de Coimbra, acompañaba a Carlos a Lamego y le ayudaba a saltar la tapia del jardín del señor inspector de Hacienda, aquel que tenía una mujer tan picarona.

Carlos fue a por un libro al gabinete de estudio, entró en su cuarto y se dejó caer, cansado, en un sillón. A la luz opalina de los globos, la cama entreabierta dejaba ver, tras la seda de las colgaduras, un lujo afeminado de bretañas, bordados y encajes.

—¿Qué se cuenta hoy el *Jornal da Noite*? —preguntó entre bostezos, mientras Baptista le descalzaba.

—Lo he leído entero, señor, y no me ha parecido que contase nada especial. En Francia prosigue la calma... Pero no hay forma de hacerse una idea cabal, porque los periodistas portugueses imprimen siempre equivocados los nombres extranjeros.

—Son unos cafres. El señor Ega hoy estaba furioso con ellos...

Luego, mientras Baptista preparaba con esmero un grog caliente, Carlos, ya tumbado, bien arropado, abrió perezosamente el libro, pasó dos hojas, lo cerró, cogió un cigarrillo y fumó con los párpados cerrados, sumido en una intensa beatitud. A través de los densos cortinajes se oía el soplo del sudoeste contra los árboles, el aguacero que bañaba los cristales.

—Tista, ¿tú conoces a los señores condes de Gouvarinho?

—Conozco a Pimenta, señor, que es el criado personal del señor conde... El

criado personal y el que sirve la mesa.

—¿Y qué se cuenta ese Tormenta? —preguntó Carlos indolentemente, tras un silencio.

—¡Pimenta, señor, Manuel Pimenta! El señor Gouvarinho le llama Romão, porque estaba acostumbrado a su anterior criado, que se llamaba así. Ya esto, no está nada bien, porque cada uno tiene su nombre. Manuel se apellida Pimenta. Pimenta no está contento...

Y Baptista, tras depositar junto a la cabecera la batea con el grog, el azucarero, los cigarrillos, transmitió ciertas revelaciones acerca de Pimenta. El conde de Gouvarinho, además de ser muy pesado y aburrido, no tenía nada de caballero. Le había dado a Romão (Pimenta) un traje suyo de cheviot claro, pero tan raído y lleno de manchas de tinta, de limpiarse la pluma en la pierna y en el hombro, que Pimenta tiró el regalo a la basura. El conde y la señora no se llevaban bien. En presencia de Pimenta, habían discutido en una ocasión de tal modo a la mesa, que ella había cogido su vaso y su plato y los había estampado contra el suelo. Y lo mismo habría hecho cualquier mujer, porque cuando el señor conde se ponía machacón y picapleitos, no había quien lo aguantase. Las trifulcas eran siempre por asuntos de dinero. El viejo Tompson estaba harto de aflojar la bolsa...

—¿Quién es ese viejo Tompson que a estas horas de la noche se presenta? —preguntó Carlos, a su pesar interesado.

—El viejo Tompson es el padre de la señora condesa. La señora condesa era una Miss Tompson, de los Tompson de Oporto. Últimamente, al señor Tompson no le ha parecido bien prestarle a su yerno ni un real más. De modo que un día, también en presencia de Pimenta, el señor conde, furioso, le dijo a la señora que ella y su padre deberían tener muy presente que eran comerciantes, y que sólo gracias a su matrimonio se había ella convertido en condesa. Y usted me perdone, pero la condesa, allí mismo, le respondió que el título le importaba... El pobre Pimenta no está para esas cosas.

Carlos le dio un trago al grog. Una pregunta le quemaba en los labios, pero dudaba. Al cabo, reflexionó sobre la puerilidad de semejantes escrúpulos para con una gente que a la hora de comer, y en presencia de los criados, rompía la vajilla y mandaba al quinto infierno el título de sus antepasados. Así que se decidió:

—¿Y qué cuenta el señor Pimenta de la señora condesa? ¿Se divierte?

—Me parece que no, señor. Pero su criada de confianza, una escocesa, ésa sí que es culo de mal asiento. Y no está bien que la señora condesa intime tanto con ella...

Se hizo el silencio en el cuarto, y la lluvia cantó más fuerte en los cristales.

—Cambiano de tercio, Baptista. ¿Cuánto tiempo hace que no escribo a madame Rughel?

Baptista se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un cuaderno de notas, se

acercó a la luz, se caló los lentes, y con mucho método verificó ciertas fechas: 1 de enero, enviado telegrama con felicitaciones de Año Nuevo a madame Rughel, Hôtel d'Albe, Champs-Elysées, París. Día 3, recibido telegrama de madame Rughel, correspondiendo a los votos para el nuevo año, expresando amistad, anunciando su marcha a Hamburgo. Día 15, carta puesta en el correo para madame Rughel, William-Strasse, Hamburgo, Alemania. Después de aquello, nada más. Por lo que hacía cinco semanas que el señorito no escribía a madame Rughel.

—Hay que escribir mañana —dijo Carlos.

Baptista apuntó algo.

Luego, por entre una fumarada lánguida, la voz de Carlos volvió a abrirse paso en la paz durmiente del cuarto:

—Madame Rughel era muy hermosa, ¿no te parece, Baptista? ¿No es la mujer más hermosa que hayas visto nunca?

El viejo criado se guardó el cuaderno en el bolsillo, y respondió sin vacilación, muy seguro de sí mismo:

—Madame Rughel era una mujer de muy buen ver. Pero la mujer más hermosa en que yo haya puesto los ojos, si el señor me lo permite, era aquella señora del coronel de húsares que le visitaba a usted en la habitación del hotel de Viena.

Carlos echó el cigarrillo en la batea, y deslizándose por completo bajo la ropa de cama, todo él invadido por una ola de recuerdos alegres, exclamó desde las profundidades de su bienestar, con el antiguo tono de énfasis bohemio del Pazo de Celas:

—Baptista, ¿no tiene usted el menor gusto en punto a mujeres! ¡Madame Rughel era una ninfa de Rubens! ¡Madame Rughel poseía el esplendor de una diosa del Renacimiento! ¡Madame Rughel debería haber dormido en el lecho imperial de Carlos V! ¡Retírese!

Baptista arregló un poco el *couvre-pied*, repasó con una mirada solícita la habitación, y satisfecho del orden somnoliento que reinaba en ella, salió con la lámpara en la mano. Carlos no dormía. Y no pensaba en la coronela de húsares ni en madame Rughel. El rostro que se le aparecía por entre las oscuras cortinas de la cama, vagamente dorado por el reflejo de sus cabellos sueltos, era el de la Gouvarinho. La Gouvarinho, que no tenía, como madame Rughel, el esplendor de una diosa del Renacimiento, ni era, como la coronela de húsares, la mujer más bonita que Baptista hubiera visto nunca. Pero con su nariz petulante y su boca grande, brillaba más y mejor que todas las demás en la imaginación de Carlos, porque él la había estado esperando y ella no había aparecido.

El martes convenido, Ega no pasó a recoger a Carlos para ir a «gouvarinhar». Fue Carlos el que unos días después, entrando como por casualidad en el Hotel Universal, le preguntó riéndose:

—Entonces, ¿cuándo «gouvarinhamos»?

Aquella noche, en el São Carlos, en el entreacto de los *Huguenots*^[63], Ega le presentó al señor conde de Gouvarinho en el pasillo de los palcos. El conde, muy amable, dijo que ya había tenido, en más de una ocasión, el placer de pasar por delante de Santa Olávia, de camino a Entre Rios para ver a sus viejos amigos los Tendin, que también tenían una hermosa vivienda. Hablaron del Duero, de la Beira, compararon los paisajes. Para el conde no había nada en Portugal como los campos regados por el Mondego, pero su parcialidad era perdonable, puesto que había nacido y se había criado en aquellos fértiles valles. Habló un instante de Formoselha, donde tenía una casa, donde vivía, mayor y enferma, su madre, la señora condesa, ya viuda...

Ega, que hasta aquel momento había fingido beberse las palabras del conde, dio pie a la controversia, defendiendo, como si se tratara de un dogma de fe, la belleza superior del Miño, «ese paraíso idílico». El conde sonreía: veía en ello, como le hizo observar a Carlos mientras palmeaba amablemente el hombro de Ega, una muestra de la rivalidad de las dos provincias. Emulación fecunda, por lo demás, según a él le parecía...

—Ahí están, por ejemplo —decía— los celos entre Lisboa y Oporto. Se trata de un auténtico dualismo, como el que existe entre Hungría y Austria... Hay quien lo lamenta. Pues bien, si por mí fuera, debería fomentarse, aguijonearse, si me permiten ustedes la expresión. En esa lucha entre las dos grandes ciudades del reino hay quien ve despechos mezquinos; yo veo elementos de progreso. ¡Civilización!

Decía todo aquello como desde lo alto de un pedestal, muy por encima de los hombres, dejándolo caer con mano pródiga, como dones inestimables de los tesoros de su intelecto. Su voz era lenta y rotunda, los cristales de los lentes de oro le destellaban llamativamente, y el bigote encerado, la perilla corta, le daban un aire entre doctoral y relamido.

Carlos decía: «Tiene usted toda la razón, señor conde». Ega decía: «Usted lo ve todo desde lo alto, Gouvarinho». Él cruzó las manos por debajo de los faldones de su chaqué, y los tres quedaron muy serios.

Después el conde abrió la puerta de su palco. Ega desapareció. Al instante Carlos, presentado como «vecino de palco», recibía de la condesa un gran *shake-hands* que hizo tintinear un sinfín de aros de plata y de *bangles* indios sobre su guante negro de doce botones.

La señora condesa, un poco colorada, ligeramente nerviosa, le dijo a Carlos que le había visto el verano pasado en París, en el salón del piso bajo del *Café anglais*, una noche en que un viejo abominable, con dos botellas vacías ante sí, contaba en voz alta, para que le oyeran en la mesa de enfrente, historias horrorosas acerca de Gambetta; alguien había protestado; el otro no había hecho el menor caso, era el viejo

duque de Grammont. El conde se pasó unos dedos lentos por la frente, con gesto casi angustiado: no recordaba nada. Y comenzó a quejarse amargamente de su mala memoria. ¡La memoria, algo tan importante para aquellos que se ocupaban de la vida pública! Y él, por desgracia, no tenía ni pizca. Había leído, por ejemplo (como todo hombre debía hacer) los veinte volúmenes de la *Historia Universal* de César Cantu. Los había leído con suma atención, encerrado en su gabinete, metiéndose por completo en la obra. Pues bien, señores, no se acordaba de nada, y allí estaba él sin saber historia...

—¿Usted tiene buena memoria, señor Maia?

—Razonable.

—¡Un bien excepcional!

La condesa se había vuelto hacia la platea, cubriéndose con el abanico, como si aquellas palabras pueriles del marido la menoscabaran... Carlos habló de la ópera. ¡Qué estupendo escudero hugonote hacía Pandolli! La condesa no soportaba a Corcelli, el tenor, con sus notas ásperas y aquella obesidad que le daba un aire bufo. Era cierto (apuntaba Carlos) pero es que ya no había tenores. La gran raza de los Marios había desaparecido, aquellos hombres apuestos, inspirados, que daban vida a los grandes tipos líricos. Nicolini ya no era de aquéllos... Salió a colación la Patti. A la condesa le encantaba, con su gracia de hada, su voz como una lluvia de oro...

Los ojos le brillaban, decían mil cosas. A veces, al moverse, el cabello crespamente ondeado adquiría tonos de oro rojo. Y a su lado flotaba, al calor del gas y del gentío, un aroma excesivo a verbena. Llevaba un traje negro, con una gargantilla de encaje también negro, a lo Valois, y un par de rosas rojas en la nuca. Toda su persona tenía un algo provocador y felino. De pie, callado, circunspecto, el conde se daba golpecitos en la pierna con el clac cerrado.

Había empezado el cuarto acto. Carlos se levantó, y sus ojos se encontraron en el palco de enfrente, el de los Cohen, con Ega, que gemelos en mano les observaba y hablaba con Raquel, la cual sonreía y se abanicaba con un aire doliente y vago.

—Nosotros recibimos los martes —le dijo la condesa, y el resto de la frase se perdió en un murmullo y una sonrisa.

El conde le acompañó al corredor.

—Es siempre un honor para mí —decía caminando junto a Carlos— conocer a las personas de valor de este país... Usted pertenece a ese número, muy raro, por desgracia.

Carlos protestó, risueño. Pero el otro, con su voz lenta y rotunda, insistió:

—No le doy coba. Yo nunca doy coba... A usted se le pueden decir estas cosas, porque pertenece a la *élite*. La gran desgracia de Portugal es que falta gente. En este país no hay personal. ¿Hace falta un obispo? No hay obispo. ¿Un economista? No lo hay. ¡Y así con todo! Hasta en las profesiones subalternas. ¿Un buen tapicero? Pues

no hay un buen tapicero...

Una tromba de instrumentos y de voces de tono sublime se coló por la puerta entornada del palco, cortando unas palabras acerca de los fotógrafos portugueses... Se llevó la mano al oído, y escuchó:

—Es el «coro de los puñales», ¿no? ¡Ah! Escuchemos... Esto siempre se oye con provecho. Hay filosofía en esta música... Lástima que recuerde tanto los tiempos de intolerancia religiosa, pero incontestablemente ¡tiene filosofía!

VI

Aquella mañana, Carlos iba a visitar por sorpresa la casa de Ega, la famosa Villa Balzac, que caprichosamente había ido meditando y disponiendo desde su llegada a Lisboa, y en la que al fin se había instalado.

Ega le había puesto aquel nombre literario por lo mismo que la había buscado en un barrio alejado, en la soledad de la Penha de França, para que el nombre de Balzac, su patrono, el silencio campestre, los aires puros, todo fuese propicio al estudio, a las horas consagradas al arte y al ideal. Pues pensaba encerrarse allí, como en un claustro de las letras, a acabar las *Memorias de un átomo*. Sin embargo las largas distancias le habían obligado a tomar al mes un *coupé* de la Compañía^[64].

A Carlos le costó encontrar Villa Balzac: no estaba, tal y como le había dicho Ega, nada más pasar el Largo da Graça, un chalecito retirado, fresco, sombreado, risueño entre los árboles. Había que llegarse hasta la Cruz dos Quatro Caminhos. Luego la ruta discurría entre huertos, descendiendo con suavidad por la ladera de la colina, más transitable para los coches. Y allí, en un recodo, cercado por las tapias, se veía al fin un caserón de paredes astrosas, con dos peldaños de piedra a la puerta y estores nuevos de un carmesí chillón.

Pero en balde dio Carlos tirones desesperados a la cuerda de la campanilla, martilleó con la aldaba, gritó a voz en cuello el nombre de Ega por encima de la tapia del jardín y las copas de los árboles: Villa Balzac permaneció muda, como deshabitada en su rústico retiro. Y sin embargo Carlos tenía la impresión de haber oído, justo antes de llamar, el alegre estallido del champán.

Cuando Ega supo de la tentativa de Carlos, se mostró indignado con los criados, que así abandonaban la casa y la hacían pasar por una Torre de Nesle^[65]...

—Preséntate allí mañana. Si nadie responde, trepa por las ventanas, prende fuego a la casa, como si fuera las Tullerías.

Pero al día siguiente, cuando Carlos apareció, Villa Balzac ya le esperaba festiva. «El paje» estaba a la puerta, un mozalbete de facciones horriblemente viciosas, con chaqueta azul de botones metálicos y corbata muy blanca y muy almidonada. Las dos ventanas superiores, abiertas al aire del campo y al sol de invierno, dejaban ver el reps verde de las cortinas. Y en lo alto de la estrecha escalera alfombrada en rojo, Ega, con una prodigiosa *robe de chambre* de damasco del siglo XVIII, seductora prenda de alguna de sus abuelas, exclamó, inclinando la frente hacia el suelo:

—¡Bienvenido, mi querido príncipe, al humilde tugurio del filósofo!

Y alzó, con gesto exagerado, un repostero de reps verde, de un verde feo y triste, e introdujo al «príncipe» en una sala en la que todo era verde también: el reps que cubría los muebles de nogal, la madera del techo, las listas verticales del papel de la pared, el paño a franjas de la mesa y hasta el reflejo de un espejo redondo, inclinado

sobre el sofá.

No había un cuadro, una flor, el menor adorno, un libro. Apenas en un velador una estatuilla de Napoleón I, de pie, bien plantado sobre el orbe terrestre, en aquella conocida pose en que el héroe, con un aspecto panzudo y fatal, oculta una mano a sus espaldas y hunde la otra en el chaleco. Junto a la estatuilla, una botella de champán, con la caperuza de papel dorado, aguardaba entre dos copas aflautadas.

—¿Y qué pinta aquí Napoleón, John?

—Es mi blanco de injurias —dijo Ega—. Me ejercito con él en el ataque al tirano...

Se frotó las manos radiante. Aquella mañana estaba de buen humor y *en verve*. De inmediato quiso mostrarle a Carlos su dormitorio, presidido por una cretona de ramajes cenicientos, recortados contra un fondo rojo. La cama lo llenaba todo, abusivamente, parecía el corazón, el centro de Villa Balzac, y que con ella se hubiese agotado la imaginación artística de Ega. Era de madera, baja como un diván, con el cabecero alto, un rodapié de encaje, flanqueada a izquierda y derecha por un par de alfombras de felpa carmesí. Amplias colgaduras de seda anaranjada de la India rodeaban el lecho, a modo de santo tabernáculo. Y dentro, sobre la cabecera, como en un lupanar, brillaba un espejo.

Carlos, muy seriamente, le aconsejó que quitase el espejo. Ega abarcó con una mirada silenciosa y dulce toda la cama, y dijo, tras pasarse la punta de la lengua por los labios:

—Tiene su chic...

En la mesilla, había un montón de libros: la *Educación* de Spencer al lado de Baudelaire, la *Lógica* de Stuart Mill encima de *El caballero de la Casa Roja*. En el mármol de la cómoda había otra botella de champán entre dos copas. El tocador, un tanto desordenado, mostraba una caja enorme de polvos de arroz entre plastrones y corbatas blancas de Ega, y una amasijo de horquillas y bigudíes.

—¿Y dónde trabajas? ¿Dónde te dedicas a tu arte?

—Allí —respondió Ega alegremente, apuntando a la cama.

Pero le mostró enseguida su rinconcito de estudio, compuesto por un biombo, vecino a la ventana, y ocupado por un velador, en el que Carlos descubrió atónito, entre el bello papel de cartas de Ega, un *Diccionario de rimas*...

Continuaron la visita a la casa.

En el comedor, casi desnudo, enlucido de amarillo, un aparador de pino con vitrina albergaba melancólicamente un servicio barato de loza nueva. Y de la falleba de la ventana colgaba una prenda roja, que parecía una bata de mujer.

—Todo sobrio y simple —exclamó Ega— como corresponde a quien se alimenta de una cáscara de Ideal y dos botellas de Filosofía. Ahora, la cocina...

Abrió una puerta. El frescor de los campos entraba por las ventanas abiertas; se

entreveían los árboles del jardín, un verdor de terrenos vagos; y al fondo, abajo, la blancura del caserío, luciente al sol. Una muchacha muy pecosa y recia se quitó el gato de encima y se puso en pie con el *Jornal de Noticias* en la mano. Ega la presentó, en tono de chungu:

—La señora Josefa, soltera, de temperamento sanguíneo, artista culinaria de Villa Balzac, y como puede colegirse por el papel que le pende de las garras, amante de las bellas letras...

La buena moza sonreía sin embarazo, a buen seguro acostumbrada a semejantes familiaridades bohemias.

—Hoy no cenaré en casa, señora Josefa —continuó Ega en el mismo tono—. Este hermoso mancebo que me acompaña, duque del Ramalhete y príncipe de Santa Olávia, suministrará la pitanza a su amigo filósofo... Y como cuando yo me recoja acaso usted ya se haya entregado al sueño de la inocencia o la vigilia del libertinaje, le ordeno ahora que me tenga para el *lunch* de mañana dos buenas perdices.

Y de repente, con otra voz y una mirada que ella debía de comprender:

—Dos perdices bien asadas y doraditas. Frías, claro está... Como de costumbre... Cogió del brazo a Carlos y volvieron al salón.

—Con franqueza, Carlos, ¿qué te parece Villa Balzac?

Carlos hizo el mismo comentario que tras la audición del episodio de «La hebrea».

—Quema.

Pero elogió la pulcritud de la casa, las vistas que tenía, el frescor de las cretonas. Por lo demás, para un joven como él, como celda de trabajo...

—Yo —decía Ega paseándose por el salón— no soporto el *bibelot*, el *bric-à-brac*, la silla arqueológica, el mobiliario de arte... ¡Qué demonios, un mueble debe armonizar con las ideas y sentimientos del hombre que lo usa! Si yo no pienso, ni siento, como un caballero del siglo XVI, ¿por qué habría de rodearme de objetos del siglo XVI? No hay nada que me inspire una melancolía tan profunda como ver en una sala un venerable contador del tiempo de Francisco I mientras en su presencia se habla de las elecciones y del alza de la bolsa. Me hace pensar en un hermoso héroe con armadura de acero, la visera calada y profundas creencias en el corazón, sentado ante el tapete verde jugando al hombre. Cada siglo tiene su propio genio y su propia actitud. El siglo XIX ha engendrado la Democracia, y ésa es su actitud...

Y dejándose caer inesperadamente en una poltrona, echó sus delgadas piernas al aire. Una actitud como aquella era imposible en un escabel del tiempo del Prior de Crato^[66].

—Muchacho, es el turno del champán.

Y como Carlos mirara la botella con desconfianza, Ega saltó:

—¡Es excelente! ¿O es que te atreves a dudarlo? Llegado directamente de la

mejor casa de Épernay. Me lo ha conseguido Jacob.

—¿Qué Jacob?

—Jacob Cohen, Jacob.

Iba a quitarle el alambre, cuando se acordó de algo, y dejando la botella y encajándose el monóculo, exclamó:

—¡Ahora me acuerdo! ¿Qué tal el otro día en casa de los Gouvarinho? Por desgracia, no pude ir.

Carlos le contó la *soirée*. Unas diez personas repartidas entre los dos salones, un runrún mortecino de voces a la luz de las lámparas. El conde le había estado dando la tabarra, venga a hablarle de política, de su estúpida admiración por un gran orador, un diputado de Mesão Frio, amén de explicaciones sin cuento sobre la reforma de la educación. Y la condesa, que estaba muy constipada, le había puesto los pelos de punta opinando acerca de Inglaterra —¡y eso que era inglesa!— con opiniones dignas de la Rua de Cedofeita^[67]. Se imaginaba que Inglaterra era un país sin poetas, sin artistas, sin ideales, ocupado únicamente en amasar libras... En fin, mortificante.

—¡Vaya!... —murmuró Ega con tono de auténtica contrariedad.

Llegó el estallido del champán. Ega llenó las copas en silencio, y tras un brindis mudo los amigos se bebieron el precioso líquido que Jacob le había conseguido a Ega para que Ega se regalara con Raquel.

Luego, de pie, con los ojos puestos en la alfombra, agitando despacio la copa otra vez llena, coronada de espuma moribunda, Ega volvió a murmurar con la misma triste entonación de chasco:

—Pues ¡vaya!...

Y un instante después:

—Yo creía que te apetecía la Gouvarinho...

Carlos le confesó que al principio, cuando Ega le había hablado de ella, se había encaprichado, le había llamado la atención aquel pelo con tonos de brasa...

—Mas ahora que la he conocido, ya no hay capricho...

Ega se sentó, la copa en la mano. Y tras mirarse los calcetines de seda, púrpuras como los de un prelado, dejó caer, muy serio, estas palabras:

—Es una mujer deliciosa, Carlinhos.

Y como Carlos se encogiera de hombros, Ega insistió: la Gouvarinho era mujer de inteligencia y gusto, original, audaz, con su punta de romanticismo picante...

—Y como cuerpo de mujer, no hay nada mejor de Badajoz para acá.

—¡*Vade retro*, Mefistófeles de Celorico!

Y Ega, encantado, canturreó:

Je suis Mephisto...

Je suis Mephisto...

Sin embargo, Carlos, fumando perezosamente, siguió con su charla acerca de la Gouvarinho y de la brusca saciedad que le había invadido con sólo cruzar tres palabras con ella. No era la primera vez que le acometían aquellos falsos accesos de deseo, que adquirirían casi las formas del amor, que amenazaban con anonadarle, al menos durante un tiempo, y que se disolvían luego en tedio, en chasco. Eran como fogonazos de pólvora sobre una piedra: una chispa los enciende, al instante son una llama vehemente que parece capaz de consumir el Universo, y al cabo sólo dejan un sucio reguero negro. Acaso su corazón era uno de esos corazones débiles, blandos y flojos, incapaces de retener ningún sentimiento, que dejan que todo afecto se les escape por entre las mallas de su burdo tejido.

—¡Estoy seco! —dijo sonriendo—. Soy impotente de sentimiento, como Satanás... Según los padres de la Iglesia, el gran tormento del Maligno era su incapacidad para el amor.

—Frasas altisonantes... —murmuró Ega.

¿Cómo que frases? ¡Era una atroz realidad! Él se había pasado la vida viendo cómo las pasiones le explotaban entre los dedos como fósforos. Por ejemplo, con la coronela de húsares en Viena... Cuando ella no acudió al primer *rendez-vous*, lloró lágrimas como puños, con la cabeza enterrada en la almohada, pateando la ropa de cama. Y al cabo de dos semanas había ordenado a Baptista que se apostara en la ventana del hotel, para que él tuviera tiempo de escabullirse apenas la pobre coronela doblase la esquina. Y con la holandesa, con madame Rughel, mucho peor. Al principio, parecía que se hubiese vuelto loco. Quería establecerse para siempre en Holanda, casarse con ella (tan pronto como ella se divorciara), y mil locuras más. Y al poco los brazos con que ella rodeaba su cuello, aquellos hermosos brazos suyos, le parecían pesados como de plomo...

—¿De qué me estás hablando, pedante? ¡Si aún le escribes!

—Eso es otra cosa. Ahora somos amigos, pura relación intelectual. Madame Rughel es mujer de mucho espíritu. Ha escrito una novela, uno de esos análisis íntimos y delicados, como los de miss Broughton^[68]. Se titula *Rosas mustias*. Yo no la he leído, está en holandés...

—¡*Rosas mustias*, y en holandés! —exclamó Ega echándose las manos a la cabeza.

Después se plantó ante Carlos, el monóculo en el ojo:

—¡Eres extraordinario!... Pero tu caso es muy simple, es el caso de don Juan. Don Juan también oscilaba entre la llama y la ceniza. Iba en pos de su ideal, de «su mujer», buscándola principalmente, como es de justicia, entre las mujeres de los demás. Y *après avoir couché*, declaraba que se había confundido, que no era aquélla. Pedía disculpas, y se retiraba. En España probó con mil y pico. Tú, como él, no eres más que un golfo. ¡Y acabarás fatalmente, como él, sumido en una tragedia infernal!

Vació otra copa de champán, y recorriendo a zancadas la sala, dijo:

—Carlinhos de mi alma, es inútil andar buscando a «la mujer de uno». Ya aparecerá. Cada uno tiene «su mujer» y por fuerza ha de encontrarla. Tú estás aquí, en la Cruz dos Quatro Caminhos, y ella tal vez se halle en Pekín. Pero tú, que ahora mismo manchas con el betún de tus zapatos este precioso reps, y ella, que ora en el templo de Confucio, os estáis acercando insensiblemente, irremisiblemente, fatalmente... Hoy estoy de lo más elocuente, ya está bien de bobadas. Es hora de vestirse. Mientras que me compongo el esqueleto, ¡prepara alguna frase más sobre Satanás!

Carlos se quedó en la sala verde, acabándose el puro, mientras que Ega abría y cerraba cajones, cantando, con su voz gangosa y desafinada, la *Barcarolle* de Gounod. Reapareció con frac, corbata blanca y poniéndose el paletó, con el ojo brillante por el champán.

Bajaron. Allí estaba el paje, a la puerta, junto al *coupé* de Carlos, que le había aguardado. Su uniformillo azul de botones dorados, la magnífica pareja baya reluciendo con destellos de satén, las platas de los arreos, la majestad del cochero rubio con su flor en la solapa de la librea, todo componía, a la puerta de Villa Balzac, un cuadro que deleitó a Ega.

—Es agradable la vida —dijo.

El *coupé* echó a andar. Estaban llegando al Largo da Graça, cuando una calesa de punto, descubierta, se cruzó con ellos al trote largo. Dentro, un sujeto con sombrero hongo, leía un enorme periódico.

—¡Es Craft! —gritó Ega abalanzándose sobre la portezuela.

El *coupé* paró. De un salto, Ega se puso en la calzada y echó a correr, chillando:

—¡Craft, Craft!

Cuando al poco, oyendo que se acercaban dos voces, Carlos bajó también del *coupé*, se vio ante un hombre bajo, rubio, de piel sonrosada y fresca y aspecto frío. Bajo el frac correcto se adivinaba una musculatura de atleta.

—Carlos, Craft —gritó Ega, oficiando en la presentación con una sencillez clásica.

Los dos hombres, sonriendo, se dieron la mano. Ega insistió en que regresaran todos juntos a Villa Balzac, a beberse otra botella de champán, a celebrar el «advenimiento del Justo». Craft rechazó la invitación con sus maneras tranquilas y plácidas. Había llegado la víspera de Oporto, y ahora que ya se habían saludado, quería aprovechar el viaje a aquel barrio a trasmano para visitar al viejo Shelgen, un alemán que vivía en la Penha de França.

—Bien. Entonces —exclamó Ega— para que charlemos y os conozcáis un poco, venid mañana a cenar conmigo al Hotel Central. ¿De acuerdo? Perfecto. A las seis.

Tan pronto como el *coupé* echó a andar, Ega prorrumpió en las acostumbradas

alabanzas de Craft, encantado con aquel encuentro que le daba un retoque luminoso a su alegría. Lo que le fascinaba en Craft era su aire imperturbable de *gentleman* correcto, con el que tan pronto jugaría una partida de billar como se batiría en una batalla, se abalanzaría sobre una mujer o se marcharía a la Patagonia...

—Es de lo mejorcito que hay en Lisboa. Te va a encantar... ¡Y qué casa tiene en Oliváis^[69], un museo fabuloso!

De pronto se detuvo, y con mirada inquieta y una arruga en la frente, inquirió:

—¿Y cómo ha sabido de Villa Balzac?

—Tú no has andado con misterios acerca de su existencia, ¿no?

—No, pero tampoco he ido por ahí poniendo anuncios. Y Craft llegó ayer y aún no ha estado con nadie, que yo sepa... ¡Muy curioso!

—En Lisboa no existen secretos...

—¡Menuda tierra! —murmuró Ega.

La cena en el Central se pospuso, porque Ega, ampliando la idea, había decidido transformarla en un banquete en honor de Cohen.

—Ceno con mucha frecuencia en su casa —le dijo a Carlos—, paso allí todas las noches. Tengo que devolverle la hospitalidad... Una cena en el Central estaría bien. Y para impresionarle moralmente, le plantifico en la mesa al marqués y a ese idiota de Steinbroken. A Cohen le gusta ese tipo de gente...

Pero hubo que alterar el plan: el marqués se había marchado a Golegã, y el pobre Steinbroken padecía de trastornos de vientre. Ega pensó en Cruges y en Taveira, pero desconfió de la cabellera enmarañada de Cruges y de sus ataques agudos de *spleen*, que echarían a perder la cena. Acabó convidando a dos íntimos de Cohen, lo que le obligó a eliminar a Taveira, que estaba enfadado con uno de aquellos caballeros por unas palabras que habían cruzado en casa de Lola la Gorda.

Cerrada la lista de convidados, Ega mantuvo una conversación con el *maître d'hôtel* del Central, al que pidió muchas flores y dos piñas como adornos de mesa, y le exigió que uno de los platos del menú, no importaba cuál, fuese *a la Cohen*. Él mismo le sugirió una idea: *tomates farcies à la Cohen*^[70]...

Aquella tarde, a las seis, al bajar por la Rua do Alecrim camino del Hotel Central, Carlos vio a Craft en la tienda de *bric-à-brac* del tío Abraão.

Entró. El viejo judío, que le estaba enseñando a Craft una falsa pieza de loza de Rato^[71], se quitó enseguida su grasiento birrete con borla y se dobló en dos ante Carlos, con las manos en el corazón.

Después, en un lenguaje exótico entreverado de inglés, le pidió a su buen señor don Carlos da Maia, a su muy digno señor, a su *beautiful gentleman*, que se dignase examinar una pequeña maravilla que le tenía reservada; su muy *generous gentleman*

sólo tenía que volver los ojos, la maravilla estaba allí mismo, sobre una silla. Era un retrato de española, hecho a primera impresión, con poderosos brochazos, en el que sobre un atrevido fondo de un rosa marchito destacaba la cara gastada de una vieja garza, picada de viruela, llena de afeites, respirando vicio por cada poro de la piel, con una sonrisa bestial que lo prometía todo.

Carlos, con mucha flema, le ofreció diez tostones. Craft se quedó pasmado ante semejante prodigalidad, y el bueno de Abraão, con una sonrisa muda que descubría entre la barba grisácea una gran boca con un único diente, celebró mucho «el humor de los señores». ¡Diez míseros tostones! Si el cuadrito llevase la firma de Fortuny valdría diez contos de reis. Pero por desgracia no lo firmaba aquel bendito nombre... Pese a lo cual valía sus diez buenos billetes de veinte mil reis.

—¡Diez cuerdas con las que te ahorques, judío desalmado! —exclamó Carlos.

Salieron, dejando al viejo usurero a la puerta, doblado en dos, con las manos en el corazón, deseando lo mejor a sus generosos caballeros...

—Este viejo Abraão nunca tiene nada que merezca la pena —dijo Carlos.

—Su hija sí la merece —dijo Craft.

A Carlos le parecía bonita, pero horriblemente sucia. Y a propósito de Abraão, le habló a Craft de las colecciones de Oliváis, de las que Ega, a pesar de su fingido desdén por el *bibelot* y el mueble de arte, le había contado maravillas.

Craft se encogió de hombros.

—Ega no entiende de esto. Ni siquiera en Lisboa se le podría llamar colección a lo que yo tengo. Es un *bric-à-brac* fruto del azar... Y del que, por lo demás, pienso deshacerme.

Aquello sorprendió a Carlos, que había deducido de las palabras de Ega que se trataba de una colección formada con amor, al hilo del laborioso decurso de los años, orgullo y desvelo de toda una existencia...

Craft sonrió ante aquel aura de leyenda. Lo cierto era que sólo en 1872 había comenzado a interesarse por el *bric-à-brac*. Estaba recién llegado de América del Sur, y lo que fue comprando, descubriendo aquí y allá, lo juntó en aquella casa de Oliváis, alquilada por puro capricho una mañana en que aquel antro, con su pequeño jardín en torno, le pareció pintoresco al sol de abril. Mas ahora, si pudiera deshacerse de lo que tenía, querría dedicarse a reunir una colección homogénea y compacta de arte del siglo XVIII.

—¿Aquí, en Oliváis?

—No, en una quinta que poseo en las cercanías de Oporto, a orillas del río.

Llegaban al Hotel Central. Al mismo tiempo, un *coupé* de la Compañía, cruzando al trote largo desde la Rua do Arsenal, se detuvo a la puerta.

Un espléndido negro, ya canoso, con casaca y calzón, acudió solícito a la portezuela. Desde dentro, un joven muy delgado, con barba muy negra, le tendió una

encantadora perrita escocesa, con el pelo todo revuelto, fino como la seda y plateado. Después, apeándose indolente y *poseur*, ofreció la mano a una señora alta, rubia, que llevaba un velillo corto pero muy tupido, muy oscuro, que potenciaba su esplendorosa carnación ebúrnea. Craft y Carlos se echaron a un lado, y la dama pasó ante ellos con andares soberanos de diosa, maravillosamente bien constituida, dejando a su paso como una claridad, unos visos de cabellos de oro, un aroma en el aire. Vestía un abrigo ajustado de terciopelo blanco de Génova, y por un instante sus botines refulgieron en las losas de la entrada. Junto a ella el joven abría negligentemente un telegrama. Y el negro les seguía con la perrita en brazos. Rompiendo el silencio, la voz de Craft musitó:

—*Très chic*.

Arriba, en el gabinete que un mozo les indicó, les esperaba Ega, sentado en un diván de cuero, conversando con un joven bajo, regordete, con el pelo más rizado que un novio de provincias, camelia en el ojal y plastrón azul celeste. Craft le conocía. Ega presentó a Carlos al señor Dâmaso Salcede, y ordenó que sirvieran el vermut, pues le parecía un poco tarde para darse a la absenta, ese refinamiento literario y satánico...

Era un día de invierno suave y luminoso, las dos ventanas de la habitación aún estaban abiertas. Sobre el río, en el ancho cielo, la tarde moría sin la más mínima brisa, en una paz elísea, con nubecillas muy altas, quietas, de color rosado. Las tierras, a lo lejos, en la otra orilla, se iban sumiendo en un vapor aterciopelado, de tonos violetas. Y el agua yacía lisa y bruñida como una hermosa plancha de acero nuevo. Aquí y allá, en el vasto fondeadero, enormes buques de carga, estirados paquebotes extranjeros, dos acorazados ingleses, dormían con los mástiles inmóviles, como si la pereza les hubiera vencido, entregados a la dulce molicie del clima...

—Acabamos de ver —dijo Craft sentándose en el diván— a una mujer portentosa, con una espléndida *griffon*, y servida por un espléndido negro...

El señor Dâmaso Salcede, que no le quitaba ojo a Carlos, terció enseguida:

—Ah sí, los Castro Gomes... Los conozco bien... Vine con ellos de Burdeos... Gente muy chic, que vive en París.

Carlos se volvió, se fijó un poco más en él y le preguntó afable e interesado:

—¿Está usted recién llegado de Burdeos?

Se vio cómo aquellas simples palabras deleitaban a Dâmaso como un favor del cielo. Se puso en pie sin dilación y se acercó a Carlos bañado en una enorme sonrisa:

—Llegué hace quince días, en el «Orénoque». Venía de París... Si por mí fuera, ¡nunca me movería de allí! Los conocí en Burdeos. Para ser más exactos, a bordo. Aunque estábamos juntos en el Hotel de Nantes. Gente de lo más chic: criado personal, gobernanta inglesa para la pequeña, *femme de chambre*, más de veinte maletas... ¡Auténtico chic! Parece increíble, unos brasileños... Aunque ella no tiene

acento, habla como nosotros. Él sí, él tiene mucho... Pero es un hombre muy elegante también, ¿no le ha dado esa impresión?

—¿Vermut? —preguntó el camarero, tendiéndole la bandeja.

—Sí, una gota para abrir el apetito. ¿Usted no toma, señor Maia? Pues ya le digo: ¡yo, en cuanto puedo, a París! ¡Aquello es mundo! Esto es un corral de vacas. Yo, si no voy cada año, enfermo. Aquellos bulevares, ¿eh?... ¡Ah! ¡Aquello es vida! Lo que disfruto yo allí, sí, porque conozco París, lo conozco bien. Hasta tengo un tío allí.

—¡Y menudo tío! —exclamó Ega acercándose—. Íntimo de Gambetta, gobierna Francia... Muchacho, ¡el tío de Dâmaso gobierna Francia!

Dâmaso, colorado, no cabía en sí de gozo.

—Bueno, influencia, lo que se dice influencia, tiene. Íntimo de Gambetta... Pues se tutean, y en la práctica casi viven juntos... Pero no es sólo con Gambetta. También con Mac-Mahon, con Rochefort, y con ese otro de cuyo nombre no me acuerdo ahora, con todos los republicanos, en fin... Y con quien le plazca. ¿No le conoce usted? Es un hombre de barbas blancas... Hermano de mi madre, se llama Guimarães. Aunque en París le llaman monsieur de Guimaran...

En aquel momento, la puerta vidriera se abrió de golpe, y Ega exclamó: «¡Salud al poeta!».

Apareció un individuo muy alto, con la levita negra abotonada hasta arriba, el rostro cadavérico, los ojos hundidos, y bajo la nariz aquilina, largos, espesos, románticos bigotes grises; con tremendas entradas en la frente, los rizos lacios de una guedeja muy seca le caían inspiradamente sobre el cuello. En toda su persona había algo de anticuado, de artificial y de lúgubre.

Sin una palabra, le tendió dos dedos a Dâmaso, y abriendo pausadamente los brazos a Craft, dijo con una voz arrastrada, cavernosa, teatral:

—¿Eres tú, mi viejo Craft? ¿Cuándo has llegado? ¡Déjame abrazar al honrado inglés!

Ni se dignó mirar a Carlos. Ega se apresuró a presentarles.

—No sé si ustedes se conocen. Carlos da Maia... Tomás de Alencar, nuestro poeta...

¡Era él! El ilustre cantor de *Voces de aurora*, el estilista de *Elvira*, el dramaturgo de *El secreto del comendador*. Dio con suma gravedad dos pasos en dirección a Carlos, le estrechó la mano demoradamente, en silencio, y al cabo, con voz emocionada y cavernosa, dijo:

—Usted, ya que la etiqueta pide que le trate de «usted», no sabe a quién acaba de estrechar la mano...

Carlos, sorprendido, susurró:

—Le conozco mucho de nombre...

El otro, con ojo tenebroso y labio trémulo, exclamó:

—¡Al camarada, al inseparable, al íntimo de Pedro da Maia, de mi pobre, de mi valiente Pedro!

—Entonces, ¡qué demonios, abrácese! —gritó Ega—. Abrácese con efusión, como mandan los cánones...

Alencar ya estrechaba a Carlos contra su pecho, y cuando le soltó, retomándole las manos, sacudiéndolas con una ternura ruidosa, dijo:

—¡Así que dejémonos de ceremonias! ¡Yo te he visto nacer! ¡Te he cogido en brazos mil veces! ¡Me has ensuciado más de un pantalón! ¡Qué demonios, dame otro abrazo!

Craft asistía impasible a aquella vehemencia; Dâmaso parecía impresionado; Ega le ofreció una copa de vermut al poeta.

—¡Qué noche, Alencar! ¡Santo Cielo! Bebe, para que te repongas de la emoción...

Alencar se bebió el vermut de un trago, y declaró a los amigos que no era la primera vez que veía a Carlos. Le había admirado muchas veces al verlo en su faetón, con sus hermosos caballos ingleses. Pero no se había querido dar a conocer. Él nunca se arrojaba en brazos de nadie, excepción hecha de las mujeres... Fue a por otra copa de vermut, y con ella en la mano, plantado ante Carlos, comenzó en tono patético:

—La primera vez que te vi, hijo, fue en el Pote das Almas. Estaba yo allí rebuscando entre libros hoy vilipendiados... Recuerdo, para más señas, que el libro que tenía en las manos era las *Églogas* de Rodrigues Lobo^[72], aquel verdadero poeta de la Naturaleza, aquel rui señor tan portugués, hoy, claro está, preterido con la aparición del Satanismo, el Naturalismo, el Fullerismo y otros esterquilinios sufijados en «ismo»... Tú pasaste, y cuando me dijeron quién eras, el libro se me cayó de las manos... Estuve allí una hora, créeme, pensando, recordando el pasado...

Y se echó el vermut al colete. Ega, impaciente, miraba el reloj. Un criado entró y encendió el gas. La mesa emergió de la penumbra, con los brillos de la cristalería y la porcelana, y un derroche de ramos de camelias.

Sin embargo Alencar (que a la luz parecía más viejo y más gastado) se embarcó en una gran historia: que él había sido el primero en haber visto a Carlos tras su nacimiento, que había sido él quien le había puesto el nombre.

—¡Tu padre —decía— mi Pedro, te quería poner Afonso, en honor a ese santo, a ese varón preclaro de otros tiempos, Afonso da Maia! Pero tu madre, que tenía las ideas claras, se empeñó en que te llamaras Carlos. Y todo por una novela que yo le había prestado. En aquellos tiempos aún se le podía prestar una novela a una señora, no se hablaba en ellas de pústulas ni de pus... Era una novela sobre el último Stuart, aquel espejo de príncipes, Carlos Eduardo, al que vosotros, hijos, conocéis bien, y que en Escocia, en tiempos de Luis XIV... En fin, al grano. Tu madre, fuerza es decirlo, era mujer de letras y de gusto. Me consultó, me consultaba mucho, en

aquellos tiempos yo era *alguien*, y recuerdo haberle aconsejado... (Lo recuerdo a pesar de que han pasado veinticinco años... ¡Miento! ¡Veintisiete! ¡Nada menos que veintisiete!) En fin, me volví hacia tu madre, y le dije, son palabras textuales: «¡Póngale Carlos Eduardo, mi querida señora, Carlos Eduardo, que es nombre para frontispicio de un poema, para la fama heroica o un labio de mujer!».

Dâmaso, que continuaba admirando a Carlos, prorrumpió en bravos estruendosos. Craft aplaudió con la punta de los dedos. Y Ega, que rondaba la puerta, nervioso, reloj en mano, lanzó desde allí un «estupendo» anodino.

Alencar, radiante con su éxito, sonreía a todos dejando ver sus dientes descabalados. Abrazó a Carlos de nuevo, se dio una palmada en el corazón, y exclamó:

—¡Caramba, hijos, siento una luz aquí dentro!

Se abrió la puerta, y entró Cohen, apresuradísimo, disculpándose por el retraso. Ega, solícito, le ayudaba a quitarse el paletó. Después le presentó a Carlos, el único de los presentes al que no conocía. Y añadió, mientras pulsaba el botón de la campanilla eléctrica:

—El marqués no puede venir, y el pobre Steinbroken está con su gota, la gota de diplomático, de lord y de banquero... ¡La gota que tú acabarás teniendo, bellaco!

Cohen, un hombre pequeño, esmerado, de hermosos ojos y patillas tan negras y lustrosas que parecían pintadas, sonreía, quitándose los guantes, y contaba que según los ingleses, existía también la gota del pobre. Era ésa, naturalmente, la que a él le aguardaba...

Cuando se quiso dar cuenta, Ega, llevándole del brazo, le había sentado a su diestra, como si de un objeto precioso se tratara: le ofreció un botón de camelia, escogido de uno de los ramos. Alencar se puso otro. Y los camareros sirvieron las ostras.

Se habló enseguida del crimen de la Morería, dramón fadista que había conmocionado a Lisboa: una prostituta que, con el vientre rajado por una compañera, había muerto en plena calle en camisa, dos fadistas a navajazo limpio, todo un callejón ensangrentado —una auténtica «escabechina», como decía Cohen—, sonriendo y catando el bucelas...

Dâmaso tuvo la satisfacción de poder ofrecer detalles. Había conocido a la chica, a la autora de las puñaladas, cuando era amante del vizconde de Ermidinha... ¿Que si era bonita? Mucho. Unas manos de duquesa... ¡Y cómo cantaba el fado! Lo malo era que incluso en tiempos del vizconde, cuando ella era chic, ya empinaba el codo... Y el vizconde, fuerza es reconocerlo, nunca le perdió la amistad. La respetaba, incluso estando casado iba a verla, y le había prometido que cuando ella quisiera dejar el fado, él le pondría una confitería cerca de la catedral. Pero ella no quería. Le gustaba aquello, el Barrio Alto^[73], los cafetuchos, los chulos...

Aquel mundo de fadistas y putas, le parecía a Carlos digno de estudio, de una novela... Lo que llevó la conversación a *L'Assommoir*, de Zola^[74] y al realismo: Alencar se apresuró a rogar, limpiándose de sopa los bigotes, que no se hablara de semejante literatura «de letrina» a la hora sagrada del alimento. Los presentes eran hombres de buen gusto, hombres de mundo, ¿no? Pues ¡que no se mencionase «el excremento»!

¡Pobre Alencar! El naturalismo, aquellos libros poderosos y vividos, cuyos ejemplares se vendían a miles; aquellos correosos análisis que atacaban a la Iglesia, la Realeza, la Burocracia, las Finanzas, a todo cuanto de santo quepa imaginar, diseccionándolo brutalmente y mostrándolo a las claras, como se muestra un cadáver en una tarima; aquel estilo nuevo, tan atractivo y dúctil, que captaba *in fraganti* la línea, el color, la mismísima palpitación de la vida; todo aquello (a lo que él, en su confusión mental, denominaba la «Idea Nueva»), al irrumpir sin previo aviso y arrasarlo la catedral romántica, en la que durante tantos años él detentara altar y celebrara misa, le había desnortado por completo, hasta el punto de convertirse en el disgusto literario de su vejez. Al principio reaccionó. «Para poner un dique definitivo a la abyecta marea», según había dicho en plena Academia, escribió dos folletos crueles; nadie los leyó; la «abyecta marea» se extendió, más profunda, más ancha. Entonces Alencar se refugió en la moral como en una sólida roca. ¿Que el naturalismo, con sus aluviones de obscenidad, amenazaba con acabar con el pudor social? Pues bien. Él, Alencar, sería el paladín de la Moral, el gendarme de las buenas costumbres. De modo que el poeta de *Voces de aurora*, que durante veinte años, en cancioncillas y odas, propusiera lúbrico comercio a todas las damas de la capital; el novelista de *Elvira*, que, en novela y en drama, hiciera propaganda del amor ilegítimo, pintando los deberes conyugales como montañas de tedio, otorgando a todos los maridos formas grasientas y bestiales, y a todos los amantes la belleza, el esplendor y el genio de los antiguos Apolos; el mismísimo Tomás de Alencar, que — si hemos de creer las confesiones autobiográficas de *Flor de martirio*— había llevado una existencia hedionda de adulterios, lubricidades varias, orgías, que había vivido entre terciopelos y vinos de Chipre, iba a ser, de ahora en adelante, austero, incorruptible, un baluarte de pudicia, el atento censor de libros, periódicos, teatros. En cuanto atisbaba indicios de realismo en un beso que se dejaba oír un poco más de la cuenta, en una blancura de falda que se arregazaba un tanto más de lo debido, ahí estaba él, nuestro Alencar, atronando el país con un enorme grito de alarma. Y las poderosas imprecaciones de su pluma recordaban (a académicos fáciles de contentar) los rugidos de Isaías. Pero un buen día Alencar tuvo una de esas revelaciones que postran a los más fuertes: cuanto más denunciaba él un libro por inmoral, más se vendía y agradaba. El universo pasó a parecerle una cosa espuria, y el autor de *Elvira* se rindió...

Desde entonces redujo su rencor a la mínima expresión, a aquella frase corta, dicha con asco:

—Muchachos, ¡no se mencione «el excremento»!

Pero aquella noche le aguardaba la alegría de contar con aliados. Craft tampoco admitía el naturalismo, la fea realidad de las cosas y de la sociedad desparramada en un libro. ¡El arte era idealización! Debía mostrar los tipos superiores de una humanidad perfeccionada, las formas más hermosas de la vida y el sentimiento... Ega, horrorizado, se llevaba las manos a la cabeza, mientras que Carlos, del otro lado de la mesa, declaró que lo más intolerable del realismo eran sus ínfulas científicas, su pretenciosa estética emanada de una doctrina filosófica; que invocara a Claude Bernard, el experimentalismo, el positivismo, a Stuart Mill y a Darwin a cuento de que una lavandera dormía con un carpintero...

Sorprendido entre dos fuegos, Ega estalló: ¡el punto débil del realismo estribaba precisamente en que aún no era lo bastante científico, en que inventaba enredos, creaba dramas, se abandonaba a la fantasía literaria! La versión pura del naturalismo habría de ser la monografía, el estudio descarnado de un tipo, una pasión, un vicio, como si se tratara de un caso patológico, sin pintoresquismo ni estilo...

—Eso es absurdo —dijo Carlos— los caracteres sólo se manifiestan a través de la acción...

—Y la obra de arte —añadió Craft— no vive sino en la forma...

Alencar les interrumpió, exclamando que no eran necesarias tantas filosofías.

—Muchachos, esto es gastar saliva tontamente. El realismo, como mejor se critica es de este modo: ¡tapándose uno la nariz! Yo, en cuanto huelo un libro de ésos, me baño en agua de colonia. No hablemos más del «excremento».

—*Sole normande*? —preguntó el camarero, adelantando la bandeja.

Ega hubiera fulminado a Alencar. Pero al ver que Cohen respondía con una sonrisa hastiada y superior a aquellas controversias literarias, se calló, y se ocupó sólo de que se sintiera a gusto, quiso saber qué le parecía aquel *saint-émilion*. Y cuando le vio bien provisto de *sole normande*, lanzó con ostentoso interés esta pregunta:

—Entonces, Cohen, díganos, cuente... El empréstito, ¿se hace o no se hace?

Y picó la curiosidad de la concurrencia añadiendo que aquello del empréstito era un asunto grave. ¡Una operación tremenda, un auténtico episodio histórico!...

Cohen se puso una pulgarada de sal en el borde del plato y respondió, con autoridad, que el empréstito debía hacerse «absolutamente». Los empréstitos, en Portugal, constituían una de las fuentes de ingresos del Estado, tan regular, tan indispensable, tan obvia como los impuestos. Si se le apuraba, la única ocupación de los ministerios era ésa: «Cobrar los impuestos» y «tomar el empréstito». Y así debía seguir siendo.

Carlos no entendía de finanzas, pero le daba la impresión de que por semejante

camino el país iba alegremente, bonitamente, a la bancarrota.

—Sí, a un galope discreto pero seguro —dijo Cohen sonriendo—. A ese respeto nadie se hace ilusiones, mi querido amigo. ¡Ni los propios ministros de Hacienda!... La bancarrota es inevitable: como dos y dos son cuatro...

Ega se mostró muy impresionado. ¡Menuda broma! Todos escuchaban a Cohen. Ega, tras llenarle la copa de nuevo, hincó los codos en la mesa para beberle mejor las palabras.

—La bancarrota es tan probable, las cosas están tan a punto para ello —continuaba Cohen— que sería facilísimo para cualquiera, en dos o tres años, hacer que el país quebrara...

Ega le pidió encantado la fórmula mágica. Bastaba con mantener una agitación revolucionaria constante. Las vísperas de los empréstitos, doscientos mocetones debían liarse a palos con la guardia municipal, y romper los faroles al grito de «¡Viva la República!». Se telegrafiaba esto en letras bien grandes a los periódicos de París, de Londres y de Río de Janeiro, se asustaba a los mercados, a los brasileños, y la bancarrota era segura. Lo que pasaba era que aquello no le convenía a nadie.

Ega protestó con vehemencia. ¡Cómo que aquello no le convenía a nadie! ¡Estábamos listos! ¡Era justamente lo que convenía a todo el mundo! Tras la bancarrota vendría la revolución, evidentemente. En un país en que se vive del cuento, cuando el cuento no convence, hay que echar mano del palo, y, procediendo por principio, o por simple venganza, lo primero es acabar con la monarquía, promotora de todos los cuentos, y con ella con la vil chusma promotora del Constitucionalismo. Una vez superada aquella crisis, Portugal, libre de la vieja deuda, de las viejas caras, de aquel grotesco repertorio de bestias...

La voz de Ega silbaba... Pero al ver que se motejaba de bestias grotescas a los hombres de orden que hacen que prosperen los bancos, Cohen cogió por el antebrazo a su amigo y le llamó al buen sentido. Estaba claro, él era el primero en reconocerlo, que entre aquella gente que figuraba desde el 46^[75] había mediocres e ineptos, ¡pero también hombres de mucha valía!

—Hay talento, hay saber —abogaba con el tono de quien sabe lo que se dice—. Tiene que reconocerlo, mi querido Ega... ¡Es usted un exagerado! No señor, hay talento, hay saber.

Y cayendo en la cuenta de que algunas de aquellas «bestias» eran amigos de Cohen, les reconoció el talento y el saber. Pero Alencar se atusaba sombríamente el bigote. Últimamente se escoraba hacia ideas radicales, estaba por la democracia humanitaria de 1848. Viendo arrumbado el romanticismo literario, se refugiaba por instinto en el romanticismo político, como si de un asilo paralelo se tratara. Abogaba por una república gobernada por genios, por la fraternidad entre los pueblos, por los Estados Unidos de Europa... Por lo demás, no le faltaban motivos de queja contra

aquellos politicastos, ahora gente del Poder, antaño sus camaradas de redacción, de café y de timba...

—No me venga con ésas —dijo—. Ni talento ni saber... ¡Como si yo no los conociera, mi querido Cohen!

Cohen terció a toda prisa:

—¡Mi querido Alencar! ¿Usted también? No le honra a usted decir esas cosas... Es exagerado. ¡Hay talento, hay saber!

Alencar, ante aquella intimación de Cohen, el muy respetado director del Banco Nacional, el marido de la divina Raquel, el dueño de aquella hospitalaria casa de la Rua do Ferregial en la que tan bien se cenaba, refrenó su despecho y admitió que no dejaba de haber talento y saber.

Y tras haber logrado por obra de la influencia de su banco, de los hermosos ojos de su mujer y la excelencia de su cocinero, llamar a aquellos espíritus rebeldes al respeto de los parlamentarios y a la veneración del Orden, Cohen condescendió, y dijo, en el tono más suave del mundo, que el país necesitaba reformas...

Ega, sin embargo, incorregible aquel día, soltó otra enormidad:

—Portugal no necesita reformas, mi querido Cohen, lo que Portugal necesita es la invasión española.

Alencar, patriota chapado a la antigua, se indignó. Cohen, con su sonrisa indulgente de hombre superior, que descubría unos hermosos dientes, vio en ello «una paradoja más de nuestro buen Ega». Pero Ega hablaba en serio, henchido de razones. Evidentemente, decía, invasión no significaba una pérdida absoluta de la independencia. Un recelo tan estúpido era propio de una sociedad tan estúpida como la del Primero de Diciembre^[76]. Nunca se había visto que a un país de seis millones de habitantes lo engullera, de golpe, otro que no pasaba de los quince millones. Además, nadie permitiría que España, nación militar y marítima, se hiciese con aquella bonita línea de costa. Eso sin contar las alianzas de que dispondríamos a cambio de nuestras colonias, esas colonias que sólo nos sirven, como la plata a las familias venidas a menos, para ir empeñando en tiempos de crisis... No había el menor peligro. Si en caso de guerra europea sufriéramos una invasión, la cosa no iría más allá de recibir una buena soba, pagar una elevada indemnización, perder una o dos provincias, acaso Galicia se extendiese hasta el Duero...

—*Poulet aux champignons* —murmuró el camarero presentándole la bandeja.

Y mientras se servía, todos le preguntaban dónde veía él *la salvación del país* en aquella catástrofe que tornaría Celorico de Basto población española, el noble Celorico, cuna de héroes, cuna de los Ega...

—En esto: ¡en el resurgimiento del espíritu público y el genio portugués! Tundidos, humillados, arrasados, descalabrados, habríamos de esforzarnos desesperadamente en vivir. ¡Y en qué estupenda situación nos hallaríamos! Sin

monarquía, sin la infame caterva de los políticos, sin el oprobio de la deuda pública, pues todo eso habría desaparecido, borrón y cuenta nueva, limpios, inaugurales. Comenzaríamos una nueva historia, un nuevo Portugal, un Portugal serio e inteligente, fuerte y decente, dado al estudio, al pensamiento, capaz de crear, como antaño, civilización... ¡Oh Dios de Ourique, envíanos al castellano! Y usted, Cohen, páseme el saint-émilion.

Se discutía la invasión animadamente. ¡Opondrían resistencia! Cohen se encargaría del dinero. Las armas, la artillería, se comprarían en América. Craft ofreció al instante su colección de espadas del siglo XVI. ¿Que hacían falta generales? Pues se alquilaban. Mac-Mahon, por ejemplo, debía de estar a buen precio...

—Craft y yo organizamos la guerrilla —gritó Ega.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Y Alencar que vaya por las provincias —proseguía Ega— despertando el celo patriótico con odas y cánticos.

El poeta, posando la copa, tuvo un arranque de león que se sacude la melena.

—¡Este pobre cuerpo mío, joven, no está solo para odas! Aún soy capaz de empuñar una espingarda, y como la puntería no la tengo mala, lo mismo me cobraba un par de gallegos... Caramba, muchachos, sólo de pensar en estas cosas me pongo malo... ¡No sé cómo pueden bromear con esto, se trata de nuestro país, de la tierra en la que hemos nacido, qué diantres! Quizá sea mala, convengo, pero ¡caramba!, es la única que tenemos, porque otra no hay... Aquí vivimos, y aquí habremos de reventar... ¡Maldita sea, hablemos de otra cosa, de mujeres!

Dio un empujón al plato, los ojos húmedos de pasión patriótica...

Y en el silencio que sobrevino, Dâmaso, mudo desde la información acerca de la chica de Ermidinha, ocupado en observar a Carlos religiosamente, alzó la voz con parsimonia, y con aire de sentido común y de finura, dijo:

—Si las cosas llegaran a ese punto, si se pusieran así de feas, yo, para evitar males mayores, ahuecaba el ala rumbo a París...

Ega se salía con la suya, rebulló en la silla de gozo. ¡Ahí estaba, en el labio sintético de Dâmaso, el grito espontáneo y genuino del brío portugués! ¡Largarse, poner tierra por medio!... ¡Así pensaba, de lo más alto a lo más bajo, la sociedad de Lisboa, la chusma constitucional, desde el rey nuestro señor al último chupatintas!...

—¡Muchachos, a poco que un soldado español se plante en la frontera, el país entero huye despavorido! ¡Va a ser una desbandada única en la historia!

Hubo un revuelo indignado, y Alencar gritó:

—¡Abajo el traidor!

Cohen intervino, declaró que el soldado portugués era valiente, a la manera del turco, indisciplinado pero recio. El mismísimo Carlos dijo, muy serio:

—No señor... No huiría nadie, se moriría como es debido.

Ega rugió. ¿A qué tanta pose heroica? ¿O es que acaso ignoraban que aquella raza, tras cincuenta años de constitucionalismo, criada en los patinillos de la Baixa, educada en colegios piojosos, devorada por la sífilis, podrida en despachos mohosos, aireada todo lo más los domingos en el polvoriento Passeio^[77], no sólo había perdido músculo, sino carácter, y que era la más débil, la más cobarde de las razas de Europa? ...

—¡Eso lo serán los lisboetas! —dijo Craft.

—Lisboa es Portugal —gritó el otro—. Más allá de Lisboa no hay nada. El país está comprendido entre la Arcada y São Bento^[78]...

¡La raza más miserable de Europa! bramaba Ega. ¡Y menudo ejército! ¡Un regimiento, tras un par de días de marcha, ingresaba en pleno en el hospital! Con aquellos ojos suyos había visto él, el día de la apertura de las Cortes, a un marinero sueco, un mocetón del Norte, poner en fuga, a bofetón limpio, a una compañía. Los soldados corrían despavoridos, con las cartucheras al vuelo, golpeándoles los riñones. Y el oficial, medio muerto de miedo, se había refugiado a vomitar en un portal...

Todos protestaron. ¡Aquello no era posible!... Pero bueno, si él lo había visto, ¡qué demonios!... Podría ser, por qué no, pero con los ojos falaces de la fantasía...

—¡Lo juro por mi madre! —gritó Ega furioso.

Pero se calló. Cohen le dio un toque en el brazo. Cohen iba a hablar.

Cohen quería decir que el futuro le pertenecía a Dios. Que los españoles pensarán en la invasión, le parecía, con todo, cierto, máxime si, como era natural, perdían Cuba. En Madrid todo el mundo lo comentaba. Hasta se andaba negociando ya con los suministros...

—¡Españoladas, gallegadas! —refunfuñó Alencar entre dientes, sombrío y retorciéndose los bigotes.

—En el Hotel de París —prosiguió Cohen— en Madrid, conocí a un magistrado que me dijo con ciertas ínfulas que no perdía la esperanza de establecerse en Lisboa; le había gustado mucho Lisboa, había estado aquí tomando baños de mar. ¡Y tengo para mí que no son pocos los españoles que aguardan ese aumento de territorio para emplearse!

Entonces Ega cayó en éxtasis, se apretaba el pecho con las manos. ¡Oh qué trazo tan delicioso! ¡Oh qué bien visto!

—¡Este Cohen! —exclamaba mirando a izquierda y derecha—. ¡Qué finamente observado! ¡Qué trazo admirable! ¿Eh, Craft? ¿Eh, Carlos? ¡Delicioso!

Todos admiraron muy cortésmente la finura de Cohen. Él lo agradeció con ojo enternecido, pasándose por las patillas una mano en la que relucía un diamante. Era el preciso momento en que los camareros servían un plato de guisantes en salsa blanca, murmurando:

—*Petits pois à la Cohen.*

À la Cohen? Cada cual consultó su menú cuidadosamente. Allí estaba, era el plato de verdura: *Petits pois à la Cohen*. Dâmaso, entusiasmado, declaró que aquello era «auténtico chic». Y con el champán, que acababa de abrirse, se brindó por primera vez a la salud de Cohen.

Se olvidaba así la bancarrota, la invasión, la patria. La cena acababa alegremente. Se intercambiaron otros brindis, ardientes y locuaces: el propio Cohen, con la sonrisa de quien cede al capricho de un crío, bebió a la salud de la Revolución y la Anarquía, brindis comprometido, propuesto por Ega, ya con el ojo muy brillante. El mantel acogía restos del postre. En el plato de Alencar las colillas de los cigarrillos se mezclaban con pedazos de pifia masticada. Dâmaso, inclinándose mucho sobre Carlos, elogiaba sus caballos ingleses y su faetón, que era la cosa más linda que se paseaba por Lisboa. Y tras su brindis de demagogo, sin motivo aparente, Ega arremetió contra Craft, injuriando a Inglaterra, queriendo excluirla del concierto de las naciones pensantes, amenazándola con una revolución social que la empapararía en sangre. El otro respondía con movimientos de cabeza, imperturbable, cascando nueces.

Los camareros sirvieron el café. Y como ya hacía tres largas horas que estaban a la mesa, todos se levantaron, rematando los puros, conversando con la viva animación del champán. En el salón, de techo bajo, con cinco lámparas de gas ardiendo a fuego vivo, se condensó un calor pesado, por el que ahora se iba esparciendo el aroma fuerte de los *chartreuses* y los licores, que se abría paso entre la niebla cenicienta del humo.

Carlos y Craft, que se ahogaban, salieron a respirar al balcón. Y allí retomaron enseguida, al amparo de aquella comunidad de gustos que comenzaba a unirles, la conversación de la Rua do Alecrim sobre la hermosa colección de Oliváís. Craft daba detalles: lo mejor y más raro que tenía era un armario holandés del siglo XVI. Por lo demás, algunos bronce, fayenzas y buenas armas...

Pero ambos se volvieron al oír adentro, junto a la mesa, voces destempladas, una suerte de conflicto naciente: Alencar, sacudiéndose la greña, gritaba en contra de la palabrería filosófica, mientras que Ega, en la mano una copa de coñac, pálido y afectando una tranquilidad superior, declaraba que todos aquellos espumarajos líricos que se publicaban eran dignos de la policía correccional...

—Vuelta a las andadas —le dijo Dâmaso a Carlos, acercándose al balcón—. Es por Craveiro. ¡Ambos están muy inspirados!

Sí, todo era por culpa de la poesía moderna, de Simão Craveiro, de su poema *La muerte de Satanás*. Ega había citado con entusiasmo una estrofa del pasaje en que el gran esqueleto simbólico se paseaba a la luz del día por el bulevar, vestido como una *cocotte*, arrastrando sus sedas rumorosas:

¡Y en el escote, entre dos costillas,

lucía un bouquet de rosas!

Alencar, que detestaba a Craveiro, un hombre de la «Idea Nueva», el paladín del Realismo, saltó triunfante, carcajeándose, denunciando en aquella magra estrofa dos errores gramaticales, un verso cojo y una imagen robada a Baudelaire.

Ega, que se había bebido seguidas dos copas de coñac, se puso muy hiriente, pasó al terreno personal.

—Yo sé por qué no le tragas, Alencar. Y el motivo no es muy noble. Todo viene del epigrama que te dedicó:

*Alencar de Alenquer^[79],
ardiente en primavera...*

—¿Ustedes no lo conocen? —continuó Ega volviéndose, convocando a los demás—. Es delicioso, de lo mejor de Craveiro.

»¿Nunca lo has oído, Carlos? Es sublime, sobre todo esta estrofa:

*»Alencar de Alenquer,
¿qué buscas? En la verde campiña
no coges la chiribita tierna,
no consultas la margarita...
¿Qué buscas? En la verde campiña,
Alencar de Alenquer, buscas mujer.*

»Del resto no me acuerdo, pero acaba con un grito de sentido común, una auténtica crítica a todo ese lirismo mentecato:

»Alencar de Alenquer, y un palo que te den.

Alencar se pasó la mano por la frente lívida, clavó sus hondos ojos en Ega, y con voz ronca y lenta le dijo:

—Escucha, muchacho, déjame decirte una cosa... Esos epigramas, las burdas cuchufletas de ese raquíptico y de los que le admiran, son para mí aguas de cloaca... Por lo que yo ¡me remango los pantalones! Me remango y nada más, mi querido Ega. ¡Me remango los pantalones!

Y se los remangó de verdad, mostrando los calzones largos, en un brusco gesto de delirio.

—Pues cuando te topes con semejantes albañales —le gritó Ega— ¡lo mejor que podrías hacer es agacharte a beber de ellos! ¡Así es como se fortalece la sangre y se robustece el lirismo!

Pero Alencar, sin prestarle atención, se dirigía a la concurrencia a berridos, dando

puñadas al aire:

—Si ese Craveirote no fuese un raquíto, tal vez me entretuviera en correrle a puntapiés por el Chiado, a él y a sus versitos, y a esas bobadas excrementicias con que humilló a Satanás... Y después de rebozarlo en el barro, ¡le aplastaba el cráneo!

—No es así como se aplastan cráneos —dijo Ega en tono de zumba.

Alencar se volvió hacia él con muy mala cara. La cólera y el coñac le habían puesto fuego en los ojos. Temblaba de los pies a la cabeza.

—¡Se lo aplastaba, João da Ega, se lo aplastaba! ¡Se lo aplastaba así, mira, así! — y se puso a dar patadas en el parqué, de modo que la habitación se estremecía, y la cristalería y la vajilla tintineaban—. ¡Pero no quiero, muchachos! Porque dentro de ese cráneo sólo hay excremento, vómito, pus, materia verde, y si se lo aplastara, y creedme que se lo aplastaba, muchachos, ese cerebro podrido infectaría la ciudad. ¡Sería el cólera! ¡La peste!

Carlos, al verle tan excitado, le cogió del brazo, intentando calmarle.

—¡Venga, Alencar! Son bobadas, no hay por qué molestarse...

Pero el otro se soltó, jadeante, se desabrochó la levita y soltó la última andanada:

—¡Es cierto, no vale la pena encorajinarse por culpa de ese Craveirote de la «Idea Nueva», ese truhán que no recuerda que la sucia de su hermana es una meretriz de tres al cuarto en Marco de Canaveses!^[80]

—¡No, hasta aquí hemos llegado, eso es pasarse de la raya, bellaco! —gritó Ega, abalanzándose sobre él con los puños cerrados.

Cohen y Dâmaso, asustados, le agarraron. Carlos se llevó hacia la ventana a Alencar, que se resistía, los ojos llameantes, la corbata deshecha. Había una silla caída. El correcto salón, con sus divanes de cuero, sus ramos de camelias, había adquirido un aire tabernario, de gresca de mala nota al amparo del humo de los cigarros. Dâmaso, muy pálido, casi sin voz, iba de uno a otro diciendo:

—¡Muchachos, muchachos! ¡Aquí, en el Hotel Central! ¡Por Dios! ¡Aquí!...

Ega, retenido por Cohen, berreaba, ya ronco:

—Ese bellaco, ese cobarde... ¡Déjeme, Cohen! Tengo que abofetearle... ¡Una santa es lo que es doña Ana Craveiro!... Valiente calumniador... ¡Déjenme que le estrangule!...

Craft, impasible, daba sorbos a su *chartreuse*. Ya había visto muchas agarradas entre dos literaturas rivales, con tirones de solapas, trompadas, explosiones de injurias. La torpeza de Alencar acerca de la hermana de Craveiro formaba parte de las costumbres de la crítica en Portugal: eran cosas que le dejaban indiferente, con una sonrisa de desdén en los labios. Además, sabía que la reconciliación no tardaría en llegar, ardiente y con grandes abrazos. Y no tardó. Alencar, siguiendo a Carlos, abandonó el vano de la ventana, abotonándose la levita, grave y como arrepentido. En una esquina de la sala, Cohen hablaba con Ega, severo, con la autoridad de un padre.

Al poco se volvió, alzó la mano, alzó la voz, y dijo que allí todos eran caballeros, y que como hombres de talento y de corazón hidalgo, los dos debían abrazarse...

—¡Venga, un *shake-hands*, Ega, hágalo por mí!... ¡Alencar, se lo ruego!

El autor de *Elvira* dio un paso al frente, el autor de las *Memorias de un átomo* avanzó la mano: pero el primer apretón fue torpe y blando. Entonces Alencar, generoso y magnánimo, exclamó que entre él y Ega no debía quedar ni una nube. Reconocía que se había excedido... ¡Aquel desgraciado genio suyo, aquel fuego en la sangre que tantos disgustos le había dado! ¡Sin el menor empacho declaraba que doña Ana Craveiro era una santa! La había conocido en Marco de Canaveses, en casa de los Peixoto... Como esposa, como madre, doña Ana era impecable. Y en el fondo, reconocía que a Craveiro talento no le faltaba...

Llenó una copa de champán y la levantó ante Ega, como un cáliz de altar:

—¡A tu salud, João!

Ega, generoso, le devolvió el brindis:

—¡A la tuya, Tomás!

Se abrazaron. Alencar juró que justo la víspera, en casa de doña Joana Coutinho, había manifestado que no conocía a nadie con más chispa que Ega. Ega afirmó al instante que no había poemas en los que la vena lírica corriese tan hermosamente como en los de Alencar. Se abrazaron de nuevo, con palmadas en los hombros. ¡Se trataron de «hermanos en arte», de «genios»!

—Son extraordinarios —dijo Craft por lo bajo a Carlos, buscando su sombrero—. Me trastornan, necesito aire...

Se iba haciendo tarde, ya eran las once. Pero aún se bebió más coñac. Luego Cohen se marchó, llevándose a Ega. Dâmaso y Alencar descendieron con Carlos, que quería volver a pie por el Aterro.

A la puerta, el poeta se detuvo solemnemente.

—Hijos míos —exclamó quitándose el sombrero y refrescándose la frente— creo que me he comportado como un *gentleman*, ¿no?

Carlos convino, le alabó mucho su generosidad...

—¡Me alegra que me digas eso, hijo, porque tú sabes lo que es ser un *gentleman*! Y ahora vamos a estirar las piernas por el Aterro... Pero deja que me llegue ahí enfrente a por un paquete de tabaco...

—¡Qué tipo! —exclamó Dâmaso viéndole alejarse—. La cosa empezaba a ponerse fea...

E inmediatamente, sin transición, comenzó a elogiar a Carlos. ¡El señor Maia no se figuraba cuánto tiempo hacía que deseaba conocerle!

—Oh...

—Créame usted... Yo no soy nada dado a la adulación... ¡Pregúntele a Ega cuántas veces le he dicho que es usted lo mejor que tenemos en Lisboa!

Carlos bajaba la cabeza, mordiéndose la risa. Dâmaso repetía, de todo corazón:

—¡Le aseguro que soy totalmente sincero, señor Maia! ¡Le ruego que crea en la sinceridad de mis sentimientos!

Sinceridad no le faltaba. Desde que Carlos vivía en Lisboa, tenía sin saberlo en aquel mozo gordo y mofletudo a un adorador mudo y completo. El betún de sus zapatos, el color de sus guantes, eran para Dâmaso motivo de adoración, y tan importantes como principios sagrados. Consideraba a Carlos un ejemplo superior de chic, de su querido chic, un Brummell, un d'Orsay^[81], un Morny, «uno de esos prodigios que sólo se ven fuera de Portugal», tal y como decía con ojos embelesados. Aquella tarde, sabiendo que iba a cenar con Maia, que iba a conocerle, se había pasado dos horas ante el espejo probándose corbatas, perfumándose como si fuera al encuentro de una mujer, y por Carlos había hecho estacionar allí su *coupé*, a las diez, con el cochero con una flor en la solapa.

—Entonces, ¿esa señora brasileña vive aquí? —preguntó Carlos, que había dado un par de pasos y miraba una ventana iluminada del segundo piso.

Dâmaso miró también.

—Su ventana da al otro lado. Llevan aquí quince días... Gente chic... Ella es un bombón. ¿Se ha fijado usted? En el barco hice mis avances... ¡Y ella respondía bien! Pero he estado muy ocupado desde que llegué: que si una cena aquí, una *soirée* allá, unas cuantas aventuritas... No he tenido tiempo de venir a verles, tan sólo les he dejado mi tarjeta. Pero ahora que parece que se quedan un poco más, no le quitaré ojo... Lo mismo me dejo caer por aquí mañana, porque, la verdad, siento un cosquilleo que... ¡Y a la menor que me quede a solas con ella, zas, le endoso un beso! Porque no sé usted, pero yo, en asuntos de mujeres, mi teoría es ésta: ¡acción!

Alencar volvía del estanco con un puro en la boca. Dâmaso se despidió, gritándole con fuerza al cochero, para que lo oyese Carlos, la *adresse* de la Morelli, la segunda dama del São Carlos.

—Buen muchacho este Dâmaso —dijo Alencar tomando del brazo a Carlos, y echando a andar por el Aterro—. Se lleva muy bien con los Cohen, y se le aprecia mucho en sociedad. Un joven con posibles, hijo del viejo Silva, el agiotista, que despellejó todo lo que pudo a tu padre, y a mí también. Pero él se firma Salcede, acaso el nombre de su madre, o tal vez inventado. Buen muchacho... ¡El padre era un auténtico bribón! Me parece estar oyendo a Pedro decirle, con su porte de hidalgo, que lo tenía, y del bueno: «¡Silva, judío, usurero a manos llenas!». Otros tiempos, mi querido Carlos, grandes tiempos. ¡Aquello eran hombres!

Y caminando por el largo Aterro, triste en la noche cerrada, con su fúnebre fila de mortecinas luces de gas, Alencar dio en hablar de «aquellos grandes tiempos» de su juventud y de la de Pedro. Y a través de sus frases de lírico, Carlos creía aspirar el aroma marchito de aquel mundo difunto... Era la época en que a los jóvenes aún les

quedaba en la sangre un resto del calor de las guerras civiles, y se desfogaban yendo en bandada por los cafés o reventando caballos de tres al cuarto en galopadas a Sintra. Sintra era entonces un nido de amores, y bajo los ramajes románticos las hidalgas se abandonaban a los poetas. Ellas eran Elviras, ellos eran Antonys^[82]. El dinero no escaseaba. La Corte era alegre. La Regeneración, literaria y galante, prometía levantar el país, aquel hermoso jardín de Europa. Los jóvenes letrados arribaban de Coimbra, trémulos de elocuencia. Los ministros de la Corona recitaban acompañados al piano. Y un mismo soplo lírico henchía las odas y los proyectos de ley...

—Lisboa era más divertida que ahora —dijo Carlos.

—¡Era otra cosa, mi querido Carlos! ¡Se vivía! No existían estos aires científicos de ahora, este galimatías filosófico, todos estos micos positivistas... ¡La gente tenía corazón! ¡Había chispa! Hasta en las cosas de la política... Nada que ver con esta pocilga de ahora, con este atajo de bellacos... En aquellos tiempos, ¡uno iba al Parlamento y palpaba la inspiración, los arranques de genio!... ¡Había algo en las cabezas!... Y luego, las mujeres, muchacho, había unas mujeres excepcionales.

Se encogía recordando aquel mundo perdido. Y parecía más lúgubre, con la pelambarrera de inspirado asomándole bajo las alas negras del sombrero viejo, con la levita raída y mal cortada, que se le pegaba lamentablemente a los flancos.

Por un momento caminaron en silencio. Luego, en la Rua das Janelas Verdes, a Alencar le apeteció *refrescar*. Entraron en una pequeña taberna en la que la mancha amarilla de una lámpara de petróleo quebraba una penumbra de subterráneo, iluminando el cinc húmedo del mostrador, las botellas de los estantes y la cara triste de la patrona, con su pañuelo atado al mentón. Alencar parecía íntimo del establecimiento: en cuanto supo que la señora Cándida tenía dolor de muelas, le aconsejó un par de remedios, campechano, descendido de las nubes románticas, acodado en el mostrador. Y cuando Carlos quiso pagar la cachaza, se enfadó, y estampó su moneda de dos tostones contra el cinc pulido, exclamando muy digno:

—¡Soy yo quien hace los honores en la bodega, mi querido Carlos! Otros pagarán en los palacios... ¡En la taberna pago yo!

En la puerta se cogió del brazo de Carlos. Y tras unos pasos lentos en el silencio de la calle, se detuvo de nuevo y murmuró con una voz vaga, contemplativa, como imbuida de la vasta solemnidad de la noche:

—¡Esa Raquel Cohen es divinamente bella! ¿La conoces?

—De vista.

—¿No te recuerda a las mujeres de la Biblia? No me refiero a una de aquellas viragos como Judit o Dalila... Sino a ciertos lirios poéticos de la Biblia... ¡Es seráfica!

Era su pasión platónica del momento, su dama, su Beatriz...

—¿Viste hace tiempo, en el *Diário Nacional*, los versos que le hice?

*¡Abril llegó! Sé mía,
le decía el viento a la rosa.*

¡No estaban del todo mal! Primero su punta de malicia: *¡Abril llegó! Sé mía...* Y luego: *le decía el viento a la rosa*. ¿Comprendes? Está matizado a tiempo. Pero no voy a pensar nada raro, no le hago la corte... Es la mujer de Cohen, un amigo, un hermano... Raquel es para mí como una hermana... Pero divina. ¡Esos ojos, muchacho, son puro terciopelo líquido!

Se quitó el sombrero por refrescarse un poco la ancha frente. Después, con otro tono, como si le costara:

—Ese Ega tiene mucho talento... Va mucho donde los Cohen... A Raquel le hace gracia...

Carlos se había detenido, estaban ante el Ramalhete. Alencar echó una mirada a la severa fachada conventual, dormida, sin un punto de luz.

—Tiene buen aspecto esta casa vuestra... Entra tú, yo sigo hasta mi covacha. Cuando quieras, allí me tienes, Rua do Carvalho, 52, tercer piso. El inmueble es mío, pero yo ocupo el tercer piso. Comencé viviendo en el primero, pero he ido subiendo... Es en lo único en que he subido...

E hizo un gesto como si desdeñara aquellas miserias.

—Tienes que venir a cenar un día. No puedo ofrecerte un banquete, pero sí una sopa y un asado... Mi fiel Mateus, un negro (un amigo), que me sirve desde hace muchos años, cuando hay que cocinar ¡sabe hacerlo! Tu padre, mi pobre Pedro, cenó mucho en mi casa... En aquellos tiempos era una casa alegre. Yo di mesa y cama, y dinero de bolsillo, a muchos de esos canallas que ahora van por ahí en un *coupé* de la Compañía, con un correo detrás, y que cuando me ven vuelven la jeta hacia otro lado...

—Eso son imaginaciones tuyas —le dijo Carlos amistosamente.

—No, no lo son —respondió el poeta con gravedad y amargura—. No, Carlos. Tú no sabes de mi vida. Me he dado muchos batacazos, muchos. Y te aseguro que no me los merecía...

Cogió a Carlos del brazo, y con voz quebrada le dijo:

—Muchos de éstos que van pavoneándose por ahí, antaño se emborracharon conmigo, yo les presté no poco dinero, les invité a cenar mil veces... Y ahora son ministros, embajadores, personajes, el Diablo en persona. ¿Te han ofrecido a ti algo del pastel, ahora que está en su mano? Pues a mí tampoco. Y eso es duro, Carlos, muy duro. Y qué demonios, yo no pretendía que me hiciesen conde o me dieran una embajada... Pero un puesto en algún ministerio... Pues ¡nada! En fin, aún tengo para pan y tabaco... Aunque con tanta ingratitud me he cubierto de canas... Pero no

quiero molestarte más, ¡que Dios te haga tan feliz como te mereces!

—¿No quieres subir un poco?

Tanta generosidad enterneció al poeta.

—Gracias, muchacho —dijo abrazando a Carlos—. Te lo agradezco porque sé que me invitas de corazón... Todos los Maia tienen corazón... ¡Ya tu padre lo tenía, grande y ancho como de león! Créeme: tenme por un amigo. No es palabrería, me sale de dentro... Adiós, muchacho. ¿Quieres un puro?

Carlos lo aceptó como si fuera un regalo del cielo.

—¡Ahí tienes un puro, hijo mío! —exclamó Alencar con entusiasmo.

Y aquel puro dado a un hombre tan rico, al dueño del Ramalhete, le devolvía a los tiempos en que en el Marrare él tendía la purera llena a unos y a otros, con su gran aire de Manfredo^[83] triste. Se interesó por el puro. Él mismo le prendió a Carlos un fósforo. Se cuidó de que se encendiera bien. ¿Qué tal? ¿Un puro razonable? ¡A Carlos le parecía excelente!

—¡Me alegro de que esté bien!

Le abrazó otra vez, y ya daban la una cuando se alejó, más ligero, más contento consigo mismo, tarareando un retazo de fado.

Carlos, ya en su cuarto, antes de acostarse, mientras se acababa el pésimo puro de Alencar tumbado en su *chaise longue* y Baptista le preparaba una taza de té, pensó en aquel extraño pasado evocado por el viejo lírico...

¡Y qué atento era el pobre Alencar! Con qué cuidado exagerado, al hablar de Pedro, de Arroios y de los amores de entonces, había evitado siempre pronunciar siquiera el nombre de Maria Eduarda. Más de una vez, caminando por el Aterro, había estado a punto de decirle: «Puedes hablar de mi madre, amigo Alencar, sé que se fugó con un italiano».

Esto le trajo a la memoria la forma en que se había enterado de aquella historia lamentable, en Coimbra, una noche de farra, casi grotescamente. Porque el abuelo, obedeciendo las instrucciones de la carta testamentaria de Pedro, le había contado una historia decente: un matrimonio fruto de la pasión, incompatibilidad de caracteres, una separación cortés, después la marcha a Francia de su madre con la niña, donde ambas habían muerto. Y nada más. La muerte de su padre siempre se le había presentado como el brusco remate de una larga neurosis...

Pero Ega lo sabía todo por sus tíos... Una noche Carlos había estado cenando con él, y Ega, muy bebido, en un acceso de idealismo, se atrevió con una paradoja tremenda, señalando la honestidad de las mujeres como indicio de la decadencia de las razas, y para prueba estaban los bastardos, siempre inteligentes, bravos y gloriosos. ¡Él, Ega, se sentiría orgulloso de su madre si, en lugar de ser una santa burguesa que rezaba el rosario junto a la chimenea, fuese como la madre de Carlos, una inspirada que por amor a un exiliado había renunciado a su bienestar, al respeto

ajeno, la honra y la vida! Carlos, al oír aquello, se había quedado petrificado sobre el puente, a la luz serena de la luna. Pero no le pudo preguntar nada a Ega, que farfullaba incontinente, ahogándose, y que no iba a tardar en vomitar innoblemente en sus brazos. Tuvo que arrastrarle hasta casa de las hermanas Seixas, desvestirle, soportarle los besos y la ternura borracha, hasta que al fin le dejó abrazado a la almohada, babeando, balbuciendo «que le hubiera gustado ser bastardo, que su madre fuese una pelandusca...».

Carlos apenas pudo dormir aquella noche, pensando en aquella madre tan distinta a la que le habían contado, que había huido en brazos de un desterrado, ¡tal vez un polaco! Al día siguiente, temprano, se presentó en el cuarto de Ega, dispuesto a que le contase, por la amistad que les unía, toda la verdad...

¡Pobre Ega! Se encontraba mal, pálido como el pañuelo que tenía atado a la cabeza con paños de agua sedativa, y no lograba articular palabra. Carlos, sentado en la cama, como en las noches de charla, le tranquilizó. ¡No estaba ofendido, sino lleno de curiosidad! Le habían ocultado un episodio extraordinario de la historia de su familia, y ¡qué diablos, quería enterarse de todo, por más novelesca que fuera la cosa!

Visto aquello, Ega se animó, y balbució su historia —la que había oído a su tío— la pasión de Maria por un príncipe, su fuga, el largo silencio de años creado en torno a ella...

Las vacaciones estaban al caer. Nada más llegar a Santa Olávia, Carlos le contó a su abuelo la borrachera de Ega, sus locas divagaciones, y aquella revelación hecha en medio de un ataque de hipo. ¡Pobre abuelo! Durante unos instantes se quedó sin habla, y cuando la voz le volvió era tan débil como si el corazón se le estuviera parando. Pero le contó con todo detalle el feo romance, hasta la tarde en que Pedro fue a verle lívido, cubierto de barro, y cayó en sus brazos llorando su dolor con la debilidad de un niño. El desenlace de aquel amor culpable, añadió el abuelo, había sido la muerte de su madre en Viena, y la muerte de la pequeña, su nieta, a la que nunca había llegado a ver, llevada consigo por la Monforte... Y no había más. Así había quedado enterrada aquella vergüenza doméstica, allí, en la tumba de Santa Olávia, y en dos sepulturas lejanas, en un país extranjero...

Carlos aún recordaba que aquella misma tarde, tras la melancólica conversación con su abuelo, tenía que montar una yegua inglesa: en la cena no se habló más que de la yegua, que se llamaba «Sultana». Y lo cierto era que al cabo de unos días él mismo ya no se acordaba de su madre. No lograba sentir por aquella tragedia sino un vago interés literario. Eran hechos de hacía veinte años, acaecidos en una sociedad que ya no existía. Era como un episodio histórico de una vieja crónica de familia, el antepasado muerto en Alcazarquivir^[84] o la abuela que había compartido el lecho real. Aquello no le hizo derramar ni una sola lágrima, no le tiñó de rubor las mejillas. Era cierto que hubiera preferido enorgullecerse de su madre como de una rara y noble

flor de virtud, pero no era cosa de amargarse el resto de su vida por los errores de ella. Porque la honra de él no estaba supeditada a los impulsos errados y torpes del corazón de su madre. Había pecado, había muerto, era todo. Le restaba, eso sí, la idea del padre poniendo fin a su vida en un mar de sangre, víctima de la desesperación. Un padre al que no había conocido: lo único que de él y de su memoria le quedaba, lo único que poder amar, era aquel frío retrato mal pintado que colgaba en el cuarto en que se vestía, y que representaba a un joven moreno, de ojos grandes, con guantes amarillos de cabritilla y una fusta en la mano... De su madre no había quedado ni un daguerrotipo, ni un perfil a lápiz. El abuelo le había contado que era rubia. Era todo lo que sabía. No los había conocido, no se había dormido en sus brazos, no había recibido el calor de su ternura. Un padre, una madre, eran para él como símbolos de un culto convencional. Su padre, su madre, los seres amados, los tenía a la vista, congregados en el abuelo.

Baptista le había llevado su té, y ya se había acabado el puro de Alencar, pero seguía en su *chaise longue*, sumido blandamente en aquellos recuerdos, cediendo al sueño y al cansancio de la larga cena... Fue entonces cuando poco a poco, ante sus párpados cerrados, una visión fue tomando color hasta llenar el aposento. Sobre el río, la tarde moría en una paz elísea. A la puerta del Hotel Central, la luz se detenía un momento. Aparecía un negro canoso, con una perrita en brazos. Una mujer pasaba, alta, con una carnación ebúrnea, bella como una diosa, enfundada en un abrigo de terciopelo blanco de Génova. A su lado Craft decía: «*Très chic*». Él sonreía, embelesado con aquellas imágenes, que tenían el relieve, la línea sinuosa y la coloración de las cosas vivas.

Eran las tres cuando se acostó. Y apenas se hubo dormido al amparo de los cortinajes de seda, vio de nuevo el hermoso día de invierno que moría mansamente, bañado en tonos rosáceos. Allí estaba la fachada banal del hotel, aún dorada por las luces de la tarde; y el criado negro con la perrita en brazos; una mujer pasaba, con un abrigo de terciopelo blanco de Génova, más alta que una criatura humana, caminando sobre las nubes, con un imponente aire de Juno rumbo al Olimpo: la punta de sus zapatos de charol se hundía en la luz del cielo, y sus faldas tremolaban como banderas al viento. Ella pasaba una y otra vez... Y Craft decía: «*Très chic*». Después se imponía la confusión y aparecía Alencar, un Alencar gigantesco, que llenaba el azul, que ocultaba el brillo de las estrellas con su levita negra y mal cortada, los bigotes al viento, a merced del vendaval de las pasiones, alzando los brazos y clamando en el espacio:

¡Abril llegó, sé mía!

VII

En el Ramalhete, tras el almuerzo, con las tres ventanas del despacho abiertas a la tibia luz de un hermoso día de marzo, Afonso da Maia y Craft jugaban una partida de ajedrez junto a la chimenea sin lumbre, ahora llena de plantas, fresca y festiva como un altar doméstico. Sobre la alfombra, echado en un rayo oblicuo de sol, el «Reverendo Bonifácio», enorme y blando, dormía su siesta ligera.

Craft se había vuelto, en pocas semanas, un íntimo del Ramalhete. La similitud de gustos e ideas entre Carlos y él, su mismo fervor por el *bric-à-brac* y el *bibelot*, la entrega apasionada de ambos a la esgrima y un parejo diletantismo de espíritu, les habían valido una rápida y amable relación. Por su parte, Afonso tampoco tardó en sentir una alta estima hacia aquel *gentleman* de pura raza inglesa, tal y como a él le gustaban, cultivado y fuerte, de maneras circunspectas, de hábitos robustos, que sentía finamente y pensaba con rectitud. Ambos habían descubierto su entusiasmo compartido por Tácito, Macaulay, Burke e incluso los poetas lakistas. Craft jugaba muy bien al ajedrez. Y su carácter se había curtido en largos y esforzados viajes. Para Afonso da Maia, «era un hombre de los de verdad». Craft, siempre madrugador, salía pronto de Oliváis a caballo, y a veces se presentaba a almorzar por sorpresa en el Ramalhete. Por gusto de Afonso, no hubiera cenado en ningún otro sitio. Pero al menos las veladas las pasaba invariablemente en el Ramalhete, pues, según afirmaba, al fin había encontrado en Lisboa un lugar donde se podía conversar bien sentado, entre gente con ideas y buena educación.

Carlos salía poco de casa. Trabajaba en su libro. Su incipiente clientela, que le había hecho concebir esperanzas de una carrera activa, plena, se había esfumado sin pena ni gloria. Le quedaban tan sólo tres clientes del barrio. Y sentía ahora que sus coches, sus caballos, el Ramalhete, su afición al lujo, le condenaban irremisiblemente al diletantismo. Ya se lo había dicho un día, con toda franqueza, el perspicaz doctor Teodósio: «¡Usted es demasiado elegante para ser médico! Sus enfermas, claro, ¡coquetean con usted! ¿Qué burgués le confiaría a su esposa, le introduciría en su alcoba?... ¡Es usted el terror de los paterfamilias!». Hasta el laboratorio le había perjudicado. Los colegas decían que Carlos, rico, inteligente, ávido de innovaciones, de modernidad, experimentaba a cuenta de los clientes. Se pitorrearon mucho de su idea, presentada en la *Gazeta Médica*, para prevenir epidemias mediante la inoculación de los virus. Le consideraban un fantaseador. Y a él no le quedaba más remedio que refugiarse en aquel libro sobre la medicina antigua y moderna, *su libro*, en el que trabajaba con ocios de artista rico, y del que pretendía hacer el centro de su labor intelectual durante uno o dos años.

Aquella mañana, mientras adentro proseguía, grave y silenciosa, la partida de ajedrez, Carlos, en la terraza, a la sombra del toldo, echado en una tumbona india de

bambú, se acababa su puro leyendo una revista inglesa, bañado por la caricia tibia de un hálito de primavera que aterciopelaba el aire, que hacía desear arboledas y hierbas...

A su lado, en otra tumbona de bambú, también con un puro en la boca, el señor Dâmaso Salcede recorría el *Figaro*. Con las piernas estiradas y una indolencia como de íntimo, el amigo Carlos junto a él, a la vista las rosas de los rosales de Afonso, y sintiendo a sus espaldas, a través de las ventanas abiertas, el noble y rico interior del Ramalhete, el hijo del agiotista saboreaba una de aquellas horas deliciosas que últimamente vivía en la intimidad de los Maia.

A la mañana siguiente de la cena en el Central, el señor Salcede se había pasado por el Ramalhete a dejar su tarjeta, objeto complicado y vistoso, que en un ángulo llevaba, bajo un doblez simulado, su fotografía, con un casco con plumas sobre el nombre, Dâmaso Cândido de Salcede, y debajo sus títulos, Comendador de la Orden de Cristo, y al pie su *adresse*, *Rua de São Domingos, Lapa*^[85], Pero la dirección aparecía tachada, y a su lado, escrita en tinta azul, se leía esta otra, mucho más aparatosa: Grand Hôtel, Boulevard des Capucines, Chambre n° 103. No tardó en presentarse en el consultorio, donde dejó otra tarjeta al criado. En fin, una tarde, en el Aterro, viendo pasar a Carlos a pie, corrió hacia él, se le pegó, y consiguió acompañarle al Ramalhete.

Una vez allí, nada más pisar el patio, prorrumpió en exclamaciones extáticas, como si se hallara en un museo, lanzando ante las alfombras, las fayenzas y los cuadros su gran frase: «¡Auténtico chic!». Carlos le llevó al *fumoir*, él aceptó un puro y comenzó a explicar, cruzado de piernas, algunas de sus opiniones y algunos de sus gustos. Lisboa le parecía un cuchitril, él sólo se hallaba a gusto en París, más que nada en lo tocante al género femenino, del que en Lisboa se pasaban auténticas hambres, y eso que en aquel particular la Providencia le era benévola. Le gustaba también el *bric-à-brac*, pero había mucha filfa, y las sillas antiguas, por ejemplo, no eran nada cómodas. La lectura le entretenía mucho, siempre tenía libros en la cabecera de la cama; últimamente andaba a vueltas con Daudet, que le habían dicho que era muy chic, pero a él le parecía confusote. De más joven, no había noche que no saliera hasta las cuatro o las cinco de la madrugada, ¡era la locura! Ahora no, estaba cambiado, le gustaba la tranquilidad. En fin, eso no quitaba para que, de vez en cuando, se diese a algún que otro exceso, aunque sólo en días de fiesta... Y las preguntas que le hizo a Carlos fueron terribles. ¿Al señor Maia le parecía chic tener un *cab* inglés? ¿Qué era más elegante, para un joven de la buena sociedad que deseara pasar fuera el verano, Niza o Trouville?... Después, al irse, muy serio, casi conmovido, le preguntó al señor Maia (si el señor Maia no hacía secreto de ello) cuál era su sastre.

A partir de aquel día no le dejó ni a sol ni a sombra. Si Carlos aparecía en el

teatro, Dâmaso abandonaba a toda prisa su sitio, a menudo sin respetar la solemnidad de un aria, y pisando los botines de los caballeros, chafando el vestido a las damas, corría, con una brusca apertura de su clac, al palco de Carlos, todo por sentarse a su lado, los carrillos rojos, la camelia en el ojal, haciendo por que se vieran sus gemelos, un par de bolas enormes. En una o dos ocasiones en que Carlos entró casualmente en el Grémio Literário, Dâmaso abandonó sin más la partida, indiferente a la indignación de sus compañeros, para pegarse como una lapa a su Carlos y obsequiarle con marrasquino o puros, siguiéndole de sala en sala como un perro faldero. Una vez, habiendo Carlos hecho una broma trivial, Dâmaso se deshizo en carcajadas sollozantes, rodando por los sofás, diciendo, con la mano en el estómago, que se moría de risa. Se formó corrillo de socios, y él, sofocado, repitió la gracia. Carlos huyó, sintiéndose vejado. Llegó a odiarle. Le respondía con monosílabos. Giraba bruscamente el *dog-cart* en cuanto avistaba a lo lejos sus carrillos, su pierna rolliza. Pero era en vano: Dâmaso Cândido de Salcede le había atrapado para siempre.

Más adelante, un buen día, Taveira apareció en el Ramalhete con una historia extraordinaria. La víspera, en el Grémio (se lo habían contado, él no lo había visto) un individuo, un tal Gomes, había, en un grupo en el que se hablaba de los Maia, alzado la voz gritando que Carlos era un asno. Dâmaso, que se hallaba cerca, sumergido en la *Ilustração*, se levantó muy pálido, y declaró que teniendo el honor de ser amigo del señor Carlos da Maia, le partiría la cara con el bastón al señor Gomes si osaba volver a ensuciar el nombre de aquel caballero. Gomes tuvo que tragarse la afrenta con los ojos puestos en el suelo, porque era raquíptico de nacimiento, y además inquilino de Dâmaso, y le debía varios meses. A Afonso da Maia aquello le pareció un lance brillante, y por deseo suyo Carlos llevó un día al señor Salcede a cenar al Ramalhete.

Aquel día le pareció a Dâmaso hermosísimo, como hecho de azul y oro. Pero mejor aún fue la mañana en que Carlos, algo indispuerto y en cama, le recibió en su cuarto, como entre camaradas... De ahí databa su intimidad: pasó a tratar a Carlos con cierta desenvoltura. Y aquella misma semana le demostró que era útil: fue a despachar a la Aduana (Vilaça se hallaba en el Alentejo) un paquete de ropa para Carlos. Un día encontró a Carlos copiando un artículo para la *Gazeta Médica*, y le ofreció su buena letra, una letra prodigiosa, de una belleza litográfica. En adelante se pasaba las horas a la mesa de Carlos, aplicado y coloradote, con la punta de la lengua fuera, los ojos muy abiertos, copiando notas, extractos de revistas, materiales para el libro... A cambio de tanta dedicación, se merecía el *tú*. Carlos pasó a tutearle.

Y pese a todo, Dâmaso le imitaba con una minuciosidad inquieta, desde la barba, que ahora se había dejado, hasta la forma de los zapatos. Se pasó al *bric-à-brac*. Siempre llevaba el *coupé* lleno de basura arqueológica, hierros viejos, un trozo de

ladrillo, el asa rota de una tetera... Y en cuanto avistaba a un conocido, mandaba parar, entreabría la portezuela como quien da acceso a un sagrario, y exhibía sus tesoros:

—¿Qué te parece? ¡Auténtico chic!... Voy a enseñárselo a Maia. Y mira esto... Pura Edad Media, del reinado de Luis XIV. ¡Carlos se va a morir de envidia!

Pero aquella intimidad de rosas también tenía para Dâmaso malos momentos. No era nada divertido asistir en silencio, hundido en una poltrona, a las inacabables discusiones de Carlos y Craft sobre arte y ciencia. Y, tal y como confesó luego, llegó a molestarse un poco cuando le llevaron al laboratorio para experimentar con electricidad en su cuerpo... «Parecían dos demonios cebándose en mí», le dijo a la condesa de Gouvarinho, «¡en mí, que no soporto el espiritismo!».

Mas todo aquello se compensaba sobradamente cuando por la noche, en un sofá del Grémio, o tomando el té en alguna casa amiga, podía decir, pasándose la mano por el pelo:

—Hoy he pasado un día divino con Maia. Esgrima, *bric-à-brac*, charla... ¡Un día de lo más chic! Mañana tengo una mañana de trabajo con Maia... Vamos a ver colchas.

Aquel domingo, justamente, era cuando tenían que ir a ver las colchas, a Lumiar^[86]. A Carlos se le había ocurrido revestir todo un *boudoir* con colchas antiguas de satén, bordadas en dos tonos escogidos, gris perla y botón de oro. El tío Abraão había revuelto Lisboa y los alrededores en su busca. Y aquella mañana le había anunciado a Carlos la existencia de dos preciosidades, *so beautiful! oh! so lovely!*, en casa de unas señoras Medeiros, que aguardaban al señor Maia a las dos...

Ya Dâmaso había tosido tres veces, mirado el reloj, pero viendo a Carlos confortablemente enfrascado en su revista, reforzó su indolencia de hombre chic, concentrándose en su *Figaro*. Por fin el reloj Luis XV cantó adentro las dos...

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Dâmaso a la par, palmeándose la pierna—. ¿A que no sabes de quién habla el *Figaro*? ¡De Susana! ¡De mi Susana!

Carlos no se inmutó.

—Carlos, perdona. Oye esto. Ésta sí que es buena. Esta Susana es una pequeña que yo tuve en París... ¡Un romance! Se enamoró de mí, quiso envenenarse, ¡menuda historia!... Pues cuenta el *Figaro* que ha debutado en el Folies-Bergères. Hablan de ella... ¿Qué te parece, eh? Era una chiquita chic... Y el *Figaro* dice que ha tenido sus aventuras. Naturalmente, están al corriente de lo que hubo entre nosotros... Todo París lo sabía. ¡Esta Susana! Tenía unas piernas bonitas. ¡Lo que me costó librarme de ella!

—¡Mujeres! —murmuró Carlos, refugiándose aún más en su revista.

Dâmaso era interminable, torrencial, incontenible cuando hablaba de «sus conquistas», instalado como estaba en la sólida certidumbre de que todas las mujeres,

pobrecillas, vivían fascinadas por su persona y su *toilette*. Y en Lisboa no era falso. Rico, apreciado en la buena sociedad, con *coupé* y caballos, todas las muchachas le miraban dulcemente. Y en el *demi-monde*, como él decía, «tenía auténtico prestigio». Desde joven era célebre en la capital por haber puesto casa a españolas; a una, hasta le había alquilado mensualmente un carruaje. Aquel fasto excepcional le convirtió muy pronto en el don João V de los prostíbulos^[87]. Se sabía también de su relación con la vizcondesa da Gafanha, un pellejo desgarrado, toda pintarrajeada y llena de afeites, a la que habían sacado el jugo todos los hombres sanos del país. Andaba por los cincuenta cuando le llegó su turno a Dâmaso, y lo cierto es que no era plato de gusto tener en brazos aquel esqueleto chirriante y lúbrico. Pero se contaba de ella que de joven había dormido en un lecho real, y que augustos bigotes la habían chupeteado. Tanto honor fascinó a Dâmaso, que se pegó a ella con una fidelidad tan faldera, que la decrepita criatura, harta, aburrida, tuvo que ponerle en la puerta entre insultos. Después vivió su tragedia: una actriz del teatro Príncipe Real, una montaña de carne, se enamoró de él, y una noche de celos y ginebra se tragó una caja de fósforos. Naturalmente, al cabo de unas horas se encontraba bien, tras haber vomitado abominablemente sobre el chaleco de Dâmaso, que lloraba a su lado, pero que desde aquel día se creyó un hombre fatal. Tal y como le decía a Carlos, después de tanto drama en su vida, ya casi no se atrevía a mirar a una mujer.

—¡Menudas las tuve yo con esa Susana! —murmuró tras un silencio en que se estuvo toqueteando los pellejos de los labios.

Y con un suspiro volvió a su *Figaro*. Se hizo otra vez el silencio en la terraza. Dentro, la partida continuaba. Más allá de la sombra del toldo, el sol comenzaba a calentar, batiendo en la piedra, en las macetas de loza blanca, con una refracción de oro claro en la que palpitaban las alas de las primeras mariposas, que volaban en torno a los claveles en flor. Abajo, el jardín verdeaba, inmóvil en la luz, sin un bullir de ramas, refrescado por el canto del surtidor, por el brillo líquido del agua en el estanque, avivado aquí y allá por el rojo o el amarillo de las rosas, por la carnación de las últimas camelias... El trozo de río que se divisaba entre los edificios era azul marino, como el cielo, y entre el río y el cielo, el monte ponía una gruesa franja verde oscura, casi negra por el resplandor del día, con sus dos molinos parados en lo alto, las dos casitas blanqueando en la orilla, tan luminosas y cantarinas que parecían vivir. Un reposo durmiente de domingo envolvía el barrio. Y muy arriba, por los aires, cruzaba el claro repique de una campana.

—El duque de Norfolk ha llegado a París —dijo Dâmaso con tonillo de entendido y cruzándose de piernas—. El duque de Norfolk es chic, ¿no es cierto, Carlos?

Carlos, sin levantar los ojos, hizo un gesto muy encomiástico, como expresando el grado sumo de lo chic.

Dâmaso dejó de lado el *Figaro* y engarzó un cigarro en su boquilla. Se

desabrochó los últimos botones del chaleco, se sacó la camisa un poco para que se viera mejor el monograma, una S enorme bajo una corona de conde, y con los párpados cerrados y los labios en círculo y hacia fuera, se limitó a chupar con gravedad la boquilla...

—Hoy se te ve estupendo, Dâmaso —le dijo Carlos, que también había dejado la revista y le miraba melancólicamente.

Salcede se puso colorado de gozo. Se echó una mirada al lustre de los zapatos, a los calcetines color carne, y volviendo hacia Carlos sus órbitas azuladas, dijo:

—Sí, no ando mal últimamente... Aunque un tanto *blasé*.

Y fue con un verdadero aire *blasé* como se levantó y se dirigió hacia la mesa de la prensa y los cigarros en busca de la *Gazeta Ilustrada*, para ver «cómo iba la patria». En cuanto le puso los ojos encima, soltó una exclamación.

—¿Otro debut? —preguntó Carlos.

—¡No, es el bestia de Castro Gomes!

La *Gazeta Ilustrada* anunciaba que «el señor Castro Gomes, el caballero brasileño que en Oporto había sido víctima de su altruismo con ocasión de la desgracia acaecida en la Praça Nova, y de la que nuestro corresponsal J. T. nos ofreció una descripción de opulento colorido realista, se ha restablecido ya, y hoy se le espera en el Hotel Central. Nuestra enhorabuena al arrojado *gentleman*».

—¡Así que el señor se ha restablecido! —exclamó Dâmaso, tirando a un lado el periódico—. Estupendo, así tendré ocasión de decirle a la cara lo que pienso... ¡Sinvergüenza!

—No exageres —exclamó Carlos, que se apoderó del periódico con interés y releía la noticia.

—¿Exagerar? —exclamó Dâmaso poniéndose en pie—. ¡Ya me gustaría ver cómo reaccionabas tú en el mismo caso!... ¡Es un animal! ¡Un salvaje!

Y una vez más le contó a Carlos la historia que tanto le ofendía. Desde su arribada de Burdeos, en cuanto Castro Gomes se hubo instalado en el Hotel Central, él había pasado a dejar su tarjeta dos veces, la última a la mañana siguiente de la cena de Ega. Pues bien, ¡el señor aún no se había dignado agradecer la visita! Luego, ellos se habían ido a Oporto. Allí, mientras se paseaba a solas por la Praça Nova, los caballos de una calesa se habían desbocado con dos señoras gritando; Castro Gomes se había lanzado a atrapar el freno, pero los caballos le habían repelido contra las verjas y se había dislocado un brazo. Se tuvo que quedar en Oporto, en el hotel, cinco semanas. Él, sin demora (siempre con el ojo puesto en la mujer) le había enviado dos telegramas: uno de condolencia, lamentando el accidente; otro de demostración de interés, pidiendo noticias. ¡Y ni a uno ni a otro había respondido el muy bestia!

—¡Increíble! —exclamaba Salcede paseándose por la terraza y recordando tamañas injurias—. Pero ¡me las pagará!... Aún no he pensado cómo, pero le va a

costar caro... ¡Yo desconsideraciones no admito! ¡A nadie!

Y ponía ojos amenazadores. Desde el lance en el Grémio, en que el raquíptico despavorido se había achantado, Dâmaso se había vuelto feroz. A la menor ya hablaba de «partir caras».

—¡A nadie! —repetía, con los pulgares tironeando del chaleco—. Desconsideraciones ¡a nadie!

En aquel preciso instante se oyó adentro, en el despacho, la voz rápida de Ega, y casi de inmediato apareció en la terraza, con prisa y como descompuesto.

—¡Hola, Dâmasozinho!... Carlos, ¿tienes un momento?

Bajaron al jardín, deteniéndose junto a los ciclamores en flor.

—¿Tienes dinero? —le preguntó Ega ansiosamente.

Le contó su terrible apuro. Tenía una letra de noventa libras que vencía al día siguiente. Y además, le debía veinticinco libras a Eusèbiozinho, el cual se las había reclamado en una carta indecente. Era excesivo...

—Quiero pagar a ese canalla. Y cuando le vea, le pegaré la carta a la cara con un escupitajo. Y por si fuera poco, ¡la letra! Y todo lo que tengo son quince tostones...

—Eusèbiozinho es un hombre de orden... En fin, necesitas ciento quince libras —dijo Carlos.

Ega dudó, un poco ruborizado. Ya le debía dinero a Carlos. ¡Siempre se dirigía a él, como a un cofre inagotable!...

—No, con ochenta basta. Empeñaré el reloj, y el abrigo, que ya no hace frío...

Carlos sonrió y subió al cuarto a extender un cheque, mientras que Ega buscaba con todo cuidado un bonito botón de rosa que ponerse en el ojal. Carlos no tardó en volver, cheque en mano: ciento veinte libras, para que Ega estuviese *cubierto*.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo el otro guardándose el papel con un suspiro de manifiesto alivio.

Volvió a tronar contra Eusèbiozinho. Era un bellaco, pero ya sabía cómo vengarse. Pensaba devolverle la suma en calderilla, en un saco de carbón, con un ratón muerto dentro, y una nota que comenzase: «Asquerosa lombriz y vil lagartija, ahí tienes, etc».

—¡No sé cómo puedes admitir en tu casa a un ser tan repulsivo, dejar que use tus sillones, que respire tu mismo aire!...

Pero ¡ya de por sí era algo tan sucio mencionar a Eusèbiozinho!... Se interesó por los trabajos de Carlos, por su gran libro. Habló también de su *Átomo*. Y luego, con una voz diferente, mirándole a través del monóculo:

—¿Y por qué no has vuelto donde los Gouvarinho?

Carlos sólo tenía una razón: se aburría allí.

Ega se encogió de hombros. Su actitud le parecía un poco pueril.

—No has entendido nada —exclamó—. Esa mujer se siente atraída por ti... Basta

con que se pronuncie tu nombre para que la sangre se le suba a la cara.

Y como Carlos se riese, incrédulo, Ega, con toda la gravedad del mundo, le dio su palabra de honor. Sin ir más lejos, la víspera, mientras él hablaba de Carlos, la había estado espiando. Y él, sin ser un Balzac ni ningún otro prodigio de penetración, tenía su ojo... Pues bien, había reconocido en su cara, en sus ojos, la cumplida expresión de un sentimiento sincero...

—¡No me invento nada!... Le gustas, ¡te lo juro! ¡Es tuya en cuanto quieras!

A Carlos le parecía deliciosa aquella naturalidad mefistofélica con que Ega le inducía a romper una infinidad de leyes religiosas, morales, sociales, domésticas...

—¡Ah, de acuerdo! —exclamó Ega—. Si me sales con esa *blague* del catecismo, del código imperante y demás patrañas, ¡no hay nada que hablar! Si te han pegado la sarna de la virtud y te reconcomes por nada, eres hombre perdido: vete a la Trapa a comentar el Eclesiastés...

—No —dijo Carlos, sentándose en un banco bajo los árboles, en cierto modo aún sumido en la molicie de la terraza— mis razones no son tan nobles. Si no voy por allí, es porque Gouvarinho me parece un plasta.

Ega esbozó una sonrisa muda.

—Si huyéramos de las mujeres cuyos maridos son unos plastas...

Se sentó junto a Carlos, y en silencio comenzó a trazar rayas en el suelo arenoso. Sin levantar los ojos, dejó caer las palabras una a una, con melancolía:

—Anteayer, durante toda la noche, desde las diez a la una, tuve que tragarme la historia entera del pleito del Banco Nacional.

Era casi una confidencia, un desahogo de los tedios secretos en que se debatía, en el mundo de los Cohen, su temperamento de artista. Carlos se compadeció.

—Mi pobre Ega, ¿el pleito entero?

—¡Entero! ¡Y la lectura del informe de la asamblea general! ¡Y me mostré muy interesado! ¡Y di mi opinión y todo!... La vida es un asco.

Volvieron a la terraza. Dâmaso había recuperado su tumbona de mimbre, y con un canivete de madreperla se arreglaba las uñas.

—¿Se sabe ya algo? —le preguntó a Ega.

—¡Sí, se decidió ayer! No habrá cotillón.

Se trataba de una gran *soirée* con mascarada que iban a dar los Cohen. La idea había sido de Ega. Al principio tenía visos de gran gala artística, con una reconstrucción histórica de un sarao del tiempo de don Manuel^[88]. Luego se vio que aquello era imposible en Lisboa, y se descendió a algo más asequible: un simple baile *costumé* según la inspiración de cada cual...

—Tú, Carlos, ¿ya has decidido cómo vas a ir?

—Con un severo dominó negro, como conviene a un hombre de ciencia...

—Si de ciencia se trata —replicó Ega— deberías ir vestido de trapillo. La ciencia

se hace en casa y en chinelas... ¡Nunca nadie ha descubierto una ley del Universo enfundado en un dominó!... ¡Un dominó! ¡Menuda sosería!...

Era precisamente la monotonía de los dominós lo que Raquel Cohen quería evitar en su baile... Y en el caso de Carlos, no había disculpa. Para él no era nada gastarse veinte o treinta libras. Y con su espléndido porte de caballero del Renacimiento, debía regalar a la concurrencia por lo menos con un soberbio Francisco I.

—¡Es en eso —añadía con ímpetu— en lo que reside la belleza de una mascarada! ¿No te parece, Dâmaso? Cada uno debe aprovechar su rostro... La Gouvarinho, por ejemplo, va muy bien. Ha estado de lo más inspirada: con su pelo rubio, la nariz corta y esos pómulos salientes, es Margarita de Navarra...

—¿Quién es Margarita de Navarra? —preguntó Afonso da Maia, que apareció en la terraza con Craft.

—¡Margarita, la duquesa de Angulema, la hermana de Francisco I, la Margarita de las Margaritas, la perla de los Valois, la mecenas del Renacimiento, la señora condesa de Gouvarinho!...

Se rió a carcajadas y fue a abrazar a Afonso, a explicarle que hablaban del baile de los Cohen. Le pidió opinión, y también a Craft, acerca del nefando dominó de Carlos. ¿No estaba aquel buen mozo, con sus aires de hombre de armas, destinado a ser un soberbio Francisco I en la gloria de Marignan?

El viejo echó una mirada enternecida a la belleza de su nieto.

—Creo, John, que tienes razón. Pero Francisco I, rey de Francia, no puede apearse de un coche de punto y entrar en una sala sin su acompañamiento. Necesita una corte, heraldos, caballeros, damas, bufones, poetas... Y todo eso es difícil.

Ega se inclinó. ¡Completamente de acuerdo! ¡Aquello era comprender inteligentemente el baile de los Cohen!

—¿Y tú de qué vas a ir? —le preguntó Afonso.

Era un secreto. Él tenía la teoría de que en aquel tipo de fiestas uno de los mayores encantos era la sorpresa. Por ejemplo, dos sujetos que han comido juntos, con sus paletós, en el Bragança^[89], y por la noche vuelven a encontrarse, uno cubierto con la púrpura imperial de Carlos V, otro con la escopeta de un bandolero de Calabria...

—Yo de esto no hago secreto —dijo ruidosamente Dâmaso—. Yo iré de salvaje.

—¿Desnudo?

—No. De Nelusko en *La africana*^[90]. ¿Qué le parece al señor Afonso da Maia? ¿Lo encuentra chic?

—Chic no es la palabra —dijo Afonso sonriendo—. Pero grandioso, a buen seguro.

Quisieron saber entonces cómo iría Craft. Craft no iría de nada, se pensaba quedar en Oliváis en *robe de chambre*.

Ega se encogió de hombros, asqueado, casi colérico. Semejantes indiferencias hacia el baile de los Cohen se las tomaba como injurias personales. Él le estaba dedicando su tiempo: investigaba en la biblioteca, se entregaba a un fogoso trabajo de imaginación. Y poco a poco aquella fiesta iba tomando a sus ojos la importancia de una celebración artística encaminada a probar el genio de toda una ciudad. Los dominós, las abstenciones, se le antojaban evidencias de una inferioridad de espíritu. Sacó a colación el ejemplo de Gouvarinho, un hombre con ocupaciones, con una posición política, en puertas de ser ministro, que no sólo iba a asistir al baile, sino que se había preocupado por su atuendo, y había elegido a la perfección: iría de marqués de Pombal^[91].

—Un buen reclamo para ser ministro —dijo Carlos.

—No lo necesita —exclamó Ega—. ¡Tiene todo lo que hace falta para ser ministro: una voz sonora, ha leído a Maurice Block^[92], está endeudado hasta las cejas y es bobo de remate!...

En medio de la risotada general, Ega, avergonzado de despellejar a un hombre que tanto interés se tomaba por el baile de los Cohen, lo arregló como pudo:

—Pero ¡es una excelente persona, y no se da aires de nada! ¡Es un ángel!

Afonso le reprendió, risueño y paternal:

—Mi querido John, tú no respetas nada...

—El desacato es la condición básica del progreso, señor Afonso da Maia. Quien respeta declina. Se empieza por admirar a Gouvarinho, y luego uno se va dejando y acaba fiel partidario del monarca. Y un buen día es demasiado tarde: ¡se ha descendido a la veneración del Todopoderoso!... ¡Hay que estar en guardia!

—*Vade retro*, John, *vade retro*. ¡Eres el mismísimo Anticristo!

Ega iba a responderle, exuberante y en vena, pero se oyó adentro el tintineo argentino del reloj Luis XV, con su gentil minué, y Ega enmudeció.

—¿Cómo? ¿Las cuatro?

Aterrado, verificó la hora en su propio reloj, repartió rápidos, silenciosos apretones de manos, y se esfumó como un soplo.

Por lo demás, todo el mundo se sorprendió mucho de que fuera tan tarde. Ya no eran horas de ir a Lumiar a ver las colchas antiguas de las señoras Medeiros...

—Craft, ¿qué tal media hora de florete? —preguntó Carlos.

—Muy bien. Así le damos a Dâmaso su lección...

—Es verdad, la lección... —murmuró Dâmaso sin el menor entusiasmo, con una sonrisa mustia.

La sala de esgrima estaba debajo de las habitaciones de Carlos, con ventanas enrejadas que daban al jardín, que proyectaba por entre los árboles una luz verdosa. En días nublados había que encender las cuatro lámparas de gas. Dâmaso les siguió, con lentitud de res desconfiada.

Aquellas lecciones, que él había demandado por amor a lo chic, se le estaban haciendo odiosas. Y aquella tarde, como siempre, en cuanto se acolchó el pecho con el plastrón de tapir y se puso la careta metálica, empezó a sudar, empalideció. Ante él Craft, florete en mano, le parecía cruel y bestial, con aquellos hombros suyos de hércules sereno, la mirada clara y fría... Los hierros se rozaron. Dâmaso se estremeció de los pies a la cabeza.

—¡En guardia! —le gritó Carlos.

El desgraciado intentaba equilibrarse sobre su rolliza pierna. El florete de Craft vibró, rebrilló, voló ante su cara. Dâmaso retrocedió, sofocado, tambaleándose, con el brazo apuntando al suelo...

—¡En guardia! —chilló Carlos.

Dâmaso, exhausto, rindió el arma.

—¡Qué quieren ustedes, es nervioso! Y porque es de mentirijillas... Si fuera en serio, se iban a enterar...

Así acababa siempre la lección. Él se desplomaba en una banqueta de cuero y se daba aire con el pañuelo, pálido como la cal de la pared.

—Me voy a casa —decía al poco, cansado de tanto cruzar el hierro—. ¿Quieres algo, Carlos?

—Que vengas mañana a cenar... Viene el marqués.

—¡Auténtico chic!... No faltaré.

Pero faltó. Y como a lo largo de aquella semana no apareciera por el Ramalhete, Carlos, sinceramente preocupado, creyéndole moribundo, se acercó a su casa, a Lapa, una mañana. Pero el criado (un gallego tristón y tosco, que desde que Dâmaso se codeaba con los Maia vivía constreñido en un frac y unos zapatos de charol) le dijo que el señor Dâmasozinho se encontraba perfectamente, hasta el punto de que había salido a caballo. Carlos fue entonces al tío Abraão. El tío Abraão tampoco había visto en muchos días al excelente señor Salcede, *that beautiful gentleman!* La curiosidad de Carlos le condujo al Grémio, donde ningún mozo había visto últimamente al señor Salcede: «¡Estará de luna de miel con alguna guapa andaluza!», pensó Carlos.

Llegaba al final de la Rua do Alecrim cuando distinguió al conde de Steinbroken, que se dirigía a pie al Aterro, seguido al paso por su victoria. Era la segunda vez que el diplomático hacía ejercicio tras su infortunado ataque de vientre. Ya no le quedaban vestigios de su dolencia: se le veía muy sonrosado y rubio, de lo más sólido en su levita, con una linda rosa de té en el ojal. Llegó a confesarle a Carlos que se encontraba «más fuegte». Y no lamentaba en lo más mínimo sus padecimientos, porque le habían dado la oportunidad de apreciar con cuántas simpatías contaba en Lisboa. Estaba enternecido. Sobre todo el interés de Su Majestad —el augusto interés de Su Majestad— le había hecho un bien que ni «todas las drogas de botica». Lo cierto era que nunca las relaciones entre aquellos dos países tan estrechamente

unidos, Portugal y Finlandia, habían sido «más figmes, pug así desir, más íntimas que dujante su ataque intestinal».

Luego, cogiendo del brazo a Carlos, aludió conmovido al ofrecimiento de Afonso da Maia, que había puesto a su disposición Santa Olávia para que se repusiera en aquellos aires fuertes y limpios del Duero. ¡Oh, aquella invitación le había tocado *au plus profond de son cœur!* Pero por desgracia Santa Olávia quedaba lejos, muy lejos... Había tenido que conformarse con Sintra, que le permitía acercarse todas las semanas, una o dos veces, a vigilar la Legación. *C'était ennuyeux, mais...* Europa se hallaba en uno de esos momentos de crisis en que los hombres de Estado, los diplomáticos, no podían ausentarse, disfrutar de las menores vacaciones. Había que estar ahí, en la brecha, observando, informando...

—*C'est très grave* —murmuró, deteniéndose con un pavor vago en la mirada azul—. *C'est excessivement grave!*

Le pidió a Carlos que mirase a su alrededor, que se fijase en el estado de Europa. Por todas partes desorden, un auténtico *gâchis*. Que si la cuestión de Oriente... Que si el socialismo. Y por si fuera poco, el Papa complicándolo todo... *Oh, très grave...*

—*Tenez, la France, par exemple... D'abord Gambetta. Oh, je ne dis pas non, il est très fort... Mais... Voilà! C'est très grave...*

De otra parte, los radicales, *les nouvelles couches...* Era excesivamente grave...

—*Tenez, je vais vous dire une chose, entre nous!*

Pero Carlos ya no le escuchaba, siquiera sonreía. Desde el final del Aterro se acercaba, caminando aprisa, una señora a la que reconoció de inmediato por sus andares de diosa hollando la Tierra, por la perrita plateada que trotaba junto a sus faldas, por aquel maravilloso cuerpo en el que vibraba, bajo las líneas espléndidas de un mármol antiguo, una gracia caliente, ondulante y nerviosa. Iba vestida de oscuro, con una *toilette de serge* muy sencilla, que era como el complemento natural de su persona, y que la enfundaba dándole, con su corrección, un aire casto y fuerte. En la mano llevaba un parasol inglés, prieto y fino como un bastón. Y toda su persona, avanzando a la luz de la tarde, tenía, junto a aquel muelle triste de ciudad anticuada, un realce extranjero, como el toque de distinción de las civilizaciones superiores. Ningún velo le ensombrecía el rostro aquella tarde. Pero Carlos no pudo fijarse bien en sus facciones. Tan sólo reparó, en medio del esplendor ebúrneo de su carnación, en el negro profundo de dos ojos que se fijaron en los suyos. Insensiblemente dio un paso para seguirla. A su lado Steinbroken, sin percatarse de nada, encontraba a Bismarck temible. A medida que se alejaba le pareció más alta, más hermosa. Y aquella imagen convenida y literaria de una diosa caminando sobre la Tierra, se le grabó en la imaginación. Steinbroken estaba aterrado con el discurso del canciller en el Reichstag... Sí, era toda una diosa. Bajo el sombrero, en forma de trenza arrollada, se distinguía el tono de su cabello castaño, casi rubio a la luz. Y la perrita trotaba a su

lado, con las orejas tiesas.

—Desde luego —dijo Carlos—. Bismarck es inquietante...

Pero Steinbroken ya había dejado en paz a Bismarck. Se cebaba ahora con Lord Beaconsfield.

—*Il est très fort... Oui, je vous l'accorde, il est excessivement fort... Mais voilà... Où va-t-il?*

Carlos miraba en dirección al Cais do Sodré. Pero todo le parecía desierto. Steinbroken, antes de enfermar, le había dicho justamente aquello al ministro de Asuntos Exteriores: Lord Beaconsfield era muy fuerte, pero ¿hacia dónde se dirigía?, ¿qué se proponía?... Y Su Excelencia se había encogido de hombros... Su Excelencia no sabía...

—*Eh, oui! Beaconsfield est très fort... Vous avez lu son speech chez le lord-maire? Épatant, mon cher, épatant!... Mais voilà... Où va-t-il?*

—Steinbroken, no me parece prudente que ande por el Aterro cogiendo frío...

—¿De verras? —exclamó el diplomático, pasándose la mano rápidamente por el estómago y el vientre.

No quiso demorarse ni un instante más. Como Carlos también se recogía, le ofreció llevarle en su victoria al Ramalhete.

—En ese caso, Steinbroken, venga a cenar con nosotros.

—*Charmé, mon cher, charmé...*

La victoria partió. El diplomático se arropó las piernas y el estómago con un enorme *plaid* escocés.

—Maia, no ha estado mal el paseo... Pero este Aterro no tiene encanto.

¡Que no tenía encanto el Aterro! ¡A Carlos le había parecido aquella tarde el lugar más delicioso del mundo!

Al día siguiente, volvió más pronto. Y apenas dio unos pocos pasos entre los árboles, la vio. Pero no iba sola. A su lado, su marido, de punta en blanco, muy elegante con una chaqueta de cachemira clara, una herradura de diamantes en el satén negro de la corbata, fumaba indolente y lánguido, con la perrita bajo el brazo. Al pasar, le dedicó a Carlos una mirada atónita, como quien descubre entre los bárbaros a un ser de corte civilizado, y en voz baja le dijo algunas palabras a su mujer.

Carlos se había cruzado de nuevo con sus ojos profundos y serios: pero no le había parecido tan bella. Llevaba una *toilette* más rebuscada, en dos tonos, color plomo y color crema, y en el sombrero, de ala ancha a la inglesa, algo rojo refulgía, una flor o una pluma. Aquella tarde no era la diosa que descendía de las nubes de oro desplegadas sobre el mar. Era una bonita señora extranjera que regresaba a su hotel.

Volvió tres veces más al Aterro, pero ya no la vio. Entonces se avergonzó de sí mismo, se sintió humillado por aquel interés novelesco, que le causaba una inquietud de perro vagabundo y le llevaba a batir el Aterro desde la Rampa de Santos al Cais do

Sodré, a la espera de sus ojos negros y su pelo rubio de paso por Lisboa, y que un paquebote de la Royal Mail acabaría llevándose cualquier mañana...

¡Y pensar que durante aquella semana había abandonado por completo su trabajo! ¡Y que todas las tardes, antes de salir, se demoraba ante el espejo, obsesionado con su corbata! Ah, miserable, miserable naturaleza...

Al final de aquella semana, Carlos se hallaba en el consultorio, ya a punto de irse, calzándose los guantes, cuando el criado entreabrió el repostero y murmuró con alborozo:

—¡Una señora!

Apareció un niño muy pálido, de rizos rubios, vestido de terciopelo negro, y detrás de él una mujer, toda de negro, con un velo ajustado y espeso como una máscara.

—Creo que vengo un poco tarde —dijo ella, dudando junto a la puerta—. Iba usted a salir...

Carlos reconoció a la Gouvarinho.

—¡Oh, señora condesa!

Arregló enseguida el diván, ocupado por periódicos y folletos. Ella le dedicó una mirada indecisa a aquel amplio y muelle asiento de serrallo. Luego se acomodó en el borde, con el pequeño al lado.

—Le traigo un paciente —dijo ella sin quitarse el velo, como si hablara desde el fondo de aquella *toilette* negra que la hurtaba—. No le mandé llamar porque no es nada, y hoy tenía que pasar por aquí... Además, mi pequeño es muy nervioso, y si ve entrar al médico, cree que va a morir. De este modo es como si fuéramos de visita... ¿A que no tienes miedo, Charlie?

El pequeño no respondió. De pie, inmóvil junto a su madre, mimoso y débil, con unos bucles de ángel que le caían sobre los hombros, devoraba a Carlos con unos enormes ojos tristes.

Carlos puso un interés casi tierno en su pregunta:

—¿Y qué le pasa?

Desde hacía unos días tenía un sarpullido en la nuca. Y detrás de la oreja le había salido una dureza. Aquello le inquietaba. Ella era fuerte, de un linaje que había dado estupendos atletas y ancianos longevos. Pero en la familia de su marido, en todos los Gouvarinho, persistía una anemia hereditaria. El propio conde, que tenía una apariencia tan sólida, era un achacoso. Ella, que temía que la influencia debilitante de Lisboa no le hiciese ningún bien a Charlie, estaba pensando en enviarle a pasar una temporada a Formoselha, a casa de su abuelo.

Carlos, acercando un poco su silla, tendió los brazos a Charlie:

—Ven aquí, amiguito, vamos a ver eso. ¡Tiene un pelo estupendo!...

La condesa sonrió. Y Charlie, muy seriecito, bien enseñado, sin aquel pavor al médico que le imputaba su madre, se acercó enseguida, se desabrochó delicadamente el enorme canesú blanco, y casi entre las rodillas de Carlos, dobló el cuello tierno y albo como un lirio.

Carlos no encontró más que una pequeña mancha rosácea que ya se estaba desvaneciendo, y del habón no había rastro. Un ligero rubor le subió al rostro, buscó vivamente los ojos de la condesa, como comprendiéndolo todo, como esperando ver en ellos la confesión del sentimiento que la había llevado allí con un pretexto pueril, con aquella *toilette* negra, aquel velo que la enmascaraba...

Pero ella se mantuvo impenetrable, sentada al borde del diván, con las manos cruzadas, atenta, como si esperara su diagnóstico, con un vago susto de madre.

Carlos abotonó el cuello del pequeño y dijo:

—No es absolutamente nada, señora.

No obstante, hizo las preguntas de rigor sobre la dieta y la naturaleza de Charlie. La condesa, con un dejo lastimero, se quejó de que su educación no fuese todo lo viril que ella hubiera deseado. Pero su padre se oponía a lo que él llamaba «la aberración inglesa», el agua fría, el ejercicio al aire libre, la gimnasia...

—El agua fría y la gimnasia —dijo Carlos sonriendo— tienen mejor reputación de la que se merecen... ¿Es su único hijo, señora condesa?

—Sí, tiene todos los mimos —dijo pasando la mano por el pelo rubio del pequeño.

Carlos le aseguró que a pesar de su aspecto nervioso y delicado, Charlie no tenía por qué preocuparle, ni había la menor necesidad de exiliarlo a Formoselha... Después guardaron silencio un instante.

—No se imagina lo que me tranquiliza —dijo ella poniéndose en pie y arreglándose el velo—. Por lo demás es muy agradable venir a pedirle consulta... Y tiene esto muy bonito... —añadió, paseando lentamente la mirada por los terciopelos del gabinete.

—Es su principal limitación —exclamó Carlos riéndose—. No inspira respeto hacia la ciencia... Estoy pensando en cambiarlo todo, en poner un cocodrilo relleno de paja, lechuzas, retortas, un esqueleto, pilas de infolios...

—La celda de Fausto.

—Justo, la celda de Fausto.

—Le falta un Mefistófeles —dijo ella alegremente, con un destello de los ojos bajo el velo.

—¡Lo que me falta es una Margarita!

La condesa, con un bonito gesto, se encogió de hombros, como dudando discretamente. Luego cogió a Charlie de la mano y dio un paso lento hacia la puerta, toqueteándose de nuevo el velo.

—Como usted se interesa por mi instalación —acudió Carlos, que quería retenerla— déjeme que le muestre la otra sala.

Corrió el repostero. Ella le siguió, murmuró algunas palabras, aprobando la frescura de las cretonas, la armonía de los tonos claros. El piano le hizo sonreír.

—¿Sus enfermos bailan contradanzas?

—Mis enfermos, condesa, no son lo bastante numerosos como para poder bailar una contradanza. Raramente llego a dos para un vals... El piano sólo está aquí para transmitir ideas alegres. Es como una promesa tácita de salud, de futuras *soirées*, de hermosas arias del *Trovador* cantadas en familia...

—Es ingenioso —dijo ella dando algunos pasos familiarmente por la sala, con Charlie pegado a sus faldas.

Carlos la siguió:

—¡No se imagina usted lo ingenioso que soy!

—Sí, ya el otro día me dijo... ¿Cómo era aquello? Ah, que cuando odiaba era de lo más inventivo.

—Mucho más cuando amo —dijo él riendo.

Pero ella no respondió. Se detuvo junto al piano, hojeó un instante las partituras en desorden, tocó dos notas en el teclado.

—Es un cencerro.

—¡Condesa!

Ella pasó a examinar un cuadro al óleo, copiado de Landseer, la cabeza de un San Bernardo, macizo y bonachón, adormilado sobre las patas delanteras. Casi rozando su vestido, Carlos sentía el fino perfume de verbena del que ella siempre abusaba. Y con aquellos tonos negros que la cubrían, su piel parecía más clara, más dulce a la vista, atractiva como satén.

—Es un horror —murmuró ella volviéndose—. Pero me ha dicho Ega que en el Ramalhete hay cuadros espléndidos... Se refirió sobre todo a un Greuze y a un Rubens... Es una lástima que semejantes maravillas no estén visibles.

Carlos también lamentaba que una existencia de solterones les impidiese a él y a su abuelo recibir a señoras. El Ramalhete estaba adquiriendo una melancolía de monasterio. Si la cosa continuaba así un par de meses más, sin el calor de un vestido, sin un aroma de mujer, iba a acabar creciendo la hierba en las alfombras.

—De modo que —añadió muy serio— voy a obligar al abuelo a que se case.

La condesa se rió, dejando que sus bonitos dientes menudos destellaran blancamente bajo el velo.

—Me gusta su alegría —dijo ella.

—Es cuestión de régimen. ¿Usted no es alegre?

Ella encogió los hombros, no sabía... Después, golpeándose con la punta del parasol el botín acharolado, que refulgía sobre la alfombra clara, murmuró con los

ojos gachos, dejando escapar las palabras en un tono de intimidad y de confidencia:

—Dicen que no, que soy triste, que tengo *spleen*...

La mirada de Carlos siguió la suya, se posó en el botín reluciente, que calzaba delicadamente un pie fino y largo. Charlie se entretenía con las teclas del piano. Él bajó la voz y le dijo:

—Es que usted sigue un mal régimen. Es preciso que vuelva a verme, que se trate conmigo, que me consulte... ¡Acaso tenga mucho que decirle!

Ella le interrumpió bruscamente, alzando los ojos hacia él, que despidieron un relámpago de ternura y de triunfo:

—Mejor venga usted a decírmelo a casa un día de estos, venga a tomar el té conmigo, a las cinco... ¡Charlie!

El pequeño acudió enseguida a su lado.

Carlos, acompañándola hasta la calle, se lamentaba de la fealdad de la escalera de piedra:

—Pero voy a mandar alfombrarla para cuando usted vuelva a concederme el honor de venir a la consulta...

Ella bromeó, muy risueña:

—¡Ah no! Usted nos ha augurado a todos muy buena salud... Y naturalmente, no esperará que sea yo quien venga aquí a tomar el té...

—Oh señora, yo, cuando comienzo a esperar, no pongo límite a mis esperanzas...

Ella se detuvo, con el pequeño de la mano, y le miró como pasmada, encantada con aquella grandiosa confianza en sí mismo...

—¿Conque ésas tenemos?

—Sí señora, ésas tenemos...

Habían llegado al último escalón, que anticipaba la claridad y el rumor de la calle.

—¿Podría llamarme un *coupé*?

A una seña de Carlos, un coche rodó hasta la puerta.

—Y ahora —dijo ella sonriente— dígame que me lleve a la iglesia de Graça.

—¿Va usted a besar el pie del Señor de los Pasos?

Ella se puso un poco colorada, y murmuró:

—Hago mis devociones...

Saltó ágilmente al *coupé*, dejando atrás a Charlie, al que Carlos aupó y colocó junto a ella, con un cuidado paternal.

—¡Que Dios la tenga en Su santa guarda, condesa!

Ella le dio las gracias con una mirada, con un movimiento de cabeza, tan dulces como caricias.

Carlos subió al consultorio. Y sin quitarse el sombrero, se demoró un rato liándose un cigarrillo, paseándose por aquella sala siempre desierta, siempre fría, en la que ahora había algo de su calor y su aroma.

Le había encantado aquella audacia de ella, que se presentara así en el consultorio, a escondidas, casi enmascarada con aquella *toilette* negra, valiéndose de un habón inexistente en el cuello de Charlie, todo por verle, por anudar más brusca y firmemente aquel delgado hilo de sus relaciones, que él, negligentemente, había dejado caer y deshacerse...

Esta vez Ega no fantaseaba: aquel bonito cuerpo se le estaba ofreciendo, con tanta claridad como si se desnudara. ¡Ah, si ella fuera una mujer de sentimientos errátiles y fáciles, qué hermosa flor que coger y arrojar luego! Pero no: tal y como decía Baptista, la señora condesa nunca se había divertido. Y lo que él no quería era verse envuelto en una pasión celosa, en uno de esos amores tumultuosos de mujer de treinta años, del que le resultaría difícil desembarazarse... En cuanto estuviera en brazos de ella, su corazón enmudecería. Apenas agotada la primera curiosidad, empezaría el tedio de los besos no deseados, la horrible servidumbre del placer en frío. Además, tendría que hacerse íntimo de la casa, soportar las palmaditas en el hombro del señor conde, su voz morosa destilando doctrina... Todo aquello le asustaba... Y sin embargo ¡aquella audacia suya le había encantado, con su punta de romanticismo heterodoxo y picante!... Y ella parecía deliciosamente bien formada... Su imaginación la desnudaba, se perdía en el satén de las formas, en el que percibía algo a un tiempo maduro y virginal... Y otra vez, como en las primeras noches del São Carlos, aquel pelo le tentaba, con sus tonos rojizos, tan crespo y cálido...

Salió a la calle. Y apenas hubo dado unos pasos por la Rua Nova do Almada, avistó a Dâmaso en un *coupé* lanzado al trote largo, que le llamaba y mandaba que parasen, con la cara asomada a la portezuela, coloradote y radiante.

—No he podido ir —exclamó apoderándose de su mano tan pronto como Carlos estuvo cerca, y apretándola con entusiasmo—. ¡He andado en un torbellino! ¡Ya te contaré! Un romance divino... Pero ¡ya te contaré!... ¡Cuidado con la rueda! ¡Vamos, Calção!

Los caballos arrancaron, y Dâmaso, asomado a la portezuela, agitó la mano y gritó en el rumor de la calle:

—Un romance divino, ¡auténtico chic!

Días después, en el Ramalhete, en la sala de billar, Craft, que acababa de ganar al marqués, preguntó, deponiendo el taco y encendiendo su pipa:

—¿Hay noticias de nuestro Dâmaso? ¿Ya se ha aclarado su lamentable desaparición?...

Carlos contó su encuentro con él, y cómo Dâmaso, ardoroso y triunfante, le había gritado desde la portezuela del *coupé*, en plena Rua Nova do Almada, la noticia de un «romance divino».

—Yo ya lo sabía —dijo Taveira.

—¿Y eso?... —exclamó Carlos.

Taveira le había visto la víspera, en un gran landó de la Compañía, con una espléndida mujer, muy elegante y que parecía extranjera...

—¡No me digas! —gritó Carlos—. ¿Y con una perrita escocesa?

—Exacto, una *griffon* plateada... ¿Quiénes son?

—¿Y un joven delgado, con la barba muy negra, con un aspecto un tanto inglés?

—Sí... Muy correcto, con cierto aire *sport*... ¿Quiénes son?

—Brasileños, creo.

¡Eran los Castro Gomes, seguro! Le pareció increíble. ¡Hacía dos semanas que Dâmaso, en la terraza, con los puños cerrados, había bramado contra los Castro Gomes y sus «desconsideraciones»! Quiso pedirle más detalles a Taveira, pero el marqués alzó la voz desde la poltrona en que yacía repantingado, solicitando la opinión de Carlos acerca del gran acontecimiento de la mañana en la *Gazeta Ilustrada*. «¿En la *Gazeta Ilustrada*?» Carlos no estaba al tanto, no había leído ningún periódico.

—Entonces no le digan nada —gritó el marqués—. ¡Que sea una sorpresa! ¿Hay una *Gazeta* en esta casa? ¡Que traigan la *Gazeta*!

Taveira tiró del cordón de la campanilla, y cuando el criado entró con la *Gazeta*, se apoderó de ella, dispuesto a hacer una lectura solemne.

—Enséñale primero el retrato —berreó el marqués, poniéndose en pie.

—¡Primero el artículo! —exclamó Taveira, defendiéndose, con el periódico a la espalda.

Pero cedió, y ofreció el periódico a los ojos de Carlos, abierto de par en par, como un sudario desplegado. Carlos reconoció al instante el retrato de Cohen... Y la prosa que se extendía en torno, encuadrando el rostro oscuro de patillas renegridas, era un trabajo a seis columnas, campanudo y rastrero, en el que se ponían por las nubes las virtudes domésticas de Cohen, el genio financiero de Cohen, las agudezas de Cohen, el mobiliario de los salones de Cohen. Incluso había un párrafo alusivo al próximo sarao de máscaras de los Cohen. ¡Y todo ello estaba firmado «J. da E.», iniciales de João da Ega!

—¡Qué bobada! —exclamó Carlos arrojando el periódico encima de la mesa de billar.

—Peor que eso —apuntó Craft— es una falta de sentido moral.

El marqués no convino, le gustaba el artículo, era brillante, astuto... Y por lo demás, ¿quién estaba en Lisboa para faltas de sentido moral?...

—¡Usted, Craft, no conoce Lisboa! Aquí a todo el mundo esto le parece de lo más natural. Es un íntimo de la casa, celebra a los dueños. Admira a la mujer, lisonjea al marido. Es algo conforme a la lógica de esta tierra... Ya verá el éxito que va a tener... Y además, ¡el artículo es un primor, eso no puede negarse!

Lo cogió de encima del billar, y leyó el fragmento relativo al *boudoir* color de

rosa de madame Cohen: «En él se respira», decía Ega, «algo de íntimo y casto y perfumado, como si ese color de rosa exhalara el aroma de la rosa».

—¡Caramba, y así de lindo es todo! —exclamó el marqués—. ¡Tiene mucho talento este diablo! ¡Ya quisiera yo tener el mismo!...

—Pero eso no quita —repitió Craft fumando en pipa tranquilamente— para que sea una extraordinaria falta de sentido moral.

—¡Pura y sencillamente insensato! —dijo Cruges, emergiendo del extremo de un sofá y silabeando tan severo juicio.

El marqués arremetió contra él.

—¿Qué entiende usted por eso, mi querido maestro? ¡Es un artículo sublime! Le diré más: es muy sutil.

El maestro, que no tenía ganas de argumentar, regresó en silencio al otro extremo del sofá.

Pero el marqués, de pie y gesticulador, reclamó la atención de Carlos, y quiso saber qué entendía Craft por «sentido moral».

Carlos, que daba pasos impacientes por la sala, no respondió, cogió del brazo a Taveira y se lo llevó al pasillo.

—Dime una cosa: ¿dónde viste a Dâmaso con esa gente? ¿Hacia dónde iban?

—Iban Chiado abajo. Anteayer, a las dos... Estoy seguro de que se dirigían a Sintra. Llevaban una maleta en el landó, y tras ellos iba una criada en un *coupé*, con una maleta mayor... La cosa tenía toda la pinta de una escapadita a Sintra. ¡La mujer es divina! ¡Qué *toilette*, qué aires, qué chic! ¡Es una Venus, muchacho!... ¿Cómo habrá llegado Dâmaso a conocerla?...

—En Burdeos, en un paquebote, no sé.

—Lo que más me gustó fueron los aires que Dâmaso se iba dando por el Chiado, saludando a derecha e izquierda, asomándose, discreteando con ella, con el ojo húmedo, alardeando de su conquista...

—¡Qué cafre! —exclamó Carlos, golpeando con el pie en la alfombra.

—¿Cafre? —dijo Taveira—. ¡Para una vez que se descuelga por Lisboa una mujer civilizada y decente, y él va y la conoce y se la lleva a Sintra! ¿Cafre? Anda, ven, vamos a nuestra partida de dominó.

Recientemente, Taveira había introducido el dominó en el Ramalhete, por lo que ahora, de vez en cuando, se entablaban ardientes partidas, sobre todo cuando concurría el marqués. Porque lo que le encantaba a Taveira era ganar al marqués.

Mas para ello hacía falta aquella noche que el marqués dejara sus gesticulaciones, los intrincados razonamientos con que mortificaba a Craft, que hundido en su poltrona, con la pipa en la mano y cara de sueño, le respondía con monosílabos. Aún seguía con el artículo de Ega, con la definición de «sentido moral». Ya había sacado a colación a Dios, a Garibaldi, incluso a su perro perdiguero, «Finório»^[93], y ahora se

enfrentaba a la famosa definición de «sentido moral»... Según él, era el miedo a la policía. ¿O es que Craft conocía a alguien que tuviera verdaderos remordimientos? No, sólo los había en el teatro de la Rua dos Condes, en los dramones...

—Créame, Craft —dijo por último, cediendo a los tirones de Taveira, que le empujaba a la mesa de juego— esto de la conciencia es un asunto de educación. Es algo que se adquiere, como las buenas maneras. Uno aprende a sufrir en silencio la traición de un amigo como aprende a no meterse los dedos en la nariz. Un simple asunto de educación... Aunque para la mayoría, la cosa se reduce a miedo a la cárcel o a la porra del policía... ¿Y bien? ¿Así que ustedes quieren que les dé una soba como la del sábado pasado? De acuerdo, a su disposición...

Carlos, que había vuelto a echarle una ojeada al artículo de Ega, se acercó también a la mesa. Ya estaban sentados y removiendo las fichas cuando apareció en la puerta de la sala Steinbroken, con chaqué y *crachat*, la Gran Cruz sobre el chaleco blanco, rubio como una espiga, estirado y resplandeciente. Había cenado en Palacio, y se pasaba por el Ramalhete a acabar la *soirée* en familia...

El marqués, que no le veía desde su famoso ataque intestinal, dejó el dominó, corrió a abrazarle ruidosamente, y sin dar tiempo a que se sentara ni estrechase la mano a nadie, le imploró una de sus hermosas canciones finlandesas, una solamente, una de aquellas que tanto bien le hacían al alma...

—Sólo la *Balada*, Steinbroken... Yo tampoco puedo demorarme, que me esperan en la partida. Sólo la *Balada*... Vamos, Cruges, ¡al piano!...

El diplomático sonreía, decía que estaba cansado, que ya había estado haciendo una música deliciosa en Palacio, con Su Majestad. Pero no lograba resistirse a la jovialidad del marqués. De modo que se encaminaron a la sala de música, cogidos del brazo, seguidos de Cruges, al que le había costado un mundo emerger del sofá. Y al poco, a través de los reposteros, la hermosa voz de barítono del diplomático difundía por las estancias, arropada por los suspiros del piano, la arrulladora melancolía de la *Balada*, con su letra traducida al francés, que el marqués adoraba, y que hablaba de las nieblas tristes del Norte, de lagos fríos y hadas rubias...

Taveira y Carlos, empero, habían empezado una partida de dominó, a tostón el punto. Pero Carlos no estaba en ello, jugaba distraído, canturreando también pasajes tristes de la *Balada*. Luego, cuando a Taveira ya sólo le quedaba una ficha y él robaba una a una todas las del montón, se volvió hacia Craft para preguntarle si el Hotel Lawrence, de Sintra, estaba abierto todo el año...

—La marcha de Dâmaso a Sintra te ha descentrado —refunfuñó Taveira impaciente—. ¡Vamos, juega!

Carlos, sin responder, colocó blandamente una ficha.

—¡Dominó! —gritó Taveira.

Y triunfante, saltando de alegría en la silla, contó él mismo los sesenta y ocho

puntos que perdía Carlos.

En eso estaban cuando entró el marqués, que se indignó con la victoria de Taveira.

—Ahora conmigo —exclamó, cogiendo con mucho brío una silla—. Carlos, déjame darle una buena soba a este tunante. Luego jugamos los tres... ¿A cuánto Taveirete? ¿A dos tostones el punto? Ah, sólo a uno... Muy bien, yo te enseñaré. Venga, ahueca ese seis doble, miserable...

Carlos les vio jugar un momento, con un cigarrillo apagado en los dedos y el mismo aire ausente. De pronto, pareció tomar una decisión, atravesó el corredor y entró en la sala de música. Steinbroken había ido al despacho de Afonso da Maia, a saludarle y a ver la partida de *whist*. Y Cruges, solo, entre las dos velas del piano, con los ojos errantes por el techo, improvisaba para sí mismo, melancólicamente.

—Oye, Cruges —le preguntó Carlos— ¿te vendrías mañana a Sintra?

El teclado enmudeció, y el maestro alzó una mirada atónita. Carlos no le dejó hablar.

—Claro que sí, te vendrá estupendamente... Paso a recogerte en el *break*. Mete una camisa en una maleta, que a lo mejor nos quedamos a pasar la noche... A las ocho en punto, ¿eh?... Y no digas nada a los demás.

Carlos volvió a la sala, y estuvo viendo la partida de dominó. Imperaba un silencio denso. El marqués y Taveira movían lentamente las piezas, sin una palabra, con un aire de sordo rencor. Sobre el tapete verde de la mesa de billar, las bolas blancas dormían juntas, a la luz de los *abat-jour* de porcelana. Unas notas de piano, dolientes y vagas, se dejaban oír de tanto en tanto. Y Craft, con un brazo colgando de la poltrona, dormitaba beatíficamente.

VIII

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, Carlos detuvo el *break* en la Rua das Flores, ante el portal de Cruges. Pero el *groom*, que había subido a llamar a la puerta del tercer piso, volvió con la extraña noticia de que el señor Cruges ya no vivía allí. ¿Y dónde demonios vivía entonces el señor Cruges? Una criada le había dicho que el señor Cruges vivía ahora en la Rua de São Francisco, cuatro puertas más allá del Grémio. Por un momento, Carlos, desesperado, pensó en marcharse sin él. Pero se encaminó a la Rua de São Francisco, maldiciendo al maestro, que se había mudado de casa sin avisar, siempre misterioso, siempre tenebroso... En todo era igual, Carlos no sabía nada de su pasado, de su vida interior, de sus afectos, de sus costumbres. El marqués, una noche, le había llevado al Ramalhete, diciéndole a Carlos al oído que tenía ante sí a un genio. Y él había seducido a la concurrencia con la modestia de sus maneras y su maravilloso arte del piano, por lo que todo el mundo comenzó a tratar a Cruges de maestro, a hablar de él como de un genio, a declarar que Chopin no había hecho nada comparable a la *Meditación de otoño* de Cruges. Pero nadie sabía nada más. Fue por Dâmaso como Carlos supo que vivía en aquella casa de la Rua das Flores, con su madre, una señora viuda, aún lozana, y dueña de inmuebles en la Baixa.

Ante el portón de la Rua de São Francisco, Carlos tuvo que esperar un cuarto de hora. Primero se asomó furtivamente a la escalera una criada, con la cabeza al descubierto, que echó una mirada al *break* y a los criados de librea y huyó escaleras arriba. Después bajó un criado, en mangas de camisa, con la maleta del señor y un mantón para el viaje. Por fin apareció el maestro, a toda prisa, trompicándose, con un *cache-nez* de seda en la mano, el paraguas bajo el brazo, abotonándose desconcertado el paletó.

Cuando saltaba los últimos peldaños, una voz estridente le gritó desde arriba:

—¡Que no se te olviden las quesadillas!^[94]

Cruges se sentó precipitadamente en el coche, junto a Carlos, refunfuñando, porque con la preocupación de levantarse tan pronto no había pegado ojo en toda la noche...

—¿Qué endiablada idea es ésa de mudarse de casa sin decírselo a nadie? —exclamó Carlos, tapándole un poco con el *plaid*, porque el maestro tiritaba.

—Es que esta casa también es nuestra —dijo Cruges por toda explicación.

—¡Perfecto, excelente motivo! —murmuró Carlos riéndose y encogiendo los hombros.

Partieron.

Era una mañana muy fresca, azul y blanca, sin una nube, con un bonito sol que no calentaba, que ponía alegres franjas de claridad dorada en las calles y en las fachadas

de las casas. Lisboa se despertaba lentamente: las *saloias*^[95] aún iban de puerta en puerta con sus capazos de hortalizas, los tenderos barrían su trozo de acera, y en la suavidad del aire moría lejano un fino repique de misa.

Cruges, tras arreglarse el *cache-nez* y abotonarse los guantes, dedicó una mirada al espléndido tronco de caballos, reluciente como satén bajo el relumbramiento de los arreos, a los criados de librea con una flor en la solapa, a todo aquel lujo correcto que rodaba cadenciosamente, y en el que sólo desentonaba su paletó. Pero lo que más le impresionó fue el aspecto resplandeciente de Carlos, su mirada encendida, su buen color, su hermosa sonrisa, y algo vibrante y luminoso que, bajo su simple *veston* castaño a cuadros, allí sentado, en aquel *break* burgués, le hacía parecer un héroe jovial gobernando su carro de guerra... Cruges barruntó una aventura, e hizo la pregunta que desde la víspera le quemaba en los labios.

—Con franqueza, entre nosotros, ¿a qué se debe esta idea de ir a Sintra?

Carlos bromeó. ¿El maestro le juraba guardar secreto por el alma melodiosa de Mozart y las fugas de Bach? Pues la idea era ir a Sintra, respirar el aire de Sintra, pasar el día en Sintra... Pero por el amor de Dios, ¡que no se enterara nadie!

Y añadió riéndose:

—Déjate llevar, no te arrepentirás...

No, Cruges no se arrepentía. Le parecía un paseo delicioso, siempre le había gustado mucho Sintra... Aunque no lo recordaba bien, tenía una vaga idea de grandes rocas y de manantiales... Y acabó por confesar que no había estado en Sintra desde los nueve años.

¿Cómo? ¿Que el maestro no conocía Sintra?... Entonces tendrían que quedarse para hacer las excursiones clásicas, subir a la Pena, ir a beber a la Fonte dos Amores, montar en barca en Várzea^[96]...

—A mí lo que me apetece mucho es Seteais^[97], la mantequilla fresca.

—Sí, mucha mantequilla —dijo Carlos—. Y burros, muchos burros... ¡Toda una égloga!

El *break* rodaba por la carretera de Benfica. Iban pasando junto a las tapias y los ramajes de las quintas, tristes caserones con los cristales rotos, ventas a cuya puerta colgaba de una guita un paquete de cigarrillos. Y el menor árbol, cualquier retazo de hierba con amapolas, la visión fugaz y lejana de una colina, encantaban a Cruges. ¡Hacía tanto tiempo que no iba al campo!

Poco a poco el sol fue elevándose. El maestro se desprendió de su enorme *cache-nez*. Luego, como ya había entrado en calor, se quitó el paletó, y declaró que estaba muerto de hambre.

Afortunadamente estaban llegando a Porcalhota.

Su más vivo deseo era comer el famoso cordero guisado, pero como era pronto para semejante vianda, se decidió por un buen plato de huevos con chorizo. Era algo

que no probaba desde hacía años, y que le devolvería la sensación de estar en el campo... Cuando el ventero, dándose aires de importancia y como si les hiciera un favor, puso en la mesa una fuente enorme con el frugal desayuno, Cruges se frotó las manos, hallando aquello deliciosamente campestre.

—¡En Lisboa la vida no es saludable! —dijo sirviéndose una montaña de huevos y chorizo—. ¿Tú no tomas nada?...

Carlos, por hacerle compañía, aceptó una taza de café.

Al poco, Cruges, con la boca llena, exclamó:

—El Rin también tiene que ser estupendo.

Carlos le miró asombrado y riéndose. ¿A qué venía ahora el Rin?... Es que al maestro, nada más salir de casa, le habían asaltado mil ideas de viajes y de paisajes. Le habían entrado ganas de ver las grandes montañas nevadas, los ríos de que hablaba la Historia. Su ideal era ir a Alemania, recorrer a pie, con una mochila, la patria sagrada de sus dioses, de Beethoven, de Mozart, de Wagner...

—¿No te apetecería más ir a Italia? —preguntó Carlos encendiendo un puro.

El maestro esbozó un gesto de desdén, y tuvo una de sus frases sibilinas:

—¡País de contradanzas!

Carlos habló de cierto plan suyo de ir a Italia con Ega, en invierno. Ir a Italia, para Ega, era un asunto de higiene intelectual: necesitaba calmar su tumultuosa imaginación de peninsular rodeándose de la plácida majestad de los mármoles...

—Lo que a Ega le hace falta es un poco de látigo —gruñó Cruges.

Y volvió a referirse al asunto de la víspera, al artículo de la *Gazeta*. Aquello le había parecido, tal y como dijera, pura y simplemente insensato, y de un servilismo indecoroso. Y lo que más le dolía era que Ega, con su talento, con su *verve* chispeante, no hiciese nada...

—Nadie hace nada —dijo Carlos desperezándose—. Tú, por ejemplo, ¿qué haces?

Cruges, después de un silencio, gruñó encogiéndose de hombros:

—Si yo hiciera una buena ópera, ¿quién me la iba a representar?

—Y si Ega escribiese un gran libro, ¿quién lo leería?

El maestro sentenció:

—¡Esto es un país imposible!... Creo que yo también tomaré café.

Los caballos habían descansado. Cruges pagó la cuenta y se fueron. No tardaron en entrar en la gándara, que se les antojó inacabable. A ambos lados del coche, hasta donde alcanzaba la vista, el suelo era oscuro y triste, y sobre él se extendía un azul inacabable, que en aquella soledad parecía triste también. El trote acompasado de los caballos batía monótonamente en la calzada. No se escuchaba ni el más tenue rumor: de vez en cuando un pájaro cortaba el aire, con un vuelo brusco, como si huyera del yermo inhóspito. En el *break* uno de los criados dormía. Cruges, pesado por culpa de

los huevos con chorizo, contemplaba vaga y melancólicamente las ancas lustrosas de los caballos.

Pero Carlos pensaba en el motivo que le llevaba a Sintra. Y lo cierto era que no sabía muy bien por qué se dirigía allí. El hecho era que desde hacía dos semanas no había vuelto a ver aquella figura que hollaba la Tierra con paso de diosa, no se había vuelto a cruzar con el negro profundo de sus ojos que se habían fijado en los suyos, y que suponiendo que se hallaba en Sintra, a Sintra se dirigía. No esperaba nada, no deseaba nada. No sabía si la vería, acaso ella ya se hubiera ido. Pero iba en su busca: el mero hecho de pensar en ella mientras discurría por aquella carretera, de penetrar con aquella dulzura de sentimiento bajo los hermosos árboles de Sintra, ya era de por sí toda una delicia... Por lo demás, no dejaba de ser posible que se cruzara con ella en un pasillo del Lawrence, que rozara su vestido, que oyera su voz. Si ella también se alojaba allí, a buen seguro acudiría al comedor, a aquel comedor que él conocía tan bien, que ya le apetecía tanto, con sus pobres cortinillas de gasa, sus toscos ramos de flores en la mesa, sus dos enormes lámparas de latón antiguo... Ella aparecería con su claro aire de Diana rubia. El bueno de Dâmaso le presentaría a su amigo Maia. Aquellos ojos negros, que él había visto a lo lejos como dos estrellas, se fijarían más despacio en los suyos. Y con toda sencillez, a la inglesa, ella le tendería la mano...

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Cruges con un suspiro de alivio, respirando mejor.

Se veían las primeras casas de Sintra, la carretera verdeaba, y sentían en la cara el primer soplo fresco y fuerte de la sierra.

Al paso, el *break* fue penetrando bajo los árboles de Ramalhão. Con la paz de las grandes sombras, les iba envolviendo poco a poco un lento y arrullador susurro de ramajes, un confuso y vago murmullo de aguas corrientes. Las tapias estaban cubiertas de hiedra y musgo, y a través del follaje se filtraban flechas de sol. Corría un aire sutil y aterciopelado, que perfumaba los tallos tiernos. Aquí y allá, en las ramas más sombrías, los pájaros gorjeaban tenuemente. Y en aquel simple rincón de carretera, tachonado de manchas de sol, se presentía ya, aunque aún no fuera visible, la religiosa solemnidad de las espesas arboledas, la frescura distante de los manantiales, la tristeza que emana de las peñas y el reposo hidalgo de las quintas de veraneo... Cruges respiraba a pleno pulmón, voluptuosamente.

—¿Dónde queda el Lawrence? ¿En la sierra? —preguntó, pensando de pronto en quedarse un mes en aquel paraíso.

—No, no vamos al Lawrence —dijo Carlos, rompiendo bruscamente su silencio, preocupado por el paso de los caballos—. ¡Vamos al Nunes, allí estaremos mucho mejor!

Era una idea que había tenido de repente, nada más pasar las primeras casas de São Pedro y comenzar a rodar por aquellas carreteras en las que en cualquier

momento podría encontrarse con ella. La timidez le poseía, pero se mezclaba con un pujo de orgullo, con el temor a pecar de indelicado e indiscreto habiendo ido hasta Sintra en su busca, aunque ella no le reconociese, instalándose bajo su mismo techo, adueñándose de un asiento a la misma mesa... Y también le asqueó la idea de que fuese Dâmaso quien los presentara; se figuraba la escena: Dâmaso, mofletudo y con ropa de campo, desplegando su ceremonia, presentando a «su amigo Maia», tuteándole, afectando intimidades con ella, remirándola con ojo tierno... Sería intolerable.

—¡Vamos al Nunes, que se come mejor!

Cruges no respondió, mudo, embelesado. Un sentimiento religioso le embargaba ante el esplendor sombrío de aquellos árboles, las altas escarpaduras de la sierra, entrevistas un instante junto a las nubes, aquellos aromas que respiraba encantado, el dulce susurro de las aguas valle abajo...

Sólo al avistar el Palacio despegó los labios:

—¡Sí señor, tiene *cachet*! Fue lo que más le gustó, aquel macizo y silencioso palacio, sin florones ni torres, patriarcalmente asentado en medio del caserío, con sus hermosas ventanas manuelinas^[98] que le daban un noble semblante real, el valle a sus pies, frondoso y fresco, coronado por aquellas dos chimeneas colosales, desmedidas, que todo lo resumían, como si aquella residencia no fuera otra cosa que una gigantesca cocina hecha a medida de la gula de un rey que a diario devora su reino...

Y cuando se detuvieron a la puerta del Nunes, aún le dedicó otra mirada, tímida y distante, temeroso de alguna palabra ruda del centinela.

Carlos, sin embargo, saltó aprisa del asiento, e hizo un aparte con el mozo que se aprestaba a bajar las maletas.

—¿Usted conoce al señor Dâmaso Salcede? ¿Sabe si está en Sintra?

El criado conocía muy bien al señor Dâmaso Salcede. Sin ir más lejos, la víspera, por la mañana, le había visto entrar en el billar de enfrente con un sujeto de barbas negras... Se figuraba que estaba en el Lawrence, porque sólo con chicas y de farra iba el señor Dâmaso al Nunes.

—En ese caso, ¡dos habitaciones, deprisa! —exclamó Carlos con alegría infantil, convencido al fin de que «ella» se hallaba en Sintra—. Y un salón privado para nosotros, para que almorcemos.

Cruges, que se había acercado, protestó ante aquello del salón. Prefería la mesa redonda. Por lo general en la mesa redonda se conocía a gente peculiar...

—Bueno —exclamó Carlos riéndose, frotándose las manos—. Sírvenos la comida en el comedor, o en la calle... ¡Y mucha mantequilla fresca para el señor Cruges!

El cochero se llevó el *break*, y el mozo se echó bajo el brazo las maletas. Cruges, entusiasmado con Sintra, corrió escalera arriba, silbando, con el mantón aún sobre los hombros, pues no quería separarse de él, ya que se lo había prestado su madre. Pero

nada más llegar a la puerta del comedor, se detuvo, alzó los brazos y dio un grito.

—¡Eusèbiozinho!

Carlos fue a ver qué pasaba... Era él, el viudo, acabando de almorzar con dos españolas.

Estaba a la cabecera de la mesa, como presidiendo ante los restos de un pudín y las fuentes de fruta, amarillento, despeinado, de luto riguroso, con la larga cinta de los lentes negros colgando sobre la oreja, y una rodaja de tafetán negro en el pescuezo, tapando algún forúnculo reventado.

Una de las españolas era una mujerona trigüeña, con marcas de viruela en el rostro. La otra, esmirriada, de ojos dulces, tenía arreboles de fiebre, apenas disimulados por el polvo de arroz. Ambas vestían de satén negro y fumaban cigarrillos. Y a la luz y el frescor que entraba por la ventana, parecían más gastadas, más blandas, aún pegajosas de la humedad tibia de las sábanas, y con el tufo de las alcobas cerradas. Completaba la amable compañía otro sujeto, gordo, bajo, cuellicorto, que con la cabeza metida en el plato y girándose hacia la puerta sorbía media naranja.

Por un momento, Eusèbiozinho se quedó petrificado, con el tenedor en el aire. Luego se levantó, y con la servilleta en la mano fue a estrechar los dedos de sus amigos, balbuciendo enseguida una justificación liosa, una indicación del médico de que cambiase de aires, aquel conocido que le acompañaba, que se había empeñado en invitar a unas muchachas... Jamás había tenido un aspecto tan fúnebre, tan vil, mascullando aquellas palabras hipócritas, encogido al lado de Carlos.

—Has hecho muy bien, Eusèbiozinho —dijo Carlos al fin, palmeándole en el hombro—. Lisboa está insoportable, y no hay nada más dulce que el amor.

El otro continuaba justificándose. Entonces la española enclenque, que fumaba con la silla algo retirada de la mesa y las piernas cruzadas, alzó la voz y le preguntó a Cruges si no pensaba saludarla. El maestro la miró más atentamente, y con los brazos abiertos se dirigió hacia su amiga Lola. Hubo una gritería en español, grandes apretones de manos. *¡Hombre, que no se le ha visto! ¡Mira que me he acordado de ti! ¡Caramba, qué reguapa estás!...*^[99] Tras lo cual Lola, con aire afectado, presentó a la mujerona, *la señorita Concha...*

Así las cosas, impresionado ante tanta familiaridad, el sujeto obeso, que apenas había levantado la cabeza del plato, se decidió a examinar más atentamente a los amigos de Eusèbio.

Cruzó los cubiertos en el plato, se pasó la servilleta por la boca, la frente y el cuello, se caló laboriosamente unos gruesos y enormes lentes, y alzando la cara ancha y fofa, del color de una cidra, examinó detenidamente a Cruges, y después a Carlos con una impudicia tranquila.

Eusèbiozinho presentó a su amigo Palma. Y su amigo Palma, en cuanto oyó el

nombre conocido de Carlos da Maia, quiso demostrar, ya que en presencia de un *gentleman* se hallaba, que él también era un *gentleman*. Tiró su servilleta, arrastró la silla hacia atrás, y una vez en pie, alargando hacia Carlos unos dedos blandos y de uñas comidas, exclamó, con gesto que señalaba a los restos del postre:

—Sírvase tomar lo que le apetezca, sin cumplidos... Que cuando se viene a Sintra es para abrir el apetito y darle gusto al estómago...

Carlos se lo agradeció, e iba ya a retirarse. Pero Cruges, que se empezaba a animar y bromeaba con Lola, hizo a su vez, desde el otro lado de la mesa, su presentación:

—Carlos, quiero que conozcas a la guapísima Lola, una vieja amiga mía, y a la señorita Concha, a la que acabo de tener el placer...

Carlos saludó respetuosamente a ambas damas.

La mujerona gruñó secamente sus *buenos días*. Parecía de mal humor, pesada por la comida, amodorrada y taciturna, con los codos hincados en la mesa, los ojos de enormes pestañas entornados, ora fumando ora escarbándose en los dientes con un palillo. Pero Lola estuvo amable, se hizo la señora, se puso en pie y le ofreció a Carlos una mano sudada. Después, de vuelta a su cigarrillo y componiéndose las pulseras de oro, declaró, con una mirada lánguida, que conocía a Carlos desde hacía mucho...

—¿No ha estado usted con Encarnación?

Sí, Carlos había tenido ese honor... Qué había sido de ella, de aquella guapa Encarnación.

Lola sonrió con finura y le tocó en el codo al maestro. No podía creer que Carlos no supiera qué había sido de Encarnación... En fin, manifestó que en la actualidad se hallaba con Saldanha.

—¡Ojo, que no es el duque de Saldanha! —exclamó Palma, aún de pie, con la bolsa de tabaco abierta sobre la mesa, liando un gran cigarro.

Lolita, un poco seca, replicó que Saldanha no sería duque, pero que era un *chico muy decente*...

—Mira —dijo Palma despacio, con el cigarro en la boca y echando mano del encendedor— no hará tres semanas que tuve que darle un par de bofetadas... Pregunta a Gaspar, Gaspar fue testigo... Fue en el Montanha... Un par de bofetadas que el sombrero salió volando a la calle... El señor Maia ha de conocer a Saldanha, que también tiene un cochecito y un caballo.

Carlos hizo un gesto indicando que no. Y ya se despedía de nuevo, saludando a las damas, cuando Cruges volvió a llamarle, reteniéndolo aún un instante, lo justo para satisfacer su curiosidad: quería saber cuál de aquellas chicas era la «esposa del amigo Eusèbio».

Así interpelado, el viudo se ofendió, gruñó con voz morosa, sin alzar los lentes de

la naranja que estaba pelando, que él estaba allí de paseo, que no tenía esposa y que aquellas chicas iban con el amigo Palma...

Y aún mascaba las últimas palabras cuando Concha, que hacía la digestión despatarrada, se incorporó bruscamente, como si fuera a saltar, descargó una puñada en el borde de la mesa, y con ojos llameantes desafió a Eusèbio a que repitiera aquello. ¡Quería que lo repitiese! ¡Quería que dijese que se avergonzaba de ella y de haberla llevado a Sintra!... Pálido, Eusèbio intentó bromear, hacerle fiestas, pero ella se lanzó a decir desatinos, le llamó de todo, siempre a puñetazo limpio con la mesa, con una furia que le desencajaba el rostro y le ponía dos manchas sanguíneas en el semblante trigueño. Lolita, avergonzada, le tiraba del brazo. Concha le propinó un empujón. Y excitada por la estridencia de su propia voz, echó toda la bilis, le llamó cerdo, le acusó de tacaño, y le trató de escoria.

Palma, preocupado, inclinándose sobre la mesa, exclamaba en tono ansioso:

—¡Concha, escucha! ¡Escúchame!... Yo te explico...

De repente ella se levantó y la silla cayó de lado. Cruzó el comedor y se marchó. La gran cola de satén barrió el piso airadamente. Se oyó un portazo. En el suelo quedó la mantilla de encaje.

El mozo, que entraba por el lado opuesto con la cafetera, se detuvo y observó con ojo curioso, oliéndose el escándalo. Luego, taciturno y seco, sirvió el café a cada cual.

Hubo un momento de silencio. En cuanto el camarero salió, Lolita y Palma, bajando la voz, atacaron a Eusèbiozinho. ¡Se había comportado de pena! ¡Aquello no se hacía, no era de caballeros! Si había llevado a una chica a Sintra, tenía que respetarla, no renegar de ella a las primeras de cambio, brutalmente, delante de todo el mundo...

—*Esto no se hace*—decía Lolita, de pie, gesticulando, con los ojos muy brillantes, mirando a Carlos—. *¡Ha sido una cosa muy fea!*...

Y como Cruges lamentara, sonriendo, haber sido la causa involuntaria de aquella catástrofe, ella bajó la voz, contó que la Concha era una auténtica furia, que había ido a Sintra a desgana, y que desde la mañana estaba *de muy mal humor*... *Pero lo de Silveira había sido una canallada*...

El pobre Eusèbiozinho, con la cabeza gacha y las orejas al rojo vivo, removía desconsoladamente su café. No se le veían los ojos, escondidos por los negros lentes, pero podía oírse el sollozo que le ahogaba. Palma posó la taza, se relamió, y de pie en medio de la sala, con el rostro reluciente, el chaleco desabrochado, resumió, dándoselas de entendido, el incidente.

—Todo se debe, y discúlpeme que se lo diga, Silveira, a una cosa: ¡usted no sabe tratar a las españolas!

Ante semejante crueldad, el viudo se deshizo. La cuchara se le cayó de los dedos.

Se levantó y se acercó a Carlos y Cruges, como refugiándose en ellos, en busca del calor de su amistad, y se desahogó, dejando escapar estas palabras angustiadas:

—¡Fíjense ustedes! Uno viene a Sintra en busca de un poco de poesía, ¡y es con esto con lo que se encuentra!...

Carlos le golpeó melancólicamente en el hombro:

—Así es la vida, Eusèbiozinho.

Cruges le hizo una carantoña en la espalda:

—El placer es cosa prohibida, Silveirinha.

Pero Palma, más práctico, declaró que había que arreglar las cosas. ¡A Sintra no se iba para disputas y enfados, eso ni hablar! Se iba de parranda, en busca de armonía, de buen humor, de placer. Coces no. Para eso uno se quedaba en Lisboa, que era más barato.

Se acercó a la Lola y le acarició la cara con amor:

—Anda, Lolita, ve con la Concha y dile que no sea burra, que venga a tomar café... Anda, que tú sabes llevarla... ¡Dile que se lo pido yo!

Lolita escogió un par de buenas naranjas, se retocó el pelo en un espejo, se recogió la cola del vestido y salió, dedicando a Carlos al pasar una mirada y una sonrisilla.

Tan pronto como se quedaron solos, Palma se volvió hacia Eusèbio y le aconsejó muy seriamente acerca del modo de tratar a las españolas. Era preciso usar con ellas muy buenas maneras, era por eso por lo que ellas se pirraban por los portugueses, porque en España las trataban a palo limpio... En fin, él no decía que en determinadas ocasiones dos buenos bofetones o un par de bastonazos no estuvieran bien dados... ¿Sabían cuándo había que pegarlas? Cuando no eran dóciles, cuando se ponían ariscas. Entonces sí, una buena azotaina, y más suaves que un guante. Pero después buenos modos, delicadeza, igual que con las francesas...

—Créame, Silveira, que yo tengo mi experiencia en estas cosas. Y si no, ¡que el señor Maia le diga, él que también tiene experiencia y sabe alternar con españolas!

Y esto lo dijo con tal calor, con tal respeto, que Cruges estalló en carcajadas e hizo que Carlos se riera también.

El señor Palma, un poco chocado, se ajustó los lentes y les miró.

—¿Se ríen ustedes? ¿Se creen que estoy de guasa? ¡Miren que yo a los quince años ya lidiaba con españolas! ¡No, no tienen de qué reírse, que a eso nadie me gana! Lo que se dice entender de españolas, ¡nadie entiende más que menda! ¡Y no es asunto fácil! ¡Precisa su talento!... Miren, Herculano^[100] es capaz de escribir excelentes artículos, con un estilo requetebueno... Pero ¡pónganle a lidiar con españolas y veremos! Un desastre seguro...

Eusèbiozinho, entretanto, se había acercado un par de veces a escuchar a la puerta. El hotel entero se había sumido en un gran silencio, y la Lolita no regresaba.

Entonces Palma le aconsejó que diera un gran paso.

—Vaya a verla, Silveira, vaya a su cuarto y, como el que no quiere la cosa, se llega hasta ella y...

—¿Y zurra va? —preguntó Cruges muy seriamente, riéndose de Palma.

—¡Qué zurra! Arrodílese y pídale perdón... En este caso hay que pedir perdón... Y para tener una excusa, llévele usted mismo el café.

Eusèbiozinho, con una mirada ansiosa y muda, consultó a sus amigos. Pero su corazón ya se había decidido: con la mantilla en una mano y la taza de café en la otra, pálido y conmovido, se dirigió despacio al corredor.

Tras él salieron Carlos y Cruges, sin despedirse del señor Palma, que indiferente por lo demás a ellos, se hallaba de nuevo a la mesa, dispuesto a prepararse regaladamente su ponche.

Eran las dos cuando Carlos y Cruges abandonaron por fin el hotel para hacer el paseo a Seteais, que tanto le apetecía al maestro desde Lisboa. En la plaza, ante las tiendas vacías y silenciosas, los perros callejeros dormían al sol. A través de los barrotes de la prisión, los presos pedían limosna. Niños mugrientos y andrajosos jugaban en las esquinas. Y las mejores casas aún tenían cerradas las ventanas, proseguían su sueño invernal entre árboles ya verdes. De vez en cuando se veía un trozo de sierra, con su muralla almenada coronando los roquedos, o se veía el Castelo da Pena, solitario en lo alto. Y por doquier el luminoso aire de abril extendía la dulzura de su terciopelo.

Al llegar al Lawrence, Carlos aflojó el paso, indicándole el hotel a Cruges.

—Tiene un aire más simpático —dijo el maestro—. Pero ha valido la pena ir al Nunes por ver aquella escena... ¿Así que el señor Carlos da Maia tiene experiencia con españolas?

Carlos no respondió, sus ojos no se despegaban de aquella fachada banal, en la que sólo una ventana estaba abierta, con un par de botines de tabinete puestos a secar. A la puerta, dos jóvenes ingleses, ambos en *knickerbockers*, fumaban su pipa en silencio. Y enfrente, sentados en un banco de piedra, dos paisanos que alquilaban burros no les quitaban ojo, sonrientes, prestos a caer sobre sus presas.

Carlos se disponía a seguir adelante, pero le pareció oír, distante y melancólico, proveniente del hotel silencioso, un vago son de flauta. Se detuvo de nuevo, dándole vueltas a sus recuerdos, casi seguro de que Dâmaso le había dicho que a bordo Castro Gomes tocaba la flauta...

—¡Esto es sublime! —exclamó Cruges, conmovido.

Se había detenido ante una cerca desde la que se dominaba el valle. Y desde allí, miraba con embeleso la rica vastedad de la arboleda tupida, de la que sólo se veían las copas redondeadas, que cubrían el declive de la sierra como el musgo cubre un muro, y que adquirirían a aquella distancia, bajo el lustre del sol, la blanda suavidad de

un enorme musgo oscuro. Y en aquella espesura verdinegra, le llamó la atención una blanca fachada de casa, ahogada entre el follaje, con un aspecto de noble reposo, al amparo de sombras seculares... Por un momento tuvo una ocurrencia de artista: deseó ocuparla en compañía de una mujer, un piano y un terranova.

Pero lo que le encantaba era el aire. Abría los brazos, respiraba a tragos deliciosos:

—¡Qué aire! ¡Esto es salud, muchacho! ¡Uno se siente revivir!...

Para disfrutarlo mejor, se sentó en una tapia baja, ante una terraza cercada en la que viejos árboles sombreaban unos bancos de jardín y despleaban sobre la carretera la frescura de sus ramajes, cuajados del gorjeo de los pájaros. Y como Carlos le mostrara el reloj, apremiándole para ir a ver el Palacio, el Castelo da Pena, las otras maravillas de Sintra, el maestro declaró que prefería estarse allí, oyendo correr el agua, antes que ir a visitar antiguallas...

—Sintra no es sólo piedras viejas, cosas góticas... Sintra es esto, un poco de agua, un poco de musgo... ¡El paraíso!...

Y dejándose llevar por aquel contento que le tornaba locuaz, retomó su broma:

—¡Usted debe de saber de eso, señor Maia, que tiene experiencia con españolas!

...

—Déjame tranquilo, y no profanes la Naturaleza —murmuró Carlos, que trazaba rayas pensativamente con el bastón.

Guardaron silencio. Cruges admiraba el jardín que había bajo la tapia en que se hallaban sentados. Era un denso nido de verdura, de arbustos, flores, árboles que se sofocaban en una prodigalidad digna de un bosque silvestre, dejando apenas espacio para un estanque redondo, en el que un poco de agua, inmóvil y helada, con dos o tres nenúfares, verdeaba a la sombra del ramaje profuso. Aquí y allá, por entre el desorden del follaje, se percibían ciertos toques de gusto burgués, el serpentear de una vereda estrecha como una cinta, brillante al sol, o la banal palidez de un yeso. En otros rincones, aquel jardín de gente rica, expuesto a la vista del paseante, tenía detalles pretenciosos de estufa exótica: áloes y cactus; araucarias que recordaban parasoles, que se alzaban por sobre las agujas negras de los pinos silvestres; la hoja de la palmera, con su aire triste de planta exiliada, que rozaba la rama ligera y perfumada del ciclamor de flores carmesíes. A trechos, con su gracia discreta, blanqueaba un corro de margaritas. O en torno a una rosa, solitaria en su tallo, revoloteaban en pareja las mariposas.

—¡Es una lástima que esto no pertenezca a un artista! —murmuró el maestro—. Sólo un artista sabría amar estas flores, estos árboles, estos rumores...

Carlos sonrió. Los artistas, sostuvo, sólo aprecian en la naturaleza los efectos de línea y color. Si de lo que se trataba era de preocuparse por el bienestar de una tulipa, de cuidar de que un clavel no pasara sed, de compadecerse cuando la helada quema

los primeros brotes de las acacias, entonces no había nadie mejor que el burgués, el burgués que todas las mañanas sale a su jardín con un sombrero viejo y una regadera, y que ve en los árboles y en las plantas una segunda familia silente, de la que también él es responsable...

Cruges, que le había escuchado distraídamente, exclamó:

—¡Demonios! ¡Que no se me olviden las quesadillas!

Un sonido de ruedas les interrumpió; una calesa descubierta se acercaba al trote desde Seteais. Carlos se puso en pie, convencido de que era «ella», de que por fin vería sus hermosos ojos brillar y refulgir como dos estrellas. La calesa pasó de largo. La ocupaban un anciano de barbas patriarcales y una vieja inglesa con el regazo lleno de flores, el velo azul flotando al aire. Y tras ellos, casi envuelto en el polvo levantado por las ruedas, apareció caminando pensativamente, con las manos a la espalda, un hombre alto vestido de negro, con un gran sombrero panamá caído sobre los ojos. Fue Cruges quien reconoció los largos bigotes románticos, quien gritó:

—¡Es Alencar, el gran Alencar!...

Por un momento, el poeta se quedó estupefacto, con los brazos abiertos en mitad de la carretera. Después, con la efusión ruidosa que le caracterizaba, estrechó a Carlos contra su pecho, besó a Cruges en la cara, porque conocía a Cruges desde pequeño, Cruges era para él como un hijo. ¡Caramba! ¡Una sorpresa así no la cambiaba él por el título de duque! ¡Menuda alegría encontrárselos allí! Y ¿qué demonios hacían en Sintra?

No esperó respuesta, enseguida contó su propia historia. Había tenido uno de sus ataques de garganta, con su punto de fiebre, y Melo, el buen Melo, le había recomendado un cambio de aires. Y para él, aires saludables, sólo los de Sintra, buenos no sólo para los pulmones, ¡sino también para el corazón!... De modo que había llegado la víspera, en el ómnibus.

—¿Y dónde te alojas? —preguntó Carlos enseguida.

—Pues dónde quieres que esté, donde la vieja Lawrence. ¡La pobre está muy vieja ya, pero yo siempre la considero una amiga, casi una hermana!...^[101] Y vosotros, demonios, ¿adónde os dirigís con esas flores en las solapas?

—A Seteais... Voy a enseñarle Seteais al maestro.

Pues ¡él repetía con ellos el paseo a Seteais! No tenía nada que hacer, sino beber aire puro y rumiar sus pensamientos... Toda la mañana la había dedicado a eso, suspendiendo sus sueños de las ramas de los árboles. Les acompañaría, era un deber hacerle al maestro los honores de Seteais...

—¡Que aquello es un lugar muy mío, muchachos! No hay allí árbol que yo no conozca... No quiero empezar ya a daros la tabarra con mis versos. Pero en fin, os acordaréis de una cosa que le dediqué a Seteais, y que gustó a algunos...

¿Cuántas lunas allí vi?

¿Y auroras dulces de abril?
¿Cuántos ayes proferí?
¿Sólo siete? ¡Más de mil!^[102]

¡Ya veis, muchachos, que tengo mis credenciales para conocer Seteais!...

El poeta lanzó al aire un vago suspiro, y por un instante caminaron los tres en silencio.

—Dime una cosa, Alencar —preguntó Carlos en voz baja, parándose y cogiéndole del brazo—. ¿Está Dâmaso en el Lawrence?

No, al menos él no le había visto. Aunque lo cierto era que la víspera, nada más llegar, se había acostado, estaba muy cansado. Y por la mañana, por toda compañía, había desayunado con dos jóvenes ingleses. El único animal que había visto era un lindo perrito de postín ladrando en el pasillo...

—Y vosotros ¿dónde paráis?

—En el Nunes.

El poeta se detuvo otra vez, dedicándole a Carlos una mirada llena de simpatía.

—¡Qué bien has hecho arrastrando contigo al maestro, hijo!... La de veces que le habré dicho a este diablillo que se metiera en el ómnibus y se escapara unos días a Sintra. Pero no hay quien le arranque de su piano. Y mira que para la música, para componer, para comprender a Mozart o a Chopin, hay que haber visto esto, haber escuchado este rumor, la melodía de estos ramajes...

Bajó la voz, al tiempo que apuntaba al maestro, que caminaba por delante, embriagado:

—¡Tiene mucho talento, mucha idea melódica!... Ahí donde lo ves, yo le he llevado a hombros... Y su madre fue una excelente mujer.

—¡Fijaos en esto! —gritó Cruges, deteniéndose para esperarles—. Es sublime.

Se trataba de un simple trecho de carretera que se ahogaba entre dos viejos muros cubiertos de hiedra, a la sombra de grandes árboles entrelazados que formaban un toldo por el que la luz se filtraba como por un encaje: en el suelo temblaban manchas de sol; y en aquel ambiente de frescura y silencio, un agua invisible huía cantando.

—Si quieres ver cosas sublimes, Cruges —exclamó Alencar— tienes que subir a la sierra. Allí hay espacio, nubes, arte...

—No sé, tal vez me guste más esto —susurró el maestro.

Su natural tímido prefería a buen seguro aquellos rincones humildes, hechos con un poco de follaje fresco y una tapia musgosa, lugares de quietud y de sombra, en los que halla un más blando cobijo la ensoñación de los indolentes...

—Por lo demás, hijo —prosiguió Alencar— todo en Sintra es divino. No hay rincón que no sea un poema... Mira, por ejemplo, esa linda florecilla azul...

La cogió tiernamente.

—Vamos, vamos —murmuró Carlos con impaciencia, convencido, desde que

Alencar se había referido al perrito, de que ella se hallaba en el Lawrence, y que ya no tardaría en verla.

Pero al llegar a Seteais, Cruges se llevó una decepción ante aquella vasta explanada cubierta de hierba, con el palacete al fondo, desconchado y con las ventanas rotas, que enarbolaba pomposamente sobre el arco triunfal, en pleno cielo, su enorme escudo de armas. De su visita de niño le quedaba la idea de que Seteais era un pintoresco montón de roquedos que dominaba el hondo valle. A ello se sumaba un vago recuerdo de claro de luna y guitarras... Pero lo que tenía a la vista le desilusionó.

—La vida es una suma de desilusiones —dijo Carlos—. ¡Prosigamos!

Y apretó el paso a través de la explanada, mientras el maestro, cada vez más animado, le gritaba la broma del día:

—¡Usted debe de saber de eso, señor Maia, que tiene experiencia con españolas!

...

Alencar, que se había quedado atrás encendiendo un cigarro, curioso, quiso saber qué era aquello de las españolas. El maestro le puso al tanto del encuentro en el Nunes y de los furros de la Concha.

Ambos caminaban por una de las alamedas laterales, verde y fresca, sumida en una paz religiosa, como un claustro hecho de follaje. La explanada estaba desierta, la hierba que la cubría crecía libremente, punteada de margaritas blancas y de botones de oro que brillaban al sol. Las hojas no se movían. Por entre las ramas ligeras caían los haces dorados del sol. El azul del cielo parecía haber reulado a una distancia infinita, impregnado de aquel silencio luminoso. Tan sólo se oía, de vez en cuando, la voz de un cuco en los castaños.

Aquel edificio, con su gran verja que lindaba con la carretera, sus florones de piedra roídos por la lluvia, el pesado blasón rococó, las ventanas con telas de araña, las tejas rotas, semejaba estar dejándose morir voluntariamente en aquella verde soledad, a disgusto con el mundo tras la desaparición de los tricornos y los espadines, desde que los últimos miriñaques rozaran aquellas hierbas... Cruges le describía a Alencar la escena de Eusèbiozinho yendo a pedirle perdón a la Concha con una taza de café en la mano. Y a cada instante el poeta, con su gran sombrero panamá, se agachaba a coger florecillas silvestres.

Cuando pasaron bajo el arco triunfal, hallaron a Carlos sentado en uno de los bancos de piedra, fumándose un cigarrillo pensativamente. El palacete arrojaba allí la sombra de sus muros tristes. Del valle ascendía frescor, aire puro. Y abajo, en algún lugar, se oía el lloreo de un salto de agua. Entonces el poeta, sentándose junto a su amigo, habló con desagrado de Eusèbiozinho. Si había una torpeza que él, Alencar, nunca había cometido, era la de hacer una escapadita a Sintra con meretrices... ¡Ni a Sintra ni a ninguna parte! ¡Pero mucho menos a Sintra! Siempre había profesado, y

todo el mundo debería profesarla, la religión de aquellos árboles, el amor a aquellas sombras...

—¡Y ese Palma —añadió— valiente bellaco! Le conozco bien. Tuvo una especie de periódico, y más de una vez le he tenido que parar los pies en la Rua do Alecrim. Una historia muy ilustrativa... Te la cuento, Carlos... ¡Menudo canalla! ¡Cuando me acuerdo!... ¡Menuda bola de materia pútrida!... ¡Choricillo purulento!

Se puso en pie, pasándose la mano nerviosa por los bigotes, excitado con el mero recuerdo de aquella vieja trifulca, fustigando a Palma con los peores vocablos, en uno de aquellos arrebatos que le perdían.

Cruges, sin embargo, apoyado en el parapeto, contemplaba los campos de labor que se extendían a sus pies, ricos y bien trabajados, repartidos en cuadros verde claro y verde oscuro, que le recordaban un paño hecho de retazos que él tenía en la mesa de su cuarto. Las tiras blancas de las carreteras serpenteaban. De vez en cuando, entre los árboles, se perfilaba un blanco caserío. Y a cada paso, en aquel suelo abundante en aguas, una fila de pequeños olmos revelaba algún fresco regato, que corría y brillaba entre las hierbas. El mar estaba al fondo, indistinto de la tierra, difuminado por la bruma azulada. Y en lo alto imperaba un azul enorme, lustroso como un esmalte, apenas enturbiado por un hilacho neblinoso, que dormía olvidado allí, suspendido en la luz...

—Me sentí asqueado —continuaba Alencar, rematando fogosamente la historia—. ¡Te lo juro! Tan asqueado que le arrojé el bastón a los pies, me crucé de brazos y le dije: «¡Ahí tiene mi bengala, cobarde redomado, yo me basto con las manos!».

—¡Demonios! ¡Que no se me olviden las quesadillas! —murmuró Cruges separándose del parapeto.

Carlos se había puesto en pie y miraba su reloj. Pero antes de dejar Seteais, Cruges quiso explorar la otra terraza. Y apenas hubo subido dos viejos peldaños de piedra, gritó alegremente:

—¡Ya lo decía yo! ¡Aquí están!... ¡Y vosotros venga a decir que no!

Le hallaron triunfante ante un montón de peñascos pulidos por el tiempo, con un vago aire de asientos dejados allí otrora, poéticamente, para darle a la terraza una gracia agreste de bosque virgen. ¿No lo decía él? ¡Claro que en Seteais había roquedos!

—¡Si yo me acordaba perfectamente! ¿No se llama Penedo da Saudade? ¿Eh, Alencar?

Pero el poeta no respondió. Había cruzado los brazos, sonreía dolorosamente. Inmóvil, sombrío con su traje negro, el panamá sobre las cejas, le dedicó a aquel rincón una mirada lenta y triste.

Después, en silencio, su voz se alzó doliente y melancólica:

—¿Os acordáis, muchachos, de una cosa que tengo en *Flores y martirios*, una de

las mejores piezas del libro, con rimas libres, titulada «6 de agosto»? Tal vez no. Pues ¡os la voy a recordar!

Maquinalmente se sacó del bolsillo un pañuelo blanco. Y con él ondeando en la mano, atrayendo a Carlos hacia sí, llamando a Cruges a su otro costado, bajó la voz como si se dispusiera a realizar una confidencia sagrada, y recitó con un ardor sordo, mordiendo las sílabas, trémulo, con pasión nerviosa y efímera:

*¡Al fin te estreché mi pecho!
En torno ¡qué noche oscura!
Mas no era de encaje el lecho,
ni de maderas preciosas.
Era la roca más dura...
Lejos, guitarras quejosas,
sones de amores confesos.
(¿Ves? Soy el que nunca olvidó.)
¡Y la dura roca ardió
al calor de nuestros besos!*

Durante un instante, contempló embelesado las blancas piedras batidas por el sol, y luego, señalándolas con gesto triste, murmuró:

—Fue allí.

Y se alejó, encorvado bajo su sombrero panamá, con el pañuelo blanco en la mano. Cruges, al que aquellos romanticismos le impresionaban, se quedó mirando aquellos peñascos como si de un sitio histórico se tratara. Carlos sonreía. Y cuando ambos abandonaron aquel rincón, el poeta, agachado, se estaba apretando el cordón de los calzoncillos.

Enseguida se puso en pie, ya libre de la emoción, enseñando sus malos dientes con una sonrisa amistosa. Y apuntando al arco, exclamó:

—Ahora, Cruges, hijo, fíjate en esa tela sublime.

El maestro se quedó boquiabierto. En el vano del arco, como enmarcado en una pesada moldura de piedra, brillaba, a la augusta luz de la tarde, un cuadro maravilloso, de una composición casi fantástica, como la ilustración de una leyenda de amor y caballería. En primer plano, el llano, desierto y verdeante, salpicado de flores amarillas. Al fondo, una hilera cerrada de árboles añosos, con hiedra en los troncos, relucientes al sol. Y rompiendo abruptamente aquella línea de bosque soleado, se alzaba a la luz resplandeciente del día, recortada con nitidez sobre el fondo azul claro del cielo, la cumbre airosa de la sierra, de color violeta oscuro, coronada por el Castelo da Pena, romántico y solitario en lo alto, con su sombrío parque a los pies, la torre esbelta perdida en las alturas, las cúpulas relucientes al sol, como hechas de oro...

Cruges halló aquel cuadro digno de Gustave Doré. Alencar tuvo una hermosa frase acerca de la imaginación de los árabes. Carlos, impaciente, les instó a seguir camino.

Pero a Cruges, muy excitado ahora, le apetecía subir al Castelo da Pena. Alencar se prestaba gustoso. Para él, la Pena era otro nido de recuerdos. ¿Nido? Más bien debiera decir cementerio... Carlos dudaba. ¿Estaría ella en la Pena? Y miraba la carretera, los árboles, como si por las huellas en el polvo o por el movimiento de las hojas pudiera adivinar el rumbo que habían tomado los pasos que seguía... Por fin tuvo una idea.

—Vamos primero al Lawrence. Y después, si tenemos ganas de subir al castillo, alquilamos allí mismo los burros...

Ni siquiera escuchó la propuesta de Alencar, que sugería ir a Colares a visitar a su amigo Carvalhosa. Apretó el paso rumbo al Lawrence, mientras que el poeta volvía a asegurarse los calzones y el maestro, en pleno raptó bucólico, se adornaba el sombrero con hojas de hiedra.

Frente al Lawrence, los dos burreros, con el cigarro en la boca, no habiendo logrado apoderarse de los ingleses, vagueaban al sol.

—¿Saben ustedes —les preguntó Carlos— si una familia que está aquí en el hotel ha subido a la Pena?

Uno de los hombres fingió adivinar, y exclamó al instante, quitándose la gorra:

—¡Sí señor, hace poco, aquí tiene usted también un burro!

Pero el otro, más honesto, lo negó. No señor, la gente que había ido a la Pena estaba en el Nunes...

—La familia que usted dice ha ido para abajo, hacia el palacio...

—¿Una señora alta?

—Sí señor.

—¿Con un individuo de barba negra?

—Sí señor.

—¿Y una perrita?

—Sí señor.

—¿Tú conoces al señor Dâmaso Salcede?

—No señor... ¿Uno que hace retratos?

—No, no hace retratos... Toma.

Les dio una moneda de cinco tostones, y volvió al encuentro de sus compañeros de paseo, declarando que realmente era ya tarde para subir al castillo.

—Así que lo que tienes que ver, Cruges, es el palacio. ¡Eso sí que tiene originalidad y *cachet*! ¿No es cierto, Alencar?

—He de deciros, hijos —comenzó el autor de *Elvira*— que históricamente hablando...

—Y tengo que comprar las quesadillas —murmuró Cruges.

—¡Claro! —exclamó Carlos—. ¡Las quesadillas! No hay tiempo que perder. ¡En marcha!

Indecisos aún Alencar y Cruges, enfiló hacia el palacio, y en un par de zancadas se plantó allí. Ya desde la plazuela avistó a la famosa familia hospedada en el Lawrence, con perrita incluida, que salía por el portón y pasaba junto al centinela. Se trataba, en efecto, de un sujeto de barba negra y zapatos de lona blanca. Pero junto a él iba una matrona enorme, con una manteleta de seda, el cuello y el pecho llenos de oro, y un perrito de lanas en brazos. Iban gruñendo, con muy malos modos, en español.

Carlos se quedó mirando a aquella pareja con la melancolía de quien contempla los fragmentos de un hermoso mármol roto. No esperó a Alencar y a Cruges, e hizo lo posible por evitarlos. Corrió al Lawrence por un camino diferente, ávido de una certeza. Y allí, el mozo que le atendió, le dijo que el señor Salcede y los señores Castro Gomes se habían marchado a Mafra la víspera...

—¿Y desde allí?

El mozo le había oído decir al señor Dâmaso que desde allí volvían a Lisboa.

—Bien —dijo Carlos, arrojando el sombrero sobre la mesa—. Tráigame una copa de coñac y un poco de agua fresca.

De repente Sintra se le antojó intolerablemente desierta y triste. Le faltaron fuerzas para volver al palacio, para salir de allí. Quitándose los guantes, dando vueltas alrededor de la mesa del comedor, en la que se marchitaban los ramos de la víspera, sintió un deseo desesperado de lanzarse al galope hacia Lisboa, de plantarse en el Hotel Central, de invadir su habitación, de verla y saciar los ojos en ella... ¡Porque nada le irritaba tanto como no poder encontrar, en la apretura de Lisboa, donde uno se iba dando codazos con todo el mundo, a aquella mujer a la que buscaba desesperadamente! Hacía dos semanas que recorría el Aterro como un perro vagabundo. Había peregrinado ridículamente de teatro en teatro. ¡Incluso una mañana de domingo la había buscado por las iglesias! Pero no había vuelto a verla. Se había enterado de que estaba en Sintra, y hasta Sintra se había llegado, pero nada. Ella se había cruzado con él una tarde, bella como una diosa caída del cielo sobre el Aterro, le había dedicado una de sus miradas negras, y después había desaparecido, se había evaporado, como si hubiera regresado a los cielos, de ahora en adelante invisible y sobrenatural. Y allí se había quedado él, con aquella mirada en el corazón, que perturbaba todo su ser, orientando sordamente sus pensamientos, sus deseos, su curiosidad, toda su vida interior, hacia una adorable desconocida de la que no sabía sino que era alta y rubia y que tenía una perrita escocesa... ¡Es lo que sucede con las estrellas fugaces! No son de una esencia diferente ni contienen más luz que las demás, pero al pasar veloces y desvanecerse, el deslumbramiento que originan es

mayor y más duradero... Él no había vuelto a verla. Otros sí. Taveira. Y en el Grémio había oído a un alférez de lanceros preguntar quién era, porque se cruzaba con ella a diario. El alférez la veía a diario. Él no. Y se desvivía...

El mozo le trajo el coñac y el agua. Carlos, preparando lentamente su refresco, se puso a conversar con él, se refirió a los jóvenes ingleses, a la española obesa... Al cabo, superando cierta timidez, casi ruborizándose, le interrogó sincopadamente acerca de los Castro Gomes. Y cada respuesta le pareció una adquisición preciosa. La señora era muy madrugadora, contaba el mozo. A las siete ya se había bañado y estaba vestida y salía sola. El señor Castro Gomes, que dormía en cuarto separado, nunca se levantaba antes de las doce. Por la noche se pasaba horas y horas a la mesa, fumando *cigarettes* y mojando los labios en copas de coñac y agua. Él y el señor Dâmaso jugaban al dominó. La señora tenía el cuarto lleno de flores. Pretendían quedarse hasta el domingo, pero había sido ella la que les había urgido a regresar...

—Ah —dijo Carlos tras un silencio— ¿fue la señora quien adelantó el regreso?...

—Sí señor, estaba preocupada por la pequeña, que se había quedado en Lisboa... ¿Desea usted más coñac?

Carlos recusó con un gesto, y salió a sentarse a la terraza. La tarde caía lenta, radiante, sin un estremecimiento del follaje, toda claridad dorada, con una ancha serenidad que penetraba en el alma. Así que se habría encontrado con ella allí mismo, en aquella terraza, viendo el atardecer, si ella no se hubiera impacientado por volver junto a su hija, algún bebé rubio que se había quedado con el ama. Así que la brillante diosa era también una buena madre. Aquello le daba un encanto más profundo, aún le gustaba más bajo aquel nuevo aspecto, con aquel tierno toque de estremecimiento humano añadido a sus hermosas formas de mármol. Ahora ella ya estaría en Lisboa. Se la imaginaba envuelta en los encajes de su *peignoir*, con el cabello recogido aprisa, grande y blanca, levantando al bebé con sus espléndidos brazos de Juno, hablándole con una sonrisa de oro. También de esta guisa le parecía adorable, su corazón volaba hacia ella... ¡Ah, quién tuviera el derecho de estar a su lado en aquellas horas de intimidad, muy cerca de ella, sintiendo el aroma de su piel, sonriendo también a un bebé! Y poco a poco fue dibujándose en su alma un romance absurdo: un arrebató de pasión, más fuerte que las leyes humanas, les zarandeaba y les arrastraba a un mismo destino. Y luego, qué divina existencia les aguardaría, escondidos del mundo en un nido de flores y sol, lejos, en algún rincón de Italia... Y toda suerte de ideas de amor, de devoción absoluta, de sacrificio, le invadían deliciosamente, mientras sus ojos se perdían, se abandonaban a la solemnidad religiosa de aquel crepúsculo. Del lado del mar subía un maravilloso color oro pálido, que en lo alto se diluía en el azul, trazando una blancura indecisa y opalina, un dulce tono de desmayo. Y el bosque adquiría tintes rubios, delicados y durmientes. Los rumores tenían la suavidad de los suspiros perdidos. Los contornos se aquietaban, con

una inmovilidad de éxtasis. Y las casas, que miraban a poniente con alguna que otra ventana encendida como una brasa, las cimas redondeadas de los árboles apiñados, que descendían la sierra en tupida formación, todo parecía de repente detenerse en un recogimiento melancólico y grave, contemplando la marcha del Sol, que se sumergía lentamente en el mar...

—Carlos, ¿estás ahí?

Abajo, en la carretera, la robusta voz de Alencar le llamaba. Carlos se asomó a la baranda de la terraza.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí, muchacho? —exclamó Alencar, agitando alegremente su panamá—. Te hemos estado esperando allí, en el cubil real... Te hemos buscado en el Nunes... Ahora ¡nos dirigíamos a la prisión!

El poeta rió largamente su travesura, mientras que Cruges, a su lado, con las manos a la espalda, la cara alzada en dirección a la terraza, bostezaba desconsoladamente.

—He venido aquí a *refrescar*, como tú dices, a tomar un poco de coñac, que tenía sed.

¿Coñac? ¡No por otra cosa había estado suspirando el pobre Alencar toda la tarde, desde Seteais! Subió de dos en dos los escalones de la terraza, no sin antes haber gritado hacia el interior que le sirvieran lo suyo de siempre.

—¿Has visto el palacio, eh, Cruges? —le preguntó Carlos al maestro cuando éste apareció arrastrando los pies—. Entonces, creo que lo único que nos queda es cenar y marcharnos...

Cruges convino. Volvía del palacio con un aspecto mortecino, fatigado de aquel vasto caserón histórico, de la voz monótona del cicerone mostrando la cama de S. M. el Rey, las cortinas del cuarto de S. M. la Reina, «mejores que las de Mafra»^[103], el sacabotas de S. A. Se le había pegado algo de esa melancolía que flota en las residencias reales, y que viene a ser su atmósfera propia.

Y aquella naturaleza de Sintra, al anochecer, decía, le ponía un poco triste.

Convinieron en cenar allí mismo, en el Lawrence, para evitar el bochornoso espectáculo de Palma y las damitas españolas, y mandar que el *break* les recogiese a la puerta del Lawrence, para volver a Lisboa con la primera luna. Alencar aprovechaba y se volvía con ellos.

—Y para que la fiesta sea completa —exclamó Alencar, limpiándose el coñac de los bigotes— mientras vais al Nunes a pagar la cuenta y ordenar venir el coche, yo voy a conferenciar en la cocina con la vieja Lawrence, para que nos preparen un *bacalao a la Alencar*, receta original mía... ¡Vais a ver lo que es comer bacalao! Porque una cosa es cierta: los versos los podrán hacer mejor otros, ¡pero en el bacalao no me gana nadie! ¡Nadie!

Cruzando la plaza, Cruges rogaba a Dios que no volvieran a encontrarse con

Eusèbiozinho. Pero tan pronto como pusieron el pie en la escalera del Nunes, oyeron la cháchara de tan honorable sociedad. Se hallaban en la antesala, ya todos reconciliados, la Concha de lo más contenta, sentados a una mesa con cartas. Palma, provisto de una botella de ginebra, echaba una partidita con Eusèbio. Y las dos españolas, con el cigarro en la boca, jugaban lánguidamente al monte.

El viudo perdía, pálido. Al comienzo no había en el plato más que un par de coronas, pero ahora la cosa se había animado, y Palma ganaba, bromeando, besuqueando a su moza. Pero al mismo tiempo hacía todo lo posible por ser caballero, ofreciendo la revancha aunque hubieran de quedarse allí hasta la madrugada.

—¿No se animan ustedes, señores? Es sólo por matar el tiempo... En Sintra cualquier cosa vale... ¡Una jota! Pierdes otra vez, Silveira... Me debes una libra y quince tostones.

Carlos cruzó sin responder al ofrecimiento, seguido de un mozo, justo en el momento en que Eusèbiozinho, furioso, ya desconfiado, quiso verificar, con sus lentes oscuros, si no faltaba algún rey.

Palma abrió la baraja en abanico, sin ofenderse. Entre amigos, ¡qué demonios, todo estaba permitido! Su española, ella sí, se escandalizó, defendiendo el honor de su hombre. ¿Cómo? ¿Que Palmita había escamoteado un rey? La Concha, que temía por el dinero de su viudo, exclamaba que el rey podía haberse perdido. Allí estaban todos los reyes.

Palma se echó una copa de ginebra al colete y volvió a barajar majestuosamente.

—¿Así que no se anima usted? —le preguntó al maestro.

Cruges rondaba la mesa, con el ojo en las cartas y en el plato, muy cansando, removiendo el dinero en el bolsillo. De pronto se decidió. Con mano nerviosa, echó una libra, apostando sólo cinco tostones. Perdió. Cuando Carlos regresó del cuarto con el mozo que llevaba las maletas, el maestro ya estaba enfrascado en el juego, con la libra ya comprometida, los ojos encendidos y un aspecto desgreñado.

—¿Tú también?... —exclamó Carlos con severidad.

—Bajo enseguida —gruñó Cruges.

Y a toda prisa pretendió recuperar su libra, yendo con un tres contra un rey. Estaba perdido, según Palma. Con emoción, comenzó a levantar cartas, manoseando cada naipe, con una lentitud mortal. Le salió un triste dos, y lanzó un juramento. Eusèbiozinho perdía otra baza. Palma suspiró aliviado, y apretando la baraja entre las manos, alzando sus lentes centelleantes, interpeló al maestro:

—Entonces, ¿se juega el resto de la libra?

—Sí.

Palma suspiró de nuevo, con ansiedad, más pálido, y fue echando bruscamente las cartas.

—¡Rey! —gritó, haciéndose con el plato.

Era el rey de tréboles. Su española palmoteó. El maestro se marchó furioso.

En el Lawrence la cena se prolongó hasta las ocho, con velas. Habló Alencar todo el tiempo. Aquella tarde se había olvidado de las desilusiones de la vida, de sus odios literarios, estaba en vena. Contó historias de los viejos tiempos de Sintra, recuerdos de su famosa estancia en París, anécdotas picantes de mujeres, parte de la crónica íntima de la Regeneración... Todo ello con voz estridente, e «hijos esto», «muchachos lo otro», y gestos que hacían que las llamas de las velas temblaran, y grandes copas de colares trasegadas de golpe. Del otro lado de la mesa, los dos ingleses, correctos con sus fracs negros, un clavel blanco en el ojal, no salían de su asombro, con aire entre embarazado y desdeñoso, ante aquella demostración de entusiasmo meridional.

La aparición del bacalao fue apoteósica, y la satisfacción del poeta tan grande, que llegó a desear, ¡qué caramba!, que se encontrase allí Ega...

—¡Me hubiera gustado que probase este bacalao! Ya que no admira mis versos, ¡no le hubiera quedado más remedio que admirar mi bacalao, un bacalao de artista a carta cabal!... El otro día lo hice en casa de los Cohen, y Raquel, la pobre, se acercó a abrazarme... Porque hijos míos, ¡la poesía y la cocina van de la mano! Ahí está Alexandre Dumas... Me diréis que Dumas padre no es un poeta... ¿Cómo que no? ¿Y D'Artagnan? ¿No es un poema?... ¡Es pura chispa, fantasía, inspiración, sueño, arrobo! Entonces, ¡diantres, es un poeta! Un día tenéis que venir a cenar a mi casa, con Ega, y os voy a hacer unas perdices a la española que os va a parecer que tenéis castañuelas en los dedos... A mí, os lo aseguro, me gusta Ega... Todo eso del romanticismo y el realismo son miserias... Un lirio es tan natural como una chinche... Hay quien prefiere el hedor de las alcantarillas; pues muy bien, levantemos la tapa... Yo prefiero los polvos de mariscala sobre un seno blanco. A cada cual lo suyo: para mí el seno, para los demás lo otro. Lo importante es tener corazón. Y Ega lo tiene. Y chispa, garra, estilo... Eso es lo que hace falta. ¡Por Ega!

Posó la copa, se pasó la mano por los bigotes, y gruñó en voz baja:

—¡Y si esos ingleses siguen mirándome con ojos como platos, les voy a echar el vino por la crisma, y se va armar una que se van a enterar en Gran Bretaña cómo se las gastan los poetas portugueses!...

Pero no pasó nada, Gran Bretaña se quedó sin saber cómo se las gasta un poeta portugués, y la cena acabó con un tranquilo café. Eran las nueve y había luna cuando Carlos se acomodó en el asiento del *break*.

Alencar, embozado en un capote, un verdadero capote de cura de aldea, llevaba en la mano un ramo de rosas. Había guardado el panamá en su maleta, y se había puesto un gorro de nutria. El maestro, pesado tras la cena, con un principio de *spleen*, se encogió en un rincón del *break*, taciturno, enterrado bajo el cuello alzado del

paletó, con el mantón de su madre echado sobre las rodillas. Partieron. Sintra dormía a la luz de la luna.

Durante un trecho el *break* rodó en silencio, inmerso en la belleza de la noche. A intervalos, la carretera aparecía bañada por una claridad cálida, centelleante. Las fachadas de las casas, mudas y pálidas, surgían de entre los árboles con un aire de melancolía romántica. Murmullos de agua se perdían en la sombra. Y junto a las tapias, flotaban fragancias florales. Alencar había encendido su pipa y miraba a la luna.

Pero una vez hubieron pasado São Pedro y cogieron la carretera silenciosa y triste, Cruges rebulló, tosió, miró también a la luna, y murmuró por entre su mantón:

—Alencar, ¿por qué no nos recitas algo?

El poeta condescendió encantado, pese a que uno de los criados viajaba en el interior del *break*. Pero ¿qué podía recitar bajo el encanto de la noche clara? ¡No había verso que no resultara flojo frente al resplandor de la luna! En fin, contaría una historia verdadera y muy triste... Se sentó junto a Cruges con su gran capotón, vació los restos de la pipa, y tras acariciarse algún tiempo los bigotes, comenzó, en un tono familiar y simple:

*Era el jardín de una antigua vivienda,
sin estatua ni fuente o rara flor.
Paseos de lavanda y boj,
claveles, rosas...*

—¡Rayos! —exclamó Cruges dando un bote bajo el mantón, con un grito que acalló al poeta, obligó a Carlos a volver la cara y asustó al *groom*.

El *break* se detuvo, todos le miraron en suspenso. Y en el vasto silencio de la landa, bajo la paz de la luna, Cruges, deshecho, exclamó:

—¡Las quesadillas! ¡Se me han olvidado las quesadillas!

IX

El famoso día de la *soirée* de los Cohen, al final de aquella semana tan luminosa y dulce, amaneció nublado y triste. Carlos, al abrir la ventana que daba al jardín, se encontró con un cielo bajo que parecía algodón en rama sucio. Los árboles tenían un aspecto tembloroso y húmedo. A lo lejos, el río estaba turbio, y por el blando aire erraba un tibio hálito de sudoeste. Decidió no salir, y desde las nueve sentado con sus libros, envuelto en su amplia *robe de chambre* de terciopelo azul, que le daba un hermoso aire de príncipe artista del Renacimiento, intentó trabajar. Pero dos tazas de café y un sinfín de cigarrillos no le despejaron, sentía la cabeza tan cargada como el cielo. Tenía uno de sus días terribles, en que se creía un negado, en que las hojas de papel rotas, estrujadas, que iban tachonando la alfombra, le daban la sensación de ser una ruina viviente.

Sintió una suerte de un alivio, una tregua en la lucha con las ideas rebeldes, cuando Baptista le anunció a Vilaça, que venía a hablarle de una venta de dehesas en el Alentejo, pertenecientes a su legítima.

—¡Negocios! —dijo el administrador, dejando el sombrero en una esquina de la mesa, con un rollo de papel dentro—. ¡Más de dos contos de reis para su bolsillo!... No está nada mal para empezar el día...

Carlos se desperezó, cruzando con fuerza las manos contra la nuca:

—Mire por dónde, me vienen muy bien los dos mil reis, pero no estaría mal que me trajese usted un poco de lucidez de espíritu... Estoy totalmente embotado...

Vilaça consideró la propuesta un momento, con malicia:

—¿Quiere usted decir que preferiría escribir una bella página a recibir de golpe cerca de quinientas libras? La cosa va en gustos... No está mal convertirse en un Herculano o un Garrett^[104], pero dos contos de reis son dos contos de reis... Es más que un folletín. En fin, el negocio es el siguiente.

Se lo explicó sin sentarse, con prisa, mientras que Carlos, cruzado de brazos, consideraba lo horroroso que era el alfiler de corbata de Vilaça (un macaco de coral comiéndose una pera de oro) y percibía vagamente, a través de su neblina mental, que se trataba de un tal vizconde de Torral y de unos cerdos... Cuando Vilaça le presentó los papeles, los firmó con aire moribundo.

—¿No se queda a almorzar, Vilaça? —dijo viendo que el administrador se metía bajo el brazo el rollo de papeles.

—Se lo agradezco mucho. Pero tengo que encontrarme con nuestro amigo Eusèbio... Vamos al Ministerio del Reino, él aspira a una dignidad... Pretende la Orden de la Conceição... Pero este gobierno no está muy contento con él.

—¿Cómo? —exclamó Carlos respetuosamente mientras bostezaba—. ¿El gobierno no está contento con Eusèbiozinho?

—No se portó bien en las últimas elecciones. No hace muchos días que el ministro del Reino me decía confidencialmente: «Eusèbio no es mal chico, pero es un poco retorcido». Usted le vio el otro día, me dijo Cruges, en Sintra.

—Sí, allí estaba haciendo méritos para la Orden de la Conceição.

Cuando Vilaça se marchó, Carlos retomó lentamente la pluma, y durante unos instantes, con la mirada perdida en la página medio escrita, se estuvo acariciando la barba, desanimado y estéril. Pero casi al momento entró Afonso da Maia, sin destocar aún, de vuelta de su paseo matutino por el barrio, y con una carta para él, que había ido a parar a su escritorio mezclada con su correo. Por lo demás, esperaba encontrar allí a Vilaça.

—Ha estado aquí, pero se ha ido a toda prisa en busca de una encomienda para Eusèbiozinho —dijo Carlos abriendo la carta.

Y se sorprendió al encontrarse con una invitación —que olía a verbena como la condesa de Gouvarinho— del conde para una cena el sábado, redactada en tales términos de simpatía que casi resultaba poética. Hasta tenía una frase acerca de la amistad, hablaba de los *átomos engarzados* de Descartes. Carlos no pudo contener la risa, y le contó a Afonso que se trataba de un par del reino que le invitaba a cenar citando a Descartes...

—Son capaces de todo —murmuró el viejo.

Y echando una mirada risueña a los manuscritos que cubrían la mesa, añadió:

—Trabajando, ¿eh?

Carlos se encogió de hombros:

—Si es que a esto se le puede llamar trabajar... Mire cómo está la alfombra de papelotes. No hay manera... Mientras se trata de tomar notas, recabar documentos, buscar materiales, todo va bien. Pero cuando se trata de exponer las ideas, las observaciones, con gusto y simetría, con color, con relieve, entonces todo se viene abajo...

—Una preocupación muy peninsular, hijo mío —dijo Afonso sentándose junto a la mesa, con el sombrero de alas gachas en la mano—. Olvídate de todo eso... Se lo decía el otro día a Craft, y él estaba de acuerdo... El portugués nunca podrá ser hombre de ideas por culpa de su amor a la forma. Por esa manía suya de las frases hermosas, ese gusto por el brillo, la música. Si es preciso, con tal de que una frase gane en belleza, falsea la idea sin el menor empacho, o la deja incompleta o la exagera... El pensamiento se hunde, pero se salva la frase.

—Cuestión de temperamento —dijo Carlos—. Hay seres inferiores para quienes la sonoridad de un adjetivo es más importante que la exactitud de un sistema... Yo soy uno de ellos.

—¡Demonios! Así que eres un retórico...

—¿Y quién no lo es? Aún está por demostrar que el estilo no discipline el

pensamiento. Como usted sabe, en verso la búsqueda de una rima es con frecuencia responsable de la originalidad de una imagen. Y cuántas veces el esfuerzo por completar adecuadamente la cadencia de una frase no conlleva nuevas e inesperadas perspectivas de la idea... ¡Viva la frase hermosa!

—El señor Ega —anunció Baptista alzando el repostero en el preciso instante en que comenzaba a sonar la campanilla del almuerzo.

—Hablando de frases... —dijo Afonso riendo.

—¿Frases? ¿Qué frases?... —exclamó Ega, que tenía cierto aire ido, sin afeitarse, el cuello del paletó levantado—. ¡Oh, usted por aquí a esta hora, señor Afonso da Maia! ¿Cómo está usted? Dime Carlos, seguro que tú puedes sacarme de un apuro... ¿No tendrás por casualidad una espada que me sirva?

Ante la mirada atónita de Carlos, añadió con impaciencia:

—¡Sí, hombre, una espada! No es para batirme en duelo, estoy en paz con el mundo... Es para esta noche, para mi disfraz.

Matos, el muy cenutrio, sólo la víspera le había tenido listo el *costumé* para el baile. ¡Y cuál no habría sido su horror al ver que en lugar de una espada artística le había proporcionado una de la Guardia Municipal! Le entraron ganas de atravesarle con ella de parte a parte. Había acudido al tío Abraão, que sólo tenía espadines de corte, mezquinos y cursis como la corte misma. Se había acordado de Craft y de su colección. Y de allí venía, pero eran unos espadones de hierro, unas cimitarras de cuidado, que pesaban arrobos, las tremendas durandartes de los cafres que conquistaron la India... Nada que pudiera servirle. Sólo entonces se había acordado de las antiguas panoplias del Ramalhete.

—Supongo que aquí habrá algo... Lo que me hace falta es una espada larga y fina, con la cazoleta en forma de concha, labrada y forrada de terciopelo carmesí. Y que no tenga ninguna cruz, ¡sobre todo que no tenga ninguna cruz!

Afonso, tomándose enseguida un interés paternal por aquel aprieto de John, se acordó de que arriba, en el corredor, había unas espadas españolas...

—¿Arriba, en el corredor? —exclamó Ega, ya con una mano en el repostero.

Era inútil que se precipitase a por ellas. No estaban a la vista, dispuestas en una panoplia, se guardaban aún en las cajas en que habían llegado de Benfca.

—Ya voy, ya voy, demonio de hombre —dijo Carlos levantándose con resignación—. Pero mira que no tienen vainas.

Ega se desmoronó. Fue Afonso quien tuvo una idea salvadora.

—Manda hacer una simple vaina de terciopelo negro, eso se hace en una hora. Y pide que le cosan a lo largo rodajas de terciopelo carmesí...

—¡Espléndido! —gritó Ega—. ¡No hay nada como tener buen gusto!

Y apenas Carlos hubo salido en busca de la espada, tronó contra Matos.

—¡Imagínese! ¡Un sable de la Guardia Municipal! ¡Y es él quien hace los trajes

para todos los teatros! ¡Valiente bobo!... ¡Así va todo, menudo país!...

—Mi querido Ega, no puedes culpar a Portugal entero, al Estado, a siete millones de almas, del comportamiento de Matos.

—¡Cómo que no! —exclamaba Ega deambulando por el gabinete con las manos hundidas en los bolsillos del paletó—. ¡Cómo que no! Todo tiene que ver. El *costumier* le endosa a un traje del siglo XIV un sable de la Guardia Municipal. Y por su parte los ministros, a propósito de los impuestos, citan las *Meditaciones* de Lamartine. Y el literato, esa bestia suprema...

Pero enmudeció viendo la espada que le traía Carlos, una hoja del siglo XVI, bien templada, fina y vibrante, con la cazoleta trabajada como encaje, y con el nombre del ilustre espadero grabado, Francisco Ruy de Toledo.

La envolvió en papel de periódico, agradeció aprisa la invitación a almorzar, dio dos recios *shake-hands*, se caló el sombrero hasta la nuca, y ya se disponía a salir de la habitación cuando Afonso le detuvo:

—Óyeme, John —dijo el viejo alegremente— ésta es una espada de la familia, que siempre ha brillado con gloria, según tengo entendido... ¡A ver cómo te sirves de ella!

Junto al repostero, Ega se giró, y exclamó, apretando contra su pecho el hierro, envuelto en el *Jornal do Comércio*:

—¡No la esgrimiré sin justicia, ni la envainaré sin honra! *Au revoir!*

—¡Cuánta vida, cuánta juventud! —murmuró Afonso—. ¡Qué feliz este John!... Vete preparando, hijo, que ya han llamado una vez para el almuerzo.

Carlos aún se demoró un instante relejendo con una sonrisa la ampulosa carta de Gouvarinho. Y ya se disponía a llamar a Baptista para vestirse cuando abajo, en su entrada particular, el timbre eléctrico vibró con violencia. Un paso ansioso resonó en la antecámara, y Dâmaso apareció sin aliento, con la mirada perdida, el rostro congestionado. Y sin dar tiempo a que Carlos expresara su sorpresa por verle al fin en el Ramalhete, exclamó, alzando los brazos:

—¡Menos mal que te encuentro! ¡Necesito que vengas a ver a un enfermo!... Te explico... Se trata de esos brasileños... Pero ¡por el amor de Dios, deprisa, muchacho!

Carlos se puso en pie, pálido:

—¿Es ella?

—No, es la pequeña, ha estado muy mal... Pero ¡vístete Carlinhos, vístete, que la culpa es mía!

—Es un bebé, ¿no?

—¿Un bebé?... No, es una cría de unos seis años... ¡Vamos!

Carlos, ya en mangas de camisa, le ofrecía un pie a Baptista, que, rodilla en tierra, estuvo a punto, por las prisas, de hacer saltar los botones de la bota. Dâmaso, con el

sombrero puesto, se agitaba de un lado a otro, exagerando su impaciencia, rebosante de protagonismo.

—¡Me tenía que pasar esto a mí!... ¡Menuda responsabilidad! Yo iba a visitarles, como hago a veces por las mañanas... Y resulta que están en Queluz.

Carlos se dio la vuelta, con el sobretodo a medio poner:

—¿Y entonces?...

—¡Déjame que te explique! Ellos están en Queluz, pero la pequeña se ha quedado con la gobernanta... Tras el desayuno le han entrado unos dolores. La gobernanta quería un médico inglés, porque es lo único que ella habla... Del hotel han ido a buscar a Smith, pero ni rastro de él por ninguna parte...

¡Y la pequeña muriéndose!... Afortunadamente, he llegado yo y he pensado en ti... ¡Menos mal que te he encontrado!

Y añadió, echando una mirada al jardín:

—¡Desde luego, ir a Queluz con el día que hace! Ya son ganas de divertirse... ¿Listo? Tengo abajo el *coupé*... ¡Deja los guantes, estás muy bien sin guantes!

—Que el abuelo no me espere para almorzar —gritó Carlos a Baptista, ya desde la escalera.

En el *coupé*, un enorme ramo de flores cubría casi por completo el asiento.

—Eran para ella —dijo Dâmaso, poniéndoselo en las rodillas—. Le pierden las flores.

En cuanto el *coupé* partió, Carlos, cerrando la ventanilla, hizo la pregunta que desde la aparición de Dâmaso le quemaba en los labios:

—Pero ¿no querías partirle la cara a ese Castro Gomes?...

Dâmaso le puso al corriente, triunfante. ¡Todo había sido un equívoco! Las explicaciones de Castro Gomes habían sido las de un auténtico *gentleman*. De lo contrario, le hubiera roto la cara. ¡Desconsideraciones, él, no se las admitía a nadie! ¡A nadie! La cosa había sido así: sus tarjetas de visita llevaban la dirección del Grand Hôtel de París. Y Castro Gomes, suponiendo que él vivía allí, allí le había remitido su tarjeta... Curioso, ¿eh? ¡Hay que ser bobo! Y la falta de respuesta a los telegramas era responsabilidad de *madame*, un descuido en aquellos momentos de tribulación en que su esposo tenía el brazo en cabestrillo... Le habían dado explicaciones muy convincentes. Y ahora eran íntimos, no se separaba de ellos...

—En fin, muchacho, un romance... Pero eso ¡te lo cuento luego!

El *coupé* se detuvo a la puerta del Hotel Central. Dâmaso saltó a toda prisa y se dirigió al portero:

—¿Ha puesto el telegrama, Antonio?

—Sí señor...

—Les he puesto enseguida —le dijo a Carlos subiendo a zancadas la escalera— un telegrama al hotel de Queluz. ¡Yo no puedo cargar con más responsabilidades!...

En el pasillo, frente a las oficinas, un mozo pasaba con una servilleta bajo el brazo.

—¿Cómo está la niña? —le gritó Dâmaso.

El mozo se encogió de hombros, sin comprender nada.

Pero Dâmaso ya trepaba el siguiente tramo de escalera, resoplando, gritando:

—Por aquí Carlos, me conozco esto como la palma de mi mano, el número 26.

Abrió con estruendo la puerta del número 26. Una criada, que estaba a la ventana, se volvió.

—¡Ah! ¡*Bonjour*, Melanie! —exclamó Dâmaso en su extraordinario francés—. ¿Está mejor la niña? *L'enfant était meilleur?* Le traigo a *monsieur le docteur Maia*.

Melanie, una muchacha delgada y pecosa, dijo que *mademoiselle* estaba más sosegada, y que ella iba a avisar a Miss Sara, la gobernanta. Pasó el plumero por el mármol de una *console*, arregló unos libros en la mesa, y salió clavando en Carlos una mirada chispeante.

La sala era espaciosa, con muebles de reps azul y un gran espejo sobre la *console* dorada, entre las dos ventanas. La mesa estaba cubierta de periódicos, de cajas de puros, de novelas de Capendu^[105]. Junto a ella, sobre una silla, yacía un bordado enrollado.

—Esta Melanie, es una descuidada —murmuró Dâmaso cerrando la ventana, peleándose con el picaporte, que no encajaba bien—. ¡Mira que dejarse todo abierto! ¡Jesús, qué gente!

—Este caballero es bonapartista —dijo Carlos, viendo sobre la mesa números del *Pays*.

—¡Ah sí, tenemos unas discusiones terribles! —exclamó Dâmaso—. Pero siempre le gano... Es buen muchacho, pero tiene pocas luces.

Melanie regresó, y le pidió a *monsieur le docteur* que hiciera el favor de pasar un momento al gabinete de *toilette*. Una vez allí, tras recoger una toalla caída y clavar en Carlos una segunda mirada descarada, le dijo que Miss Sara llegaría enseguida, y se retiró de puntillas. Afuera, en el salón, se abría paso la voz de Dâmaso, hablándole a Melanie acerca de *sa responsabilité, et quil était très affligé*.

Carlos se quedó a solas en la intimidad de aquel gabinete de *toilette*, que aquella mañana aún estaba por arreglar. Dos maletas, a buen seguro pertenecientes a *madame*, enormes, magníficas, con los cierres y cantos de acero pulido, estaban abiertas: de una de ellas sobresalía una cola fastuosa, de seda fuerte color vino. La otra contenía los delicados albores de la ropa blanca, todo un lujo secreto y raro de encajes y *baptistes*, de un brillo de nieve, suave por el uso y que olía bien. Sobre una silla colgaba un montón de medias de seda, de todos los tonos, tupidas, bordadas, caladas, y tan leves que un soplo se las hubiera llevado. En el suelo, había una fila de zapatos de charol, todos del mismo tipo, largos, con el tacón bajo y con grandes

lazos. En una esquina reposaba un cesto acolchado de color rosa, donde a buen seguro viajaba la perrita.

Pero la mirada de Carlos se detuvo sobre todo en un sofá en el que, con las dos mangas abiertas, a la manera de dos brazos que se ofrecen, se hallaba extendido el abrigo blanco de terciopelo de Génova, con el que él la había visto por primera vez apearse a la puerta del hotel. El forro, de satén blanco, no tenía el menor acolchado, tan perfecto debía de ser el cuerpo que lo vestía. Así, echado sobre el sofá, en aquella actitud tan carnal, con un abandono de semidesnudez, insinuando vagamente el relieve o redondez de los senos, con los brazos abiertos de par en par, dándose sin reservas, aquella prenda parecía exhalar un calor humano, pintaba la forma de un cuerpo amoroso, desfalleciente en la intimidad de una alcoba. Carlos sintió que el corazón le latía con fuerza. Un perfume indefinido y fuerte de jazmín, de polvos de mariscala, de *tanglewood*, emanaba de todas aquellas prendas íntimas, le acariciaba la cara con su aliento suave...

Desvió los ojos y se acercó a la ventana, que tenía por toda vista la fachada desconchada del Hotel Shneid. Y cuando se volvió, Miss Sara estaba ante él, vestida de negro y muy colorada. Era una mujer simpática, redondita y pequeña, con aspecto de tortolilla satisfecha, los ojos sentimentales y la cabeza de virgen, con crenchas lisas y rubias. Balbució unas palabras en francés, de las que Carlos sólo entendió *docteur...*

—*Yes, I am the doctor* —dijo él.

La cara de la buena inglesa se iluminó. ¡Oh, era estupendo tener al fin con quien entenderse! ¡La niña estaba mucho mejor! ¡Oh, con su visita le quitaba un peso de encima!...

Abrió el repostero, y le hizo pasar a una habitación con las ventanas cerradas, en la que apenas pudo distinguir los contornos de una gran cama y brillos de cristal en el tocador. Preguntó a qué venían aquellas tinieblas.

Miss Sara había pensado que la oscuridad le haría bien a la niña, que la dormiría. Por eso la había trasladado al cuarto de su madre, que era más espacioso y estaba mejor ventilado.

Carlos hizo abrir las ventanas, y cuando la luz del día entró y vio a la pequeña por entre las cortinas abiertas de la cama, no pudo reprimir su admiración.

—¡Qué preciosidad!

La contempló unos instantes, sumido en un rapto de artista, pensando que ni los tonos blancos más delicados, más escogidos, vistos bajo la más sabia combinación de luz, igualarían la palidez ebúrnea de aquella piel maravillosa. Una blancura adorable realizada por el pelo negro, tenebroso, fuerte, que brillaba bajo una redecilla. Los ojos grandes, de un azul profundo y líquido, parecían en aquel instante más grandes aún, muy serios, y le miraban muy abiertos.

Estaba recostada sobre un gran almohadón, inmóvil, aún con el susto del dolor, perdida en aquel vasto lecho, y apretando en los brazos una enorme muñeca paramentada, con el pelo rizado y los ojos también azules y asombrados.

Carlos le cogió la manita y se la besó, preguntándole si la muñeca también estaba enferma.

—Cricri también ha tenido dolores —respondió ella muy seria, sin quitar de él sus magníficos ojos—. Yo ya no tengo...

Y lo cierto era que estaba fresca como una flor, con la lengüecita muy rosa y ganas de merendar.

Carlos tranquilizó a Miss Sara. ¡Oh, ella se daba perfecta cuenta de que *mademoiselle* estaba bien! Lo que le había asustado era encontrarse sola, sin la madre de la criatura, frente a aquella responsabilidad. Por eso la había acostado... Oh, si hubiera sido una niña inglesa habría salido con ella a pasear... Pero aquellas niñas extranjeras, tan debiluchas, tan delicadas... Y el labio grueso de la inglesa mostraba un desdén compasivo hacia aquellas razas inferiores y adulteradas.

—Pero su madre de ella, ¿no será enfermiza?

¡Oh, no! *Madame* era muy fuerte. El que era un poco débil era el señor...

—¿Y cómo se llama mi amiguita? —preguntó Carlos, sentado a la cabecera de la cama.

—Ésta es Cricri —dijo la pequeña, presentando otra vez a la muñeca—. Yo me llamo Rosa, pero papá dice que soy Rosicler.

—¿Rosicler? —dijo Carlos, sonriendo ante aquel nombre de libro de caballerías, con sabor a torneos y bosques de hadas.

Entonces, como si recabara mera información de médico, le preguntó a Miss Sara si la niña había acusado el cambio de clima. Porque solían vivir en París, ¿no era cierto?

Sí, vivían en París en invierno, en el Parque Monceau. En verano se iban a una finca de la Turena, muy cerca de Tours, donde estaban hasta el inicio de la caza. Y también pasaban siempre un mes en Dieppe. Al menos así había sido en los tres últimos años, desde que ella estaba al servicio de *madame*.

Y mientras la inglesa hablaba, Rosa, con su muñeca en brazos, no cesaba de mirar a Carlos muy seriamente y como maravillada. Él, de vez en cuando, sonreía y le acariciaba la manita. Los ojos de la madre eran negros, los del padre de azabache y pequeños. ¿De quién habría heredado ella aquellas maravillosas pupilas de un azul tan rico, líquido y dulce?

Pero su visita de médico concluyó, se puso en pie para recetar un calmante. Mientras que la inglesa le preparaba cuidadosamente el papel y probaba la pluma, él examinó un instante el cuarto. En aquella instalación banal de hotel, ciertos toques de una elegancia delicada revelaban la presencia de una mujer con buen gusto,

aficionada al lujo. Sobre la cómoda y la mesa había grandes ramos de flores. Los almohadones y las sábanas no eran del hotel, sino propios, de breña, con encajes y vistosos monogramas bordados a dos colores. En la butaca que ella usaba, una tela de cachemir de Tarnah ocultaba el horrendo reps desgastado.

Después, al escribir la receta, Carlos se fijó en algunos libros con buenas encuadernaciones, novelas y poetas ingleses.

Si bien desentonaba un poco un folleto titulado *Manual de interpretación de los sueños*. Y al lado, encima del tocador, entre los marfiles de las brochas, los cristales de los frascos, los careys finos, había un objeto extravagante, una enorme caja de polvos de arroz, toda de plata dorada, con un magnífico zafiro en la tapa, engastado en un círculo de brillantes diminutos, una joya exagerada de *cocotte*, que ponía en aquel cuarto una disonancia audaz de brutal esplendor.

Carlos regresó junto al lecho, y le pidió un beso a Rosicler. Ella le tendió la boquita fresca como un botón de rosa. Él, no se atrevió a besarla en aquel vasto lecho de su madre, y le acarició la cabeza.

—¿Cuándo vienes otra vez? —le preguntó ella agarrándole de la manga.

—No hace falta que venga otra vez. Tú estás bien, y Cricri también.

—Pero yo quiero mi *lunch*... Dile a Sara que puedo tomar mi *lunch*... Y Cricri también.

—Sí, las dos podéis ya comer alguna cosa...

Dio sus indicaciones a la institutriz, y después, estrechando la mano de la pequeña:

—Y ahora, adiós, mi preciosa Rosicler, ya que eres Rosicler...

Y no quiso ser menos amable con la muñeca, le dio también un *shake-hands*.

Aquello pareció cautivar a Rosa todavía más. La inglesa, junto a ella, sonreía, con dos hoyuelos en las mejillas.

No hacía falta, le dijo Carlos, que la criatura guardase cama ni se la torturase con precauciones excesivas...

—*Oh, no sir!*

Y si el dolor volvía, aunque no fuera fuerte, que le llamasen enseguida.

—*Oh, yes sir!*

Allí dejaba su tarjeta con su *adresse*.

—*Oh, thank you, sir!*

Al regresar al salón, Dâmaso saltó del sofá, donde se había ocupado en recorrer un periódico, como una fiera a la que se le abre la jaula.

—¡Chico, creía que no ibas a acabar nunca! ¿Qué has estado haciendo? ¡Memoria de aburrimiento!

Carlos, calzándose los guantes, sonreía sin responder.

—¿Es grave?

—No, no tiene nada. Unos ojos preciosos... Y un nombre extraordinario.

—Ah, Rosicler —murmuró Dâmaso, cogiendo su sombrero con malos modos—. Ridículo, ¿verdad?

La criada francesa apareció de nuevo para abrirles la puerta, asaeteando a Carlos con la misma mirada cálida y vivaracha. Dâmaso le encareció que dijera a los señores que él había acudido a toda prisa con el médico, y que volvería por la noche para darles una sorpresa, para saber si les había gustado Queluz, *si ils avaient aimé Queluz*.

Luego, al pasar por las oficinas, asomó la cabeza para decirle al gerente que la pequeña estaba bien, y que todo quedaba en orden.

El gerente le sonrió y le cumplimentó cortésmente.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó a Carlos abajo, abriendo la puerta del *coupé*, aún con un resto de mal humor.

Carlos prefería ir a pie.

—Acompáñame un poco, Dâmaso, no tienes nada que hacer.

Dâmaso dudó, echando una mirada al cielo áspero, a las gruesas nubes que amenazaban lluvia. Pero Carlos le cogió del brazo y le arrastró, cordial y bienhumorado.

—Ahora que te tengo aquí, bribón, hombre fatal, quiero que me cuentes el *romance*... Porque me dijiste que había un *romance*. No te pienso soltar. Eres mío. Venga ese *romance*. Que los tuyos son siempre de primera. ¡Vamos!

Dâmaso, poco a poco, comenzó a sonreír, con los carrillos rojos como brasas, henchido de pura satisfacción.

—Uno hace lo que puede —dijo en un estallido de jactancia.

—¿Estuvisteis en Sintra?...

—Sí, pero eso no fue divertido... ¡El *romance* no es ése!

Se soltó del brazo de Carlos, le hizo seña al cochero de que les siguiera, y se regodeó a lo largo del Aterro contando su *romance*.

—La cosa está así... De aquí a unos días, su marido se marcha a Brasil, negocios... Pero ¡ella se queda! Se queda con las criadas y la pequeña, sola dos o tres meses. Incluso parece que han estado viendo casas amuebladas, porque ella no quiere estar en el hotel... Y yo, íntimo, la única persona que ella conoce, con la puerta abierta de par en par... ¿Qué me dices? ¿Comprendes ahora?

—Perfectamente —dijo Carlos, arrojando lejos el puro, con un gesto nervioso—. ¡Y seguro que ya la pobre criatura se bebe los vientos por ti! ¡Ya le habrás dado, tal y como sueles, algún beso ardiente entre dos puertas! ¡Ya la pobre desgraciada se habrá provisto de una caja de fósforos para tragárselos cuando la abandones!

Dâmaso se puso lívido.

—No me salgas con tu ingenio y tu chufla... No le he dado ningún beso, no ha

habido ocasión... Pero lo que sí te puedo asegurar es que ¡tengo mujer!

—Pues ya era hora —exclamó Carlos sin contener un gesto brusco y lanzando las palabras como latigazos—. ¡Ya era hora! Porque andabas en tratos con criaturas innobles, vil ralea de lupanar... Vamos, que esto es un progreso. Me gusta que mis amigos vivan en un mundo de sentimientos decentes... Pero ¡cuidado!... ¡Olvídate del Dâmaso de costumbre! ¡Éste no es un asunto para ir por ahí, por el Grémio y la Casa Havanesa, alardeando!

Dâmaso acabó por detenerse, con cierto sofoco, desconcertado ante aquellas maneras, ante semejante acrimonia. Pálido, balbució:

—Tú entenderás mucho de medicina y de *bric-à-brac*, pero en cuanto a mujeres y a la forma de tratar con ellas, no puedes darme lecciones...

Carlos le miró, sintiendo un deseo brutal de molerle a palos. Pero al cabo de un instante le pareció tan inofensivo, tan insignificante con aquel aspecto suyo mofletudo y blandengue, que se avergonzó de su arranque de sordo despecho. Le cogió del brazo y le dedicó unas palabras amables.

—Dâmaso, no me has entendido... No era mi intención molestarte... Lo digo por tu bien... Mi miedo es que, imprudente, arrebatado, enamorado, te arriesgues a perder una hermosa aventura por una indiscreción...

El otro se contentó enseguida, cogiéndose risueño del brazo de su amigo, convencido de que el deseo de Maia era que él tuviese una amante chic. Por supuesto que no se había enfadado, él nunca se enfadaba con los íntimos... Veía claro que Carlos le hablaba así por amistad...

—Aunque a veces tienes esa cosa que te ha pegado Ega, tus gotas de acíbar...

Dâmaso le tranquilizó. No, no echaría a perder «el asunto» por una imprudencia. Estaba actuando como mandaban los cánones. Ya tenía a Melanie en el bote, le había dado un par de libras...

—Esto es además un asunto muy serio... Ella conoce a mi tío, es íntima de él desde pequeña, se tutean...

—¿Qué tío?

—Mi tío Joaquim... Joaquim Guimarães, *monsieur* de Guimaran, el que vive en París, el amigo de Gambetta...

—¡Ah sí, el comunista!

—¡Qué comunista, si hasta tiene carruaje!

Súbitamente se acordó de otra cosa, de un asunto de *toilette* que le quería consultar a Carlos.

—Mañana ceno con ellos, y con dos brasileños amigos de él, que han llegado hace unos días, y que se vuelven en el mismo paquebote... Uno de ellos es chic, pertenece a la Legación de Brasil en Londres. De manera que la cena es de etiqueta. Castro Gomes no me ha dicho nada, pero tú qué crees, ¿debo ir con chaqué?...

—Sí, y con una buena rosa en la solapa.

Dâmaso le miró pensativo.

—Yo había pensado en la Orden de Cristo.

—La Orden de Cristo... Sí, cuélgate la Orden de Cristo y ponte la rosa en el ojal.

—¿No será demasiado, Carlos?

—No, va bien con tu tipo.

Dâmaso mandó parar al *coupé*, que los había seguido al paso, y con el último apretón de manos le dijo a Carlos:

—Entonces, ¿al final te pondrás un dominó para el baile de los Cohen? Mi traje de salvaje ha quedado divino. Pasaré antes a enseñárselo a la brasileña... Pienso entrar en el hotel embozado en un capote, y plantarme ante ellos en el salón vestido de salvaje, de Nelusko, cantando:

*Alerta, marinari,
il vento cangia...*

¡Auténtico chic!... *Good bye!*...

A las diez, Carlos se vistió para el baile de los Cohen. Afuera, la noche estaba tenebrosa, con ráfagas de viento y trombas de agua, que a cada instante batían agrestemente el jardín. Adentro, en el gabinete de *toilette*, flotaba en el aire tibio un vago aroma a jabón y a puros buenos. Sobre dos cómodas de palisandro, embutidas de marfil, sendos candelabros de bronce antiguo alzaban sus velas encendidas, poniendo extensos y dulces reflejos en la seda castaña de las paredes. Junto al alto espejo *psyché*, sobre una poltrona, reposaba el dominó de satén negro con un gran lazo azul claro.

Baptista, con el frac en la mano, esperaba a que Carlos se acabase el té que se estaba tomando a pequeños sorbos, de pie, en mangas de camisa y con corbata blanca. De repente, sonó el timbre eléctrico de la entrada particular, apresurado y violento.

—Tal vez otra sorpresa —murmuró Carlos—. Hoy es el día de las sorpresas...

Baptista sonrió, e iba a dejar el frac para ir a abrir cuando abajo vibró otro repique brutal, de una impaciencia frenética.

Carlos, picado en su curiosidad, salió a la antecámara. Y allí, a la media luz de las lámparas Carcel, suavizada aún más con el tono de los terciopelos color cereza, vio, al abrirse la puerta por la que entró el soplo áspero de la noche, aparecer apresuradamente una silueta larguirucha y roja, acompañada de un confuso sonido metálico. Después, escaleras arriba, el bamboleo de dos plumas negras de gallo, un manto negro al vuelo... ¡Era Ega, caracterizado de Mefistófeles!

Carlos no pudo sino proferir un «bravo». Pero enmudeció al reparar en el aspecto de Ega. A pesar de que los detalles de caracterización casi lo ocultaban —cejas de diablo, guías del bigote ferozmente exageradas— era perceptible la aflicción que le dominaba, los ojos inyectados, confuso, terriblemente pálido. Le hizo un gesto a Carlos y se precipitó en el gabinete. Enseguida Baptista, discretamente, se retiró, cerrando el repostero.

Estaban solos. Ega, apretando desesperadamente los puños, con una voz ronca y de agonía, exclamó:

—¿Sabes lo que ha pasado, Carlos?

No pudo decir nada más, se ahogaba, temblaba de los pies a la cabeza. Ante él, Carlos, devorándole con los ojos, temblaba también, lívido.

—He ido a casa de los Cohen —continuó Ega por fin, con un gran esfuerzo y casi balbuciendo— pronto, como habíamos convenido. Al entrar en el salón ya había dos o tres personas...

Cohen que se viene hacia mí y me dice: «Usted, infame, a la calle ahora mismo... A la calle o en presencia de mis invitados le corro a puntapiés». Y yo, Carlos...

Pero la cólera le dejó sin voz de nuevo. Estuvo unos instantes mordiéndose los labios, reprimiendo sollozos, con los ojos relucientes de lágrimas.

Cuando le volvieron las palabras, fue un estallido salvaje:

—¡Quiero batirme en duelo con ese canalla, a cinco pasos, voy a meterle una bala en el corazón!

Otros sonidos confusos se le escaparon de la garganta. Y pateando furiosamente, lanzando puñetazos al aire, berreaba sin cesar, como complaciéndose en la estridencia de su propia voz:

—¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle! ¡Quiero matarle!

Luego, alucinado, sin mirar a Carlos, rompió a pasear tempestuosamente por el cuarto, dando patadas, con el manto a rastras, la espada mal asegurada golpeándole en las espinillas carmesíes.

—Así que lo ha descubierto todo —murmuró Carlos.

—¡Claro que lo ha descubierto todo! —exclamó Ega sin dejar de pasearse arrebatadamente, alzando al cielo los brazos—. Cómo ha podido descubrirlo ¡es algo que se me escapa! ¡Sólo sé, y no es poco, que me ha puesto de patitas en la calle!... ¡Tengo que meterle una bala en el corazón!... Mañana por la mañana irás con Craft... Las condiciones serán éstas: ¡a pistola y a quince pasos!

Carlos, ya sereno, acababa su taza de té. Al cabo, dijo muy sencillamente:

—Mi querido Ega, tú no puedes desafiar a Cohen.

El otro se detuvo de sopetón, con los ojos relampagueantes de ira; las horribles cejas de crespón y las dos plumas de gallo que le pendían de la gorra le daban una ferocidad teatral y cómica.

—¿Que no puedo desafiarle?

—No.

—O sea, que él me pone en la calle y...

—Estaba en su derecho.

—¡En su derecho!... ¡Delante de todo el mundo!...

—Y tú, ¿no eras amante de su mujer a los ojos de todo el mundo?...

Ega se quedó mirando a Carlos un instante, como atontado. Luego gesticuló teatralmente:

—¡Aquí su mujer no pinta nada!... ¡En ningún momento él se ha referido a su mujer!... Se trata de un asunto de honor, quiero desafiarle, quiero matarle...

Carlos se encogió de hombros.

—Tú no estás en tus cabales. Sólo puedes hacer una cosa: quedarte mañana en casa y esperar que él te desafíe a ti...

—¿Él, Cohen? —exclamó Ega—. ¡Si es un cobarde, un canalla!... O le mato, o le marco la cara con la fusta. ¡Desafiarme él a mí! ¡Dónde se ha visto! Tú estás loco...

Y reanudó sus zancadas, yendo del espejo a la ventana, resoplando, con un chirriar de dientes, con tirones bruscos al manto que hacían temblar las altas llamas de las velas.

Carlos no decía nada, de pie junto a la mesa, llenándose lentamente la taza. Todo aquello comenzaba a parecerle poco serio, poco digno: las amenazas de puntapiés del marido, los furiosos melodramáticos de Ega. Apenas lograba disimular una sonrisilla ante aquel Mefistófeles desgreñado, que derramaba por el cuarto el brillo escarlata de su manto de terciopelo, y que hablaba furiosamente de honra y muerte, con cejas postizas y una escarcela de cuero al cinto.

—¡Vamos a hablar con Craft! —exclamó de pronto Ega, deteniéndose ante aquella brusca resolución—. ¡Quiero saber qué opina Craft! ¡Tengo abajo un coche esperándome! ¡En un instante estamos allí!

—¿Ir ahora a su quinta, a Oliváis? —dijo Carlos mirando el reloj.

—¿Eres mi amigo, Carlos?...

Sin llamar a Baptista, Carlos se vistió al instante.

Mientras, Ega se sirvió una taza de té con ron, tan nervioso que la botella se le iba de la mano. Después, con un gran suspiro, encendió un cigarrillo. Carlos había pasado al baño, en el que una potente lámpara de gas silbaba. Afuera, llovía muy seguido, monótonamente, y los canalones vertían aguas en el suelo blando del jardín.

—¿Crees que ese coche aguantará? —preguntó Carlos desde el baño.

—Sí, es el «Canhoto»^[106] —repuso Ega.

Sólo entonces reparó en el dominó, lo cogió, examinó el rico satén, el hermoso lazo azul celeste. Luego, ante el gran espejo *psyché*, se encajó el monóculo, dio un paso atrás y se contempló de arriba abajo, una mano al cinto, la otra gallardamente

sobre la cazoleta de la espada.

—¿No tenía mala pinta, eh?

—Estabas espléndido —respondió Carlos desde la alcoba—. Una lástima que se estropeará todo... ¿De qué iba ella?

—De Margarita, supongo.

—¿Y él?

—¿El bobo? De beduino.

Y se demoró ante el espejo admirando su estilizada figura, las plumas de la gorra, el calzado puntiagudo de velludo, la punta relumbrante de la espada, que le alzaba la capa por detrás con un pliegue muy distinguido.

—Pero entonces —dijo Carlos, que salía secándose las manos— tú no tienes ni la más mínima idea de qué ha pasado, de lo que él le ha dicho a su mujer, del escándalo...

—Yo no sé nada —dijo Ega ya más sereno—. Ha sido llegar al primer salón y verle a él vestido de beduino; también estaba allí un sujeto disfrazado de oso y una señora que no sé muy bien de qué iba, de tirolesa supongo... Él se ha acercado a mí y me ha dicho que me largara. Es todo lo que sé... No entiendo... El muy canalla, si ha descubierto algo, aún no le ha dicho nada a Raquel, por no estropear la fiesta... ¡Se lo guarda para luego!

Alzó las manos al cielo y murmuró:

—¡Es horroroso!

Deambuló un poco más por la habitación, y con una voz distinta, contrayendo el rostro, añadió:

—No sé con qué demonios me habrá pegado ese Godefroy^[107] las cejas, me pican de lo lindo.

—Quítatelas...

Ante el espejo, Ega no se atrevía a desbaratar su feroz semblante de Satanás. Pero acabó por arrancárselas, y con ellas se quitó la gorra emplumada, que le estaba pequeña y le daba un calor tremendo. Carlos le recomendó que para ir a casa de Craft se desprendiera del manto y la espada y se envolviera en un paletó suyo. Ega le dedicó una larga y silenciosa mirada a su flamante traje infernal, y con un profundo suspiro comenzó a desabrocharse el talabarte. Pero el paletó le quedaba ancho y largo, y hubo de recogerse las mangas. Carlos completó su atuendo con un gorro escocés. Y de aquella guisa, con las calzas encarnadas de diablo asomándole bajo el paletó, la gargantilla carmesí a lo Carlos IX apuntando bajo la gola, y la vieja gorra de viaje sobre la nuca, el pobre Ega tenía el aire lamentable de un Satanás desastrado, amparado caritativamente por un *gentleman* que le pasaba sus trajes viejos.

Baptista les alumbró, grave y discreto. Y Ega, al pasar a su lado, murmuró:

—Mal asunto, Baptista, mal asunto...

El viejo criado encogió los hombros tristemente, como significando que nada iba bien en este mundo.

En la calle negra, los caballos doblaban el cuello bajo la lluvia. El «Canhoto», al oír hablar de una propina de una libra, prorrumpió en estrepitosos latigazos. Y la vieja tartana partió al galope, chorreando agua reluciente, estremeciendo la calle.

De vez en cuando un *coupé* particular se cruzaba con ellos, y las chaquetas de gutapercha de los criados blanqueaban a la luz de las linternas. La idea de la fiesta, que debía de hallarse en su apogeo; de Margarita, que lo ignoraba todo y valsaba en brazos de otro, ansiosa, aguardando su llegada; la cena posterior, el champán, las frases brillantes que habría dicho, aquel conjunto de delicias perdidas torturaba el corazón del pobre Ega, le arrancaba sordos ayes. Carlos fumaba en silencio, con el pensamiento puesto en el Hotel Central.

Tras pasar Santa Apolónia^[108], comenzó la carretera, inacabable, sin abrigo posible, batida por el aire agreste del río. Los dos callaban, cada uno en su rincón, tiritando del frío que se colaba por las grietas del coche. Carlos no cesaba de representarse el abrigo blanco de terciopelo, con las dos mangas desplegadas en forma de cruz, como dos brazos ofreciéndose...

Era más de la una cuando llegaron a la quinta: la campanilla del portón, ante los tirones del cochero empapado, retumbó lúgubrememente en aquel oscuro silencio de aldea. Un perro ladró furioso; otros ladridos respondieron a lo lejos. Tuvieron que esperar mucho hasta que un criado, somnoliento y rezongón, apareció con una linterna. Una avenida de acacias llevaba a la casa. Ega no paraba de maldecir, hundiendo su precioso calzado de velludo en el barro.

Craft, sorprendido ante tanto jaleo, les salió al encuentro en el corredor, en *robe de chambre*, con la *Revue des Deux Mondes* bajo el brazo. Enseguida comprendió que se trataba de algún desastre. Los condujo en silencio a su gabinete, caldeado y animado por un buen fuego, todo él acolchado con cretonas claras. Ambos se fueron derechos a la lumbre.

Ega pasó a contar su caso, mientras que Craft, sin sobresaltos ni exclamaciones, preparaba metódicamente tres grogs de limón y coñac. Carlos, sentado junto al fuego, se calentaba los pies. Craft acabó de oír la historia sentado en su butaca, del otro lado de la chimenea, con su pipa en la boca.

—En fin —exclamó Ega, de pie, con los brazos cruzados— ¿qué me aconsejas que haga?

—Sólo puedes hacer una cosa —dijo Craft—: quedarte mañana en casa a la espera de que él te envíe sus padrinos... Que estoy seguro que no enviará... Y en caso de que os batierais, dejarte herir o matar.

—Es lo que yo le he dicho —murmuró Carlos probando su grog.

Ega los miró alternativamente, petrificado. Y luego, lanzando un chorro de

palabras inconexas, se quejó de no tener amigos. Ahí estaba él, en el peor atolladero de su vida. Y en lugar de recibir de sus compañeros de infancia y de Coimbra apoyo, solidaridad, lealtad *à tort et à travers*, ellos le abandonaban, parecían querer enterrarlo, le exponían a las mayores irrisiones posibles... Se emocionaba, los ojos rojos bajo un velo de lágrimas. Y cuando alguno de los dos le interrumpía para introducir un poco de sentido común, daba un zapatazo, se obstinaba en su monomanía: ¡un desafío, matar a Cohen, vengarse! Cohen le había insultado. A eso, y no a otra cosa, se reducían los hechos. No había mediado palabra acerca de su mujer. Era a él, a Ega, a quien le correspondía enviar a sus padrinos, lavar su honra. Otras personas se hallaban presentes cuando Cohen le había insultado. Un oso y una tirolesa... Y de dejarse agujerear por una bala, ¡ni hablar! Él tenía mucho más derecho a la vida que Cohen, que era un burgués, un agiotista... ¡Él era un estudioso, había nacido para el arte! Tenía en la cabeza libros, ideas, cosas grandes. ¡Él consagraba su vida al país, a la civilización!... Si se batía en duelo, sería para afinar la puntería y abatir a Cohen como a una bestia inmundada...

—¡Lo que pasa es que no tengo amigos! —gritó exhausto, dejándose caer en el sofá.

Craft bebía en silencio, a sorbos, su coñac.

Fue Carlos quien se puso en pie, serio y áspero. No tenía derecho a dudar de su amistad. ¿Acaso le había él fallado en alguna ocasión? Mas era imprescindible no ser pueril ni teatral... Todo se reducía a que Cohen había descubierto que él, Ega, era el amante de su mujer. Por tanto, podía matarle, entregarle a los tribunales, destrozarle a puntapiés...

—O peor aún —terció Craft—. Mandarte a su señora con un billetito: «Quédesela».

—¡Exacto! —continuó Carlos—. Y sin embargo se limita a prohibirte la entrada en su casa, un poco ásperamente, es cierto, pero dando a entender que una vez hecho eso no desea nada más violento, más dramático. Así que se ha comportado moderadamente. ¿Y tú pretendes desafiarle?...

Pero Ega no se resignaba. Dio un salto, y se lanzó a disparatar por la habitación, ya sin el paletó, desgredado, con una pinta aún más fantasmal con aquel jubón carmesí, con los zapatos de terciopelo embarrados y las largas piernas de cigüeña enfundadas en medias de seda roja. ¡E insistía en que no se trataba de eso! ¡No, su mujer no tenía nada que ver! El asunto era otro...

Carlos se enfadó.

—Entonces, ¿por qué demonios te ha expulsado de su casa? ¡No disparates! Lo que nosotros te estamos diciendo es lo que ha de hacer un hombre con sentido común. Y es triste que te cueste tanto comprender lo que ordena el buen sentido. Has traicionado a un amigo... ¡No te engañes! Tú siempre has proclamado a los cuatro

vientos tu amistad con Cohen. Le has traicionado, y has de aceptar la ley. Si él deseara matarte, estaría en su derecho. Si no desea hacer nada, no te queda más remedio que cruzarte de brazos. Y si decide ir por ahí tildándote de infame, has de bajar la cabeza y reconocerte un infame...

—Entonces, ¿tengo que tragarme la afrenta?

Los dos amigos le explicaron que aquel disfraz de Satanás mermaba sus luces de hombre de mundo, y que no dejaba de ser una torpeza que él, Ega, hablase de «afrenta».

Ega, de nuevo postrado en el sofá, hundió la cabeza entre las manos unos instantes.

—Ya no sé qué pensar —dijo al fin—. Supongo que debéis de tener razón... Me siento bobo perdido... En resumidas cuentas, ¿qué debo hacer?

—¿Tenéis el coche esperándoos?

Carlos había mandado desenganchar los caballos, que estaban extenuados.

—¡Excelente! En ese caso, mi querido Ega, hay algo que tienes que hacer antes de morir acaso mañana, y es cenar esta noche. Yo me disponía a cenar, y por razones que no vienen al caso, tengo un pavo frío. Y ha de haber alguna botella de borgoña...

Al poco, estaban sentados a la mesa, en aquel hermoso comedor de Craft, que siempre encantaba a Carlos, con sus tapices ovales que representaban rincones solitarios de bosque, sus severas porcelanas de Persia y su muy original chimenea flanqueada por dos figuras negras de nubios con ojos rutilantes de cristal. Carlos, que se había declarado hambriento, trinchaba ya el pavo, mientras que Craft descorchaba con veneración dos botellas de su viejo chambertin, con el fin de reconfortar a Mefistófeles.

Pero Mefistófeles, sombrío y con los ojos enrojecidos, rechazó el plato, apartó la copa. A la postre, se avino a probar el chambertin.

—Cuando llegasteis —decía Craft empuñando el tenedor— estaba leyendo un artículo de interés sobre la decadencia del protestantismo en Inglaterra...

—¿Qué es eso que hay en esa lata? —preguntó Ega con voz moribunda.

Un *pâté de foie gras*. Mefistófeles optó con tedio por una trufa.

—Muy bueno tu chambertin —suspiró.

—Anda, come y bebe a placer —le replicó Craft—. No te romances. Lo que tienes es hambre. ¡Todas tus ideas de esta noche se resienten de debilidad!

A lo que Ega confesó que debía de estar algo débil. Con la excitación del disfraz satánico, ni había comido, contando con cenar bien en casa del otro... ¡Sí, en efecto, tenía hambre! Excelente el *foie gras*...

Al cabo de unos instantes devoraba: buenas tajadas de pavo, una porción enorme de lengua de Oxford, jamón de York, todas aquellas buenas cosas inglesas que siempre había en casa de Craft. Y él solo se bebió casi entera una botella de

chambertin.

El criado fue a preparar el café. Y entretanto se discutieron las distintas opciones que le cabían a Cohen con su mujer. ¿Qué haría? Tal vez la perdonase. Ega afirmaba que no: era vanidoso, y dado a rencores eternos. Y en un convento no podía encerrarla, ya que era judía...

—Tal vez la mate —dijo Craft con la mayor de las seriedades.

Ega, ya con los ojos brillantes por el borgoña, declaró trágicamente que en aquel caso él ingresaría en un monasterio. Carlos y Craft se pitorrearon de él sin piedad. ¿En qué monasterio deseaba entrar? ¡No había ninguno a su medida! Para dominico era demasiado delgado; para trapense demasiado lascivo; hablador de más para jesuita; y demasiado ignorante para benedictino... ¡Se imponía crear una orden a su medida! Craft propuso la creación de la *Sainte Blague*...

—No tenéis corazón —exclamó Ega llenándose la copa—. Yo adoraba a esa mujer, aunque no os lo creáis.

Y se arrancó a hablar de Raquel, con lo que vivió posiblemente los mejores momentos de aquella pasión. Porque pudo, ya sin escrúpulos, sacar a relucir su aureola de amante, bañarse en el mar de rosas de las confidencias románticas. Comenzó contando su encuentro con ella en Foz, mientras que Craft, sin perder una palabra, como quien se instruye, abría una botella de champán. Relató luego los paseos por Cantareira. Las cartas aún tímidas y platónicas, deslizadas entre las hojas de libros prestados, en las que ella se firmaba «Violeta de Parma». El primer beso, el mejor, robado entre dos puertas, mientras su marido subía a su cuarto para ofrecerle unos puros especiales. El *rendez-vous* en Oporto, en el Cementerio del Reposo, las manos que se estrechaban ardientes a la sombra de los cipreses, los planes de voluptuosidad hechos entre las lápidas fúnebres...

—¡Muy curioso! —comentó Craft.

Pero Ega hubo de callarse, el criado entraba con el café. En tanto se llenaban las tazas y Craft iba en busca de una caja de puros, él se acabó la botella de champán, ya pálido y con la nariz afilada.

El criado se marchó, corriendo el tapiz que hacía las veces de repostero. Y Ega, con una copa de coñac al lado, reanudó las confidencias, contó el regreso a Lisboa, a Villa Balzac, las mañanas deliciosas allí pasadas con Raquel al calor de aquel nido de amor...

Pero se detuvo, confuso y con los ojos turbios, enterrando durante unos instantes la cabeza entre los puños. Y prosiguió con nuevos detalles: los nombres lúbricos que ella le daba, un determinado cobertor de seda negra sobre el que ella brillaba como un jaspé... Dos lágrimas le empañaron los ojos, ¡juró que deseaba morir!

—¡Si supierais qué cuerpo tenía! —gritó de repente—. ¡Oh muchachos!... Imaginaos un pecho...

—No queremos saber nada —cortó Carlos—. ¡Cállate, estás borracho, miserable! Ega se puso en pie, estirando las piernas, apoyándose en la mesa.

¿Borracho él? ¡Eso sí que estaba bien!... ¡Si jamás había logrado embriagarse! Lo había intentado con todo, ¡hasta con aguarrás! Pero no podía, era imposible...

—Ya verás, dame esa botella que me la beba... Verás cómo me quedo como estaba, impasible. Hasta puedo discutir sobre filosofía... ¿Quieres que te diga lo que pienso de Darwin? Pues que es un animal... ¿Qué te parece? Trae aquí esa botella.

Pero Craft se la negó. Durante unos instantes, Ega se tambaleó, mirándole lívido.

—O me das la botella... O me das la botella o te meto una bala en el corazón... ¡Qué una bala, no vales ni una bala!... ¡Te daré una bofetada!

De pronto los ojos se le cerraron y se desplomó en la silla, cayendo acto seguido al suelo como un fardo.

—De ahí no pasa —dijo tranquilamente Craft.

Llamó, acudió el criado, y levantaron a João da Ega. De camino al cuarto de invitados y mientras le quitaban el disfraz de Satanás, no cesó de lloriquear, babeándole las manos a Carlos con mil besos, balbuciendo:

—¡Raquelzinha!... ¡Racaqué, mi Raquelzinha! ¿Quieres a tu cosita?...

Cuando Carlos partió hacia Lisboa, ya no llovía, un viento frío barría el cielo, clareaba.

A la mañana siguiente, a las diez, Carlos volvió a Oliváis. Craft aún dormía, por lo que subió al cuarto de Ega. Las ventanas se habían quedado abiertas, un ancho rayo de sol doraba el lecho. Ega roncaba, de lado, con las rodillas contra el estómago, la nariz bajo las sábanas.

Cuando Carlos le zarandeó, el pobre John abrió un ojo triste y se incorporó bruscamente sobre un codo, extrañando el cuarto, las cortinas de damasco verde, el retrato de una dama empolvada que le sonreía desde los oros de la moldura. A buen seguro le asaltaron recuerdos de la víspera, porque volvió a hundirse en la cama, con las sábanas hasta la barbilla. Su rostro verdoso, envejecido, expresó el desconsuelo que le causaba tener que abandonar la blandura de los colchones, la paz confortable de la quinta, para ir a Lisboa a afrontar todas las amarguras del mundo.

—¿Hace frío? —preguntó melancólicamente.

—No, hace un día adorable. ¡Levántate, deprisa! Si alguien fuera a tu casa de parte de Cohen, podría imaginar que has huido...

Ega se levantó de un salto, y atontado, desgreñado, buscaba su ropa, con las espinillas al descubierto, tropezando con el mobiliario. Encontró únicamente el jubón de Satanás. Llamaron al criado, que trajo unos pantalones de Craft. Ega se los puso a toda prisa, y sin lavarse, con la barba por hacer, con el cuello del paletó alzado, enterró por fin la cabeza en la gorra escocesa, se volvió hacia Carlos y dijo con aire trágico:

—¡Vamos a ello!

Craft, que entretanto se había levantado, les acompañó hasta el portón, donde aguardaba el *coupé* de Carlos. En la alameda de acacias, tan tenebrosa la víspera bajo la lluvia, cantaban los pájaros. La quinta, fresca y lavada, verdeaba al sol. El gran terranova de Craft les hacía fiestas.

—¿Qué tal esa cabeza, Ega? —preguntó Craft.

—Bien —respondió el otro, acabando de abrocharse el paletó—. Anoche yo no estaba bebido... Lo que estaba era sin fuerzas.

Pero al ir a entrar en el *coupé*, reflexionó con aire profundo y filosófico:

—No hay nada como beber buen vino... ¡Estoy como si nada!

Craft le encareció que si había novedades le pusiese un telegrama. Cerró la portezuela, y el *coupé* partió.

Pero a lo largo de la mañana no llegó ningún telegrama a la quinta. Y cuando Craft se presentó en Villa Balzac, donde un carruaje de Carlos esperaba a la puerta, ya oscurecía, dos velas ardían en el triste salón verde. Carlos, echado en el sofá, dormitaba con un libro abierto sobre el estómago. Y Ega paseaba de un lado a otro, todo vestido de negro, pálido, con una rosa en ojal. Habían pasado el día allí, muertos de aburrimiento, esperando a los testigos de Cohen.

—¿Qué te decía yo? Nada de nada, estaba claro —murmuró Craft.

Pero Ega, ahora agitado por ideas negras, ¡temía que el muy bestia hubiera asesinado a su mujer! La sonrisa escéptica de Craft le indignó. ¿Quién conocía a Cohen mejor que él? Bajo la apariencia civilizada del burgués ¡había un monstruo! Él le había visto matar a un gato sólo por el placer de derramar sangre...

—Tengo presentimientos de desgracia —balbució aterrado.

Y justo en aquel momento sonó la campanilla. Ega despertó precipitadamente a Carlos, y empujó a los dos amigos al dormitorio. Craft le advirtió de que a aquellas horas no podían ser los amigos de Cohen. Pero él quería estar a solas en el salón. Y allí se quedó: más pálido aún, rígido, demasiado abotonado en su levita, con los ojos clavados en la puerta.

—¡Qué lata! —decía Carlos adentro, tanteando en la oscuridad del cuarto.

Craft encendió en el tocador un cabo de vela. Una luz mortecina se difundió por la habitación en desorden: tirada en el suelo, había una camisa de dormir; a un lado, una jofaina con agua jabonosa; y en el centro, el enorme lecho envuelto en cortinas de seda roja ostentaba la majestad de un tabernáculo.

Guardaron silencio unos instantes. Craft, metódico, como quien se instruye, examinaba el tocador, donde había un montón de horquillas para el pelo, una liga con el cierre roto, un ramo de violetas marchitas. Luego, le echó una ojeada al mármol de la cómoda: había un plato con huesos de pollo, y junto a él media hoja de papel escrita a lápiz, llena de tachones, a buen seguro algún trabajo literario de Ega. A Craft

todo aquello le parecía muy curioso.

Del salón llegaba, entretanto, un bisbiseo de voces sutil e íntimo. Carlos, aguzando el oído, creyó distinguir una voz apagada de mujer... Impaciente, se dirigió a la cocina. La criada se hallaba sentada a la mesa, con una mano hundida en los cabellos, desocupada, mirando al vacío. El *groom*, repantingado en una silla, chupaba su cigarro.

—¿Quién ha venido? —preguntó Carlos.

—La criada del señor Cohen —respondió el muchacho, escondiendo el cigarro a sus espaldas.

Carlos volvió al cuarto, anunciando:

—Es la confidente. Un final amable.

—¿Y cómo querías que acabase? —dijo Craft—. Cohen tiene su banco, sus negocios, sus letras, su crédito, su respetabilidad, un conjunto de cosas a las que no le conviene el escándalo... Es esto lo que refrena a los maridos. Por lo demás, ya se ha dado el gusto de ponerle de patitas en la calle...

En aquel instante se oyó un rumor en el salón, y Ega abrió la puerta violentamente.

—¡Nada! —exclamó—. ¡Le ha dado una tunda, y mañana parten para Inglaterra!

Carlos miró a Craft, que cabeceaba afirmativamente, como viendo realizadas sus predicciones, y aprobando plenamente el desenlace.

—Una buena tunda —decía Ega con ojos llameantes y voz de pito— ¡y luego van y hacen las paces!... ¡Un *ménage* modélico! El palo todo lo arregla... ¡Menudo canalla!

Estaba furioso. En aquellos instantes odiaba a Raquel. Era imperdonable que su ídolo se hubiera dejado moler a palos. Se acordaba perfectamente del bastón de Cohen, un junco de la India con una cabeza de galgo por empuñadura. ¡Que semejante artefacto se hubiera cebado en las carnes por él amadas con pasión! ¡Que los moratones hubieran sucedido a las marcas rosáceas de sus labios! ¡Y luego iban y «hacían las paces»! ¡Así era como acababa, ruin y mezquinamente, el mejor romance de su vida! Prefería saberla muerta a saberla golpeada. Pero ¡no! Una buena zurra, y se acostaba con el marido. ¡Y el muy cafre, sinceramente arrepentido, en calzones, la ayudaba, con dulces palabras, a aplicarse árnica! ¡Todo acababa en árnica!

—¡Pase usted, señora Adélia —gritó en dirección a la sala— venga! ¡Que aquí sólo hay amigos! ¡Se acabó el secreto, se acabó el pudor! ¡Son mis amigos! ¡Somos tres, pero uno solo! Tiene usted ante sí a la Santísima Trinidad. Siéntese, señora Adélia, siéntese... Sin formalidades... Y cuente, cuente... ¡La señora Adélia, muchachos, lo ha visto todo, ha visto la zurra!

La señora Adélia, una moza llenita y baja, con bonitos ojos y un sombrero de flores rojas, entró en la habitación y puntualizó. No, ella no había visto nada... El

señor Ega no la había entendido bien... Ella sólo había «oído».

—Lo que ocurrió fue esto... Yo me había quedado levantada, por supuesto, hasta el final del baile, y eso que no me tenía en pie. Ya era de mañana cuando el señor, aún vestido de moro, se encerró en el cuarto con la señora. Yo me quedé en la cocina con Domingos, a la espera de que llamasen. De repente oímos gritos... Yo me estremecí, pensando que pudieran ser ladrones. Domingos y yo acudimos a toda prisa, pero la puerta del cuarto estaba cerrada, los dos estaban adentro, al fondo de la alcoba. Yo hasta puse el ojo en la cerradura, pero no pude ver nada... Eso sí, el estallido de bofetadas, los porrazos contra el suelo, los bastonazos, eso se oía estupendamente. Y los gritos. Yo le dije a Domingos: «¡Están discutiendo, todo se va al garete!». Pero de repente se hizo el silencio. Nosotros nos volvimos a la cocina. Y al poco apareció el señor Cohen, desgredado, en mangas de camisa, y dijo que nos podíamos acostar, que no necesitaban nada, y que por la mañana hablaríamos... No hubo más en toda la noche, y por la mañana parece que se les vio de lo más avenidos... Que yo no puse los ojos en la señora. El señor Cohen, nada más levantarse, vino a la cocina, me hizo las cuentas y me puso en la calle. Muy maleducado. Hasta me amenazó con la policía... Y ahora, al ir a buscar mi baúl con un gallego^[109], me he enterado por Domingos de que el señor Cohen y la señora se van a Inglaterra. En fin, miserable todo... Tanto, que he pasado el día con el estómago revuelto.

Con un suspiro, poniendo los ojos en el suelo, la señora Adélia se calló. Ega, cruzado de brazos, miraba amargamente a sus amigos. ¿Y ahora qué tenían que decirle? ¡La había zurrado!... ¡Y según ellos semejante cobarde no merecía una bala en el corazón! Y ella... ¡dejarse tocar, no haber huido, aceptar dormir con él!... ¡Menuda chusma!

—Señora Adélia, ¿tiene usted alguna idea acerca de cómo pudo él descubrirlo todo?...

—¡Eso sí que es un prodigio! —gritó Ega, llevándose las manos a la cabeza.

¡Sí, prodigioso! Por una carta interceptada no podía haber sido, porque ellos no se escribían. Tampoco podía tener noticia de las visitas a Villa Balzac, porque siempre organizaban las cosas con un arte muy sutil, perfectamente impenetrable. En sus desplazamientos a Villa Balzac, ella nunca iba en su carruaje. Nunca entraba al descubierta en aquella casa. Los criados de él jamás la habían visto, desconocían quién era aquella señora que le visitaba... Tantos cuidados, ¡y todo echado a perder!

—¡Extraño, muy extraño! —musitó Craft.

Se hizo un silencio. La señora Adélia había acabado por sentarse familiarmente en una silla, con su hatillo en el regazo.

—Señor Ega —dijo ella tras alguna reflexión—, esté seguro de que ha debido de ser en sueños. No sería la primera vez que ocurre... Mi señora debió de soñar con usted en voz alta, y el señor Cohen la oyó, se quedó mosca y la espío, hasta descubrir

el pastel... Yo sé que ella habla en sueños.

Ega, plantado ante la señora Adélia, la miraba con ojos chispeantes, desde las flores del sombrero a los bajos de la falda.

—¡No es posible que él la oyese, tenían cuartos separados!... Yo lo sé.

La señora Adélia bajó los párpados, acarició con sus guantes negros el hato redondo, y dijo con un hilo de voz:

—No señor, no tenían habitaciones separadas. La señora nunca hubiera aceptado eso... A la señora le gusta mucho el señor, es muy celosa.

Hubo un silencio cortante. En el tocador, el cabo de vela estaba en las últimas, despedía una luz lúgubre. Y Ega, que fingía sonreír, encogerse de hombros, daba por el cuarto pasos lentos y mortecinos, torturándose el bigote con mano trémula. Carlos, enojado, cansado de aquella historia que ya duraba demasiado, y en la que constantemente había pisado barro, declaró que era necesario poner el punto final. Eran las ocho, y él deseaba cenar...

—Sí, vamos todos a cenar —murmuró Ega, con aire confuso y embarazado.

Hizo una rápida señal a la señora Adélia, y la condujo al salón, encerrándose allí de nuevo.

—¿Tú no estás harto de esto, Craft? —exclamó Carlos, desesperado.

—No, es un curioso objeto de estudio.

Aguardaron aún diez minutos. De pronto, la vela se apagó. Carlos, furioso, llamó a gritos al *groom*. El muchacho entraba con un inmundo quinqué cuando Ega, un tanto recompuesto, volvió del salón. Asunto acabado, la señora Adélia se había ido.

—Vamos a cenar —dijo—. Pero ¿adónde a esta hora?

Él mismo se acordó del André, en el Chiado. Abajo, además del *coupé* de Carlos esperaba el coche de Craft. Los dos carruajes partieron. Villa Balzac quedó a oscuras, muda, de ahora en adelante inútil.

En el André tuvieron que esperar largo rato en un gabinete triste, con un papel de estrellitas doradas, visillos de gasa barata tras cortinas de reps azul y dos lámparas de gas que silbaban. Ega, hundido en un sofá de muelles gastados y flojos, tenía cerrados los ojos, parecía exhausto. Carlos se entretenía con los grabados de la pared, que representaban a españolas: una que salía de misa; otra que saltaba un charco; otra, con los ojos gachos, que escuchaba los consejos de un canónigo. Craft, sentado a la mesa, recorría el *Diário da Manhã*, que el mozo les había ofrecido para entretener la espera.

De repente, Ega descargó un puñetazo en el sofá, que chirrió lamentablemente.

—¡Lo que no comprendo —gritó— es cómo el muy ladino ha llegado a enterarse!

...

—La hipótesis de la señora Adélia —dijo Craft levantando los ojos del periódico— parece probable. O en sueños o despierta, la pobre se ha traicionado. O acaso una

denuncia anónima. O acaso por puro azar... Lo cierto es que Cohen ha desconfiado, la ha espiado y la ha pillado.

Ega se puso en pie:

—Antes no os he querido decir nada, porque Adélia no lo sabe. ¿Os acordáis de la casa que está enfrente de la mía, del otro lado de la callejuela, una casa con un gran jardín? Es la casa de una tía de Gouvarinho, doña Maria Lima, una persona respetable. Raquel la visitaba de vez en cuando. Son íntimas, y doña Maria Lima es íntima de todo el mundo. Luego, salía por una puertecita del jardín, atravesaba la calle y ya estaba ante la puerta de mi casa: la puerta excusada, la puerta de la escalera que va a dar al baño. Ya veis... Los criados ni la veían. Cuando comía allí, el *lunch* ya estaba servido de antemano en mi cuarto, con las puertas cerradas. Incluso si alguien llegaba a verla, no pasaba de ser una señora con un velo negro, que venía de casa de doña Maria Lima... ¿Cómo podía enterarse su marido?... Además, en casa de doña Maria Lima ella se cambiaba el sombrero y se ponía un *waterproof*...

Craft le felicitó.

—¡Muy brillante! Digno de Scribe^[110].

—Entonces está claro —dijo Carlos sonriendo— la respetable hidalga...

—¿Doña Maria? ¡Pobre!... No, es una vieja excelente, a la que se recibe en las mejores casas, aunque sin recursos, por lo que hace estos favores... A veces, incluso en su propia casa.

—¿Y cobra mucho por esos servicios? —preguntó tranquilamente Craft, que en todo aquello sólo buscaba instruirse.

—No, pobre —dijo Ega—. Basta con darle cinco libras de vez en cuando.

El camarero entraba con una fuente de langostinos, y los tres se acomodaron a la mesa.

Tras la cena, se retiraron al Ramalhete. Ega iba a pasar la noche allí, pues el estado de sus nervios le hacía temer la soledad de Villa Balzac. Partieron en una calesa descubierta, con los puros encendidos bajo la noche estrellada y dulce.

Por fortuna, no había nadie en el Ramalhete. Ega, cansado, pudo retirarse enseguida a su cuarto, una de las habitaciones de invitados del segundo piso, que contaba con una hermosa cama antigua de palisandro. Allí, en cuanto el criado le hubo dejado a solas, se acercó al tremó en que ardían las luces y se sacó de debajo de la camisa un medallón de oro. Contenía una fotografía de Raquel, y su intención era quemarla, echar al balde de las aguas sucias las cenizas de aquella pasión. Pero al abrirlo, el hermoso rostro, que sonreía bajo el cristal oval, pareció mirarle con una nota de tristeza en el terciopelo de las pupilas lánguidas... La fotografía mostraba tan sólo la cabeza; los recuerdos de Ega incorporaron a la imagen el cuello, el extraordinario satén de la piel, una señal sobre el seno izquierdo... El sabor de sus besos le volvió a los labios, sintió de nuevo como un eco de los suspiros que ella

había exhalado en sus brazos. ¡Y ahora ella partía, no volvería a verla «nunca más»! Aquella desolada amargura del «nunca más» le destrozó, y con la cara enterrada en la almohada, el pobre demagogo, el gran fraseador, sollozó largamente en el secreto de la noche.

Aquella semana fue dolorosa para Ega. Al día siguiente, Dâmaso se presentó en el Ramalhete, y por él supieron lo que se rumoreaba en Lisboa. Ya se sabía en el Grémio, en el Chiado, en todas partes, que Cohen le había expulsado de su casa.

El oso, la pastora tirolesa, testigos del incidente, lo habían difundido con entusiasmo. Incluso se contaba que Cohen le había propinado un puntapié. Los amigos de la casa, y entre todos Alencar, abogaron fervorosamente en defensa de la inocencia de Raquel. Alencar iba contando por ahí que Ega, provinciano inexperto y león de Celorico, habiendo tomado por muestras de pasión las sonrisas amables de una señora que recibe, le había escrito a Raquel una carta casi obscena, que ella, la pobre, hecha un mar de lágrimas, le había enseñado a su marido.

—Así que me están dando duro, ¿eh Dâmaso? —murmuró Ega, que, en el gabinete de Carlos, arrebuñado en un viejo *ulster* y encogido en una butaca, escuchaba con aire cansado y enfermo.

Dâmaso confesó que sí, que le estaban dando duro.

¡Ah, a él no le extrañaba nada! Tenía muchas enemistades en Lisboa. Nadie le perdonaba lo del abrigo. Su *verve*, trufada de sarcasmos, ofendía. Y era desagradable para mucha gente que aquel hombre, con aquel espíritu peligroso de hierro al rojo vivo, tuviese una madre rica y fuera independiente.

El sábado siguiente, de vuelta de la cena de los Gouvarinho —que fue excelente — Carlos le contó su conversación con la señora condesa. La condesa le había hablado con mucha desenvoltura, como un hombre, del desastre de Ega. Estaba muy apenada, no sólo por Raquel, la pobre, que era amiga suya, sino por Ega, al que apreciaba tanto, tan interesante, tan brillante, y al que todo aquello dejaba en muy mala posición. Cohen iba contando a todo el mundo (así se lo había dicho a Gouvarinho) que había amenazado a Ega con molerle a puntapiés por una carta inmunda que había escrito a su mujer. Los que no sabían nada, como Gouvarinho, se lo creían y se llevaban las manos a la cabeza. Los que sabían, los que desde hacía seis meses venían sonriendo ante la intimidad de Ega con los Cohen, fingían creérselo también, y apretaban los puños en señal de indignación. Se odiaba a Ega. Y la pequeña Lisboa que se mueve entre el Grémio y la Casa Havanesa, se divertía mucho con aquello de que «se enterrara» a Ega.

Ega, en efecto, se sentía «bajo tierra». Aquella noche le comunicó a Carlos que había decidido retirarse a la quinta de su madre, pasar allí un año acabando las *Memorias de un átomo*, y volver a Lisboa con el libro ya publicado, triunfando sobre la ciudad, aplastando a los mediocres. Carlos no quiso ensombrecer aquella radiante

ilusión.

Pero cuando Ega, antes de partir, fue a poner orden en su economía doméstica, se encontró con una situación deplorable. Resultaba que le debía a todo el mundo, desde el tapicero al panadero, y que además tenía tres letras a punto de vencer. Si no saldaba aquellas deudas, si las dejaba sueltas ladrando, se sumarían, en el chismorreo público, al caso de los Cohen, y él se convertiría, además de en el amante amenazado con una ristra de puntapiés, en un bribón perseguido por los acreedores. ¿Qué podía hacer sino recurrir a Carlos? Carlos, para arreglarlo todo, le prestó dos contos de reis.

Después, tras despedir a los criados de Villa Balzac, le surgieron nuevas complicaciones. La madre del *groom* se presentó en el Ramalhete hecha una furia, afirmando que su hijo había desaparecido. Y era cierto. El famoso *groom*, pervertido por la cocinera, se había hundido con ella en las callejas de la Morería, comenzando así una entretenida carrera de *faia*^[111].

Ega se negó a atender las reclamaciones de la matrona. ¿Qué demonios tenía él que ver con todo aquello?

En aquel punto, el amante de la buena señora intervino. Era policía, un pilar del orden público, y dio a entender que le resultaría muy fácil probar que en Villa Balzac sucedían «cosas contra natura», que el *groom* no sólo era útil para servir la mesa... Asqueado, Ega transigió, y soltó cinco libras. Cuando aquella noche, una negra noche pasada por agua, Carlos y Craft le acompañaron a Santa Apolónia, Ega les dijo en el coche estas palabras, triste resumen de un amor romántico:

—¡Me siento como si el alma se me hubiera caído en una letrina! ¡Necesito darme un baño por dentro!

Afonso da Maia, al enterarse del batacazo de Ega, le dijo a Carlos con tristeza:

—¡Mal comienzo, hijo mío, un pésimo comienzo!

Aquella noche, de vuelta de Santa Apolónia, Carlos meditaba en aquellas palabras, y se decía a sí mismo: «¡Un pésimo comienzo!»... Pero no sólo Ega se había estrenado mal, también él. Quizá su abuelo compartía aquella impresión, y por ello habían sido tan tristes sus palabras. ¡Dos pésimos comienzos! Hacía seis meses que Ega había llegado de Celorico con su flamante abrigo, decidido a deslumbrar a Lisboa con sus *Memorias de un átomo*, con la creación de una revista influyente, a convertirse en una luz, una fuerza, mil cosas más... Y ahora, cargado de deudas y de oprobio, regresaba a su tierra como un proscrito. Él, por su parte, había desembarcado en Lisboa con planes colosales de trabajo, pertrechado como un guerrero: el consultorio, el laboratorio, un libro que haría época, mil cosas importantes... ¿Y qué había hecho? Un par de artículos de periódico, una docena de consultas, y un melancólico capítulo de *La medicina entre los griegos*.

No, la vida no le parecía nada prometedora aquella noche, paseándose con las manos en los bolsillos por la sala de billar, mientras los amigos charlaban y afuera ululaba el sudoeste. ¡Pobre Ega, qué desdichado debía de sentirse acurrucado en su vagón! Si bien los demás, allí a su lado, no estaban más alegres. Craft y el marqués habían empezado una conversación sobre la vida, lúgubre y desalentadora. ¿Para qué vivir, decía Craft, si uno no era un Livingstone o un Bismarck? El marqués, en tono filosófico, hallaba que el mundo estaba entonteciendo. Después llegó Taveira con la horrible historia de un colega suyo, cuyo hijo se había caído por el hueco de la escalera mientras su mujer se moría de pleuresía. Cruges rezongó algo acerca del suicidio. Arrastraban las palabras melancólicamente. Como por instinto, Carlos avivó las lámparas.

Pero todo resplandeció a sus ojos cuando al poco llegó Dâmaso y le contó que Castro Gomes no se hallaba bien y guardaba cama.

—Naturalmente —añadió— te manda llamar, ya que tú has visto a la pequeña...

Al día siguiente, Carlos no salió de casa, pendiente del recado, echando chispas de impaciencia. Pero no hubo recado. Dos tardes después, cuando bajaba en dirección al Aterro, el primer conocido que vio, en Janelas Verdes, fue Castro Gomes, en una calesa descubierta, con su mujer al lado y la perrita en brazos.

Ella pasó de largo sin verle. Allí mismo Carlos decidió poner fin a aquella tortura, pedirle a Dâmaso, sencillamente, que le presentara a Castro Gomes antes de su marcha a Brasil... No podía más, necesitaba escuchar la voz de ella, ver qué decían sus ojos cuando se los interrogaba de cerca.

Pero durante toda aquella semana se vio, sin saber cómo, en compañía de los Gouvarinho. Comenzó por encontrarse con el conde, que le cogió del brazo, le arrastró a la Rua de São Marçal, le sentó en una butaca de su despacho y le leyó un artículo que destinaba al *Jornal do Comércio* sobre la situación de los partidos en Portugal. Luego le invitó a cenar. La tarde siguiente tenían partida de *croquet*. Carlos acudió. Y en una ventana, abierta sobre el jardín, tuvo un momento de intimidad con la condesa, le contó, entre risas, cómo sus cabellos le habían encantado la primera vez que la vio. Ella se refirió a un libro de Tennyson que no había leído; Carlos se ofreció a prestárselo, se lo llevó al día siguiente, de mañana. La halló a solas, vestida de blanco. Reían, habían bajado la voz, las dos sillas estaban más juntas, cuando el criado anunció a doña Maria da Cunha. ¡Era algo insólito, doña Maria da Cunha a aquella hora! A Carlos, por lo demás, le gustaba mucho doña Maria da Cunha, una vieja muy graciosa, toda bondad, que simpatizaba con todos los pecados, y ella misma muy pecadora en tiempos, cuando fuera la bella Cunha. Doña Maria era muy parlanchina, y parecía tener algo que contarle en privado a la condesa. Carlos las dejó, prometiendo volver una tarde de aquellas a tomar el té y hablar de Tennyson.

La tarde en que se vestía para ir a casa de la condesa, Dâmaso se presentó en su

cuarto para contarle una noticia que le contrariaba enormemente. ¡El chiflado de Castro Gomes había cambiado de idea, ya no se iba a Brasil! ¡Se quedaba en Lisboa, en el Central, hasta mediados del verano! Así que no había nada que hacer...

Carlos pensó que era el momento de pedirle que le presentara a Castro Gomes. Pero al igual que en Sintra, sin saber por qué, le entró cierta repugnancia a conocerla a través de su persona, y se vistió en silencio.

Dâmaso, entretanto, maldecía su *chance*:

—¡Y yo que la tenía a punto! ¡Sólo era cosa de aguardar la ocasión! Pero así ¡no hay manera!...

Pasó a quejarse de Castro Gomes. Resumiendo, era un chiflado. Y la vida de aquel hombre era un misterio... ¿Qué demonios pintaba en Lisboa? Aquello olía a dificultades de dinero... Y ellos no se llevaban bien. La víspera habían discutido. Cuando él llegó, ella tenía los ojos enrojecidos, y estaba muy pálida. Y él se paseaba nervioso por el salón, retorciéndose la barba... A los dos se les veía muy violentos, dejaron caer una palabra cada cuarto de hora...

—¿Sabes? —exclamó—. Me dan ganas de mandarlos a paseo.

Se quejó también de ella. Más que nada, era muy voluble. Tan pronto amable como glacial. Y a veces uno decía cualquier cosa, una de esas cosas propias de la conversación de sociedad, y ella se echaba a reír. Era como para molestarse, ¿no? En fin, gente muy rara.

—¿Adónde vas? —dijo con un suspiro de hastío, viendo a Carlos ponerse el sombrero.

Iba a tomar el té con la Gouvarinho.

—Ah, pues voy contigo... Me aburro.

Carlos vaciló un instante, pero acabó aceptando:

—Muy bien, en realidad me haces un favor...

La tarde era estupenda. Carlos iba a llevar el *dog-cart*.

—Hace mucho que no damos un paseo juntos —dijo Dâmaso.

—¡Como estás con tus extranjeros!...

Dâmaso suspiró de nuevo, y no volvió a decir nada más. Después, a la puerta de los Gouvarinho, cuando supo que la condesa recibía, resolvió súbitamente no entrar. No, no entraba. Se sentía atontado, incapaz de decir palabra...

—Ah, y otra cosa de la que me acuerdo ahora —exclamó, reteniendo a Carlos ante el portón—. Castro Gomes me preguntó ayer cuánto debía mandarte por la visita a la pequeña... Yo le dije que lo habías hecho como un favor, como amigo mío. Y él dijo que pasaría por tu casa a dejar su tarjeta... Naturalmente, acabarás conociéndolos.

¡Así que no hacía falta que Dâmaso le presentara!

—¡Pásate esta noche, Dâmasozinho, y ven mañana a cenar! —exclamó Carlos,

súbitamente radiante, despidiéndose con un fogoso apretón de manos.

Cuando entró en el salón, un criado acababa de servir el té. La sala, forrada con un papel severo, verde y oro, con retratos de familia enmarcados en pesadas molduras, daba a través de dos balcones al follaje del jardín. En las mesas había cestillos con flores. En el sofá, dos señoras con sombrero, vestidas de negro, conversaban con el té en la mano. La condesa, al tenderle los dedos a Carlos, había adquirido el mismo color rosáceo de la seda acolchada de su silla, recostada como estaba al pie de un velador de palisandro. Notó enseguida, con una sonrisa, el aire radiante de Carlos. ¿Qué le había sucedido de bueno? Carlos sonrió a su vez, y repuso que no era posible entrar allí con otro aire. Después preguntó por el conde...

El conde aún no había llegado, retenido, suponía, en la Cámara de los Pares, donde se discutía el proyecto de reforma de la instrucción pública.

Una de las señoras de negro hacía votos para que se aligerasen los estudios. Los pobres niños sucumbían verdaderamente ante el enorme número de materias, de cosas que tenían que memorizar. El suyo, su Joãozinho, andaba tan pálido y desmedrado, que a ella ganas le daban de que viviese en la ignorancia. La otra señora posó la taza en la *console* adjunta, y pasándose el encaje del pañuelo por los labios, se quejó ante todo de los examinadores. Era un auténtico escándalo lo que exigían, las dificultades que ponían para así poder suspender a las criaturas... A su pequeño le habían hecho las preguntas más estúpidas, más miserables. Por ejemplo, «¿qué era el jabón, por qué lavaba el jabón?»...

La otra señora y la condesa se llevaron la mano al pecho consternadas. Y Carlos, muy amable, convino en que era terrible. ¡Su marido —continuó la dama— estaba tan desesperado, que habiéndose topado en el Chiado con el examinador, le había amenazado con tundirle a bastonazos! Una imprudencia, desde luego, pero en fin, ¡aquel hombre era un malvado!... No había sino una cosa digna de estudio, y eran las lenguas. Era una insensatez que se torturase a una criatura con botánica, astronomía, física... ¿Para qué? Cosas inútiles a la sociedad. Su pequeño, por ejemplo, ahora estudiaba química... ¡Menudo disparate! Era lo que decía su padre: ¡para qué, si él no quería que fuese boticario!

Tras un silencio, las dos señoras se levantaron al unísono. Hubo un murmullo de besos, un frufrú de sedas.

Carlos se quedó a solas con la condesa, que había vuelto a sentarse en su silla rosada.

Inmediatamente ella le preguntó por Ega.

—Pobre, está en su Celorico.

Ella se rebeló, con una bonita sonrisa, contra aquella expresión tan fea: «En su Celorico». No, no era justo... ¡Pobre Ega! Merecía mejor oración fúnebre. Celorico era horrible como punto final para un romance...

—No lo niego —exclamó Carlos, con una sonrisa a su vez— sería más bello decir: «Está en Jerusalén».

En aquel momento el criado anunció a alguien, y apareció el amigo Teles da Gama, un íntimo de la casa. Cuando supo que el conde aún debía de andar batallando con la reforma de la instrucción, se llevó las manos a la cabeza, como si lamentara semejante desperdicio del tiempo, y no quiso quedarse. No, ni siquiera el excelente té de la señora condesa le tentaba. Lo cierto era que estaba tan dejado de la mano de Dios, había perdido a tal punto el sentimiento de las cosas bellas, que había ido no para ver a la señora condesa, sino simplemente para hablar con el conde. Entonces ella hizo un bonito mohín de princesa ofendida, y le preguntó a Carlos si tan ruda sinceridad de montañés no le hacía añorar las maneras pulidas del Antiguo Régimen. Teles da Gama, balanceándose ligeramente, se declaró demócrata, cultor de la Naturaleza, con una sonrisa que enseñaba dientes magníficos. Luego, al irse, dándole un *shake-hands* al amigo Maia, quiso saber cuándo el príncipe de Santa Olávia le concedería el honor de cenar con él. La señora condesa se indignó. ¡Era el colmo! ¡Que hiciera invitaciones en su salón, en su presencia, un hombre que tanto hablaba de su cocinera alemana y que no le había ofrecido ni un plato de *choucroute*!

Teles da Gama, entre risas y balanceos, juró que estaba arreglando su comedor para darle a la señora condesa una fiesta que había de constar en los anales del Reino. Pero con su amigo Maia era diferente: podían cenar en la cocina, con los platos en las rodillas. Y se marchó con su balanceo, riéndose aún desde la puerta, mostrando sus magníficos dientes.

—Muy alegre este Gama, ¿no es cierto? —dijo la condesa.

—Sí —dijo Carlos.

La condesa miró el reloj. Eran las cinco y media, hora a la que ya no recibía. Podían, en fin, conversar un momento en intimidad. Y lo que hubo fue un silencio lento, en el que los ojos de ambos se encontraron. Después, Carlos le preguntó por Charlie, su precioso paciente. No estaba bien, una ligera tos cogida en el Parque da Estrela. ¡Ah, la criatura le exigía mil desvelos! Enmudeció, con la mirada fija en la alfombra, moviendo lánguidamente el abanico: llevaba aquella tarde una *toilette* exagerada, color de hoja de otoño amarillenta, de una seda gruesa, que al menor movimiento sugería un crujido de hojas secas.

—¡Qué buen tiempo está haciendo! —exclamó ella de repente, como despertando.

—Sí —dijo Carlos— yo estuve hace unos días en Sintra, y no se imagina... Una belleza idílica.

E inmediatamente se arrepintió, maldiciéndose por haber hablado de su escapada a Sintra en aquella casa.

Pero la condesa apenas le escuchaba. Se había levantado, y le hablaba de unas

canciones que aquella mañana había recibido de Inglaterra, las novedades de la *season*. Luego, se sentó al piano, paseó los dedos por el teclado, y le preguntó a Carlos si conocía aquella melodía, «The Pale Star». No, Carlos no la conocía. Pero todas aquellas canciones inglesas se parecían, tenían siempre el mismo tono doliente, novelesco y muy *miss*. Un parque melancólico, un regato lento, un beso bajo los castaños...

Entonces la condesa leyó en voz alta la letra de «The Pale Star». Y en efecto era aquello, una pequeña estrella de amor palpitando en el crepúsculo, un lago pálido, un beso tímido bajo los árboles...

—Siempre es eso —dijo Carlos— y siempre es delicioso.

Pero la condesa dejó de lado la partitura, pensando que era un poco ñoña. Comenzó a rebuscar entre sus papeles de música, nerviosa, con una mirada sombría. Por romper el silencio, Carlos le alabó las flores.

—¡Ah, voy a darle una rosa! —exclamó ella, dejando las partituras.

Pero la flor que deseaba darle estaba en el *boudoir*, en la habitación contigua. Carlos siguió la larga cola de su vestido, en la que bullía un reflejo dorado de follaje otoñal al sol. Era un gabinete forrado de azul, con un bonito tremó del siglo XVIII, y sobre un recio pedestal de roble, el busto en barro del conde, en su faceta de orador, la frente alzada, la corbata al viento, el labio férvido...

La condesa escogió un botón con dos hojas, y ella misma se lo puso en el ojal. Carlos sentía su aroma a verbena, el calor que subía de su seno que respiraba con fuerza. Y ella no acababa de prender la flor, los dedos trémulos, lentos, que casi se adormecían, se pegaban al paño...

—*Voilà!* —murmuró al fin, muy bajo—. *Voilà* mi hermoso caballero de la Rosa Roja... Y ahora, ¡no me dé las gracias!

Insensiblemente, irresistiblemente, los labios de Carlos besaron los suyos. La seda de su vestido le rozó, produciendo un fino crujido entre sus brazos. Ella echó hacia atrás la cabeza, pálida como la cera, los párpados dulcemente cerrados. Él avanzó un paso, manteniéndola así sujeta, como muerta. Su rodilla se topó con un sofá bajo, que salió despedido. Con la cola de seda enredada en los pies, tropezándose, Carlos fue tras el sofá, que se deslizó de nuevo hasta chocar con el pedestal en que el señor conde erguía su frente inspirada. Y allí un largo suspiro murió, entre un rumor de faldas estrujadas.

Un instante después, los dos estaban en pie. Carlos, junto al busto, se atusaba la barba, no sin cierto embarazo, ya vagamente arrepentido. Ella, ante el tremó Luis XV, se componía el peinado con dedos trémulos. De repente, se oyó la voz del conde en la antecámara. Ella, bruscamente, se dio la vuelta, corrió hacia Carlos, y con sus largos dedos repletos de pedrería, le cogió el rostro y le besó con ardor el pelo y los ojos. Después, se acomodó ampliamente en el sofá. Hablaba de Sintra, riéndose en voz

alta, cuando entró el conde, seguido de un vejete calvo, que venía sonándose en un enorme pañuelo de seda de la India.

Al ver a Carlos en el *boudoir*, el conde se sorprendió agradablemente, le estrechó las manos largo rato, con calor, asegurándole que aquella misma mañana se había acordado de él en la Cámara...

—¿Cómo es que vienen tan tarde? —exclamó la condesa, que se apoderó enseguida del viejo, riéndose, agitándose, animada, amable.

—¡Nuestro querido conde ha hablado! —dijo el viejo, aún con el ojo brillante de entusiasmo.

—¿Has hablado? —exclamó ella, volviéndose con un interés encantador.

¡Sí, había hablado, y no lo tenía previsto! Mas cuando oyó a Torres Valente (hombre de letras, pero un loco, sin el menor sentido práctico), cuando le oyó defender la gimnasia obligatoria en los colegios, se puso en pie. Pero que no creyese el amigo Maia que había hecho un discurso.

—¿Cómo que no! —exclamó el viejo, agitando el pañuelo—. Y uno de los mejores que yo haya oído en la Cámara. ¡De primera!

El conde, modestamente, protestó. No: tan sólo había pronunciado unas palabras de sentido común, de principios, preguntándole a su ilustre amigo, el señor Torres Valente, si, según él, nuestros hijos, los herederos de nuestras casas, estaban llamados a ser payasos...

—¡Ah, qué sarcasmo, señora condesa! —exclamó el viejo—. ¡Tenía que haberlo oído!... ¡Y cómo lo dijo, con qué chic!

El conde sonrió, y agradecido se inclinó ante el viejo. Sí, se lo había dicho. Y respondiendo a otras reflexiones de Torres Valente, que no quería ni en los liceos ni en los colegios una enseñanza «impregnada de catecismo», le había lanzado una auténtica maldad.

—Terrible —exclamó el viejo en tono cavernoso, preparando el pañuelo para volver a sonarse.

—Sí, terrible... Me volví hacia él y le dije: «Esté seguro mi honorable par de que nunca este país recuperaría su lugar a la cabeza de la civilización si en los liceos, en los colegios, en los establecimientos de instrucción, nosotros, los legisladores, sustituyésemos con mano impía la cruz por el trapecio»...

—Sublime —farfulló el viejo, ahogando una espiración bronca, repugnante, en el pañuelo.

Carlos, poniéndose en pie, declaró que aquello era de una ironía adorable.

Y cuando se despidió, el conde no se contentó con un simple apretón de manos, le pasó el brazo por la cintura, le llamó «mi querido Maia». La condesa sonreía, con la mirada aún húmeda, con un resto de palidez, abanicándose lánguidamente, recostada en los almohadones del sofá, un palmo por debajo del busto de su marido, que alzaba

la frente inspirada.

X

Tres semanas después, una cálida tarde, con un cielo triste de tormenta, en el preciso momento en que caían unas gotas, Carlos se apeaba de un *coupé* de punto que se había detenido despacio en la esquina de la Calçada da Patriarcal, con los estores verdes misteriosamente corridos. Dos sujetos que pasaban por allí se sonrieron, como si le vieran escurrirse torpemente por una puerta sospechosa. Y no era para menos, pues la vieja tartana de ruedas amarillas acababa de ser una alcoba de amor, perfumada de verbena, durante las dos horas en que Carlos había rodado en ella por la carretera de Queluz, con la señora condesa de Gouvarinho.

La condesa se había bajado en el Largo das Amoreiras. Y Carlos aprovechaba la soledad de la Patriarcal para deshacerse de aquel carricoche de asiento duro, en el que durante la última hora se había ahogado sin atreverse a bajar las ventanillas, con las piernas dormidas, harto de tantas sedas estrujadas y de los besos interminables que ella le daba en la barba...

Hasta entonces, a lo largo de aquellas tres semanas, se habían encontrado en una casa de la Rua de Santa Isabel, propiedad de una tía de la condesa que se hallaba en Oporto con su criada, y que le había dejado las llaves para que cuidase del gato. La tía, una vieja menuda, llamada Miss Jones, era una santa, un apóstol militante de la Iglesia anglicana, misionera de la Obra de la Propaganda. Todos los meses hacía un viaje de catequización a provincias, distribuyendo Biblias, arrancando almas a la tiniebla católica, purificando (tal y como ella decía) el tremedal papista... Ya en la escalera había un tufillo dulzón y triste a devoción y virgen vieja. Y en el descansillo pendía un ancho cartelón, con un dístico en letras de oro entrelazadas con lirios rojos, que rogaba a quienes se disponían a entrar allí que perseverasen en los caminos del Señor. Nada más franquear la puerta, Carlos se tropezó con un montón de Biblias. La habitación entera era un almacén de Biblias. Las había en pilas por encima de los muebles, asomando de las sombrereras, mezcladas con pares de galochas, caídas en una silla bacín, todas del mismo formato, emparedadas en una encuadernación negra como una armadura de combate, hoscas y agresivas. Las paredes resplandecían, cubiertas de encartonados con letras impresas en color, que irradiaban severos versículos de la Biblia, ásperos consejos de moral, clamores de los salmos, insolentes amenazas de vida en el Infierno... Y en medio de aquella religiosidad anglicana, en la mesilla de una camita de hierro, rígida y virginal, dos botellas casi vacías de *gin* y *coñac*. Carlos bebió del *gin* de la santa, y el rígido lecho acabó manga por hombro, como campo de batalla.

Pasados unos días, la condesa empezó a tener miedo de una vecina, una tal Borges, que visitaba a su tía, y que era viuda de un antiguo administrador de los

Gouvarinho. En una ocasión en que, en el casto lecho de Miss Jones, ellos fumaban cigarrillos lánguidamente, tres enormes aldabonazos en la puerta habían hecho temblar la casa. La pobre condesa casi se desmayó del susto. Carlos acudió a la ventana, y vio salir a un hombre con una estatuilla de yeso en la mano y otras en un cesto. Pero la condesa aseguraba que era la Borges quien había enviado al italiano de las imágenes a que diera aquellos aldabonazos, a modo de tres toques, tres avisos de la Moral...

Por lo que ya no quiso volver al beatífico *coté* de su títa. Y aquella tarde, como aún no tenían otro escondrijo, habían optado por ocultar sus amores en aquel coche de punto.

Pero Carlos regresaba enervado, sin fuerzas, sintiendo en el alma los primeros bostezos de hartazgo. Hacía tan sólo tres semanas que aquellos brazos perfumados con verbena le habían estrechado, y ahora, caminando por el jardín de San Pedro de Alcántara, bajo una ligera llovizna que batía los follajes de la alameda, pensaba en cómo podría librarse de su tenacidad, de su ardor, de aquel peso... Porque la condesa empezaba a ser absurda con aquella determinación ansiosa y audaz de invadir toda su vida, de ocupar en ella el lugar más ancho y profundo, como si con el primer beso hubieran unido no sólo los labios un momento, sino los destinos para siempre. Aquella tarde él había vuelto a soportar las palabras que ella balbucía con la cabeza apoyada en su pecho, con los ojos empañados por una ternura suplicante: «¡Si tú quisieras! ¡Qué felices seríamos! ¡Una vida maravillosa! ¡Los dos solos!...». Estaba claro: la condesa había concebido la extravagante idea de huir con él, de vivir juntos un sueño de amor lírico, en algún rincón del mundo, lo más lejos posible de la Rua de São Marçal. «¡Si tú quisieras!» No, qué demonios, no quería fugarse con la señora condesa de Gouvarinho...

Y no sólo era aquello, estaban además sus exigencias, sus egoísmos, las explosiones tumultuosas de un temperamento celoso. En más de una ocasión, en el curso de aquellas dos breves semanas, ella había desbarrado a propósito de bagatelas, hablando de morirse, hecha un mar de lágrimas... ¡Ah, pero sus lágrimas tenían algo de voluptuoso, dulcificaban el satén de su cuello! Lo que más le inquietaba eran ciertos fogonazos que se apoderaban de su rostro, un llamear nervioso de los ojos secos, que revelaba la pasión que abrasaba los nervios de aquella mujer de treinta y tres años, y que la consumía hasta las profundidades de su ser... Para Carlos, aquel amor era un lujo adicional, un perfume específico. Su posible encanto residía en que fuera fácil, sereno, en que no penetrase más allá de la epidermis. Pero si a ella se le humedecían los ojos a las primeras de cambio, y hablaba de morirse, y retorció los brazos, y quería fugarse con él, entonces ¡adiós! No había nada que hacer. La señora condesa, con su verbena, su pelo color brasa y su llanto, no era sino un incordio.

El chaparrón paró, y un poco de azul lavado asomó entre las nubes. Carlos bajaba

por la Rua de São Roque cuando se topó con el marqués, que salía de una confitería, tristón, con un paquete en la mano y la garganta envuelta en un *cache-nez* de seda blanca.

—¿Qué, constipado? —preguntó Carlos.

—Tengo de todo —dijo el marqués, caminando a su lado con lentitud de moribundo—. Ayer me acosté tarde. Cansancio. Opresión en el pecho. Carraspera. Dolores en el costado. Un horror... Aquí llevo unas yemas.

—¡No me sea melindroso! Lo que usted necesita es un buen rosbif y una botella de borgoña... ¿No es hoy cuando viene a cenar al Ramalhete?... Sí, y también Craft y Dâmaso... Entonces, vamos andando por la Rua do Alecrim abajo, que ya no llueve, luego enfilamos por el Aterro, y cuando lleguemos se le han pasado a usted todos los males.

El pobre marqués se encogió de hombros. Era hombre que en cuanto sentía la menor molestia, un dolor, un escalofrío, se consideraba «acabado». El mundo tocaba a su fin para él: le asaltaban terrores católicos, una preocupación angustiosa por la Eternidad. En días así, se encerraba en su cuarto con su capellán, con el que a veces acababa jugando a las damas.

—En todo caso —dijo destocándose al pasar ante la puerta abierta de la Iglesia de los Mártires— déjeme pasar por el Grémio primero... Quiero escribirle a Manueleta que no cuente conmigo esta noche...

Luego, distraída y melancólicamente, preguntó por el golfo de Ega. El golfo de Ega estaba en Celorico, en la quinta de su madre, oyendo eructar al padre Serafim, y refugiándose, según decía, en el gran arte: se había metido a componer una comedia en cinco actos que se llamaría *El muladar*, escrita con la intención de vengarse de Lisboa.

—Lo peor —murmuró el marqués tras un silencio, y hundiéndose aún más en el *cache-nez*— es si no me recupero para las carreras del domingo.

—¡Cómo! —exclamó Carlos—. ¿Ya son las carreras?

Mientras descendían hacia el Chiado, el marqués le explicó que las carreras se habían adelantado a petición de Clifford, el gran *sportman* de Córdoba, que iba a participar con dos caballos ingleses... Era un poco humillante estar a expensas de Clifford. Pero en fin, Clifford era un *gentleman*, y con sus caballos de raza, sus jockeys ingleses, aportaba un poco de seriedad al hipódromo de Belém. Sin Clifford aquello no era más que una pantomima con cuatro pencos, buenos para el matadero.

—¿Usted no conoce a Clifford?... ¡Un muchacho estupendo! Un poco *poseur*, pero de ley.

Estaban ya en el patio del Grémio. El marqués le tendió el brazo a Carlos.

—¡Tómeme el pulso!

—El pulso está fenomenal... Vaya a darle ese disgusto a Manuela, que yo le

espero aquí.

¡Así que el domingo eran las carreras, quedaban cinco días!... ¡Y «ella» estaría allí, por fin iba a conocerla! En las últimas tres semanas la había visto dos veces: en una ocasión, estando él a la puerta del Central conversando con Taveira, ella se había asomado a uno de los balcones, con sombrero y guantes largos negros; la otra, hacía unos días, una tarde lluviosa, ella se había detenido a la puerta de Mourão, en el Chiado, en un *coupé* de la Compañía, y sin bajarse había aguardado a que el *groom* entregara en la tienda un paquete con forma de cofre, atado con una cinta roja. En ambas ocasiones ella le había visto, demorando los ojos en él un instante. Y a Carlos le había parecido que la segunda vez la mirada se prolongaba más, como abandonándose, humedeciéndose con una cierta dulzura al posarse en su... Acaso fuera una ilusión. Así que se había decidido, impaciente, a acometer su antiguo propósito (por más que le desagradara) de que Dâmaso le presentase a Castro Gomes. Ante aquella exigencia, el pobre Dâmaso se sintió muy mal al principio. Y como perro que defiende su hueso, le recordó a Carlos el deplorable comportamiento de Castro Gomes, que no había pasado, tal como había dicho, a dejar su tarjeta en el Ramalhete... Pero Carlos desdeñaba aquella rigidez en las formalidades: Castro Gomes le parecía un hombre con buen gusto, un hombre de *sport*. Además, no todos los días aparecía por Lisboa alguien que supiera hacerse el nudo de la corbata con corrección. Y sería agradable, incluso para Dâmaso, que se reunieran todos de vez en cuando, con Craft, con el marqués, a fumarse unos puros y charlar de caballos. Ante aquello, Dâmaso se rindió, y propuso a Carlos llevarle una tarde al Hotel Central. Carlos, sin embargo, no quería entrar en el hotel detrás de Dâmaso, con el sombrero en la mano. Decidieron esperar a las carreras, pues los Castro Gomes tenían intención de asistir. «Ahí, en el recinto de pesaje», dijo Dâmaso, «la presentación es más chic... Exageradamente chic».

—Dios quiera, en efecto, que no llueva el domingo —murmuró Carlos cuando el marqués hubo vuelto, más tristón, más hundido en su *cache-nez*.

Prosiguieron el paseo por en medio de la calle, en dirección a la Rua do Ferregial. Un poco más allá del Grémio, pegado a la acera, estaba un *coupé* de la Compañía, con un *groom* con guantes blancos esperando junto al portal. Carlos miró casualmente, y vio, asomado a la portezuela, el rostro de una criatura, de una blancura adorable, sonriéndole con una sonrisa que le ponía en la cara dos hoyuelos. La reconoció enseguida. Era Rosa, Rosicler. Y ella no se contentó con sonreír, dándole toda su preciosa mirada azul, sino que sacó la manita y le dedicó un gran adiós. Al fondo del *coupé*, forrado de negro, se destacaba un perfil claro de estatua, las ondas de un pelo rubio. Carlos se destocó profundamente, muy perturbado, tanto que le vaciló el paso. «Ella» inclinó la cabeza. Un atisbo luminoso, un confuso rubor emocionado se difundió por su rostro. Y durante un instante fue como si de madre e

hija, a un tiempo, le llegara una suave y cálida emanación de simpatía.

—¡Caramba! ¿Es su amante? —preguntó el marqués, que había notado la honda impresión de madame Gomes.

Carlos se ruborizó.

—No, es una señora brasileña a la que le curé esa pequeñaja...

—¡Demonios, eso es gratitud! —gruñó el otro bajo el *cache-nez*.

Caminando en silencio por el Ferregial, Carlos le daba vueltas a una idea repentina, que se le había ocurrido tras aquella dulce mirada. ¿Por qué Dâmaso no llevaba una mañana a Castro Gomes a Oliváis, a ver las colecciones de Craft?... Él estaría allí, abrirían una botella de champán y charlarían de *bric-à-brac*. Luego, con toda naturalidad, él invitaría a Castro Gomes a almorzar en el Ramalhete para enseñarle el gran Rubens, sus viejas colchas de la India. Y así, antes de las carreras existiría entre ellos alguna camaradería, hasta se tratarían tal vez con cierta confianza.

En el Aterro, temeroso del aire del río, el marqués quiso coger un coche. Continuaron en silencio hasta el Ramalhete. El marqués, de nuevo inquieto, se palpaba la garganta. Carlos ponderaba complicadamente aquella lenta inclinación de cabeza, la mirada de ella, el vivo rubor fugitivo... Hasta aquel momento ella no le conocía. Pero después de su radiante saludo, Rosa se había vuelto hacia su madre, sonriente aún, y a buen seguro le había dicho que aquél era el médico que la había curado, a ella y a la muñeca... Así, el precioso arrebol de su rostro adquiriría una significación más profunda, era como una feliz sorpresa, un casto embarazo irreprimible al enterarse de que el hombre en el que se había fijado compartía ya con ella un atisbo de intimidad, había besado a su hija, se había sentado incluso en su cama...

E iba rehaciendo su plan de visita a Oliváis, que ahora era mayor, más brillante. ¿Por qué no habría de ir ella también a ver las curiosidades de Craft? ¡Ah qué tarde encantadora, qué fiesta, qué idilio! Craft ofrecería un delicado *lunch* en su vieja vajilla de Wedgwood. Él se sentaría junto a ella en la mesa, y luego irían a ver el jardín, ya en flor. O tomarían el té en el pabellón japonés, forrado de esteras. Aunque lo que más le apetecía era recorrer con ella los dos salones de Craft, deteniéndose ambos ante una hermosa fayenza o un mueble raro, sintiendo, a través de la concordancia de sus gustos, emanar, como un perfume, la simpatía de sus corazones... Nunca le había parecido tan bella como aquella tarde, en el interior del *coupé* forrado de oscuro, en el que destacaba con mayor pureza la blancura de su perfil. Sobre el regazo de su vestido negro descansaba el tono más claro de sus guantes. Y en el sombrero se retorció la punta de una pluma del color de la nieve.

El coche se detuvo ante el portón del Ramalhete. Se hallaban ya entre los silenciosos tapices de la antecámara cuando el marqués retomó la palabra:

—¿Y cómo conoce ella a Cruges? —preguntó en tono desconfiado,

desprendiéndose del *cache-nez*.

Carlos le miró, un tanto sorprendido.

—¿Ella? ¿Quién? ¿Aquella señora? ¿Que cómo conoce a Cruges?... ¡Ah, es cierto!... ¡Aquella es la casa de Cruges!... ¡El carruaje estaba parado a la puerta de Cruges!... Tal vez conozca a alguien que vive en otro piso.

—No, allí no vive nadie más —dijo el marqués, dirigiéndose al corredor—. En cualquier caso, la mujer es de bandera.

A Carlos la expresión le pareció abominable.

Desde el despacho de Afonso, a través de la puerta abierta, les llegó la voz petulante de Dâmaso, que hablaba a gritos de *handicap* y *dead-beat*... Allí estaba, discursando sobre las carreras, con autoridad y convicción, como miembro que era del Jockey Club. Afonso, sentado en su vieja butaca, le escuchaba, cortés y risueño, con el «Reverendo Bonifácio» en el regazo. En el sofá, Craft hojeaba un libro.

Dâmaso apeló a los saberes del marqués. ¿No era cierto, tal y como él le había dicho al señor Afonso da Maia, que serían las mejores carreras que se habían visto nunca en Lisboa? ¡Sólo para el Gran Premio Nacional, dotado con seiscientos mil reis, se habían inscrito ocho caballos! Y además, Clifford concurría con «Mist».

—¡Ah, por cierto, marqués, tiene que venir el viernes por la noche al Jockey Club, para que acabemos el *handicap*!

El marqués había arrastrado una silla hasta la butaca de Afonso, para hacerle confidencia de sus achaques. Pero como Dâmaso no les dejaba tranquilos, venga a hablar de «Mist», que si «Mist» era chic, que si quería apostar cinco libras a «Mist» contra el campo, el marqués, harto, no tuvo más remedio que volverse, diciendo que sin duda Dâmasozinho se pitorreaba de ellos... ¡Apostar por «Mist»! ¡Un buen patriota debía apostar por los caballos del vizconde de Darque, que era el único criador portugués!...

—¿No es así, señor Afonso da Maia?

El viejo sonrió, acariciando a su gato.

—El verdadero patriotismo tal vez sería —dijo— hacer, en lugar de carreras, una buena corrida de toros.

Dâmaso se llevó las manos a la cabeza. ¡Una corrida! ¿Así que el señor Afonso da Maia prefería las corridas a las carreras? ¡El señor Afonso da Maia, un inglés!...

—Un simple hombre de la Beira, señor Salcede, y que se complace en ello. Si viví en Inglaterra fue porque mi rey, el de entonces, me echó de mi país... Es cierto, tengo esa debilidad portuguesa, prefiero los toros. Cada raza tiene su propio *sport*, y el nuestro son los toros. Los toros con mucho sol, en día de fiesta, con agua fresca y cohetes... Pero ¿sabe el señor Salcede cuál es la mayor bondad de los toros? La de ser una escuela de fuerza, de arrojo y destreza... En Portugal no hay institución que tenga una importancia semejante a la corrida de curiosos. Y créame una cosa: si en

esta triste generación actual aún hay en Lisboa unos cuantos jóvenes capaces de dar un buen puñetazo, se debe a los toros y a las corridas de curiosos...

El marqués, entusiasmado, batió palmas. ¡Así se hablaba! ¡Así se filosofaba sobre el toro! ¡Estaba claro que las corridas eran una fuente de educación física! ¡Y había imbéciles que hablaban de acabar con ellas! ¡Una soberana estupidez, se acabaría así con el arrojo nacional!...

—Nosotros no tenemos los juegos de destreza de otras naciones —exclamaba, haciendo aspavientos por toda la habitación, olvidado de sus males—. No tenemos el *cricket*, ni el *foot-ball*, ni el *running*, como los ingleses. Ni la gimnasia tal y como se practica en Francia. No tenemos un servicio militar obligatorio, que es lo que hace de Alemania un país sólido... No tenemos nada con que dotar a un joven de un poco de fibra. Tan sólo los toros... Sin los toros no tendríamos más que de lechuguinos encorvados que se consumen lentamente en el Chiado. ¿No cree usted, Craft?

Craft, ajeno a todo en el sofá, adonde Carlos, que le hablaba en voz baja, había ido a sentarse, respondió con resolución:

—¿Qué, los toros? ¡Está claro! Los toros deberían ser en este país como la enseñanza es en otros: gratuita y obligatoria.

Entretanto Dâmaso le juraba y perjuraba a Afonso que a él también le gustaban mucho los toros. Porque en asuntos de patriotismo nadie le llevaba la palma... ¡Pero las carreras de caballos tenían otro chic! ¡El Bois de Boulogne, un día de Grand Prix, era como para cortar la respiración!

—¿Sabes qué es una lástima? —exclamó volviéndose de repente hacia Carlos—. Que no tengas un *four-in-hand*, un *mail-coach*. Podríamos ir todos juntos desde aquí, quedaría de lo más chic.

Carlos pensó también para sí que era una lástima no tener un *four-in-hand*. Pero bromeó, diciendo que le parecía que pegaba más con el Jockey Club de la Travessa da Conceição que fueran todos en el ómnibus.

Dâmaso se volvió hacia el viejo, dejando caer los brazos, descorazonado:

—¡Ahí lo tiene, señor Afonso da Maia! ¡Ahí tiene por qué en Portugal nunca se hace nada como es debido! ¡Nadie se toma en serio nada! ¡Así no hay manera! Yo soy de la opinión de que en un país cada persona ha de contribuir, en la medida de sus posibilidades, a la civilización.

—¡Muy bien, señor Salcede! —dijo Afonso da Maia—. ¡He ahí un propósito noble, un propósito grande!

—¿A que sí? —gritó Dâmaso triunfante, que no cabía en sí de gozo—. Así, yo, por ejemplo...

—¿Tú qué? —exclamaron unos y otros—. ¿Qué has hecho tú por la civilización?

...

—Me he mandado hacer, para el día de las carreras, una levita blanca... ¡Y

llevaré un tul azul en el sombrero!

Un criado entró con una carta para Afonso, en una bandeja. El viejo, que se sonreía aún de las ideas de Dâmaso acerca de la civilización, se puso las gafas y leyó las primeras líneas. La alegría desapareció de su rostro, se levantó y depositó cuidadosamente al pesado «Bonifácio» sobre la alfombra.

—¡A esto le llamo yo tener buen gusto, comprender las cosas! —exclamaba Dâmaso, agitando los brazos para llamar la atención de Carlos, mientras el viejo desaparecía tras el repostero de damasco—. ¡Este abuelo tuyo, muchacho, es mortalmente chic!...

—Deja en paz el chic de mi abuelo y ven aquí, que quiero decirte una cosa.

Abrió una de las puertas vidrieras que daban a la terraza, y salió con Dâmaso. Allí, aprisa, le contó su plan de visita a Oliváis, la estupenda tarde que podrían pasar en la quinta con Castro Gomes... Él ya había hablado con Craft, que estaba de acuerdo, le parecía delicioso, iba a llenarlo todo de flores. Ahora sólo faltaba que Dâmaso, teniendo una atención con ellos, invitase a los Castro Gomes...

—¡Caramba! —murmuró Dâmaso desconfiado—. ¡Te mueres por conocerla!

Pero finalmente se avino, porque la cosa tenía auténtico chic. Y veía en ello una ocasión para sus avances... Ya que mientras Carlos y Craft le enseñaban a Castro Gomes las curiosidades, y hablaban de caballos, él, zas, se iría al jardín a pasear con ella. ¡De perlas!

—Pues mañana mismo se lo digo... Seguro que aceptan de inmediato. ¡Ella se pierde por el *bric-à-brac*!

—Ven a decirme si aceptan o no...

—Sí... Ella te va a encantar. Ha leído mucho, entiende de literatura. A veces, conversando, le deja a uno...

El marqués les llamó para que entraran, impaciente por cerrar la puerta, preocupado de nuevo con su garganta; antes de cenar deseaba ir al cuarto de Carlos a hacer unos gargarismos con agua y sal...

—Un recio portugués —exclamó Carlos, cogiéndole del brazo alegremente.

—Yo soy muy remilgado con las cosas de la garganta —replicó el marqués, desprendiéndose de él y echándole una mirada feroz—. Pero tú lo eres con las del sentimiento. Y Craft con las de la respetabilidad. Y Dâmaso con las de la tontería. ¡En Portugal todo son remilgos y más remilgos!

Carlos, riéndose, le llevó hasta el corredor. De pronto, en la antecámara, se encontraron a Afonso hablando con una mujer que llevaba luto, que le besaba la mano, medio de rodillas, hecha un mar de lágrimas. A su lado, otra mujer, con los ojos también empañados, acunaba en su chal a una criaturita gimiente, que parecía enferma. Carlos se detuvo apurado, y el marqués se llevó la mano al bolsillo instintivamente. Pero el viejo, así sorprendido en sus caridades, condujo a las mujeres

hacia la escalera. Ellas bajaron, encogidas, bendiciéndole entre sollozos, y él, volviéndose hacia Carlos, se disculpó casi, con voz aún trémula:

—Siempre estos petitorios... Un caso de lo más triste, con todo... Y lo que es peor: que por mucho que uno dé nunca da lo bastante. El mundo no está bien hecho, marqués.

—El mundo no está bien hecho, señor Afonso da Maia —repuso el marqués conmovido.

El domingo siguiente, a las dos de la tarde, Carlos, con Craft a su lado, que durante los días de las carreras se había instalado en el Ramalhete, detuvo su faetón de ocho resortes al final del Largo de Belém, en el preciso momento en que del lado del hipódromo estallaban cohetes. Uno de los criados se bajó a comprarle a Craft la entrada para el pesaje: en la tosca garita de madera, allí instalada la víspera, se movía un hombrecillo de barbas grisáceas.

El día era cálido, azul marino, con uno de esos rutilantes soles de día de fiesta que abrasan el pavimento, doran la polvareda opaca, ponen fulgores de espejo en los cristales, dan a toda la ciudad ese blanco deslumbramiento de la cal, de una viveza monótona e implacable, que en la lentitud de las horas veraniegas cansa el alma y vagamente entristece. En el Largo dos Jerónimos, silencioso, quemado por la luz, un ómnibus, con los caballos desenganchados, aguardaba junto al portal del monasterio. Con su hijo en brazos, y en compañía de su mujer, que llevaba un chal rameado, un trabajador iba de un lado para otro, contemplando encantado ora la calzada ora el río, disfrutando ociosamente de su domingo. Un chaval pregonaba desconsoladamente programas de las carreras que nadie le compraba. La aguadora, sin parroquianos, se había sentado con su cántara a la sombra, a despiojar a un pequeño. Cuatro macizos municipales a caballo patrullaban al paso por la explanada desierta. Y en la distancia, incesante, el estallido de los cohetes se desvanecía en el aire cálido.

Mas el *groom* continuaba asomado a la garita, sin lograr que le devolviesen el cambio de una libra. Hizo falta que Craft saltara del asiento y fuese a ver qué pasaba, mientras que Carlos, impaciente, azotando con el látigo las ancas de las yeguas, relucientes como satén castaño, daba una vuelta azarosa por la explanada. Desde el Ramalhete había conducido así, irritadamente, sin despegar los labios. Y es que aquella semana no había sido muy halagüeña. Dâmaso había desaparecido, sin comunicar la respuesta de los Castro Gomes. Y él, por orgullo, no le había buscado. Los días habían pasado vacíos. Adiós al idilio de Oliváis. Aún no conocía a madame Gomes. No había vuelto a verla. No contaba con que acudiera a las carreras.

Y aquel domingo festivo, el sol rutilante, la calle llena de gente con sus cachemiras y sus sedas de ir a misa, le infundían melancolía y malestar.

Pasó una calesa de punto, con dos sujetos con flores en la solapa, poniéndose los

guantes. Después un *dog-cart*, gobernado por un hombre grueso con gafas negras, que casi se estrelló contra el arco de acceso. Por fin Craft regresó con su entrada, tras haber discutido con el hombre de las barbas proféticas.

Pasado el arco, la polvareda era sofocante. Había mujeres asomadas a las ventanas con sus sombrillas. Otros municipales, a caballo, cerraban la calle.

A la entrada del hipódromo, abierta en la tapia de una pequeña quinta, el faetón tuvo que detenerse tras el *dog-cart* del hombre grueso, que tampoco podía proseguir, ya que obstaculizaba la puerta la calesa de plaza, uno de cuyos ocupantes de florida solapa discutía airadamente con un policía. ¡Quería que fuesen a llamar al señor Savedra! ¡El señor Savedra, que era del Jockey Club, le había dicho que podía entrar sin pagar por el carruaje! ¡Se lo había dicho la misma víspera en la botica de Azevedo! ¡Quería que fuesen a llamar al señor Savedra! El policía gesticulaba, pálido. Y el caballero, quitándose los guantes, se disponía a abrir la portezuela y golpear al buen hombre cuando un municipal de puño alzado, al trote en un corpulento frisón, gritó, injurió al caballero gordo, e hizo salir de allí la calesa. Otro municipal más se entrometió brutalmente. Dos señoras, recogiendo los vestidos, se refugiaron en un portal, despavoridas. Y por entre el revuelo, la polvareda, se oía, procedente del interior, la melancolía de un organillo que tocaba *La Traviata*.

El faetón pasó tras el *dog-cart*, cuyo ocupante, hecho una furia, volvía el rostro congestionado, jurando dar parte del belicoso agente.

—No hay nada como el buen orden social —murmuró Craft.

Ante ellos el hipódromo se alzaba suavemente sobre la colina, y parecía, tras la polvareda tórrida del camino y las crudas reverberaciones de la cal, más fresco, más vasto, con la hierba ya un poco tostada por el sol de junio, tachonada del rojo de alguna que otra amapola. Una brisa amplia y apaciguadora subía del río.

En el centro de aquel espacio verde, como perdida en él, destacaba bajo el brillo del sol la mancha oscura de un montón de gente y algunos carruajes, punteada por los tonos claros de las sombrillas, los brillos del cristal de alguna linterna, o la blanca chaqueta de un cochero. Más allá, a ambos lados de la tribuna real, cubierta de muletón rojo como mesa oficinesca, se alzaban las tribunas públicas, con las vigas mal clavadas, como tablado de romería. La de la izquierda, vacía y por pintar, mostraba a las claras el mal estado de la madera.

En la de la derecha, embadurnada de azul claro, había una hilera de señoras, casi todas de oscuro, apoyadas unas en la baranda, otras desparramadas por los asientos de las primeras filas. El resto de la tribuna permanecía desierto y desamparado, con un tono de madera cenicienta que se imponía sobre los colores alegres de los pocos vestidos de verano. A veces la brisa lenta agitaba en los mástiles el azul de las banderolas. Un gran silencio se desplomaba del cielo lustroso.

En torno al recinto de la tribuna, aislado por una cerca de madera, había soldados

de infantería, con las bayonetas relampagueantes al sol. Y en el hombre triste que inspeccionaba las entradas, con un enorme chaleco blanco muy almidonado que le llegaba hasta las rodillas, Carlos reconoció al mozo de su laboratorio.

Nada más entrar, a la puerta del buffet, se toparon con Taveira, que acababa de tomarse una cerveza. Llevaba un ramillete de claveles amarillos en la solapa, polainas blancas, y se hallaba muy dispuesto a animar las carreras. Había estado viendo a «Mist», la yegua de Clifford, y había decidido apostar por «Mist». ¡Qué cabeza, muchachos, qué finura de remos!...

—¡Palabra que me ha entusiasmado! ¡Estoy decidido, un día es un día, hay que animar esto! Apuesto tres mil reis. ¿Quiere usted, Craft?

—Sí, tal vez, después... Vamos primero a echar una ojeada.

En el recinto en declive, entre la tribuna y la pista, sólo había hombres, gente del Grémio, de los ministerios, de la Casa Havanesa. La mayor parte vestían a su aire, con chaquetas claras y bombines. Otros, siguiendo la convención, con frac y binóculo al cuello, parecían avergonzados, casi arrepentidos de su chic. Se hablaba bajo, se paseaba lentamente por la hierba, entre leves humaredas de cigarro. Aquí y allá, parado con las manos a la espalda, un caballero miraba lánguidamente a las señoras. Junto a Carlos, dos brasileños se quejaban del precio de las entradas, encontrando aquello una «sosería de cuidado».

Enfrente estaba la pista, desierta, con la hierba aplastada, vigilada por soldados. Y junto a la cuerda, por la parte interior, se apiñaba la gente, mezclada con los coches, sin un rumor, con una apatía tristonada bajo el peso del sol de junio. Un chicarrón, con voz doliente, pregonaba agua fresca. Y al fondo el ancho Tajo relucía, azul, tan azul como el cielo, pulverizando la luz.

El vizconde de Darque, con su plácido aire de *gentleman* rubio que comienza a engordar, se acercó a estrechar la mano de Carlos y Craft. Y en cuanto le hablaron de sus caballos («Rabino», el favorito, y otro más) se encogió de hombros, cerró los ojos, como un hombre que se sacrifica. ¡Qué iba a hacer él si los muchachos se habían empeñado!... Pero realmente, él no podía presentar un caballo decente, que honrara sus colores, antes de cuatro años. Aunque bueno, tampoco es que eligiese mucho los caballos para aquel melancólico hipódromo de Belém. No fuera nadie a creerse que era tan patriota como para eso. Su fin último era correr en España, batir a los caballos de Caldillo...

—En fin, ya veremos... Deme lumbre. Esto es horrible. Y además, qué demonios, las carreras piden champán y *cocottes*. Con agua fresca y esta gente sería ¡no hay manera!

En aquel momento, uno de los comisarios de las carreras, un mocetón sin barba, colorado como una amapola, que chorreaba sudor bajo el sombrero blanco echado sobre la nuca, fue a llevarse a Darque, «que hacía mucha falta en el pesaje para

solucionar una duda».

—Soy el diccionario —decía Darque volviendo a encogerse de hombros resignadamente—. De vez en cuando viene uno de esos señores del Jockey Club y me hojea... ¡Imagínese usted, Maia, en qué estado quedo después de las carreras! Como para mandarme a encuadernar de nuevo...

Y allá se fue, riéndose de su maldad, empujado por el comisario, que le daba palmaditas en la espalda y le motejaba de «pimpollo».

—Vamos nosotros a ver a las mujeres —dijo Carlos.

Caminaron despacio a lo largo de la tribuna. Asomadas a la barandilla, en una hilera muda, mirando vagamente, como desde la ventana en día de procesión, estaban todas las señoras que aparecen en la *High Life* de los periódicos, las de los palcos del São Carlos, las de los martes de los Gouvarinho. Casi todas llevaban vestidos formales de misa. Aquí y allá, uno de aquellos enormes sombreros con plumas, a lo Gainsborough, que entonces empezaban a llevarse, ensombrecía del todo una carita trigueña. Y a la luz franca de la tarde, al aire libre de la colina desnuda, los cutis parecían marchitos, gastados, flácidos bajo la capa de polvos de arroz.

Carlos saludó a las dos hermanas de Taveira: delgaditas, rubitas, correctamente vestidas a cuadros. Luego a la vizcondesa de Alvim, grasienta, blanca, con el corpiño negro reluciente de abalorios, que tenía al lado a su dulce e inseparable Joaninha Vilar, cada vez más inflada, con un quebranto cada vez más almibarado en los ojos de enormes pestañas. Más allá estaban las Pedroso, las banqueras, vestidas de claro, muy interesadas, la una con el programa en la mano, la otra de pie y estudiando la pista con su binóculo. A su lado, conversando con Steinbroken, la condesa de Soutal, desaliñada, con pinta de tener barro en las faldas. Y en un asiento aislado, en silencio, Vilaça, con dos damas de negro. La condesa de Gouvarinho aún no había llegado. Y tampoco estaba aquella que los ojos de Carlos buscaban, inquietamente y sin esperanza.

—Es un parterre de camelias ajadas —dijo Taveira, repitiendo una frase de Ega.

Carlos se dirigió a saludar a su vieja amiga doña Maria da Cunha, que hacía un momento le había reclamado con la mirada, con el abanico, con su sonrisa de madre benéfica. Era la única dama que se había atrevido a bajar de la improvisada atalaya de las señoras y se había mezclado con los hombres. Pero es que no soportaba, decía, estar ahí arriba en formación, como a la espera de la procesión del Señor de los Pasos. Hermosa aún bajó sus cabellos grisáceos, sólo ella parecía divertirse allí, perfectamente a su aire, con los pies apoyados en el travesaño de una silla, el binóculo en el regazo, cumplimentada a cada instante, tratando a los jóvenes de «niños»... Estaba con ella una señora que presentó a Carlos, una parienta española, guapa de no ser por unas profundas ojeras que le llegaban a la mitad de la cara. En cuanto Carlos se sentó a su lado, doña Maria le preguntó por aquel aventurero de Ega.

Aquel aventurero, respondió Carlos, estaba en Celorico, componiendo una comedia con la que vengarse de Lisboa... titulada *El muladar*.

—¿Y sale Cohen? —preguntó ella, riéndose.

—Salimos todos, señora doña Maria. El muladar somos todos...

En aquel momento, se oyó tras el recinto el «Himno de la Carta», con aires de charanga desfalleciente, y la voz de un oficial y un chocar de culatas. Y entre los dorados de las charreteras, el rey apareció en la tribuna, sonriente, vestido de terciopelo y con un sombrero blanco. Aquí y allá, pocas personas le cumplieron, muy discretamente. La señora española, esa sí, cogió los impertinentes del regazo de doña Maria, y de pie, con la mayor tranquilidad del mundo, se puso a examinar al monarca. Doña Maria encontraba ridícula la música, que le daba a las carreras un aire de romería... Por lo demás, ¡qué bobada, el himno, como en un día de desfile!

—Y además, ese himno horroroso —decía Carlos—. ¿Usted no conoce la definición de Ega, su teoría de los himnos? ¡Es maravillosa!

—¡Ese Ega! —dijo ella sonriendo, de antemano encantada.

—Ega sostiene que un himno es la definición musical del carácter de un pueblo. Según es el compás del himno nacional, así es, dice, el movimiento moral de una nación. Los distintos himnos, Ega los ve así: la «Marsellesa» avanza como una espada desnuda; el «God Save the Queen» camina como dejando tras de sí un manto real...

—¿Y el «Himno de la Carta»?

—Se contonea, vestido de trapillo.

Doña Maria aún se reía cuando la española, sentándose y dejándole tranquilamente el binóculo en el regazo, murmuró:

—*Tiene cara de buena persona*^[112].

—¿Quién, el rey? —exclamaron a un tiempo doña Maria y Carlos—. ¡Excelente!

Una campanilla llamaba, perdida en alguna parte. Y en el panel indicador aparecieron los números de los dos caballos que corrían el primer premio de los «Productos». Eran el n° 1 y el n° 4. Doña Maria da Cunha quiso saber los nombres, por darse el gusto de apostar y ganarle cinco tostones a Carlos. Y como Carlos se levantara para hacerse con un programa, le retuvo:

—Deja, muchacho —dijo tocándole en el brazo— que por ahí viene nuestro Alencar con el programa... ¡Qué garbo! Ya no hay gente con ese aire de sentimiento y poesía...

Con un traje nuevo de cheviot claro que le rejuvenecía, guantes *gris perle*, su entrada para el pesaje en el ojal, el poeta se acercaba abanicándose con el programa, sonriendo a su buena amiga doña Maria. Cuando llegó a su lado, destocado, bien peinado aquel día, con cierto lustre aceitoso en la pelambreira, le tomó la mano y se la llevó a los labios, hidalgamente.

Doña Maria era su coetánea. Habían bailado muchas ardientes mazurcas en los salones de Arroios. Ella le tuteaba. Él le decía siempre «mi buena amiga» y «mi querida Maria».

—Déjame ver los nombres de esos caballos, Alencar... Y siéntate ahí, anda, haz un poco de compañía.

Él cogió una silla, riéndose de su interés por las carreras, ella que siempre había sido aficionada a los toros... Pues los nombres de los caballos eran «Júpiter» y «Escocés»...

—Ninguno de esos nombres me inspira nada, no apuesto. Y ¿qué te parece a ti todo esto, Alencar?... Nuestra Lisboa empieza a quitarse el pelo de la dehesa...

Alencar, dejando el sombrero sobre una silla y pasándose la mano por la vasta frente de bardo, confesó que aquello tenía en verdad cierto aire de distinción, un perfume de corte... Y además, aquel maravilloso Tajo... Por no hablar de la importancia de la mejora de las razas equinas...

—¿No es cierto, mi querido Carlos? Tú que entiendes como nadie de estas cosas, que eres un maestro en todos los *sports*, sabes bien que la mejora...

—Sí, en efecto, la mejora de las razas es muy importante... —dijo Carlos vagamente, levantándose a inspeccionar de nuevo la tribuna.

Eran casi las tres, ya era seguro que «ella» no iría. Y la condesa de Gouvarinho tampoco había aparecido... Comenzaba a dominarle una gran lasitud. Respondiendo con un leve movimiento de cabeza a la dulce sonrisa de Joaninha Vilar desde la tribuna, pensaba en volver al Ramalhete, en acabar tranquilamente la tarde en su *robe de chambre*, lejos de aquel tedio.

Sin embargo aún llegaban señoras. La niña Sá Videira, hija del rico comerciante en alpargatas de orillo, pasó del brazo de su hermano, muy relamida, con un airecillo petulante y como de enfado con el mundo, hablando en voz alta en inglés. Tras ella la ministra de Baviera, baronesa de Craben, con su rostro macizo de matrona romana, enorme, pavoneándose, la piel llena de pintas de color tomate, a punto de estallar en un vestido de gorgorán azul con listas blancas, seguida del barón, pequeño, amable, saltarín, con un gran sombrero de paja.

Doña Maria da Cunha se levantó para hablar con ellos. Y durante unos instantes se oyó un denso gluglú de pavo, la voz de la baronesa que afirmaba que *c'était charmant, c'était très beau*. El barón, entre saltitos y risitas, *trouvait ça ravissant*. Y Alencar, ante aquellos extranjeros que no le habían saludado, extremaba su actitud de gran hombre nacional, retorciéndose las guías del bigote, alzando aún más la frente desnuda.

Cuando prosiguieron hacia la tribuna y la buena doña Maria volvió a sentarse, el poeta, indignado, declaró que detestaba a los alemanes. ¡La altanería con que aquella ministra, aquel tonel, con el sebo saliéndosele por las costuras, le había mirado! ¡A él!

¡Insolente ballena!

Doña Maria sonrió, mirando con simpatía al poeta. Y volviéndose de pronto hacia la señora española, dijo:

—*Concha, déjame que te presente a don Tomás de Alencar, nuestro gran poeta lírico*^[113]...

En aquel momento, algunos de los más aficionados a las carreras, con los binóculos al cuello, se acercaron a toda prisa a la cuerda de la pista. Dos caballos pasaban galopando, serenos, casi juntos, bajo la fusta alocada de dos jockeys de grandes bigotes. Se oyó una voz que decía que había ganado «Escocés». Otros afirmaban que el ganador era «Júpiter». Y en el silencio que se hizo, las e inapetente, imperó más clara en el aire, propulsada por los flautines de la banda, la melodía del vals de «Madame Angot». Algunos sujetos habían permanecido de espaldas a la pista, fumando, mirando a la tribuna, a las señoras, que continuaban apoyadas en el parapeto, a la espera del Señor de los Pasos. Junto a Carlos, un caballero resumió la impresión general, afirmando que «todo aquello era un engañabobos».

Y cuando Carlos se puso en pie para ir en busca de Dâmaso, Alencar, muy animado con la española, hablaba de Sevilla, del cante por malagueñas y del corazón de Espronceda.

Lo que Carlos deseaba era encontrar a Dâmaso, saber qué había pasado con la visita a Oliváís, y luego irse al Ramalhete a sepultar entre sus paredes aquella negra melancolía, extraña y pueril, con su punta de irritabilidad, que le hacía detestar las voces de quienes le dirigían la palabra, el chundachunda de la banda, incluso la belleza tranquila de la tarde... Pero al doblar la esquina de la tribuna se topó con Craft, que le detuvo y le presentó a un joven rubio y fuerte, con quien conversaba alegremente. Era el famoso Clifford, el gran *sportman* de Córdoba. En torno se habían detenido algunos sujetos, embobados con aquel inglés legendario en Lisboa, dueño de caballos de carreras, amigo del rey de España, el hombre chic por excelencia. Él, muy desenvuelto, un poco *poseur*, con un simple *veston* de campo de franela azul, se reía en voz alta con Craft de su época de estudiantes en un colegio de Rugby. Después, amablemente, creyó reconocer a Carlos. ¿No se habían encontrado hacía un año en Madrid, en una cena en casa de Pancho Calderón? Así era. El apretón de manos que repitieron fue más íntimo, y a Craft le pareció que había que regar aquella flor de amistad con una botella de champán. El pasmo de los curiosos fue mayúsculo.

El buffet estaba instalado bajo la tribuna, entre las vigas desnudas, sin un entarimado ni un adorno ni una flor. Al fondo había unos estantes de taberna, con botellas y algunos dulces. Y en el tosco mostrador, dos camareros, atontados y sucios, aplanaban aprisa las rebanadas para los bocadillos, con las manos húmedas de

cerveza.

Junto a una de las estacas que apuntalaban la tribuna, Carlos y los dos amigos se encontraron con una animada tertulia, cada cual con su copa de champán en la mano: el marqués, el vizconde de Darque, Taveira, un joven pálido de barba negra, que llevaba enrollada bajo el brazo la bandera roja de *starter*, y el comisario imberbe, con el sombrero blanco cada vez más caído sobre la nuca, la cara cada vez más enrojecida, y el cuello duro ya blando de sudor. Era él quien invitaba a champán. En cuanto vio entrar a Clifford, se fue hacia él, con la copa en alto, haciendo temblar las vigas con su vozarrón:

—¡A la salud del amigo Clifford, el primer *sportman* de la Península, y uno de los nuestros!... ¡Hip, hip, hurra!

Las copas se alzaron con un clamor de hurras, en el que destacó vibrante y entusiasta la voz del *starter*. Clifford daba las gracias, risueño, quitándose lentamente los guantes, mientras que el marqués, haciendo un aparte con Carlos, le presentaba rápidamente al comisario, su primo, don Pedro Vargas.

—Encantado de conocerle...

—¡Ni hablar! ¡Soy yo quien ardía en deseos de conocerle! —exclamó el comisario—. La muchachada del *sport* debe conocerse toda... ¡Porque nosotros somos una cofradía, y el resto no es más que chusma!

Y alzando de nuevo su copa, berreó con un ímpetu que acrecía sus tonalidades sanguíneas:

—¡A la salud de Carlos da Maia, el primero de los elegantes de nuestra patria! ¡Por la mejor mano en el manejo de las bridas!... ¡Hip, hip, hurra!

—¡Hip, hip, hip... hurra!

Y fue de nuevo el *starter* quien voceó el hurra más vibrante y entusiasta.

Un empleado se asomó a la puerta del buffet y llamó al señor comisario. Vargas arrojó una libra sobre el mostrador, gritando ya desde fuera, con el ojo encendido:

—¡Esto se anima, muchachos! ¡Caramba, no hay nada como el combustible! Y usted, eh patrón, usted *señó* Manuel, mande traer más hielo... Que está la gente bebiendo caliente... ¡Rápido, vaya usted mismo, muévase!...

Mientras que descorchaban el champán de Craft, Carlos había convidado a Clifford a cenar aquella noche en el Ramalhete. El otro aceptó, mojando los labios en la copa, juzgando excelente que continuasen la tradición de cenar juntos cada vez que se encontraban.

—¡Qué tal, general, usted por aquí! —exclamo Craft.

Todos se volvieron. Era Sequeira, con la cara como un tomate, embutido en una levita corta que le hacía aún más achaparrado, con un sombrero blanco que le caía sobre un ojo y un enorme vergajo bajo el brazo.

Aceptó una copa de champán, y tuvo mucho placer en conocer al señor

Clifford...

—¿Y qué me dice usted de esta sosería? —exclamó volviéndose hacia Carlos.

En cuanto a él, no cabía en sí de gozo... Aquella carrera insípida, sin caballos, sin jockeys, con un público de media docena de personas bostezando, le confirmaba que a buen seguro eran las últimas, y que el Jockey Club pendía de un hilo. Pues ¡muy bien! Así la gente se veía libre de una diversión que no entraba en los hábitos del país. Las carreras eran para apostar. ¿Se había apostado? No. Entonces... ¡En Inglaterra y en Francia sí! Allí eran un juego, como la ruleta o como el monte... Hasta tenían sus banqueros, que eran los *bookmakers*... ¡Ni punto de comparación!

Y como el marqués, posando la copa, pretendiendo calmar al general, hablara de la mejora de las razas, de la remonta, el otro alzó los hombros con indignación:

—¡De qué me está hablando usted! ¿Quiere usted decir que la remonta de los institutos militares mejora las razas? ¿Desde cuándo los militares montan caballos de carreras? En el ejército no quieren caballos veloces, sino caballos resistentes... ¡Lo demás son pamemas! ¡Los caballos de carreras son bichos raros! Como el buey con dos cabezas... ¡Pamemas!... En Francia, hasta les dan champán...

Y a cada frase sacudía los hombros furiosamente. Después, de un trago, vació su copa, repitió que tenía mucho placer en conocer al señor Clifford, giró sobre sus talones y salió bufando, apretando aún más bajo el brazo el enorme vergajo, que temblaba en su ápice, como ávido de azotar a alguien.

Craft sonreía, golpeando en el hombro a Clifford.

—¡Ya ve usted! Los portugueses, arcaicos, no apreciamos las novedades. Y en cuanto al *sport*... estamos por los toros...

—Con razón —decía el otro, serio, estirando el cuello—. Hace unos días, en La Granja, me contaba el rey de España...

De repente, estalló afuera un gran alboroto, con voces sobresaltadas que gritaban: «¡Orden!». Una señora que pasaba con un niño se refugió en el buffet, pálida de muerte. Un policía pasó corriendo.

¡Había jarana!...

Carlos y otros salieron a toda prisa, y vieron al pie de la tribuna real un tumulto, y a Vargas en medio gesticulando. Desde la zona de pesaje acudían los jóvenes con curiosidad, excitados, apiñándose, poniéndose de puntillas para ver. También del recinto de coches llegaban otros, saltando las cuerdas de la pista pese a los empujones de la policía. De modo que una masa tumultuosa de sombreros de copa, de trajes claros, se empujaba contra las escaleras de la tribuna real, donde un ayudante del rey, con los herretes del cordón relucientes, destocado, observaba tranquilamente.

Carlos, abriéndose paso, pudo ver al fin en medio del gentío a uno de los sujetos que había corrido el premio de los «Productos», el que montaba a «Júpiter», aún con

las botas puestas, con un paletó ceniciento por encima de la chaquetilla de jockey, furioso, fuera de sí, injuriando a un tal Mendoça, el juez de las carreras, que le miraba con ojos como platos, aturdido y sin palabras. Los amigos del jockey le jaleaban, querían que formalizase una protesta. Pero él pataleaba, trémulo, lívido, gritando que le importaban un bledo las reclamaciones. ¡Había perdido la carrera por culpa de una artimaña! ¡Allí la única protesta que valía era liarse a palos! ¡Porque aquel hipódromo era un nido de ladrones!

Algunos individuos respetables se indignaron ante semejante barbaridad.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Los hubo que tomaron partido por el jockey. Y aquí y allá fueron surgiendo nuevas disputas. Un sujeto vestido de gris ceniza berreaba que Mendonça había favorecido a Pinheiro, el jockey de «Escocés», porque era íntimo suyo. Otro caballero, de los de binóculo al cuello, halló aquella insinuación infame. Y los dos, frente a frente, con los puños cerrados, se tildaban ferozmente de «granujas».

Y durante todo aquel tiempo, un hombrecillo rechoncho, con grandes cuellos con pintas, procuraba acabar con aquello, alzaba los brazos, exclamaba, con voz suplicante y ronca:

—¡Por quienes son, caballeros!... Un momento... Yo tengo experiencia... Yo tengo experiencia...

De repente sólo se oyó el vozarrón de Vargas, imponiéndose como un bramido de toro. Se plantó ante el jockey, sin sombrero, con la cara congestionada a más no poder, y le gritó que era indigno de estar allí, entre gente decente. Cuando un *gentleman* dudaba del juez de la carrera, formalizaba una protesta. Pero decir que aquello era un nido de ladrones, eso era propio de un canalla, de un fadista como él, de alguien que jamás debía haber pertenecido al Jockey Club. El otro, al que sujetaban sus amigos, y que estiraba el cuello magro como queriendo comérselo, le espetó un nombre inmundo. A lo que Vargas, haciéndose sitio a empujones, se arremangó y gritó:

—¡Repita eso! ¡Repita eso!

Y de inmediato aquella masa de gente osciló, batió contra el entablado de la tribuna real, se arremolinó, entre voces de «¡orden!» y «¡muera!», sombreros al aire y un sordo restallar de puñetazos.

Del tumulto se alzaban los pitidos vibrantes, furiosos, de la policía. Las señoras, con las faldas recogidas, huían atravesando la pista, buscado despavoridas sus coches. Un soplo grosero de vil desorden cruzó sobre el hipódromo, desbaratando aquellos aires postizos de civilización y decoro forzado...

Carlos se encontró junto al marqués, que exclamaba:

—¡Esto es increíble! ¡Esto es increíble!...

A Carlos, por el contrario, le parecía de lo más pintoresco.

—¿Cómo? ¿Pintoresco? ¡Es una auténtica vergüenza! ¡Con todos estos extranjeros presentes!

Sin embargo, la masa se iba dispersando poco a poco, obediente a un oficial de la Guardia, un mozo pequeño pero resuelto, que aconsejaba a todo el mundo, con voz de orador, «decencia» y «prudencia». El jockey del paletó gris ceniza se retiraba, apoyado en el brazo de un amigo, cojeando, con la nariz goteando sangre. Y el comisario bajaba a la pista, triunfante, sin sobrecuello, recomponiéndose el sombrero aplastado. La banda tocaba la marcha de *El profeta*^[114], mientras que el desafortunado juez de las carreras, Mendonça, recostado en la tribuna real, con los brazos caídos, como atontado, balbucía con un resto de sorpresa:

—¡Esto sólo me pasa a mí! ¡Esto sólo me pasa a mí!

El marqués, en un grupo al que se sumaron Clifford, Craft y Taveira, continuaba vociferando:

—Entonces, ¿se convencen? ¿Qué les tengo yo dicho? Éste es un país de merendero y romería... Las carreras de caballos, como muchas otras cosas civilizadas que nos llegan de fuera, precisan ante todo de gente educada. En el fondo, ¡todos somos fadistas! ¡Lo que nos va es el vinazo, la guitarra y el mamporro! ¡Y venga bravos y vivas! ¡Ésa es la verdad!

A su lado, Clifford, que en medio de aquel desdoro extremaba su línea de *gentleman*, se mordía los labios reteniendo una sonrisa, asegurando, comprensivo, que en todas partes pasaban cosas así... Pero en el fondo daba la impresión de que encontraba aquello innoble. Habló de retirar a «Mist» de la competición. Y había quien le daba la razón. ¡Qué demonios! Era degradante para un hermoso animal de raza correr en un hipódromo sin orden ni decencia, en el que en cualquier momento podían relucir las navajas...

—Oye, ¿no habrás visto tú por casualidad a ese cafre de Dâmaso? —preguntó Carlos, girándose hacia Taveira—. Hace una hora que ando detrás de él...

—Hace poco, estaba del otro lado, en el recinto de carruajes, con Josefina do Salazar... ¡Está estupendo, con una levita blanca y un sombrero con tul!

Pero cuando Carlos se disponía a atravesar la pista, resultó que estaba cerrada. Se iba a correr el Gran Premio Nacional. Los números de los caballos ya estaban colocados en el panel indicador, y un repique moría en el aire. Apareció un caballo de Darque, «Rabino», con su jockey de rojo y blanco, llevado de las riendas por un *groom*, y acompañado por Darque. Algunos tipos se detenían a examinarle las patas, con ojo sapiente, fingiendo entender. Carlos le miró también un momento, admirativo: era de un bonito color castaño oscuro, nervioso y ligero, aunque de pecho estrecho.

Después, al volverse, vio de pronto a la Gouvarinho, que a buen seguro acababa de llegar, y que conversaba de pie con doña Maria da Cunha. Llevaba una *toilette*

inglesa, ajustada y sencilla, de cachemira blanca, de un blanco cremoso, en la que los grandes guantes negros con los puños vueltos ponían un contraste audaz. Y el sombrero también negro desaparecía bajo los finos pliegues de un velo blanco envolvente, que le cubría la mitad del rostro dándole un aire oriental que no le iba bien a su naricilla chata, a su pelo del color de las brasas. Pero en torno a ella los hombres la miraban como si se tratase de un cuadro.

Al ver a Carlos, la condesa no contuvo una sonrisa, un brillo de ojos que la iluminó. Instintivamente dio un paso hacia él, y por un instante estuvieron a solas, hablando en voz baja, mientras doña Maria les observaba sonriente, presta a la benevolencia, a darles su bendición maternal.

—He estado a punto de no venir —dijo la condesa, que parecía nerviosa—. ¡Gastão ha estado hoy de lo más desagradable! Y claro, mañana tengo que ir a Oporto.

—¿A Oporto?...

—Papá quiere que vaya, es su cumpleaños... El pobre está viejo, me ha escrito una carta tan triste... Hace dos años que no me ve...

—¿Va el conde?

—No.

La condesa, tras sonreír al ministro de Baviera, que la cumplimentó al paso, entre saltitos, añadió, mirando a Carlos a los ojos:

—Quiero una cosa.

—¿Qué?

—Que me acompañes.

Justo en aquel momento, Teles da Gama, con el programa y un lápiz en la mano, se detuvo junto a ellos:

—¿Quiere usted participar en una *poule* estupenda, Maia? Quince papeletas, a diez tostones por cabeza... Ahí arriba, en un rincón de la tribuna, se está apostando fuerte... El desorden ha venido bien, ha tonificado los nervios, ha despertado a la gente... ¿Quiere usted también apostar, señora condesa?

Sí, la condesa también quería participar en la *poule*. Teles da Gama la apuntó, y prosiguió su camino. Fue Steinbroken quien se acercó después, con su flor en la solapa, sombrero blanco, herradura de rubíes en la corbata, más estirado, más rubio, más inglés aquel día solemne de *sport* oficial.

—Ah, *comme vous êtes belle, comtesse!*... *Voilà une toilette merveilleuse, n'est-ce pas, Maia?*... *Est-ce que nous n'allons pas parier quelque chose?*

La condesa, contrariada, pues quería hablar con Carlos, si bien risueña, lamentó tener ya comprometida una auténtica fortuna... En fin, apostaría cinco tostones con Finlandia. ¿Cuál era su caballo?

—Ah, *je ne sais pas, je ne connais pas les chevaux...* *D'abord, quand on parie...*

Ella, impaciente, le propuso «Vladimiro». Hubo de tenderle la mano a otro finlandés, el secretario de Steinbroken, un mozo rubio, lento, lánguido, que se curvó en silencio ante ella, dejando que de su ojo claro e indefinido se le escurriera el monóculo de oro. Casi de inmediato, Taveira acudió a decirles que Clifford retiraba a «Mist».

Al verla rodeada de gente, Carlos se alejó. La mirada de doña Maria, que no le había quitado ojo un momento, le reclamaba ahora, más cariñosa y vivaz. Cuando llegó a su lado, ella le tiró de la manga, le hizo inclinarse y le murmuró al oído, encantada:

—¡Está tan elegante!

—¿Quién?

Doña Maria se encogió de hombros con impaciencia.

—¿Cómo que quién? ¿Quién va a ser? Sabes perfectamente a quién me refiero. La condesa... Está de muerte...

—Muy elegante, en efecto —dijo Carlos fríamente.

De pie junto a doña Maria, sacando sin prisa un cigarrillo, rumiaba, casi indignado, las palabras de la condesa. ¡Ir con ella a Oporto!... ¡Aquella era otra de sus exigencias audaces, otra manifestación de su impertinente tendencia a disponer de su tiempo, de sus pasos, de su vida! Le entraron ganas de volver a su lado y decirle que no, secamente, desabridamente, sin explicaciones, sin razonamientos, de la forma más brutal.

Acompañada en silencio por el espigado secretario de Steinbroken, se dirigía hacia él muy despacio. Y la mirada alegre con que le abarcaba le irritó aún más, sintiendo en su brillo sereno, en su sonrisa tranquila, lo segura que estaba de su sumisión.

Y así era. En cuanto el finlandés se alejó lánguidamente, ella, muy tranquila, apuntando en dirección a la pista como si comentara algo acerca de los caballos de Darque, le explicó un plan que había trazado, un plan encantador. En lugar de marcharse el martes a Oporto, saldría la noche del lunes, con su criada escocesa, su confidente, en un compartimiento reservado. Carlos cogería el mismo tren. Con la mayor tranquilidad, los dos se bajarían en Santarém y pasarían juntos la noche en un hotel. Al día siguiente, ella proseguiría camino a Oporto, y él volvería a Lisboa...

Carlos la miraba con ojos muy abiertos, asombrado, enmudecido. No se esperaba una extravagancia así. Había supuesto que ella se proponía tenerle en Oporto, que se escondiese en el Francfort para ir de paseo romántico a Foz, todo lo más algún encuentro furtivo en alguna casucha de Aguárdente... Pero ¡pasar la noche en un hotel, en Santarém!

Acabó por encogerse de hombros, indignado. Cómo pretendía ella que en una línea de tren en la que uno se encontraba constantemente a conocidos, se apeasen

juntos en Santarém, que él le diese el brazo maritalmente y se dirigieran a un hotel... Ella, no obstante, había pensado en todos los detalles. Nadie podría reconocerla, iría oculta bajo un gran *waterproof*, y con peluca.

—¿Con peluca?

—¡Gastão! —murmuró de repente.

Era el conde, que llegando por detrás de Carlos, le pasaba el brazo tiernamente por la cintura. Quiso saber la opinión del amigo Maia acerca de las carreras. Bastante animación, ¿no era cierto? Y bonitas *toilettes*, cierto aire de lujo... En fin, nada de que avergonzarse. Era la demostración palmaria de lo que él siempre había defendido: que todas las excelencias de la civilización hallaban en Portugal fácil acomodo...

—Nuestro suelo moral, Maia, como nuestro suelo físico, es un suelo bendito.

La condesa volvió con doña Maria. Y Teles da Gama regresó con su ruidosa tarea de organizar la *poule*, convocando a Carlos a la tribuna para que recogiese su papeleta y apostara con las damas...

—¡Hombre, Gouvarinho! ¡Venga usted también! —exclamó—. ¡Qué demonios! Hay que animar esto, incluso es patriótico.

El conde condescendió, por patriotismo.

—Es bueno —decía, cogido del brazo de Carlos— fomentar las diversiones elegantes. Ya lo dije en una ocasión en el Parlamento: el lujo es conservador.

Y arriba, en una esquina, un grupo de señoras se había animado al fin, aun a riesgo de que se las juzgara impías en aquella tribuna silenciosa que aguardaba al Señor de los Pasos. La vizcondesa de Alvim doblaba atareadamente las papeletas de la *poule*. La mujercita del secretario de la Legación rusa, de preciosos ojos garzos, apostaba desesperadamente monedas de cinco tostones, atontada, trastornada, garabateando con frenesí en su programa. La Pinheiro, la más delgada de las hermanas, con un vestido ligero rameado a lo Pompadour, opinaba pretenciosamente acerca de los caballos, en inglés. Mientras que Taveira, con los ojos húmedos entre tanta falda, hablaba de arruinar a las señoras, de vivir a su costa... Y todos los hombres, a codazo limpio, querían apostarse algo con Joanhina Vilar, que apoyada en la barandilla de la tribuna, regordeta y lánguida, sonriente, con la cabeza echada hacia atrás, las pestañas entrecerradas, parecía ofrecer a aquellas manos, que se extendían golosamente hacia ella, su apetitoso pecho de tórtola.

Pero Teles da Gama iba poniendo orden en aquella gozosa algarabía. Los papeles ya estaban doblados, hacía falta un sombrero... Todos los caballeros fingieron un amor revoltoso a sus sombreros, decididos a no ponerlos en las manos nerviosas de las señoras. Un joven, vestido de luto, llegó a agarrarse las alas del suyo con ambas manos, dando grititos.

La mujercita del secretario de la Legación rusa, impaciente, acabó por ofrecer la

gorra de marinero de su hijo, una criatura obesa, que yacía en un rincón como un fardo. Fue Joanhina Vilar quien pasó los papelitos a la redonda, riendo y agitándolos, mientras el secretario de Steinbroken, grave, como quien ejerce una función oficial, recogía en su gran sombrero las monedas, que caían con un sonido argentino. La gran maravilla de la *poule* fue la elección de los números. Como sólo había cuatro caballos inscritos y eran quince jugadores, había once papeletas en blanco que causaban pánico. Todos querían sacar el número tres, el de «Rabino», el caballo de Darque, favorito del Premio Nacional. Así, cada vez que una mano codiciosa se demoraba en el gorra removiendo, palpando los papeles, provocaba una indignación guasona, un sínfin de risas exageradas.

—¡Revuelve usted demasiado, señora vizcondesa!... Y es usted quien ha doblado los números... ¡Probidad, vizcondesa, probidad!

—*Oh, mon Dieu, j'ai «Minhoto», cette rosse!*

—*Je vous l'achète, madame!*

—¡Doña Maria Pinheiro, lleva usted dos números!...

—*Ah! Je suis perdue... Blanc!*

—¡Y yo! ¡Hay que hacer otra *poule*! ¡Otra *poule*!

—¡Eso! ¡Otra *poule*, otra *poule*!

Sin embargo, la enorme baronesa de Craben, que ocupaba una fila de asientos superior, a solas, sentada como en un trono, se puso en pie con su papeleta en la mano. Había sacado «Rabino», y fingía superiormente no comprender nada, preguntaba qué era «Rabino». Cuando el conde de Gouvarinho le explicó muy serio la importancia de «Rabino», que «Rabino» era casi una gloria nacional, ella mostró sus dientes desiguales, y condescendió a emitir desde el fondo de su grueso papo que *c'était charmant*. Todo el mundo la envidiaba: la enorme ballena se derrumbó de nuevo en su trono, abanicándose majestuosa.

Y de repente, mientras ellos sacaban número, hubo una sorpresa: los caballos ya habían salido, pasaban en una piña por delante de la tribuna. Todos se pusieron en pie, con los binóculos en la mano. El *starter* aún estaba en la pista, con la banderola roja apuntando al suelo, y las ancas de los caballos, ya en la curva, se alejaban lustrosas, bajo las chaquetillas de los jockeys hinchadas por el viento.

Entonces el rumor de voces desapareció. Y en el silencio la hermosa tarde pareció agrandarse, más suave y más serena. En el aire ya sin polvo, sin la vibración de los rayos tórridos del sol, todo adquiría una nitidez delicada. Frente a la tribuna, en la colina, la hierba era de un amarillo cálido: en el grupo de carruajes refulgía de vez en cuando el cristal de una linterna, el metal de unos arreos, o de pie en el pescante de algún coche destacaba una figura negra con sombrero de copa. Y en la pista verde, los caballos corrían más pequeños, finamente recortados en la luz. Al fondo, la cal de las casas se cubría con una leve aguada rosácea, y el distante horizonte resplandecía

con oros del sol, con destellos cristalinos del río: todo se fundía en una neblina luminosa en la que las colinas, con sus tonos azulados, parecían transparentes, como hechas de alguna sustancia preciosa...

—Es «Rabino» —exclamó por detrás de Carlos un sujeto, puesto en pie sobre un asiento.

Era cierto, los colores encarnados y blancos de Darque corrían al frente. Detrás, otros dos caballos iban juntos. Y por último, con un galope somnoliento, «Vladimiro», propiedad también de Darque, un bayo claro, casi rubio a la luz.

Entonces, la mujercita del secretario de la Legación rusa batió palmas, e interpeló a Carlos, que precisamente había sacado en la *poule* el número de «Vladimiro». A ella le había tocado «Minhoto», un jamelgo melancólico de Manuel Godinho. Habían hecho una apuesta complicada de guantes y almendras a aquellos dos caballos. Ya unas cuantas veces sus bonitos ojos garzos habían buscado los de Carlos, y ahora le tocaba en el brazo con el abanico, bromeaba, contentísima...

—*Ah, vous avez perdu, vous avez perdu! Mais c'est un vieux cheval de fiacre, vôtre «Vladimiro».*

¿Cómo? ¿Un caballo de fiacre «Vladimiro»? ¡Si era de lo mejorcito del conde de Darque! ¡Tal vez acabara siendo la gloria de Portugal, como antaño «Gladiador» había sido la gloria de Francia! ¡Tal vez reemplazase a Camões en el altar patrio!

—*Ah, vous plaisantez...*

No, Carlos no bromeaba. Incluso estaba por apostar todo a «Vladimiro».

—¿Apuesta usted por «Vladimiro»? —gritó Teles da Gama, volviéndose de un salto.

Carlos, por divertirse, sin saber muy bien por qué, dijo que apostaba por «Vladimiro». Fue la sensación de la noche, todos quisieron beneficiarse de aquel capricho de hombre rico, que decidía apostar por un potro inexperto, que no era pura sangre, y al que el propio Darque tildaba de «penco». Carlos sonreía, aceptaba las apuestas, y hasta acabó diciendo en voz alta que apostaba por «Vladimiro» contra el campo. No paraba de recibir apuestas, todo el mundo quería participar en el saqueo.

—*Monsieur da Maia, dix tostons.*

—*Parfaitement, Madame.*

—Maia, ¿media libra?

—A sus órdenes.

—¡Maia, yo también!... ¡Yo también!... Dos mil reis.

—Señor Maia, yo diez tostones...

—Con mucho placer, señora.

A lo lejos los caballos giraban en el repecho. «Rabino» no aparecía por ningún lado, y «Vladimiro», con un galope cansado, corría solo en la pista. Una voz se alzó diciendo que cojeaba. Carlos, que continuaba aceptando apuestas, sintió que le

tiraban de la manga con suavidad. Se volvió: era el secretario de Steinbroken, que se había llegado hasta él delicadamente para tomar parte en el saqueo a la bolsa de Maia, proponiendo dos soberanos, en su nombre y en el de su jefe, como una apuesta colectiva de la Legación, la apuesta del reino de Finlandia.

—*C'est fait, monsieur!* —exclamó Carlos riendo.

Comenzaba a divertirse. Apenas le había echado una ojeada a «Vladimiro», pero le había gustado su cabeza ligera, su pecho ancho y profundo. Aunque apostaba más que nada por animar un poco aquel rincón de la tribuna, por ver brillar los ojos codiciosos de las mujeres. A su lado, Teles da Gama aprobaba su iniciativa, afirmaba que aquello era patriótico y chic.

—¡Es «Minhoto»! —gritó de repente Taveira.

Tras la curva, en efecto, habían cambiado las cosas. «Rabino» había cedido terreno en el repecho, resistiendo a duras penas la subida. Ahora era «Minhoto», el jamelgo de Manuel Godinho, quien se lanzaba al frente y devoraba la pista, con un derroche continuo, admirablemente montado por un jockey español. Detrás iban los colores rojo y blanco de Darque. Al principio dio la impresión de que se trataba de «Rabino».

Pero iluminado de repente por un rayo oblicuo de sol, el caballo adquirió unos tonos lustrosos de bayo claro, y fue una sorpresa reconocer a «Vladimiro». La carrera se disputaba entre él y «Minhoto».

Los amigos de Godinho, precipitándose hacia la pista, gritaban, los sombreros al aire:

—¡«Minhoto»! ¡«Minhoto»!

Y en torno a Carlos, quienes habían apostado contra «Vladimiro» hacían votos también por «Minhoto», de puntillas junto al parapeto de la tribuna, alargando los brazos hacia él:

—¡Vamos «Minhoto»!... ¡Así!... ¡Aguanta, muchacho!... ¡Bravo!... ¡«Minhoto»! ¡«Minhoto»!

La rusa, muy nerviosa, esperanzada en ganar la *poule*, batía palmas. Hasta la enorme Craben se había puesto en pie, dominando la tribuna, llenándola con sus gorgoranes azules y blancos. Mientras, a su lado, el conde de Gouvarinho, también en pie, sonreía, consolado su patriótico corazón, convencido de que aquellos jockeys velocísimos, aquellos sombreros por los aires, eran un signo de civilización...

De repente, al pie de la tribuna, de entre los jóvenes que rodeaban a Darque, se oyó una exclamación:

—¡«Vladimiro»! ¡«Vladimiro»!

En un arranque desesperado, «Vladimiro» había alcanzado a «Minhoto»: galopaban furiosamente, con vivos brillos de colores claros, los hocicos a la par, los ojos desorbitados, bajo una lluvia de fustazos.

Teles da Gama, olvidado de la apuesta, entregado a Darque, su íntimo, berreaba en favor de «Vladimiro». La rusa, de pie sobre un asiento, apoyada en el hombro de Carlos, pálida, excitada, animaba a «Minhoto» con sus grititos, con golpes de abanico. La agitación de aquel sector de la tribuna se había contagiado a la cuerda de la pista, donde una hilera de hombres agitaba los brazos. Del otro lado, sólo había rostros pálidos, ansiosos. Algunas señoras se habían puesto en pie sobre los carruajes. Y por ver la llegada, dos caballeros corrían como locos a través de la colina, agarrándose el sombrero con una mano.

—¡«Vladimiro»! ¡«Vladimiro»! —gritaron algunos aquí y allá.

Los dos caballos se aproximaban con un rumor sordo, como una ráfaga de viento.

—¡«Minhoto»! ¡«Minhoto»!

—¡«Vladimiro»! ¡«Vladimiro»!

Era la llegada... De repente, el jockey inglés de «Vladimiro», enardecido, azuzó al caballo, que estirado y lustroso parecía huir de entre sus piernas, hizo silbar la fusta triunfalmente, y «Vladimiro» traspasó la meta de un tirón, sacándole dos cabezas a «Minhoto», todo cubierto de espuma.

En torno a Carlos cundió el desconsuelo, hubo un largo murmullo de lasitud. Todos habían perdido. Era suya la *poule*. Todo para él. ¡Qué suerte! ¡Qué *chance*! Un adjunto de la Legación italiana, tesorero de la *poule*, palideció al separarse del pañuelo que contenía el dinero. Y de todas partes manitas calzadas de *gris perle* o de castaño le entregaban con aire contrariado las cantidades perdidas, una lluvia metálica que él recogió riendo en su sombrero.

—Ah, *monsieur* —exclamó la inabarcable ministra de Baviera, furiosa— *méfiez-vous... Vous connaissez le proverbe: heureux au jeu...*

—*Hélas, madame!* —dijo Carlos resignado, tendiéndole el sombrero.

Y de nuevo un dedo sutil le tocó en el brazo. Era el secretario de Steinbroken, lento y silencioso, que le traía su dinero y el de su jefe, la apuesta del reino de Finlandia.

—¿Cuánto ha ganado? —le preguntó Teles da Gama, atónito.

Carlos no lo sabía. Al fondo del sombrero relucía su botín. Teles lo contó, con ojo brillante.

—¡Gana doce libras! —exclamó maravillado, mirando a Carlos con respeto.

¡Doce libras! Un susurro de asombro difundió en torno la suma. Abajo, junto a la cuerda, los amigos de Darque, agitando los sombreros, continuaban con sus hurras. Mas cierta indiferencia, cierto tedio paulatino iba invadiéndolo todo, desconsoladoramente. Los jóvenes se fueron dejando caer en las sillas, bostezando, con pinta de estar exhaustos. La banda, también desanimada, tocaba pasajes llorosos de *Norma*.

Pero Carlos, binóculo en mano, batía el recinto de coches en busca de Dâmaso.

La gente comenzaba a dispersarse por la colina. Las señoras habían vuelto a su melancólica quietud, sumidas en las calesas, con las manos en el regazo. Aquí y allá, algún *dog-cart* maltrecho trotaba un poco por la hierba. En una victoria, reconoció a las dos españolas de Eusèbiozinho, Concha y Carmen, con parasoles rojos. Y unos cuantos sujetos, con las manos a la espalda, contemplaban pasmados un *char-à-bancs* a la Daumont^[115], ocupado por una familia triste, en el que una nodriza vestida de labradora daba de mamar a un niño enterrado entre encajes. Dos chiquillos afónicos paseaban sus tinajas de agua fresca.

Carlos abandonaba la tribuna sin haber descubierto a Dâmaso cuando se topó de frente con él, que se dirigía a la escalera, resoplando, flamante con su famosa levita blanca.

—¿Dónde demonios te has metido, criatura?

Dâmaso le agarró del brazo y se puso de puntillas para contarle al oído que había estado del otro lado con una mujer divina, Josefina do Salazar... ¡Auténtico chic! ¡Y vestía de maravilla! ¡Allí tenía mujer!

—¡Ah, Sardanápalo!

—Se hace lo que se puede... Vuelve conmigo a la tribuna, anda. Aún no he charlado con la *high life*... Aunque estoy furioso, ¿sabes? La han tomado con mi tul azul. ¡Qué país, qué vulgaridad! Se han pitorreado de mí... «Que no le dé el sol al bombón». «¿Dónde vive, preciosidad?»... ¡Menuda chusma! He tenido que quitármelo. Pero se van a enterar. La próxima vez vengo desnudo. ¡Te lo juro, desnudo! ¡Esta tierra es la vergüenza de la civilización! ¿No vienes? Entonces, hasta luego.

Carlos le detuvo.

—Espera un momento... ¿Qué pasó con la visita a Oliváís?... Desapareciste... Habíamos quedado en que ibas a convidar a Castro Gomes y luego me dabas una respuesta... Ni noticia de ti... Y Craft esperando... En fin, te comportaste como un salvaje.

Dâmaso alzó los brazos. Pero ¿no sabía nada? Pues ¡había grandes novedades! Él no había vuelto por el Ramalhete, tal y como habían acordado, porque Castro Gomes no podía ir a Oliváís. Se iba a Brasil. De hecho, ya se había ido, aquel martes. La cosa más insólita... Cuando él fue a convidarle, Castro Gomes le respondió que lo sentía mucho, pero que se marchaba al día siguiente a Río... Ya tenía las maletas hechas, una casa alquilada para su mujer, que le esperará aquí tres meses, y el pasaje en el bolsillo. Todo de improviso, de un sábado para un lunes... ¡Un chiflado, ese Castro Gomes!

—Y se fue —exclamó, volviéndose a saludar a la vizcondesa de Alvim y a Joanhina Vilar, que abandonaban la tribuna—. Y ella ya está instalada. Anteayer fui a visitarla, pero había salido... ¿Sabes qué me temo? Que ella, ahora, al principio,

como está sola, no quiera, por los vecinos, que vaya a verla mucho... ¿No crees?

—Puede ser... ¿Y dónde vive?

En cuatro palabras, Dâmaso le explicó la instalación de *madame*. Era muy curioso, vivía en el inmueble de Cruges. Desde hacía algunos años, mamá Cruges alquilaba el primer piso amueblado. El invierno pasado lo había ocupado Berttonni, el tenor, con su familia. La casa estaba muy bien. Castro Gomes había tenido buen ojo...

—Y para mí, de lo más cómodo, a un tiro de piedra del Grémio... Entonces, ¿no subes a charlar con el mujerío? Hasta luego... ¡Hoy la Gouvarinho está de lo más chic! ¡Está pidiendo hombre! *Good-bye*.

Frente a Carlos, la condesa de Gouvarinho, en el grupo de doña Maria, al que se habían sumado la Alvim y Joaninha Vilar, no cesaba de llamarle con una mirada inquieta, torturando su gran abanico negro. Pero él no obedeció de inmediato, se quedó de pie junto a la escalera, encendiendo distraídamente un cigarrillo, perturbado por las palabras de Dâmaso, que le dejaban en el alma un surco luminoso. Ahora que la sabía en Lisboa, en la misma casa que Cruges, era como si ya la conociera, se sentía muy cerca de ella. En cualquier momento podía cruzar el umbral de su portal, pisar los escalones que ella pisaba. Su imaginación atisbaba posibles encuentros, palabras intercambiadas, cosas pequeñas, sutiles como hilos, con las que sus destinos comenzaran a unirse... Y de inmediato le asaltó la tentación pueril de ir a su casa, aquella misma tarde, sin demora, de disfrutar, como amigo de Cruges, de su derecho a subir aquellas escaleras. Se detendría ante su puerta, sorprendería acaso su voz, el sonido de su piano, cualquier rumor de su vida.

Pero la mirada de la condesa no le dejaba en paz. Se acercó, contrariado. Ella se puso en pie, se apartó del grupo y, caminando un poco con él por la hierba, retomó la conversación acerca de la escapada a Santarém. Carlos, muy secamente, declaró que aquello le parecía insensato.

—¿Por qué?

¡Cómo que por qué! Por todo. Por el peligro, por las molestias, por el ridículo... En fin, a ella, como mujer que era, le competía tener fantasías novelescas, pero a él le competía el buen juicio.

Ella se mordía el labio, la sangre se le había subido a la cara. No veía en su negativa el menor buen juicio, sino sólo frialdad. Ya que ella arriesgaba tanto, bien podía él, por una noche, afrontar las incomodidades del alojamiento...

—¡No es eso!...

Entonces ¿qué era? ¿Tenía miedo? No había en ello más peligro que en los encuentros en casa de su tía. Nadie podría reconocerla, con el pelo de otro color, envuelta en mil velos, oculta bajo un gran *waterproof*. Llegarían de noche, se encerrarían en la habitación, atendidos tan sólo por su escocesa. Y al día siguiente, en

el tren de la noche, ella proseguiría camino a Oporto, eso era todo... Ante aquella insistencia suya, ella se convertía en el hombre, en la pasión activa y vehemente, era ella quien le tentaba a él, quien iba en busca de su deseo, mientras que él parecía la mujer, vacilante y asustada. Y Carlos se daba cuenta de ello. Su resistencia a una noche de amor amenazaba con adquirir tintes grotescos. Al tiempo que el calor voluptuoso que emanaba de aquel pecho, palpitante a su lado, le iba ablandando poco a poco. Acabó por mirarla de cierto modo, y como si el deseo se le encendiera al fin con la pequeña llama que chispeaba en las pupilas de ella, negras, húmedas, ávidas, que prometían mil cosas, dijo, un poco pálido:

—Muy bien, perfecto... Mañana por la noche en la estación.

En aquel momento, oyeron en torno exclamaciones guasonas: un caballo solitario llegaba a la meta, con un galope pacífico, sin prisas, como si atravesara una avenida de Campo Grande^[116] una tarde de domingo. Entre risas se preguntaban unos a otros qué carrera sería aquella de un solo caballo, cuando a lo lejos, como si emanara de la claridad rubia que el sol derramaba sobre el río, apareció un pobre jamelgo blanco, arrastrándose casi, resollando, esforzándose dolorosamente bajo la fusta de un jockey violeta y negro. Cuando llegó, ya el otro *gentleman-rider* había desandado la meta con mucha pachorra, y conversaba con unos amigos, apoyado en la cuerda de la pista.

Todo el mundo se reía. Así de grotescamente acabó el Premio del Rey.

Quedaba todavía el Premio de Consolación, pero aquel interés ficticio por los caballos se esfumó de golpe. Ante la tranquila y radiante belleza de la tarde, algunas señoras, imitando a la Alvim, habían bajado a la zona de pesaje, hartas de la inmovilidad de la tribuna. Aparecieron unas sillas, y sobre la hierba aplastada se formaron grupos en que la nota alegre la ponía algún vestido claro o la pluma pinturera de algún sombrero. Y se charlaba como en un salón de invierno, fumando familiarmente. En el grupo de doña Maria y de la Alvim se planeaba un gran picnic en Queluz. Alencar y Gouvarinho discutían la reforma de la instrucción. La horrible Craben, rodeada de diplomáticos y de jóvenes con el binóculo al cuello, opinaba desde el fondo de su grueso papo acerca de Daudet, al que hallaba *très agréable*. Y cuando Carlos se decidió a marcharse, el recinto presentaba cierto aspecto de *soirée* al aire claro y fresco de la colina: las voces murmuraban, los abanicos se movían, y en algún lugar la banda tocaba un vals de Strauss.

Carlos, tras mucho buscar a Craft, le halló en el buffet, bebiendo más champán en compañía de Darque y de otros.

—Tengo que volver ahora a Lisboa —le dijo—, y me llevo el faetón. Te abandono vilmente. Vuelve al Ramalhete como puedas...

—Yo le llevo —gritó enseguida Vargas, con la corbata hecha un guiñapo—. Yo le llevo en el *dog-cart*. Yo me ocupo de él... Craft queda a mi cargo... ¿Hace falta un recibo? A la salud de Craft, un inglés como es debido... ¡Hurra!

—¡Hurra! ¡Hip, hip, hurra!

Poco después, al trote largo, Carlos descendía por el Chiado y giraba hacia la Rua de São Francisco. Le poseía una turbación deliciosa, la de saber que ella estaba allí, sola, en casa de Cruges. La última mirada de ella le había dejado la sensación de que le llamase, le incitase. Y un despertar tumultuoso de esperanzas sin nombre le hacía tocar el cielo.

Cuando se detuvo ante el portón, alguien corría lentamente los estores de sus ventanas. En la calle silenciosa se abatía el crepúsculo. Le pasó las riendas al cochero y atravesó el patio. Jamás había visitado a Cruges, nunca había subido aquellas escaleras, que le parecieron horrorosas con sus fríos peldaños de piedra, sin alfombra alguna, las paredes desnudas y sucias blanqueando tristemente en aquel atardecer. Se detuvo en el descansillo del primer piso. Allí era donde ella vivía. Se quedó mirando con una devoción ingenua aquellas tres puertas azules: la del centro estaba obstruida por un banco de enea, y junto a la de la derecha pendía, con una enorme bola, el llamador de la campanilla. No se escuchaba el menor rumor. Y aquel pesado silencio, añadiéndose al movimiento de los estores en la ventana, le transmitía la impresión de que quienes allí vivían se hallaban cercados por una soledad impenetrable. Se sintió desolado. ¿Y si ella comenzase ahora una vida de reclusión, si él ya no volviera a ver sus ojos?

Subió despacio hasta el piso de Cruges. No sabía qué decirle al maestro para justificar aquella visita extraña e imprevista... Respiró aliviado cuando la muchacha le dijo que el señorito Vitorino había salido.

Ya en la calle, Carlos tomó las riendas y condujo el faetón despacio hasta el Largo da Biblioteca. Después retrocedió al paso. Ahora, tras el estor blanco, había una vaga claridad. Él la miró como se mira una estrella.

Volvió al Ramalhete. Craft, cubierto de polvo, se apeaba en aquel momento de una calesa de punto. Estuvieron a la puerta unos instantes, mientras que Craft, que buscaba cambio para el cochero, le contaba el final de las carreras. En el Premio de Consolación, uno de los jinetes se había caído a un palmo de la llegada, aunque sin hacerse nada. Y a la hora de irse, Vargas, que ya iba por su tercera botella de champán, golpeó a un camarero del buffet brutalmente.

—Así —dijo Craft completando el cambio— estas carreras han sido buenas conforme al viejo principio shakesperiano de que «bien está lo que bien acaba».

—Los puñetazos son —dijo Carlos riéndose— un hermoso punto final.

En el zaguán, el viejo portero aguardaba, descubierto, con una carta en la mano para Carlos. La había llevado un criado, instantes antes de que el señor llegara.

La letra era una letra inglesa de mujer, en un sobre apaisado, lacrado con un sello con armas. Carlos la abrió allí mismo, y en cuanto leyó la primera línea tuvo un movimiento tan vivaz, de tan bella sorpresa, se le iluminó el rostro de tal modo, que

Craft le preguntó sonriente:

—¿Aventura? ¿Herencia?

Carlos, ruborizado, se guardó la carta en el bolsillo, y murmuró:

—Tan sólo un billete, un paciente...

Tan sólo era un paciente, un billete, pero empezaba así: «Madame Castro Gomes presenta sus respetos al señor Carlos da Maia, y le ruega tenga a bien...». Después, con un par de palabras, le pedía que a la mañana siguiente, lo más pronto posible, fuese a ver a una persona de la familia que no se hallaba bien.

—Voy a cambiarme —dijo Craft—. ¿Cenamos a las siete y media, no?

—Sí, la cena... —respondió Carlos sin pensar en lo que decía, con una sonrisa beatífica.

Corrió a sus aposentos, y junto a la ventana, sin quitarse el sombrero, leyó el billete una segunda vez, una tercera, contemplando arrobado la letra, buscando voluptuosamente el perfume del papel.

Estaba fechada aquella misma tarde. Así, cuando él pasó ante su ventana, ya ella le había escrito, ya su pensamiento se había detenido en él, por lo menos al trazar las meras letras de su nombre. No era ella la enferma. Si fuera Rosa, ella no hubiera dicho tan fríamente «una persona de la familia». Acaso fuera el espléndido negro de pelo grisáceo. O tal vez Miss Sara, bendita fuese por querer un médico que hablara inglés... En fin, alguien guardaba cama, ella misma le conduciría hasta el enfermo a través de los corredores de aquella casa, instantes antes tan cerrada, tan inaccesible... Aquel adorado billete, aquella deliciosa petición de acudir a su casa, ahora que ella le conocía, después de que Rosa le saludara tan cariñosamente, adquiriría una significación profunda, perturbadora...

Si ella no deseara comprender, si no aceptase el amor que de lejos sus ojos le habían ofrecido con toda claridad, lo más luminosamente que había podido, durante aquellos fugaces instantes en que se miraron, en ese caso habría llamado a otro médico, a un desconocido. Pero no: su mirada había respondido a la suya, y ella le franqueaba su puerta... Un sentimiento de gratitud le embargaba, un impulso tumultuoso de echarse a sus pies, de besarle la orla del vestido devotamente, eternamente, sin desear nada más, sin pedir nada más...

Cuando al poco bajó Craft vestido para la cena, fresco, reluciente, engomado, correcto, encontró a Carlos aún cubierto de polvo, con el sombrero puesto, paseándose por su cuarto, víctima de una luminosa agitación.

—¡Se te ve radiante! —dijo Craft, deteniéndose ante él, con las manos en los bolsillos, contemplándole un momento desde las alturas de su resplandeciente cuello limpio—. ¡Irradias!... ¡Parece que tuvieras una aureola en la nuca!... ¡Algo muy bueno te ha tenido que suceder!

Carlos se desperezó, sonriendo. Después miró a Craft un momento, se encogió de

hombros y murmuró:

—Uno nunca sabe si lo que le sucede es, en definitiva, para bien o para mal.

—Por lo general es para mal —dijo el otro fríamente, acercándose al espejo a corregirse el nudo de la corbata blanca.

XI

A la mañana siguiente, Carlos, que se había levantado pronto, fue a pie desde el Ramalhete hasta la Rua de São Francisco, a casa de madame Gomes. En el descansillo, en cuya penumbra moría la luz distante de la claraboya, aguardaba una anciana con pañuelo en la cabeza, encogida en un chal negro, sentada melancólicamente en el banco de enea. La puerta abierta mostraba una fea pared de corredor, empapelada de amarillo. Dentro, un reloj apático daba las diez.

—¿Ya ha llamado? —preguntó Carlos alzándose el sombrero.

Sumida en la sombra del pañuelo, que le caía sobre los ojos, la vieja murmuró en tono cansado y enfermizo:

—Sí señor. Ya han tenido la bondad de atenderme. El criado, el señor Domingos, ya no tarda...

Carlos esperó, paseándose lentamente por el descansillo. Del segundo piso llegaba un alboroto alegre de niños jugando. Más arriba, el mozo de Cruges fregaba la escalera metiendo mucho ruido, silbando un fado desesperadamente. Pasó un largo minuto, luego otro. La vieja lanzó un suspiro abatido. Al fondo de la casa un canario rompió a cantar. Carlos, impaciente, tiró del cordón de la campanilla.

Un criado de patillas rubias, con su chaqueta de franela correctamente abotonada, acudió corriendo, con una bandeja en la mano, cubierta con una servilleta. Cuando vio a Carlos, se quedó tan estupefacto, balanceándose en la puerta, que derramó un poco de la salsa del asado.

—¡Oh, don Carlos Eduardo, haga el favor de entrar!... Tenga la bondad de esperar un momento, que le abro el salón... ¡Tome, señora Augusta, tenga, y cuidado, no vaya a derramar el resto! La señora dice que ahora mismo manda el oporto... Discúlpeme usted, don Carlos... Por aquí, haga el favor...

Corrió un repostero de reps rojo e introdujo a Carlos en una sala alta, espaciosa, con un papel de rameados azules y dos ventanas que daban a la Rua de São Francisco. Y alzando aprisa los dos transparentes de paño blanco, le preguntó a Carlos si ya no se acordaba de él. Cuando se volvió, risueño, bajándose las bocamangas precipitadamente, Carlos le reconoció por las patillas rubias. Era, en efecto, Domingos, un criado excelente, que a comienzos del invierno había estado en el Ramalhete, y que se había despedido por sus trifulcas patrióticas, sus piques con el cocinero francés.

—No le había visto bien, Domingos —dijo Carlos—. El descansillo es un poco oscuro... Le recuerdo perfectamente... ¿Así que ahora sirve aquí? ¿Está contento?

—Sí señor, estoy muy contento... El señor Cruges vive aquí encima...

—Sí, ya lo sé.

—Tenga la paciencia de aguardar un instante, voy a dar parte a doña Maria

Eduarda...

¡Maria Eduarda! Era la primera vez que Carlos oía su nombre. Le pareció perfecto, acorde con su serena belleza. Maria Eduarda, Carlos Eduardo... Sus nombres se parecían. ¿No sería un augurio de la unión de sus destinos?

Domingos, en la puerta del salón, ya con la mano en el repostero, se demoró un momento para decirle en tono de confidencia, sonriendo:

—El paciente es la gobernanta inglesa...

—¡Ah, la gobernanta!

—Sí señor. Desde ayer tiene décimas, y cierta opresión en el pecho...

—¡Ah!...

Domingos acabó de alzar el repostero con un movimiento lento, sin prisas, contemplando a Carlos con admiración:

—¿Su abuelo se encuentra bien?

—Muchas gracias, Domingos, va tirando.

—¡Todo un gran señor!... ¡No hay otro igual en Lisboa!

—Gracias, Domingos, gracias...

Cuando finalmente se marchó, Carlos, quitándose los guantes, se paseó despacio, con curiosidad, por la sala. El alfombrado del suelo era nuevo. Junto a la puerta había un antiguo piano de cola, cubierto con un paño ceniciento. Al lado, sobre unos estantes repletos de partituras, de cuadernos de música, de revistas ilustradas, tres hermosos lirios blancos se marchitaban en un florero japonés. Todas las sillas estaban forradas de reps rojo. Y a los pies del sofá yacía una vieja piel de tigre. Como en el Hotel Central, aquella instalación sumaria de casa alquilada contaba con ciertos retoques de confort y buen gusto: cortinas nuevas de cretona, que combinaban con el papel azul de la pared, habían sustituido a las clásicas cortinillas de gasa; un pequeño bargueño, que Carlos recordaba haber visto días atrás en la tienda del tío Abraão, cubría la parte más desangelada de la pared; el tapete de felpa de una mesa oval que se hallaba en el centro, desaparecía bajo las bonitas encuadernaciones de libros, álbumes, dos vasos japoneses de bronce, un cestillo de flores en porcelana de Dresde, delicados objetos artísticos que a buen seguro no pertenecían a la madre de Cruges. Y en aquella estancia parecía flotar, acariciando el orden de las cosas y dotándolas de un encanto único, aquel indefinido perfume que Carlos ya había aspirado en los cuartos del Hotel Central, y en el que predominaba el jazmín.

Pero lo que más le llamó la atención fue un bonito biombo de lino crudo, con ramilletes bordados, desplegado junto a la ventana, que creaba un rincón más resguardado e íntimo. Había allí una sillita baja de satén carmesí, un gran almohadón para los pies, una mesa de costura con el trabajo interrumpido, números de revistas de modas, un bordado enrollado, ovillos de lana de colores que asomaban de un azafate.

Y confortablemente acurrucada en el asiento de la silla, estaba la famosa perrita

escocesa, que tantas veces había trotado en los sueños de Carlos detrás de la radiante figura que caminaba por el Aterro, o que se adormecía en su dulce regazo...

—*Bonjour, mademoiselle* —dijo él en voz baja, queriendo ganarse sus simpatías.

La perrita se puso en pie bruscamente sobre la silla, con las orejas tiesas, mirando con fijeza a aquel extraño por entre las guedejas enmarañadas, con dos ojos de azabache desconfiados, de una penetración casi humana. Por un momento Carlos temió que se echase a ladrar. Pero la perrita se rindió a él sin resistencia, tumbándose de nuevo en la silla, con las patitas al aire, alterada, abandonando el vientre a sus caricias. Carlos iba a hacerle cosquillas, a acariciarla, cuando sintió un paso ligero junto a él. Se volvió y vio a Maria Eduarda.

Fue como una inesperada aparición. Incluyó profundamente los hombros, menos como un saludo que para esconder la tumultuosa ola de sangre que le abrasó el rostro. Ella, alta y blanca, con un vestido de sarga negra ajustado y sencillo, un cuello duro de hombre, un botón de rosa y dos hojas verdes en el pecho, se sentó junto a la mesa oval, acabando de desdoblar un pequeño pañuelo de encaje. Obedeciendo a su gesto risueño, Carlos se sentó azorado en el borde del sofá de reps. Y tras un instante de silencio, que le pareció profundo y solemne, se oyó la voz de Maria Eduarda, una voz rica y lenta, con un tono de oro que acariciaba.

A pesar de su turbación, Carlos percibía vagamente que ella le agradecía los cuidados prodigados a Rosa. Y cada vez que su mirada se demoraba en ella un instante, descubría un nuevo encanto, otra de las formas de su perfección. El pelo no era rubio, como había creído de lejos a la luz del sol, sino que tenía dos tonos, castaño claro y castaño oscuro, y era espeso y le ondeaba ligeramente. En el gran brillo oscuro de sus ojos, había al mismo tiempo algo de grave y de muy dulce. A veces, al hablar, tenía un gesto familiar, cruzaba las manos sobre las rodillas. Y a través de la manga ajustada de sarga, que terminaba en un puño blanco, él sentía la belleza, la blancura, el tacto blando, el calor casi de sus brazos.

Maria Eduarda se calló. Al tomar la palabra, Carlos sintió de nuevo que la sangre le abrasaba el rostro. A pesar de que sabía por Domingos que la enferma era la gobernanta, sólo halló, tan perturbado estaba, esta tímida pregunta:

—¿No es su hija la enferma, verdad?

—¡Oh no, gracias a Dios!

Maria Eduarda le contó, tal y como Domingos, que hacía dos días que la gobernanta inglesa se encontraba mal, con dificultades para respirar, con tos, con una pizca de fiebre...

—Al principio pensamos que sería un constipado pasajero. Pero ayer por la tarde estaba peor, y ahora me siento impaciente por que la vea...

Se levantó y tiró de un enorme cordón que pendía junto al piano. Su pelo, recogido hacia lo alto de la cabeza, dejaba ver un fino vello de oro, que se rizaba

delicadamente sobre la blancura láctea de la nuca. Entre aquellos muebles de reps, bajo el techo banal de estuco sucio, toda su persona se le antojaba a Carlos más radiante, de una belleza más noble, casi inaccesible. Pensaba que ya nunca osaría mirarla tan francamente, con una adoración tan manifiesta como cuando se la encontró en la calle.

—¡Tiene una perrita preciosa! —dijo cuando Maria Eduarda volvió a sentarse, poniendo en aquellas palabras intrascendentes, dichas con una sonrisa, un dejo de ternura.

Ella sonrió también, con una sonrisa preciosa que le ponía un hoyuelo en la barbilla, dulcificando la seriedad de sus facciones. Y alegremente, dando palmas, llamó en dirección al biombo:

—«Niniche», te están elogiando, ven a dar las gracias...

«Niniche» apareció bostezando. A Carlos le gustó mucho el nombre de «Niniche». Era curioso, él había tenido una galga italiana que se llamaba igual...

En aquel instante entró la criada, la muchacha delgada y pecosa de mirada descarada que Carlos ya conocía del Hotel Central.

—Melanie, ve a enseñarle al doctor el cuarto de Miss Sara —dijo Maria Eduarda—. Yo no le acompaño, porque es tan tímida, tiene tal temor a molestar, que en mi presencia sería capaz de decir que no tiene nada...

—Muy bien, muy bien —murmuró Carlos sonriendo, encantado con todo.

Y le pareció que en su mirada brillaba algo, y que tenía que ver con él, algo vivo y dulce.

Con el sombrero en la mano, hollando familiarmente aquel pasillo íntimo, sorprendiendo detalles de su vida doméstica, Carlos sentía la alegría de la posesión. Por una puerta entreabierta pudo ver una bañera, y junto a ella amplios albornoces. Más adelante, en una mesa, estaban alineadas, como desempaquetadas recientemente, botellas de agua mineral de Saint-Galmier y de Vals. Él tomaba aquellas cosas tan simples, tan banales, como evidencias de una vida delicada.

Melanie corrió un repostero de lino crudo y le hizo pasar a un cuarto claro y fresco. Allí estaba la pobre Miss Sara en su camita de hierro, sentada, con un pañuelo de seda azul al cuello, los bandos tan lisos, tan bien peinados como si fuera domingo y se dispusiera a acudir a la capilla presbiteriana. En su mesilla de noche los periódicos ingleses estaban escrupulosamente doblados, junto a un vaso con dos rosas. Un orden severo presidía el cuarto, desde los retratos de la familia real de Inglaterra, expuestos sobre un tapete de encaje que cubría la cómoda, hasta sus botines bien embetunados, clasificados y dispuestos en unos estantes de pino.

En cuanto Carlos se sentó, ella, con dos rosas de vergüenza en la cara, entre toses sofocadas, declaró que no tenía nada. Era la señora, tan buena, tan prudente, quien le había forzado a guardar cama... Para ella era una contrariedad estar así, ociosa, inútil,

ahora que *madame* estaba sola, en una casa sin jardín. ¿Dónde iba a jugar la niña? ¿Quién saldría con ella? ¡Ah, aquella casa era una prisión para *madame*!...

Carlos la consolaba, al tiempo que le tomaba el pulso. Luego, cuando se puso en pie para auscultarla, la pobre *miss* se ruborizó de los pies a la cabeza, llevándose la ropa de cama al pecho, preguntando si era *absolutamente* necesario... Sí, claro que era necesario... Encontró que tenía el pulmón derecho un poco tomado. Y mientras la tapaba le hizo algunas preguntas acerca de su familia. Ella contó que era de York, hija de un *clergyman*, y que tenía catorce hermanos. Los chicos estaban todos en Nueva Zelanda, y eran robustos como atletas. Ella era la más enclenque. Tanto, que su padre, al ver que a los diecisiete años sólo pesaba ocho arrobas, le enseñó latín, para que fuese gobernanta.

—¡Oh señora —murmuró él— un simple lápiz basta!...

Cuando se sentó, sus ojos se demoraron con una curiosidad enternecida en aquellos objetos que intimaban con la dulzura de sus manos: un sello de ágata sobre un viejo libro de cuentas, un abrecartas de marfil con monograma de plata al lado de un vasito de Saxe lleno de sellos. Y en todo reinaba un orden claro que casaba muy bien con su perfil sereno. En la calle el organillo había enmudecido, arriba los niños ya no trotaban. Y mientras escribía despacio, Carlos sentía a sus espaldas cómo ella ahogaba sus pasos en la alfombra, movía los floreros con más cuidado.

—¡Qué bonitas flores tiene usted! —dijo él, volviendo la cabeza, mientras secaba distraídamente la receta.

De pie junto al bargueño, donde acababa de colocar un florero amarillo de la India, Maria Eduarda disponía unas hojas en torno a las rosas.

—Dan frescor —dijo—. Aunque yo pensaba que en Lisboa habría flores más bonitas. No hay nada comparable a las flores francesas... ¿No cree?

Él no respondió al momento, olvidado de mirarla, pensando en lo dulce que sería quedarse eternamente en aquel salón de reps rojo, tan claro, tan silencioso, viéndola disponer hojas verdes en torno a unos tallos de rosa...

—En Sintra hay flores estupendas —murmuró por fin.

—¡Oh, Sintra es encantador! —dijo ella sin alzar los ojos de su ramo—. Sólo por Sintra ya merece la pena venir a Portugal.

En aquel momento el repostero de reps se agitó y Rosa apareció corriendo, vestida de blanco, con medias de seda negras, la melena oscura saltándole sobre la espalda, en compañía de su muñeca. Al ver a Carlos se detuvo bruscamente, con los ojos muy abiertos, encantada, apretando entre sus brazos a Cricri, que estaba en camisa.

En cualquier caso, inquirió Carlos, en su familia no había habido enfermedades de pecho... Ella sonrió. ¡Oh no, nunca! Su madre aún vivía. Y su padre, muy de viejo, había muerto de una coz de una yegua.

Carlos, sin embargo, de pie, con el sombrero en la mano, continuó observándola, reflexionando. Y entonces, de pronto, sin motivo aparente, ella se emocionó, sus ojos pequeños se le empañaron. Y cuando oyó los cuidados que habrían de dispensarle, que debía guardar cama quince días, se inquietó tanto que dos lágrimas tímidas rebasaron las pestañas. Carlos acabó por estrecharle paternalmente la mano.

—*Oh! Thank you, sir!* —susurró conmovida.

Ya en el salón, Carlos halló a Maria Eduarda sentada junto a la mesa, con una gran cesta de flores sobre una silla, componiendo ramos, el regazo lleno de claveles. Una hermosa franja de sol, que se estiraba sobre la alfombra, moría a sus pies.

«Niniche», allí tumbada, relucía como si estuviera hecha de hilos de plata. En la calle, bajo las ventanas, un organillo tocaba, en la alegría de la mañana soleada, el vals de «Madame Angot». En el piso de arriba habían recommenzado las carreras de los chiquillos.

—¿Y bien? —exclamó ella, volviéndose con un ramo de claveles en la mano.

Carlos la tranquilizó. La pobre Miss Sara tenía una bronquitis ligera, con un poco de fiebre. Lo que necesitaba era reposo y atención...

—¡Por supuesto! Y tendrá que tomar alguna medicina, ¿no?

Echó en el cesto los claveles que tenía en el regazo, y fue a abrir un buró de palisandro situado entre las dos ventanas. Ella misma se cuidó del papel para la receta, le puso un plumín nuevo a la pluma. Aquellas atenciones trastornaban a Carlos como si fueran caricias...

—¿No le conoces? —le preguntó su madre, sentándose de nuevo ante el cesto de flores.

Rosa esbozó una sonrisilla, y su semblante enrojeció. Vestida de blanco y negro, como una golondrina, tenía un raro encanto, con sus formas delicadas, su gracia ligera, sus grandes ojos llenos de azul, y aquel rubor de mujercita en el rostro. Cuando Carlos se adelantó con la mano extendida para renovar su relación, ella se puso de puntillas y alargó la boquita, fresca como un botón de rosa. Carlos apenas se atrevió a rozarle la frente.

Luego quiso darle la mano a su vieja amiga Cricri. Rosa, de repente, se acordó de a qué había ido al salón con tanta prisa.

—¡Mamá, la *robe de chambre*! No encuentro la *robe de chambre* de Cricri... No he podido vestirla... Di, ¿sabes dónde está?

—¡Menuda niña desordenada! —murmuró la madre, mirándola con una sonrisa despaciosa y tierna—. Si Cricri tiene su cómoda particular, no se deberían perder sus cosas... ¿No es cierto, señor Carlos da Maia?

Él, aún con la receta en la mano, sonreía también, sin decir nada, enternecido de participar tan dulcemente en la intimidad de aquella casa.

La pequeña se pegó a su madre, colgándosele del brazo, con una vocecita

lánguida y mimosa:

—Anda, di dónde está... No seas mala... Anda... ¿Dónde está?

Ligeramente, con la punta de los dedos, Maria Eduarda le arregló el pequeño lazo de seda blanca que llevaba en el pelo. Luego se puso más seria:

—Está bien, estáte quieta... Ya sabes que no soy yo quien se ocupa de la ropa de Cricri. Deberías ser más ordenada... Ve a preguntarle a Melanie.

Rosa obedeció enseguida, seria también, saludando a Carlos al retirarse con un airecillo señorial:

—*Bonjour, monsieur...*

—¡Es encantadora! —susurró él.

Su madre sonrió. Había acabado de componer el ramo de claveles, e inmediatamente atendió a Carlos, que había dejado la receta en la mesa, y sin prisa, instalándose en una butaca, le hablaba de la dieta que debía seguir Miss Sara, de las cucharadas de jarabe de codeína que se le debían administrar cada tres horas...

—¡Pobre Sara! —dijo ella—. Es curioso, ¿no es cierto? Vino a Portugal con el presentimiento, casi con la certeza, de que aquí enfermaría.

—¡Va a acabar detestando Portugal!

—¡Oh, ya le tiene auténtico pánico! Le parece que hace mucho calor, que en todas partes huele mal, que la gente es insufrible... Teme que la insulten en la calle... En fin, es muy desgraciada, no ve el momento de dejar este país...

Carlos se reía de aquellas antipatías anglosajonas. Por lo demás, en muchas cosas quizá Miss Sara llevaba razón.

—¿Y usted, qué tal se encuentra aquí?

Ella se encogió de hombros, indecisa.

—Bien... no tengo más remedio... es mi país.

¡«Su» país!... ¡Y él que la creía brasileña!

—No, soy portuguesa.

Y durante unos instantes se hizo un silencio. Ella tomó de la mesa un gran abanico negro con flores rojas, y lo abrió lentamente. Carlos sentía, y no sabía por qué, que una dulzura nueva penetraba en su corazón. Ella habló a continuación de su viaje, que había sido muy agradable. Le encantaba navegar, la mañana de su llegada a Lisboa había sido encantadora, con un cielo de un azul muy intenso, el mar también todo azul, y cierto calorcillo ya de clima suave... En el Central no se habían hallado a gusto. «Niniche», una noche, les había dado un gran susto con una indigestión. Y luego, en Oporto, habían tenido un accidente...

—Sí —dijo Carlos— su marido, en la Praça Nova...

Ella pareció sorprenderse. ¿Cómo sabía aquello? Ah claro, por Dâmaso...

—Son muy amigos, tengo entendido...

Tras una ligera vacilación, que ella comprendió, Carlos murmuró:

—Sí... Dâmaso va bastante al Ramalhete... Por lo demás sólo le conozco desde hace unos meses...

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿Dâmaso? Pero si él me había dicho que se conocían desde pequeños, que incluso eran parientes...

Carlos, por toda explicación, se encogió de hombros, sonriendo.

—¡Una hermosa ilusión!... Si eso le hace feliz...

Ella sonrió también, encogiéndose de hombros a su vez ligeramente.

—Y usted, señora —continuó Carlos, que no quería hablar más de Dâmaso— ¿cómo encuentra Lisboa?

Le gustaba mucho, le parecía muy bonita aquella tonalidad azul y blanca de ciudad meridional... Pero ¡las comodidades eran tan pocas!... La vida tenía un aire en el que ella aún no lograba distinguir qué se debía a la simplicidad y qué a la pobreza.

—Simplicidad, señora. Tenemos la simplicidad de los salvajes...

Ella se rió.

—Yo no diría tanto. Pero supongo que son como los griegos: se conforman con comerse una aceituna mirando al cielo, a este cielo magnífico...

A Carlos aquel comentario le pareció adorable, su corazón se rindió ante ella.

Maria Eduarda se quejaba sobre todo de las casas, tan faltas de comodidad, tan desangeladas, tan dejadas. Aquélla en que vivía le amargaba la existencia. La cocina era atroz, las puertas no cerraban. Y las paredes del comedor tenían unas pinturas de barquitas y colinas que le quitaban el apetito...

—Pero lo peor —añadió— es no tener un patio o un jardín en el que la pequeña pueda correr, jugar...

—No es fácil encontrar una casa en las condiciones de ésta y con jardín —dijo Carlos.

Echó una ojeada a las paredes, al estuco sucio del techo, y se acordó de la quinta de Craft, con su vista del río, su aire puro, sus frescas avenidas de acacias.

Por fortuna Maria Eduarda había alquilado la casa por meses, pues pensaba pasar lo que le quedase de estancia en Portugal junto al mar.

—Por lo demás —dijo— es lo que me aconsejó mi médico de París, el doctor Chaplain.

¿El doctor Chaplain? Precisamente Carlos conocía mucho al doctor Chaplain. Había asistido a sus cursos, incluso le había visitado íntimamente en su propiedad de Maisonnets, cerca de Saint-Germain. ¡Era un gran maestro, un espíritu superior!

—¡Y con un corazón tan bueno! —dijo ella con una clara sonrisa, con una mirada que despidió un destello.

Y aquel sentimiento común pareció de pronto acercarlos más dulcemente: cada

uno le dio las gracias en su fuero interno al doctor Chaplain, y continuaron hablando de él largo rato, disfrutando, a través de aquella trivial simpatía hacia el viejo médico, de la naciente concordancia de sus corazones.

¡El bueno del doctor Chaplain! ¡Qué fisonomía tan amable, tan fina!... Siempre tocado con su birrete de seda... Y siempre con una flor en la solapa. Por lo demás, el mejor médico de la escuela de Trousseau^[117].

—Y madame Chaplain —añadió Carlos— es una persona encantadora... ¿No le parece?

Pero Maria Eduarda no conocía a madame Chaplain. Adentro, el apático reloj comenzó a dar las once. Carlos se puso en pie, acabando así su fugaz, inolvidable, deliciosa visita...

Cuando ella le tendió la mano, un poco de sangre se le subió de nuevo a la cara al tocar aquella palma tan suave, tan fresca. Le pidió que transmitiera a *mademoiselle* Rosa sus saludos. Después, ya en la puerta, con el repostero alzado, se volvió una vez más con un último saludo, para recibir la dulce mirada con que ella le seguía...

—¡Hasta mañana, claro está! —exclamó ella de repente, con una linda sonrisa.

—¡Hasta mañana, por supuesto!

Domingos ya estaba en el descansillo, con el frac puesto, risueño y bien peinado.

—¿Es cosa de cuidado, señor?

—No es nada, Domingos... Encantado de haberle visto aquí...

—Yo también, señor. Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana.

«Niniche» acudió también al descansillo. Carlos se agachó para acariciarla, y radiante, le dijo también:

—Hasta mañana, «Niniche».

¡Hasta mañana! De vuelta al Ramalhete, aquélla era la única idea que percibía claramente por entre la niebla luminosa que le ahogaba el alma. El día ya se había acabado para él. Pero cuando pasaran aquellas largas horas, cuando amaneciese, volvería de nuevo a aquel salón de reps rojo en que ella le aguardaría con el mismo vestido de sarga, disponiendo hojas verdes en torno a unos tallos de rosa...

Caminando por el Aterro, entre la polvareda veraniega y el ruido de los carruajes, lo único que veían sus ojos era aquel salón recién alfombrado, fresco, silencioso y claro. Alguna de sus frases le asaltaba la memoria con el tono de oro de su voz. O relucían ante sus ojos las piedras de sus anillos, entremetidos en el pelo de «Niniche». Ahora que conocía su sonrisa, de una gracia tan delicada, le parecía más guapa. Era muy inteligente, tenía muy buen gusto. Y la pobre vieja de la puerta, aquella enferma a la que daba vino de Oporto, era un indicio de su bondad... Y lo que más le gustaba

era que ya no volvería a vagar por la ciudad como un alma en pena, en busca de sus ojos negros. Ahora le bastaría con subir unos peldaños y la puerta de su casa se abriría. La vida entera parecía más fácil, equilibrada, sin dudas e impaciencias.

En su cuarto, en el Ramalhete, Baptista le entregó una carta.

—La ha traído la escocesa, usted ya había salido.

¡Era de la Gouvarinho! Una cuartilla en la que había escrito a lápiz: «*All right*». Carlos la estrujó, furioso. ¡La Gouvarinho!... Con el radiante tumulto en que se hallaba sumido su corazón, no se había vuelto a acordar de ella desde la víspera. ¡Y al cabo de unas horas, en el tren de la noche, ambos debían partir hacia Santarém para amarse a escondidas en un hotel! Se había comprometido a ello. Ya ella debía de estar preparada con la atroz peluca, con el *waterproof* de amplio vuelo. Todo *all right*... Le pareció que era ridícula, mezquina, estúpida... ¡Estaba claro que no iría, que nunca iría, de ningún modo! Si bien tenía que presentarse en la estación de Santa Apolónia, balbucir alguna disculpa vulgar, asistir a su desconsuelo, ver sus ojos anegados en lágrimas. ¡Qué pesadez!... La odió.

Cuando se sumó a la mesa para el almuerzo, Craft y Afonso, ya sentados, hablaban justamente de Gouvarinho y de los artículos que seguía publicando gravemente en el *Jornal do Comércio*.

—¡Valiente imbécil! —exclamó Carlos con una voz que silbaba, pagando con la literatura política del marido las inoportunidades amorosas de su mujer.

Afonso y Craft le miraron, sorprendidos de semejante violencia. Craft le censuró su ingratitud. Porque no había en el mundo nadie más devoto de Carlos que aquel desventurado hombre de Estado...

—No se hace usted una idea, señor Afonso da Maia. Es un culto, una idolatría...

Carlos se encogió de hombros, impaciente. Y Afonso, congraciado con aquel hombre que de tal modo admiraba a su nieto, murmuró con bondad:

—Pobre, supongo que es inofensivo...

Craft celebró mucho la ocurrencia.

—¡«Inofensivo»! ¡Admirable, señor Afonso da Maia! «Inofensivo», aplicado a un hombre de Estado, a un par, a un ministro, a un legislador, ¡es todo un hallazgo!... Eso es lo que son...

—¿Chablis? —susurró el criado.

—No, un té.

Y añadió:

—El champán que ayer bebimos en las carreras por patriotismo, me cayó como un tiro... Me espera una semana a leche.

Hablaron de las carreras, de las ganancias de Carlos, de Clifford, del tul azul de Dâmaso.

—Quien sí iba muy bien vestida era la Gouvarinho —dijo Craft removiendo su té

—. Le quedaba estupendamente aquel blanco crema, moteado de negro. Una verdadera *toilette* para las carreras... *C'était un œillet blanc panaché de noir*... ¿No te parece, Carlos?

—Sí —rezongó— muy bien.

¡Otra vez la Gouvarinho! ¡Ya no había en su vida conversación en la que no apareciera, camino en el que no se cruzara! Allí mismo, sentado a la mesa, decidió para sus adentros no volver a verla, escribirle un billete corto, educado, negándose a ir a Santarém, sin dar explicaciones...

Pero en su cuarto, ante la hoja de papel, se fumó un largo cigarrillo sin hallar una frase que no fuera pueril o brutal. No le tenía la suficiente simpatía como para darle el tratamiento de «querida». Hasta le acometía cierta repulsión física: su exagerado olor a verbena debía de ser intolerable durante toda una noche; y la piel del cuello, que antaño se le figuraba de satén, tenía en realidad, más allá de la línea de los polvos de arroz, un tono amarillento, pegajoso. Decidió no escribirle. Iría por la noche a Santa Apolónia, y en el momento en que el tren echase a andar, correría a la portezuela, balbuciría fugazmente una excusa; no le daría tiempo a lloriqueos ni recriminaciones; un rápido apretón de manos y adiós para siempre...

Por la noche, a la hora de dirigirse a la estación, le costó un mundo abandonar la placidez de su butaca, de su puro... Desesperado, subió al *coupé*, maldiciendo la tarde en que en el *boudoir* azul, por culpa de una rosa y de cierto vestido del color de las hojas muertas que le quedaba muy bien, los dos habían acabado tumbados en un sofá...

Cuando llegó a Santa Apolónia, faltaban dos minutos para la salida del expreso. Corrió a un extremo del vestíbulo a comprar un pase, y hubo de esperar una eternidad a que detrás de la ventanilla dos manos lentas y blandas hallasen el cambio laboriosamente.

Entraba por fin en la sala de espera cuando se dio de bruces con Dâmaso, que llevaba sombrero gacho y un bolso de viaje en bandolera. Dâmaso le tomó las manos enternecido:

—¡Muchacho, por qué te has tomado la molestia!... ¿Y cómo has sabido que partía?

Carlos no le desilusionó, balbuciendo que se lo había dicho Taveira, que se había encontrado con Taveira...

—¡Lo que son las cosas! —exclamó Dâmaso—. Esta mañana, estaba yo en la cama muy regaladamente, y zas, un telegrama... ¡Me ha sentado fatal! Imagínate cómo me he puesto, un disgusto semejante...

Fue entonces cuando Carlos cayó en la cuenta de que iba de luto, con crespón en el sombrero, guantes negros, polainas negras y una cenefa negra en el pañuelo... Embarazado, murmuró:

—Taveira me ha dicho que te marchabas, pero nada más... ¿Se te ha muerto alguien?

—Mi tío Guimarães.

—¿El comunista? ¿El de París?

—No, su hermano, el mayor, el de Penafiel... Espérame aquí un momento, que voy al café a llenar de coñac la petaca. Con la aflicción se me ha olvidado el coñac...

Aún seguían llegando pasajeros, sin aliento, con el guardapolvo puesto, con sombrereras en la mano. Los mozos operaban con los equipajes con gran pachorra. Ante una de las portezuelas, en la que se exhibía un caballero barrigudo, con una gorra con bordados de seda, aguardaba en respetuoso silencio una peña de amigos políticos. A su lado una señora sollozaba bajo el velo.

Carlos, viendo un vagón con la indicación de reservado, pensó que sería el de la condesa. Un mozo le interceptó furioso, como si se dispusiera a profanar un santuario. ¿Qué quería, qué se le había perdido allí? ¿No sabía que era el reservado del señor Carneiro?

—No.

—Pues pregunte —rezongó el mozo, lívido del susto.

Carlos fue pasando ante otros vagones en los que la gente se apiñaba, sofocada entre tanto bulo. En uno, dos tipos discutían por un asiento, tratándose de «maleducados». Más adelante un crío pateaba y chillaba en brazos de su ama.

—¿A quién andas buscando, muchacho? —exclamó Dâmaso alegremente, pasándole el brazo por la cintura.

—A nadie... Me había parecido ver al marqués.

Dâmaso se quejó de aquel engorro de tener que ir a Penafiel.

—¡Ahora que tanta falta me hacía estar en Lisboa! Porque últimamente ¡he tenido una suerte con las mujeres! ¡Una suerte bárbara!

Sonó la campanilla. Dâmaso abrazó tiernamente a Carlos, subió al vagón, se puso un gorro de seda, y asomándose a la portezuela continuó con sus confidencias. Lo que más le contrariaba era dejar así lo de la Rua de São Francisco. ¡Qué faena! ¡Ahora que la cosa iba tan bien, el marido en Brasil y ella allí, a dos pasos del Grémio!...

Carlos apenas le escuchaba, distraído, mirando al gran reloj transparente. De repente Dâmaso dio un salto de sorpresa.

—¡Mira, los Gouvarinho!

Carlos también dio un salto. El conde, con sombrero hongo de viaje, paletó ceniciento, sin prisa, como competía al director de la Compañía, venía conversando con un alto rango de la estación, todo lleno de galones dorados, que se ocupaba de la sombrerera del señor director. Y la condesa, enfundada en un espléndido guardapolvo con *foulard* castaño, y con un velo gris ceniza que le cubría el rostro y el sombrero, le

seguía detrás con su criada escocesa, en la mano un ramo de rosas.

Carlos corrió hacia ellos, muy asombrado.

—¿Usted por aquí, Maia?

—¿De viaje, conde?

Así era. Había decidido acompañar a la condesa a Oporto, al cumpleaños de su padre... Decisión de última hora, casi pierden el tren.

—Entonces, ¿le tendremos de compañero, Maia? ¿Tendremos ese placer?

Carlos se apresuró a contar que estaba allí para estrecharle la mano al pobre Dâmaso, de camino a Penafiel por la muerte de su tío.

Asomado a la portezuela, con las manos afuera, enguantadas en negro, el pobre Dâmaso saludaba a la señora condesa con gravedad, fúnebremente. Y el bueno de Gouvarinho no quiso dejar de ir a darle su *shake-hands* y su pésame.

A solas con la condesa, Carlos murmuró:

—¡Qué faena!

—¡Maldito hombre! —exclamó ella entre dientes, lanzando a través del velo una mirada relampagueante—. Todo tan bien arreglado, ¡y a última hora se empeña en venir!...

Carlos los acompañó hasta su reservado, un vagón que acababan de añadir para el señor director. La condesa se sentó en una esquina junto a la portezuela. Y como el conde, en un tono pulido y ácido, le aconsejó que se sentase mirando a la locomotora, ella hizo un gesto de hartazgo, echó a un lado el ramo desabridamente, y se acomodó con ahínco en el asiento. Se cruzaron una dura mirada de cólera. Carlos, violento, les preguntó:

—¿Y se van para mucho tiempo?

El conde respondió con una sonrisa, disfrazando su mal humor:

—Sí, tal vez para un par de semanas, unas pequeñas vacaciones.

—A lo sumo tres días —replicó ella con voz fría y cortante como una navaja.

El conde no respondió, lívido.

Todas las portezuelas se habían cerrado, el silencio se cernió sobre el andén. El silbido de la locomotora traspasó el aire, y el largo tren, con un ruido seco de frenos endurecidos, echó a rodar con pasajeros que aún se asomaban a las portezuelas para dar los últimos apretones de manos. Aquí y allá apuntaban pañuelos blancos. La mirada de la condesa a Carlos tuvo la dulzura de un beso. Dâmaso le dio recuerdos para el Ramalhete. El compartimiento del correo pasó iluminado. Y con otro lacerante silbido, el tren se perdió en la noche.

Ya solo en su *coupé*, de vuelta a la Baixa, Carlos sentía una alegría triunfal ante la marcha de la condesa y el inesperado viaje de Dâmaso. Era como una dispersión providencial de todos los inoportunos. En torno a la Rua de São Francisco se hacía la soledad, con todos sus encantos, con todas sus complicidades.

En el Cais do Sodré dejó el coche. Subió a pie por la Rua do Ferregial, pasó ante las ventanas de la Rua de São Francisco. Sólo pudo distinguir una tira de claridad por entre los postigos medio cerrados. Pero aquello le bastaba. Ahora podía imaginarse con precisión la tranquila velada de Maria Eduarda en el espacioso salón de reps rojo. Sabía el título de los libros que leía, qué partituras tenía sobre el piano. Y las flores que allí difundían su aroma las había visto arreglar aquella misma mañana. ¿Le dedicaría ella algún pensamiento? Seguro que sí. Tendría que acordarse de las horas de la medicina, de las indicaciones que él había dado, del sonido de su voz. Y hablando con Miss Sara, pronunciaría a buen seguro su nombre. Dos veces paseó la Rua de São Francisco. Y se retiró a casa bajo la noche estrellada, despacio, rumiando la dulzura de aquel gran amor.

A diario, durante semanas, gozó de aquella hora deliciosa, espléndida, perfecta, de «la visita a la inglesa».

Saltaba de la cama cantando como un canario, e iniciaba su día como si de una acción triunfal se tratara. El correo le traía invariablemente una carta de la Gouvarinho, tres hojas de las que siempre se caía una flor medio mustia. Él dejaba estar la flor sobre la alfombra. Apenas podría haber dicho de qué hablaban aquellos renglones torcidos. Por todo saber sabía que tres días después de su llegada a Oporto, a su padre, el viejo Thompson, le había dado una apoplejía. Y allí estaba ella de enfermera. Después, envolviendo dos o tres flores del jardín en un papel de seda, salía a su visita, siempre en su *coupé*, porque el tiempo había cambiado y los días se sucedían tristes, con sudoeste y lluvia.

A la puerta, Domingos le recibía con una sonrisa cada vez más enternecida. «Niniche» acudía en el acto, dando saltitos amistosos. Él la cogía en brazos para besarla. Aguardaba un instante en el salón, de pie, saludando con la mirada los muebles, las flores, el claro orden de las cosas. Examinaba en el piano qué música había tocado ella aquella mañana, o el libro que había dejado interrumpido, con la plegadera de marfil entre las hojas.

Aparecía Maria Eduarda. Su sonrisa al darle los buenos días, su voz de oro, tenían a diario para Carlos un nuevo encanto, cada vez más penetrante. Solía llevar un vestido oscuro y sencillo: tan sólo de vez en cuando una corbata de estupendo encaje antiguo, o un cinturón de hebilla con incrustaciones de pedrería, avivaban aquel traje sobrio, casi severo, que a Carlos se le antojaba el más hermoso del mundo, como una manifestación de su espíritu.

Comenzaban por hablar de Miss Sara, de aquel tiempo agreste y húmedo que le era tan poco favorable. Sin dejar de conversar, aún de pie, ella colocaba mejor algún libro, o movía una silla que no estaba en su lugar. Tenía el hábito inquieto de recomponer constantemente la simetría de las cosas. Y al pasar, maquinalmente,

sacudía la superficie de los muebles, más que limpios, con el magnífico encaje de su pañuelo.

Ahora le acompañaba al cuarto de Miss Sara. Por el corredor amarillo, yendo a su lado, a Carlos le alteraba la caricia de aquel perfume íntimo que contenía jazmín, y que parecía emanar del movimiento de sus faldas. A veces ella abría familiarmente la puerta de un cuarto apenas amueblado con un viejo sofá: allí era donde Rosa jugaba, donde estaban las ropitas de Cricri, los carruajes de Cricri, la cocina de Cricri. La encontraban vistiéndola, conversando con ella muy seriamente. O bien en el sofá, con los piecitos cruzados, inmóvil, absorta en algún libro de estampas abierto sobre las rodillas. Ella se levantaba aprisa, y alargaba su boquita para besar a Carlos. Su persona tenía la frescura de una flor.

En el cuarto de la gobernanta, Maria Eduarda se sentaba a los pies de la cama blanca. Y la pobre Miss Sara, aún con mucha tos, confusa, comprobando a cada instante que la ropa de cama le tapaba bien el cuello, insistía en que se encontraba bien. Carlos bromeaba con ella, diciéndole que con aquel tiempo de perros, la felicidad consistía en estar en la cama, con buenos cuidados, algunas novelas patéticas y siguiendo la apetitosa dieta portuguesa. Ella volvía sus ojos agradecidos hacia *madame*, y suspiraba. Luego murmuraba:

—*Yes, I am very comfortable!*

Y se enternecía.

Al regresar al salón, ya desde los primeros días, Maria Eduarda se había sentado en su silla carmesí, y conversando con Carlos retomaba muy naturalmente el bordado, como en presencia de un viejo amigo. ¡Con qué profunda felicidad vio Carlos desplegarse aquel cañamazo! Iba a ser un faisán de plumas rutilantes, pero de momento sólo estaba bordada la rama del manzano en que se hallaba posado, una fresca rama primaveral, cuajada de florecillas blancas, como de un pomar de Normandía.

Carlos, sentado junto al buró de palisandro, ocupaba la más vieja, la más cómoda de las butacas de reps rojo, cuyos muelles chirriaban un poco. Entre ellos quedaba la mesa de costura, con la *Ilustração* o alguna revista de modas. A veces, durante algún silencio, él ojeaba los grabados, en tanto las preciosas manos de Maria, con fulgores de joyas, iban tirando de los hilos de lana. «Niniche» dormitaba a sus pies, espiándolos de tiempo en tiempo por entre sus lanas, con su hermoso ojo negro y grave. Y en aquellos oscuros días de lluvia, que afuera eran fríos y tenían como un rumor de goteras, aquel rincón de la ventana adquiría, con la paz del trabajo sereno en el cañamazo, con las voces lentas y amigables, y en ocasiones con dulces silencios, algo de íntimo y cariñoso...

Pero en lo que ellos se decían no había intimidades. Hablaban de París y de su encanto, de Londres, donde ella había pasado cuatro lúgubres meses de invierno, de

Italia, país que ella soñaba con visitar, de libros, de asuntos artísticos. Las novelas que prefería eran las de Dickens. Feuillet^[118] le gustaba menos, porque todo lo cubría con polvos de arroz, hasta las heridas del corazón. A pesar de que se había educado en un severo convento de Orléans, había leído a Michelet y a Renan. Por lo demás, no era una católica militante. Las iglesias sólo le atraían por los aspectos pintorescos y artísticos del culto, la música, las luces, los estupendos meses de Maria en Francia, con la dulzura de las flores de mayo. Su pensamiento era recto y sano, con un fondo de ternura que la ponía del lado de los sufridores, de los débiles. Por eso le gustaba la república, porque le parecía el régimen más solícito con los humildes. Entre risas, Carlos se empeñaba en demostrarle que aquello era ser socialista.

—Socialista, legitimista, orleanista —decía ella— lo que usted quiera, ¡con tal de que no haya gente que pase hambre!

Pero ¿era posible aquello? Ya el mismísimo Jesús, que tenía tan dulces propósitos, había declarado que pobres siempre los habría...

—Jesús vivió hace mucho, Jesús no lo sabía todo... Hoy sabemos muchas más cosas, hay gente mucho más sabia... Es necesario crear una nueva sociedad, y deprisa, en la que la miseria no exista. En Londres, con aquellas nieves que allí caen, hay niños tiritando en los portales, gimiendo de hambre... ¡Es un auténtico horror! Y en París la gente sólo se fija en los bulevares, pero ¡cuánta pobreza, cuánta necesidad! ...

Sus hermosos ojos casi se le anegaban en lágrimas. Cada una de aquellas palabras expresaba las complejas bondades de su alma, igual que un soplo puede recoger todos los aromas de un jardín.

Carlos se sintió encantado cuando ella le asoció a sus caridades, pidiéndole que fuera a ver a la hermana de su planchadora, que tenía reumatismo, y al hijo de la señora Augusta, la anciana del descansillo, que estaba tísico. Carlos cumplió aquellos encargos con fervor religioso. Aquella inclinación de Maria Eduarda a la piedad le recordaba a su abuelo. Como a Afonso, el sufrimiento de cualquier animal le consternaba. Un día había vuelto indignada de la Praça da Figueira, casi con afanes de venganza, tras haber visto cómo en las pollerías apiñaban en cestos a aves y conejos, que padecían durante días las torturas de la inmovilidad y la ansiedad del hambre. Carlos trasladaba aquellas cóleras al Ramalhete, increpaba al marqués, que era miembro de la Sociedad Protectora de Animales. El marqués, también indignado, juraba justicia, hablaba de cárcel, de castigos en la costa de África... Y Carlos, conmovido, pensaba en cuánta y distante influencia puede tener, por aislado que esté del mundo, un corazón justo.

Una tarde hablaron de Dâmaso. A ella le parecía insufrible, con aquella petulancia suya, aquellos ojos saltones, aquellas preguntas necias. ¿Le parece Niza elegante? ¿Prefiere usted la capilla de San Juan Bautista a Notre-Dame?

—¡Y esa manía suya de hablar de personas que no conozco! La señora condesa de Gouvarinho, los tés de la señora condesa de Gouvarinho, el palco de la señora condesa de Gouvarinho, la preferencia que la señora condesa de Gouvarinho tiene por él... ¡Y así horas y horas! A veces tengo miedo de quedarme dormida...

Carlos se puso colorado. ¿Por qué entre mil nombres posibles había tenido que referirse a la Gouvarinho? Pero se tranquilizó al verla reírse con sencillez e ingenuidad. Seguro que no sabía quién era la Gouvarinho. Mas para alejar de ellos a toda prisa aquel nombre, sacó a colación a *monsieur* Guimarães, el famoso tío de Dâmaso, el amigo de Gambetta, aquel hombre influyente de la República...

—Dâmaso me ha dicho que usted le conoce mucho...

Ella había alzado los ojos, con un ligero rubor en el rostro.

—A *monsieur* Guimarães... Sí, le conozco mucho... Últimamente nos hemos visto menos, pero él era muy amigo de mi madre...

Y tras un silencio y una breve sonrisa, retomó su largo hilo de lana:

—¡Pobre Guimarães! Su mucha influencia en la República se reduce a traducir noticias del español y el italiano para el *Rappel*, pues vive de eso... Si es amigo de Gambetta no lo sé, Gambetta tiene amigos tan extraordinarios... Pero Guimarães, por lo demás un buen hombre, un hombre honrado, es un personaje grotesco, una especie de pánfilo republicano. ¡Y es tan pobre! Dâmaso, que es rico, si tuviera un poco de decencia, o el menor sentimiento, no debería permitir que viviera tan miserablemente...

—Pero entonces, todos esos carruajes, ese lujo que Dâmaso le atribuye...

Ella se encogió de hombros en silencio. Carlos sintió hacia Dâmaso un asco intolerable.

Poco a poco sus conversaciones adquirieron una intimidad más penetrante. Ella le preguntó por su edad, él le habló de su abuelo. Y durante aquellas horas benéficas en que ella, silenciosa, pinchaba su cañamazo, él le contó su vida, sus planes de hacer carrera, le habló de sus amigos, de sus viajes... Ahora ella conocía el paisaje de Santa Olávia, al «Reverendo Bonifácio», las excentricidades de Ega. Un día quiso que Carlos le hablase largo y tendido de su libro *La medicina antigua y moderna*. Aprobó, con simpatía, que en él pintara las figuras de los grandes médicos, benefactores de la humanidad. ¿Por qué siempre se glorificaba a los guerreros y a los fuertes? Salvar la vida de un niño le parecía algo mucho más bello que la batalla de Austerlitz. Y aquellas palabras, dichas con sencillez, sin levantar siquiera los ojos del bordado, caían de lleno en el corazón de Carlos, y allí se quedaban mucho tiempo, palpitando y brillando...

Él le había ido haciendo todas las confidencias posibles, y sin embargo aún no sabía nada de su pasado, ni dónde había nacido ni en qué calle vivía en París. Jamás le había oído mencionar el nombre de su marido, ni hablar de un amigo o de una

alegría de sus allegados. Parecía no tener en Francia, donde vivía, ni intereses ni hogar. En aquello era como la diosa que él había soñado, sin contactos previos con la Tierra, descendida de una nube de oro para sentir allí, en aquel piso alquilado de la Rua de São Francisco, su primer estremecimiento humano.

Ya la primera semana habían hablado de afectos. Ella creía con todo candor que entre un hombre y una mujer era posible una amistad pura, inmaterial, emanada de la concordancia amable de dos espíritus delicados. Carlos afirmó que también él creía en aquellas bellas uniones, fruto del aprecio y la razón, pero siempre y cuando tuvieran una punta de ternura... Eso las perfumaba con un gran encanto, y no les restaba sinceridad. Y con aquellas palabras un tanto difusas, murmuradas con lentas sonrisas entre los puntos del bordado, quedó sutilmente establecido que entre ellos sólo debía haber un sentimiento así, casto, legítimo, lleno de dulzura y libre de tormentos.

¿Y qué más le daba a Carlos? Con tal de que pudiera pasar aquella hora en la butaca de cretona, viéndola bordar y conversando acerca de cosas atractivas, o que lo eran por la gracia de que las revestía su persona; con tal de que viera su rostro, ligeramente ruborizado, inclinarse con la lenta atracción de una caricia sobre las flores que le llevaba; con tal de que le reconfortase el alma la certeza de que el pensamiento de ella le acompañaba simpáticamente a lo largo de la jornada cuando abandonaba aquel adorado salón de reps rojo, su corazón se sentía feliz.

No se le pasaba por la cabeza que aquella amistad ideal, de intenciones tan castas, era el camino más seguro para que ella cayese, dulcemente engañada, en sus brazos ardientes de varón. Con el deslumbramiento en que vivía tras verse admitido de repente en una intimidad que había juzgado infranqueable, sus deseos se habían esfumado. Lejos de ella, aún osaba de vez en cuando concebir la esperanza temeraria de un beso, o de una fugitiva caricia con la yema de los dedos. Pero apenas traspasaba el umbral de su puerta y le bañaba el tranquilo rayo de su mirada negra, se sumía en una profunda devoción, a tal punto que le hubiera parecido un ultraje brutal el mero roce de los pliegues de su vestido.

Aquél fue sin duda el periodo más delicado de su vida. Sentía mil cosas finas, nuevas, de una emocionante frescura. Nunca había imaginado que hubiera tanta felicidad en mirar a las estrellas cuando el cielo está limpio; o en bajar de mañana al jardín a escoger una rosa bien abierta. Tenía en el alma una constante sonrisa, que sus labios repetían. El marqués le encontraba un aire beatífico y baboso...

A veces, paseando por su cuarto, se preguntaba hasta dónde le llevaría aquel gran amor. No lo sabía. Ante sí tenía aquellos tres meses que ella iba a pasar en Lisboa, y en los que nadie sino él ocuparía aquella vieja butaca junto a su bordado. Su marido estaba lejos, separado por leguas de mar incierto. Y además, era rico, y el mundo ancho...

Seguía con sus planes de trabajo, pretendía que en su jornada no hubiera sino horas nobles. Las que no se consagraran a las puras felicidades del amor, debían consagrarse a las elevadas alegrías del estudio. Iba al laboratorio, añadía algunas líneas a su manuscrito. Pero antes de la visita a la Rua de São Francisco no lograba disciplinar su espíritu, inquieto, sumido en un torbellino de esperanzas. Y cuando volvía, se pasaba el día recapitulando lo que ella había dicho, lo que él le había respondido, sus gestos, la gracia de determinada sonrisa... Fumaba cigarrillos, leía a los poetas.

Todas las noches, en el despacho de Afonso, se jugaba la partidita de *whist*. El marqués echaba su dominó con Taveira, enfangados los dos en aquel vicio, con un rencor creciente que les empujaba a la injuria. Después de las carreras, el secretario de Steinbroken había comenzado a frecuentar el Ramalhete. Mas era como si nada. Ni siquiera cantaba como su jefe baladas de Finlandia. Arrellanado en una poltrona, muy peripuesto, con monóculo, bamboleando una pierna, se atusaba silenciosamente sus largos bigotes tristes.

El amigo que a Carlos le gustaba ver entrar era Cruges, que venía de la Rua de São Francisco y traía consigo algo del aire que Maria Eduarda respiraba. El maestro sabía que Carlos iba allí todas las mañanas, a visitar a la «miss inglesa». Y muchas veces, inocentemente, ignorando la viva atención con que Carlos le escuchaba, le daba las últimas noticias de la vecina...

—Ahí he dejado a la vecina con su Mendelssohn... Tiene ejecución, tiene expresión la vecina... Tiene fibra... Y comprende su Chopin.

Si Cruges no aparecía por el Ramalhete, Carlos iba a buscarle a su casa. Se pasaban por el Grémio, donde se fumaban un puro en alguna sala recoleta, hablando de la vecina. Según Cruges tenía «un auténtico tipo de *grande dame*».

Casi siempre se encontraban con el conde de Gouvarinho, que se dejaba caer por el Grémio para ver (tal y como él decía, chispeante de ironía) qué se cocía «en el país de Gambetta». Parecía rejuvenecido últimamente, con un porte más ligero, con una claridad esperanzada en los lentes, en la frente altiva. Carlos le preguntaba por la condesa. Allí estaba, en Oporto, cumpliendo con sus deberes filiales...

—¿Y su suegro?

El conde bajaba el rostro radiante, y murmuraba cavernosamente, con resignación:

—Mal.

Una tarde, Carlos conversaba con Maria Eduarda, acariciando a «Niniche», que se había sentado en sus rodillas, cuando Romão entreabrió discretamente el repostero y, en voz baja y con aire de embarazo, de complicidad, murmuró:

—¡Es el señor Dâmaso!...

Ella miró a Romão, sorprendida por aquellas maneras, casi escandalizada:

—Pues bien, ¡que pase!

Dâmaso irrumpió en la sala, de luto, con una flor en la solapa, fondón, risueño, familiar, con el sombrero en la mano, llevando de un bramante un paquete parduzco... Pero al ver a Carlos allí, tan íntimo de la casa, con la perrita en brazos, se detuvo atónito, con los ojos como platos, atontado. Por fin dejó el paquete y cumplimentó a Maria Eduarda con mucha delicadeza. Y volviéndose hacia Carlos con los brazos abiertos, liberó todo su asombro ruidosamente:

—¿Tú por aquí? ¡Esto sí que es una sorpresa! ¡Quién me lo iba a decir!... Nunca se me hubiera ocurrido...

Maria Eduarda, incómoda ante tanta estridencia, le indicó vivamente una silla, interrumpió por un instante su bordado, le preguntó qué tal su viaje.

—Perfectamente, señora... Un poco cansado, como es lógico... Vengo directo de Penafiel... Como usted puede ver —y mostró el luto de su vestimenta— acabo de pasar por una gran desgracia.

Maria Eduarda murmuró algunas palabras de condolencia, con vaguedad, fríamente. Dâmaso se quedó con la mirada perdida en la alfombra. Volvía de la provincia todo coloradote. Y como se había afeitado la barba (que se dejara para imitar a Carlos) parecía más mofletudo y lustroso. Los muslos rollizos, grasientos, tensaban sus pantalones de cachemira negra.

—Entonces —preguntó Maria Eduarda— ¿le tendremos por aquí mucho tiempo?

Él le dio un empujoncito a su silla, acercándola a la de ella, y de nuevo risueño respondió:

—Ahora, señora, ¡no hay quien me mueva de Lisboa! Ya puede morirse... En fin, me apenaría que se me muriera alguien. ¡Lo que quiero decir es que va a ser difícil sacarme de Lisboa!

Carlos continuaba acariciando a «Niniche» muy tranquilamente. Se hizo un pequeño silencio. Maria Eduarda retomó el bordado. Y Dâmaso, después de sonreír, de toser, de atusarse el bigote, alargó la mano para acariciar también a «Niniche». Pero la perrita, que hacía un momento le había mirado con ojo desconfiado, se puso en pie y comenzó a ladrarle furiosa.

—*C'est moi*, «Niniche»! —le decía Dâmaso reculando con la silla—. *C'est moi, ami... Alors*, «Niniche»...

Fue preciso que Maria Eduarda reprendiera severamente a «Niniche». Y acurrucada de nuevo en brazos de Carlos, continuó vigilando a Dâmaso con odio, sin dejar de gruñirle.

—Ya no me conoce —decía confundido— es curioso...

—Le conoce perfectamente —terció Maria Eduarda muy seria—. Lo que yo no sé es qué le ha hecho usted para que le guarde esta inquina. Siempre se pone así.

Dâmaso balbucía, colorado:

—Y ¿qué quiere usted que le haya hecho? Nada, señora... Caricias, siempre caricias.

Y ya no se contuvo más, se refirió con ironía a las nuevas amistades de *mademoiselle* «Niniche». Allí estaba en brazos de otro, y a él, a su viejo amigo, le dejaba de lado...

Carlos se rió.

—Dâmaso, no la acuses de ingratitud... Doña Maria Eduarda ha dicho que siempre te ha tenido ojeriza...

—¡Siempre! —exclamó Maria.

Dâmaso sonreía también, un poco lívido. Después, sacando un pañuelo con cenefa negra, limpiándose los labios y hasta el sudor de la nuca, recordó a Maria Eduarda el plantón que le había dado el día de las carreras... La había esperado toda la tarde...

—Era la víspera de la partida de... —dijo ella.

—Sí, ya lo sé, su marido... ¿Y qué tal está el señor Castro Gomes? ¿Ya ha recibido noticias suyas?

—No —respondió ella sin levantar el rostro del bordado.

Dâmaso redobló sus muestras de pleitesía. Preguntó por *mademoiselle* Rosa. Por Cricri. Era importante no olvidarse de Cricri...

—Pues usted —continuó con súbita locuacidad— se lo perdió, porque las carreras fueron espléndidas... Nosotros no nos hemos visto desde entonces, ¿no Carlos? Ah sí, nos vimos en la estación... ¿No es cierto que fueron de lo más chic? De una cosa puede estar usted segura, señora, y es que no hay hipódromo más bonito. Una vista de la desembocadura del Tajo que corta la respiración... Uno ve entrar los navíos perfectamente... ¿No es cierto, Carlos?

—Sí —dijo Carlos sonriendo— no es lo que se dice un hipódromo... Porque caballos, lo que se dice caballos de carreras, no hay... Y jockeys, tampoco... Y apuestas verdaderas, menos aún... Por no haber no hay ni público...

Maria Eduarda se reía alegremente.

—Y ¿entonces?

—Sirve para ver entrar los navíos...

Dâmaso protestaba, con las orejas rojas como un tomate. Eran ganas de criticar... ¡No, no señor!... Las carreras de Lisboa eran estupendas. Como las del extranjero, con las mismas reglas y todo.

—Pero si en el pesaje —adujo muy serio— ¡hablamos siempre en inglés!

Y repitió que las carreras de Lisboa eran de lo más chic. Después no supo qué decir, y continuó con Penafiel, donde había llovido tanto que se había visto obligado a quedarse en casa tontamente, leyendo...

—¡Una auténtica pesadez! Si al menos hubiera allí mujeres con las que se pudiera charlar un poco... Pero ¡qué va! ¡Unos auténticos monstruos! Y yo, a las lavanderas, a las mozas de pie descalzo, no las tolero... Hay a quien le gustan... Pero yo, créame usted, no las tolero...

Carlos se ruborizó. Maria Eduarda hizo como si no hubiera escuchado, ocupada en contar atentamente los hilos de su bordado.

De repente Dâmaso se acordó de que había traído un regalito para doña Maria Eduarda. Pero que no se pensara que era ninguna maravilla... Lo cierto es que era una cosita para *mademoiselle* Rosa.

—Bueno, para no andarnos con misterios le diré lo que es. Está ahí, en ese paquete de papel pardo... Son yemas de Aveiro. Es un dulce muy célebre, incluso fuera de Portugal. Pero sólo las de Aveiro tienen chic... Pregúntele usted a Carlos. ¿No es cierto, Carlos, que son una delicia, y que se conocen en el extranjero?

—Ah, claro —murmuró Carlos— claro...

Depositó a «Niniche» en el suelo, se puso en pie y cogió su sombrero.

—¿Ya? —le preguntó Maria Eduarda, con una sonrisa que era sólo para él—. Bueno, entonces ¡hasta mañana!

Y se volvió hacia Dâmaso, esperando que también él se levantara. Pero Dâmaso no se movió de su asiento, con un aire de no tener prisa, de ser como de la casa, bamboleando la pierna. Carlos le tendió dos dedos.

—*Au revoir!* —dijo el otro—. Recuerdos al Ramalhete, ya me pasaré por allí...

Carlos bajó las escaleras furioso.

Allí se quedaba aquel imbécil, imponiendo su persona groseramente, tan obtuso que no advertía el enfado de ella, su sequedad cortante. Y ¿para qué se quedaba? ¿Cuántas crasas banalidades le quedaban aún por decir en su vil jerigonza, cruzado de piernas? Y de repente se acordó de lo que le había contado la noche de la cena de Ega, a la puerta del Hotel Central, a propósito de Maria Eduarda y de su método con las mujeres: «El asalto». Si aquel idiota, de pronto, febril y bestial, osara ultrajarla... Acaso fuera una suposición insensata, pero se quedó en el patio, aguzando el oído, con la idea violenta de esperar a Dâmaso y prohibirle que volviera a subir aquellas escaleras, y a la menor objeción aplastarle el cráneo contra las losas...

Pero oyó que arriba se abría una puerta, y salió a toda prisa, temeroso de que le sorprendieran escuchando. El *coupé* de Dâmaso aguardaba a la puerta. Le asaltó la curiosidad irreprimible de comprobar cuánto tiempo se quedaba Dâmaso con Maria Eduarda. Corrió al Grémio, y apenas se sentó y abrió una ventana vio salir a Dâmaso por el portón, subirse al *coupé* y cerrar con fuerza la portezuela. Le pareció que tenía pinta de que Maria Eduarda le hubiera puesto en la calle, y de improvisó tuvo lástima de aquel mequetrefe.

Aquella noche, tras la cena, Carlos, a solas en su cuarto, fumaba hundido en una

poltrona, relejendo una carta de Ega recibida aquella mañana, cuando se presentó Dâmaso. Sin quitarse el sombrero, desde la puerta, exclamó con el mismo asombro de aquella mañana:

—¡A ver, cuéntame! ¡Vuelvo, y te encuentro con la brasileña! ¿Cómo demonios la has conocido?

Sin despegar la cabeza del respaldo de su poltrona, cruzando las manos sobre las rodillas, sobre la carta de Ega, Carlos, ahora de muy buen humor, le reconvino paternalmente:

—Pero ¡cómo se te ocurre exponerle a una señora tus opiniones lúbricas acerca de las lavanderas de Penafiel!...

—¡No se trata de eso, sé muy bien lo que se puede y no se puede contar! — exclamó el otro, colorado—. ¡Venga, cuéntame! ¡Qué demonios! Me parece que tengo derecho a saber, ¿no? ¿Cómo la has conocido?

Carlos, imperturbable, cerrando los ojos como para recordar, comenzó su narración en un tono lento y solemne de recitativo:

—En una tibia tarde de primavera, cuando el sol se hundía por entre nubes de oro, un mensajero extenuado se colgaba de la campanilla del Ramalhete. En la mano llevaba una carta, lacrada con sello heráldico. Y la expresión de su semblante...

Dâmaso, enfadado, tiró su sombrero encima de la mesa.

—¡Creo que sería más decente que te dejaras de misterios!

—¿Misterios? Te encuentro un poco ofuscado, Dâmaso. Entrás en una casa en la que desde hace casi un mes hay una persona gravemente enferma, ¡y te asombras de encontrarte con el médico! ¿A quién esperabas ver, al fotógrafo?

—¿Quién está enfermo?

Carlos, en pocas palabras, le habló de la bronquitis de la inglesa, en tanto que Dâmaso, sentado en el borde del sofá, mordiéndose su puro apagado, le miraba con desconfianza.

—Y ¿cómo se enteró ella de dónde vivías?

—Como se sabe dónde vive el rey, dónde está la aduana, de qué lado asoma el lucero de la tarde, dónde quedan los campos de Troya. Son cosas que se aprenden en la escuela primaria...

El pobre Dâmaso dio algunos pasos por el cuarto, irritado, con las manos en los bolsillos.

—Ella tiene como criado a Romão, que fue mi criado —murmuró tras un silencio—. Yo se lo recomendé. Se guía mucho por lo que yo le digo...

—Sí, está en su casa, pero sólo por unos días, hasta que Domingos vuelva de su pueblo. Va a despedirlo, es un imbécil, tú le has enseñado malas maneras...

Dâmaso se dejó caer en el sofá, y confesó que al entrar en el salón de Maria Eduarda y verle allí, con la perrita en el regazo, se había puesto furioso... En fin,

ahora que sabía que se trataba de cosa médica, todo se explicaba... Pero al principio le había parecido que allí había gato encerrado... Al quedarse a solas con ella, había pensado en preguntarle, pero temió que no fuese delicado. Y además, ella estaba de mal humor...

Y añadió, encendiendo el puro:

—Pero cuando tú te fuiste, estuvo mejor, más a gusto... Nos reímos mucho... Me quedé hasta tarde, un par de horas más. Eran cerca de las cinco cuando me marché. Otra cosa. ¿Te ha hablado ella de mí?

—No. Es una persona de un gusto excelente. Sabiendo que nos conocemos, no se atrevería a hablar mal de ti.

Dâmaso le miró con ojo sobresaltado:

—Pero ¿podría haber hablado bien!

—No, es una persona con sentido común, tampoco se atrevería.

Y poniéndose en pie con mucho ímpetu, abrazó a Dâmaso por la cintura, zalamero, preguntándole por la herencia de su tío, en qué amores, en qué viajes y caballos de lujo se iba a gastar los millones...

Dâmaso, pese a aquellas fiestas, permanecía frío, malhumorado, mirándole de través.

—Así que tú también —dijo— me estás saliendo rana... ¡Ya no se puede uno fiar de nadie!

—En la Tierra, mi querido Dâmaso, ¡todo es apariencia y engaño!

Bajaron a la sala de billar a jugar «la partida de la reconciliación». Y poco a poco, bajo la influencia que siempre ejercía en él el Ramallete, Dâmaso se tranquilizó, recuperó su natural risueño, disfrutando de nuevo de su intimidad con Carlos en medio de aquel lujo grave, llamándole otra vez «muchacho». Preguntó por el señor Afonso da Maia. Pidió noticias del pinturero marqués. Y Ega, ¿qué era del gran Ega?

...

—Hoy he recibido carta suya —dijo Carlos—. Está al caer. El sábado le tenemos aquí.

Dâmaso reaccionó con asombro.

—¡No me digas! ¡Ésa sí que es buena! ¡Hoy mismo me he encontrado con los Cohen!... Llegaron de Southampton hace dos días... ¿Juego yo?

Jugó, y falló la carambola.

—Así es, me los he encontrado esta mañana, he hablado con ellos un instante... Raquel está mejor, más gorda... Llevaba una *toilette* inglesa con cosas blancas, cosas de color rosa... ¡Auténtico chic, parecía una frambuesa! ¿Así que vuelve Ega?... ¡Aún tenemos escándalo, muchacho!

XII

En efecto, el sábado, de vuelta de la Rua de São Francisco, Carlos se encontró a Ega en su cuarto, enfundado en un traje de cheviot claro, y con el pelo muy largo.

—¡No eches las campanas al vuelo —le dijo— que estoy en Lisboa de incógnito!

Con los primeros abrazos, declaró que volvía a Lisboa sólo por unos días, para comer bien y conversar bien. Y que contaba con Carlos para que le proporcionara aquellos deleites en el Ramalhete...

—¿Tenéis algún cuarto para mí? De momento estoy en el Hotel Español, pero aún no he abierto la maleta... Me basta con una alcoba con una mesa de pino lo bastante amplia como para escribir una obra sublime...

¡Cómo no! Le esperaba la habitación que había ocupado tras dejar Villa Balzac. Estaba muy mejorada, tenía una hermosa cama renacentista y una copia de «Los borrachos» de Velázquez.

—¡Óptimo cubil para el arte! Velázquez es uno de los santos padres del Naturalismo... A propósito, ¿sabes con quién he hecho el viaje? Con la Gouvarinho. Su padre estuvo *in articulo mortis*, pero se repuso, y el conde ha ido a buscarla. La he encontrado más delgada, aunque con un aire ardiente. Y me ha hablado de ti todo el tiempo.

—¡Ah! —murmuró Carlos.

Ega, con monóculo y las manos en los bolsillos, contemplaba a Carlos.

—Es cierto. Me ha hablado de ti constantemente, irresistiblemente, inmoderadamente. No me habías contado eso... ¿Así que has seguido mi consejo? Un cuerpo estupendo, ¿no? ¿Y qué tal en el acto del amor?

Carlos se ruborizó, le dijo que era un grosero, juró que sólo había tenido relaciones superficiales con la Gouvarinho. De vez en cuando iba a su casa a tomar el té. Y en el Chiado, en una esquina del Loreto, se echaba su parrafada con el conde acerca de las miserias públicas, como cualquiera. Eso era todo.

—¡Me mientes, libertino! —decía Ega—. Pero no importa. El lunes lo descubriré todo con este ojo mío balzaquiano... Porque el lunes cenamos en casa de los Gouvarinho.

—¿Cenamos? ¿Quiénes?

—Nosotros. Yo y tú, tú y yo. La condesa me ha invitado en el tren. Y el Gouvarinho, como compete a un individuo de su especie, ha añadido enseguida que también debía asistir «nuestro Maia». El Maia de él, el Maia de ella... ¡Santa concordia! ¡Estupenda combinación!

Carlos le miró con severidad.

—Vienes un poco obsceno de Celorico.

—Es lo que se aprende en el seno de la Santa Madre Iglesia.

Pero Carlos también tenía una novedad que le iba a poner los pelos de punta. Ega ya la sabía. Que los Cohen habían vuelto, ¿no era eso? Lo había leído aquella misma mañana en la *Gazeta Ilustrada*, en la sección de *High Life*. Allí se decía muy respetuosamente que el señor y la señora Cohen habían regresado de su *tour* por el extranjero.

—¿Y qué impresión te ha hecho? —preguntó Carlos riendo.

Ega se encogió brutalmente de hombros:

—La impresión de que la ciudad cuenta con un cornudo más.

Y como Carlos insistiera en que había vuelto de Celorico con una lengua inmundada, Ega, un poco colorado, acaso arrepentido, se lanzó a consideraciones críticas acerca de la imperiosa necesidad social de llamar a las cosas por su nombre. Si no, ¿de qué servía el gran movimiento naturalista del siglo? Si el vicio se perpetuaba era porque la sociedad, indulgente y novelesca, revestía las cosas de palabras embellecedoras, que las idealizaban... Así, ¿qué escrúpulos podría tener una mujer casada en besuquear a un tercero entre las sábanas conyugales si a eso el mundo le llamaba sentimentalmente un romance, y los poetas lo cantaban en estrofas de oro?

—A propósito, ¿qué hay de tu comedia *El muladar*? —preguntó Carlos, que había pasado al cuarto de baño.

—He abandonado —dijo Ega—. Era demasiado feroz... Y además, me obligaba a remover la podredumbre lisboeta, a sumergirme de nuevo en el albañal humano... Me deprimía...

Se detuvo ante el gran espejo, y le echó una mirada descontenta a su traje claro y a sus botas mal embetunadas.

—Necesito renovar mi vestuario, Carlinhos... Seguro que Poole te ha enviado ya los trajes de verano. Tengo que ver esos cortes de alta civilización... ¡Tengo un aspecto deplorable!

Se pasó un cepillo por el bigote, y continuó hablando en voz alta, para que Carlos le oyese desde el baño:

—Lo que ahora necesito es el régimen de la Quimera. Voy a retomar las *Memorias*. Me prometo páginas colosales en ese cuarto que me destinas, a los pies del Velázquez... Por cierto, tengo que ir a cumplimentar al viejo Afonso, puesto que va a darme pan, techo y catre...

Hallaron a Afonso da Maia en su despacho, en su vieja poltrona, con un antiguo volumen de la *Ilustración Francesa* abierto sobre las rodillas, enseñándole las estampas a un crío muy guapo, muy moreno, de mirada despierta y pelo ensortijado. El viejo se alegró mucho de que Ega se quedara con ellos por un tiempo, y animase el Ramalhete con su fecunda fantasía.

—Fantasía ya no me queda, señor Afonso da Maia.

—En ese caso, tendrás que iluminarlo con tu clara razón —dijo el viejo riéndose—. De ambas cosas no andamos muy bien en esta casa, John.

Después le presentó a aquel pequeño caballero, el señor Manuelinho, un amable chiquillo de la vecindad, hijo de Vicente, maestro de obras. Manuelinho animaba a veces la soledad de Afonso, juntos hojeaban libros de estampas y mantenían conversaciones filosóficas. En aquel preciso instante, Afonso, muy apurado, no lograba explicarle cómo el general Canrobert (cuyo garbo a lomos de un caballo encabritado estaban admirando) que había matado a tanta gente en tantas batallas, no había acabado en la cárcel...

—¡Cómo! —exclamó el pequeño, muy vivo y desenvuelto, con las manos cruzadas a la espalda—. Quien manda que maten a la gente ¡tiene que ir a la cárcel!

—¡Eh, amigo Ega! —decía Afonso riendo—. ¿Qué explicación se te ocurre ante tanta lógica? Mira, hijo, aprovechando que están aquí estos dos señores formados en Coimbra, voy a estudiar el caso... Tú ve a ver las ilustraciones a la mesa... Que ya casi es la hora de la merienda.

Carlos, ayudando al pequeño a acomodarse en la mesa con el gran tomo de estampas, pensaba en lo mucho que al abuelo, con aquel amor suyo por los niños, le gustaría conocer a Rosa...

Afonso, por su parte, le preguntaba también a Ega por la comedia. ¡Cómo! ¡Ya la había abandonado! ¿Cuándo se iba a dejar de obras maestras inacabadas?... Ega se quejó del país, de la indiferencia nacional hacia el arte. ¿Quién no se desanimaría viendo en torno a sí tan espesa masa de burgueses, amodorrada y grosera, desdeñosa de la inteligencia, incapaz de interesarse por la menor idea noble, por una frase bien hecha?

—No merece la pena, señor Afonso da Maia. En este país, en medio de esta prodigiosa imbecilidad nacional, el hombre de buen sentido y buen gusto ha de limitarse a cultivar sus lechugas. Mire Herculano^[119]...

—En ese caso —replicó el viejo— dedícate a tus lechugas. Redundará en el bien público. Pero tú ni siquiera te dedicas a eso.

Carlos, muy serio, apoyaba a Ega.

—Lo único que uno puede hacer en Portugal —dijo— es cultivar lechugas, a no ser que una revolución saque a la luz los elementos fuertes, originales, vivos, que puedan yacer enterrados. Y si se demuestra que este país no esconde nada, ¡renunciemos voluntariamente a nuestro estatuto nacional, que nos viene grande, y pasemos a ser una fértil y estúpida provincia española, y cultivemos lechugas y más lechugas!

El viejo escuchaba con melancolía aquellas palabras de su nieto, en las que percibía cierta derrota de la voluntad, y que se le antojaban una sublimación de su

apatía. Acabó diciéndoles:

—Pues haced vosotros la revolución. Pero por el amor de Dios, ¡haced algo!

—Carlos no hace poca cosa —exclamó Ega riéndose—. ¡Pasea su persona, su *toilette*, su faeton, y con ello educa a la gente!

Les interrumpió el reloj Luis XV, recordando a Ega que debía, antes de la comida, ir a por su maleta al Hotel Español.

Luego, en el corredor, le confesó a Carlos que antes de ir al Español quería pasarse por Fillon, el fotógrafo, para hacerse un buen retrato.

—¿Un retrato?

—Una sorpresa que tengo que enviar a Celorico de aquí a tres días, para el cumpleaños de una criatura que ha endulzado mi exilio.

—¡Oh Ega!

—Es horroroso, pero... Es la hija del padre Correia, conocida por todo el mundo como tal. Y además, está casada con un rico propietario de la vecindad, un reaccionario detestable... De modo que ya ves, un doble golpe contra la Religión y la Propiedad...

—Ah, en ese caso...

—Yo nunca olvido mis grandes deberes democráticos.

El lunes siguiente lloviznaba cuando Carlos y Ega, en el *coupé* cerrado, se encaminaron a la cena de los Gouvarinho. Desde el regreso de la condesa, Carlos sólo la había visto una vez, en casa de ella. Y fue media hora desagradable, llena de malestar, con algún que otro beso frío, con infinitas recriminaciones. Ella se quejó de las cartas de él, tan raras, tan secas. No pudieron hacer planes para el verano, pues ella tenía que ir a Sintra, la casa ya estaba alquilada, y Carlos debía acompañar a su abuelo a Santa Olávia. La condesa le encontró distraído; a él ella le pareció exigente. Luego ella se sentó sobre sus rodillas, y aquel leve y delicado cuerpo le pareció a Carlos un fastidioso peso de bronce.

Pero al final la condesa le había arrancado un encuentro, justamente para la mañana de aquel lunes, en casa de su tía, que se hallaba en Santarém, porque siempre tenía el perverso y refinado deseo de estrecharle en sus brazos desnudos en días en que luego habría de recibirle en su salón con toda compostura. Pero Carlos no había acudido, y ahora, de camino a su casa, le impacientaban las quejas que tendría que oír en los vanos de las ventanas, las mentiras estúpidas que tendría que balbucir...

De repente, Ega, que fumaba en silencio, con su paletó de verano abotonado, le palmeó la rodilla, y entre risueño y serio le preguntó:

—Dime una cosa, si es que no es secreto sacrosanto... ¿Quién es esa brasileña con la que pasas todas las mañanas?

Durante un instante Carlos se quedó aturdido, con los ojos fijos en él.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Dâmaso me lo ha contado. Es decir, me lo ha berreado... Porque ha sido con chirridos de dientes y puñetazos sordos en un sofá del Grémio, con colores de apoplejía, como me ha informado de todo...

—¿De todo? ¿Qué todo?

—Todo. Que te presentó a una brasileña a la que él había echado el ojo, y que aprovechando su ausencia te has metido en su casa y no sales de allí...

—¡Eso es mentira! —exclamó el otro, impaciente.

Y Ega, siempre risueño:

—Entonces ¿cuál es la verdad, como preguntaba el viejo Pilatos al así llamado Jesucristo?

—La verdad es que hay una señora a quien Dâmaso supone haber inspirado una pasión, como siempre supone, y que enferma su gobernanta inglesa con una bronquitis, me hizo llamar para que yo la tratase. Y que aún no está bien y voy a verla a diario. Y que madame Gomes, que es como se llama la señora, y que no es brasileña, no pudiendo sufrir a Dâmaso, igual que el resto de la humanidad, le ha cerrado su puerta. Ésa es la verdad, y tal vez deba arrancarle las orejas a Dâmaso.

Ega se contentó con murmurar:

—Así es como se escribe la historia. ¡Como para fiarse de Guizot!

En silencio hasta casa de la Gouvarinho, Carlos rumiaba su cólera hacia Dâmaso. ¡Aquel imbécil ya se había encargado de rasgar la penumbra suave y favorable a cuyo amparo vivía su amor! Ahora ya se pronunciaba el nombre de Maria Eduarda en el Grémio. Porque lo que Dâmaso le había contado a Ega, se lo iba a contar a todo el mundo en la Casa Havanesa, en el restaurante Silva, acaso en los lupanares. ¡De modo que el supremo interés de su vida se iba a ver en adelante perturbado, estropeado, ensuciado, por el chismorreos mezquino de Dâmaso!

—Parece que no estamos solos —dijo Ega al acceder a la antecámara de los Gouvarinho y ver sobre el canapé un paletó ceniciento y capas de señora.

La condesa les esperaba en la salita del fondo, llamada «del busto», vestida de negro, al cuello una cinta de terciopelo ornada con tres estrellas de diamantes. Un espléndido ramo de flores copaba la mesa, en la que se acumulaban novelas inglesas y, muy a la vista, un ejemplar de la *Revue des Deux Mondes*, con la plegadera de marfil entre las hojas. Además de la buena doña Maria da Cunha y de la vizcondesa de Alvim, estaba allí otra señora, a la que ni Carlos ni Ega conocían, gorda y vestida de rojo. Y de pie, conversando en voz baja con el conde, con las manos a la espalda, un caballero alto, cadavérico, grave, con una barba rala y la encomienda de la Conceição en el pecho.

La condesa, un poco colorada, le tendió a Carlos una mano enfadada y blanda. Todas sus sonrisas fueron para Ega. El conde se apoderó enseguida de su querido

Maia y se lo presentó a su amigo, el señor Sousa Neto. El señor Sousa Neto ya tenía el placer de conocer a Carlos da Maia como un médico distinguido, un orgullo de la Universidad... Ésa era la ventaja de Lisboa, terció el conde, que se conocía a todo el mundo por su reputación, de modo que se podía tener una apreciación más justa de las personas. En París, por ejemplo, era cosa imposible. Por eso había allí tanta inmoralidad, tanta relajación...

—Nunca sabe uno a quien mete en casa...

Y Ega, entre la condesa y doña Maria, hundido en el diván mostrando las estrellitas bordadas de sus calcetines, las hacía reír con el relato de su exilio en Celorico, donde se distraía componiendo sermones para el párroco. Al párroco le parecían estupendos. Pero bajo su aspecto místico, no eran sino soflamas revolucionarias que el santo varón lanzaba férvido, aporreando el púlpito... La señora de rojo, sentada enfrente, con las manos en el regazo, escuchaba a Ega aterrorizada.

—La hacía ya en Sintra —le dijo Carlos a la baronesa, sentándose a su lado—. Siempre es usted la primera...

—¿Cómo quiere que se vaya una a Sintra con este tiempo?

—Desde luego, un tiempo infernal...

—Y ¿qué hay de nuevo? —preguntó ella, abriendo lentamente su gran abanico negro.

—Creo que no hay nada de nuevo en Lisboa desde la muerte de don João VI^[120].

—Bueno, es una novedad el regreso de su amigo Ega.

—Ah, es cierto... ¿Cómo le encuentra usted, señora baronesa?

Ella no se molestó en bajar la voz para decir:

—Dado que siempre me ha parecido un fatuo, y que no me gusta su persona, no puedo decir nada...

—¡Oh señora condesa, qué falta de caridad!...

Un criado anunció la cena. La condesa se cogió del brazo de Carlos, y al atravesar el salón, al amparo del tenue murmullo de voces y el rumor pausado de las colas de seda, le dijo ásperamente:

—Le he esperado media hora, pero he comprendido enseguida que estaría con la brasileña...

En el comedor, un tanto sombrío, forrado con un papel color vino, aún más oscuro por un par de antiguos paisajes tristes, la mesa oval, rodeada de sillas de roble labrado, resaltaba alba y fresca, con un espléndido centro de rosas entre dos candelabros dorados. A Carlos le tocó a la diestra de la condesa, con doña Maria da Cunha del otro lado, que aquel día parecía un poco más vieja y sonreía con un aire cansado.

—¿Qué ha hecho usted últimamente, que nadie le ha visto? —le preguntó doña Maria desdoblado la servilleta.

—Nada de particular, señora, errar por esos mundos de Dios...

Frente a Carlos, el señor Sousa Neto, que lucía tres enormes corales en el plastrón, suponía, mientras removía la sopa, que la señora condesa, en su viaje a Oporto, habría hallado grandes cambios en calles y edificios... Por desgracia, la condesa apenas había salido de casa durante su estancia en Oporto. El conde sí, él sí que había admirado los progresos de la ciudad. Y los detalló: elogió la vista desde el Palacio de Cristal; recordó el fecundo antagonismo existente entre Lisboa y Oporto; por enésima vez lo comparó con el dualismo austro-húngaro. Y sin el menor respeto hacia tan graves razones, lanzadas ex cátedra, la baronesa y la señora de rojo, cada una a un lado del conde, hablaban del Convento de las Salesas.

Carlos, por su parte, tomándose en silencio la sopa, rumiaba las palabras de la condesa. También ella sabía ya de su intimidad con la «brasileña». Era evidente que el chismorreó de Dâmaso, difamador y abyecto, seguía su curso. Cuando el criado le ofreció sauternes, ya estaba decidido a aplastar a Dâmaso.

De repente oyó su nombre. Al otro extremo de la mesa, una voz calmosa y cantarina decía:

—El señor Maia ha de saberlo... El señor Maia ha estado allí.

Carlos posó con curiosidad la copa. Era la señora de rojo quien le hablaba, sonriendo, mostrando unos bonitos dientes bajo un bozo cerrado de cuarentona pálida. Nadie se la había presentado, por lo que no sabía quién era. Sonriente, le preguntó:

—¿Dónde, señora?

—En Rusia.

—¿En Rusia?... No, señora, jamás he estado en Rusia.

Ella pareció decepcionada.

—Ah, pues alguien me ha dicho eso... No recuerdo quién, pero era persona bien informada...

El conde, a su lado, le explicaba amablemente que era en Holanda donde el amigo Maia había estado.

—¡País de mucha prosperidad, Holanda!... En nada inferior al nuestro... Yo he llegado a conocer a un holandés tremendamente ilustrado...

La condesa bajó los ojos, partiendo distraída un trocito de pan, más seria de repente, más seca, como si la voz de Carlos, alzándose tan tranquila a su lado, hubiera avivado su despecho. Él, tras probar despacio su sauternes, se volvió hacia ella con naturalidad, risueño:

—¡Fíjese, señora condesa! Yo ni siquiera he tenido intención de ir a Rusia. Son tantas las cosas que se dicen y que no son exactas... Y si se alude a ellas con una ironía, no se comprende nada, ni la alusión ni la ironía...

La condesa no respondió de inmediato. Con una mirada dio una orden a un

criado. Luego, con una sonrisa pálida:

—En el fondo de todo lo que se dice, hay siempre un hecho, o parte de un hecho, que es verdad. Con eso basta... Por lo menos a mí me basta...

—Por lo que veo su credulidad es puramente infantil. Usted se cree todos los «érase una vez»...

Pero ya el conde le solicitaba de nuevo, quería su opinión acerca del libro de un inglés, un tal mayor Bratt que había atravesado África y decía cosas pérfidamente desagradables de Portugal. El conde sólo veía en ello envidia, la envidia que nos tienen todas las naciones por la importancia de nuestras colonias, por nuestra vasta influencia en África...

—Está claro —decía el conde— que no tenemos ni los millones ni la armada de los ingleses. Pero no nos faltan grandes glorias. El infante don Henrique^[121] es de primer orden. Y la toma de Ormuz^[122] es algo superior... Y yo que algo sé de sistemas coloniales, ¡puedo afirmar que no hay en la actualidad colonias más susceptibles de riqueza, ni más partidarias del progreso, ni más liberales que las nuestras! ¿No le parece, Maia?

—Sí, tal vez, es posible... Hay mucho de cierto en sus palabras...

Pero Ega, que había estado un tanto silencioso, ajustándose de cuando en cuando el monóculo y sonriendo a la baronesa, se pronunció alegremente en contra de todas aquellas exploraciones de África y de las inacabables misiones geográficas... ¿Por qué no se dejaba en paz a los negros, en el tranquilo culto a sus ídolos? ¿En qué perjudicaba al mundo la mera existencia de los salvajes? ¡Al contrario, aportaban una deliciosa nota pintoresca! Con la manía francesa y burguesa de someter todas las regiones y razas a un mismo tipo de civilización, el mundo iba a acabar siendo de una monotonía abominable. Dentro de poco un *touriste* hará enormes sacrificios, se gastará una fortuna para ir a Tombuctú, ¿y todo para qué? Para encontrarse allí con negros tocados con sombrero de copa leyendo el *Journal des Débats*.

El conde sonreía con superioridad. Y la buena doña Maria salía de su vago abatimiento, movía el abanico, le decía a Carlos encantada:

—¡Este Ega! ¡Este Ega! ¡Qué gracia tiene! ¡Qué chic!

Sousa Neto, posando gravemente los cubiertos, le preguntó a Ega con suma prosopopeya:

—Entonces ¿es usted partidario de la esclavitud?

Ega declaró muy resueltamente que sí. Las incomodidades de la vida habían comenzado, según él, con la liberación de los negros. Sólo se obedecería seriamente a quien se temiera seriamente... Por eso, desde que no había negros a los que tundir a latigazos, nadie llevaba los zapatos bien limpios, ni se comía su arroz bien cocido o tenía la escalera bien fregada... Sólo había habido dos civilizaciones en las que el hombre hubiera logrado vivir con razonable comodidad: la civilización romana y la

muy particular civilización de los plantadores de Nueva Orleans. ¿Por qué? ¿Porque tanto en una como en otra existía la esclavitud total, sin concesiones, con el derecho a muerte incluido!...

Durante unos instantes el señor Sousa Neto pareció muy confundido. Luego se pasó la servilleta por los labios, se preparó y encaró a Ega.

—Entonces usted, en estos tiempos que corren, ¿no cree en el progreso?

—No señor.

El conde intervino, afable, risueño:

—Nuestro querido Ega tiene debilidad por las paradojas. Y con razón, porque es un género en el que descuella...

Se estaba sirviendo *jambón aux épinards*. Por un momento se habló de paradojas. Según el conde, quien también las elaboraba muy brillantes y difíciles de sustentar era Barros, el ministro del Reino...

—Un robusto talento —murmuró respetuosamente Sousa Neto.

—Sí, pujante —aseveró el conde.

Pero él no se refería al talento de Barros como parlamentario, como hombre de Estado, sino a su espíritu de sociedad, a su toque de *esprit*...

—Sin ir más lejos, este mismo invierno le hemos oído una paradoja muy brillante... Además, fue en casa de doña Maria da Cunha, ¿no es cierto?... ¿No se acuerda usted de cómo era, doña Maria? ¡Esta memoria mía! Teresa, ¿no recuerdas aquella paradoja de Barros? ¿Será posible que no me acuerde sobre qué versaba? En fin, una paradoja muy difícil de sustentar... ¡Esta memoria mía!... ¿No te acuerdas tú, Teresa?

No, la condesa no se acordaba. Y mientras el conde continuaba removiendo con ansiedad, la mano en la frente, sus recuerdos, la señora de rojo volvió a referirse a los negros, a los criados negros, a una cocinera negra que había tenido una tía suya, la tía Vilar... Luego pasó a quejarse amargamente del servicio moderno: desde que se le había muerto su fiel Joana, que le había servido durante quince años, no sabía qué hacer, estaba desesperada, no tenía más que disgustos. En seis meses, cuatro caras nuevas. Eran unas descuidadas, unas pretenciosas, ¡y cuánta inmoralidad! Casi se le escapó un suspiro, y mordiéndose desconsoladamente una miga de pan, dijo:

—¿Y tú, baronesa, aún tienes a tu Vicenta?

—Pues ¡claro!... Yo siempre fiel a mi Vicenta... ¡Y nada de Vicenta, doña Vicenta, por favor!

La otra envidió tamaña felicidad.

—¿Y es Vicenta la que te peina?

Sí, era Vicenta. Aunque la pobre ya estaba un poco vieja... Pero seguía tan cabezota como siempre. Ahora se había empeñado en aprender francés. Ya se sabía los verbos. Era para morirse de risa oírle repetir: *j'aime, tu aimes*...

—Por lo que veo, señora baronesa —terció Ega— ha hecho usted que comience por los más necesarios...

Por supuesto, decía la baronesa, que aquél era el verbo más necesario. Pero a sus años, ¡de poco le iba a servir a la pobre Vicenta!

—¡Ah! —gritó de repente el conde, a punto de dejar caer los cubiertos—. Ya me acuerdo.

Se había acordado por fin de la soberbia paradoja de Barros. Decía Barros que los perros, cuanto más enseñados... ¡Pues no, no era aquello!

—¡Esta memoria mía!... Era algo de perros. ¡Una cosa de lo más brillante, incluso filosófica!

Los perros le recordaron a la baronesa a «Tommy», el galgo de la condesa. Preguntó por «Tommy». Hacía mucho que no veía al estupendo «Tommy». La condesa no quería ni oír hablar de él. Le habían salido unas cosas horribles en los oídos, un auténtico horror... Lo había enviado al Instituto, y allí había muerto...

—Está deliciosa esta *galantine* —dijo Maria da Cunha inclinándose hacia Carlos.

—Sí.

La baronesa concordó, la *galantine* era perfecta. Con una mirada al criado, la condesa indicó que se sirviera más *galantine*, y se apresuró a responder al señor Sousa Neto, que a propósito de perros le estaba hablando de la Sociedad Protectora de Animales. El señor Sousa Neto daba su aprobación a la Sociedad, la tenía por un indicio de progreso... Si por él fuera, no estaría de más que el Gobierno le concediese una subvención...

—Porque yo creo que es una sociedad que prospera... Y se lo merece, créame usted que se lo merece... He estudiado ese asunto, y de todas las sociedades que en los últimos tiempos se han creado a imitación de las que existen en el extranjero, como la sociedad de Geografía y otras, la Protectora de Animales es una de las más útiles.

Se volvió hacia Ega.

—¿Usted pertenece?

—¿A la Sociedad Protectora de Animales? No señor, pertenezco a otra, a la de Geografía. Soy uno de los protegidos.

La baronesa soltó una de sus alegres risotadas. El conde se puso en extremo serio: él sí pertenecía a la Sociedad Geográfica, la consideraba uno de los pilares del Estado, creía en su misión civilizadora, y detestaba las irreverencias de ese tipo. Pero la condesa y Carlos también se habían reído. Y de repente, la frialdad que hasta aquel momento les había mantenido codo con codo pero sumidos en una mutua reserva, en una amabilidad afectada, pareció disiparse al calor de aquella risa común, con el brillo de sus miradas encontrándose irresistiblemente. Se sirvió el champán, y ella tenía ya cierto colorcillo en el rostro. Sin saber cómo, su pie rozó el de Carlos. Se

sonrieron otra vez. Y como el resto de la mesa conversaba acerca de unos conciertos de música clásica que iba a haber en el Price, Carlos le preguntó en voz baja, reprendiéndola amablemente:

—¿Qué bobada es ésa de la «brasileña»?... ¿Quién le ha dicho tal cosa?

Ella le confesó que había sido Dâmaso... Dâmaso le había contado su entusiasmo por aquella señora, que se pasaba las mañanas en su casa, que todos los días acudía a la misma hora... En fin, Dâmaso le había dado a entender con toda claridad que se trataba de una *liaison*.

Carlos se encogió de hombros. ¿Cómo podía ella creer a Dâmaso? ¿Es que no conocía a aquel chismoso, aquel imbécil?...

—Es del todo cierto que voy a diario a casa de esa señora, que no es brasileña, sino tan portuguesa como yo, pero lo hago porque tiene a su gobernanta con una fuerte bronquitis, y yo soy el médico de la casa. Fue el propio Dâmaso quien me introdujo allí como médico...

Una sonrisa se difundió por el rostro de la condesa, una claridad emanada del dulce alivio que se instalaba en su corazón.

—¡Dâmaso me había dicho que era tan hermosa!...

Sí, era muy guapa. ¿Y qué? ¿O es que un médico, por fidelidad a sus seres queridos, por no inquietarlos, debía, antes de entrar en casa de una enferma, exigirle un certificado de fealdad?

—Pero ¿qué hace ella aquí?

—Espera a su marido, que está de viaje de negocios en Brasil, y que vuelve en breve... Es gente muy distinguida, y creo que muy rica... Por lo demás se irán dentro de poco, es todo lo que sé de ellos. Mis visitas son puramente profesionales: apenas he hablado con ella de París, de Londres, de sus impresiones acerca de Portugal...

La condesa se bebía sus palabras encantada, subyugada por la hermosa mirada con que él las profería. Y su pie apretaba el de Carlos en una reconciliación apasionada, con la fuerza que desearía poner en un abrazo, si tal cosa fuera allí posible.

La señora de rojo, entretanto, volvió a hablar de Rusia. Le asustaba mucho lo caro que era el país, los peligros que se corrían con la dinamita, y una complexión débil debía de sufrir mucho con tanta nieve en las calles. Fue entonces cuando Carlos comprendió que era la esposa de Sousa Neto, y que se refería a un hijo suyo, hijo único, enviado como segundo secretario a la Legación de San Petersburgo.

—¿Usted le conoce? —le preguntó doña Maria a Carlos al oído, tapándose con el abanico—. Es el colmo de la estupidez... ¡No sabe ni francés! Aunque no es peor que los demás... ¡Porque menuda caterva de bobalicones, de soseras y papanatas que nos representa en el mundo! Es como para echarse a llorar... ¿No cree usted? Somos un país desgraciado.

—Peor aún, señora mía, mucho peor. Somos un país *cursi*^[123].

Habían acabado el postre. Doña Maria le dedicó a la condesa una de sus sonrisas cansadas. La señora de rojo se calló, ya lista para ponerse en pie, habiendo reulado un poco la silla. Y las señoras se levantaron justo en el momento en que Ega, aún a propósito de Rusia, terminaba de contar una historia oída a un polaco, en la que se demostraba que el zar era bobo de remate...

—Pero liberal, y muy partidario del progreso —añadió el conde, ya en pie.

A solas, los hombres encendieron sus puros. El criado sirvió el café. El señor Sousa Neto, con su tacita en la mano, se acercó a Carlos para expresarle de nuevo el placer que había tenido en conocerle...

—También tuve en tiempos el de conocer a su padre... ¿Era Pedro su nombre? Sí, Pedro da Maia. Comenzaba yo entonces mi carrera pública... Y su abuelo, ¿cómo se encuentra?

—Muy bien, muchas gracias.

—¡Un hombre muy respetable!... Su padre de usted era... en fin, era lo que se llama «un elegante»... También tuve el placer de conocer a su madre...

Y de pronto enmudeció, embarazado, llevándose la taza a los labios. Luego, lentamente, se volvió para escuchar mejor a Ega, que discutía con Gouvarinho de mujeres. Era a propósito de la mujercita del secretario de la Legación rusa, con quien Ega había encontrado al conde charlando aquella mañana en el Largo do Calhariz. A Ega se le antojaba deliciosa, con aquel cuerpecillo suyo nervioso y ondulante, y aquellos enormes ojos garzos... El conde, que también la admiraba, alabó sobre todo su inteligencia, su instrucción. Según Ega, aquello la perjudicaba: porque el primer deber de una mujer era ser bella, y después ser estúpida... El conde afirmó a su vez con mucha prosopopeya que tampoco le gustaban las mujeres literatas. Sí, porque el lugar de una mujer estaba junto a la cuna, no en la biblioteca...

—Sin embargo es agradable que una señora pueda conversar sobre cosas amenas, sobre un artículo de una revista, sobre... Por ejemplo, sobre un libro recién publicado... En fin, no me refiero a un Guizot o un Jules Simón... Sino más bien a un Feuilleton, a un... En fin, que una señora ha de tener sus prendas. ¿No le parece, Neto?

Neto, grave, murmuró:

—Una señora, máxime cuando es joven, ha de tener algunas prendas...

Ega protestó calurosamente. Una mujer con prendas, sobre todo con prendas literarias, que supiese decir cosas sobre Thiers, sobre Zola, era un monstruo, un fenómeno digno de un circo, como si supiera trabajar en el alambre. La mujer sólo debía tener dos prendas: cocinar bien y amar bien.

—Seguro que usted conoce, señor Sousa Neto, lo que dice Proudhon...

—No lo recuerdo textualmente, pero...

—En todo caso usted conocerá perfectamente su Proudhon...

El otro, muy seco, a disgusto con aquel interrogatorio, murmuró que Proudhon era un autor de mucho renombre.

Pero Ega insistía, con una impertinencia pérfida:

—Seguro que usted ha leído, como todos nosotros, las páginas de Proudhon acerca del amor...

El señor Neto, ya colorado, dejó la taza en la mesa. Quiso ser sarcástico, aplastar a aquel mozalbete tan literario, tan audaz.

—¡No sabía —dijo con una sonrisa de infinita superioridad— que tal filósofo hubiera escrito sobre asuntos escabrosos!

Ega alzó los brazos al cielo, consternado:

—¡Oh, señor Sousa Neto! ¿Así que usted, un padre de familia, considera el amor un asunto escabroso?

El señor Neto se molestó. Y muy tieso, muy digno, hablando desde lo alto de su considerable posición burocrática, dijo:

—Es mi costumbre, señor Ega, no entrar nunca en discusiones, aceptar siempre las opiniones de los demás, incluso cuando son absurdas...

Y se volvió, dando casi la espalda a Ega, dirigiéndose de nuevo a Carlos, deseando saber, con una voz aún un poco alterada, si ahora Carlos iba a quedarse en Portugal. Durante unos instantes, mientras se acababan los puros, hablaron de viajes. El señor Neto lamentaba que sus muchos deberes no le permitieran recorrer Europa. Ése había sido su sueño de joven. Mas ahora, con tantas ocupaciones públicas, le resultaba imposible. Por no conocer, no conocía ni Badajoz...

—¿Y a usted qué le gustó más, París o Londres?

Carlos no sabía, no eran comparables... Dos ciudades tan diferentes, dos civilizaciones tan originales...

—En Londres —observó el consejero— mucho carbón...

Sí, decía Carlos sonriendo, bastante carbón, sobre todo en las estufas, en época de frío...

El señor Sousa Neto murmuró:

—El frío allí ha de ser considerable... ¡Un clima tan al Norte!...

Chupó durante unos instantes su puro con los párpados cerrados. Luego, hizo esta observación sagaz y profunda:

—Pueblo práctico, pueblo esencialmente práctico.

—Sí, bastante práctico —dijo Carlos vagamente, dando un paso en dirección al salón, de donde llegaban las risotadas cantarinas de la baronesa.

—Y dígame otra cosa —prosiguió el señor Sousa Neto con sumo interés, poseído de una curiosidad inteligente—. ¿Tienen en esas tierras de Dios, en Inglaterra, de esta literatura amena que nosotros tenemos aquí, folletinistas, poetas de pulso?...

Carlos echó la colilla del puro en el cenicero, y respondió con descaro:

—No, nada de eso.

—Ya me lo figuraba yo —murmuró Sousa Neto—. Gente de negocios.

Pasaron al salón. Era Ega quien hacía reír de aquel modo a la baronesa, sentado frente a ella, hablando de nuevo de su Celorico, relatándole una *soirée* típica, con detalles picantes sobre las autoridades y sobre un párroco que había matado a un hombre y cantaba fados sentimentales al piano. La señora de rojo, en el sofá vecino, con los brazos sobre el regazo, se pasmaba ante el verbo de Ega como ante las destrezas de un payaso. Doña Maria, con su aire cansado, hojeaba junto a la mesa una *Ilustração*. Y viendo que al entrar, Carlos había buscado con la mirada a la condesa, le llamó y le dijo en voz baja que había ido a ver a Charlie, el pequeño...

—Es cierto —preguntó Carlos, sentándose a su lado— ¿cómo está Charlie?

—Creo que hoy está constipado, un poco pachucho...

—Usted también me parece hoy un poco pachucha...

—Es el tiempo. Yo ya estoy en esa edad en que el buen humor o el hastío dependen de los dictados del tiempo... A la juventud le influyen otras cosas. A propósito: ¿es cierto que también ha vuelto la Cohen?

—Sí —dijo Carlos— pero no *también*. También implica combinación... Y la Cohen y Ega han vuelto al mismo tiempo por casualidad... Por lo demás, aquello es una historia antigua, como los amores de Helena y Paris.

En aquel momento la condesa volvía de las habitaciones, un poco acalorada, con un gran abanico negro abierto. Sin sentarse, dirigiéndose sobre todo a la mujer del señor Sousa Neto, se quejó de que Charlie no se encontraba bien... Estaba tan caliente, tan inquieto... Temía que pudiera ser sarampión. Y volviéndose vivamente hacia Carlos, con una sonrisa, le dijo:

—Me da un poco de apuro... Pero si usted fuese tan amable y le viera un instante... Es odioso pedirle que examine a un paciente después de cenar...

—¡Oh, señora condesa! —exclamó él, ya puesto en pie.

La siguió. En una salita, el conde y el señor Sousa Neto, hundidos en un sofá, conversaban fumando.

—Llevo al señor Carlos da Maia a que vea un momento al niño...

El conde se incorporó un poco en el sofá, sin comprender de qué le hablaba. Pero ella no se detuvo. Carlos siguió en silencio su larga cola de seda a través de la sala de billar desierta, con el gas encendido, adornada con cuatro retratos de damas de la familia de los Gouvarinho, empolvadas y dolientes. Al lado, tras un pesado repostero de paño verde, había un gabinete con una vieja butaca, algunos libros en una vitrina y una mesa de despacho, y sobre ella una lámpara con un *abat-jour* de encaje color rosa. La condesa se detuvo bruscamente y se abrazó a Carlos, y sus labios se pegaron a los suyos en un beso ávido, penetrante, completo, que acabó con un sollozo

desmayado... Él sentía el temblor de aquel bonito cuerpo, cómo se escurría entre sus brazos, sin fuerza en las rodillas.

—Mañana, en casa de mi tía a las once —murmuró ella cuando logró hablar.

—De acuerdo.

Tras desprenderse de él, la condesa se tapó un momento los ojos con las manos, como dejando que se desvaneciera aquel lánguido vértigo que le había hecho palidecer. Después, cansada, sonriente, dijo:

—Qué loca estoy... Vamos a ver a Charlie.

El cuarto del pequeño estaba al fondo del pasillo. En una camita de hierro, junto al lecho mayor de la criada, Charlie dormía sereno, fresco, con un bracito colgando, con sus preciosos rizos rubios contra la almohada, que parecían la aureola de un ángel. Carlos le tomó el pulso. Y la criada escocesa, que había acercado una luz de la cómoda, dijo sonriendo tranquilamente:

—El señorito ha estado muy bien estos últimos días...

Volvieron. En el gabinete, antes de pasar a la sala de billar, la condesa, con una mano en el repostero, le ofreció de nuevo a Carlos sus labios insaciables. Él le dio un beso rápido. Al pasar a la antecámara, donde Sousa Neto y el conde seguían enfrascados en grave conversación, ella le dijo a su marido:

—El pequeño duerme... El señor Carlos da Maia le ha encontrado bien.

El conde de Gouvarinho palmeó en el hombro a Carlos, cariñosamente. Y durante unos instantes la condesa permaneció allí, conversando de pie, serenándose poco a poco al amparo de aquella penumbra favorable, antes de afrontar la viva luz del salón. Y como se hablaba de higiene, invitó al señor Sousa Neto a una partida de billar. Pero el señor Neto no había cogido un taco desde Coimbra, desde sus tiempos en la Universidad. Ya iban a llamar a Ega cuando apareció Teles da Gama, que venía del Price. Y al poco se presentó el conde de Steinbroken, por lo que pasaron el resto de la velada en el salón, alrededor del piano. El ministro cantó melodías de Finlandia. Teles da Gama tocó unos fados.

Carlos y Ega fueron los últimos en marcharse, tras un *brandy and soda* que, como inglesa aguerrida, la Gouvarinho compartió con ellos. Ya abajo, en el patio, mientras se acababa de abrochar el paletó, Carlos pudo por fin hacer la pregunta que durante toda la noche le había estado quemando en los labios:

—Ega, ¿quién era aquel tipo, ese Sousa Neto que me ha preguntado si en Inglaterra también había literatura?

Ega le miró asombrado.

—¿Cómo? ¿No lo has adivinado? ¿No has deducido enseguida quién es capaz en este país de hacer semejante pregunta?

—No sé... Hay tanta gente capaz...

Y Ega, radiante:

—Un alto funcionario ministerial.

—¿De qué ministerio?

—¿Cómo que de qué ministerio? ¡De cuál va a ser, del de Instrucción Pública!

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Carlos, que se había demorado más de la cuenta en casa de la tía con la condesa, retenido por sus besos interminables, hizo volar el *coupé* rumbo a la Rua de São Francisco, mirando a cada momento el reloj, temeroso de que Maria Eduarda hubiera salido, porque hacía una estupenda tarde de verano, luminosa y sin calor. Y así era, a la puerta estaba el carruaje de la Compañía. Carlos subió los escalones de dos en dos, irritado con la condesa, y más que con ella consigo mismo, tan débil, tan pasivo, que se había dejado retomar por aquellos brazos acaparadores, cada vez más insoportables, incapaces ya de conmoverle...

—La señora acaba de llegar —dijo Domingos, que había vuelto de su pueblo hacía tres días, y que seguía deshaciéndose en sonrisas con él.

Sentada en el sofá, con el sombrero aún puesto, quitándose los guantes, le acogió con un dulce rubor en el rostro y una cariñosa reprensión:

—Le he estado esperando más de media hora antes de salir... ¡Es usted un ingrato! ¡Ya me imaginaba que nos había abandonado!

—¿Por qué? ¿Es que ha empeorado Miss Sara?

Ella le miró, risueñamente escandalizada. ¿Cómo, Miss Sara? Miss Sara convalecía sin problemas... Ahora ya no eran las visitas del médico las que se aguardaban en aquella casa, sino las del amigo. Y el amigo había fallado.

Carlos, sin respuesta, conturbado, se volvió hacia Rosa, que hojeaba junto a la mesa un libro nuevo de estampas. Y aquella ternura, aquella infinita gratitud que no osaba demostrarle a su madre, la puso en la larga caricia con que envolvió a la pequeña.

—Son unos cuentos nuevos que mamá me ha comprado —decía Rosa, seria y absorta en su libro—. Te los contaré luego... Son historias de bichos.

Maria Eduarda se puso en pie, desatándose lentamente las cintas del sombrero.

—¿Le apetece tomar una taza de té con nosotras, señor Carlos da Maia? Me venía muriendo por una taza de té... ¡Qué día tan bonito! Rosa, cuéntale nuestro paseo mientras voy a quitarme el sombrero...

Carlos, a solas con Rosa, se sentó a su lado, la separó del libro y la tomó de las manos.

—Hemos ido al Parque da Estrela —decía la pequeña—. Pero mamá no ha querido quedarse mucho, ¡por si tú venías!

Carlos le besó, una tras otra, las manitas.

—¿Y qué has hecho en el parque? —le preguntó Carlos tras un leve suspiro de felicidad.

—He corrido, y había unos patitos nuevos...

—¿Eran bonitos?...

La pequeña se encogió de hombros:

—Ni fu ni fa.

¡Ni fu ni fa! ¿Quién le había enseñado a decir una cosa tan fea?

Rosa sonrió. Había sido Domingos. Domingos decía cosas muy divertidas... Decía que Melanie era una *tipa*... Era muy gracioso...

Carlos le advirtió que las niñas guapas, con bonitos vestidos, no debían decir aquellas palabras... Así hablaban los andrajosos.

—Domingos no es un andrajoso —objetaba Rosa muy seria.

Y de pronto, acordándose de otra cosa, batió palmas y se puso a saltar radiante:

—¡Y me ha traído unos grillos! ¡Domingos me ha traído unos grillos!... ¿Sabes? ¡A «Niniche» le dan miedo los grillos! ¡Es increíble! No he visto a nadie tan miedica...

Miró a Carlos un momento y añadió, con aire severo:

—¡Mamá la mima mucho, es una lástima!

Maria Eduarda entraba en aquel momento, atusándose aún las ondas del cabello. Quiso saber a quién echaba a perder con sus mimos... ¿A «Niniche»? ¡Pobre «Niniche», si aquella misma mañana la había castigado!

Rosa se echó a reír, dando palmas de nuevo.

—¿Sabes cómo la castiga? —exclamó tirándole a Carlos de la manga—. ¿Sabes? ... Pone voz de ogro y le dice en inglés: «*Bad dog! Dreadful dog!*».

Estaba encantadora imitando la voz severa de su madre, con el dedito en ristre que amenazaba a «Niniche». Y la pobre «Niniche», imaginándose que la reprendían de veras, se escondió humillada debajo del sofá. Hizo falta que Rosa la tranquilizase, arrodillada sobre la piel de tigre, jurándole con mil abrazos que no era ni mala ni fea, que lo había dicho sólo por imitar a mamá...

—Ve a darle agua, que debe de tener sed —dijo Maria Eduarda sentándose en su silla carmesí— y dile a Domingos que nos traiga el té.

Rosa y «Niniche» partieron corriendo. Carlos ocupó junto a la ventana su acostumbrada butaca de reps. Por primera vez desde el comienzo de su intimidad hubo entre ellos un silencio difícil. Ella se quejó del calor, desenrollando distraídamente el bordado. Carlos permanecía mudo, como si aquel día todo el encanto y el significado del mundo se encerrasen en una palabra que le impregnaba los labios pero que no osaba murmurar, y que temía le delatase, pues anegaba su corazón.

—¡Parece que nunca se acaba ese bordado! —dijo él por fin, impaciente al verla, tan serena, ocuparse de sus lanas.

Con el cañamazo desdoblado sobre las rodillas, Maria Eduarda le respondió sin

alzar los ojos:

—¿Y por qué habría de acabarlo? El placer está en hacerlo, ¿no cree usted? Una puntada hoy, una puntada mañana. Así se convierte en una compañía... ¿Por qué se ha de llegar al final de las cosas?

Una sombra cruzó por el rostro de Carlos. En aquellas palabras, dichas como si nada a propósito del bordado, entreveía una desalentadora alusión a su amor, aquel amor que le había ido llenando el pecho igual que la lana iba cubriendo el cañamazo, y que era obra simultánea de las mismas blancas manos. ¿Aspiraba ella a demorarlo eternamente, cada vez mayor pero siempre incompleto, a guardarlo también en el cesto de la costura, para que fuera el desahogo de su soledad?

Conmovido, repuso:

—No es cierto. Hay cosas que sólo existen cuando se completan, sólo entonces procuran la felicidad que buscamos en ellas.

—Es muy complicado ese razonamiento —murmuró ella, sonrojándose— muy sutil...

—¿Quiere que se lo diga más claramente?

En aquel momento, Domingos, alzando el repostero, anunció que el señor Dâmaso se encontraba allí.

Maria Eduarda tuvo un brusco movimiento de impaciencia:

—¡Dígale que no recibo!

Oyeron batir la puerta. Carlos se quedó inquieto, pensando que Dâmaso habría visto abajo, paseando la calle, su *coupé*. ¡Santo Cielo! ¡Lo que iba a chismorrear ahora, movido por sus pequeños rencores, humillado de aquel modo! En aquel instante casi se le antojó que la existencia de Dâmaso era incompatible con la tranquilidad de su amor.

—¡Éste es uno de los inconvenientes de esta casa! —decía entretanto Maria Eduarda—. Aquí, al lado de ese Grémio, a dos pasos del Chiado, es demasiado accesible a los importunos. ¡Ahora tengo que repeler casi a diario este asalto a mi puerta! Es intolerable.

Y como iluminada por una idea repentina, dejando de lado el bordado, con las manos cruzadas sobre las rodillas, le dijo:

—Hay una cosa que quería preguntarle... ¿No me sería posible encontrar una casita, un *cottage*, en que pudiera pasar los meses de verano?... ¡Sería tan bueno para la pequeña! Pero no conozco a nadie, no sé a quién dirigirme...

Carlos se acordó de la preciosa quinta de Craft en Oliváís, como ya hiciera la otra vez en que ella había manifestado deseos de vivir en el campo. Y resultaba que Craft volvía a querer venderla, seguía pensando en deshacerse de sus colecciones. ¡Sería una vivienda deliciosa para ella, artística y campestre, muy acorde con sus gustos! Una tentación le traspasó, irresistible.

—Sí, conozco una casa... ¡Y muy bien situada, seguro que le conviene!...

—¿Se alquila?

Carlos no vaciló:

—Sí, está disponible...

—¡Sería estupendo!

Ella había dicho: «Sería estupendo». Y aquella exclamación acabó por decidirle. Porque sería odioso y mezquino darle esperanzas y no esforzarse al máximo en hacerlas realidad.

Domingos entró con la bandeja del té. Y mientras la colocaba en una pequeña mesa, enfrente de Maria, junto a la ventana, Carlos, poniéndose en pie, dando algunos pasos por el salón, pensaba en comenzar de inmediato negociaciones con Craft, en comprarle las colecciones, alquilarle la casa por un año y ofrecérsela a Maria Eduarda para los meses de verano. No reparaba en aquel momento ni en el gasto ni en las dificultades. Sólo tenía ojos para la alegría de ella paseando entre los árboles del jardín con la pequeña. ¡Y cuánto más hermosa sería ella rodeada de aquellos muebles del Renacimiento, severos y nobles!

—¿Mucho azúcar? —preguntó ella.

—No... Así está bien.

Se sentó en su vieja poltrona. Y al coger su taza de porcelana ordinaria con el reborde azul, recordó el magnífico servicio de Wedgewood que tenía Craft, de color oro y fuego. ¡Pobre Maria Eduarda! ¡Tan delicada y allí enterrada entre aquellos reps, rebajando sus manos al contacto con los enseres vulgares de la madre de Cruges!

—¿Y dónde está esa casa? —preguntó Maria Eduarda.

—En Oliváis, muy cerca, a una hora de coche...

Le explicó con detalle la localización, añadiendo, con los ojos fijos en los suyos, y con una sonrisa inquieta:

—¡Estoy cavando mi propia tumba!... Porque si usted se va allí y el calor se echa encima, no volveré a verla...

Ella pareció sorprendida:

—Pero ¿qué es eso para usted, que tiene caballos y carruajes y casi nada que hacer?...

¡Así que a ella le parecía de lo más natural que continuara con sus visitas en Oliváis! Se le antojó que era imposible renunciar al encanto de aquella intimidad, tan generosamente ofrecida, y a buen seguro más dulce en la soledad del campo. Cuando se acabó la taza de té, era como si la casa, los muebles, los árboles ya fueran suyos, ya fueran de ella. Y se entregó a la delicia de describirle la quietud de la quinta, el acceso entre dos hileras de acacias, la hermosura del comedor, con dos ventanas que daban al río...

Ella le escuchaba encantada:

—¡Sería un sueño! ¡Qué alteración con tantas esperanzas! ¿Cuándo podré tener una respuesta?...

Carlos miró el reloj. Era ya tarde para ir a Oliváis. Pero a la mañana siguiente, pronto, iría a hablar con el dueño, que era amigo suyo...

—¡Cuántas molestias se toma por mí! —dijo ella—. ¡Sí, es cierto! ¿Cómo se lo agradeceré?...

Se calló, pero sus hermosos ojos se detuvieron un instante en los de Carlos, como olvidados, dejando escapar irresistiblemente un poco del secreto que albergaba en su corazón.

Él murmuró:

—Por más que yo hiciera, estaría de sobra recompensado si me mirase de nuevo así.

Una ola de sangre tiñó el rostro de Maria Eduarda.

—No diga eso...

—¿Acaso es necesario que se lo diga? ¿No sabe usted que la adoro, que la adoro, que la adoro?

Ella se puso en pie bruscamente, él también, y así se quedaron, mudos, atenazados por la ansiedad, traspasándose con la mirada, como si se hubiera producido una gran alteración en el Universo y ambos esperaran, en suspenso, el desenlace supremo de sus destinos... Fue ella quien habló, a duras penas, casi desfallecida, extendiendo hacia él las manos como para alejarle, unas manos inquietas y trémulas:

—¡Escúcheme! Sabe bien lo que siento por usted, pero escuche... Antes de que sea tarde, hay una cosa que quiero decirle...

Carlos la veía temblar, toda pálida... Pero no la escuchó, no comprendió sus palabras. Tan sólo sentía, bajo la forma de un deslumbramiento, que el amor hasta entonces comprimido en su corazón había estallado por fin, triunfante, y batiendo en el corazón de ella, a través del aparente mármol de su pecho, había encendido una llama igual... Veía que ella temblaba, veía que le amaba... Y con la gravedad de un acto de posesión, le tomó lentamente las manos, que ella abandonó de repente sumisa, ya sin fuerzas, vencida. Él las besaba ora una ora otra, las palmas, los dedos, despacio, con un único susurro:

—¡Mi amor! ¡Mi amor! ¡Mi amor!

Maria Eduarda se fue dejando caer poco a poco en la silla. Y sin retirar las manos, alzando hacia él los ojos llenos de pasión, empañados por las lágrimas, balbució débilmente una última súplica:

—¡Hay una cosa que quería decirle!...

Carlos se había arrodillado a sus pies.

—¡Sé lo que es! —exclamó ardientemente, pegado al rostro de ella, sin dejarle

hablar, convencido de que adivinaba sus pensamientos—. No tiene que decírmelo, lo sé de sobra. ¡He pensado en ello mil veces! Que un amor como el nuestro no puede vivir en las condiciones en que viven tantos amores vulgares... Pero desde el momento en que le digo que la amo, es como si la pidiera en matrimonio ante Dios...

Ella echaba la cara hacia atrás, mirándole angustiadamente, como si no le comprendiera. Y Carlos continuaba en voz más baja, sin soltar sus manos, imbuyéndola de la emoción que le hacía temblar:

—Siempre, al pensar en usted, lo he hecho con la esperanza de vivir una existencia nuestra, lejos de aquí, de todos, rotos los lazos actuales, poniendo nuestra pasión por encima de las convenciones humanas, yéndonos a ser felices a cualquier rincón del mundo, solitariamente y para siempre... Llevaremos a Rosa, por supuesto, sé que usted no podría separarse de ella... ¡Viviríamos los tres juntos, solos y felices!

—¡Dios mío! ¿Huir? —murmuró ella, asombrada.

Carlos se puso en pie.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué otra cosa podemos hacer digna de nuestro amor?

Maria no respondió, inmóvil, la cara alzada hacia él, pálida como la cera. Y poco a poco una idea se fue abriendo paso en su interior, inesperada y perturbadora, removiendo todo su ser. Sus ojos se agrandaban, ansiosos y refulgentes.

Carlos iba a decir algo... Un ligero rumor de pasos en la alfombra le detuvo. Era Domingos, que se disponía a retirar la bandeja del té. Y durante unos instantes inacabables se interpuso entre aquellos seres sacudidos por un ardiente vendaval de pasión la presencia casera de un criado recogiendo las tazas.

Maria Eduarda se refugió bruscamente tras las cortinas de cretona, con el rostro contra el cristal. Carlos se sentó en el sofá, hojeando al azar una *Ilustração*, que le temblaba en las manos. No pensaba en nada, no sabía dónde estaba... La víspera, y hacía tan sólo unos instantes, él aún la trataba ceremoniosamente: «Mi querida señora»... Luego había habido una mirada, y ahora debían huir juntos, ella era ya el cuidado supremo de su vida, la esposa secreta de su corazón.

—¿Desea usted algo más? —preguntó Domingos.

Maria Eduarda respondió sin volverse:

—No.

Domingos se marchó, cerró la puerta. Ella atravesó el salón en dirección a Carlos, que de brazos abiertos la esperaba en el sofá. Era como si sólo respondiera al impulso de su ternura, calmadas ya todas las incertidumbres. Pero vaciló de nuevo ante aquella pasión, tan presta a apoderarse de su ser, y murmuró, casi triste:

—Pero ¡usted me conoce tan poco!... ¡Me conoce tan poco para que rompamos con todo, para que unamos nuestras vidas en un solo destino irreparable!...

Carlos le cogió las manos, y la sentó a su lado delicadamente:

—¡Lo bastante como para adorarla y no desear nada más en el mundo!

Maria Eduarda se quedó pensativa un instante, como recogida en lo hondo de su corazón, a la escucha de sus últimas inquietudes. Luego soltó un largo suspiro.

—¡De acuerdo! ¡Mejor así!... Había una cosa que quería decirle, pero no importa... ¡Mejor así!

Qué otra cosa podían hacer, preguntaba Carlos, radiante. Era la única solución digna, la única solución seria... Nada debía detenerles. Se amaban, confiaban absolutamente el uno en el otro. Él era rico, el mundo era ancho...

Y ella repetía, con más firmeza, decidida, como si a cada instante aquella resolución se clavara más hondamente en su alma, penetrándola para siempre:

—¡De acuerdo! ¡Mejor así!

Quedaron en silencio unos instantes, mirándose arrebatadamente.

—Al menos dime que eres feliz —murmuró Carlos.

Ella se abrazó a su cuello, y sus labios se unieron en un beso profundo, infinito, casi inmaterial, extático. Luego Maria Eduarda abrió los párpados lentamente y le dijo en voz muy baja:

—Adiós, déjame sola. Vete.

Él cogió el sombrero y se fue.

Al día siguiente Craft, que hacía una semana que no se dejaba caer por el Ramalhete, se hallaba paseando por su quinta antes del almuerzo cuando apareció Carlos. Se estrecharon las manos, hablaron un instante de Ega, de la llegada de los Cohen. Luego, Carlos, con un amplio gesto que abarcaba la quinta, la casa, el horizonte, le preguntó riéndose:

—¿Quieres venderme todo esto, Craft?

El otro, sin pestañear, con las manos en los bolsillos, le respondió:

—A la disposición de usted^[124].

Y allí mismo concluyeron la negociación, paseando por una vereda de boj, entre los geranios en flor.

Craft le cedía a Carlos sus muebles antiguos y modernos por dos mil quinientas libras, pagaderas en varios plazos. Se reservaba únicamente algunas piezas del tiempo de Luis XV, que debían integrar la nueva colección que planeaba, una colección homogénea, sólo del siglo XVIII. Y como Carlos no tenía espacio en el Ramalhete para tan vasto *bric-à-brac*, Craft le alquilaba por un año la casa y toda la quinta.

Después almorzaron. Carlos no paró mientes en el enorme gasto que hacía sólo por proveer de una residencia de verano, para dos cortos meses, a quien se contentaría con un simple *cottage* con unos pocos árboles. Muy al contrario. Cuando, ya con ojos de dueño, recorrió las salas de Craft, todo le pareció mezquino, pensó en obras, en retoques de buen gusto.

¡Con qué alegría, en cuanto dejó Oliváis, voló a la Rua de São Francisco a anunciarle a Maria Eduarda que ya contaba con una preciosa casa de campo! Rosa, que desde el balcón le había visto apearse, corrió al descansillo. Él la cogió en brazos, y entró triunfalmente en el salón. No esperó a Maria Eduarda, fue a la pequeña a quien le dio «la gran noticia», anunciándole que iba a tener dos vacas y una cabra, y flores, y árboles para columpiarse...

—¿Dónde? ¿Dónde? ¡Dime! —exclamaba Rosa con ojos iluminados, la carita toda sonriente.

—Muy lejos de aquí... Hay que ir en coche... Se ven pasar los barcos por el río... Y se entra por un enorme portón con un perro guardián.

Apareció Maria Eduarda, con «Niniche» en brazos.

—¡Mamá, mamá! —gritó Rosa corriendo hacia ella, colgándose de su vestido—. Dice que voy a tener unas cabritas y un columpio... ¿Es verdad? Di, ¿dónde? Di... ¿Vamos a ir ahora?

Con una larga mirada, sin palabras, Maria y Carlos se apretaron la mano. Sentados junto a la mesa, Carlos contó su visita a Oliváis, con Rosa sobre sus rodillas... El dueño de la casa estaba dispuesto a alquilarla, enseguida, de ahí a una semana... Así que ya podía contar con una vivienda pintoresca, amueblada con piezas extraordinarias, deliciosamente saludable...

Maria Eduarda pareció sorprendida, desconfiada casi.

—Tendré que llevar ropa de cama, ropa de mesa...

—¡Allí hay de todo! —exclamó Carlos alegremente—. ¡De casi todo! Es igual que en un cuento de hadas... Las luces están encendidas, los jarrones llenos de flores... Sólo hay que coger un coche y plantarse allí.

—Falta saber cuánto me va a costar ese paraíso...

Carlos se ruborizó. No había previsto que se hablara de dinero, que ella quisiera pagar la casa... Decidió confesarle todo. Le contó cómo desde hacía un año Craft deseaba desprenderse de sus colecciones y alquilar la quinta. Su abuelo y él habían pensado en adquirir gran parte de los muebles y las fayenzas, con el fin de acabar de amueblar el Ramalhete y Santa Olávia. Y él se había decidido a comprar desde el momento en que entrevió la felicidad de ofrecerle por unos meses una casa de verano, una residencia tan graciosa, tan comfortable...

—Rosa, ve a tu cuarto —dijo Maria Eduarda tras un momento de silencio—. Miss Sara te está esperando.

Después, mirando a Carlos muy seria:

—De modo que si yo no hubiera mostrado deseos de mudarme al campo, usted no habría hecho ese gasto...

—El gasto habría sido el mismo... También habría alquilado la casa por seis meses o un año... ¿Dónde iba a meter si no todas las cosas de Craft? Lo que acaso no

hubiera hecho era comprar al mismo tiempo la ropa de cama, la ropa de mesa, el mobiliario de los cuartos de los criados, etc.

Y añadió, riéndose:

—Ahora bien, si usted me quiere indemnizar por eso, podemos discutir el asunto...

Ella bajó los ojos, reflexionando, lentamente.

—En cualquier caso, su abuelo y sus amigos sabrán dentro de unos días que voy a instalarme allí... Y pensarán que usted ha comprado la casa para que yo me instale en ella...

Carlos buscó sus ojos, que no le miraban, pensativos. Y se inquietó al verla así, dudosa ante la absoluta comunión de intereses en que deseaba envolverla, como esposa que era de su corazón.

—Entonces ¿no aprueba lo que he hecho? Sea franca...

—Sí, claro que lo apruebo... ¿Cómo no habría de aprobar cuanto usted haga, cuanto venga de sí? Pero...

Él la cortó, apoderándose de sus manos con un sentimiento de triunfo:

—¡No hay peros que valgan! Lo que mi abuelo y mis amigos sabrán es que tengo una casa en el campo, inútil por un tiempo, y que se la he alquilado a una señora. Pero si usted quiere, meteremos en esto a mi administrador... Mi querida amiga, si fuera posible mantener nuestros sentimientos al margen del mundo, de las miradas, al abrigo de toda sospecha, sería maravilloso... Pero ¡no puede ser!... Siempre hay alguien que tiene que saber algo... Aunque sea el cochero que a diario me trae a su casa; o el criado que a diario me abre su puerta... Siempre hay alguien que sorprende el encuentro de dos miradas; siempre hay alguien que adivina el lugar y la hora... Antiguamente los dioses arreglaban estas cosas con más eficacia, disponían de una nube que les hacía invisibles. Pero nosotros no somos dioses, por suerte...

Ella sonrió.

—¡Cuántas palabras para convertir a un converso!

Y restauraron la armonía con un gran beso.

Afonso da Maia aprobó sin reservas la compra de las colecciones de Craft. «Es un buen negocio», le dijo a Vilaça, «y así acabaremos de vestir Santa Olávia y el Ramalhete con buen arte».

Pero a Ega le indignó, llegó a calificarla de «desvarío», despechado ante aquella transacción secreta para la que no se le había consultado. Aunque lo que más le irritaba era ver en aquella inesperada adquisición de una casa de campo, un síntoma más del grave y profundo secreto que presentía en la vida de Carlos. ¡Ya hacía dos semanas que estaba viviendo en el Ramalhete y Carlos aún no le había hecho ninguna confidencia!... Porque desde el inicio de su amistad como estudiantes en Coimbra, en

el Pazo de Celas, él había sido el confesor secular de Carlos. Incluso estando de viaje, Carlos no tenía una banal aventura de hotel de la que no enviase a Ega «cumplido informe». Del romance con la Gouvarinho, que al principio Carlos había querido envolver en un misterio delicado, ya lo sabía todo, ya había leído las cartas de la condesa, ya conocía la casa de la tía...

Pero de lo otro no sabía nada, y se sentía ultrajado. Cada mañana veía a Carlos partir para la Rua de São Francisco llevando flores. Le veía luego volver, sumido en lo que él calificaba de «éxtasis untuoso». Veía sus silencios, fruto de la felicidad, y aquel aire suyo indefinido, a un tiempo serio y ligero, risueño y superior, de hombre profundamente amado... Y todo sin que él supiera nada.

Unos días después, charlando los dos a solas de sus planes para el verano, Carlos aludió a Oliváis con entusiasmo, recordando algunas de las maravillas de Craft, la dulce paz de la casa, la clara vista del Tajo... Por un puñado de libras había comprado un trozo del Paraíso...

Era por la noche, ya tarde, y estaban en el cuarto de Carlos. Ega, que se paseaba con las manos en los bolsillos de la *robe de chambre*, impaciente, se encogió de hombros, harto de aquellas eternas alabanzas al caserón de Craft.

—¡Semejante concepción del Paraíso —exclamó— me parece más propia de un tapicero de la Rua Augusta! Por toda naturaleza, un montón de coles; por decoración, las viejas cretonas del gabinete, mortecinas de tanto lavado... Un dormitorio lúgubre como una capilla de santuario... Un salón tan caótico como el almacén de un chamarilero, donde no hay forma de conversar. Quitando el armario holandés y algún que otro plato, el resto es morralla arqueológica... ¡Jesús, detesto el *bric-à-brac*!

Carlos, hundido en su poltrona, dijo tranquilamente, como reflexionando:

—Sí, las cretonas son horribles... Pero voy a renovarlo todo, voy a hacer aquello más habitable.

Ega se detuvo en medio de la habitación, fijando en Carlos su monóculo refulgente.

—¿Habitable? ¿Vas a tener huéspedes?

—Voy a alquilarla.

—¡Alquilarla! ¿A quién?

El silencio de Carlos, que exhalaba el humo del cigarrillo con los ojos puestos en el techo, enfureció a Ega, que le hizo una profunda reverencia y añadió sarcásticamente:

—Usted perdone. Una pregunta brutal. Por unos momentos he pretendido forzar un cajón cerrado... El alquiler de un inmueble es uno de esos delicados secretos del sentimiento y el honor que no debe rozar el ala de la curiosidad... ¡Me he portado como un auténtico patán!... ¡Caramba! ¡Todo un patán!

Carlos persistía en su silencio. Comprendía muy bien a Ega, y casi le remordía la

conciencia aquella rígida reserva que mantenía con él. Pero el pudor le podía, no le dejaba pronunciar el nombre de Maria Eduarda. Siempre le había contado a Ega sus aventuras, y en contárselas radicaba buena parte del placer de tenerlas. Pero aquello no era «una aventura». Su amor tenía algo de religioso, y como los verdaderos devotos, abominaba conversar acerca de su fe... Pero al mismo tiempo le tentaba hablarle *de ella*, quería que las cosas divinas y confusas que llenaban su corazón adquirieran con el relieve de las palabras una existencia exenta, visible a sus propios ojos.

Y además, tarde o temprano alguien le iría a Ega con el cotilleo. Era mejor que él se adelantara fraternalmente. Pero aún dudó un instante, encendió otro cigarrillo. Ega cogió su palmatoria y la encendió en un candelabro, despacio y con mala cara.

—No seas bobo, quédate, siéntate ahí —dijo Carlos.

Y le contó todo con mil detalles, sin cicatería, empezando por el encuentro a la puerta del Hotel Central, el día de la cena de Cohen.

Ega le escuchaba sin decir palabra, hundido en el sofá. Él se había imaginado uno de aquellos romances que nacen y mueren entre un beso y un bostezo. Y ahora, con sólo oír hablar a Carlos de aquel gran amor, se le antojaba algo profundo, absorbente, eterno, que para bien o para mal iba a ser, de ahí en adelante, el destino irreparable de su amigo. Se había imaginado a una brasileña refinada por París, bonita y liviana, que con el marido en Brasil y un hermoso joven a su lado se acomodaba simple y alegremente al devenir de las cosas. Y ahora resultaba que era una criatura llena de carácter, pasional, capaz de sacrificios, capaz de heroísmo. Pero a él el patetismo le dejaba sin palabras, no sabía qué decir. De modo que cuando Carlos se calló, a Ega no se le ocurrió nada mejor que preguntarle:

—Entonces ¿estás decidido a darle esquinazo?

—¿«Esquinazo»? ¡Ni hablar! ¡Estoy decidido a irme con ella lejos de aquí, decididísimo!

Ega miró a Carlos como si se tratara de un fenómeno prodigioso, y exclamó:

—¡Increíble!

Pero ¿qué otra cosa podían hacer? Antes de tres meses, Castro Gomes estaría de vuelta. Y ni Carlos ni ella estaban dispuestos a sobrellevar una de esas situaciones atroces, rastreras, en que el marido y el amante comparten a la mujer a horas distintas... La única opción digna, decente, era huir.

Tras un silencio, Ega dijo pensativamente:

—Pero el marido no se contentará con perder de golpe a su mujer, su hija y su perrita...

Carlos se levantó y dio algunos pasos por el cuarto. Sí, también él había pensado en aquello... No sentía remordimientos, si es que los hay en el absoluto egoísmo de la pasión... Él no conocía íntimamente a Castro Gomes, pero algo intuía, algo había

reconstruido de su persona a través de Dâmaso y de algunas conversaciones con Miss Sara. Castro Gomes no era un esposo cabal: era un *dandy*, un frívolo, un *gommeux*, un hombre de *sport* y de *cocottes*... Se había casado con una mujer hermosa, y tras saciar su pasión, había vuelto a su vida de club y de actrices... Bastaba con fijarse en su *toilette* y sus modales: enseguida se comprendía la trivialidad de su carácter...

—¿Y cómo es? —preguntó Ega.

—Un brasileño trigueño, pinturero... Un *rastaquouère*, el verdadero parroquiano del Café de la Paix... Es posible que cuando su matrimonio se acabe, le pique un poco la vanidad herida... Pero es un corazón que ha de consolarse fácilmente en el Folies-Bergères.

Ega no decía nada. Pero pensaba que a un hombre de club, un parroquiano del Folies-Bergères, tal vez no le importara gran cosa su mujer, pero aún podía querer mucho a su hija... Después, asaltado por otra idea, añadió:

—¿Y tu abuelo?

Carlos se encogió de hombros.

—El abuelo habrá de sufrir un poco para que yo sea completamente feliz. Igual que yo sería por siempre desgraciado si le ahorrara esa contrariedad... Así es la vida, Ega... Y yo, en este punto, no estoy decidido a sacrificarme.

Ega se frotó lentamente las manos, con los ojos puestos en el suelo, repitiendo la misma expresión, la única que se le ocurría ante semejante vehemencia:

—¡Increíble!

XIII

Carlos, que había desayunado pronto, se disponía a salir en el *coupé*, ya tocado, cuando Baptista le dijo que el señor Ega deseaba hablarle de una cosa importante, y que le rogaba que aguardase un momento. El señor Ega se estaba haciendo la barba.

Carlos se figuró que se trataba de la Cohen. Hacía dos semanas que ella estaba en Lisboa, y Ega aún no la había visto y raramente hablaba de ella. Pero Carlos le notaba nervioso y desasosegado. Cada mañana Ega ponía un gesto de fastidio al ver que el correo sólo le traía algún periódico precintado o cartas de Celorico. Por la noche recorría un par de teatros, casi vacíos en aquel comienzo de verano. Y cuando se recogía, sufría una nueva decepción: los criados le aseguraban que no había llegado ninguna carta para él. Ega no se resignaba a perder a Raquel, ansiaba verla, y le reconcomía que ella no le hubiera dado indicios de que su corazón añoraba, como poco, su antigua felicidad... Precisamente la víspera, Ega había aparecido trastornado a la hora de cenar: se había cruzado con Cohen en la Rua do Ouro, y había tenido la impresión de que «aquel canalla» le miraba de través, insolente, agitando su bastón. Juró que si «aquel canalla» osaba volver a ponerle la vista encima, le molía a palos allí mismo, en una esquina de la Baixa.

En la antecámara el reloj dio las diez. Carlos, impaciente, se disponía a subir al cuarto de Ega. Pero en aquel instante llegaba el correo, con la *Revue des Deux Mondes* y una carta para Carlos. Era de la Gouvarinho. Carlos acababa de leerla cuando apareció Ega, vestido pero en chinelas.

—Tengo que hablarte de un asunto muy grave.

—Lee esto primero —dijo Carlos pasándole la carta.

La Gouvarinho, en tono amargo, se quejaba de que era la segunda vez que Carlos había faltado al *rendez-vous* en casa de la tía sin haberle escrito siquiera una palabra. Era una ofensa, una brutalidad. Y le intimaba, «en nombre de todos los sacrificios que había hecho», a que se presentara en la Rua de São Marçal el domingo a las doce, para tener una explicación definitiva antes de su marcha a Sintra.

—¡Excelente ocasión para cortar! —exclamó Ega, entregando la carta a Carlos tras haber aspirado el perfume del papel—. No vas, no respondes... Ella se marcha a Sintra, tú a Santa Olávia, no volvéis a veros, y así se acaba todo. Como se acaban las grandes cosas: como el Imperio Romano, como el Rin, por dispersión, insensiblemente...

—Sí, voy a hacer eso —dijo Carlos calzándose los guantes—. ¡Jesús, qué tostón de mujer!

—¡Y qué desvergonzada! ¡Llamar a esas cosas «sacrificios»! Te arrastra dos veces por semana a casa de su tía, se regala allí con mil extravagancias, bebe

champán, sube al séptimo cielo, delira, y luego pone ojos de víctima y le llama a eso «sacrificios»... ¡Mano dura es lo que le hacía falta!...

Carlos se encogió de hombros, como si en las condesas de Gouvarinho y en el mundo sólo hubiera incoherencia y dolor.

—¿Y qué era lo que me querías decir?

Ega adquirió un aire grave. Escogió lentamente un cigarrillo de la caja y se abotonó despacio la chaqueta.

—¿Has visto a Dâmaso últimamente?

—No —dijo Carlos—. Creo que está enfadado conmigo... Siempre que le veo de lejos, le saludo amistosamente con dos dedos...

—Deberías saludarle con el bastón. Anda de aquí para allá hablando de ti y de esa señora, tu amiga... A ti te trata de «rufián», y a ella peor aún. La vieja historia: dice que él te la presentó, y que tú te has metido en su casa, y que como para esa señora todo es cuestión de dinero y tú eres más rico, ella le ha ladeado... La infamia está servida. Y todo esto cotilleado en el Grémio, en la Casa Havanesa, con detalles miserables, reduciéndolo todo al aspecto pecuniario. Es atroz. Tienes que pararle los pies.

Carlos, muy pálido, dijo simplemente:

—Hay que hacer justicia.

Bajó indignado. Aquella miserable insinuación pecuniaria se merecía la muerte. Por un instante, con la mano en la manija de la portezuela del *coupé*, pensó en volar a casa de Dâmaso para desagraviarse salvajemente.

Pero eran casi las once y debía ir a Oliváís. Al día siguiente, sábado, día hermoso y solemne entre todos para su corazón, Maria Eduarda visitaría la quinta de Craft: la víspera habían acordado que pasarían allí las horas de calor, solos, hasta tarde, en la casa solitaria y sin criados, escondida entre los árboles. Él se lo había pedido a ella, vacilante, trémulo, y ella había consentido sin demora, sonriente y natural. Aquella mañana él había enviado a Oliváís a un par de criados, a ventilar la casa, a sacudir el polvo y llenarlo todo de flores. Y ahora, como devoto que era, iba a comprobar si todo estaba en orden en el santuario de su diosa... Pero el chismorreó de Dâmaso perturbaba aquellos dulces cuidados, ensuciaba y empañaba su amor...

De camino a Oliváís no cesó de rumiar cosas confusas y violentas que haría para aniquilar a Dâmaso. Porque no habría paz en su amor mientras aquel villano anduviera por las esquinas con su sórdido chismorreó. Era preciso humillarle de tal modo, con tal publicidad, que no osara de nuevo pasear por Lisboa su rostro vil y mofletudo... Cuando el *coupé* se detuvo a la puerta de la quinta, Carlos ya se había resuelto a molerle a palos en el Chiado, una tarde, a la vista de todo el mundo...

Pero de vuelta de Oliváís se hallaba más tranquilo. Había pisado la avenida de acacias que Maria Eduarda pisaría a la mañana siguiente. Le había dedicado una larga

mirada al que sería su lecho, un lecho espléndido, alzado sobre un estrado, rodeado de cortinajes de brocatel de color oro, con un esplendor grave de altar profano... En unas pocas horas, se hallarían a solas en aquella casa muda e ignorada del mundo. Durante todo el verano sus amores vivirían al amparo de aquel fresco retiro aldeano. Y al cabo de tres meses estarían lejos, en Italia, a la orilla de un lago claro, entre las flores de Isola Bella... Ante semejantes voluptuosidades, ¿qué le podía importar Dâmaso, vil bola grasienta, y sus gruesas palabras en los billares del Grémio! Cuando llegó a la Rua de São Francisco resolvió que si veía a Dâmaso continuaría saludándole con la punta de los dedos.

Maria Eduarda estaba de paseo con Rosa en Belém, pero le había dejado un billete en el que le pedía que fuese aquella noche para *faire un bout de causerie*. Carlos bajó las escaleras despacio, guardándose aquel trozo de papel en la cartera, como una dulce reliquia. Salía por el portón en el preciso momento en que Alencar, viniendo de la Travessa da Parreirinha, desembocaba enfrente, todo de negro, despacioso y pensativo. Al avistar a Carlos, se detuvo con los brazos abiertos. Enseguida, como acordándose de algo, alzó los ojos al primer piso.

No se habían visto desde las carreras. El poeta abrazó a Carlos con efusión. Y pasó a hablar de sí mismo copiosamente. Había vuelto a Sintra y a Colares con su querido Carvalhosa, ¡y cuánto se había acordado del estupendo día pasado con el maestro en Seteais!... Sintra, una belleza. Él, un poco constipado. Y a pesar de la compañía de Carvalhosa, tan erudito y profundo, y de la excelente música de su mujer, Julinha (a la que quería como a una hermana), se había aburrido. Cosas de la edad...

—Así es —dijo Carlos— te veo un poco apagado... Te falta tu aureola.

El poeta se encogió de hombros.

—El Evangelio lo dice bien claro... ¿O es la Biblia?... No, San Pablo... ¿San Pablo o San Agustín?... En fin, la autoridad no hace al caso. En uno de esos santos libros se afirma que este mundo es un valle de lágrimas...

—En el que la gente se ríe mucho —dijo Carlos alegremente.

El poeta se encogió de hombros otra vez. Risas o lágrimas, ¿qué importaba?... ¡Lo importante era sentir, era vivir! La víspera, sin ir más lejos, había dicho eso mismo en casa de los Cohen.

Y de pronto, deteniéndose en mitad de la calle, cogiendo por el brazo a Carlos, le dijo:

—Y ya que han salido a relucir los Cohen, dime una cosa con franqueza, muchacho. Yo sé que tú eres íntimo de Ega, y qué demonios, nadie admira su talento más que yo... Pero la verdad, ¿tú apruebas que haya vuelto a Lisboa nada más saber de la llegada de los Cohen? ¡Después de la que se organizó!...

Carlos le aseguró que Ega se había enterado de la llegada de los Cohen por la

Gazeta Ilustrada, justo unas horas después de hallarse en Lisboa... Por lo demás, si era cosa de que las personas desavenidas no vivieran en la misma ciudad, las sociedades humanas estaban abocadas a su disolución...

Alencar no respondió, caminaba junto a Carlos con la cabeza gacha. Se detuvo de nuevo, y frunciendo el entrecejo, le dijo:

—Hay otra cosa de la que te quería hablar. ¿Habéis discutido Dâmaso y tú? Te digo esto porque el otro día, en casa de Cohen, afirmó unas cosas, lanzó unas insinuaciones... Yo enseguida le corté y le dije: «Dâmaso: Carlos da Maia, hijo de Pedro da Maia, es como si fuera mi hermano». Y se calló... Se calló porque me conoce y sabe que yo, en estas cosas de la lealtad y del corazón, soy una fiera...

Carlos dijo simplemente:

—No, no ha pasado nada. No me hago idea... Ni siquiera he visto a Dâmaso.

—Pues es cierto —continuó Alencar cogiéndose del brazo de Carlos— me acordé mucho de ti en Sintra. Hasta compuse allí una cosita que no me ha quedado nada mal, y que te he dedicado... Un simple soneto, un paisaje, un cuadro de Sintra al atardecer. He querido probar a esa gente de la «Idea Nueva» que, cuando se tercia, uno también sabe cincelar el verso moderno y dar la nota realista. Ahora mismo te lo digo, si es que me acuerdo bien. Se titula: «En el camino de los Capuchos»^[125]...

Se habían parado en la esquina del Seixas^[126]. El poeta carraspeaba, presto a recitar, cuando apareció Ega, vestido de campo, con una hermosa rosa blanca en la chaqueta de franela azul.

Alencar y él no se habían visto desde la fatal *soirée* de los Cohen. Y si Ega no le había perdonado la supuesta invención de aquella patraña de «la carta obscena», Alencar le odiaba porque tenía la certeza secreta de que Ega había sido el amante amado de su divina Raquel. Ambos empalidecieron. El apretón de manos fue vacilante y frío. Y ninguno de los tres dijo nada. Ega, por su parte, tardó una eternidad en encender un puro con la lumbre de Carlos. Pero fue él quien habló, por entre una fumarada, afectando una superioridad amable:

—¡Tienes muy buena pinta, Alencar!

El poeta correspondió a su amabilidad, aunque un poco altivo, pasándose los dedos por el bigote:

—Vamos tirando. Y tú ¿a qué te dedicas? ¿Para cuándo esas *Memorias*, muchacho?

—Estoy esperando a que el país aprenda a leer.

—Entonces ¡va para largo! Pídele a tu amigo Gouvarinho que acelere el asunto, él se ocupa de la Instrucción Pública... Mira, ahí le tienes, grave y hueco como una columna del *Boletín del Estado*...

El poeta apuntaba con el bastón al otro lado de la calle, por donde Gouvarinho descendía muy despacio, conversando con Cohen. Y junto a ellos, con sombrero

blanco y chaleco blanco, iba Dâmaso, lanzando miradas a diestra y siniestra, risueño, victorioso, barrigudo, como un conquistador en sus dominios. Ya aquel airecillo seboso de triunfo tranquilo irritó a Carlos. Pero cuando se detuvo enfrente, en la otra acera, dándole la espalda, riéndose ostentosamente con Gouvarinho, no se contuvo más, cruzó la calle.

Fue breve y cruel: estrechó la mano de Gouvarinho, saludó ligeramente a Cohen, y sin bajar la voz, le dijo a Dâmaso fríamente:

—Óyeme. Si continúas hablando de mí y de mis relaciones como has venido haciéndolo, cosa que no me conviene, te arranco las orejas.

El conde terció, interponiéndose entre ellos:

—¡Maia, por quien es! ¡Aquí, en el Chiado!...

—Es sólo eso, Gouvarinho —dijo Carlos calmándole, muy serio y muy sereno—. Es tan sólo un aviso a este imbécil.

—¡Yo no entro en trifulcas!... —balbució Dâmaso lívido, escurriéndose hacia el interior de una casa de tabacos.

Carlos regresó con calma junto a sus amigos, tras saludar a Cohen y estrecharle la mano a Gouvarinho.

Apenas estaba un poco pálido. Más perturbado se hallaba Ega, que había creído detectar una nueva mirada de Cohen, una provocación intolerable. Alencar no se había enterado de nada: continuaba discurseando acerca de asuntos literarios, explicándole a Ega las concesiones que se podían hacer al naturalismo...

—Le estaba diciendo a Ega... Es evidente que en un paisaje hay que copiar de la realidad... No es posible describir un castaño *a priori*, como si de un alma se tratara... Y eso es lo que yo hago... Ahí está mi soneto de Sintra, que te he dedicado, Carlos. ¡Es realista, claro! Os lo voy a decir... Iba justamente a recitárselo a Carlos cuando has aparecido tú, Ega... Si es que no os doy la tabarra...

¿La tabarra? Para escucharle mejor se metieron en la Rua de São Francisco, más silenciosa. Allí, caminando muy despaciosamente, el poeta desgranó su égloga. Era en Sintra, al atardecer: una inglesa, con el pelo suelto, toda de blanco, descendía en un borriquillo por una vereda que dominaba un valle. Los pájaros cantaban, las mariposas revoloteaban en torno a las madre selvas. La inglesa se detenía, y olvidada del burro, contemplaba en éxtasis el cielo, los árboles, la paz de las casas... Y en aquel punto, en el último terceto, era donde irrumpía «la nota realista» de que tanto se ufanaba Alencar:

*Ella la flor durmiente mira, la nube casta,
y mientras blanco el humo de las casas se eleva,
a su lado el borrico, filosófico pasta.*

—Ahí lo tenéis, ahí está el trazo naturalista... *A su lado el borrico, filosófico pasta...*

Eso es realismo, un burro pensativo. Porque no hay nada más filosófico que un burro... Es en estas pequeñas cosas de la naturaleza en lo que hay que fijarse... Lo cual demuestra que puede hacerse realismo, y del bueno, sin incurrir en obscenidades... ¿Qué os parece el sonetillo?

Ambos lo elogiaron mucho, Carlos arrepiñéndose de no haber completado la humillación de Dâmaso con una buena tunda; Ega pensando que una tarde de aquéllas, en el Chiado, tenía que abofetear a Cohen. Como Carlos y Ega se dirigían al Ramalhete, Alencar, ya un poco reconfortado, les acompañó a lo largo del Aterro, hablando todo el rato, contándoles el argumento de una novela histórica en la que deseaba pintar la gran figura de Afonso de Albuquerque, si bien en sus aspectos humanos, íntimos: Afonso de Albuquerque enamorado; Afonso de Albuquerque solo, de noche, en la popa de su galeón, ante Ormuz en llamas, besando entre sollozos una flor seca. A Alencar aquello le parecía sublime.

Después de cenar, Carlos se estaba vistiendo para ir a la Rua de São Francisco cuando Baptista le anunció que el señor Teles da Gama deseaba hablarle con urgencia. Para no recibirle allí, en mangas de camisa, mandó que le esperase en el gabinete carmesí y negro. Al cabo de un instante, se encontró a Teles da Gama admirando sus lozas holandesas.

—Maia, todo esto es una preciosidad —exclamó nada más verle—. Yo me pierdo por la porcelana... Tengo que volver otro día, con más calma, para verlo todo con luz natural... Hoy tengo prisa, me trae aquí una misión... ¿No adivina usted de qué se trata?

Carlos no lo adivinaba.

El otro, dando un paso atrás, con una gravedad en la que apuntaba una sonrisa, le dijo:

—Vengo a preguntarle de parte de Dâmaso si hoy, al decirle usted aquello que le ha dicho, tenía intención de ofenderle. Es sólo eso... Mi misión consiste en preguntarle si usted pretendía ofenderle.

Carlos le miró muy serio:

—¿Cómo? ¿Que si pretendía ofender a Dâmaso cuando le amenacé con arrancarle las orejas? ¡De ningún modo: sólo pretendía arrancarle las orejas!...

Teles da Gama se mostró satisfecho:

—Eso mismo es lo que yo le he dicho: que usted no tendría sino esa intención. En cualquier caso, a partir de este instante mi cometido concluye... ¡Todo esto es una preciosidad!... Aquel plato grande, ¿es una mayólica?

—No, es un viejo Nevers^[127]. Fíjese en el pie... Es Tetis llevando las armas de Aquiles... Es espléndido, una pieza muy rara... Y fíjese en ese Delft^[128], con esos dos tulipanes amarillos... ¡Es encantador!

Mientras cogía su sombrero del sofá, Teles da Gama deslizaba una mirada lenta

por todas aquellas maravillas.

—¡Una preciosidad!... Así que usted sólo tenía intención de arrancarle las orejas... y no de ofenderle...

—Exacto: ninguna intención de ofenderle y toda de arrancarle las orejas... Fúmesese usted un puro.

—No, gracias...

—¿Un coñac?

—¡No! ¡Abstención total de vinos y licores!... ¡Adiós, mi querido Maia!

—Adiós, mi querido Teles...

Al día siguiente, una radiante mañana de junio, Carlos saltaba del *coupé* a la puerta de la quinta de Craft, con un manojo de llaves en la mano. Esperaba a Maria Eduarda a las diez, que iba a hacer el viaje sola, en su coche de la Compañía. El jardinero, dispensado por un par de días, se había ido a Vila Franca. Aún no había criados en la casa, las ventanas estaban cerradas. Y en el aire pesaba, envolviendo el camino y la casa, uno de esos altos y graves silencios de pueblo en que se siente el zumbido de los moscardones.

Tras pasar el portón, se penetraba en una fresca y olorosa avenida de acacias. A un lado, por entre los ramajes, se distinguía el quiosco, con techumbre de madera, pintado de rojo, un capricho de Craft, que lo había amueblado a la japonesa. Y al fondo, la casa, recién encalada, con alféizares en las ventanas, persianas verdes y la puerta en el centro, alzada sobre tres peldaños flanqueados por macetas de loza azul con claveles.

Introducir la llave despacio y con una vana cautela en la cerradura de aquella morada discreta, fue para Carlos todo un placer. Abrió las ventanas: y la vasta luz que entró le infundió una rara dulzura, una alegría mayor que la del resto de los días, como dispuesta especialmente por el Buen Dios para alumbrar la fiesta de su corazón. Corrió al comedor, a comprobar si en la mesa ya lista para el *lunch* aún estaban lozanas las flores que había dejado la víspera. Luego volvió al *coupé*, y sacó el cajón de hielo que había traído de Lisboa, envuelto en franelas, entre serrín. Por el camino, aún silencioso, pasaba una campesina en su yegua.

Pero nada más dejar el hielo adentro, oyó el ruido tranquilo de su coche. Fue al gabinete forrado de cretonas, que daba al pasillo, y desde allí espío su llegada, oculto por que no le viera el cochero de la Compañía. Al cabo de unos instantes, Maria Eduarda apareció en la avenida de acacias, alta y bella, vestida de negro, con un medio velo espeso como una máscara. Sus piecitos subieron los tres escalones de piedra. Oyó su voz inquieta preguntando:

—*Êtes-vous là?*

Entró, y se quedaron un instante a la puerta del gabinete, estrechándose

ávidamente las manos, conmovidos, deslumbrados.

—¡Una mañana maravillosa! —dijo ella al fin, riéndose y toda colorada.

—¡Sí, preciosa! —repitió Carlos, contemplándola arrobado.

Maria Eduarda se dejó caer en una silla cercana a la puerta, asaltada por un cansancio delicioso, dejando que se apaciguara el alborozo de su corazón.

—¡Todo esto es muy confortable, encantador! —dijo dedicando una lenta mirada a las cretonas del gabinete, al diván turco cubierto con un tapiz de Bursa, a las vitrinas llenas de libros—. Voy a estar aquí estupendamente...

—Aún no le he agradecido que accediese a venir —murmuró Carlos, la mirada perdida en ella—. Aún no le he besado la mano...

Maria Eduarda comenzó a quitarse el velo, los guantes, hablando de la carretera. Le había parecido larga, fatigosa. Pero ¿qué le importaba eso? En cuanto se instalara allí, no pensaba volver a Lisboa...

Echó el sombrero en el diván y se puso en pie, alegre y radiante.

—¡Vamos a ver la casa, me muero por ver todas estas maravillas de su amigo Craft!... ¿Es Craft como se llama, verdad? ¡«Craft» quiere decir industria!

—Pero ¡si aún no le he besado la mano! —repitió Carlos sonriente, suplicante.

Ella le ofreció sus labios y se dejó caer en sus brazos.

Y Carlos, besándola despacio en los ojos, en el pelo, le decía lo feliz que era, y cuánto más suya la sentía ahora, entre aquellos viejos muros de la quinta, que la aislaban del resto del mundo...

Ella se dejaba besar, seria y grave:

—¿Es cierto eso? ¿Es realmente verdad?...

¡Claro que era verdad! Carlos suspiró, casi con tristeza:

—¿Qué quiere que le responda? Me obliga a repetir aquello de Hamlet: que dude de todo, que dude del sol, pero que no dude de mí...

Despacio, turbada, Maria Eduarda deshizo el abrazo:

—Vamos a ver la casa.

Comenzaron por el segundo piso. La escalera era angosta y fea, pero los cuartos de arriba eran alegres, estaban recién alfombrados, forrados con papeles claros, daban al río o a los campos.

—Sus habitaciones han de estar abajo, con los objetos nobles, pero Rosa y Miss Sara se acomodarán aquí espléndidamente, ¿no le parece?

Ella recorría los cuartos despacio, examinando la disposición de los armarios, comprobando la elasticidad de los colchones, atenta, cuidadosa, desviviéndose por alojar a los suyos lo mejor posible. En ocasiones hasta exigía alguna modificación. Era como si el hombre que la seguía, enternecido y radiante, fuera un simple casero.

—El cuarto con dos ventanas, al fondo del pasillo, será el mejor para Rosa. Pero la pequeña no puede dormir en esa cama enorme de palisandro...

—¡Se busca otra!

—Sí, lo mejor sería cambiarla... Y haría falta una habitación espaciosa para que ella juegue en las horas de calor... Ese tabique que separa los dos cuartos pequeños...

—¡Se tira!

Él se frotaba las manos, encantado, dispuesto a transformar la casa. Y ella no se negaba a nada, todo porque los suyos estuvieran más cómodos.

Bajaron al comedor. Y allí, ante la famosa chimenea de roble labrado, flanqueada, a modo de cariátides, por dos negras figuras de nubios con ojos rutilantes de cristal, Maria Eduarda halló el gusto de Craft excéntrico, casi exótico... Carlos no le atribuía, desde luego, el gusto correcto de un ateniense. Era un sajón batido por un rayo de sol meridional: pero su excentricidad estaba llena de talento...

—¡Oh, la vista es deliciosa! —exclamó ella acercándose a la ventana.

Al pie del alféizar crecía un corro de margaritas, y a su lado una vainilla perfumaba el aire. Más allá se extendía una alfombra de césped mal cortado, ya un poco amarillento por el calor de junio. Y entre dos grandes árboles que le daban sombra, había un ancho banco de corteza de alcornoque. Una hilera apretada de arbustos parecía cerrar la quinta por aquella parte, a modo de cerca. Más allá, la colina descendía, con otras fincas, casas que no se veían, la chimenea de una fábrica. Y al fondo el río refulgía como un esmalte azul, silente y soleado, camino de los montes, azules también en el claro fagonazo del cielo de verano.

—¡Maravilloso! —repetía ella.

—¡Un paraíso! ¿No se lo había dicho? Hay que ponerle un nombre a la casa... ¿Cómo se podría llamar? ¿Villa Marie? No.

Château Rose... No, tampoco. Es nombre de vino. Lo mejor sería rebautizarla definitivamente con el nombre que nosotros le dábamos: Toca^[129].

A Maria Eduarda le pareció un nombre originalísimo. Tenían que pintarlo con letras rojas sobre el portón.

—Exacto, y con una divisa que represente a algún animal —dijo Carlos riéndose—. Una divisa con un animal, egoísta y feliz en su agujero: «¡No me molesten!».

Pero ella se detuvo, con una bonita sonrisa de sorpresa, ante la mesa puesta, llena de fruta, con las sillas muy juntas y la cristalería brillando entre las flores.

—Pero ¡esto son las bodas de Canaán!

Los ojos de Carlos resplandecieron.

—¡Son las nuestras!

Maria Eduarda se puso muy colorada, y se inclinó a escoger una fresa, luego una rosa.

—¿Le apetece un poco de champán? —preguntó Carlos—. ¿Con hielo? ¡Tenemos hielo y de todo! No nos falta nada, ni siquiera la bendición de Dios... ¿Una gota de champán?

Ella aceptó, bebieron de la misma copa, de nuevo sus labios se encontraron apasionadamente.

Carlos encendió un cigarrillo y siguieron recorriendo la casa. A Maria Eduarda le gustó mucho la cocina, a la inglesa, revestida de azulejos. En el corredor se detuvo ante una panoplia taurina, con una negra cabeza de toro, estoques y banderillas, capotes de seda roja que aún conservaban en sus pliegues cierta gracia ligera, y a su lado un cartel amarillento *de la corrida*^[130], con el nombre de Lagartijo. Aquello le encantó, como una cálida chispa festiva, de sol peninsular...

Pero el cuarto que debía ser el suyo le desagradó con su lujo estridente y sensual. Era una alcoba con la claridad de un salón forrado de tapices, en cuya trama de lana languidecían los amores de Venus y Marte. De la puerta, con un arco como de capilla, pendía una lámpara de hierro forjado del Renacimiento. Y a aquella hora, en que una ancha franja de sol la atravesaba, la alcoba resplandecía como el interior de un tabernáculo profanado, convertido en lascivo serrallo... Estaba forrada de arriba abajo, paredes y techo, con un brocado amarillo, color botón de oro. Una alfombra de terciopelo del mismo tono recubría el suelo, componiendo un pavimento de un oro intenso, digno de los pies desnudos de una diosa ardiente. Y el lecho, con dosel, alzado sobre un estrado, cubierto con una colcha de satén amarillo con flores bordadas en oro, envuelto en solemnes cortinas también amarillas de viejo brocatel, llenaba la alcoba, espléndido y severo, dispuesto para las grandiosas voluptuosidades de una pasión trágica del tiempo de Lucrecia o Romeo. Allí era donde el bueno de Craft, con un pañuelo de seda de la India liado a la cabeza, roncaba sus siete horas diarias, pacífica y solitariamente.

Pero a Maria Eduarda no le gustaron aquellos amarillos excesivos. Le asustó además una pintura antigua, ahumada, cuya negrura resaltaba entre tanto oro, y en la que apenas se distinguía una cabeza degollada, lívida, helada en su sangre, en una bandeja de cobre. Y para colmo de excentricidades, en una esquina, sobre una columna de roble, una enorme lechuza disecada miraba fijamente hacia aquel lecho de amores, con un aire de siniestra meditación, los ojos redondos y agoreros... A Maria Eduarda le parecía imposible tener sueños tranquilos en aquella habitación.

Carlos cogió la columna y la lechuza y las sacó al pasillo, y le propuso cambiar aquellos brocados, forrar la alcoba de un satén rosado y risueño.

—No, me acostumbraré a estos oros... Pero ese cuadro, con la cabeza y la sangre... ¡Jesús, qué horror!

—Creo que es nuestro viejo amigo San Juan Bautista.

Para borrar aquella fúnebre impresión, Carlos la condujo al salón noble, donde Craft concentraba sus maravillas. Pero a Maria Eduarda, aún descontenta, le pareció recargado y frío como un museo.

—Es para ver de pie y pasar a otra sala... Aquí no hay manera de sentarse y

conversar.

—¡Sí, pero esto es sólo la materia prima! —exclamó Carlos—. Con esto compondremos un salón adorable... ¿Dónde está nuestro genio decorativo?... ¡Fíjese en este armario, una pieza maravillosa! ¡Qué hermosura!

Casi llenando la pared del fondo, el famoso armario, el «mueble divino» de Craft, obra en talla del tiempo de la Liga Hanseática, lujoso y sombrío, tenía cierta majestad arquitectónica: en la base cuatro guerreros, armados como Marte, flanqueaban las puertas, y cada uno mostraba en bajorrelieve la toma de una ciudad o las tiendas de un campamento; en la pieza superior, en cada esquina, velaban los evangelistas, Juan, Marcos, Lucas y Mateo, rígidos, envueltos en ropajes violentos que un viento profético parecía agitar; en la cornisa se alzaba un trofeo agrícola, con ramos de espigas, hoces, racimos de uvas y estevas de arado; y a la sombra de aquellas representaciones de la labor y la pitanza, dos faunos, simétricamente recostados, indiferentes a los héroes y los santos, tocaban, en bucólico desafío, la flauta de cuatro tubos.

—¿Qué le parece? —decía Carlos—. ¡Menudo mueble! Es todo un poema del Renacimiento, faunos y apóstoles, guerras y geórgicas... ¿Qué se puede guardar en un armario así? Yo, si tuviera cartas suyas, las guardaría aquí, como en un altar mayor.

Ella no respondió, sonreía, caminaba despacio entre aquellas cosas del pasado, bellas pero frías, que exhalaban una indefinida tristeza de lujo muerto: finos muebles del Renacimiento italiano, auténticos palacios de mármol, con embutidos de cornalina y ágata, que ponían un brillo suave, de joya, en la negrura de los ébanos o el satén de las maderas rosadas; cofres nupciales, amplios como baúles, en los que antaño se guardaran los presentes de papas y príncipes, pintados en púrpura y oro, con graciosas miniaturas; altivos bargueños españoles de herrajes bruñidos y terciopelo rojo, con interiores misteriosos, en forma de capilla, con sus nichos y sus claustros de nácar... Aquí y allá, sobre la pintura verde oscuro de las paredes, resplandecía una colcha de satén, recamada de flores y aves de oro; o sobre una esquina de alfombra oriental, de tonos severos, con versículos del Corán, se insinuaba en la seda de un abanico abierto la gentil pastoral de un minué en Citeres...

Maria Eduarda acabó por sentarse, cansada, en una butaca Luis XV, amplia y noble, concebida para acoger la majestad de los miriñaques, historiada con tapices de Beauvais, y que aún parecía exhalar un vago aroma a polvos de arroz.

La admiración que mostraba Maria era un triunfo para Carlos. ¿Aún pensaba que aquella compra, hecha en un arranque de entusiasmo, había sido un disparate?

—No, hay piezas maravillosas... Pero yo no sé si lograré llevar una apacible vida de pueblo entre tantas rarezas...

—¡No diga eso —exclamaba Carlos riéndose— que le prendo fuego a todo!

Pero lo que más le gustó fueron las fayenzas, aquel arte frágil e inmortal desparramado sobre el mármol de las *consoles*. Le llamó mucho la atención una vasija persa de raro dibujo, con una hilera de cipreses negros, cada uno de los cuales cobijaba una flor de vivos colores: aquello le recordaba la tímida reaparición de las sonrisas tras una larga tristeza. También había aparatosas mayólicas, de colores chillones y que no casaban, representando a grandes personajes: Carlos V cruzando el Elba, Alejandro coronando a Roxana. Y los preciosos Nevers, ingenuos y serios. Los Marsellas^[131], en los que se habría voluptuosamente, como un desnudo que se entrega, una gruesa rosa roja. Los Derby^[132], con sus trenzados en oro sobre el azul intenso del cielo tropical. Los Wedgewood^[133], lechosos y rosados, con transparencias fugaces de conchas en el agua...

—¡Sólo un instante más —exclamó Carlos, viendo que Maria Eduarda se sentaba de nuevo—, hemos de saludar al genio tutelar de la casa!

Se hallaba en el centro de la estancia, sobre una ancha peana. Era un ídolo japonés de bronce, un dios bestial, desnudo, rapado, obeso, con bocio, bonachón y sonriente, con un vientre jubiloso, hinchado por la indigestión del universo, las piernas colgando, blandas, flácidas como las pieles muertas de un feto. Y semejante monstruo montaba a un animal fabuloso, con pies humanos, que sumiso doblegaba el cuello, mostrando en el hocico y en el ojo, que miraba de través, el sordo resentimiento de su humillación...

—Y pensar —dijo Carlos— que generaciones enteras se han postrado ante tamaña rata, le han rezado y besado el ombligo, le han ofrendado riquezas, dispuestas a morir por él...

—El amor a un monstruo —dijo Maria— es el amor más meritorio, ¿no es cierto?

—Por eso tal vez no valora el amor que usted infunde...

Se sentaron junto a la ventana, en un diván ancho y bajo, con muchos almohadones, cercado por un biombo de seda blanca, que en medio de aquel lujo del pasado creaba un suave rincón de confort moderno. Y como ella se quejara un poco del calor, Carlos abrió la ventana. También bajo el alféizar crecía un corro de margaritas, y más allá, en un viejo macetero de piedra, posado sobre la hierba, apuntaba rojiza la flor de un cactus. De las ramas de un nogal se desprendía una fina frescura.

Maria Eduarda se acercó a la ventana. Y allí se quedaron los dos, juntos y en silencio, profundamente felices, penetrados de la dulzura de aquella soledad. Un pájaro cantó en una rama, luego enmudeció. Ella preguntó el nombre de una población que blanqueaba a lo lejos, al sol, en la colina azulada. Carlos no se acordaba. Después, jugando, cogió una margarita y la deshojó: «*Elle m'aime, un peu, beaucoup...*». Maria Eduarda se la quitó de las manos.

—¿Por qué se lo pregunta a las margaritas?

—Porque usted aún no me lo ha dicho claramente, de forma absoluta, como yo quiero que me lo diga...

La abrazó por la cintura, se sonrieron. Carlos, sumergiendo sus ojos en los de ella, le dijo en voz baja, implorante:

—Aún no hemos visto el cuarto de baño...

Maria Eduarda se dejó llevar, así enlazada, a través del salón y de la sala de los tapices, donde Marte y Venus se amaban en los bosques. El pavimento era de azulejo, avivado por una vieja alfombra amarilla de Karaman. Él, teniéndola aún abrazada, la besó en el cuello, despacio, largo rato. Ella se abandonó un poco más, sus ojos, pesados y vencidos, se cerraron. Pasaron a la cálida alcoba de oro: Carlos, al entrar, desprendió las cortinas del arco de capilla, de una seda muy liviana.

Se quedaron inmóviles unos instantes, solos al fin, desanudado el abrazo, sin tocarse, como en suspenso y sofocados ante la abundancia de su felicidad.

—¡Esa horrible cabeza! —murmuró ella.

Carlos quitó la colcha del lecho y cubrió el siniestro lienzo. Y los rumores se apagaron, la solitaria casa se adormeció entre los árboles, sumida en una larga siesta bajo la calma de junio.

Al día siguiente, domingo, era el cumpleaños de Afonso da Maia. Casi todos los amigos de la casa habían acudido a cenar al Ramallete. Se tomaba café en el despacho de Afonso, con las ventanas abiertas. La noche era suave, estrellada y serenísima. Craft, Sequeira y Taveira paseaban fumando por el jardín. En un sofá, Cruges escuchaba religiosamente a Steinbroken, que le contaba con suma gravedad los últimos progresos de la música en Finlandia. En torno a Afonso, arrellanado en su vieja poltrona, con la pipa en la mano, se hablaba del campo.

Durante la cena Afonso había anunciado su intención de visitar, a mediados de mes, sus viejos árboles de Santa Olávia. Enseguida acordaron una gran romería a orillas del Duero. Craft y Sequeira pensaban acompañar a Afonso. El marqués prometió visitarles en agosto, «con la compañía melodiosa» del amigo Steinbroken. Don Diogo dudaba, temeroso del largo viaje y de la humedad del pueblo. Les faltaba convencer a Ega, para que fuese con Carlos cuando Carlos acabase de reunir los materiales para su libro, que le retenían en Lisboa, «atado a la pata de la mesa de trabajo»... Pero Ega se resistía. El campo, afirmaba, era bueno para los salvajes. El hombre, a medida que se civiliza, se distancia de la Naturaleza. La plena realización del progreso, el Paraíso en la Tierra conjeturado por los idealistas, él lo concebía como una vasta ciudad que ocupara el globo terráqueo, toda casas, piedra, con tan sólo algún que otro bosquecillo sagrado de flores, en que coger los ramilletes que perfumasen el altar de la Justicia...

—¿Y el maíz? ¿Y la fruta? ¿Y las verduras? —preguntaba Vilaça con malicia,

riéndose.

¿Acaso se imaginaba Vilaça, replicaba el otro, que en el futuro el hombre seguiría comiendo hortalizas? La verdura era un rudo vestigio de la animalidad del ser humano. Con el tiempo, el hombre civilizado y completo se alimentaría únicamente de productos artificiales, de frasquitos y píldoras, producidos en los laboratorios del Estado...

—El campo —adujo en su favor don Diogo, pasándose gravemente los dedos por las guías del bigote— presenta ciertas ventajas para la vida social: los picnics, las excursiones en burro, el *croquet*... Sin campo no hay sociedad.

—Sí —gruñó Ega— un salón con unas cuantas plantas hace el mismo efecto...

Hundido en una poltrona, fumando lánguidamente, Carlos sonreía en silencio. No había dicho nada en toda la cena, sonriente a todos y a todo, con un aire luminoso, de dulce lasitud. El marqués, tras dirigirse a él en dos ocasiones y toparse con la misma radiante beatitud, se impacientó:

—Pero ¡alma de Dios, di algo!... ¡Hoy tienes un aspecto de lo más extraño, como de beato arrobado tras recibir al Santísimo!

Todos examinaron a Carlos con simpatía. Según Vilaça tenía mejor cara, mejor color que de costumbre. Don Diogo, con aires de entendido, oliendo que allí había mujer, le envidió la edad. Y Afonso, rellenando la pipa, le miraba enternecido.

Carlos se puso en pie a toda prisa, huyendo de aquel afectuoso examen.

—Sí —dijo desperezándose un poco— hoy estoy un poco lánguido y embotado... Es el comienzo del verano... Voy a espabilarme un poco... ¿Una partidita de billar, marqués?

—Bueno, si eso te resucita...

Salieron. Ega les siguió. Y apenas se hallaron en el corredor, el marqués, como si se acordara de algo, le pidió a Ega sin el menor empacho noticias de los Cohen. ¿Se habían visto? ¿El asunto estaba acabado? Para el marqués, que era un prodigio de lealtad, no había secretos: Ega le contó que el romance se había acabado, y que Cohen, siempre que se cruzaba con él, bajaba los ojos prudentemente...

—Te pregunto esto —dijo el marqués— porque he visto a Cohen un par de veces...

—¿Dónde? —fue la pregunta ansiosa de Ega.

—En el Price, y siempre en compañía de Dâmaso. La última vez ha sido esta misma semana. Y allí estaba Dâmaso, muy íntimo y conversador... Luego vino a sentarse un poco a mi lado, pero sin quitarle ojo a ella... Y ella, con aquel aire suyo relamido, con los impertinentes fijos en él todo el rato... Ese Cohen está predestinado.

Ega palideció, se retorció nerviosamente el bigote, y a la postre dijo:

—Dâmaso es muy de la casa... Tal vez haya algo, no lo dudo... Son dignos el

uno del otro.

Ya en el billar, mientras los otros dos jugaban perezosamente, él no cesó de pasear de un lado a otro, mordisqueando el cigarro apagado. De repente se detuvo ante al marqués, con los ojos encendidos:

—¿Cuándo has visto en el Price por última vez a esa torpe hija de Israel?

—El martes, creo.

Sombrío, Ega reanudó sus paseos.

En aquel instante, Baptista, asomando a la puerta del billar, llamó a Carlos en silencio, con una discreta mirada. Carlos acudió, sorprendido.

—Es un cochero de plaza —murmuró Baptista—. Dice que en su carruaje le aguarda una señora que desea hablarle.

—¿Una señora?

Baptista se encogió de hombros. Carlos, con el taco en la mano, le miraba aterrado. ¡Una señora! ¡Tenía que ser Maria!... ¿Qué habría ocurrido, Santo Dios, para que se presentara a las nueve en un coche de punto en el Ramalhete?

Mandó a Baptista que le trajese a toda prisa un sombrero hongo. Y tal como estaba, sin ponerse un paletó, bajó presa de una gran ansiedad. En el zaguán se encontró con Eusèbiozinho, que llegaba en aquel momento, y que con un pañuelo se sacudía con sumo cuidado el polvo de los zapatos. Ni le saludó. Corrió al *coupé*, que aguardaba a la puerta particular de sus habitaciones, cerrado, mudo, misterioso, aterrador...

Abrió la portezuela. En la vieja tartana, un bulto negro, envuelto en una mantilla de encaje, se abalanzó hacia él, conturbado, balbuciente:

—¡Es sólo un instante! ¡Quiero hablarle!

¡Qué alivio! ¡Era la Gouvarinho! Carlos, indignado, reaccionó brutalmente:

—¿Qué locura es ésta? ¿Qué desea ahora?

Iba a cerrar la portezuela, pero ella se lo impidió, desesperada. Se desahogó allí mismo, en presencia del cochero, que manipulaba tranquilamente una hebilla de las riendas.

—¿Quién tiene la culpa? ¿Por qué me trata de este modo? ¡Es sólo un instante, entre, tengo que hablar con usted!...

Carlos saltó al interior, furioso:

—Dé una vuelta por el Aterro —le gritó al cochero con furia—. ¡Despacio!

El viejo carricoche enfiló calle abajo. Y durante unos instantes, en la oscuridad, cada uno en un extremo del estrecho asiento, se cruzaron de nuevo las mismas palabras bruscas y coléricas, amortiguadas ahora por el temblor de los cristales.

—¡Qué imprudencia! ¡Qué locura!...

—Y ¿de quién es la culpa? ¿De quién?

Ya en la Rampa de Santos, el *coupé* rodó más silenciosamente sobre el macadán.

Carlos, arrepentido de su dureza, se volvió hacia ella, y con más suavidad, casi con el tono cariñoso de antaño, la reprendió por aquella imprudencia... ¿No habría sido mejor que le escribiera?

—¿Para qué? —exclamó ella—. ¿Para que no me responda? ¿Para que siga sin hacer caso a mis cartas, como si fueran las de un importuno que le pidiese limosna? ...

Sofocada, se quitó la mantilla. Y mientras el *coupé* rodaba lento y silencioso a lo largo del río, Carlos percibía la respiración de ella, tumultuosa y llena de angustia. Y no decía nada, inmóvil, dominado por un infinito malestar, entreviendo confusamente en la sombra triste del río adormecido, a través del cristal empañado, los mástiles de las falúas. El tiro de caballos languidecía. Las quejas de ella se desgranaban serias, punzantes, imbuidas de amargura.

—Le pido que acuda a la Rua de Santa Isabel, y no va... Le escribo, y no me contesta... Busco una explicación franca, y no aparece... Nada, ni un billete, ni una palabra, ni una seña... Un desprecio brutal, grosero... No debería haber venido... Pero no he podido resistirme, ¡no he podido!... Quiero saber qué le he hecho. Qué es lo que le he hecho...

Carlos veía llamear sus ojos bajo la niebla del llanto retenido, suplicantes y que buscaban los suyos. Y sin valor para mirarla, le dijo, torturándose:

—Lo cierto es, mi querida amiga... que no hay mucho que decir, las cosas hablan por sí solas.

—¡Cómo que no hay nada que decir! ¡Tengo que saber si esto es algo pasajero, un enojo, o si se trata de algo definitivo, de una ruptura!

Carlos se agitaba en su rincón, sin encontrar la forma suave, afectuosa si cabía, de decirle que ya no la deseaba. Afirmó que no era un enojo. Sus sentimientos hacia ella siempre habían sido elevados, por lo que no iba a caer ahora en la ñoñería de los enfados...

—Entonces, es una ruptura...

—No, tampoco... Una ruptura definitiva, para siempre, no...

—Entonces es un enojo. ¿Por qué?

Carlos no respondió. Ella, desesperada, le sacudió del brazo.

—Pero ¡hable! ¡Diga algo, por el amor de Dios! ¡No sea cobarde, tenga el valor de decirme lo que sea!

Sí, tenía razón... Era una cobardía, una indignidad, proseguir allí, torpemente, al amparo de la sombra, balbuciendo cosas mezquinas. Quiso ser claro, valeroso.

—Pues bien, ahí va: debemos alterar nuestras relaciones...

Y de nuevo vaciló, la verdad se le ablandó en los labios al sentir a su lado los temblores agónicos de aquella mujer.

—Alterarlas, quiero decir... deberíamos transformar un capricho apasionado, que

no puede durar, en una amistad agradable, más noble...

Y poco a poco las palabras acudían con facilidad a sus labios, hábiles, persuasivas, abriéndose paso por entre el rumor lento de las ruedas. ¿A qué les abocaba aquella relación? Al resultado consabido. A que un día se descubriera todo y su hermoso romance acabara en escándalo y oprobio. O a que, durante mucho tiempo al amparo del secreto, cayera en la banalidad de una unión casi conyugal, sin interés ni distinción. Por lo demás, era inevitable que de seguir viéndose allí, en Lisboa, en Sintra, en otros lugares, la curiosidad, el chismorreo desvelarían su afecto. Y ¿había algo más horroroso, para quien tiene orgullo y delicadeza de alma, que unos amores que andan en boca de todo el mundo, que hasta los cocheros de punto conocen? No... El buen sentido, incluso el buen gusto, recomendaban una separación. Más adelante seguro que le sería grata... Desde luego que aquella primera interrupción de un hábito dulce era desagradable, él estaba lejos de sentirse feliz. Por eso no había tenido el valor de escribirle... En fin, debían ser fuertes, y no verse, por lo menos en unos meses. Luego, poco a poco, lo que había sido un frágil capricho, dominado por la inquietud, se tornaría una hermosa amistad, firme y duradera.

Se calló. Y al hacerlo notó que ella, arrebujaada en su rincón como un bulto miserable y exánime, lloraba quedamente tras el velo.

Fue un instante intolerable. Lloraba sin violencia, con mansedumbre, con un llanto lento, que amenazaba no tener fin. Carlos sólo acertó a repetir, banal e insulso:

—¡Qué locura! ¡Qué locura!

Rodaban a lo largo de los edificios, ante la fábrica de gas. Un tranvía de caballos pasó iluminado, con señoras vestidas de claro. Aquella noche veraniega, estrellada, algunos paseantes vagaban tranquilos entre los árboles. Ella seguía llorando.

Aquel llanto triste, lento, derramado en su presencia, comenzó a conmoverle. Aunque al mismo tiempo la odiaba por no ser capaz de retener aquellas lágrimas inacabables con que se laceraba... ¡Y él que estaba tan tranquilo en el Ramalhete, en su butaca, sonriendo a todo y a todos, sumido en una deliciosa lasitud!

La cogió de la mano, deseando calmarla, apiadado, impaciente.

—Lo cierto es que no tiene razón. No sea absurda... Todo esto es por su bien.

Ella hizo por fin un movimiento, se enjugó las lágrimas, se sonó doloridamente entre largos sollozos... Y de repente, en un arranque de pasión, se arrojó en sus brazos, pegándose a él con desesperación, aplastándole contra su pecho.

—¡Mi amor, no me dejes, no me dejes! ¡Si tú supieras! Eres la única dicha de mi vida... ¡Me moriré, me mataré!... ¿Qué te he hecho yo? Nadie sabe nada de nuestro amor... ¡Y qué importaría que lo supieran! ¡Por ti yo lo sacrifico todo, vida, honor, todo, todo!...

Sus lágrimas le mojaban el rostro, y él se abandonaba, sintiendo contra sí aquel cuerpo sin chaleco, caliente y como desnudo, que se subía a sus rodillas y se pegaba

al suyo, que deseaba con furor poseerle de nuevo, con besos ansiosos, enloquecidos, que le ahogaban... De pronto, el coche se detuvo. Y durante unos instantes estuvieron así, Carlos inmóvil, ella echada sobre él, sin resuello.

Pero el coche se había parado. Carlos liberó un brazo, bajó la ventanilla, y vio que se hallaban ante el Ramalhete. El cochero, obedeciendo la orden, había dado una vuelta por el Aterro, despacio, y tras subir la rampa había regresado al Ramalhete. Carlos tuvo la tentación de bajarse y acabar bruscamente aquel largo tormento. Pero le pareció brutal. Y desesperado, detestándola, le gritó al cochero:

—¡Vuelva al Aterro, no se detenga!...

El coche giró resignadamente en la calle estrecha, y echó a rodar. De nuevo las piedras de la calzada hicieron tintinear las ventanillas; de nuevo, aunque más suavemente, descendieron la Rampa de Santos.

Ella volvió a sus besos. Pero ya no tenían la llama que antes los había hecho casi irresistibles. Ahora Carlos sólo sentía fatiga, un deseo infinito de volver a su cuarto, al reposo del que ella le había arrancado para torturarle con aquellas recriminaciones, con aquellos ardores lacrimógenos... Y de repente, mientras la condesa balbucía como boba colgada de su cuello, se le apareció en el alma, clara y resplandeciente, la imagen de Maria Eduarda, tranquila a aquella hora en su sala de reps rojo, con el pensamiento puesto en él, recordando las felicidades de la víspera, cuando la Toca, henchida de sus amores, dormía blanca entre los árboles... La Gouvarinho le causó un asco súbito. Brutalmente, sin piedad, la repelió contra el rincón opuesto del *coupé*.

—¡Basta ya! Todo esto es absurdo... ¡Nuestras relaciones están acabadas, no hay más que decir!

Ella se quedó como aturdida un instante. Después se estremeció, se rió nerviosamente, le repelió a su vez, frenética, aplastándole el brazo.

—¡Muy bien! ¡Váyase, déjeme! ¡Váyase con la otra, con la brasileña! ¡Yo la conozco bien, es una aventurera con un marido arruinado, que sólo busca quien le pague las modistas!...

Él se volvió, con los puños cerrados, como dispuesto a pegarla. Y en el coche en tinieblas, en el que ya flotaba un vago olor a verbena, los ojos de ambos, sin verse, relumbraron de odio... Carlos golpeó rabiosamente en el cristal. El coche no se detuvo. Y la Gouvarinho, furiosa, haciéndose daño en los dedos, intentaba bajar su ventanilla.

—¡Es mejor que se apee! —dijo sofocada—. ¡Me espanta estar a solas con usted, a su lado! ¡Cochero! ¡Cochero!

La tartana se detuvo. Carlos se apeó, cerró con un portazo. Y sin una palabra, sin alzar el sombrero, dio la espalda al coche y se dirigió a zancadas al Ramalhete, trémulo aún, odiando bajo la paz de la noche estrellada.

XIV

Fue un sábado cuando Afonso da Maia se marchó a Santa Olávia. Aquel mismo día, por la mañana temprano, Maria Eduarda, convencida de que un sábado le sería un día propicio, se instaló en Oliváis. De regreso de Santa Apolónia, Carlos le decía a Ega alegremente:

—Aquí nos quedamos los dos, a cocernos *en la ciudad de mármol* y basura...

—¡Mejor eso —respondió Ega— que andar venga a darle a la cabeza, con zapatitos blancos, por la polvareda de Sintra!

Pero el domingo, cuando Carlos se recogió al anochecer, Baptista le anunció que el señor Ega se acababa de marchar a Sintra, llevándose tan sólo unos pocos libros y unos cuantos cepillos envueltos en un periódico... El señor Ega había dejado una carta. Y le había dicho: «Baptista, voy a pastar».

La carta, escrita a lápiz, en una hoja grande de papel basto, decía:

Me ha asaltado de repente, querido amigo, junto a un odio enorme a los cascotes de Lisboa, una saudade infinita de la Naturaleza y el mundo vegetal. La porción de animalidad que aún subsiste en mi ser civilizado y requetecivilizado, precisa urgentemente revolcarse por la hierba, beber de los regatos, trasponerse acunada en la rama de un castaño. Que el solícito Baptista me envíe mañana en el ómnibus la maleta con que no he querido sobrecargar la tartana del «Mulato». No estaré fuera más que tres o cuatro días. El tiempo justo para charlar un poco con el Absoluto en lo alto de los Capuchos, y ver cómo proliferan los miosotis junto a la encantadora Fuente de los Amores...

—¡Pedante! —gruñó Carlos, indignado con el ingrato abandono de Ega.

Y arrojando la carta:

—¡Baptista! El señor Ega dice que le manden una caja de puros «Imperiales». Mándale unos «Flor de Cuba». Los «Imperiales» son puro veneno. ¡El muy bestia no sabe ni fumar!

Después de la cena, Carlos recorrió el *Figaro*, hojeó un volumen de Byron, hizo algunas carambolas solitarias en el billar, silbó unas malagueñas en la terraza, y acabó por salir a la calle sin destino concreto, rumbo al Aterro. El Ramalhete le entristecía en aquel estado, mudo, a oscuras, abierto al calor de la noche. Insensiblemente, fumando, se halló en la Rua de São Francisco. Las ventanas de Maria Eduarda también estaban abiertas y a oscuras. Subió hasta el piso de Cruges. El señorito Vitorino no se hallaba en casa...

Maldiciendo a Ega, entró en el Grémio. Se encontró a Taveira con el paletó

echado por los hombros, leyendo los telegramas. Nada nuevo en la vieja Europa: tan sólo unos cuantos nihilistas más ahorcados. Él se iba al Price.

—¡Vente conmigo, Carlinhos! Hay una mujer que se mete en el agua con cobras y cocodrilos... ¡Me pierden las mujeres que trabajan con animales!... Y ésta no es bocado fácil, que tiene su chulo... Pero ya le he escrito unas líneas, y ella me hace ojitos desde dentro de la tina.

Arrastró a Carlos: y por el Chiado le fue hablando de Dâmaso. ¿No había visto a aquel pájaro? Pues aquel pájaro andaba pregonando por todas partes que Maia, después del asunto del Chiado, le había dado, por medio de un amigo, explicaciones humildes y cobardes... ¡Terrible Dâmaso! ¡Tenía la estampa, el fondo y la naturaleza de una pelota! Cuanto más fuerte se le arrojaba contra el suelo, más alto rebotaba, triunfal...

—En cualquier caso, es una bestia traicionera, y debes tener cuidado con él...

Carlos se encogió de hombros, riéndose.

—No, no —decía Taveira muy serio—. Yo conozco muy bien a nuestro querido Dâmaso. Cuando nuestra trifulca en casa de Lola la Gorda, se portó como un auténtico cobarde, pero luego me hizo la vida imposible... Es capaz de cualquier cosa... Anteayer estaba yo cenando en el Silva, y vino a sentarse a mi lado un instante, y dejó caer determinadas cosas acerca de ti, determinadas amenazas...

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas?

—Dijo que ibas por ahí dándotelas de espadachín y matasiete, pero que muy pronto ibas a encontrar la horma de tu zapato... Que se está preparando un escándalo monumental... Que no le extrañaría nada verte de aquí a poco con una bala en la cabeza...

—¿Una bala?

—Eso dijo. Tú te ríes, pero yo sé de lo que es capaz... Yo que tú, iba y le decía: «Dâmaso, preciosidad, te aviso de que, en adelante, cada vez que me suceda algo desagradable, vengo aquí y te parto una costilla. Toma tus precauciones...».

Habían llegado al Price. Una multitud endomingada, embelesada y alegre, se apiñaba hasta colmar las últimas filas, ocupadas por mozos en mangas de camisa, con botellas de vino. Eran enormes las carcajadas que provocaban las zalamerías de un payaso, pintarrajeado de blanco y bermellón, que le hacía cosquillas en los pies a una *voltigeuse* y se chupaba los dedos poniendo los ojos en blanco, como si le supieran a miel... Aposentada en su ancha silla de montar con gualdrapa dorada, la criatura, delgaducha y seria, con flores en las trenzas, daba la vuelta a la pista, despacio, al paso de un caballo blanco que mordía el freno, guiado por un palafrenero; y el payaso, goloso y bobo, la seguía por la arena, asiéndose con las manos el corazón en una súplica babosa, contoneando lánguidamente las caderas bajo los enormes pantalones picados de lentejuelas. Uno de los palafreneros, con calzones con listas de

oro, le daba empujones, en un arrebato de celos, y el payaso se caía de culo, entre las risas de los niños y el chundachunda de la charanga. El calor era sofocante, y las fumaradas de los puros se alzaban sin pausa, creando una niebla en la que temblaban las llamas de las lámparas de gas. Carlos, a disgusto, hizo gesto de marcharse.

—¡Quédate al menos a ver a la mujer de los cocodrilos! —le gritó Taveira.

—¡No puedo, huele mal, me ahogo!

Pero en la puerta le detuvieron los brazos abiertos de Alencar, que llegaba en compañía de un sujeto viejo y alto, con barbas blancas, que estaba de luto. El poeta se sorprendió mucho de ver allí a su querido Carlos. ¡Le hacía en Santa Olávia! ¡Si hasta había salido en los papeles públicos!...

—No —dijo Carlos— es mi abuelo quien se fue ayer... Yo aún no me siento en disposición de comunicarme con la Naturaleza...

Alencar se rió, un poco subido de colores, con el ojo cavernoso brillante de ginebra. A su lado, grave, el anciano barbado se calzaba sus guantes negros.

—Pues yo al contrario —exclamaba el poeta—. ¡Me urge un baño de panteísmo! ¡Oh la hermosa Naturaleza! ¡Los prados! ¡Los bosques!... ¡De modo que tal vez me regale con una visita a Sintra la semana próxima! Ya están allí los Cohen, que han alquilado una casa muy bonita, justo enfrente del Vítor^[134]...

¡Los Cohen! Carlos comprendió la fuga de Ega y su repentina «saudade del mundo vegetal».

—Oye —le dijo el poeta por lo bajo, llevándole de la manga hacia un rincón—. ¿Conoces a este amigo mío? Fue muy amigo de tu padre, juntos nos corrimos nuestras juergas... Él no era ninguna personalidad, alquilaba caballos... Pero aquí en Portugal, sobre todo en aquel tiempo, había mucha camaradería, el hidalgo se trataba con el arriero... Pero ¡qué diablos, seguro que le conoces! ¡Es el tío de Dâmaso!

Carlos no se acordaba de él.

—¡Guimarães, el que vive en París!

—¡Ah, el comunista!

—Sí, muy republicano, hombre de ideas humanitarias, amigo de Gambetta, escribe en el *Rappel*... ¡Un hombre interesante!... Ha venido a tratar de unas tierras heredadas de su hermano, ese otro tío de Dâmaso que murió hace unos meses... Creo que va a quedarse un tiempo... Hemos cenado juntos y bebido unos brebajes, y hasta hemos hablado de tu padre... ¿Quieres que te lo presente?

Carlos dudó. Sería mejor en otra ocasión más íntima, cuando pudieran fumarse tranquilamente un cigarro y charlar del pasado...

—¡De acuerdo! Pero te gustará. Conoce muy bien a Victor Hugo, y detesta las sotanas... ¡Un espíritu con altas miras!

El poeta estrechó con ardor las manos de Carlos. El señor Guimarães alzó levemente el sombrero, con su cinta de crespón.

Durante todo el camino al Ramallete, Carlos fue pensando en su padre y en el pasado extrañamente sugerido y rememorado por la presencia de aquel patriarca, aquel hombre que había sido chalán y con el que su padre se había corrido tantas juergas... Aquello le llevó a otra idea, que en aquellos días le asaltaba con frecuencia, pertinaz y torturadora, y que le causaba, en medio de su actual felicidad, un sombrío escalofrío de dolor... Carlos pensaba en su abuelo.

Maria Eduarda y él habían decidido marcharse a Italia a finales de octubre. Castro Gomes, en su última carta, pretenciosa y seca, anunciaba su llegada para mediados de noviembre, «con las elegancias del frío». Por lo que poco antes deberían hallarse lejos, en el verdor de Isola Bella, entregados a su amor, por él separados del mundo como por los muros de un claustro. El plan era fácil, su corazón lo consideraba legítimo, henchía su vida de esplendor... Sólo había un punto oscuro: su abuelo.

¡Sí, su abuelo! Él se fugaba con Maria, se sumía en una aventura absoluta, pero destrozaba para siempre la alegría de Afonso, la noble paz que embellecía su vejez. Hombre de otros tiempos, austero y puro, una de esas almas fuertes que jamás desfallecen, no vería sino libertinaje en aquella solución franca, viril, libérrima, a un amor indomable. Para él nada significaban los esponsales espontáneos de las almas, realizados al margen de las convenciones de la sociedad; nunca comprendería la sutil ideología sentimental con que ellos, como todos los descarriados, intentaban revestir su yerro. Para Afonso no habría más que un hombre que le quita su mujer a otro, le quita su hija, dispersa una familia, apaga un hogar, y se enfanga para siempre en el concubinato; las sutilezas de la pasión, por finas y fuertes que fueran, se desharían como pompas de jabón al contacto con las tres o cuatro ideas fundamentales de Deber, Justicia, Sociedad, Familia, duras como bloques de mármol, fundamento de su vida durante casi un siglo... ¡Sería para él la peor de las fatalidades! Ya la mujer de su hijo se había escapado con otro hombre, dejando tras de sí un cadáver. Y ahora su nieto se fugaba también, arrebatándole la familia a otro hombre. ¡La historia de su casa se convertía definitivamente en una suma de adulterios, de fugas, de hogares rotos, presidida por el brutal aguijón de la carne!... ¡Y las esperanzas que Afonso había puesto en él, rodarían por el lodo! Él sería ya siempre, en la imaginación angustiada de su abuelo, un forajido, un inútil, alguien que ha roto con las raíces que le unen a su tierra, que ha renunciado a una carrera en su país, que ha optado por una vida que se oculta en hoteles, hablando lenguas extranjeras, con una familia equívoca que crece a su lado como la vegetación en las ruinas... ¡Sombrío tormento, implacable y siempre presente, que consumiría los últimos años de la vida de su abuelo!... Pero ¿qué podía hacer él? Ya se lo había dicho a Ega. ¡La vida era así! No le asistía ni el heroísmo ni la santidad que hacen fácil el sacrificio... Y además, ¿a qué se reducirían aquellos sinsabores de su abuelo? A prejuicios. ¡Y su felicidad, Santo Cielo, se fundaba en derechos más sólidos, en la mismísima Naturaleza!...

Llegó al final del Aterro. El río silencioso se perdía en la oscuridad. ¡Por allí arribaría en breve, procedente de Brasil, el otro, que en sus cartas se olvidaba de mandarle un beso a su hija! ¡Ah, si no regresara! ¡Si una ola providencial se lo llevase!... ¡Todo sería tan fácil, perfecto y claro! ¿Qué pintaba en el mundo aquel retaco? ¡Sería como si un saco vacío cayese al mar! ¡Ah, si se muriera!... Y se olvidaba de todo ante la imagen de Maria que le llamaba, le aguardaba, libre, serena, sonriente, enlutada...

Ya en su cuarto, Baptista, viendo cómo se dejaba caer en una poltrona con un suspiro de cansancio, de desconsuelo, dijo, tras toser risueñamente, y dándole un poco más de luz a la lámpara:

—Esto, sin el señor Ega, está un poco tristón...

—Así es —murmuró Carlos—. Pero hay que hacer algo... ¿Ya te he dicho que tal vez viajemos este invierno?

El señorito no le había dicho nada.

—Pues sí, tal vez vayamos a Italia... ¿Te apetece volver a Italia?

Baptista reflexionó.

—La otra vez no vi al Papa... Y antes de morir me gustaría ver al Papa...

—Eso hay que arreglarlo, verás al Papa.

Tras un silencio, Baptista, echándose una ojeada en el espejo, preguntó:

—Para ver al Papa, se ha de ir con chaqué, ¿no es cierto?

—Sí, te recomiendo el chaqué... Aunque lo ideal para estos casos es la Orden de Cristo... Voy a ver si te consigo una Orden de Cristo.

Baptista se quedó enormemente sorprendido. Luego, se ruborizó de la emoción:

—Muy agradecido, señor. Hay gente que la tiene y que quizá se la merece menos que yo... Dicen que hasta hay barberos que la tienen...

—Tienes razón —replicó Carlos muy serio—. Es una vergüenza. Lo que voy a ver si te consigo es la Orden de la Conceição.

Cada mañana, Carlos recorría el polvoriento camino de Oliváis. Para ahorrarles a sus caballos la solanera, iba en el coche del «Mulato», el cochero favorito de Ega, que recogía los caballos en la vieja caballeriza de la Toca y vagaba por las tabernas hasta la hora de volver al Ramalhete.

Al mediodía, tras el almuerzo, Maria Eduarda, en cuanto oía rodar el carruaje en el camino silencioso, salía a esperar a Carlos a la puerta de la casa, en lo alto de los escalones adornados con macetas, bajo un fresco toldo de lona rosa. En la quinta solía llevar vestidos claros. A veces, a la antigua moda española, se prendía una flor en el pelo. El aire fuerte y fresco del campo avivaba con un brillo cálido el mate ebúrneo de su rostro. Y así, sencilla y radiante entre los árboles, bajo el sol, deslumbraba a Carlos a diario con un encanto inesperado y mayor. Al cerrar el portón de entrada, que chirriaba en los goznes, Carlos se sentía invadido por un «extraordinario

bienestar moral», según sus palabras, en el que todo su ser se movía más fácilmente, con más fluidez, bajo una constante impresión de armonía y dulzura... Pero su primer beso era para Rosa, que corría a su encuentro por la avenida de acacias, el cabello negro al viento y «Niniche» a su lado, saltando y ladrando de alegría. Él la cogía en brazos. Maria, bajo el toldo rosa, les sonreía. En torno todo era luminoso, familiar y apacible.

Adentro, la casa había ganado con los retoques delicados de Maria. Ya se podía usar el salón noble, que había perdido su rígido aire de museo, aquella tristeza que antaño exhalaba a lujo muerto: los floreros con flores, un periódico olvidado, la lana del bordado, el mero roce de sus frescos vestidos, le comunicaban un sutil calor de vida, hacían acogedores los secos bargueños del tiempo de Carlos V, revestidos de hierro bruñido. Era allí donde conversaban hasta la hora en que Rosa tomaba sus lecciones.

A esa hora aparecía Miss Sara, seria y comedida, siempre de negro, con una herradura de plata prendida del cuello almidonado de caballero. Había recuperado sus vivos colores de muñeca, y las pestañas entornadas reforzaban su timidez virginal bajo los lisos bandós puritanos. Gordezuela, con el pecho de paloma ahíta a punto de estallar bajo el jubón severo, estaba encantada con la vida tranquila y despaciosa del pueblo. Pero aquellas tierras trigueñas de olivares no eran campo para ella. «Es muy seco, muy áspero», decía con una infinita nostalgia de los verdes húmedos de Inglaterra, de los cielos nublados, plomizos e inciertos.

A las dos, puntualmente, comenzaban en las habitaciones del piso superior las largas lecciones de Rosa. Carlos y Maria se refugiaban entonces, más íntimamente, en el quiosco japonés, fruto del caprichoso amor de Craft al Japón, construido junto a la avenida de acacias, al amparo sombreado y bucólico de dos viejos castaños. Maria le había cogido gusto a aquel retiro, decía que allí pensaba mejor. Era de madera, con un ventano redondo y un tejado a la japonesa rozado por las ramas, tan fino que en los momentos de silencio se escuchaba el canto de los pájaros. Craft lo había forrado con finas esteras de la India. Por todo adorno había una mesa lacada y algunas porcelanas japonesas. No se veía el techo, oculto por una seda amarilla anudada a las cuatro esquinas, a modo de rico dosel. Pero aquel ligero quiosco parecía haberse construido tan sólo para albergar un diván bajo y muelle, de una languidez de serrallo, propicio a todos los sueños, todas las molicies...

Carlos llevaba algún libro bajo el brazo, escogido en presencia de Miss Sara, y Maria Eduarda su bordado o su costura. Pero bordado y libro enseguida rodaban por el suelo, y sus labios se unían arrebatadamente. Ella se dejaba caer en el diván, Carlos se arrodillaba en un almohadón, trémulo, impaciente tras la forzada reserva mantenida ante Rosa y Sara, y allí se quedaba, abrazado a su cintura, balbuciendo mil cosas ardientes y pueriles entre largos besos que les dejaban exhaustos, cerrados los

ojos, sumidos en un dulce desmayo. Ella quería saber qué había hecho él durante la larga noche de separación. Y Carlos le contaba que había pensado en ella, que había soñado con ella... Se hacía el silencio: los gorriones piaban, las palomas les arrullaban sobre el fino tejado. Y «Niniche», que siempre les acompañaba, seguía sus murmullos, sus silencios, enroscada en un rincón, con el ojo negro reluciendo desconfiadamente por entre las lanas plateadas.

En aquellos días de calma, sin una brisa, la quinta reseca, de un verde polvoriento, dormía bajo el peso del sol. De la casa blanca, a través de las persianas cerradas, llegaba el sonsonete amodorrado de las escalas de Rosa al piano. En el quiosco también reinaba un silencio satisfecho y pleno, tan sólo quebrado por los dulces suspiros de lasitud que se escapaban del diván, de los almohadones de seda, o algún beso más largo y de más alto culmen... Era «Niniche» quien los sacaba de aquel dulce embotamiento de los sentidos, harta de estar quieta, presa entre aquellas paredes de madera recalentadas, en aquel ambiente cerrado en el que flotaban unas notas de jazmín.

Lenta, pasándose las manos por el rostro, Maria se incorporaba, pero volvía a caer a los pies de Carlos, víctima de su infinita gratitud... ¡Cuánto le costaba aquel momento! ¿Por qué habían de separarse? ¡Parecía tan poco natural, como esposos del alma que eran, que ella pasara la noche a solas, deseándole, y él se fuera a dormir sin sus caricias al Ramalhetete!... Y aún se demoraban largo rato, en un éxtasis mudo en el que los ojos húmedos, tras pasándose, continuaban el beso inacabado de los labios exhaustos. Era «Niniche» quien los forzaba a levantarse al fin, trotando impaciente de la puerta al diván, gruñendo y amenazando con ladrar.

Muchas veces, de regreso a la casa, Maria tenía una inquietud. Qué pensaría Miss Sara de aquellas siestas de clausura, sin un rumor, con la ventana del pabellón cerrada. Melanie, desde pequeña al servicio de Maria, era su confidente; el bueno de Domingos era un bobalicón que no contaba; pero Miss Sara... Maria confesaba sonriendo que se sentía un poco humillada al encontrarse en la mesa con sus ojos cándidos bajo los bandós virginales... Aunque la cosa estaba clara... A la mínima en que la dulce *miss* mascullase algo o frunciera el ceño, ¡le entregaba secamente su pasaje a Southampton en la Royal Mail! Rosa no la echaría de menos, no le tenía aprecio. Pero ¡en fin, era tan seria, admiraba tanto a la señora! A ella no le apetecía perder la estima de una muchacha tan seria. Así, decidieron despedir a Miss Sara, pagarla regiamente, y sustituirla más adelante, en Italia, por una gobernanta alemana, para quien ellos fueran como casados, «monsieur et madame...».

Pero poco a poco el deseo de una felicidad más íntima, más completa, fue creciendo en ellos. Ya no les bastaba con aquellas pocas horas que pasaban en el diván con los pájaros cantando sobre sus cabezas, la quinta llena de sol, todo agitándose en torno. Les apetecía el gran contento de una larga noche, que sus brazos

pudieran entrelazarse sin las trabas del vestido y todo durmiese en torno, los campos, la gente, la luz... Por lo demás, era muy fácil. La sala de los tapices, que comunicaba con la alcoba de Maria, daba al jardín a través de una puerta vidriera. La gobernanta, los criados, subían a las diez a sus habitaciones. La casa dormía profundamente. Carlos tenía una llave del portón. Y el único perro, «Niniche», era el fiel confidente de sus besos...

Maria deseaba aquella noche con tanto ardor como él. Una tarde, al caer el sol, de vuelta de un fresco paseo por los campos, probaron la llave, que Carlos prometió mandar a dorar. Y cuál no sería su sorpresa al ver que el viejo portón, que siempre había chirriado abominablemente, giraba ahora sobre los goznes con un silencio oleoso.

Acudió aquella misma noche, dejando en el pueblo, para partir con ella al amanecer, la calesa del «Mulato», un cochero discreto, al que colmaba de propinas. El cielo, encapotado, no tenía estrellas. Y sobre el mar lucía de vez en cuando la lividez de un relámpago. Caminando con inútiles cautelas a lo largo de la tapia, Carlos sentía, en la cercanía de aquella posesión tan deseada, una melancolía no exenta de ansiedad, que le acobardaba vagamente. Abrió el portón casi temblando, y tras unos pocos pasos se detuvo, oyendo al fondo los ladridos furiosos de «Niniche». Pero todo enmudeció, y de la ventana convenida surgió una claridad apaciguadora. Encontró a Maria, con una bata de encaje, junto a la puerta vidriera, ahogando casi entre los brazos a «Niniche», que aún gruñía. Parecía un poco amedrentada, impaciente ante la presencia de Carlos. No quiso que se recogieran de inmediato, estuvieron allí sentados en los escalones unos instantes, con «Niniche» ya calmada, que le daba lametones a Carlos. En torno todo era como una infinita mancha de tinta. Sólo allá abajo, perdida y mortecina, emergía de la tiniebla alguna lucecita vacilante en lo alto de un mástil. Maria, acurrucándose contra Carlos, buscando refugio en él, lanzó un largo suspiro, y sus ojos se sumergieron inquietos en aquella muda tiniebla, en la que los arbustos familiares del jardín, la quinta entera, parecían perder su realidad, diluidos, confundidos con la sombra.

—Y ¿por qué no nos vamos ya a Italia? —preguntó ella de pronto, buscando la mano de Carlos—. Si tiene que ser, ¿por qué no ha de ser ya?... ¡Nos ahorraríamos estos secretos, estos sustos!

—¿Sustos? ¿Qué sustos, mi amor? Aquí estamos tan seguros como en Italia, como en la China... Por lo demás, podemos irnos antes, si quieres... ¡Dime un día, fija una fecha!

Ella no respondió, apoyando dulcemente la cabeza en el hombro de Carlos. Él añadió, despacio:

—En todo caso, comprenderás que tengo que ir a Santa Olávia, ver a mi abuelo...

Los ojos de Maria se hundieron de nuevo en la oscuridad, como presagiando un

futuro en que todo sería confuso y oscuro.

—Tú tienes Santa Olávia, tienes a tu abuelo, tus amigos... ¡Yo no tengo a nadie!

Carlos la estrechó, estremecido:

—¡Cómo que no tienes a nadie! ¡Y me lo dices a mí! No, no eres injusta ni ingrata. Es nerviosismo. Y también lo que los ingleses llaman «la impúdica adulteración de un hecho».

Ella se quedó acurrucada contra el pecho de Carlos, como desfallecida.

—No sé por qué, pero querría morirme...

El ancho destello de un relámpago iluminó el río. Maria se asustó, entraron en la alcoba. Las luces de las velas de dos candelabros, difundiéndose por los damascos y satenes amarillos, ahogaban el aire tibio, perfumado, con un ardiente fulgor de sagrario. Las bretañas, los encajes del lecho ya abierto ponían una nota de casta albura de nieve fresca en aquel lujo venéreo y de color de llama. Afuera, del lado del mar, un trueno rodó lento, sordo. Pero Maria ya no lo oyó, sumida en los brazos de Carlos. ¡Nunca le había deseado, le había adorado tanto! Sus besos ansiosos tendían más allá de la carne, le traspasaban, deseaban beberle el alma y el albedrío. Y durante toda la noche, entre aquellos brocados ardientes, con los cabellos sueltos, divina en su desnudez, ella fue para él la diosa tantas veces soñada, y que ahora por fin le arrebatava, le estrechaba contra su seno inmortal, y se elevaba con él en la celebración del amor, hacia lo alto, muy alto, sobre las nubes de oro...

Cuando al amanecer se marchó, llovía. Encontró al «Mulato» durmiendo en una taberna, borracho. Hubo de meterle en el coche, y fue él quien guió hasta el Ramalhete, arrebujado en una manta del tabernero, empapado, canturreando, maravillosamente feliz.

Unos días después, paseando con Maria por los alrededores de la Toca, Carlos se fijó en una casita al borde del camino, que se alquilaba. Enseguida le asaltó la idea de hacerse con ella, de modo que se ahorrara el desagradable regreso de madrugada con el «Mulato» atontado, borracho, destrozando el coche por las calzadas. Fueron a verla: tenía un cuarto grande, con alfombras y cortinas, del que se podría hacer un cómodo refugio. La alquiló sin pensárselo dos veces, y al día siguiente allí estaba Baptista con un carromato cargado de muebles. Maria, casi triste, dijo:

—¡Otra casa más!

—¡Ésta —exclamó Carlos— es la última! Bueno, la penúltima... Aún nos falta otra, la nuestra, la verdadera, allá lejos, no sé dónde...

Comenzaron a verse todas las noches. A las nueve y media, puntualmente, Carlos abandonaba la Toca, con su puro encendido; Domingos le precedía, linterna en mano, para cerrar el portón y retirar la llave. Él se recogía sin prisa a su «chamizo», donde le servía un criadito, hijo del jardinero del Ramalhete. En una alfombra, extendida sobre el viejo parqué, disponía, además de la cama, de un sofá con listas y dos sillas de

enea. Carlos pasaba las horas que le separaban de Maria escribiendo a Santa Olávia, y sobre todo a Ega, que se eternizaba en Sintra.

Había recibido dos cartas suyas, en las que no hablaba más que de Dâmaso: que si a Dâmaso se le veía en todas partes con la Cohen; que si Dâmaso había hecho el ridículo en Sintra en una carrera de burros; Dâmaso en Seteais con un tul en el sombrero; que si era una bestia inmundada; que en el patio del Vítor, cruzado de piernas, hablaba familiarmente de «Raquel». ¡Era un deber para con la moral pública molerle a palos!... Carlos se encogía de hombros, pensaba que aquellos celos eran indignos del corazón de Ega. ¿Y todo por quién? ¡Por aquella relamida hija de Israel, empalagosa y blandengue, tratada a bastonazos! «Si es cierto», le había escrito a Ega, «que ella ha descendido de ti a Dâmaso, tienes que hacer con ella lo mismo que con un puro que se te cae en el barro: dejar que se lo fume el chavalín que lo ha cogido: enfurecerte con el chaval o con el puro es de imbéciles». Pero en general, en sus respuestas a Ega no le hablaba más que de Oliváis, de sus paseos con Maria, de sus conversaciones, de sus encantos, de su elevación de alma... Al abuelo no sabía qué contarle. En las diez líneas que le dedicaba, le hablaba del calor, le recomendaba que no se fatigase, mandaba recuerdos a los huéspedes y le daba nuevas de Manuelzinho, al que nunca veía.

Cuando no escribía cartas, se tumbaba en el sofá con un libro abierto, los ojos puestos en las manecillas del reloj. A medianoche, salía envuelto en un gabán de Aveiro, con su bastón en la mano. Sus pasos resonaban solitarios en el silencio de los campos, con cierta indefinida melancolía de secreto y de culpa...

Una de aquellas noches, noche de gran calor, Carlos, cansado, se quedó dormido en el sofá. Se despertó sobresaltado cuando el reloj de pared daba tristemente las dos. ¡Qué desesperación! ¡Su noche de amor echada a perder! ¡Y Maria que estaría esperándole, angustiada, imaginando algún desastre!... Cogió el bastón y echó a correr por el camino. Luego, al abrir delicadamente el portón, pensó que Maria se habría dormido, y que «Niniche» podría ladrar: sus pasos se hicieron más cautelosos entre las acacias. Pero de pronto oyó a su lado, bajo los ramajes, procedente del suelo, de la hierba, el jadeo ardiente de un hombre, entremezclado con un sinfín de besos. Se detuvo aterrado. Su primer impulso fue moler a palos a aquellos dos animales, enroscados en la hierba, que ensuciaban brutalmente el poético retiro de sus amores. Una blancura de falda se movió en la oscuridad. Y una voz sollozó, desfalleciente: «*Oh yes, oh yes*». ¡Era la inglesa!

¡Santo Cielo, era la inglesa, era Miss Sara! Desconcertado, intentando no hacer ruido, se escurrió por el portón y lo cerró mansamente. Se escondió un poco más allá, en un saliente de la tapia, bajo las ramas de un haya, en la sombra. Temblaba de indignación. ¡Tenía que contarle a Maria de inmediato aquel *horror*! No debía permitir ni un instante más que aquella hembra impura estuviera junto a Rosa, en

contacto con su cándido ángel... ¡Oh, causaba pavor semejante hipocresía, tanta astucia y método, que nunca hubiera dado un paso en falso! ¡Hacía tan sólo unos días, había visto a la criatura desviar los ojos de un grabado de la *Ilustração* en que dos pastores se besaban bajo una bucólica arboleda! ¡Y se la encontraba allí, echada en la hierba, gimiendo como loca!

En el camino oscuro, del lado del portón, brilló la lumbre de un cigarro. El hombre se alejó, fuerte y pesado, con una manta al hombro. Parecía un jornalero. ¡La buena de Miss Sara no se andaba con remilgos! Bien lavada, muy correcta, con aquellos bandos suyos puritanos, ¡aceptaba a *un cualquiera*, rudo y sucio, con tal de que fuera un auténtico macho! ¡Les había embaucado durante meses, llevaba dos vidas tan separadas, tan completas! De día virginal, severa, siempre ruborizándose, con la Biblia en el cesto de costura; y de noche, en cuanto la pequeña se dormía y sus deberes acababan, se transformaba en una buscona, se echaba un mantón por los hombros y retozaba en la hierba con cualquiera... ¡Una historia que le iba a encantar a Ega!

Volvió. Abrió de nuevo despacio el portón. De nuevo remontó la sombría avenida de acacias. Pero ahora dudaba si contarle a Maria *aquel horror*. Con gran pesar suyo se daba cuenta de que también Maria le aguardaba con el lecho abierto, al amparo del silencio de la casa dormida; y que también él entraba allí a escondidas, como el hombre de la manta... Aunque ¡no era la misma cosa! ¡Les separaba la distancia que media entre lo divino y lo bestial!... Pero temía despertar los escrúpulos de Maria mostrándole, paralelos a su refinado amor entre brocados de oro, aquellos otros amores, secretos e ilegítimos como el suyo, arrastrados bestialmente por la hierba... Sería como enseñarle un reflejo de su propia culpa, un poco difuminada, más grosera, pero semejante en sus contornos, lamentablemente parecida... No, no le diría nada. ¿Y la pequeña? Oh, en sus relaciones con Rosa la criatura continuaría como siempre, seguiría siendo la puritana laboriosa, grave y correcta.

La puerta vidriera que daba al jardín aún estaba iluminada: él echó contra el cristal un poco de arena, después llamó levemente. Maria acudió mal arropada con una bata, recogiendo el pelo revuelto, medio dormida.

—¿Cómo es que vienes tan tarde?

Carlos besó largamente sus hermosos ojos pesados, casi cerrados.

—Me he dormido leyendo, como un bobo... Luego, al entrar, me ha parecido oír ruido de pasos, y he echado un vistazo... Cosas de la imaginación, todo desierto.

—Nos haría falta un perro guardián —murmuró ella desperezándose.

Sentada al borde de la cama, con los brazos caídos y adormecidos, sonreía de pura pereza.

—¡Estás cansadísima! ¿Quieres que me vaya?...

Ella le atrajo a su seno ardiente y perfumado.

—*Je veux que tu m'aimes beaucoup, beaucoup, et longtemps...*

Al día siguiente Carlos no fue a Lisboa, y se presentó temprano en la Toca. Melanie, que estaba barriendo el quiosco, le dijo que *madame*, un poco cansada, se había tomado su chocolate en la cama. Él pasó al salón: frente a la ventana abierta, sentada en el banco de alcornoque, Miss Sara cosía a la sombra de los árboles.

—*Good morning* —le dijo Carlos, acodándose en el alféizar, observándola con curiosidad.

—*Good morning, sir* —respondió ella con su aire modesto y tímido.

Carlos habló del calor. A Miss Sara, ya a aquella hora, le parecía intolerable. Por fortuna, la vista del río refrescaba un poco...

Sobre todo la noche pasada, insistió Carlos encendiendo un cigarrillo, había sido sofocante. Él apenas había logrado dormir. ¿Y ella?

Oh, ella había dormido de un tirón. Carlos quiso saber si había tenido sueños agradables.

—*Oh yes, sir.*

Oh yes! Pero este *yes* era un *yes* púdico, sin gemidos, dicho con los ojos gachos. ¡Era tan correcta, tan digna, como si no hubiera conocido varón!... Positivamente ¡era extraordinaria! Y Carlos, retorciéndose las guías del bigote, pensaba que debía de tener un seno muy blanco y bien redondeado...

Así fue pasando el verano en Oliváis. A primeros de septiembre, Carlos supo por una carta de su abuelo que Craft llegaría a Lisboa el sábado siguiente, al Hotel Central. Allí acudió impaciente a escuchar las novedades de Santa Olávia. Halló a Craft ante el espejo, haciéndose la barba. Y sentado en un sofá, a Eusèbiozinho, que la noche anterior había llegado de Sintra y también se hallaba en el hotel, y que se limpiaba las uñas con un canivete, silencioso y enlutado.

Craft volvía encantado de Santa Olávia. No comprendía cómo Afonso, hombre recio de la Beira, toleraba la Rua de São Francisco de Paula y el jardincillo claustrofóbico del Ramalhete. ¡Se lo habían pasado estupendamente! Afonso, pletórico de salud, de una hospitalidad digna de Abraham y la Biblia. Sequeira, prodigioso, comiendo tanto que tras la cena no podía moverse, hundido en una butaca venga a gemir, a punto de reventar. Había conocido al viejo Travassos, que siempre hablaba con lágrimas en los ojos del «talento de su querido colega Carlos». Y el marqués, espléndido, abrazándose con todos los hidalgotes de Lamego, y enamorado de una barquera... Por lo demás, comidas fabulosas, la caza del conejo, una romería, los bailes de las mozas en el atrio de la iglesia, mucha guitarra, las esfoyazas, en fin, la dulce arcadia portuguesa...

—Pero de Santa Olávia ya hablaremos más seriamente —dijo Craft al fin, entrando en la alcoba mientras se enjabonaba la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó Carlos volviéndose hacia Eusèbiozinho—. ¿Has estado en

Sintra, no? ¿Qué hay por allí? ¿Y Ega?

El otro se puso en pie, guardándose el canivete, ajustándose los lentes.

—Allí está, en el Vítor, muy ocurrente, se ha comprado un burro... Allí está Dâmaso también... Pero se le ve poco, se pasa el día con los Cohen... En fin, lo hemos pasado regular, con bastante calor...

—¿Tú has ido con la misma prostituta, con la Lola?

Eusèbiozinho se puso como un tomate. ¡Por el amor de Dios! ¡Se había alojado en el Vítor, y había estado de lo más formal! Era Palma el que se había presentado allí con una jovencita, una portuguesa... Ahora tenía un periódico, *La corneta del Diablo*.

—¿«*La corneta*»?...

—Sí, «*del Diablo*» —dijo Eusèbiozinho—. Es un periódico humorístico, de chocarrerías... Ya existía antes, se llamaba *El pito*, pero ahora es Palma quien lo lleva. Va a agrandar el formato y a meter más chunga...

—Es decir —afirmó Carlos— una publicación sebácea e inmunda como su propia persona...

Craft reapareció secándose la cabeza. Y mientras se vestía les contó un viaje que le estaba tentando, y del que había hecho planes en Santa Olávia. Como ya no tenía la Toca y su casa vecina a Oporto precisaba de grandes obras, quería pasar el invierno en Egipto, remontando el Nilo, en comunicación espiritual con la antigüedad faraónica. Y luego tal vez se llegara hasta Bagdad, a ver el Éufrates, las ruinas de Babilonia...

—Ya he visto —exclamó Carlos— el libro que tienes en la mesa: *Nínive y Babilonia*... Pero ¿a ti te gustan esas cosas? A mí me horrorizan las razas y las civilizaciones difuntas... No me interesa sino la Vida.

—¡Es que tú eres un sensual! —dijo Craft—. Y a propósito de sensualidad y de Babilonia, ¿te apetece almorzar en el Bragada? Tengo que encontrarme allí con un inglés, mi hombre de las minas... Pero hemos de ir por la Rua do Ouro, que quiero subir un instante a la covacha de mi administrador... ¡Andando, que son las doce!

Dejaron a Eusèbiozinho en el salón de la planta baja, ajustándose sus lúgubres gafas negras ante los telegramas. Y en cuanto salieron al patio, Craft cogió del brazo a Carlos y le contó las cosas serias referentes a Santa Olávia: el visible, profundo disgusto de su abuelo por que no hubiera aparecido en todo el verano.

—Él no me ha dicho nada, pero sé que está muy enfadado. No hay disculpa posible, son unas pocas horas de viaje... Ya sabes cómo te adora... ¡Qué demonios! *Est modus in rebus*.

—Sí —murmuró Carlos— tenía que haber ido... ¿Qué quieres que te diga?... ¡En fin, no se hable más, haré un esfuerzo!... Tal vez la semana que viene, con Ega.

—Sí, dale esa alegría... Pasa allí unas semanas...

—*Est modus in rebus*. Veré si puedo quedarme unos días.

La covacha del administrador quedaba enfrente del Montepío. Carlos aguardaba deambulando despacio ante los escaparates cuando de repente avistó a Melanie, que salía del Montepío con una matrona inmensa tocada con un sombrero violeta. Sorprendido, cruzó la calle. Ella se detuvo como si la hubiera pillado *in fraganti*, y ni siquiera esperó a que Carlos le preguntara nada: balbució que *madame* le había dado permiso para ir a Lisboa, y que estaba acompañando a una amiga... Una vieja calesa, con un tiro de caballos blancos, esperaba junto a la acera. Melanie saltó al interior aprisa. La tartana se encaminó traqueteando hacia el Terreiro do Paço.

Carlos la vio alejarse pasmado. Y Craft, ya de vuelta, reconoció en ella la deplorable calesa del «Bizco», de Oliváis, que él había cogido en ocasiones «para venir a Lisboa de escapada».

—¿Era alguien de la Toca? —preguntó.

—Una criada —dijo Carlos aún asombrado del extraño rubor de Melanie.

Y apenas hubieron dado algunos pasos, Carlos se detuvo, y bajando la voz en el rumor de la calle preguntó:

—Oye, ¿te ha contado algo Eusèbiozinho acerca de mí, Craft?

El otro le confesó que en cuanto entró en su cuarto, a Eusèbiozinho le había faltado tiempo para informarle, mascullando las palabras, de la misteriosa vida de Carlos en Oliváis...

—Pero le he hecho callar —añadió Craft, declarando que era tan poco curioso que jamás se le había ocurrido leer la *Historia romana*—. De cualquier modo, tienes que ir a Santa Olávia.

Aquella misma noche Carlos le habló a Maria de la visita que debía a su abuelo. Ella, muy seria, le instó a que fuera, arrepentida de retenerle tanto tiempo, por puro egoísmo, lejos de quienes también le amaban.

—Pero ¿no será por mucho tiempo?

—Dos o tres días, como mucho. Y naturalmente, me traeré de vuelta al abuelo, sería un engorro tener que volver a Santa Olávia...

Maria se abrazó a su cuello, y en voz baja le confesó un deseo... ¡Le gustaría ver el Ramalhete! Quería visitar sus habitaciones, el jardín, los rincones en que tantas veces él había pensado en ella desesperándose, sintiéndola lejana e inaccesible...

—¿Qué te parece? Pero es preciso que sea antes de que regrese tu abuelo.

—Me parece encantador. Si bien corres un peligro: que no te deje salir de allí y te devore en mi cueva.

—¡Dios lo quiera!

Convinieron que ella cenaría en el Ramalhete el día de la marcha de Carlos a Santa Olávia. Luego ella le llevaría en el *coupé* a Santa Apolónia, y seguiría camino a Oliváis.

Fue un sábado. Carlos, desde pronto en el Ramalhete, aguardaba impaciente, con el corazón en un puño, como si fuera el primer encuentro. Oyó parar el carruaje de Maria, y sus vestidos oscuros rozaron el terciopelo color cereza de la discreta escalera que conducía a sus habitaciones. El beso que se dieron en la antecámara tuvo la profunda dulzura de un primer beso.

Ella pasó al tocador a quitarse el sombrero y atusarse el peinado. Él no cesaba de besarla; la abrazaba por la cintura, y con los rostros juntos sonreían ante el espejo, maravillados del esplendor de su juventud. Luego, impaciente, ella recorrió todos los cuartos de Carlos, hasta el baño, se fijó en los títulos de sus libros, olió sus frascos de perfume, describió los cortinajes de seda de su lecho... Sobre una cómoda Luis XV había una batea de plata, llena de retratos que Carlos se había olvidado de esconder: la coronela de húsares vestida de amazona, madame Rughel descotada, otras. Ella hundió las manos, con una sonrisa triste, en aquella profusión de recuerdos... Carlos, riéndose, le pidió que no mirase aquellos «extravíos de su corazón».

Por qué no, decía Maria, muy seria. Sabía que él no había caído del cielo, puro como un serafín. Siempre había fotografías en el pasado de un hombre. Por lo demás, estaba segura de que nunca había amado a las demás como a ella.

—Para empezar, es una profanación hablar de «amor» cuando se trata de relaciones de paso —murmuró Carlos—. Son como habitaciones de hotel en las que uno sólo duerme una noche...

Sin embargo Maria examinó en detalle la fotografía de la coronela de húsares. ¡Muy guapa! ¿Quién era? ¿Una francesa?

—No, de Viena. La mujer de uno de mis correspondientes, un hombre de negocios. Gente tranquila, que vivía en el campo...

—¡Ah, vienesa!... ¡Dicen que las vienesas tienen mucho encanto!

Carlos le quitó la fotografía de la mano. ¿Qué era aquello de hablar de otras mujeres? En el ancho mundo sólo había una mujer, y la tenía allí, a su lado, y la estrechaba contra su corazón.

Pasaron a recorrer el Ramalhete entero, incluido el jardín. A Maria le gustó sobre todo el despacho de Afonso, con aquellos damascos de cámara de prelado, con su aspecto severo de paz estudiosa.

—No sé por qué —murmuró dedicando una lenta mirada a los pesados estantes y al Cristo en su cruz— no sé por qué, pero tu abuelo me da miedo...

Carlos se rió. ¡Qué bobada! Su abuelo, en cuanto la conociese, le haría la corte sin ambages... ¡Su abuelo era un santo! ¡Y un hermoso anciano!

—¿Tuvo amoríos?

—No sé, es posible... Aunque creo que toda su vida ha sido un puritano.

Bajaron al jardín, que también le gustó, reposado y burgués, con su fuentecilla que lloraba a un ritmo muy dulce. Se sentaron un instante bajo el viejo cedro, junto a

una mesa rústica de piedra que tenía grabadas unas letras apenas legibles y una fecha antigua. El gorjeo de los pájaros le pareció a Maria más dulce que ningún otro nunca oído. Cogió unas flores para llevárselas como reliquia.

Tal y como estaban, destocados, fueron a ver las cocheras. El mozo, con la gorra en la mano, se quedó embobado ante aquella señora tan guapa, tan rubia, la primera que veía entrar en el Ramalhete. Maria acarició a los caballos, y le hizo fiestas más demoradas y agradecidas a «Tunante», que tantas veces había llevado a Carlos a la Rua de São Francisco. Él veía en todo ello las gracias incomparables de una esposa perfecta.

Volvieron por la escalera particular de Carlos, que a Maria se le antojaba «misteriosa», con aquellos gruesos terciopelos de color cereza que la forraban como un cofre y amortiguaban el rumor de las faldas. Carlos le juró que jamás ninguna otra mujer había subido aquellas escaleras, a no ser Ega disfrazado de pescadera.

Luego la dejó un momento a solas, para ir a darle unas órdenes a Baptista. Pero cuando regresó la halló recostada en el sofá, tan alicaída, tan desanimada, que le cogió las manos, lleno de inquietud.

—¿Qué tienes, amor? ¿Estás enferma?

Ella alzó lentamente los ojos, cuajados de lágrimas.

—Pensar que vas a dejar por mí esta casa maravillosa, tu bienestar, tu sosiego, a tus amigos... ¡Me apena, me entran remordimientos!

Carlos se arrodilló junto a ella, sonriéndose de aquellos escrúpulos suyos, llamándole bobona, secándole con besos los lagrimones que le rodaban por la cara... O sea, ¿que se juzgaba menos valiosa que la fuentequilla del jardín y unas cuantas alfombras viejas?...

—¡Lo único que lamento es sacrificarte tan poco, mi querida Maria, cuando tú sacrificas tanto!

Ella se encogió de hombros amargamente.

—¿Yo?

Le pasó los dedos por entre los cabellos, le atrajo suavemente hacia su seno, y en voz baja, como dirigiéndose a su propio corazón, como si calmara sus incertidumbres y sus dudas, le dijo:

—¡No, claro que no, nada vale en el mundo lo que nuestro amor! ¡Lo demás no importa! Si es verdadero, si es profundo, lo demás es en vano, no importa...

Su voz la sofocaron los besos de Carlos, que abrazada la llevaba a la cama en la que tantas veces se había desesperado creyéndola intangible como una diosa.

A las cinco decidieron cenar. La mesa estaba puesta en la salita que Carlos había deseado, durante un tiempo, revestir con colchas de satén de color perla y botón de oro. Pero seguía como siempre, las paredes conservaban su papel verde oscuro. Últimamente, Carlos había puesto allí el retrato de su padre, una tela banal, que

representaba a un joven pálido, de grandes ojos, con guantes de gamuza y una fusta en la mano.

Era Baptista quien los servía, ya vestido con un traje claro de viaje. La mesa, redonda y pequeña, parecía un cestillo de flores. El champán se enfriaba en dos cubos de plata. En el aparador la fuente de arroz con leche tenía dibujadas las iniciales de Maria.

Aquellos cuidados le hicieron sonreír, enternecida. Luego reparó en el retrato de Pedro da Maia, que le llamó la atención, observó aquella cara descolorida, ya casi lívida por el paso del tiempo, y en la que resaltaban por su tristeza los ojos grandes de árabe, negros y lánguidos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mi padre.

Ella lo examinó más de cerca, alzando una vela. Carlos no se parecía a él. Y girándose muy seria, mientras Carlos descorchaba con veneración una botella del viejo chambertin, le dijo:

—¿Sabes a quién me recuerdas a veces?... Es extraordinario, pero cierto. ¡A mi madre!

Carlos se rió, encantado de un parecido que los unía más, que le halagaba.

—Gusto no te falta —dijo ella— porque mamá era muy guapa... Pero es cierto: hay algo, un no sé qué en la cabeza, en la nariz... Pero sobre todo en ciertos gestos, en la manera de sonreír... Y en esa forma tuya de quedarte ausente, como olvidado del mundo... He pensado en ello muchas veces...

Baptista entraba con una sopera de cerámica del Japón.

Y Carlos, alegremente, anunció una cena a la portuguesa. Monsieur Antoine, el *chef* francés, estaba con su abuelo en Santa Olávia. Se había quedado Micaela, otra cocinera de la casa, que a él le parecía magnífica, seguidora de la antigua cocina de las monjas del tiempo de don João V.

—Para comenzar, mi querida Maria, aquí tienes un caldo de gallina como sólo se comía en Odivelas, en la celda de sor Paula, en las noches de nupcias místicas^[135]...

La cena fue encantadora. Cuando Baptista los dejaba solos, se estrechaban aprisa la mano por encima de las flores. Nunca le había parecido a Carlos tan guapa, tan perfecta: era como si sus ojos irradiaran una ternura mayor; la delicada rosa que llevaba en el pecho, era un indicio de la superioridad de su gusto. Y a los dos les invadía un mismo deseo de quedarse allí eternamente, en aquel cuarto de soltero, cenando a la moda del tiempo de don João V, servidos por Baptista con traje claro.

—¡No sabes lo que me apetece perder el tren! —dijo Carlos, como implorando su aprobación.

—No, tienes que ir... No debemos ser egoístas... Lo único que tienes que hacer es enviarme todos los días un gran telegrama... Que como decía mamá, el telégrafo

se ha inventado únicamente para quienes se aman y están lejos...

Carlos aprovechó para volver a bromear acerca del parecido entre su madre y él. E inclinándose a hundir mejor el champán en el hielo, dijo:

—Es curioso que no me lo hayas dicho antes... Tú tampoco me has hablado de tu madre...

Un rubor apuntó en el rostro de Maria Eduarda. Oh, nunca le había hablado de ella porque nunca había venido a cuento...

—Por lo demás, no hay mucho que contar —añadió—. Era una señora de Madeira, sin fortuna, se casó...

—¿Se casó en París?

—No, en Madeira, con un austríaco que estaba allí acompañando a un hermano tísico... Era un hombre muy distinguido, vio a mamá, que era muy guapa, se gustaron *et voilà*...

Dijo aquello sin alzar los ojos del plato, lentamente, mientras cortaba un ala de pollo.

—Entonces, mi amor —dijo Carlos— si tu padre era austríaco, tú también lo eres... Tal vez seas una encantadora vienesa...

Sí, tal vez, según las leyes era austriaca. Pero no había conocido a su padre, había vivido siempre con mamá, siempre había hablado portugués, se consideraba portuguesa. No conocía Austria, ni sabía alemán...

—¿Tienes hermanos?

—Tuve una hermanita, que murió de pequeña... Pero no la recuerdo... En París tengo su retrato... ¡Una preciosidad!

En aquel momento, en la calle, un coche que iba al trote largo se detuvo. Carlos, sorprendido, se asomó a la ventana con la servilleta en la mano.

—¡Es Ega! —exclamó—. ¡Es el golfo de Ega, que vuelve de Sintra!

Maria se puso en pie, nerviosa. Vacilaron un instante, mirándose... Pero Ega era como un hermano para Carlos. De hecho, estaba esperando a que regresara de Sintra para llevarle a la Toca. Mejor que se conocieran allí, de forma natural, franca y sin rebuscamientos...

—¡Baptista! —gritó Carlos convencido—. Dile al señor Ega que estoy cenando, que pase aquí.

Maria se sentó, ruborizada, ajustándose con un gesto rápido las horquillas del pelo, que se había arreglado aprisa y ya estaba un poco desmadejado.

Se abrió la puerta, y Ega se detuvo, asombrado, intimidado, con sombrero y parasol blancos, y un paquete de papel pardo en la mano.

—Maria —dijo Carlos— aquí tienes por fin a mi gran amigo Ega.

Y a Ega le dijo simplemente:

—Maria Eduarda.

Ega se disponía a dejar atropelladamente el paquete para estrechar la mano que Maria Eduarda le tendía, colorada y sonriente. Pero el papel pardo, mal atado, se deshizo, y una provisión fresca de quesadillas de Sintra rodó despachurrándose contra las flores de la alfombra. Una alegre risotada acabó con el embarazo, mientras que Ega, desolado, abría los brazos sobre las ruinas de sus quesadillas.

—¿Has cenado? —preguntó Carlos.

No, no había cenado. Y estaba viendo allí unos huevos moles, una de sus debilidades. Venía harto de la horrible cocina del Vítor. ¡Menuda cocina! ¡Lúgubres platos traducidos del francés en jerga portuguesa, como las comedias del Ginásio!

—Entonces, vamos —exclamó Carlos—. ¡Baptista, deprisa!... ¡Trae el caldo de gallina! ¡Aún nos da tiempo!... ¿Sabes que me voy ahora a Santa Olávia?

Claro que lo sabía, había recibido su carta, y por eso estaba allí... Pero no podía cenar así, cubierto del polvo de la carretera, y con aquel atuendo bucólico que llevaba...

—¡Que me guarden el caldo, Baptista! ¡Bueno, que me lo guarden todo, vengo con un hambre de pastor de la Arcadia!...

Baptista sirvió el café. El carruaje de la señora, que debía llevarles a Santa Apolónia, aguardaba a la puerta con la maleta. Pero a Ega le apetecía conversar, afirmó que tenían tiempo, se sacó el reloj. Lo tenía parado. Confesó que en el campo se guiaba por el sol, como las flores y las aves...

—¿Se queda ya en Lisboa? —le preguntó Maria Eduarda.

—No, señora, en cuanto cumpla con mi deber de ciudadano yendo al Chiado un par de veces, me vuelvo a los pastos. Ahora que ya no queda nadie en Sintra, es cuando comienza a tener interés para mí... Sintra en verano, con todos sus burgueses, es un paraíso con manchas de sebo.

Baptista le tendió a Carlos su *chartreuse*, diciéndole que no debía demorarse, a menos que deseara perder el tren a propósito. Maria se levantó y fue a por su sombrero. A solas los dos amigos, guardaron silencio unos instantes, mientras Carlos encendía despacio un puro.

—¿Cuánto vas a quedarte en Santa Olávia? —preguntó por fin Ega.

—Tres o cuatro días. Y tú, no te vuelvas a Sintra antes de que yo regrese. Tenemos que hablar. ¿Qué diablos has hecho allí?

El otro se encogió de hombros.

—He respirado aire puro, cogido florecillas, susurrado de vez en cuando: «¡Qué bonito es esto!», etc.

Después, inclinándose sobre la mesa, pinchando con un palillo una aceituna:

—Por lo demás, nada del otro mundo... ¡Allí está Dâmaso! Siempre con la Cohen, como te conté... Está claro que no hay nada entre ellos, que es sólo por irritarme... ¡Es un canalla ese Dâmaso! Sólo estoy a la espera de que me dé un

pretexto ¡y le acogoto!

Se tiró fuertemente de los puños, con un arrebató de cólera en el rostro tostado:

—Yo, claro está, le hablo, le doy la mano, le llamo «amigo Dâmaso», etc. ¡Pero estoy a la espera de un pretexto! Hay que aniquilar a semejante bestia. Es un deber moral, de higiene pública, de buen gusto, acabar con esa bola de fango humano.

—¿Y quién más ha estado por allí? —preguntó Carlos.

—¿Que te interese a ti?... La Gouvarinho. Pero sólo la he visto una vez. Se ha mostrado muy poco, la pobre, ahora que está de luto.

—¿De luto?

—Por ti.

Carlos se calló. Maria regresaba, cubierta con el velo, acabando de ajustarse los guantes. Carlos, con un suspiro resignado, extendió los brazos para que Baptista le pusiera un abrigo ligero de viaje. Ega le echaba una mano, enviando un abrazo filial a Afonso y recuerdos para el gordo Sequeira.

Les acompañó hasta el coche, destocado. Él mismo cerró la portezuela, prometiéndole a Maria Eduarda visitarla en la Toca en cuanto Carlos regresara de aquellos peñascos del Duero...

—¡No te vayas a Sintra antes de que yo vuelva! —le gritó Carlos—. ¡Que Micaela se ocupe de ti!

—*All right, all right!* —decía Ega—. ¡Buen viaje! A sus pies, señora... ¡Hasta la Toca!

El *coupé* partió. Ega subió a su cuarto, donde otro criado le estaba preparando el baño. En la salita desierta, entre las flores y los restos de la cena, las velas seguían ardiendo solitarias, resaltando en el lienzo oscuro la palidez del rostro de Pedro da Maia, la melancolía de sus ojos.

El sábado siguiente, a eso de las dos, Carlos y Ega, sentados aún a la mesa del almuerzo, se acababan sus puros hablando de Santa Olávia. Carlos había llegado de madrugada, solo. Su abuelo había decidido quedarse entre sus viejos árboles hasta finales de otoño, ya que el tiempo era dulce y luminoso...

Carlos le había encontrado muy alegre, muy saludable, a pesar de haber tenido que apearse, por culpa de un ataque de reumatismo, de su culto al agua fría. Aquella compacta, resplandeciente salud del viejo, aliviaba el corazón de Carlos. Se le antojaba así más fácil, menos ingrata, su marcha a Italia con Maria Eduarda, en octubre. Además, se le había ocurrido un truco, tal y como le decía a Ega, para cumplir el supremo deseo de su vida sin herir a su abuelo, sin turbar la paz de su vejez. Era un truco muy simple. Consistía en partir él sólo para Madrid, con el fin de realizar cierto «viaje de estudios» para el que ya había preparado a su abuelo en Santa Olávia. Maria se quedaría en la Toca durante un mes. Luego cogería el paquebote a

Burdeos, donde Carlos se reuniría con ella y comenzarían aquella existencia de felicidad y aventura que las flores de Italia estaban llamadas a perfumar... En primavera, él regresaría a Lisboa, dejando a Maria instalada en su nido de amor.

Y sería entonces, poco a poco, cuando le revelaría a su abuelo aquella relación, aquella ligazón honorable, que le obligaría a pasar largas temporadas en otra tierra, la nueva patria de su corazón. ¿Cómo reaccionaría su abuelo? Tendría que aceptar el romance, del que no vería los aspectos desagradables, difuminado por la distancia y por la niebla con que la pasión lo envuelve todo. Sería para Afonso una vaga y mal conocida historia de amor que se desarrollaba en Italia... Lamentaría su existencia, aunque sólo fuera porque todos los años, puntualmente, le arrebataría a su nieto. Y cada año se consolaría pensando en la corta duración de los idilios humanos. Por lo demás, Carlos contaba con esa generosa benevolencia que ablanda hasta a las almas más rígidas cuando se hallan cerca de la sepultura... En fin, su truco le parecía bueno. Ega, en líneas generales, le dio su aprobación.

Luego, más alegremente, hablaron de las condiciones de instalación de aquel amor. Carlos se mantenía en su idea romántica: un *cottage* a orillas de un lago. Pero Ega no aprobaba aquello del lago. Tener a diario ante los ojos un agua siempre mansa y siempre azul, se le antojaba peligroso para la perdurabilidad de una pasión. En la quietud continua de un paisaje siempre igual, dos amantes solitarios, decía, si no eran botánicos o se dedicaban a la pesca con caña, se veían obligados a vivir exclusivamente del mutuo deseo, a extraer de él todas sus ideas, sensaciones, ocupaciones, bromas y silencios... ¡Y qué demonios, no hay sentimiento, por fuerte que sea, que resista eso! Dos amantes cuya única profesión es amarse, han de buscar una ciudad, una ciudad grande, tumultuosa y creadora, en la que el hombre disponga durante el día de clubes, de charla, de museos, de ideas, en la que otras mujeres le sonrían, y donde la mujer disponga de calles, de tiendas, de teatros, de las atenciones de otros hombres. De modo que por la noche, cuando se reúnan, al no haber pasado el día inacabable viéndose las caras, cada uno le transmita al otro la vibración de la vida, y renueven el encanto de su soledad y de sus besos...

—Yo —continuaba Ega— si huyera con una mujer, no elegiría Suiza ni los montes de Sicilia. Me iría a París, al Boulevard des Italiens, cerca del Vaudeville^[136], con las ventanas dando al gran mundo, a un paso del *Figaro*, del Louvre, de la filosofía y de la *blague*... ¡Ésa es mi idea!... Y éste es el amigo Baptista con el correo.

No era el correo. Era tan sólo un billete que Baptista aportaba en una bandeja. Estaba tan perturbado que anunció a «un sujeto, ahí afuera, en la antecámara, con un coche a la puerta...».

Carlos leyó el billete y empalideció terriblemente. Lo leyó de nuevo, despacio, como atontado, los dedos le temblaban... Luego, en silencio, se lo pasó a Ega por

encima de la mesa.

—¡Caramba! —murmuró Ega asombrado.

¡Era Castro Gomes!

Bruscamente, Carlos se puso en pie, resuelto.

—Que pase... ¡Al salón grande!

Baptista señaló la chaqueta de franela con que Carlos había almorzado, y le preguntó en voz baja si deseaba el frac.

—Sí.

A solas, Carlos y Ega se miraron ansiosamente un instante.

—No es un desafío, eso está claro —balbució Ega.

Carlos no respondió. Examinaba de nuevo el billete: el hombre se llamaba Joaquim Alvares de Castro Gomes, y debajo estaba escrito a lápiz: «Hotel Bragança»... Baptista volvió con el frac. Y Carlos, poniéndoselo sin prisa, salió sin decirle nada más a Ega, que se quedó de pie junto a la mesa, limpiándose estúpidamente las manos con la servilleta.

En el salón noble, forrado con brocados de tonalidades de musgo otoñal, Castro Gomes examinaba curioso, con una rodilla apoyada en el borde del sofá, el espléndido lienzo de Constable, el retrato de la condesa de Runa, bella y fuerte en su traje carmesí de cazadora inglesa. Al oír el rumor de los pasos de Carlos en la alfombra, se volvió, el sombrero blanco en la mano, sonriente, pidiendo perdón por estar admirando tan familiarmente aquel magnífico Constable... Con un gesto rígido, muy pálido, Carlos le indicó el sofá. Castro Gomes, risueño, saludó y se sentó despacio. Llevaba un frac muy ajustado, con un botón de rosa en la solapa. Los zapatos de charol resplandecían bajo las polainas de lino. En el rostro chupado, requemado, la barba negra le acababa en pico. El pelo ralo trazaba una raya vacilante. E incluso al sonreír tenía un aire seco, fatigado.

—Yo también tengo en París un Constable muy chic —dijo sin el menor embarazo, arrastrando las palabras, con un tono en el que predominaban las erres, que el dejo brasileño suavizaba—. Pero es un pequeño paisaje con dos figuritas. Es un pintor que no me gusta mucho, a decir verdad... Aunque da un toque muy chic a las galerías. Se impone tenerlo.

Carlos, sentado frente a él en una silla, con los puños fuertemente cerrados sobre las rodillas, guardaba la quietud del mármol. Ante aquellos modales amables, una idea le asaltó lacerante, angustiada, que le hizo abrir enormemente los ojos, fijos en aquel visitante, y encendió en su interior una irreprimible llama de cólera. Castro Gomes *no sabía nada*. ¡Acababa de llegar, había desembarcado, había acudido aprisa a Oliváis y había pasado la noche con ella! Era su marido, era joven, la había rodeado con sus brazos... ¡A ella! ¡Y allí estaba, tan pancho, con una flor en el pecho, hablando de Constable! En aquel instante, el único deseo de Carlos era que Castro

Gomes le insultara.

Sin embargo Castro Gomes, muy amable, se disculpaba por haberse presentado así, sin conocerle de nada, sin haberle enviado siquiera un billete pidiendo una entrevista...

—Pero es que el motivo de mi visita urge tanto, que he llegado esta mañana a las diez de Río de Janeiro, o más bien del lazareto, ¡y aquí estoy!... Y esta misma noche, si me es posible, parto para Madrid.

Un alivio infinito se abrió paso en el corazón de Carlos. Entonces, ¡aún no había visto a Maria Eduarda, aquellos labios resecaos no la habían besado! Abandonó su rigidez marmórea y tuvo un movimiento atento, avanzando un poco la silla.

Castro Gomes, que había dejado a un lado el sombrero, extrajo del bolsillo interior del frac una cartera con un amplio monograma de oro. Lentamente buscó entre sus papeles una carta... Luego, con ella en la mano, muy tranquilo, dijo:

Antes de partir, recibí en Río de Janeiro este escrito anónimo... Aunque no crea usted que es por eso por lo que he atravesado aprisa el Atlántico. Sería el mayor de los ridículos... Deseo que sepa usted que su contenido me dejó perfectamente indiferente... Aquí la tiene. ¿Quiere leerla usted mismo, o prefiere que la lea yo?

Carlos murmuró con esfuerzo:

—Lea usted.

Castro Gomes desdobló el papel y le dio la vuelta un instante entre los dedos.

—Como usted ve, es una carta anónima en todo su horror: papel de colmado, con rayas azules, caligrafía vulgar, tinta vulgar, olor vulgar: un documento odioso. Y he aquí los términos:

Un hombre que ha tenido el honor de estrechar su mano —yo le dispensaría de semejante honor— y de apreciar su caballerosidad, juzga su deber advertirle que su mujer es, a los ojos de toda Lisboa, la amante de un joven muy conocido aquí, Carlos Eduardo da Maia, que vive en una casa del barrio de Janelas Verdes llamada el Ramallete. Este héroe, que es muy rico, ha comprado expresamente una quinta en Oliváis, en la que ha instalado a su mujer, y donde a diario la visita, quedándose en ocasiones, con gran escándalo de la vecindad, hasta la madrugada. De modo que el honorable nombre de usted anda por los limos de la ciudad.

—Es cuanto dice la carta. Sólo tengo que añadir, porque me consta, que su contenido es incontestablemente cierto... Usted es, de forma pública, con conocimiento de toda Lisboa, el amante de esa señora.

Carlos se puso en pie, muy sereno. Y abriendo ligeramente los brazos, como aceptando por completo su responsabilidad, dijo:

—¡No tengo nada que decir sino que estoy a sus órdenes!...

Una fugaz coloración sanguínea avivó la palidez morena de Castro Gomes. Dobló la carta y se la guardó sin prisa. Luego, sonriendo fríamente, dijo:

—Perdone... Usted sabe tan bien como yo que si esto hubiera de tener un final violento, yo no estaría aquí, en su casa, leyéndole este papel... El asunto es muy otro.

Carlos se dejó caer en la silla, asombrado. Ahora la lentitud dulzona de aquella voz le resultaba intolerable. Un confuso terror a lo que pudieran decir aquellos labios, que sonreían con una cortesía impertinente, ponía su corazón al borde de un colapso. ¡Deseaba brutalmente gritarle que acabara, que le matase o que se fuera de allí, pues su mera presencia era absurda e impúdica!...

El otro se pasó los dedos por el bigote y prosiguió, despacio, eligiendo sus palabras con cuidado y precisión:

—El caso es el siguiente, señor Carlos da Maia. Hay personas en Lisboa que no me conocen, pero que a estas alturas saben que existe en algún lugar, en París, en Brasil o en el Infierno, un tal Castro Gomes, el cual tiene una mujer muy guapa, y que la mujer de ese Castro Gomes tiene en Lisboa un amante. Esto es desagradable, sobre todo porque es falso. Comprenderá usted que no puedo seguir arrostrando por más tiempo la fama de «marido infeliz», visto que no la merezco, y que «legalmente» no es posible... Es por eso por lo que he venido aquí para decirle francamente, de *gentleman* a *gentleman*, lo mismo que voy a decirle a todo el mundo: que esa señora no es mi mujer.

Durante un momento Castro Gomes aguardó la voz de Carlos da Maia. Pero Carlos se mantenía mudo, impenetrable; sólo los ojos, con un brillo angustiado, destacaban en la palidez del rostro. Por fin, haciendo un esfuerzo, inclinó la cabeza ligeramente, como acogiendo complacido aquella revelación, que hacía vana cualquier otra palabra entre ellos.

Pero Castro Gomes se encogió de hombros con lánguida resignación, como quien atribuye el mal del mundo a los Hados.

—Son los absurdos de la vida... Me parece que ya usted se imagina lo sucedido. Es la vieja, la clásica historia... Vivo con esa señora desde hace tres años. Cuando el invierno pasado hube de ir a Brasil, la traje conmigo a Lisboa, por no venir solo. Nos alojamos en el Central. Comprenderá usted que no era cosa de irle con confianzas al gerente del establecimiento. Aquella señora venía conmigo, dormía conmigo, así pues, a todos los efectos, y para el hotel, era mi mujer. Como mujer de Castro Gomes se alojó en el Central; como mujer de Castro Gomes alquiló después una casa en la Rua de São Francisco; como mujer de Castro Gomes, en fin, tomó un amante... Fue siempre la mujer de Castro Gomes, incluso en las circunstancias más señaladamente desagradables para Castro Gomes... ¡Y lo cierto es que no podemos condenarla mucho!... Hallándose como se hallaba revestida de una excelente posición social y

de un nombre puro, habría sido sobrehumano que su amor a la verdad la empujase, tan pronto como conociera a alguien, a confesar que tanto posición como nombre eran prestados, y que ella era tan sólo «Fulana de tal, la querida». Por lo demás, seamos justos, ella no estaba moralmente obligada a dar semejantes explicaciones al tendero que le vendía la mantequilla o a la matrona que le alquilaba la casa; es más, a nadie, creo yo, a no ser a un padre de familia que le quisiera presentar a su hija recién salida del convento... En todo caso, soy yo quien tiene algo de culpa: en muchas ocasiones, en asuntos relativamente delicados, le he dejado usar mi nombre. Fue, por ejemplo, con el nombre de Castro Gomes como ella tomó a la gobernanta inglesa. ¡Las inglesas son tan exigentes!... Sobre todo aquélla, una muchacha tan seria... En fin, todo eso es agua pasada... Lo que ahora importa es que yo le retiro solemnemente el nombre que le presté. Se queda con el suyo, que es madame Mac Gren.

Carlos se puso en pie, lívido. Y con las manos hundidas en el respaldo de la silla, con tanta fuerza que casi rasgaba el forro, dijo:

—Nada más, supongo...

Castro Gomes se mordió los labios ante aquel colofón brutal que le despedía.

—Nada más —dijo cogiendo su sombrero y levantándose muy despacio—. Tan sólo he de añadir, para evitarle a usted sospechas infundadas, que esa señora no es una muchacha a la que yo haya seducido y a la que niegue una reparación. La pequeñaja no es hija mía... Yo conozco a la madre desde hace tres años... Procedente de otro, pasó a mis brazos... Puedo afirmar, sin el menor asomo de injuria, que era una mujer a la que yo pagaba.

Con estas palabras completó la humillación de Carlos. Se había vengado deliciosamente. Carlos, mudo, echó a un lado el repostero con una sacudida brusca. Ante aquel gesto rudo, que sólo revelaba mortificación, Castro Gomes estuvo perfecto: saludó, sonrió y murmuró:

—Parto esta misma noche para Madrid, con el pesar de haberle conocido en circunstancias tan desagradables... Tan desagradables para mí.

Sus pasos desenvueltos y ligeros se perdieron entre los tapices de la antecámara. Abajo una portezuela se cerró, y un coche rodó calle abajo...

Carlos se derrumbó en una silla, junto a la puerta, con la cabeza entre las manos. De las palabras de Castro Gomes, que aún resonaban en sus oídos, dulzonas y lentas, le quedaba el sentimiento aturdido de que algo muy hermoso, que resplandecía en lo alto, de repente caía a tierra y se hacía mil pedazos contra el barro, salpicándolo todo horriblemente... No sufría: era tan sólo el asombro de todo su ser ante aquel final inmundo de un sueño divino... Él había unido su alma arrebatadamente a otra alma noble y perfecta, allá lejos, en las alturas, entre nubes de oro. Y de repente pasaba una voz, llena de erres, y las dos almas rodaban, se estrellaban contra un lodazal. Y él

hallaba en sus brazos a una mujer a la que no conocía, y que se llamaba Mac Gren.

¡Mac Gren! ¡Una tal Mac Gren!

Se levantó con los puños cerrados, y su orgullo se rebeló contra la ingenuidad con la que durante meses, tímido, trémulo, ansioso, había perseguido a aquella mujer como si fuera una estrella, cuando en París, cualquiera que tuviese mil francos en el bolsillo, podía tenerla recostada en un sofá, desnuda y fácil. ¡Era horroroso! Recordaba ahora, muerto de vergüenza, la emoción religiosa con que había entrado en la sala de reps rojo de la Rua de São Francisco; la ternura maravillada con que había contemplado cómo aquellas manos, que le pacerían las más castas de la Tierra, tiraban de los hilos de lana del bordado, en un constante trabajo de madre laboriosa y recogida; la veneración espiritual con que se había mantenido a distancia de la orla de su vestido, como si fuera la túnica de una Virgen cuyos rígidos pliegues ni la más bestial de las criaturas osaría tocar... ¡Oh imbécil, imbécil!... ¡Y durante todo aquel tiempo ella debía de haberse sonreído para sus adentros de aquella simpleza de provinciano del Duero! ¡Se avergonzaba ahora de las flores apasionadas que le había entregado! ¡Y de su delicadeza y sus miramientos!

Hubiera sido tan fácil, desde el primer día en el Aterro, comprender que aquella diosa, descendida de las nubes, era la amigueta de un brasileño. Pero ¡no! Su absurda pasión de romántico había tendido entre sus ojos y los hechos flagrantes y reveladores una de esas nieblas doradas que dan a las montañas más rugosas y negras un brillo pulido de piedra preciosa. ¿Por qué había escogido ella como médico, introduciéndole en su casa, en su intimidad, precisamente al hombre que en la calle la había mirado con un fulgor de deseo en el rostro? ¿Por qué en sus largas conversaciones matinales de la Rua de São Francisco ella nunca le había hablado de su vida de París, de sus amigos, de los asuntos de su casa? ¿Por qué al cabo de dos meses, sin preparación, sin las mil evidencias del amor que crece y rompe el capullo y se da, ella se le había entregado de sopetón, al primer «te quiero»?... ¿Por qué le había aceptado una casa amueblada con la facilidad con que se acepta un ramo de flores? Y otras cosas que, si bien no tan evidentes, no se le habrían pasado por alto al hombre más simple: aquellas joyas suyas, de un lujo excesivo de *cocotte*; el libro de la *Interpretación de los sueños* en la cabecera de la cama; su familiaridad con Melanie... ¡Incluso el ardor de sus besos le parecía ahora deberse menos a la sinceridad y a la pasión que a la ciencia de la voluptuosidad!... Pero providencialmente ¡todo se había acabado! ¡La mujer a la que él había amado, sus atractivos, se desvanecían en el aire como un sueño, radiante e impuro, del que aquel piadoso brasileño le acababa de despertar! Ella era una tal Mac Gren... ¡Aquel amor había sido para él, desde que la vio por primera vez, como la sangre de sus venas, y ahora se desangraba por aquella herida incurable, que nunca se cerraría, infligida a su orgullo!

Ega apareció en la puerta del salón, aún pálido:

—¿Y bien?

Toda la cólera de Carlos estalló:

—¡Extraordinario, Ega, extraordinario! ¡La cosa más abyecta y más inmunda!

—¿Te ha pedido dinero?

—¡Peor aún!

Y paseándose arrebatadamente, Carlos se desahogó, le contó todo, sin escatimar detalles, con las mismas palabras crudas del brasileño, repetidas y avivadas por sus labios, que le revelaban nuevos motivos de humillación y asco.

—¿Le ha sucedido a alguien algo más horrible? —exclamó por fin, cruzándose de brazos con violencia ante Ega, que asombrado se había dejado caer en el sofá—. ¿Cabe imaginar un caso más sórdido, más grotesco? ¡Es como para reventar! ¡Como para morirse de risa! Ahí, sentado donde tú estás, el hombrecillo, muy amable, con su flor en la solapa, diciéndome: «Mire que esa criatura no es mi mujer, yo sólo la pagaba»... ¿Comprendes? Ese sujeto la compraba... ¿A cuánto es el beso? A cien francos. Ahí están los cien francos... ¡Es como para morirse!

Y prosiguió con su paseo, despavorido, contando y recontándolo todo, siempre con las mismas palabras de Castro Gomes, a las que él revestía de una brutalidad aún mayor...

—¿Qué te parece, eh? ¿Qué harías tú, Ega?

Ega, que se limpiaba el monóculo, vaciló unos instantes, pero acabó por decir que, considerado el asunto con superioridad, como hombres de su tiempo y «su mundo», no había motivos ni para la cólera ni para el dolor...

—Entonces ¡no comprendes nada! —gritó Carlos—. ¡No entiendes mi situación!

Sí, sí, Ega comprendía que era horrible enterarse, en el preciso momento en que uno iba a unir con adoración su destino al de una mujer, que otros la habían tenido antes que él a tanto por noche... Pero aquello simplificaba y amenizaba las cosas. Lo que se presentaba como un complicado drama, pasaba a ser una distracción bonancible. Aquello le libraba del remordimiento de destruir una familia; ya no tendría que exiliarse, que esconderse del mundo en un florido agujero de Italia; ya no ligaría su honor a una mujer a la que tal vez el amor no le ligase de por vida. ¡No había en ello sino ventajas!

—¿Y la dignidad de ella? —exclamó Carlos.

Sí, pero la mengua de su dignidad y pureza no era en verdad gran cosa, puesto que ella, antes de la visita de Castro Gomes, ya era una mujer que había huido de su marido, lo cual, ahorrándonos los términos más severos, no es ni muy puro ni muy digno... ¡Por descontado que todo aquello era una humillación irritante, pero no mayor a la de un hombre que posee una madona que juzga de Rafael, y que contempla con unción, y que un buen día se entera de que la tela es obra de un tal

Castro Gomes de Bahía! Pero el resultado íntimo y social le parecía claro: hasta la fecha Carlos había tenido una hermosa amante con inconvenientes; a partir de aquel momento tenía sin inconvenientes una hermosa amante...

—Lo que tienes que hacer, mi querido Carlos...

—Lo que tengo que hacer es escribirle una carta remitiéndole el importe de los dos meses que le debo...

—¡Romántica brutalidad!... Eso ya está en *La dama de las camelias*... Y es no afrontar con la debida filosofía las *nuances*.

Carlos le atajó impaciente:

—Está bien, Ega, no hablemos más del asunto... ¡Estoy terriblemente nervioso! ... Hasta luego. ¿Cenas en casa, verdad? Bien, hasta luego.

Iba a cerrar con un portazo, cuando Ega, ya tranquilo, dijo levantándose muy lentamente del sofá:

—El fulano ha ido para allá.

Carlos se volvió, con los ojos llameantes:

—¿A Oliváis? ¿A verla?

Sí, por lo menos había ordenado al cochero que se dirigiera a la quinta de Craft. Ega, por verle la cara a aquel señor Castro Gomes, se había ocultado en el cubículo del portero. Le había visto bajar, encender un puro... Era en efecto uno de esos *rastaquouères* que en aquel desdichado París que todo lo tolera, van a las dos al Café de la Paix a tomarse su *groseille*, tiesos y embrutecidos... El portero le dijo que el tipo parecía de lo más alegre, y que había mandado al cochero guiar a Oliváis...

Carlos parecía aniquilado:

—¡Todo esto es repulsivo! ¡Al final hasta acabarán entendiéndose! Me siento como tú decías no hace mucho: «¡Se me ha caído el alma en una letrina, y necesito un baño por dentro!».

Ega murmuró melancólicamente:

—Esa necesidad de baños morales se está volviendo demasiado frecuente... Debería haber en la ciudad un establecimiento a tal efecto.

Carlos, en su cuarto, se paseaba ante la mesa donde la hoja en que iba a escribir a Maria Eduarda ya tenía consignada la fecha y un seco «señora», trazado con una letra que pretendía parecer firme y serena. Pero no hallaba más palabras. Estaba decidido a enviarle un cheque de doscientas libras, espléndida y humillante remuneración por aquellas semanas de servicios prestados. Pero quería añadir un par de líneas gélidas, impasibles, que la hiriesen más que el dinero. Y no hallaba sino frases de una cólera subida, que revelaban lo mucho que la amaba.

Miraba la hoja en blanco, y la banal expresión «señora» le mortificaba, añoraba a aquella a quien la víspera trataba de «mi adorada Maria Eduarda», a la mujer que aún

no se llamaba Mac Gren, que era perfecta, y a la que una pasión indomable, superior a la razón, había atontado, vencido. Su amor por aquella Maria Eduarda, noble y amante, transformada en una tal Mac Gren, falsa y entretenida, era ahora infinitamente mayor, desesperado por irrealizable, como el amor que se siente por una muerta, que palpita con más fuerza en la helada cercanía de la fosa. ¡Oh, si ella pudiera resurgir, limpia y clara, del lodo en que se había hundido, ser de nuevo la Maria Eduarda del casto bordado!... ¡Con qué amor más delicado no la ampararía para compensar los afectos conyugales perdidos! ¡Con cuánta más veneración se consagraría a ella para suplir el respeto que el mundo banal y afectado le negaba! Porque ella tenía cuanto hacía falta para infundir amor y respeto: tenía belleza, gracia, inteligencia, alegría, maternidad, bondad, un gusto incomparable... Y sin embargo, pese a aquellas cualidades, ¡era una embaucadora!

Pero ¿por qué? ¿Por qué se había lanzado a aquel largo fraude, urdido día a día, mintiéndole en todo, desde en su fingido pudor hasta en el nombre que usaba?

Se apretaba la cabeza entre las manos, la vida le parecía intolerable. Si ella le había mentido, ¿dónde estaba entonces la verdad? Si ella le había traicionado de aquel modo, con aquellos ojos claros suyos, el universo bien podía ser una inmensa traición muda. ¡Uno ponía un ramo de rosas en un florero, y las rosas exhalaban un olor pestífero! ¡Uno caminaba por un fresco prado, y en verdad hollaba un lodazal! ¿Para qué, por qué le había mentido? Si desde el primer día en que le vio, trémulo y rendido, contemplando su bordado como se contempla una obra de santidad, le hubiese dicho que no era la esposa de Castro Gomes, sino sólo su amante, ¿habría sido menos viva su pasión, menos profunda? No era la estola sacerdotal lo que daba belleza a su cuerpo y valor a sus caricias... ¿A qué se debía pues aquella mentira tenebrosa y descarada, que ahora le obligaba a suponer que hasta sus besos y suspiros habían sido una impostura?... ¡Y con aquel tremendo embuste le forzaba ella a la expatriación, a entregar toda su vida a cambio de un cuerpo por el que otros sólo daban un puñado de libras! ¡Por aquella mujer, que se alquilaba por horas como las calesas de la Compañía, iba él a amargarle la vejez a su abuelo, a torcer por completo su propio destino, a coartar su libre actuación de hombre!

Pero ¿por qué? ¿A cuento de qué toda aquella farsa banal, aquella vieja historia de ópera cómica de la «*cocotte* que se finge señora»? ¿Por qué Maria Eduarda había incurrido en aquello, con aquel hablar suyo honesto, con su puro perfil y su dulzura de madre? ¿Por interés? No. Castro Gomes era más rico que él, podía satisfacer más cumplidamente su apetito mundano de *toilettes*, de carruajes... ¿O es que ella pensaba que Castro Gomes la iba a abandonar, y necesitaba atraerse otro bolsillo bien provisto, abierto y pronto? En tal caso bastaba con que le hubiera dicho: «Soy libre, me gustas, tómame libremente, como yo me doy». ¡No! Allí había algo más, algo secreto, tortuoso, impenetrable... ¡Lo que daría por conocerlo!

Y así, poco a poco, le entraron ganas de presentarse en Oliváis... ¡Sí, porque no bastaba con una venganza arrogante, con arrojarle en el regazo un cheque envuelto en una insolencia! Lo que necesitaba para una completa tranquilidad de su alma era arrancar del fondo de aquel turbio corazón el secreto de tan torpe farsa... Sólo así se aplacaría su incomparable tormento. Quería volver a entrar en la Toca, ver cómo era aquella mujer que se llamaba Mac Gren, oír qué tenía que decirle. ¡Oh, acudiría sin violencias, sin recriminaciones, tranquilo, sonriente! Sólo con la intención de que ella le contara a qué se debía aquella mentira tan laboriosa, tan vana... Sólo para preguntarle serenamente: «Mi querida señora, ¿cuál era el fin de toda esta comedia?». Y verla llorar luego... Sí, tenía el deseo amoroso de verla llorar. ¡La agonía que él había vivido en el salón con tornasoles de musgo otoñal, mientras el otro arrastraba sus erres, quería verla repetida en su pecho, en aquel pecho en el que hasta entonces él había dormido tan dulcemente, olvidado del mundo, y que era tan bello, tan divinamente bello!...

Con repentina brusquedad, decidido, dio un tirón de la campanilla. Baptista apareció, con la levita abotonada, con aire resuelto, pronto para ser útil en aquel trance que se le antojaba crítico...

—¡Baptista, corre al Hotel Central y pregunta si ha vuelto ya el señor Castro Gomes!... No, escucha... Ponte a la puerta del Central y aguarda a que entre ese hombre que ha estado aquí... ¡No, es mejor preguntar!... En fin, asegúrate de que ese hombre o ha vuelto o se encuentra en el hotel. Y en cuanto estés bien seguro, vuelve aquí volando, en un coche... Que el cochero sea fiable, que ha de llevarme a Oliváis.

En cuanto hubo dado aquella orden, se serenó. Era un inmenso alivio no tener que escribir la carta, ahorrarse aquellas palabras lacerantes. Rasgó el papel despacio. Luego extendió un cheque de doscientas libras, «al portador». Él mismo se lo daría en mano... ¡Oh, y por supuesto que no se lo arrojaría, con despecho romántico, en el regazo! Lo dejaría en una mesa, en un sobre dirigido a madame Mac Gren... Y de repente tuvo lástima de ella. Se la imaginó abriendo el sobre, con dos lagrimones lentos, silenciosos, rodándole por la cara... Y sus propios ojos se humedecieron.

En aquel momento, Ega, desde fuera, preguntó si molestaba.

—¡Entra! —gritó.

Y continuó paseándose en silencio, con las manos en los bolsillos. Ega, sin decir palabra tampoco, se recostó contra la ventana que daba al jardín.

—Tengo que escribir a mi abuelo para decirle que he llegado —murmuró Carlos al fin, deteniéndose junto a la mesa.

—Dale recuerdos de mi parte.

Carlos se sentó y empuñó lánguidamente la pluma. Pero la dejó enseguida. Cruzó las manos por detrás de la cabeza, sobre el respaldo de la silla, y cerró los ojos, como exhausto.

—¿Sabes lo que me parece que está claro? —dijo Ega de repente, desde la ventana—. ¡Que el autor de la carta anónima es Dâmaso!

Carlos le miró:

—¿Tú crees?... Es posible... ¿Quién habría de ser si no?

—Sólo ha podido ser él, muchacho. ¡Ha sido Dâmaso!

Carlos se acordó entonces de lo que le había contado Taveira, de las alusiones misteriosas de Dâmaso a un escándalo que se estaba fraguando, a una bala que estaba llamada a alojarse en su cabeza... Todo cuadraba: Dâmaso daba como seguro el regreso de Castro Gomes y el posterior duelo...

—¡Hay que acabar con ese infame! —exclamó Ega, súbitamente furioso—. ¡No habrá seguridad ni sosiego en nuestras vidas mientras ese bandido siga vivo!...

Carlos no respondió. Ega proseguía, cada vez más alterado, pálido, dejando salir a flote los odios acumulados día a día:

—¡Yo no le mato porque me falta un pretexto!... Si me diera un pretexto: una insolencia, una mirada atrevida, ¡era mío, lo despachurraba!... Pero ¡tú has de hacer algo, esto no puede quedarse así! ¡No, esto pide sangre!... ¡Un anónimo, la peor de las infamias!... Nuestra paz, nuestra felicidad, están expuestas a los ataques del señor Dâmaso. No puede ser. ¡Yo lo único que lamento es no tener un pretexto! Pero ¡tú lo tienes, aprovecha, aniquílale!

Carlos se encogió vagamente de hombros:

—Merecería que le azotaran, eso es cierto... Pero como él sólo se ha portado indignamente conmigo por mis relaciones con esa señora, y como eso es asunto acabado, todo lo relacionado con él también lo es. *Parce sepultis*... Y a la postre, él era quien estaba en lo cierto al afirmar que ella era una embaucadora...

Soltó un puñetazo en la mesa, se puso en pie, y con una sonrisa amarga, que expresaba un tedio infinito de todo, dijo:

—¡Así que era él, el señor Dâmaso Salcede, quien tenía razón!...

Su cólera revivió, más áspera, ante aquella idea. Miró al reloj. ¡Le acuciaba verla, injuriarla!...

—¿Le has escrito? —preguntó Ega.

—No, voy a ir a Oliváis.

Ega pareció asombrarse. Después reanudó sus idas y venidas, en silencio, con los ojos puestos en la alfombra.

Ya oscurecía cuando Baptista regresó. Había visto a Castro Gomes apearse en el hotel y mandar que bajaran su equipaje, y el coche que llevaría al señorito a Oliváis aguardaba a la puerta.

—Bien, adiós —dijo Carlos, buscando aturulladamente un par de guantes.

—¿No cenas?

—No.

Al poco rodaba por la carretera de Oliváis. Ya se habían encendido las luces de gas. E inquieto en el estrecho asiento, encendía nerviosamente cigarrillos que no fumaba, sufría por anticipado la turbación de aquel encuentro, difícil y doloroso... Ni siquiera sabía cómo habría de tratarla, si de «señora» o como «mi buena amiga», con superioridad e indiferencia. Y al mismo tiempo sentía por ella una vaga compasión, que le ablandaba. Ante la idea de tratarla fríamente, se la imaginaba pálida, temblorosa, con los ojos llenos de agua. Y las lágrimas que hacía poco deseaba, ahora le conmovían y dolían... Por un instante pensó en regresar. A la postre ¿sería mucho más digno escribirle un par de líneas altivas, librándose de ella para siempre, secamente! Podría no enviarle el cheque, una afrenta brutal de hombre rico. Aunque embustera, era una mujer, con sus nervios, sus fantasías, y acaso le hubiera amado desinteresadamente... Pero una carta era lo más digno. Y ahora se le ocurrían las palabras incisivas y precisas que antes había estado buscando. Sí, debería haberle dicho que si bien se disponía a entregarle su vida a una mujer que se había abandonado a él «por pasión», no estaba dispuesto a sacrificarle ni sus ocios a una mujer que se le había dado «por profesión». Era simple y terminante... Y luego, no la vería ya más, así no tendría que soportar la tortura de las explicaciones y las lágrimas.

Flaqueó. Golpeó en la ventanilla para que el cochero se detuviera, deseaba reflexionar más tranquilamente, en silencio. El cochero no le oyó, y los caballos continuaron al trote largo, batiendo la carretera oscura. Carlos no insistió, de nuevo indeciso. Después, a medida que iba reconociendo, difusos en la sombra, aquellos lugares por los que tantas veces había pasado con el corazón en fiesta, cuando su pasión todavía se hallaba en flor, una cólera nueva le asaltaba, menos contra Maria Eduarda que contra aquella «mentira» fruto de su imaginación, que había destrozado irremediadamente el encanto divino de su vida. Aquella «mentira» era el nuevo objeto de su odio, la veía como una cosa material, tangible, de un peso enorme, fea y con el color del hierro, que le torturaba. ¡Oh, si no fuera por «esa cosa» nimia e inolvidable que se había instalado entre ellos, como un indestructible bloque de granito, podría abrirle de nuevo sus brazos, tal vez no con la misma fe, pero sí con igual ardor! Esposa de otro o amante de otro, a la postre ¿qué importaba! Que los besos de aquel hombre no dispusieran de la bendición de un cura, rezongada en latín, no ensuciaba más su piel o la hacía menos suave. Lo importante era la «mentira», la «mentira» inicial, dicha en su primera visita a la Rua de São Francisco, y que como un fermento podrido estropeaba toda su relación: las dulces conversaciones, los paseos, las siestas en el calor de la quinta, el murmullo de besos que morían entre los cortinajes de oro... Todo manchado, todo contaminado por aquella «mentira» primera, dicha entre sonrisas, con sus tranquilos ojos límpidos...

Se ahogaba. Iba a bajar la ventanilla, que no tenía tirador, cuando de pronto el coche se detuvo en el camino solitario... Abrió la portezuela. Una mujer con un

mantón en la cabeza le hablaba al cochero.

—¡Melanie!

—¡Ah, *monsieur*!

Carlos se apeó precipitadamente. Estaba ya cerca de la quinta, en la vuelta del camino en que la tapia dibujaba un recoveco bajo un haya, frente a los setos de pitas que resguardaban los olivares. Carlos le gritó al cochero que siguiera y le aguardara a la puerta de la quinta. Y se quedó allí, en la oscuridad, con Melanie, que se encogía bajo el mantón.

¿Qué estaba haciendo allí? Melanie parecía trastornada. Contó que iba en busca de un coche, porque la señora deseaba ir a Lisboa, al Ramalhete... Ella había creído que aquel coche venía vacío.

Se apretaba las manos, dando gracias al cielo, inmensamente aliviada. ¡Ah qué felicidad, qué felicidad que hubiera venido!... La señora estaba muy afligida, no había cenado, hecha un mar de lágrimas. ¡El señor Castro Gomes se había presentado de repente! La señora, la pobre, quería morirse...

Carlos, caminando a lo largo de la tapia, interrogó a Melanie. ¿En qué plan se había presentado Castro Gomes? ¿Qué había dicho? ¿Cómo se había despedido?... Melanie no había oído nada. El señor Castro Gomes y la señora habían conversado en el pabellón japonés. Al irse, vio cómo el señor Castro Gomes le decía adiós a *madame*, muy tranquilo, muy amable, riéndose, hablando de «Niniche»... ¡La señora parecía como muerta, tan pálida! Cuando el señor se fue, ella no se tenía en pie.

Se hallaban muy cerca del portón de la Toca. Carlos retrocedió, respirando hondo, con el sombrero en la mano. Ahora todo su orgullo sucumbía ante la violencia de su ansiedad. ¡Quería saber! Y preguntaba, dejaba que Melanie entrase en los aspectos dolorosos de su pasión... «*Dites toujours, Melanie, dites!*» ¿Sabía la señora que Castro Gomes había ido a verle al Ramalhete, que le había confesado todo?...

Claro que lo sabía, por eso había llorado, decía Melanie. ¡Ah, ella siempre le había dicho a la señora que lo mejor era contar la verdad! Eran muy amigas, ella estaba a su servicio desde muy joven, había visto nacer a la pequeña... ¡Incluso estando ya en Oliváis ella le había insistido en que lo contara todo!

Carlos agachaba la cabeza en la oscuridad, al amparo del muro. ¡Melanie «le había insistido»! ¡Así que ella y su criada discutían como camaradas acerca de aquel embuste en que andaba sumida su vida! Aquellas revelaciones de Melanie, que suspiraba con el rostro bajo el mantón, abatían los últimos retazos de aquel sueño por él puesto tan alto, entre nubes de oro. No quedaba nada. Todo yacía hecho trizas, en el lodo inmundo.

Durante un instante, con el corazón agotado, pensó en volver a Lisboa. Pero detrás de aquella negra tapia estaba *ella*, hecha un mar de lágrimas, deseando morirse... Despacio se encaminó al portón.

Ahora, ya sin tener que luchar contra su orgullo, le hacía a Melanie preguntas más íntimas. ¿Por qué Maria Eduarda no le había dicho la verdad?

Melanie se encogió de hombros. ¡No lo sabía, ni siquiera la señora lo sabía! Se había alojado en el Central como madame Gomes; había alquilado una casa en la Rua de São Francisco como madame Gomes; le había recibido en su casa como madame Gomes... Y así se había ido dejando llevar, insensiblemente, conversando con él, gustando de su persona, instalándose en Oliváis... Y luego ya era tarde, ya no se atrevía a confesarlo, sepultada bajo el peso de aquella «mentira», temerosa de lo peor...

Pero es que ella, exclamaba Carlos, ¿no había pensado que tarde o temprano todo acabaría descubriéndose?

—*Je ne sais pas, monsieur, je ne sais pas* —murmuró Melanie, a punto de echarse a llorar.

Pero aún había más cosas que le intrigaban. ¿Ella no contaba con el regreso de Castro Gomes? ¿Pensaba que volvería? ¿Acostumbraba a hablar de él?...

—*Oh non, monsieur, non!*

Madame, desde que el señor había comenzado a ir a diario a la Rua de São Francisco, ya no se consideraba ligada al señor Castro Gomes. Ni hablaba de él ni quería que se hablase... Antes, la pequeña siempre llamaba al señor Castro Gomes *petit ami*. Ahora ya no le llamaba de ninguna manera. Se le había dicho que ya no había *petit ami*...

—Pero ella aún le escribía —decía Carlos— yo sé que le escribía...

Sí, Melanie creía que sí... Pero cartas indiferentes. La señora llevaba sus miramientos hasta el extremo de que desde su instalación en Oliváis no había vuelto a gastar un solo céntimo del dinero que le enviaba el señor Castro Gomes. Las letras de que disponía a tal efecto las conservaba intactas, aquella misma tarde se las había entregado... ¿No se acordaba él de la mañana en que se encontraron a la puerta del Montepío? Pues había ido allí, en compañía de una amiga francesa, a empeñar una pulsera de brillantes de su señora. Su señora vivía ahora de sus joyas, ya se había desprendido de varias.

Carlos se detuvo, conmovido. Pero entonces, ¿por qué le había mentido?

—*Je ne sais pas* —decía Melanie— *je ne sais pas... Mais elle vous aime bien, allez!*

Se hallaban frente al portón. El coche aguardaba. Y al fondo de la avenida de acacias, la puerta abierta de la casa dejaba escapar la luz del corredor, floja y triste. Carlos hasta creyó ver la figura de Maria Eduarda, envuelta en una capa oscura, con sombrero, cruzando aquella claridad... ¡Seguro que había oído el coche! ¡Estaría sufriendo, impaciente!

—¡Ve a decirle que he venido, Melanie, ve! —murmuró Carlos.

La muchacha echó a correr. Y él, caminando despacio bajo las acacias, sentía perfectamente, en aquel sombrío silencio, los embates desordenados de su corazón. Subió los tres peldaños de piedra, que le parecieron los de una casa extraña. El corredor estaba desierto, con su lámpara mora alumbrando las panoplias taurinas... Aguardó allí. Melanie, con el mantón en la mano, fue a decirle que la señora se hallaba en el salón de los tapices...

Carlos entró.

Allí estaba ella, con la capa puesta todavía, esperándole de pie, pálida, con el alma resumida en los ojos, brillantes por entre las lágrimas. Corrió hacia él, le cogió las manos, sin poder hablar, sollozando, temblando toda.

En su extrema turbación, a Carlos no se le ocurrieron más que estas palabras, de una estupidez melancólica:

—No sé por qué llora, no sé, no hay razón para estas lágrimas...

Ella acertó a balbucir:

—¡Escúchame, por el amor de Dios! ¡No digas nada, deja que te cuente!... Iba a ir en tu busca, había mandado a Melanie a por un coche. Iba a ir... ¡Nunca he tenido el valor de contártelo! Hice mal, es terrible... Pero ¡escucha, no digas nada aún, perdóname, yo no tengo la culpa!

De nuevo los sollozos la ahogaron. Cayó en el sofá, con un llanto nervioso y brusco, que la sacudía de arriba abajo, y que hacía que el pelo se le fuera desgreñando.

Carlos la miraba petrificado. Su corazón, sorprendido, dudaba, sin fuerzas para desahogarse. Se daba cuenta ahora de lo bajo y brutal que sería entregarle el cheque, que tenía en la cartera y que le avergonzaba... Ella alzó el rostro, bañado en lágrimas, y murmuró con gran esfuerzo:

—¡Escúchame!... No sé cómo contártelo... ¡Oh, son tantas cosas!... No te vayas, siéntate, escucha...

Despacio, Carlos avanzó una silla.

—No, ven aquí... Me darás fuerzas... ¡Te lo ruego, apiádate de mí, ven!

Él cedió a la súplica humilde y enternecedora de sus ojos bañados en lágrimas, y se sentó al otro extremo del sofá, lejos de ella, sumido en un infinito desconsuelo. Entonces, en voz muy baja, ronca de los lloros, sin mirarle, como en un confesionario, Maria empezó a hablarle de su pasado sin orden ni concierto, dudando, balbuciendo, con grandes sollozos que la ahogaban y amargos pudores que la forzaban a enterrar la cara angustiada entre las manos.

¡La culpa no era suya! ¡No, no era suya! Él debería haberle preguntado a aquel hombre, que conocía toda su vida... La culpable era su madre... Era horroroso decirlo, pero por su culpa había conocido al primer hombre, al otro, un irlandés, y huido con él... ¡Y había vivido con él cuatro años como su fiel esposa, tan retirada de

todo y ocupada únicamente de su casa que él iba a casarse con ella! Pero le mataron en la guerra con los alemanes, en la batalla de Saint-Privat. Y ella se había quedado con Rosa, con su madre ya enferma, y tuvo que venderlo todo... Al principio trabajó... En Londres había intentado dar clases de piano... Todo le salió mal. ¡Estuvieron dos días sin lumbre, comiendo arenques salados, Rosa pasaba hambre! ¡Ah, él no podía figurarse lo que era aquello!... Las habían repatriado a París casi por caridad... Y allí había conocido a Castro Gomes. Era horrible, pero ¡qué iba a hacer ella! Estaba perdida...

Lentamente, se fue escurriendo del sofá hasta caer a los pies de Carlos. Él permanecía mudo, con el corazón desgarrado por diferentes angustias: una trémula compasión ante aquellas miserias padecidas —el dolor de madre, la búsqueda de un trabajo, el hambre— le hacían quererla más, aunque de una forma confusa; la aparición de aquel otro hombre, el irlandés, le horrorizaba y la ensuciaba un poco más a sus ojos...

Ella continuaba hablando de Castro Gomes. Había vivido tres años con él, honestamente, sin el menor escaqueo, sin un mal pensamiento. Su único deseo era estarse quieta en su casa. Era él quien la forzaba a asistir a cenas, a saraos nocturnos...

Carlos, mortificado, no podía seguir escuchando. Rechazó sus manos, que buscaban las suyas. ¡Quería huir, acabar con todo!...

—¡Oh, no me dejes! —gritó ella, colgándose de él ansiosamente—. ¡Sé que no merezco nada! Soy una perdida... Pero ¡no he tenido el valor necesario! Tú eres un hombre, no entiendes estas cosas... ¡Mírame! ¿Por qué no me miras? Aunque sea un instante, no me des la espalda, compadéceme...

¡No, él no quería mirarla! Temía aquellas lágrimas, el rostro lleno de agonía. Pero al calor de su seno, palpitante contra sus rodillas, todo se debilitaba en él: orgullo, despecho, dignidad, celos... Entonces, sin darse cuenta, muy a su pesar, sus manos apretaron las de ella. Maria Eduarda le besó los dedos, las muñecas, arrebatadamente: ansiosa le imploraba desde el fondo de su miseria un instante de misericordia.

—¡Oh, di que me perdonas! ¡Tú eres bueno! Sólo una palabra... Dime sólo que no me odias, y luego te dejo marchar... Dilo... ¡Mírame al menos otra vez como me mirabas antes!...

Y ahora sus labios buscaban los de Carlos. Pero la debilidad en que Carlos sentía anegarse todo su ser, le hizo reaccionar con cólera, contra sí y contra ella. La zarandeó brutalmente, y gritó:

—Pero ¿por qué no me has dicho nada? ¿Por qué? ¿Cuál era el objeto de esta larga mentira? ¡Yo te hubiera amado igual! ¿Por qué me has mentido?

La dejó caer. Ella quedó postrada en el suelo. Y puesto en pie, siguió arrojando sobre aquel bulto exánime su queja desesperada:

—¡Tu mentira es lo único que nos separa, tu horrible mentira, sólo tu mentira!

Ella se levantó poco a poco, sosteniéndose a duras penas, con una palidez de desmayo.

—Pero yo quise contártelo todo —murmuró ella con un hilo de voz, destrozada, con los brazos colgando—. Yo quise contártelo... ¿Te acuerdas de aquel día en que te retrasaste, cuando yo te hablé de la casa de campo y tú me declaraste por vez primera que te gustaba? Yo te dije: «Hay una cosa que quiero contarte»... Pero tú no me dejaste acabar. Pensaba que sabías lo que era, que yo quería ser sólo tuya, lejos del mundo...

»Y dijiste que nos iríamos a cualquier parte, con Rosa, en busca de nuestra felicidad... ¿Recuerdas?... Fue entonces cuando me asaltó la tentación de no decir nada, de dejarme llevar, y más adelante, años después, cuando te hubiese probado lo buena mujer que era, digna de tu estima, entonces contártelo todo y decirte: “Ahora, si quieres, déjame”. ¡Oh, hice mal, lo sé! Pero fue una tentación, no pude resistirme... Si tú no hubieras hablado de fugarnos, te lo habría contado todo... Pero en cuanto te referiste a ello, ¡vislumbré otra vida, una esperanza para mí, no sé bien qué! Y además, ¡aplazaba aquella horrible confesión! En fin, no sé explicarte, era como si el Cielo se abriera sobre mí, me vi contigo en una casa nuestra... ¡Fue una tentación!... Y era horrible, cómo iba a decirte, en aquel momento en que tú tanto me querías: “No hagas esto por mí, soy una perdida, ni siquiera tengo marido”... ¿Qué más he de contarte? No me resignaba a perder tu respeto. Era tan bueno sentirse tan valorada... En fin, hice mal, muy mal... ¡Y éste es el resultado, aquí estoy, desamparada, es el final!

Se tiró al suelo, como una criatura vencida y acabada, escondiendo la cara en el sofá. Y Carlos, yendo lentamente hasta el fondo de la habitación, volviendo bruscamente a su lado, proseguía con su única recriminación: «La mentira, la mentira», pertinaz y diaria... Sólo los sollozos de Maria le respondían.

—Por lo menos ¿por qué no me lo dijiste después, aquí en Oliváis, cuando estaba claro que tú lo eras todo para mí?...

Ella irguió la cabeza, fatigada:

—¿Qué quieres? Temí que tu amor cambiara, que fuera distinto... Imaginaba que me tratabas sin respeto. Que entrabas en esta casa y ni te quitabas el sombrero, que le perdías el afecto a la pequeña y hacías valer tu dinero... Tenía remordimientos, pero lo iba dejando. Me decía: «Hoy no, un día más, un día más de felicidad, mañana»... ¡Y así iba pasando el tiempo! En fin, ¡es horrible!

Hubo un silencio. Entonces Carlos sintió detrás de la puerta a «Niniche», que quería entrar y gañía en voz baja y doliente.

Le abrió. La perrita corrió y saltó al sofá en que Maria sollozaba encogida: intentaba lamerle las manos, inquieta. Después se quedó plantada a su lado, como

protegiéndola, desconfiada, siguiendo con sus vivos ojos de azabache a Carlos, que se paseaba de nuevo sombríamente.

Un ay más largo y triste le obligó a detenerse. Durante un instante contempló aquel dolor humillado... Y abatido, con los labios temblándole, murmuró:

—Aunque te pudiera perdonar, ¿cómo iba a poder volver a creerte? ¡Esta horrible mentira siempre se alzaría entre nosotros, separándonos! Yo no tendría un solo día de confianza y de paz...

—¡Nunca te he mentado sino en una cosa, y lo he hecho por amor a ti! —dijo ella gravemente, desde lo más hondo de su postración.

—¡No, me has mentado en todo! Todo era falso: falso tu matrimonio, falso tu nombre, falsa tu vida entera... No podría volver a creerte... ¿Cómo iba a hacerlo, si ahora mismo ni siquiera creo en el motivo de tus lágrimas?

La indignación la hizo erguirse, firme y soberbia. Sus ojos, de repente secos, refulgieron rebeldes y asombrados en el mármol de su palidez.

—¿Qué quieres decir? ¿Que estas lágrimas obedecen a otra cosa, que estas súplicas son fingidas? ¿Que finjo todo esto para retenerte, para no perderte, para disponer de otro hombre ahora que estoy abandonada?...

Él balbució:

—¡No, no! ¡No es eso!

—¿Y yo? —exclamó Maria Eduarda yendo hacia él, imperiosa, con un resplandor de verdad en el rostro—. ¿Y yo? ¿Por qué he de creer yo en la gran pasión que me jurabas? ¿Qué era lo que amabas en mí, eh? ¡Di! ¿Era a la mujer de otro, su nombre, la sofisticación del adulterio, las *toilettes*?... ¿O me amabas a mí misma, a mi cuerpo, a mi alma y al amor que yo sentía por ti?... Pues yo soy la misma, ¡mírame bien!... Estos brazos son los mismos, este pecho es el mismo... Sólo una cosa es distinta: ¡mi pasión! Porque por desgracia mi pasión es mayor, infinitamente mayor...

—¡Oh, si eso fuera verdad! —gritó Carlos, crispando los dedos.

Al cabo de un instante, Maria yacía a sus pies, con los brazos abiertos.

—¡Te lo juro por el alma de mi hija, por el alma de Rosa! ¡Te amo, te adoro locamente, absurdamente, hasta la muerte!

Carlos temblaba. Todo su ser se rendía ante ella, era un impulso irresistible de dejarse caer sobre aquel seno que resollaba a sus pies, por más que fuese el abismo de su vida entera... Pero de nuevo, gélida, cruzó por su mente la idea de la «mentira». Y se apartó de ella, llevándose los puños a la cabeza, desesperado, intentando rebelarse contra aquella nimiedad indestructible que no se rendía, que se interponía como una barrera de hierro entre él y su divina felicidad...

Maria Eduarda seguía arrodillada, inmóvil, con los ojos extraviados en la alfombra. Luego, en el silencio acolchado de la estancia, su voz se alzó, doliente y trémula:

—¡Tienes razón, se acabó! ¡Tú no me crees, así que se acabó!... Lo mejor es que te vayas... Nadie volverá a creerme... Todo se ha acabado para mí, no tengo a nadie en el mundo... Mañana dejo esta casa, lo dejo todo... Vete, tengo que preparar mis cosas... ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¡Me voy!

Y no resistió más, se dejó caer al suelo, con los brazos abiertos, llorando a lágrima viva.

Carlos se volvió, herido en el corazón. Con aquel vestido oscuro, allí tirada, abandonada, parecía ya una pobre criatura expulsada de todo hogar, arrinconada, expuesta a todas las inclemencias del mundo... De pronto la opinión de los demás, el orgullo, la dignidad de su casa, todo lo arrasó un gran viento piadoso. Sólo quedó en pie, triunfante de toda humana mezquindad, la belleza de Maria Eduarda, su dolor, su alma sublimemente amante. Un delirio generoso, de grandiosa bondad, se mezcló con su pasión. E inclinándose sobre ella, en voz baja, le dijo con los brazos abiertos:

—Maria, ¿quieres casarte conmigo?

Ella irguió la cabeza, sin comprender, como iba. Pero Carlos la miraba con los brazos abiertos, esperando para cerrarlos en torno a ella, suya de nuevo y ahora para siempre... Entonces se levantó, y trabándose con el vestido, cayó contra él, cubriéndole de besos, entre sollozos y risas, como loca, víctima de un deslumbramiento.

—¿Casarme contigo? ¡Oh Carlos!... ¿Y vivir siempre, siempre contigo?... ¡Oh mi amor, mi amor! ¿Y cuidarte, servirte, adorarte, ser sólo tuya? Y la pobre Rosa también... ¡No, no te cases conmigo, no es posible, no valgo nada! Pero si tú quieres, ¿por qué no?... ¡Vámonos lejos, juntos, Rosa y yo en tu corazón! Y tú serás nuestro amigo, el mío y el de ella, que no tenemos a nadie más en el mundo... ¡Oh Dios mío!

...

Empalideció, y se escurrió pesadamente por entre los brazos de Carlos, exánime. Sus largos cabellos, esparcidos en el suelo, reflejaban los tonos dorados de la luz.

XV

Maria Eduarda y Carlos —que había pasado la noche en Oliváis, en su modesta cabaña— ya habían almorzado. Domingos había servido el café, y antes de salir le acercó a Carlos la caja de cigarrillos y el *Figaro*. Las dos ventanas estaban abiertas. Ni una hoja se movía en el aire plúmbeo de la mañana encapotada, aún más tristonera por el lento doblar de las campanas, que moría lejano en los campos. En el banco de alcornoque, bajo los árboles, Miss Sara cosía perezosamente. Rosa, a su lado, jugaba en la hierba. Y Carlos, que a tono con aquella intimidad conyugal llevaba una simple camisa de seda y una chaqueta de franela, acercó su silla a la de Maria y le tomó la mano, y jugueteando con sus anillos en una lenta caricia le preguntó:

—A ver, amor mío... ¿Has decidido ya cuándo quieres que nos vayamos?

Aquella noche, entre sus primeros besos de prometida, ella le había expresado su deseo de no alterar los planes de Italia y de un nido romántico entre las flores de Isola Bella, si bien ahora no tendrían que esconder inquietos su felicidad culpable, sino que gozarían del sosiego de una felicidad legítima. Y después de tanto tormento y tantas incertidumbres como le habían agitado desde el día en que se cruzó con Maria Eduarda en el Aterro, también él anhelaba recogerse en un amor sin dudas ni sobresaltos.

—Yo por mí, me iba mañana mismo. Estoy deseoso de paz. ¡Hasta de un poco de molicie!... Pero a ti ¿cuándo te parece bien?

Maria no respondió, sus ojos sonrieron con una mirada de reconocimiento y amor. Luego, sin sustraer la mano a la larga caricia de Carlos, llamó a Rosa a través de la ventana.

—¡Espera mamá, ya voy! Dame unas miguitas... Los gorriones aún no han comido...

—No, ven aquí.

Ya en la puerta, toda de blanco, colorada, con una de las últimas rosas del verano cogida del cinto, Maria quiso que se acercara más, que se situara entre ellos, pegada a sus rodillas.

Y arreglándole el lazo suelto del pelo, le preguntó si le gustaría que Carlos se quedase a vivir con ellas allí, en la Toca... La pequeña, con ojos asombrados y sonrientes, dijo:

—¿El qué? ¿Que esté aquí siempre, incluso de noche, toda la noche?... ¿Que tenga aquí sus maletas y sus cosas?

Los dos murmuraron: «Sí».

Rosa saltó, aplaudió, radiante, deseosa de que Carlos fuera ya, ya, a buscar sus maletas y sus cosas...

—Escucha —le dijo Maria gravemente, reteniéndola entre sus rodillas—. ¿Y te gustaría que fuese como un papá, que estuviera siempre con nosotras y le obedeciéramos, y que nosotras le quisiéramos mucho?

Rosa alzó hacia su madre una carita compenetrada, en la que ya no quedaba rastro de la anterior sonrisa.

—Pero ¡si no puedo quererle más de lo que le quiero!...

Ambos la besaron, con una ternura que les humedeció los ojos. Y Maria Eduarda, por primera vez en presencia de Rosa, se inclinó y besó a Carlos en la frente. La pequeña miró pasmada a su amigo, luego a su madre, y pareció comprenderlo todo. Y escapando de las rodillas de Maria Eduarda, se recostó contra Carlos, y mimosa y humilde le dijo:

—¿Quieres que te llame papá, sólo a ti?

—Sí, sólo a mí —dijo él, abrazándola.

Así obtuvieron el consentimiento de Rosa, que salió cerrando con fuerza, con las manos llenas de pastelillos para los gorriones.

Carlos se puso en pie, le cogió la cabeza entre las manos a Maria, y murmuró transido:

—¡Eres perfecta!

Ella se liberó, melancólica, de aquella adoración que la trastornaba.

—Escúchame... Aún tengo que contarte muchas cosas, por desgracia... Vamos a nuestro quiosco... ¿Tú no tienes nada que hacer, verdad? Y aunque lo tengas, ¡hoy eres mío! Voy enseguida. Lleva tus cigarrillos.

En los escalones del jardín, Carlos se detuvo a contemplar, a sentir la dulzura velada del cielo ceniciento... Y la vida se le antojó adorable, de una poesía fina y triste, envuelta en aquella neblina en la que nada resplandecía y nada cantaba, tan propicia para que dos corazones ajenos al mundo, en discordia con él, se abandonaran al continuo encanto de estremecerse juntos en el silencio y la sombra.

—Va a llover, tío André —dijo pasando junto al viejo jardinero, que recortaba los setos de boj.

El tío André, aturullándose, se quitó el sombrero. ¡Ah, una gota de agua buena falta hacía después del verano! ¡El terruño tenía sed! Y en casa ¿todos bien? ¿La señora? ¿La niña?

—Todos bien, gracias tío André.

Y deseoso de ver a todos en torno a sí tan felices como lo estaban él y la tierra sedienta que se aprestaba a beber, le puso en la mano una libra, dejándole deslumbrado, sin osar cerrar los dedos sobre aquel oro extraordinario que relucía.

Cuando Maria entró en el quiosco, llevaba en la mano un cofre de madera de sándalo. Lo echó sobre el sofá, e hizo sentarse a Carlos junto a ella, bien cómodo, entre almohadones. Le encendió un cigarrillo. Luego se sentó a sus pies, en la

alfombra, para confesarse humildemente.

—¿Estás bien así? ¿Quieres que Domingos te traiga un coñac con soda? ¿No? Bueno, pues escúchame, te lo voy a contar todo...

Era toda su vida lo que ella quería contarle. Incluso había pensado en escribirle una larga carta, como en las novelas. Pero era mejor dedicar una mañana entera a charlar acurrucada a sus pies.

—Entonces ¿estás preparado?

Carlos esperaba, conmovido. Sabía que aquellos labios amados iban a confesarle cosas lancinantes para su corazón, amargas para su orgullo. Pero con la confianza de su vida entera, Carlos completaría la posesión de su persona: cuando conociera todo su pasado, sería más suya. Y en el fondo, la curiosidad le picaba enormemente, ardía en deseos de conocer aquellas revelaciones desgarradoras, humillantes.

—Sí, cuenta... Y luego lo olvidaremos todo para siempre. Pero ahora cuéntame... Dime, ¿dónde naciste?

Había nacido en Viena, pero recordaba muy poco de su infancia, no sabía casi nada de su padre, salvo que era muy noble y muy guapo. Había tenido una hermanita, que murió con dos años, y que se llamaba Heloisa. Más adelante, su madre, cuando ella era ya una muchacha, no soportaba que le preguntara sobre el pasado: decía que remover la memoria de las cosas antiguas era tan perjudicial como agitar una botella de vino viejo... De Viena apenas recordaba los parques con árboles, militares vestidos de blanco y una casa con muchos espejos y dorados, en la que se bailaba. Había temporadas que las pasaba a solas con su abuelo, un viejito triste y tímido, siempre sentado en algún rincón, que le contaba historias de barcos. Después habían ido a Inglaterra, pero sólo recordaba haber atravesado un fragor de muchas calles, en un día de lluvia, arrebujada en pieles, en las rodillas de un criado. Sus primeros recuerdos un poco más nítidos databan de París. Su madre ya era viuda, y llevaba luto por el abuelo. Y ella tenía un aya italiana, que la llevaba todas las mañanas, con un aro y una pelota, a los Campos Elíseos. Por la noche, solía ver a su madre descotada, en un cuarto lleno de satenes y luces. Y un hombre rubio, que siempre fumaba tumbado en los sofás, de vez en cuando le regalaba una muñeca, y la apodaba «Mademoiselle Triste Coeur», porque era muy seria. En fin, su madre la había enviado a un convento cercano a Tours, porque a su edad, a pesar de que cantaba al piano los valeses de *La Belle Hélène*, aún no sabía leer. Fue en los jardines del convento, que tenían unas lilas preciosas, donde su madre se separó de ella con muchas lágrimas, y a su lado aguardaba un sujeto muy grave, con los bigotes encerados, a quien la madre superiora hablaba con veneración.

Al principio su madre iba a verla todos los meses, y se quedaba en Tours dos o tres días. Le llevaba un montón de regalos, muñecas, bombones, pañuelos bordados, lujosos vestidos que la regla severa del convento le impedía usar. Daban paseos en

coche por los alrededores de Tours, y siempre les acompañaban oficiales a caballo, que escoltaban la calesa y tuteaban a su madre. En el convento, a las maestras, a la madre superiora, no les gustaban aquellas salidas, ni que su madre alterara la paz de los devotos corredores con sus risotadas y el ruido de sus sedas. Sin embargo parecían temerla. La llamaban «madame la comtesse». Su madre era muy amiga del general que comandaba en Tours, y visitaba al obispo. Monseñor, cuando iba al convento, le hacía una carantoña especial en la cara, y aludía risueñamente a *son excellente mère*. Luego su madre dejó de ir tan a menudo a Tours. Estuvo un año lejos, casi sin escribir, viajando por Alemania. Un día regresó, delgada y de luto, y se pasó toda la mañana abrazada a ella, llorando.

Pero a la siguiente visita apareció rejuvenecida, más brillante, más ligera, con dos grandes galgos blancos, anunciando una peregrinación romántica a Tierra Santa y al remoto Oriente. Ella tenía por aquel entonces dieciséis años, y por su aplicación, por sus maneras graves y dulces, se había ganado el afecto de la madre superiora, que de vez en cuando, mirándola con tristeza, acariciándole el pelo peinado en dos trenzas, según exigía la regla, le manifestaba su deseo de tenerla siempre a su lado. *Le monde*, le decía, *ne vous sera bon à rien, mon enfant...* Un buen día, sin embargo, se presentó para llevarla a París con su madre una tal madame de Chavigny, una aristócrata pobre, de rizos canos, la viva estampa de la severidad y la virtud.

¡Lo que lloró al abandonar el convento! ¡Y aún hubiera llorado más de saber lo que le aguardaba en París!

La casa de su madre, en el parque Monceau, era en realidad una casa de juego, pero revestida de un lujo serio y fino. Los criados vestían medias de seda. Los invitados, grandes nombres de la nobleza de Francia, conversaban acerca de las carreras, las Tullerías, los discursos del Senado. Pero pronto se pasaba a las mesas de juego, una distracción mucho más picante. Ella se recogía siempre a las diez. Por la mañana temprano, madame de Chavigny, que había pasado a ser su dama de compañía, la llevaba al Bois en un *coupé* oscuro de *douairière*. Pero poco a poco todo aquel rumbo comenzó a resquebrajarse. Su pobre madre cayó bajo el yugo de un tal monsieur de Trévernes, hombre peligroso por la seducción de su persona y por una absoluta falta de honor y buen juicio. La casa se deslizó rápidamente hacia una bohemia grisácea y ruidosa. Cuando ella madrugaba, según sus hábitos saludables del convento, encontraba paletós de caballero por encima de los sofás, y en el mármol de las consolas las colillas de los cigarros nadaban en charcos de champán. Y en algún cuarto más recogido, aún tintineaba el dinero de un bacarrá tallado a la luz del día. Luego, una noche, estando ella en la cama, sintió de repente gritos, gente bajando en desbandada la escalera. Halló a su madre desmayada en la alfombra. Ella le dijo más tarde, hecha un mar de lágrimas, «que había ocurrido una desgracia»...

Se mudaron entonces a un tercer piso de la Chaussée d'Antin, y por allí empezó a

desfilar gente desconocida y sospechosa. Eran valacos de enormes bigotes, peruanos con diamantes falsos, condes romanos que escondían bajo las mangas los puños sucios de sus camisas... De vez en cuando, mezclado con aquella chusma, aparecía algún *gentleman*, que no se desprendía de su paletó, como si estuviera en un café-cantante. Uno de aquéllos fue un irlandés, muy joven, Mac Gren... Madame de Chavigny las dejó al tiempo que desapareció el *coupé* severo, acolchado de satén. Y ella, a solas con su madre, insensiblemente, fatalmente, fue participando de aquella vida trasnochadora de grog y bacarrá.

Su madre llamaba a Mac Gren el «bebé». Lo cierto es que era una criatura atolondrada y feliz. Se enamoró de su madre a primera vista, con el ardor, con la efusión y el ímpetu de un irlandés. Prometió hacerla su esposa tan pronto se emancipase, porque Mac Gren, menor de edad aún, vivía sobre todo de la liberalidad de una abuela rica y excéntrica que le adoraba, y que residía en una vasta finca de la Provenza con fieras enjauladas... Y al mismo tiempo, Mac Gren la empujaba a ella sin cesar a fugarse con él, desesperado de verla entre aquellos valacos que apestaban a ginebra. Su deseo era llevarla a Fontainebleau, a un *cottage* con enredaderas del que siempre hablaba, a esperar allí tranquilamente la mayoría de edad, que le reportaría dos mil libras de renta. Era sin duda una situación falsa, pero preferible a permanecer en aquel medio depravado y brutal, en el que a cada instante se sonrojaba... En aquella época su madre parecía estar perdiendo el juicio, tenía los nervios alterados, se comportaba irresponsablemente. Las dificultades cada vez mayores la desquiciaban, se peleaba con las criadas, bebía champán *pour s'étoudir*. Había empeñado sus joyas para satisfacer las exigencias de monsieur de Trévernes, y casi todos los días lloraba de celos. Finalmente se produjo un embargo, y una noche hubieron de meter aprisa la ropa en una maleta e irse a dormir a un hotel. Y lo peor, lo peor de todo, era que monsieur de Trévernes comenzaba a mirarla a ella de un modo que la asustaba...

—¡Mi pobre Maria! —murmuró Carlos, pálido, cogiéndole las manos.

Ella tuvo un breve sofoco, con el rostro apoyado en las rodillas de Carlos. Luego, limpiándose las lágrimas que le empañaban los ojos, dijo:

—Ahí están las cartas de Mac Gren, en ese cofre... Las he guardado para justificarme, si es que es posible... En todas me pide que vaya a Fontainebleau, me llama su esposa. Me promete que en cuanto estemos juntos iremos a arrodillarnos a los pies de su abuela, a obtener su indulgencia... ¡Mil promesas! Era sincero... ¿Qué quieres que te diga? Una buena mañana mi madre se fue a Badén con aquella gentuza. Me quedé sola en París, en un hotel. Me aterrorizaba que pudiera aparecer Trévernes... ¡Estaba sola! Tan trastornada me hallaba, que hasta pensé en comprarme un revólver... Pero quien se presentó allí fue Mac Gren.

Se marchó con él, pero sin precipitación, como si fuera su esposa, llevándose

todas las maletas. Su madre, de vuelta de Badén, corrió a Fontainebleau, enloquecida y trágica. Maldijo a Mac Gren, le amenazó con la prisión de Mazas, intentó abofetearle y se echó a llorar. Mac Gren, como un bebé, llorando también, se abrazó a ella. Su madre acabó por estrecharlos contra su corazón, arrepentida, perdonándoles todo, llamándoles «hijos de su alma». Pasó el día en Fontainebleau, radiante, contando «la juerga de Badén», haciendo planes para instalarse ella también allí, en un *cottage*, para estar cerca de ellos y ser una abuela feliz, noble y tranquila... Era en mayo. Mac Gren, por la noche, encendió unas girándulas en el jardín.

Fue el comienzo de un año fácil, sin sobresaltos. Su único deseo era que su madre viviera con ellos sosegadamente. Ante aquellas súplicas, su madre se quedaba pensativa y decía: «Tienes razón, ¡ya veremos!». Después se hundía de nuevo en el torbellino de París, de donde resurgía una mañana, en un fiacre, maldormida y apurada, con un estupendo abrigo sobre una falda vieja, a pedirle cien francos... Por fin nació Rosa. Desde entonces todo su afán fue legitimar aquella unión. Pero Mac Gren lo iba dejando, irreflexivamente, con un miedo pueril a su abuela. ¡Era un auténtico crío! ¡Dedicaba las mañanas a cazar pájaros con liga! Y además era terriblemente terco: ella poco a poco le fue perdiendo el respeto. A comienzos de la primavera, su madre se presentó en Fontainebleau con sus maletas, derrotada, asqueada del mundo. Había roto al fin con Trévernes. Pero no tardó mucho en consolarse: empezó a obsequiar a Mac Gren con tal efusión de caricias, le parecía tan guapo, que la situación era embarazosa. Los dos se pasaban el día tomando copitas de coñac y jugando a la béciga.

De pronto estalló la guerra con Prusia^[137]. Pese a las súplicas de ella, Mac Gren, entusiasmado, corrió a alistarse en el batallón de zuavos de Charette. Su abuela aprobó aquel rasgo de amor a Francia, y le envió, en una carta en verso en la que ensalzaba a Juana de Arco, una buena cantidad de dinero. Por aquella época Rosa tuvo el garrotillo. Y ella, que no se despegaba de su lecho, no prestaba atención a las noticias de la guerra. Algo sabía, confusamente, de las primeras batallas perdidas en la frontera. Una mañana su madre irrumpió en su cuarto, estupefacta, en camisa: ¡el ejército había capitulado en Sedan, el emperador estaba preso! «¡Es el fin de todo, es el fin de todo!», decía su madre aterrorizada. Se fue a París en busca de noticias de Mac Gren. En la rue Royale, hubo de refugiarse en un portalón, arrollada por la turbamulta delirante, que cantaba «La Marsellesa» en torno a un coche en el que iba, más pálido que la cera, un individuo con un *cache-nez* carmesí al cuello. Un sujeto que estaba a su lado le dijo que el pueblo se había plantado en la prisión en busca de Rochefort^[138] y había proclamado la República.

Pero no averiguó nada acerca de Mac Gren. Comenzaron entonces unos días de continuo sobresalto. Por fortuna Rosa se iba reponiendo. Pero su pobre madre daba pena, envejecida de pronto, sombría, postrada en una silla, murmurando a duras

penas: «¡Es el fin de todo, es el fin de todo!». Y lo cierto es que parecía el final de Francia. Cada día se perdía una batalla; regimientos presos, apiñados en vagones de ganado, internados a todo vapor en los presidios de Alemania; los prusianos marchando sobre París... No podían quedarse en Fontainebleau, el duro invierno se echaba encima. Con lo que vendieron aprisa y el dinero que Mac Gren había dejado, se fueron a Londres.

Fue una exigencia de su madre. En Londres, desorientada en aquella ciudad enorme y extraña, enferma ella también, se dejó llevar por las bobadas de su madre. Alquilaron una casa amueblada, muy cara, en una zona lujosa, cerca de Mayfair. Su madre hablaba de congregar allí la resistencia del bonapartismo refugiado, aunque en el fondo la infeliz pensaba en montar una nueva casa de juego. ¡Pero los tiempos habían cambiado mucho!... Los imperialistas, sin imperio, no jugaban ya al bacarrá. Y ellas, sin rendimientos, gastando sin parar, con aquella casa tan cara, con tres criados y unas cuentas descomunales, no tardaron mucho en hallarse con un billete de cinco libras al fondo de un cajón. Y Mac Gren en París, sitiado por medio millón de prusianos. Tuvieron que vender todas las joyas, los vestidos, hasta los abrigos. Alquilaron en el barrio pobre del Soho tres cuartos mal amueblados. Era el *lodging* londinense en toda su cochambre, su solitaria tristeza: por todo servicio, una criadita mugrienta como un trapo; en la chimenea, unos cuantos carbones húmedos que apenas tiraban; y para cenar, un poco de carnero frío y cerveza de la esquina. Llegaron al punto de no poder pagar ni el escaso chelín del *lodging*. Su madre no salía del catre, enferma, derrumbada, llorosa. A veces, al anochecer, escondida en un *waterproof* ella iba a empeñar hatillos de ropa (incluso ropa blanca, incluso camisas) para que al menos no le faltara a Rosa su taza de leche. Las cartas que su madre escribía a antiguos compañeros de cenas en la Maison d'Or quedaban sin respuesta; otras adjuntaban, envuelta en un trozo de papel, media libra que tenía el pavoroso sabor de la limosna. Una noche, un sábado de mucha niebla, yendo a empeñar una bata de encaje de su madre, se perdió, estuvo vagando por el vasto Londres en una tiniebla amarillenta, tiritando de frío, casi con hambre, perseguida por dos brutos que apestaban a alcohol. Para huir de ellos se metió en un *cab* que la llevó a casa. Pero no tenía un *penny* para pagar al cochero, y la patrona roncaba en su tabuco, bebida. El hombre refunfuñó. Ella, desalentada, se echó a llorar allí mismo. Entonces el cochero bajó del pescante, conmovido, y se ofreció a llevarla gratis a la casa de empeños, donde harían cuentas. A la postre el buen hombre sólo aceptó un chelín, y dando por hecho que era francesa gruñó algunas blasfemias contra los prusianos, y hasta se empeñó en ofrecerle una bebida.

Ella buscaba cualquier ocupación: costura, bordados, traducciones, copias de manuscritos... Pero no encontraba nada. En aquel duro invierno el trabajo escaseaba en Londres, había una multitud de franceses, pobres como ella, luchando por el pan...

Su madre no cesaba de llorar. Aunque había algo peor que sus lágrimas: sus constantes alusiones a lo fácil que era en Londres tener dinero, comodidades y lujo cuando una es joven y bonita.

—¿Qué te parece mi vida, amor mío? —le preguntó Maria Eduarda a Carlos, apretándole las manos amargamente.

Carlos la besó en silencio, con los ojos humedecidos.

—Al final todo pasó —prosiguió Maria Eduarda—. Se restableció la paz, el cerco se acabó. París de nuevo estaba abierto... La única dificultad era volver.

—¿Cómo volviste?

Un día, casualmente, en Regent Street, se encontró con un amigo de Mac Gren, otro irlandés, que a menudo había cenado con ellos en Fontainebleau. Fue a verlas al Soho, y ante aquella miseria, ante aquel té aguado y los huesos de carnero recalentado en cuatro brasas agonizantes, comenzó, como buen irlandés, por maldecir al gobierno de Inglaterra y jurar sangrienta venganza. Luego les ofreció, con labios ya temblorosos, toda su dedicación. Él también estaba pasando estrecheces. Pero era irlandés. Y partió generosamente, dispuesto a valerse de todas sus mañas, en busca por todo Londres del poco dinero que necesitaban para regresar a Francia. Y aquella misma noche estaba de vuelta, derregado y triunfante, blandiendo tres billetes de banco y una botella de champán. Cuando su madre, tras tantos meses a té, vio la botella de Clicquot con su capuchón de oro, casi se desmaya de puro enternecimiento. Lieron un hatillo con los cuatro trapos que les quedaban. Al irse, en la estación de Charing Cross, el irlandés hizo un aparte con ella, y atragantándose, retorciéndose los bigotes, le dijo que Mac Gren había muerto en la batalla de Saint-Privat.

—Para qué contarte el resto. En París volví a buscar trabajo. Pero aún reinaba la confusión... Casi de inmediato vino la Comuna. Puedes creer que muchas veces pasamos hambre. Pero al menos habíamos dejado atrás Londres, el invierno y el exilio. Estábamos en París, sufríamos en compañía de amigos de otros tiempos. Ya la cosa no parecía tan terrible... Con tantas privaciones, Rosa estaba bastante desmejorada... Era un suplicio verla pálida, tristonra, mal vestida, encerrada en una buhardilla... Mi madre había comenzado a quejarse ya de la dolencia de corazón que luego la mataría... Los trabajos que yo iba encontrando, mal pagados, apenas nos daban para el alquiler de la casa y para no morir por completo de necesidad... Me puse mala, de ansiedad, de desesperación... Pero seguí luchando. Mi madre daba lástima. Y Rosa necesitaba otro régimen, buen aire, cierto bienestar... Conocí a Castro Gomes en casa de una antigua amiga de mamá, que no había perdido nada ni con la guerra ni con los prusianos, y que daba trabajos de costura... El resto ya lo sabes... Casi ni lo recuerdo... Me dejé llevar... A veces veía a la pobre Rosa arrebujada en un mantón, muy quietecita tras haber rebañado su magro tazón de sopas, aún con hambre.

No pudo seguir. Rompió a llorar sobre las rodillas de Carlos. Y él, emocionado, sólo acertó a decir, acariciándole el pelo con manos trémulas, que muy pronto se resarciría de todas las miserias pasadas...

—Escúchame aún —murmuró ella limpiándose las lágrimas—. Hay una cosa más que quiero decirte. Es la santa verdad, ¡te lo juro por el alma de Rosa! En las dos relaciones que he tenido, mi corazón siempre ha estado aletargado... Nunca he sentido nada, nunca he deseado nada hasta el momento en que te vi... Y aún hay otra cosa que quiero decirte...

Ruborizada, vaciló unos instantes. Rodeó a Carlos con sus brazos, colgándose de él, hundió sus ojos en los suyos. Y en voz más baja, balbució la confesión final, absoluta, de todo su ser:

—Además del corazón, mi cuerpo siempre ha permanecido frío, frío como el mármol...

Él la estrechó arrebatadamente, y sus labios se unieron largo rato, en silencio, completando, con una emoción nueva y casi virginal, la perfecta comunión de las almas.

Días más tarde, Carlos y Ega rodaban en una victoria por la carretera de Oliváis, camino de la Toca.

Durante toda la mañana, en el Ramalhete, Carlos le había contado a Ega el terrible impulso pasional que le había lanzado de nuevo y para siempre, como esposo, en brazos de Maria. Como su confianza en Ega era absoluta, le reveló en detalle toda la historia de ella, dolorosa y santificadora. Luego, cuando ya el calor había cedido, propuso que fueran a cenar a la Toca. Ega se dio una vuelta por el cuarto, dudando. Por fin se puso a pasarse despacio un cepillo por el paletó, murmurando como durante las largas confidencias de Carlos: «¡Es prodigioso!... ¡Qué extraña cosa la vida!».

Y ahora, por la carretera, con la dulce brisa del río, Carlos hablaba aún de Maria, de la vida en la Toca, dejando escapar de su corazón muy lleno el interminable cántico de su felicidad.

—¡Créeme, Egazinho, conozco casi la felicidad perfecta!

—¿Y en la Toca nadie sabe nada?

Nadie —excepto Melanie, la confidente— sospechaba la profunda alteración de sus relaciones. Y habían decidido que a Miss Sara y a Domingos, primeros testigos de su amistad, les recompensarían regiamente y les despedirían cuando a finales de octubre se fueran a Italia.

—Entonces ¿os vais a casar en Roma?...

—Sí... En cualquier lugar en que haya un altar y una estola... Cosas que en Italia no faltan... Pero es ahí, Ega, donde surge la espina que empaña esta felicidad. Por

eso he dicho que es «casi» perfecta. La terrible espina: ¡mi abuelo!

—Es cierto, el viejo Afonso. ¿No has pensado en cómo le vas a dar a conocer la cosa?...

Carlos no sabía. Lo que sí tenía claro era que le faltaba valor para decirle: «Abuelo, esta mujer con la que voy a casarme ha cometido estos errores»... Además, le había estado dando vueltas al asunto, y semejante confesión no serviría de nada: su abuelo nunca comprendería los motivos arduos, fatales, ineludibles, que habían determinado los actos de Maria. Si le contara todo con sus crudos detalles, vería en ello una novela confusa y frágil, antipática a su naturaleza fuerte y cándida. La fealdad de las faltas de Maria se antepondría a todo lo demás, le impediría apreciar serenamente el cariz irresistible de las causas. Para comprender un caso como aquél, el de un carácter noble atrapado en una implacable red de fatalidades, haría falta un espíritu más dúctil, más mundano que el de su abuelo... El viejo Afonso era un bloque de granito: no cabía esperar de él los sutiles distinguos de un casuista moderno. La existencia de Maria se resumiría para él en un único hecho tangible: había caído sucesivamente en brazos de dos hombres. Ante lo cual el viejo asumiría su papel de jefe de familia. ¿Para qué confesarle unos hechos que, era inevitable, originarían un conflicto de sentimientos, una irreparable escisión doméstica?...

—¿No crees, Ega?

—Habla más bajo, el cochero...

—No entiende bien el portugués, sobre todo nuestro estilo... ¿No crees?

Ega se raspaba un fósforo tras otro en la suela del zapato, intentando encenderse un puro:

—Sí, el viejo Afonso es granítico... —rezongó.

Por eso Carlos había concebido otro plan, más sagaz: consistía en esconder al abuelo el pasado de Maria, y hacer que la conociera. Ellos se casaban en secreto en Italia. Regresaban a Lisboa: ella a la Rua de São Francisco, él, filialmente, al Ramallete. Después Carlos llevaba a su abuelo a casa de su buena amiga madame de Mac Gren, a la que había conocido en Italia. El resto lo harían los encantos de Maria, las gracias de su espíritu delicado y serio, las cenas perfectas, las ideas justas, Chopin, Beethoven, etc. Y para completar la conquista de quien con tanta ternura adoraba a los niños, allí estaba Rosa... En fin, que cuando su abuelo estuviera enamorado de Maria, de la pequeña, de todo, entonces, una buena mañana, le diría con franqueza: «Esta criatura superior y adorable tuvo un desliz en su pasado, pero yo me he casado con ella. Y teniendo en cuenta cómo es, ¿no he hecho bien, pese a todo, en elegirla como esposa?». Su abuelo, ante la terrible contundencia del hecho consumado, defendiendo a Maria con toda su indulgencia de viejo enternecido, sería el primero en pensar que aquel casamiento tal vez no fuese el mejor según las reglas del mundo, pero que lo era a buen seguro según las del corazón...

—¿No crees, Ega?

Ega, absorto, sacudía la ceniza de su cigarro. Pensaba que Carlos, en resumidas cuentas, adoptaba con su abuelo la misma complicada estrategia que Maria Eduarda había adoptado con él, y que imitaba sin saberlo los sutiles razonamientos de ella.

—Y ahí se acabaría el asunto —continuaba Carlos—. Si mi abuelo, indulgente, lo aceptaba todo, ¡estupendo! Dábamós una gran fiesta en el Ramalhete... Si no, ¡muy bien también! Cada cual haría su vida, ambos encarnando el carácter superior de dos cosas excelentes: su abuelo las tradiciones de la sangre, él los derechos del corazón.

Y viendo a Ega aún silencioso, le preguntó:

—¿Qué te parece? Dime. Te veo un poco falto de ideas...

Ega sacudió la cabeza, como despertándose.

—¿Quieres que te diga lo que pienso, francamente? ¡Qué diablos, somos dos hombres hablando como hombres!... Verás: tu abuelo tiene casi ochenta años, tú tienes veintisiete, año arriba año abajo... Es doloroso decirlo, nadie lo dice con más dolor que yo, pero tu abuelo tiene que morir... Pues bien, espera hasta entonces. No te cases. Imagina que ella tuviese un padre muy mayor, tozudo y maniático, que detestara al señor Carlos da Maia y su barba picuda. Espérate: sigue yendo a la Toca en el coche del «Mulato», y deja que tu abuelo acabe en paz su vejez, sin desilusiones ni disgustos...

Carlos se retorció el bigote, mudo, repantingado en la victoria. ¡En todos aquellos días de inquietas cábalas no se le había pasado por la cabeza nada tan sensato, tan fácil! ¡Sí, bastaba con esperar! ¡Su deber era ahorrarle al abuelo aquel dolor!... Maria, como mujer que era, deseaba ansiosamente la conversión del amante en marido por obra de los lazos de la estola, que todo lo purifica y que une de por vida. Pero ella misma preferiría que su consagración legal no fuese precipitada, clandestina... Era tan recta y generosa, que comprendería su suprema obligación de no mortificar a aquel viejo venerable. Por lo demás, ¿no contaba ella con su lealtad, sólida y pura como un diamante? Tenía su palabra: desde ese preciso momento estaban casados, no ante el sagrario y en los registros de la sacristía, sino ante el honor y por la inquebrantable comunión de sus corazones...

—¡Tienes razón! —gritó por fin, palmeando a Ega en la rodilla—. ¡Tienes toda la razón del mundo! ¡Es una idea genial! Lo mejor es esperar... Pero ¿qué voy a hacer mientras espero?

—¿Cómo que qué vas a hacer? —terció Ega riéndose—. ¡Qué demonios! ¡Eso no es asunto mío!

Y más serio:

—Mientras esperas, tienes ese vil metal que torna noble la existencia. Instala a tu mujer, porque desde hoy es tu mujer, aquí en Oliváis o en otra parte, con el buen gusto, las comodidades y la dignidad que corresponden a tu mujer... ¡Y déjate llevar!

Nada impide que hagáis ese viaje nupcial a Italia... Luego regresas y te sigues fumando tu *cigarette* y te sigues dejando llevar... Es lo que dicta el buen sentido: no otra cosa haría el gran Sancho Panza... ¿Qué demonios llevas ahí que huele tan bien?

—Una piña... Pues sí, querido mío: esperar, dejarme llevar... ¡Es una idea!

¡Una idea! Y la más grata al temperamento de Carlos. ¿A cuento de qué iba a enredarse en una maraña de amarguras domésticas? ¿Sólo por un exceso de caballerosidad romántica? Maria confiaba en él, era rico, era joven; el mundo se abría ante ellos, fácil e indulgente. No tenía más que dejarse llevar.

—¡Tienes razón, Ega! Maria será la primera en ver el sentido común y la oportunidad de esta elección. Me da un poco de pena retrasar la instalación de mi vida, de mi *home*. Pero ¡no se hable más! Lo primero es que el abuelo sea feliz... Y para celebrar el advenimiento de esta resolución, ¡Dios quiera que Maria haya hecho una buena cena!

Ya estaban cerca de la Toca. Ega temía el primer encuentro con Maria Eduarda. Le incomodaba la turbación, el rubor que a buen seguro ella no lograría ocultar, ya que como confidente de Carlos él estaba al tanto de su vida, de sus miserias, de sus relaciones con Castro Gomes. Por eso había dudado en acudir a la Toca. Pero si no la conocía, acentuaría de un modo casi ofensivo su caritativa intención de no herir su pudor... Por eso se había decidido a «zambullirse». ¿Quién sino él debía ser el primero en estrechar la mano de la mujer de Carlos?... Y además, ¡sentía una infinita curiosidad por ver en su casa, en su comedor, a aquella criatura tan bella, que tenía una gracia de diosa moderna! Pero se apeó de la victoria muy azorado.

Todo se desarrolló con una facilidad risueña. Maria estaba bordando, sentada en los peldaños del jardín. Y sí, se sobresaltó, se sonrojó toda al avistar a Ega, que buscaba atropelladamente su monóculo. Se saludaron con un apretón de manos tímido y mudo. Pero Carlos, alegremente, desenvolvió la piña, y la común admiración que suscitó aquella fruta acabó con el constreñimiento:

—¡Oh, es magnífica!

—¡Qué color, qué lujo de tonalidades!

—¡Y qué aroma! Ha venido perfumando toda la carretera.

Ega no había vuelto a la Toca desde la noche fatal de la *soirée* de los Cohen, en que tanto había bebido y delirado. Le recordó a Carlos el viaje en la vieja tartana, bajo un diluvio, el grog de Craft, el pavo de la cena...

—En esta casa, señora, yo he sufrido mucho vestido de Mefistófeles...

—¿Por culpa de Margarita?

—¿Por quién se ha de sufrir en este mundo de pasiones sino por Margarita o por Fausto?

Pero Carlos quiso que Ega admirara las mejoras de la Toca. Y Maria, ya con toda familiaridad, le condujo a través de las salas, lamentando que visitase la Toca al final

del verano, cuando ya no había flores. Ega se extasió ruidosamente ante todo lo que veía. ¡La Toca había perdido por fin su aire gélido y triste de museo! ¡Ya se podía allí charlar a gusto!

—¡Ega es un bárbaro, Maria! —exclamaba Carlos radiante—. ¡Le horroriza el arte! Es un ibero, un semita...

¿Un semita? ¡Ega blasonaba de ser un luminoso ario! Por eso no podría vivir en una casa en la que cada silla tuviera la solemnidad cariacontecida de un antepasado con peluca...

—Pero —objetaba Maria riéndose— todas estas preciosidades del siglo dieciocho sugieren más bien la ligereza, el ingenio, la gracia de las maneras...

—¿Usted cree? —terció Ega—. A mí todos estos dorados, todos estos rameados, estos rococós, me sugieren una vivacidad atolondrada y pretenciosa... ¡No! ¡Nosotros vivimos en una democracia! Y no hay nada para expresar la alegría simple y bonachona de la democracia como unos cómodos butacones de cuero y la caoba barnizada...

Así, con una risueña y liviana conversación sobre mobiliario, bajaron al jardín.

Miss Sara se paseaba por entre los setos de boj, los ojos gachos, con un libro cerrado en la mano. Ega, que sabía de sus ardores nocturnos, la observó ávidamente a través del monóculo. Y mientras Maria se ocupaba en cortar un geranio, le expresó a Carlos, con un gesto mudo, su admiración por aquella boquita de grosella, aquel seno redondo de tórtola ahíta... Luego, al fondo, junto al cenador, se encontraron con Rosa, que se estaba columpiando. Ega pareció deslumbrado con su belleza, su frescura de camelia blanca. Le pidió un beso. Ella le exigió primero, muy seria, que se quitara el cristal del ojo.

—Pero ¡si es para verte mejor!

—Entonces ¿por qué no llevas uno en cada ojo? Así sólo me ves a medias...

—¡Encantadora, encantadora! —murmuraba Ega.

Pero en el fondo le pareció redicha y descarada. Maria resplandecía de gozo.

La cena ensanchó más aquella intimidad risueña. Carlos, en la sopa, dijo, hablando del campo y de un chalet que quería construirse en Sintra, en los Capuchos, «cuando nos casemos». Y Ega se refirió a ese futuro del modo más grato al corazón de Maria. ¡Ahora que Carlos se iba a asentar para siempre en una felicidad estable, era el momento de trabajar! Sacó a colación su vieja idea de un cenáculo, representado por una revista que llevara la voz cantante de la literatura, educase el gusto, elevase el nivel político, hiciera civilización, una revista que remozara el carcomido Portugal... Carlos, por su espíritu, por su fortuna (hasta por su figura, añadía Ega riéndose) debía asumir la dirección de un movimiento así. ¡Y qué profunda alegría le daría al viejo Afonso da Maia!

Maria escuchaba atenta y seria. Comprendía muy bien hasta qué punto Carlos,

por medio de una vida dedicada a la inteligencia y a la actividad, rehabilitaría supremamente aquella unión, a la que se atribuiría una influencia fecunda y purificadora.

—¡Tiene razón, tiene mucha razón! —exclamaba ella toda ardorosa.

—Y eso sin tener en cuenta —añadía Ega— que el país nos necesita. Porque como muy bien dice nuestro querido e imbecilísimo Gouvarinho, ¡el país está sin personal!... ¿Y cómo ha de tenerlo si nosotros, los que tenemos aptitudes, nos dedicamos a gobernar nuestros *dog-carts* y a escribir la vida íntima de los átomos? ¡Soy yo, señora, soy yo el que está escribiendo la biografía de un átomo!... A la postre todo este diletantismo es absurdo. Clamamos en cafés y libros que el país es una pocilga. Pero ¡qué diablos! ¿Por qué no trabajamos para que renazca, para rehacerlo a nuestro gusto y según el molde perfecto de nuestras ideas?... Usted, mi querida señora, no conoce este país. ¡Es admirable! Es un poco de cera inerte de primera calidad. La cuestión es quién la moldea. Hasta la fecha ha estado en manos brutales, banales, toscas, mezquinas, rutinarias... Es necesario ponerla en nuestras manos, manos de artistas. ¡Nosotros haremos de esto un *bijou*!...

Carlos se reía, preparando en una fuente la piña con zumo de naranja y vino de Madeira. Pero a Maria no le parecía bien que se riera. La idea de Ega se le antojaba superior, inspirada por un alto deber. Casi le remordía la conciencia, decía, la molicie en que vivía Carlos. Y ahora que iba a disponer de un afecto sereno, quería verle trabajar, que se hiciera notar, que tuviese influencia...

—Así es —dijo Ega recostándose, sonriente— la vida novelesca se ha acabado. Ahora...

Pero Domingos servía la piña. Ega la probó y prorrumpió en exclamaciones de admiración. ¡Qué maravilla! ¡Qué delicia!

—¿Cómo la haces? ¿Con madeira?...

—¡Y con genio! —exclamó Carlos—. Delicioso, ¿no es cierto? ¿Sería yo capaz de hacer algo mejor por la civilización que esta piña? ¡Es para estas cosas para las que yo vivo! Yo no he nacido para hacer civilización...

—¡No, tú has nacido —terció Ega— para recoger las flores de esa planta llamada civilización, que los demás riegan con el sudor de su frente! Y en el fondo, yo también...

¡No, no! ¡Maria no quería que hablasen de aquel modo!

—Con palabras así es como se estropea todo. En lugar de corromper a Carlos, lo que usted debería hacer es inspirarle...

Ega protestó, con una lánguida caída de ojos. Si Carlos necesitaba una musa inspiradora y benéfica, no podía ser él, un tipo con barbas y bachiller en leyes... La musa estaba *toute trouvée*!....

—¡Ah sí!... ¡Cuántas páginas hermosas, cuántas nobles ideas no saldrán de un

paraíso como éste!...

Su gesto suave y acariciador abarcaba la Toca, la quietud de los árboles, la belleza de Maria. Luego, en el salón, mientras Maria tocaba un nocturno de Chopin y Carlos y él se acababan sus puros a la puerta del jardín, viendo salir la luna, Ega confesó que desde el inicio de la cena ¡le habían entrado ganas de casarse!... Realmente no había nada como el matrimonio, el calor del hogar, el «nido de amor»...

—Cuando pienso —murmuró mordiendo sombríamente su puro— que le he dedicado todo un año de mi vida a esa israelita disoluta a la que le gusta que la zurren...

—¿A qué se dedica en Sintra? —preguntó Carlos.

—Se refocila en la crápula más absoluta. Ya no hay la menor duda de que le entrega su corazón a Dâmaso... Y tú bien sabes lo que en estos casos significa el término «corazón»... ¿Has visto inmundicia semejante? ¡Es simplemente obscena!

—Y tú la adoras —dijo Carlos.

Ega no respondió. Luego, adentro, a merced de un odio repentino a la bohemia y al romanticismo, entonó sonoros loores a la familia, al trabajo, a los altos deberes humanos, todo ello bebiendo copitas de coñac. A medianoche, cuando se iba, tropezó dos veces en la avenida de acacias, bebido, citando a Proudhon. Y cuando Carlos le ayudó a subirse a la victoria, que quiso descubierta para hacer el trayecto en comunicación con la luna, Ega aún le cogió del brazo y le habló de la revista, de un fuerte viento de espiritualidad y virtud viril que ellos abatirían sobre el país... Por fin, ya repantingado en el asiento, quitándose el sombrero bajo la noche estrellada, dijo:

—Y otra cosa, Carlinhos. A ver si me consigues a la inglesa... Esas pestañas bajas prometen vicios deliciosos... Anda, consíguemela... ¡Vamos cochero, adelante! ¡Caramba, qué hermosura de noche!

A Carlos le encantó aquella primera cena amistosa en la Toca. Su intención inicial había sido no presentar a Maria hasta que regresaran de Italia. Mas ahora la «unión legal» se había aplazado en su pensamiento, se le presentaba como algo remoto, envuelto en cierta vaguedad... Tal y como decía Ega, tenía que esperar, dejarse llevar... Pero entretanto, Maria y él no podían aislarse del mundo durante todo un largo invierno, prescindir del calor sociable de algunos amigos. Por eso una mañana, al encontrarse con Cruges, antiguo vecino de Maria, que le daba noticias de la «lady inglesa», le invitó a cenar a la Toca aquel domingo.

El maestro se presentó en un coche, al caer la tarde, con pajarita blanca y frac. Y al ver a Carlos y a Ega con trajes claros de campo, le asaltó un profundo malestar. Ante toda mujer que no fuese una Lola o una Concha, Cruges se amilanaba y enmudecía. Y Maria, «con su porte de *grande dame*», como él decía, le intimidó a tal punto que se quedó sin palabras, colorado como un tomate, retorciendo el forro de

sus bolsillos. Antes de cenar, a propuesta de Carlos, fueron a enseñarle la quinta. El pobre maestro, rozándose el frac mal cortado con los arbustos, se esforzaba ansioso en proferir algún elogio a «la belleza del lugar», pero inexplicablemente lo único que salía de su boca eran expresiones chabacanas: «¡Una vista de butén! ¡Pistonudo!», que un instante después le ponían furioso, le bañaban en sudores fríos, no pudiendo comprender cómo se escapaban de sus labios aquellas frases abominables, tan contrarias a su fino gusto de artista. Cuando se sentó a la mesa, se hallaba ya sumido en un negrísimo acceso de *spleen* y mudez. Ni con una discusión sobre Wagner y Verdi, provocada caritativamente por Maria para que él interviniera, se logró que despegara los labios. Carlos intentó que se sumara a la alegría general contando la escapada a Sintra, cuando él buscaba a Maria en el Lawrence y en vez de con ella dio con una matrona bigotuda, que llevaba un perrito bajo el brazo y le leía la cartilla a su marido en español. Pero a cada exclamación de Carlos —«¿Te acuerdas, Cruges?», «¿No es cierto, Cruges?»— el maestro, con un rubor subido, gruñía por toda respuesta un «sí» avaro. Acabó por estar allí, al lado de Maria, como un bulto fúnebre. Estropeó la cena.

Para después del café, se había pensado en un paseo en *break* por los alrededores. Ya Carlos había cogido las riendas y Maria acababa de abotonarse los guantes cuando Ega, temeroso del frío de la noche, saltó del *break* y corrió en busca de su paletó. En aquel momento sintieron un trote de caballo en la carretera, y apareció el marqués.

Fue una sorpresa para Carlos, que no le había visto en todo el verano. El marqués se detuvo, quitándose el sombrero hongo con un profundo saludo dirigido a Maria.

—¡Te hacía en Colega! —exclamó Carlos—. Al menos eso me había dicho Cruges... ¿Cuándo has vuelto?

La víspera. Y había ido al Ramalhete y lo había hallado desierto. Ahora se dirigía a Oliváis a ver a uno de los Vargas, que se había casado y estaba allí cerca pasando unos días...

—¿Cuál, el gordo, el de las carreras?

—No, el flaco, el de las regatas.

Carlos, inclinándose desde el pescante, examinaba la yegua del marqués, pequeña, de buena estampa, de un bayo oscuro muy bonito.

—¿Es nueva?

—Una jaquita de Darque... ¿Me la compras? Yo ya estoy un poco pesado para ella, y daría juego con un *dog-cart*...

—Da una vuelta.

El marqués dio la vuelta, muy tieso en la silla. A Carlos le pareció que tenía «buenas maneras». Maria murmuró: «Muy bonita, una cabeza muy fina». Entonces Carlos le presentó a madame Mac Gren al marqués de Sousela. Él se llegó con la yegua a la rueda del carruaje, destocado, extendiendo la mano. Y mientras regresaba

Ega, que se eternizaba adentro, charlaron del verano, de Santa Olávia, de Oliváis, de la Toca... ¡Hacía siglos que el marqués no visitaba la Toca! La última vez, había sido víctima de la excentricidad de Craft...

—Imagínese usted —le dijo a Maria Eduarda— que ese Craft me invita a almorzar. Vengo, y el jardinero me dice que el señor Craft, el criado y el cocinero, se han ido a Oporto. Pero que el señor Craft había dejado un escrito para mí en el salón... Entro y veo, colgada del cuello de un ídolo japonés, una hoja de papel en la que, más o menos, estaban escritas las siguientes palabras: «El dios Tchi tiene el honor de invitar al señor marqués, en nombre de su amo ausente, a pasar al comedor, donde en un aparador hallará queso y vino, que es almuerzo bastante para un hombre sano y fuerte». Y claro, fue eso lo que almorcé... Por no estar solo, lo compartí con el jardinero.

—¡Espero que se vengara! —exclamó Maria riéndose.

—Créalo, mi querida señora... Le invité a cenar, y cuando apareció, tras desplazarse desde aquí, desde la Toca, el portero le dijo que el señor marqués se había ido de viaje, muy lejos, y que no había en casa ni pan ni queso... Resultado: Craft me envió una docena de magníficas botellas de chambertin.

Y al dios Tchi no he vuelto a verlo.

Pues allí estaba el dios Tchi, obeso y repelente. Y Carlos, con toda naturalidad, le invitó a que aquella noche, de vuelta de casa de Vargas, se pasara a ver a su viejo amigo Tchi.

El marqués se presentó a las diez, y fue una velada encantadora. Enseguida logró acabar con la melancolía de Cruges, arrastrándole al piano con mano de hierro. Maria cantó. La conversación fue muy animada. Y aquel escondrijo de amor estuvo iluminado hasta tarde en su primera reunión de amigos.

Aquellas reuniones alegres fueron al principio, según decía Ega, *dominicales*. Pero ya empezaba a refrescar. Muy pronto los arboles de la Toca se quedaron sin hojas, y Carlos decidió que debían reunirse dos veces por semana, jueves y domingo, los antiguos días de asueto en la Universidad. Había descubierto a una admirable cocinera alsaciana, educada en las grandes tradiciones, que había servido al obispo de Estrasburgo, y que por obra de las extravagancias de su hijo y otras penalidades había acabado en Lisboa. Y además, Maria ponía en la composición de sus cenas una ciencia delicada.

Los días en que se cenaba en la Toca los consideraba el marqués «días de civilización».

La mesa resplandecía. Los tapices, que representaban frondosas arboledas, ponían en torno la sombra oscura de un retiro silvestre, en el que por un capricho se hubieran encendido candelabros de plata. Los vinos procedían de la valiosa bodega del Ramalhete. Se charlaba de todo lo humano y lo divino, excepto de «política

portuguesa», pues no era conversación decorosa entre personas de buen gusto.

Rosa aparecía a la hora del café, emanando de sus sonrisas, de sus bracitos desnudos, de sus vestidos blancos flotantes sobre las medias de seda negra, un aroma bueno de flor. El marqués la adoraba, se la disputaba a Ega, que se la había pedido en casamiento a Maria y hacía tiempo que le estaba componiendo un soneto. Ella prefería al marqués. Ega le parecía «muy...», y completaba su pensamiento con un gesto circular de su dedito en el aire, como diciendo que era «muy retorcido».

—¡Lo ven! —exclamaba él—. ¡Es porque soy más civilizado que el marqués! Lo simple no comprende a lo sofisticado.

—¡Infeliz! —exclamaba cualquiera—. ¡Es porque tú eres un ser libresco!... ¡Y la Naturaleza rechaza toda convención!...

Se bebía a la salud de Maria: ella sonreía, feliz junto a sus nuevos amigos, divinamente bella, casi siempre de oscuro, con un discreto escote que resaltaba el incomparable esplendor de su cuello.

Organizaron algunas solemnidades. Un domingo en que las campanas repicaban y a lo lejos los cohetes silbaban en el aire, Ega lamentó que sus austeros principios filosóficos le impidieran festejar también el santo del lugar, que a buen seguro había sido en vida un carcunda encantador, lleno de ilusiones y de dulzura... Pero, añadió, seguro que la batalla de las Termópilas se había librado en un día como aquél, fino y seco, bajo un enorme cielo soleado... Así que ¿por qué no habrían de tirar ellos una girándula de cohetes en honor de Leónidas y los Trescientos? Y se tiró la girándula por la eterna gloria de Esparta.

Celebraron otras fechas históricas. El aniversario del descubrimiento de la Venus de Milo se conmemoró con un globo aerostático que ardió. En otra ocasión, el marqués llevó desde Lisboa, apiñados en un coche, a unos cuantos fadistas famosos: «El Pintao», «El Renegrío», «El Gago». Y después de la cena, con la luna colgando sobre el río, cinco guitarras lloraron los ayes más tristes de los fados de Portugal.

Cuando se hallaban a solas, Carlos y Maria pasaban las mañanas en el quiosco japonés. Le habían cogido mucho gusto a aquel primer retiro de sus amores, pequeño y estrecho, en el que sus corazones latían más cerca. En lugar de las esteras de paja, Carlos lo había recubierto con sus hermosas colchas de la India, color oro y perla. Uno de sus mayores cuidados era embellecer la Toca: siempre llegaba de Lisboa con alguna figurilla de Saxe^[139], un marfil, una fayenza, como un novio feliz que perfecciona su nido de amor.

Maria, sin embargo, no cesaba de recordarle los planes intelectuales mencionados por Ega: quería que trabajase, que se hiciera un nombre. Nada la enorgullecería tanto, además de ser la alegría suprema de su abuelo. Por contentarla (más que por satisfacer sus propias necesidades espirituales) Carlos volvió a retomar sus artículos para la *Gazeta Médica*. Trabajaba en el quiosco, por la mañana. Había trasladado allí

sus borradores, el famoso manuscrito de *La medicina antigua y moderna*. Y le cogió gusto a estar allí, vestido con un ligero traje de seda, con sus cigarrillos al lado, rodeado del fresco murmullo de los pájaros, cincelando sus frases en compañía de Maria, que bordaba silenciosa. Sus ideas surgían con más originalidad, su forma ganaba en colorido en aquel estrecho quiosco satinado, que ella perfumaba con su presencia. Maria respetaba aquella dedicación como cosa noble y sagrada. De mañana, ella misma quitaba a los libros el polvo que se colaba por el ventano; disponía la resma de papel en blanco, cambiaba cuidadosamente las plumas. Y estaba bordando un almohadón de plumas y satén para que el trabajador se sintiera más cómodo en su vasto sillón de cuero repujado.

Un día, ella se ofreció a pasarle a limpio un artículo. Carlos, entusiasmado con su letra, casi comparable a la legendaria letra de Dâmaso, la ocupó desde entonces como copista, amando así más su trabajo gracias a aquella asociación. ¡Cuántos cuidados se tomaba ella! Empleaba para sus copias un papel especial, con suaves tonos de marfil. Y con un dedo en el aire iba desenredando, con la gracia delicada de un encaje, las gravosas consideraciones de Carlos acerca del Vitalismo y el Transformismo... Un beso era para ella la mejor paga.

A veces Carlos le daba clases a Rosa, ora de historia, que le presentaba bajo el aspecto de un cuento de hadas, ora de geografía, hablándole de las tierras en que viven los negros, de los ríos que fluyen por entre las ruinas de los santuarios. Aquello era para Maria el mayor de los placeres. Muda, seria, imbuida de una emoción religiosa, escuchaba cómo su amado ilustraba a su hija. Dejaba a un lado su trabajo, y el interés de Carlos, la embelesada atención de Rosa, que sentada a sus pies se bebía aquellas hermosas historias de Juana de Arco o de las carabelas que fueron a la India, empañaban sus ojos con una niebla de lágrimas felices...

Desde mediados de octubre, Afonso da Maia venía hablando de su marcha de Santa Olávia, retrasada por unas obras emprendidas en la parte vieja de la casa y en las cocheras. Y es que en aquellos últimos tiempos se había apoderado de él la pasión de edificar, decía que se sentía más joven en contacto con las maderas nuevas y el fuerte olor de las pinturas. Carlos y Maria también estaban pensando en dejar Oliváis. Carlos no podría, por sus deberes domésticos, permanecer allí una vez su abuelo regresara al Ramalhete. Además, aquel final de otoño se presentaba oscuro y destemplado, y la Toca no era ya un refugio bucólico, con el jardín deshojado y encharcado, la niebla cubriendo el río, y un único fuego en el gabinete de las cretonas, amén de la suntuosa chimenea del comedor, que cada vez que Domingos intentaba encenderla despedía, por entre los nubios con ojos de cristal, una horrible humareda.

Una de aquellas mañanas, Carlos, que se había quedado con Maria hasta tarde la

noche anterior, y que luego en su magro chamizo no había logrado dormir por culpa de una tromba de viento y agua desatada de madrugada, se levantó a las nueve y se presentó en la Toca. Las ventanas del cuarto de Maria aún estaban cerradas. Clareaba. Lavada, con los árboles casi desnudos, la quinta tenía en aquel aire fino y azul una bonita y silenciosa gracia invernal. Carlos se paseaba contemplando los tiestos de crisantemos, que florecían, cuando sonó la campanilla del portón. Era el cartero. Justamente días antes él había escrito a Cruges, preguntando si la casa de la Rua de São Francisco estaría disponible para los primeros fríos de diciembre. Esperando carta del maestro, fue a abrir, acompañado por «Niniche». Pero aquella mañana el correo consistía únicamente en una carta de Ega y dos periódicos precintados, uno para él, el otro para «Madame Castro Gomes, en la quinta del Sr. Craft, en Oliváis».

Caminando bajo las acacias, Carlos abrió la carta de Ega. Era de la víspera, fechada «por la noche, con prisas». Y decía: «Lee este trapo que adjunto, esa prosa superior que recuerda a Tácito. Pero no te asustes, he hecho desaparecer, mediante pecunia, toda la tirada, con excepción de dos ejemplares que han ido a la Toca y uno (¡oh lógica suprema de los hábitos constitucionales!) que se encamina a Palacio, al Jefe del Estado... Pero ése tampoco creo que llegue a destino. En cualquier caso, me imagino de qué estercolero habrá salido semejante inmundicia, por lo que necesitamos disponer providentemente. ¡Ven enseguida! ¡Te espero a las dos! Y como le decía Yago a Cassio, *mete dinero en la bolsa*».

Inquieto, Carlos rasgó el precinto. El periódico se llamaba *La corneta del Diablo*, y ya el mero papel, la mala calidad de la impresión, el uso abusivo de las itálicas, la tipografía empleada, anunciaban la bazofia y la bellaquería. En la primera página, dos cruces trazadas a lápiz marcaban un artículo. Una rápida ojeada le bastó a Carlos para comprobar que estaba salpicado con su nombre. Leyó lo siguiente: «—¿Cómo va eso, Maia, pimpollito? ¿Conque ya no te dejas caer por el consultorio ni tratas a los enfermos del barrio? —así es como ahora se saluda en el Chiado, a la puerta de la Casa Havanesa, a Maia, el Maia de los caballos ingleses, un tal Maia del Ramalhete, que va por ahí dándoselas de figurín. El padre Paulino, *que está a la que salta*, y que está *donde salta*, oyó la siguiente *cornetada*—: ¡Sólo al Maia se le podía ocurrir que *lo que más caliente* es vivir a las faldas de una brasileña casada, pero que ni es brasileña ni está casada, y a quien el muy primo ha puesto casa, por la parte de Oliváis, *para estarse al fresco*! ¡Hay cada uno!... Se cree el muy incauto que ha hecho una conquista, pero sus amigos se ríen de él a mandíbula batiente, porque lo que a la fulana le gusta no son sus lindos ojos, sino su *parné*... ¡El muy pánfilo, que va por ahí con sus potrancos ingleses que ni que fuese marqués, un verdadero marqués, se imagina que se está trajinando a una señora muy chic, de los bulevares de los Parises, casada y con título!... Y al final (¡es para desternillarse de risa!) al final se descubre que la tipa es una *cocotte* descarada, que ha llegado aquí con un brasileño

que, *harto de ella*, estaba decidido a endosársela a algún guapo mozo portugués... ¡Y le ha tocado la china a Maia! ¡Menudo mentecato! Pero nuestro pobre Maia ha llegado a los postres, porque la tipa, antes de pegarse a él, se había divertido de lo lindo, en la Rua de São Francisco, con un joven de lo mejorcito, que a su debido tiempo se la quitó de encima también, porque a él, como a nosotros, sólo le gusta *la española de armas tomar*. ¡Menudo lince este Maia! Pero que se prepare, porque ya está aquí el Diablo con su corneta, dispuesto a *cornetear* a lo largo y ancho del mundo las hazañas del *Maia de las conquistas*. ¡A sus pies, señor Maia!».

Carlos se quedó petrificado entre las acacias, con el periódico en la mano, víctima del asombro furioso y mudo de un hombre que acaba de recibir en pleno rostro un chorro de barro. No era siquiera la cólera de ver así su amor envilecido por la publicidad chulesca de un periodicucho sórdido: era el horror a aquella detestable jerigonza, rastrera, acanallada, tan propia de Lisboa, que le salpicaba fétidamente, como si fuera sebo, a él y a Maria y al esplendor de su pasión... Se sentía sucio. Y una sola idea se abría paso a través de su confusión: matar al canalla que había escrito aquello.

¡Matarle! ¡Ega había detenido la circulación de aquella hoja, así que conocía al foliculario! No importaba que aquellos ejemplares que tenía en la mano fuesen en realidad los únicos. Alguien le había echado barro a la cara. Que la injuria corriese las calles con profusa publicidad o se le arrojase a la cara en un ejemplar único, era lo mismo... Quien a tanto se atrevía ¡tenía que pagarlo!

Decidió ir de inmediato al Ramalhete. Domingos, en la ventana de la cocina, limpiaba la plata silbando. Cuando Carlos le dijo que fuera a buscar un coche a Oliváis, Domingos consultó el reloj:

—A las once tendrá usted en la puerta la calesa del «Bizco», que la señora ha reservado para ir a Lisboa.

Era cierto, Carlos recordó que la víspera Maria había planeado ir a Aline^[140] y a algunas librerías. ¡Una contrariedad, justamente aquel día en que él necesitaba estar libre, él y su bastón! Pero Melanie, que cruzaba en aquel momento con un aguamanil con agua caliente, le dijo que la señora aún no se había vestido, y que era posible que no fuese a Lisboa... Carlos siguió paseándose por la hierba, entre los nogales.

Se sentó por fin en el banco. Le quitó el precinto a la *Corneta* destinada a Maria, y releyó lentamente aquella prosa inmunda. En aquel ejemplar dirigido a ella, aquella jerigonza aún le pareció más ultrajante, intolerable, sólo punible con sangre. ¡Era monstruoso que se osara arrojar semejante inmundicia sobre una mujer inofensiva, que se estaba quieta en el silencio de su casa! Y su indignación se extendía del foliculario que todo lo manchaba con sus babas, a la sociedad que, en su descomposición, lo hacía posible. Porque todas las ciudades padecían procesos vermiculares... Pero sólo Lisboa, sólo la horrible Lisboa, con su podredumbre moral,

su bajeza social, su total falta de sentido común, de buen gusto, su cochambre moral y literaria, era capaz de producir algo como *La corneta del Diablo*.

Y en medio de aquella noble cólera de moralista, el dolor le iba atravesando, preciso, lacerante. Sí, toda la sociedad lisboeta, vista desde aquel rincón del mundo, no era más que un estercolero. Pero en suma, ¿había en el artículo de la *Corneta* alguna calumnia? No. Tan sólo hablaba del pasado de Maria, que ella había arrancado de sí como una camisa rota y sucia, y que él había enterrado en lo más hondo, cubriéndolo con su amor y su nombre, pero que alguien desenterraba para enseñarlo a las claras, con sus manchas y sus rasgones... Y que en adelante sería una continua amenaza para su vida, algo terrorífico siempre al acecho. En balde él la había perdonado, en balde había olvidado. El mundo circundante sabía. En cualquier momento, el interés o la perversidad, podrían recomponer el artículo de la *Corneta*.

Se puso en pie, destrozado. Y allí, bajo aquellos árboles desnudos, a cuyo amparo veraniego, mientras aún eran fuente de sombra y murmullos, había paseado con Maria, esposa electa de su corazón, Carlos se preguntó por primera vez si el honor familiar, el honor de la sociedad, la pureza de los hombres de los que descendía, la dignidad de sus propios descendientes, le permitían a la postre casarse con ella...

Dedicarle todo su afecto, su fortuna, ¡desde luego que sí! Pero casarse... ¿Y si tenían un hijo? Su hijo, ya de mayor, podría leer en cualquier *Corneta del Diablo* que su madre fue la amante de un brasileño tras haberlo sido de un irlandés. Y si su hijo le preguntara indignado: «¿Es una calumnia?», él tendría que agachar la cabeza y susurrar: «Es cierto». Su hijo vería así para siempre ligada su vida a la de aquella madre de la que el mundo ignoraba los encantos y los padecimientos, pero de la que conocía cruelmente sus yerros.

¡E incluso ella misma! Si él apelase a su razón, noble y recta, haciéndole ver las chanzas y afrentas a las que se expondría un hijo suyo, ella misma le eximiría alegremente de su voto matrimonial, contenta de acceder al Ramalhete por la escalera secreta, con tal de que arriba le aguardara un amor fuerte y constante... A lo largo de todo el verano ella no había vuelto a aludir a una unión diferente a la que vivían en sus corazones, tan leal y sosegada. ¡No, Maria no era una devota preocupada por el «pecado mortal»! ¿Qué le importaba a ella la bendición banal de un cura?...

Sí, pero él, que le había solicitado aquella consagración en la hora más conmovida de su largo amor, no podía ir ahora y decirle: «Ha sido una chiquillada, no pensemos más en el asunto, perdóname». ¡No, además su corazón no deseaba tal cosa! Al contrario, estaba de su lado... Estaba de su lado con un enternecimiento más generoso y cálido, por más que su razón le arengara precavida, seca. Él hallaba en el alma de Maria su culto perfecto, en sus brazos una voluptuosidad magnífica. Sin Maria no había felicidad, y lo único sabio era ligarse a ella a través del último de los lazos, el más fuerte, el del nombre, por más que las *Cornetas del Diablo* tronasen a

los cuatro vientos. Afrontaría el mundo con una soberbia rebeldía, afirmando la omnipotencia, el reino único de la Pasión... Pero antes ¡mataría al foliculario! Paseaba aplastando la hierba. Y todos sus pensamientos se resumían en una cólera loca contra el infame que había baboseado su amor, e introducido en su vida durante un instante tanta incertidumbre y tormento.

Muy cerca de él, Maria abrió una ventana. Estaba vestida de oscuro para salir. Y bastaron el brillo tierno de su sonrisa y aquellos hombros perfectos, inmejorablemente modelados por el vestido, para que Carlos detestara aquellas dudas desleales y cobardes a las que se había abandonado bajo los árboles desnudos... Corrió hacia ella. El beso que le dio, lento y mudo, tuvo la humildad de un perdón que se implora.

—¿Qué te pasa? Estás muy serio.

Él sonrió. Serio, en el sentido de solemne, no. Un poco fastidiado sí. Había recibido carta de Ega, uno de sus eternos líos, y tenía que ir a Lisboa y quedarse allí a pasar la noche...

—¿La noche entera? —exclamó ella contrariada, poniéndole las manos en los hombros.

—Sí, es lo más probable. En los asuntos de Ega siempre interviene lo imprevisto... ¿Tú vas a Lisboa, verdad?

—Ahora con más razón... Si es que quieres que te acompañe.

—El día está muy bonito... Pero ha de hacer frío en el camino.

A Maria le gustaban precisamente aquellos días de invierno, soleados, con un airecillo vivo y fresco. Se sentía más ligera, más despierta.

—Bien, bien —dijo Carlos arrojando su cigarro—. Almorcemos, amor mío. El buen Ega debe de estar impaciente.

Mientras Maria fue a apremiar a Domingos, Carlos, caminando por la hierba húmeda, se llegó lentamente hasta la hilera de arbustos que, a modo de tapia, cerraba por aquella parte la Toca. Allí la colina descendía, con pequeñas quintas, muros blancos, olivos, una enorme chimenea fabril humeante. Y más allá se veía el azul fino y frío del río, tras el que apuntaban los montes, de un azul más pronunciado, con el caserío blanco de la población acurrucado a la orilla del agua, nítida y sedosa bajo la transparencia de aire. Se detuvo un momento, meditabundo. Y aquella aldea, de la que nunca había llegado a saber el nombre, tan quieta y dichosa bajo la luz, le infundió un deseo repentino de una vida sosegada y oscura en cualquier rincón del mundo como aquél, a la orilla del agua, donde nadie le conociera ni hubiese *Cornetas del Diablo*, y él gozase de la paz de la gente sencilla y pobre, bajo cuatro tejas, en compañía de aquella a quien amaba...

Maria le llamó desde la ventana del comedor, a la que se había asomado para cortar una de las últimas rosas trepadoras.

—¡Un tiempo precioso para viajar! —dijo Carlos, acudiendo a través de la hierba.

—Lisboa también está muy bonita ahora, siempre y cuando haga sol...

—Es cierto, pero el Chiado, las habladurías, los politicastos, las gacetas, todos esos horrores... ¡A mí lo que me está apeteciendo positivamente es perderme en una choza en África!

Al final, el almuerzo fue largo. Iban a dar la una cuando la calesa del «Bizco» echó a rodar por la carretera aún encharcada de la lluvia de la noche. Pasado el pueblo, en la bajada de la colina, se cruzaron con un *coupé* que subía extenuado. Maria creyó reconocer el sombrero blanco y el monóculo de Ega... Se detuvieron. Sí, era Ega, que también les había reconocido, y que se llegaba hasta ellos sorteando los charcos con zancadas de cigüeña, llamando a Carlos.

Al ver a Maria se azoró:

—¡Qué gran sorpresa! Yo iba para allá... El día estaba tan bonito que me he dicho...

—¡Bien, paga tu coche y ven con nosotros! —atajó Carlos, que traspasaba a Ega con la mirada, deseoso de adivinar el motivo de aquella brusca ida a Oliváis.

Cuando se montó con ellos, Ega, embarazado, sin poder contar nada acerca del asunto de la *Corneta* delante de Maria, se puso, bajo la insistente mirada de Carlos, que no le dejaba tranquilo, a hablar del invierno, de las inundaciones del Ribatejo... Maria lo había leído. ¡Una desgracia! ¡Dos criaturas ahogadas en sus cunas, rebaños perdidos! ¡Una catástrofe! Carlos no se contuvo más:

—He recibido tu carta...

Ega salió al quite:

—¡Todo arreglado! ¡Todo en orden! He venido únicamente por un arranque bucólico...

Con mucha discreción, Maria volvió la cabeza hacia el río. Ega hizo entonces un gesto rápido con los dedos, que significaba «dinero, sólo es asunto de dinero». Carlos se tranquilizó, y Ega volvió a referirse a las inundaciones del Ribatejo y al sarao literario y artístico que a beneficio de los afectados se iba «a perpetrar» en el Teatro da Trindade... Una vasta solemnidad oficial. Tenores del Parlamento, rui señores de nuestra literatura, pianistas distinguidos con la cruz de Santiago, todo el personal canoro y sentimental del constitucionalismo «iba a pasar a la acción». Se contaría con la asistencia de los reyes, ya se tejían guirnaldas de camelias para adornar la sala. A él, pese a su talante demagógico, le habían invitado a leer un episodio de sus *Memorias de un átomo*. Pero se había negado, por modestia, por no hallar en sus *Memorias* nada lo suficientemente estúpido como para agrandar a la capital. Pero se había acordado de Cruges, y el maestro se hallaba dispuesto a atronar o arrullar a la audiencia con una de sus *Meditaciones*. Y por si fuera poco, se contaba con una poesía social de Alencar. En fin, una auténtica orgía...

—¡La señora doña Maria —añadió— no debería perderselo!... Es sumamente pintoresco. ¡Es una ocasión única para ver al todo Portugal romántico y liberal *à la besogne*, encorbatado de blanco y dando cuanto lleva en el alma!

—Sí, deberías ir —dijo Carlos riéndose—. Además, si Cruges toca, si Alencar recita, es un acto nuestro...

—¡Por supuesto! —gritó Ega, ya excitado, buscando el monóculo—. ¡Hay dos cosas que en Lisboa uno no puede perderse: la procesión del Señor de los Pasos y un sarao poético!

Rodaban ya por el Largo do Pelourinho. Carlos le gritó al cochero que parase al comienzo de la Rua do Alecrim: se apearán allí para coger el tranvía hasta el Ramalhete.

Pero el coche se detuvo un poco antes, junto a la acera, enfrente de una sastrería. Y allí, calzándose los guantes negros, se hallaba un viejo alto, de luengas barbas de apóstol, vestido de luto. Al ver a Maria, que se había inclinado hacia la portezuela, el hombre pareció asombrarse; después, con un leve rubor en la cara ancha y pálida, se quitó con gravedad el sombrero, un inmenso sombrero con las alas vueltas, a la moda de 1830, con su correspondiente crespón.

—¿Quién es? —preguntó Carlos.

—Es Guimarães, el tío de Dâmaso —dijo Maria, que se ruborizó también—. Es curioso, ¡él en Lisboa!

¡Ah sí, el famoso Guimarães, el del *Rappel*, el íntimo de Gambetta! Carlos recordaba haberle visto ya en el Price, con Alencar. Le saludó también. El otro se quitó de nuevo, con mayor gravedad, su fúnebre sombrero de carbonario. Ega se caló aprisa el monóculo para examinar al legendario tío de Dâmaso, aquel hombre que ayudaba a gobernar Francia. Y tras despedirse de Maria, cuando la calesa ya subía por la Rua do Alecrim y ellos cruzaban en dirección al Hotel Central, se volvió otra vez, seducido por aquellos aires, aquellas barbas austeras de revolucionario...

—¡Una facha estupenda! Y qué magnífico sombrero, ¿no? ¿De qué diablos le conoce doña Maria?

—De París... Este Guimarães era muy amigo de su madre. Maria ya me había hablado de él. Es un pobre diablo. Ni amigo de Gambetta ni nada que se le parezca... Traduce noticias de los periódicos españoles para el *Rappel*, y se muere de hambre...

—Pero entonces, Dâmaso...

—Dâmaso es un mentiroso. Pero vamos a lo nuestro. Esa bazofia que me has enviado, la *Corneta*. Cuéntame.

Caminando despacio por el Aterro, Ega le contó la historia. La víspera por la tarde había recibido en el Ramalhete la *Corneta*. Él ya conocía el papelucho, hasta se había tratado con el propietario y redactor, un tal Palma, apodado Palma «Caballón» para distinguirlo de un benemérito Palma «Caballito». Comprendió enseguida que si

bien la prosa era de Palma, la inspiración era ajena. Palma no sabía nada de Carlos, ni de Maria, ni de la casa de la Rua de São Francisco, ni de la Toca... No era lógico que escribiera por deleite intelectual un documento que sólo le podía reportar disgustos y palos. Así pues, el artículo era de encargo, alguien se lo había pagado. Y en el terreno del dinero, siempre gana quien más tiene. Guiándose por este sólido principio, había acudido a la guarida de Palma «Caballón».

—¿También conocías su guarida? —preguntó Carlos horrorizado.

—No, a tanto no llego... He ido a preguntar al Ministerio de Justicia, a un sujeto que estuvo asociado con él en un negocio de «almanaques religiosos»...

Se había plantado en su guarida. Y había hallado que todo estaba dispuesto por las manos hábiles de una providencia amiga. Para empezar, tras imprimir cinco o seis ejemplares, la máquina, extenuada de imprimir basura, se había estropeado. Y además, el bueno de Palma estaba furioso con el caballero que le había encargado el artículo, divergían en el trascendental asunto de la pecunia. De modo que tan pronto como le propuso comprar la tirada, el periodista le extendió una mano ancha, de uñas comidas, tembloroso de reconocimiento y esperanza. Le dio las cinco libras que llevaba, y le prometió diez más...

—Es caro, pero ¿qué quieres? —continuó Ega—. Me he dejado liar, no he regateado lo bastante... Y cuando le he preguntado quién era el caballero que había encargado el artículo, me ha salido con que tenía que sustentar a una periquita española, que su casero le había subido el alquiler, que Lisboa estaba carísimo, que la literatura en este desgraciado país...

—¿Cuánto quiere?

—Cien mil reis. Pero amenazándole con la policía tal vez baje a cuarenta...

—Promete los cien, prométele todo lo que quiera con tal de que diga el nombre... ¿Tú de quién crees que se trata?

Ega se encogió de hombros, trazó una raya lenta con el bastón en el suelo. Y más despaciosas aún fueron sus consideraciones acerca del inspirador de la *Corneta*: tenía que ser alguien cercano a Castro Gomes; alguien que frecuentase la Rua de São Francisco; alguien que supiera de la Toca; alguien que, por celos o venganza, tuviera un deseo inquebrantable de herir a Carlos; alguien que conociera la historia de Maria; y en fin, alguien que fuese un cobarde redomado...

—¡Estás describiendo a Dâmaso! —exclamó Carlos, pálido, deteniéndose.

Ega se encogió de hombros nuevamente, y volvió a trazar una raya en el suelo:

—Tal vez no... ¡Quién sabe! En fin, vamos a salir de dudas, porque para rematar la negociación he quedado con Palma a las tres en el Lisbonense... Lo mejor es que vengas tú también. ¿Traes el dinero?

—Si es Dâmaso, ¡le mato! —murmuró Carlos.

No llevaba suficiente dinero. Cogieron un coche para pasar por el despacho de

Vilaça. El administrador estaba en Mafia, en un bautizo. Carlos tuvo que ir a pedirle cien mil reis al viejo Cortés, sastre de su abuelo. Cuando cerca de las cuatro se apearon a la entrada del Lisbonense, en el Largo de Santa Justa, Palma les aguardaba en el portal, con chaquetón de velludo gastado y pantalones de cachemira clara muy prietos, encendiendo un cigarro. Tendió la mano a Carlos, con gesto franco, pero Carlos no se inmutó. Y Palma, sin ofenderse, con la mano en el aire, declaró que justamente se disponía a salir, cansado de esperar ante un grog frío. Por lo demás, lamentaba que el señor Maia se hubiera tomado la molestia...

—Yo lo hubiese arreglado todo con el amigo Ega... En cualquier caso, si los señores lo desean, podemos subir a un reservado y tomar algo.

En la lóbrega escalera, Carlos recordó haber visto ya en alguna parte aquellas gafas de vidrios gruesos, aquella cara abotargada del color de la cidra... ¡Sí, había sido en Sintra, con Eusèbiozinho y dos españolas, aquel día en que él se había arrastrado por las calles silenciosas como un perro abandonado, en busca de Maria!... Esto le hizo aún más odioso al señor Palma. Arriba, pasaron a un cubículo con una ventana enrejada, por la que se filtraba una luz sucia de patinillo interior. En el mantel de la mesa, con manchas de grasa y vino, había unos cuantos platos en torno a unas vinajeras con moscas en el aceite. El señor Palma dio dos palmadas y pidió ginebra. Luego, subiéndose con fuerza los pantalones, dijo:

—Supongo que me hallo entre caballeros. Como ya le he dicho aquí al amigo Ega, en este asunto...

Carlos le cortó, golpeando muy significativamente con la contera del bastón en el borde de la mesa.

—Ciñámonos al punto esencial... ¿Cuánto quiere usted por decirme quién le encargó el artículo de la *Corneta*?

—¡Por decir quién lo encargó y demostrarlo! —terció Ega, que examinaba un grabado que colgaba de la pared, con mujeres desnudas a la orilla de un río—. No nos basta el nombre... El amigo Palma, está claro, es de toda confianza... Pero en fin, qué demonios, no sería natural que le creyéramos si nos dijera que se lo había encargado el señor don Luís de Bragança^[141].

Palma se encogió de hombros. No le importaba nada dar pruebas. Él podía tener otros defectos, pero embustero no era. En los negocios era todo franqueza y probidad... Si se entendían, ¡allí mismo las llevaba en el bolsillo, pimpantes, concluyentes! Tenía la carta del amigo que le había encargado la broma, la lista de las personas a las que debía enviarse y el borrador del artículo a lápiz...

—¿Pide cien mil reis por todo eso? —preguntó Carlos.

Palma dudó un instante, ajustándose las gafas con los dedos flácidos. Pero el camarero entró con la botella de ginebra: el redactor de la *Corneta* hizo un gesto de ofrecimiento, incluso arrimó un par de sillas para que aquellos caballeros se sentaran.

Ambos se negaron, Carlos de pie junto a la mesa, en la que había acabado por dejar el bastón, Ega pendiente de otro grabado, en el que dos frailes se emborrachaban. Después, cuando el camarero se marchó, Ega se acercó al periodista y le tocó en el hombro bonachonamente:

—¡Cien mil reis son una bonita suma, amigo Palma! Y mire que se le ofrecen por delicadeza. Porque articulitos como éste de la *Corneta*, presentados donde usted bien sabe, ¡llevan a presidio!... Así es como Severino acabó en África. En la bodega de un barco, comiendo rancho de marinero y recibiendo latigazos. Desagradable, muy desagradable. Por eso yo he querido que tratáramos el asunto aquí, entre caballeros, amistosamente.

Palma, con la cabeza gacha, desleía terrones de azúcar en su vaso de ginebra. Suspiró, y acabó diciendo, un poco abatido, que por tratarse de un asunto de caballeros, y por amistad, aceptaba los cien mil reis...

De inmediato Carlos se sacó del bolsillo un puñado de libras, que fue dejando caer en silencio una a una en un plato. Palma, nervioso ante el tintineo del oro, se desabrochó el chaquetón y sacó una cartera en la que relucía un historiado monograma de plata bajo una enorme corona de vizconde. Los dedos le temblaban. Por fin desdobló tres papeles y los extendió sobre la mesa. Ega, que aguardaba con monóculo impaciente, lanzó un grito de triunfo. ¡Era la letra de Dâmaso!

Carlos examinó los papeles lentamente. Uno era la carta de Dâmaso a Palma, breve y en argot, por la que remitía el artículo, pidiéndole que le «pusiera pimienta». Otro era el artículo, penosamente trabajado por Dâmaso, con tachaduras y correcciones. Y por último, la lista, de puño y letra de Dâmaso, de las personas que deberían recibir la *Corneta*: allí estaba la Gouvarinho, el embajador de Brasil, doña Maria da Cunha, el Rey, todos los amigos del Ramalhete, Cohen, diversas autoridades, y hasta la Fancelli, la *prima donna*...

Entretanto Palma, nervioso, tamborileaba con los dedos en el mantel, junto al plato en que relucían las libras. Fue Ega quien le animó, tras echar una ojeada a los documentos por encima del hombro de Carlos, a que cogiera el dinero:

—¡Coja el botín, amigo Palma! ¡Los negocios son los negocios, y se le van a enfriar las monedas!

Entonces, al palpar el oro, Palma se enterneció. ¡Palabra de honor que si hubiera sabido que se trataba de un caballero como el señor Maia, no hubiera aceptado el artículo! Pero ¡qué iba a hacer él!... Había ido a verle Eusèbio Silveira, un amigo. Y luego Salcede. Y los dos con mucho palique, que si era una broma, que si a Maia no le iba a importar, que si esto y lo de más allá, y mucha coba... En fin, que se había dejado tentar. Y al final, tanto Salcede como Silveira se habían portado como bellacos.

—¡Ha sido una suerte que se rompiera la máquina! Si no, ¡menudo apuro! ¡Y la

verdad es que lo siento, palabra que lo siento, caramba! Pero bueno, ¡ya se ha acabado todo! El mal no ha sido grande. Y uno tiene que ganarse esta perra vida...

Con una ojeada codiciosa, recontó el dinero en la palma de la mano. Luego se echó la ginebra al colete, con un trago consolado y ruidoso. Carlos se guardó las cartas de Dâmaso, y ya se disponía a abrir la puerta cuando se volvió para una última averiguación:

—Así que mi amigo Eusèbio Silveira también estaba en el asunto...

El señor Palma, con mucha parsimonia, afirmó que Eusèbio sólo se había dirigido a él en nombre de Dâmaso.

—Eusèbio, el pobre, sólo ha actuado de embajador... Que Dâmaso y yo no nos damos mucho. Tuvimos una bronca en casa de la Vizcaína. Aquí entre nosotros, le amenacé con un par de bofetadas, y se me amoscó. Pasado un tiempo volvimos a hablarnos, cuando yo hacía la sección de *High Life* en *A Verdade*. Vino a pedirme con muy buenas maneras, en nombre del conde de Landim, si yo podía hacer algo fino sobre un baile de cumpleaños... Luego, cuando Dâmaso cumplió años también, hice otra cosita. Él me invitó a cenar y quedamos un poco más amigos. Pero es un rufián... Eusèbiozinho, el pobre, sólo ha hecho de embajador.

Sin una palabra, sin un gesto dirigido a Palma, Carlos le dio la espalda y abandonó el cubil. Pese a ello, el redactor de la *Corneta* giró la cabeza hacia la puerta. Luego, sin ofenderse, volvió alegremente a su ginebra, dándose otro tirón a los pantalones. Ega, entretanto, encendía despacio un puro.

—Ahora ¿redacta usted solo todo el periódico, Palma?

—Me ayuda Silvestre...

—¿Silvestre?

—El que está con la «Borracha». Usted no le conoce, creo. Un jovenzuelo chupado, que no es feo... Un desaborido, sólo escribe paja... Pero sabe cosas de la sociedad. Estuvo un tiempo con la vizcondesa de Cabelas, a la que él llama su «peluda»... ¡Este Silvestre a veces tiene gracia! Y sabe, sabe cosas de la sociedad, bajezas de la aristocracia, amigamientos, bellaquerías... ¿Usted no ha leído nada suyo? Soso. Tengo siempre que arreglarle el estilo... Lo que sí había en este número era un folletín mío, cosa fina, moderna, con su toque realista, como a mí me gusta... En fin, en fin, queda para otra ocasión.

»Y otra cosa, Ega, muy agradecido. Cuando lo desee, yo y la *Corneta* ¡a sus órdenes!

Ega le tendió la mano:

—¡Gracias, digno Palma! ¡Y adiós!^[142]

—¡Pues vaya usted con Dios, don Juanito! —exclamó el ínclito redactor con infinito salero.

Abajo, Carlos aguardaba en el *coupé*.

—¿Y ahora? —preguntó Ega, sin subirse.

—Ahora entra y vamos a acabar con Dâmaso...

Carlos ya había esbozado sumariamente un plan para aniquilarle. Quería desafiar a Dâmaso como autor probado de un artículo que le injuriaba. El duelo sería a espada o a florete, con una de aquellas piezas cuyo destello en la sala de armas del Ramalhete hacía palidecer a Dâmaso. Si, contra todo pronóstico, se batiese, buscaría un punto entre los mofletes y la tripa donde hacerle un agujero que le tuviera meses en cama. Si no se batía, la única explicación que admitiría del señor Salcede sería un documento en el que afirmara sin ambages: «Yo, el abajo firmante, declaro que soy un infame». Y para aquellos servicios contaba con la colaboración de Ega.

—¡Muy agradecido! ¡Vamos a ello! —exclamaba Ega frotándose las manos, radiante de gozo.

Sin embargo, afirmó, la etiqueta fúnebre exigía otro padrino. Se acordó de Cruges, mozo pasivo y maleable. Pero no había forma de dar con él, invariablemente la criada afirmaba que el señorito Vitorino no estaba en casa... Decidieron pasarse por el Grémio y enviarle desde allí un billete, convocándole «a un lance crítico de amistad y arte».

—Así que —decía Ega, frotándose aún las manos mientras el coche se encaminaba a la Rua de São Francisco— así que ¿vamos a aplastar a nuestro Dâmaso?

—Sí, hay que acabar con esta persecución. Empieza a ser grotesca... Y con una estocada, o con la carta, tendremos a esa rata anulada por un tiempo. Yo preferiría la estocada. En caso contrario, te dejo elegir los términos de una carta destructora...

—¡Tendrás una carta estupenda! —dijo Ega con una sonrisa feroz.

En el Grémio, tras redactar el billete para Cruges, pasaron a esperarle en la sala de la *Ilustrado*. El conde Gouvarinho y Steinbroken conversaban de pie en el vano de una ventana. Qué sorpresa. El ministro de Finlandia no veía a su *cher* Maia desde antes de la marcha de Afonso a Santa Olávia. Gouvarinho recibió a Ega muy risueño, reanudando cierta camaradería surgida entre ellos aquel verano en Sintra. Pero el apretón de manos a Carlos fue breve y seco. Ya días antes, habiéndose encontrado en el Loreto, Gouvarinho murmuró de pasada un desganado «¿Qué tal, Maia?», en el que se apreciaba distanciamiento. ¡Atrás quedaban las efusiones, las palmadas de viva amistad de cuando Carlos y la condesa fumaban *cigarettes* en la cama de la tía, en la Rua de Santa Isabel! Ahora que Carlos había abandonado a la señora condesa de Gouvarinho, la Rua de São Marçal y el cómodo sofá en que ella caía con un rumor de sedas estrujadas, el pobre marido se enfadaba, como abandonado él también.

—¡He echado mucho de menos nuestras estupendas conversaciones de Sintra! —dijo propinándole a Ega la cariñosa palmada en la espalda antaño propiedad de Carlos—. ¡Tuvimos algunas de primer orden!

Habían sido en verdad «tremendas controversias» en el patio del Vitor sobre literatura, religión, moral... ¡Una noche hasta habían llegado a enfadarse por culpa de la divinidad de Cristo!

—Lo recuerdo —terció Ega—. ¡Aquella noche parecía que llevara usted sobre los hombros una hopa de cofrade del Señor de los Pasos!

El conde sonrió. ¡No, cofrade del Señor de los Pasos no, a Dios gracias! Nadie sabía tan bien como él cuánta leyenda albergaban aquellos sublimes episodios del Evangelio... Pero en fin, sólo eran eso, leyendas útiles para consolar el alma humana. Ésa era la objeción que él le había hecho aquella noche al amigo Ega... ¿Se sentían la filosofía y el racionalismo capaces de consolar a la madre que llora? No. Entonces...

—En todo caso, ¡tuvimos conversaciones muy brillantes! —concluyó él, mirando el reloj—. Lo confieso: nada me gusta más que una conversación elevada sobre religión, sobre metafísica... Si la política me dejara tiempo libre, me dedicaría a la filosofía... Es para lo que he nacido: para profundizar en problemas.

Entretanto, Steinbroken, muy tieso en su levita azul, con una ramita de romero en el ojal, había cogido a Carlos de las manos:

—*Mais vous êtes encore devenu plus fort!... Et Afonso da Maia, toujours dans ses terres? Est-ce qu'on ne va pas le voir un peu cet hiver?*

Y de inmediato pasó a lamentarse de no haber visitado a Afonso en Santa Olávia. Pero ¡le había sido imposible! La familia real se había instalado en Sintra, y él había tenido que acompañarla, integrar la corte... Después, había estado unos cuantos días en Inglaterra, de donde acababa de volver.

Sí, Carlos lo sabía, lo había leído en la *Gazeta Ilustrada*...

—*Vous avez lu ça? Oh oui, on a été très aimable, très aimable pour moi à la Gazette...*

Primero habían anunciado su partida, después su llegada, con palabras de amistad particularmente bien escogidas. No podía ser menos, dado el afecto sincero que unía a Portugal y a Finlandia... «*Mais enfin on avait été charmant, charmant!*»...

—*Seulement* —añadió, sonriendo con finura y volviéndose un poco hacia Gouvarinho— *on a fait une petite erreur... On a dit que j'étais venu de Southampton par le Royal Mail... Ce n'est pas vrai, non! Je me suis embarqué à Bordeaux dans les Messageries. J'ai même pensé à écrire à M. Pinto, rédacteur de la Gazette, qui est un charmant garçon... Puis j'ai réfléchi, je me suis dit: «Mon Dieu, on va croire que je veux donner une leçon d'exacitude à la Gazette, c'est très grave». Alors, voilà, très prudemment, j'ai gardé le silence... Mais enfin c'est une erreur: je me suis embarqué à Bordeaux.*

Ega murmuró que la Historia se encargaría, pasado un tiempo, de rectificar aquel dato. El ministro sonrió modestamente, con un gesto con el que parecía desear, por pura educación, que la Historia no se tomara aquella molestia. Y Gouvarinho, que

había encendido un puro y echado otra ojeada al reloj, preguntó si no habían oído nada acerca del Gabinete y la crisis.

Fue una sorpresa para Carlos y Ega, que no habían leído los periódicos... Ega no comprendía nada: ¡crisis en pleno remanso vacacional, con las dos cámaras cerradas, con todo el mundo feliz y aquel estupendo tiempo de otoño!

Gouvarinho se encogió de hombros con reserva. La víspera, al anochecer, había habido una reunión de ministros. Y aquella mañana, el presidente del Consejo se había presentado en Palacio, uniformado, dispuesto a «dejar el Poder»... Era todo lo que sabía. No había conferenciado con sus amigos, ni se había pasado por su Centro. Como en otras ocasiones de crisis, se había mantenido al margen, en silencio, a la espera...

Allí había pasado la mañana, con su puro y la *Revue des Deux Mondes*.

Carlos vio en ello una abstención nada patriótica.

—Porque si a sus amigos les va bien...

—Exactamente por eso —terció el conde con el rostro encendido— es por lo que no deseo ponerme en evidencia... Yo tengo mi orgullo, y hasta mis motivos para tenerlo... Si mi experiencia, mi palabra, mi nombre, fuesen necesarios, mis correligionarios saben dónde encontrarme, que vengan a pedírmelos...

Se calló, mordisqueando nerviosamente el puro. Y Steinbroken, ante el sesgo político que tomaba la charla, se apartó un poco, limpiándose los lentes, ensimismado, impenetrable, sumido en el recato natural que competía a Finlandia. Ega, entretanto, no salía de su asombro. ¿Cómo era que caía, que caía de semejante modo un Gobierno con mayoría en las dos cámaras, con el país sosegado, con el apoyo del Ejército, la bendición de la Iglesia, la protección del Comptoir d'Escompte?

Gouvarinho se pasó despacio los dedos por la perilla, y aventuró una explicación:

—El Gabinete está gastado.

—¿Como una vela de sebo? —exclamó Ega entre risas.

El conde dudó. Él no diría que como una vela de sebo.

El sebo sugería algo obtuso... Y en aquel Gabinete talento no faltaba. Incontestablemente, había talentos pujantes...

—¡Eso sí que está bien! —gritó Ega alzando los brazos—. ¡Es increíble! En este bendito país todos los políticos tienen un «inmenso talento». La oposición confiesa que los ministros, a los que cubre de injurias, tienen, a un lado los disparates que cometen, un «talento de primer orden». Por su parte el Gobierno admite que la oposición, a la que constantemente recrimina un sinfín de disparates, está llena de «robustísimos talentos». Eso sí, todo el mundo concuerda en que el país es una pocilga. De modo que tenemos algo de lo más cómico: ¡un país gobernado con un «inmenso talento» y que sin embargo es, a los ojos de toda Europa, según consenso

unánime, el más estúpidamente gobernado! Yo propongo lo siguiente: que visto que con los talentos no hay manera, se pruebe con los bobos...

El conde sonreía bienhumorado y superior: aquello eran exageraciones de fantasista. Y Carlos, deseoso de ser amable, cortó el asunto, encendiendo su puro en el del conde:

—¿Y qué cartera preferiría usted, Gouvarinho, si sus amigos formaran Gobierno? La de Exteriores, supongo...

El conde hizo un amplio gesto de abnegación. Era poco natural que sus amigos precisaran de su experiencia política. Él era cada vez más un estudioso y un teórico. Además, no estaba seguro de que las ocupaciones de su casa, su salud, sus hábitos, le permitieran cargar con el fardo de la gobernación. En cualquier caso, lo que sí tenía claro era que la cartera de Exteriores no le tentaba lo más mínimo...

—¡Ésa nunca! —prosiguió con mucho convencimiento—. En Europa, para poder hablar en voz alta como ministro de Exteriores, uno ha de tener detrás un ejército de doscientos mil hombres y una escuadra naval con torpedos. Nosotros, por desgracia, somos débiles... Conmigo, para papeles subalternos, para que venga un Bismarck, un Gladstone, a decirme cómo tienen que ser las cosas, que no cuenten... ¿No le parece, Steinbroken?

El ministro tosió, balbució:

—*Certainement... C'est très grave... C'est excessivement grave...*

Ega afirmó que el amigo Gouvarinho, con su pasión geográfica por África, haría un estupendo ministro de la Marina, innovador, con miras...

El rostro del conde resplandeció, se coloreó de puro placer.

—Sí, tal vez... Aunque sabe lo que le digo, mi querido Ega, que en las colonias todas las cosas bonitas, las grandes cosas, ya están hechas. Los esclavos ya son libres; la población ya dispone de una cierta noción de la moral cristiana; los servicios aduaneros funcionan con normalidad... En fin, lo mejor ya está hecho. Aunque claro, hay detalles que perfeccionar... Por ejemplo en Luanda... Menciono esto como una insignificancia, un retoque con que redondear el progreso. ¡En Luanda hace mucha falta un teatro como es debido, que sea un elemento civilizador!

Un mozo le anunció a Carlos que el señor Cruges se hallaba abajo, en el portal, a la espera. Al instante los dos amigos descendieron.

—¡Extraordinario este Gouvarinho! —decía Ega bajando las escaleras.

—Y eso que éste —observó Carlos con un enorme desdén mundano— es uno de los mejores que hay en política. Bien mirado, y teniendo en cuenta cómo está el patio, ¡tal vez sea el mejor!

Cruges les aguardaba a la puerta, con una chaqueta clara, liándose un cigarrillo. Carlos le pidió que fuera a casa a ponerse una levita negra. El maestro le miró asombrado.

—¿Vamos a una cena?

—A un entierro.

Y a toda prisa, sin aludir a Maria, informaron al maestro de que Dâmaso había publicado en un periódico, *La corneta del Diablo* (cuya tirada ellos habían suprimido, por lo que era imposible mostrarle la inmundicia fechoría) un artículo en el que la cosa más suave que se le llamaba a Carlos era «granuja». Por lo que Ega y él, Cruges, debían personarse en casa de Dâmaso y exigirle la honra o la vida.

—De acuerdo —rezongó el maestro—. ¿Qué tengo que hacer? Que yo de estas cosas no entiendo.

—Tienes —explicó Ega— que ir a ponerte una levita negra y fruncir el entrecejo. Luego vienes conmigo y no dices nada, tratas a Dâmaso de usted y asientes a todo lo que yo proponga, siempre con el ceño fruncido y sin quitarte la levita...

Sin más prolegómenos, Cruges partió a vestirse de ceremonia y de negro. Pero en mitad de la calle retrocedió y le dijo a Carlos:

—Ah, Carlos, he preguntado aquello: los cuartos del primer piso están libres, y recién empapelados...

—Gracias. Ve aprisa a ponerte fúnebre...

Cuando el maestro hubo desaparecido, una calesa a todo trote se detuvo a la puerta del Grémio. Vieron apearse a Teles da Gama, que aún con la mano en la portezuela les gritó:

—¿Gouvarinho? ¿Está arriba?

—Sí... ¿Noticias frescas?

—El Gabinete ha caído. ¡Han convocado a Sá Nunes!

Y cruzó corriendo el patio. Carlos y Ega caminaron despacio hasta el portón de Cruges. Las ventanas del primer piso estaban abiertas, sin cortinas. Carlos, alzando los ojos, se acordó de la tarde de las carreras, en que se había escapado con el faetón para ver aquellas ventanas: oscurecía, y por detrás de los estores cerrados se entreveía una luz, que a él se le antojó una estrella inalcanzable... ¡Qué fugaz era todo!

Dieron inedia vuelta y regresaron al Grémio. Gouvarinho y Teles se montaban en la calesa, que les había esperado a la puerta. Ega se detuvo y dejó caer los brazos:

—Ahí va Gouvarinho, rumbo al Poder, a mandar representar *La dama de las camelias* en Luanda. ¡Dios se apiade de nosotros!

Pero al fin apareció Cruges, con sombrero de copa, envarado en una levita solemne, con botines nuevos de charol. Se apiñaron los tres en el coche estrecho y duro. Carlos les condujo a casa de Dâmaso. Y como deseaba cenar en Oliváis, decidió esperarles en el Parque da Estrela, junto al quiosco, para que le contasen el desenlace de aquel enredo chabacano.

—¡Sed rápidos e implacables!

La casa de Dâmaso, vieja y de un solo piso, tenía un enorme portón verde, del que colgaba un alambre que hacía resonar en el interior una campanilla triste de convento. Los dos amigos aguardaron mucho hasta que, arrastrando las chancletas, apareció el gallego desdibujado, al que Dâmaso (libre ahora de Carlos y de sus pompas) ya no torturaba con crueles botines de charol. En una esquina del patio, una portezuela se abría a la luz de un jardincillo, que parecía más bien un depósito de cajas, de botellas vacías y basura.

El gallego, que reconoció al señor Ega, les condujo por una escalerita alfombrada hasta un ancho pasillo oscuro, con olor a mohó. Después, con un chancleteo horroroso, corrió hasta el fondo del pasillo, donde se insinuaba la claridad de una puerta entreabierta. Casi de inmediato Dâmaso gritó desde dentro:

—¡Ega! ¿Eres tú? ¡Pasa, hombre, pasa! ¡Qué demonios!... Estaba vistiéndome...

Azorado ante aquellos berridos tan íntimos y efusivos, Ega alzó la voz desde el sombrío pasillo, gravemente:

—Perfecto. Aguardamos.

Pero Dâmaso insistía, ya en la puerta, en mangas de camisa, subiéndose los tirantes:

—¡Vamos, hombre! ¡Qué demonios, a mí no me da vergüenza, ya tengo los pantalones puestos!

—Me acompaña una persona vestida de ceremonia —gritó Ega concluyente.

La puerta del fondo se cerró. El gallego acudió a abrir el salón. La alfombra era exactamente igual que la de las habitaciones de Carlos en el Ramalheté. Abundaban los vestigios de su amistad con Maia: el retrato de Carlos a caballo, con un vistoso marco de flores de porcelana; una de las colchas de la India de las señoras Medeiros, blanca y verde, que arrojaba el piano, prendida por Carlos con unos alfileres; y sobre un bargueño español, protegido por un fanal, un grácil zapatito de satén, nuevo, que Dâmaso había comprado donde Serra, pues le había oído decir a Carlos que «en todo cuarto de varón ha de haber, discretamente dispuesta, alguna reliquia amorosa»...

Pese a aquellas pinceladas con pretensiones de chic, dadas aprisa bajo la influencia de Carlos, se imponía el pesado mobiliario de Salcede padre, de caoba y terciopelo azul: la *console* de mármol, con un reloj de bronce dorado, en el que Diana acariciaba a un galgo; el enorme y dispendioso espejo, de cuyo marco estaba cogida una fila de tarjetas de visita, retratos de cantantes, convites a *soirées*. Cruges se disponía a examinar aquellos documentos cuando los pasos alegres de Dâmaso sonaron en el pasillo. El maestro corrió a ponerse firme al lado de Ega, delante del canapé de terciopelo, tranquilo, con el sombrero de copa en la mano.

Al verle, el bueno de Dâmaso, que se había enfundado una levita azul, con una camelia en el ojal, alzó risueñamente los brazos al aire:

—¿Así que éste es el acompañante de ceremonia? ¡Vosotros siempre con vuestras

bromas! Y yo que me he puesto la levita... ¡A punto he estado de descolgarme con la Orden de Cristo!...

Ega le cortó, muy serio:

—El motivo que aquí nos trae es grave y delicado.

Dâmaso puso ojos de asombro, fijándose en aquel extraño aire de sus amigos, los dos de negro, cortantes, tan solemnes. Retrocedió, se le desdibujó la sonrisa.

—¿Qué diablos es esto? Sentaos, sentaos...

La voz también se le apagaba. Sentado al borde de una poltrona baja, junto a la mesa repleta de encuadernaciones de lujo, con las manos en las rodillas, aguardó lleno de ansiedad.

—Nos hallamos aquí —comenzó Ega— en nombre de nuestro amigo Carlos da Maia...

Una brusca oleada sanguínea tiñó el rostro mofletudo de Dâmaso, incluida la raya del cabello ensortijado con bigudíes. No supo qué decir, atónito, sofocado, frotándose estúpidamente las rodillas.

Ega prosiguió, sin prisa, sentado muy derecho en el canapé.

—Nuestro amigo Carlos da Maia se queja de que usted ha publicado, o hecho publicar, un artículo extremadamente injurioso para su persona y la de una señora amiga suya, en *La corneta del Diablo*...

—En la *Corneta*, ¿yo? —saltó Dâmaso, balbuciendo—. ¿En qué *Corneta*? ¡Nunca he escrito en periódicos, a Dios gracias! Pero eso de la *Corneta*...

Ega, con la mayor frialdad, se sacó del bolsillo un montón de papeles. Los colocó uno a uno junto a Dâmaso, en la mesa, sobre un magnífico volumen de la Biblia de Doré.

—Aquí está su carta a Palma «Caballón», por la que le remite el borrador del artículo... Y ésta es, de su puño y letra igualmente, la lista de las personas a las que se debía enviar la *Corneta*, desde el Rey a la Fancelli... Además, contamos con las declaraciones de Palma. Usted no es sólo el inspirador, sino el autor material del artículo... Así pues, en cuanto injuriado, nuestro amigo Carlos da Maia exige una reparación por las armas...

Dâmaso saltó de la poltrona, con tal arrebató que Ega se echó hacia atrás sin querer, temeroso de alguna brutalidad. Pero Dâmaso, con los ojos desorbitados y los brazos en alto, deambulaba de un lado a otro del salón.

—¿Así que Carlos me desafía? ¿A mí?... Pero ¿qué le he hecho yo? ¡Él sí que me ha hecho a mí una buena jugarreta!... ¡Ha sido él, vosotros lo sabéis perfectamente!
...

Y se desahogó, con un prodigioso chorro de locuacidad, dándose golpes en el pecho, llorando a lágrima viva. ¡Había sido Carlos, sí, Carlos, el que le había humillado a él mortalmente! Durante todo el invierno había andado detrás de él para

que le presentase a una señora brasileña de lo más chic, que vivía en París y que no le quitaba ojo... Y él, bondadoso de suyo, le había dicho: «Tranquilo, ya te la presentaré». ¿Y qué se le ocurría a Carlos? Valerse de una ocasión sagrada, de unas circunstancias para él, Dâmaso, luctuosas, para meterse en casa de la brasileña... E intrigando, había logrado que la pobre señora le cerrara la puerta a él, a Dâmaso, ¡un íntimo del marido, si hasta se tuteaban! ¡Caramba! ¡Era él quien debería desafiar a Carlos! Pero no, había sido prudente, todo por ahorrarle un escándalo al pobre Afonso da Maia... Se había quejado de Carlos, eso era cierto... Pero en el Grémio, en la Casa Havanesa, entre la muchachada amiga... ¡Y así se lo pagaba!

—¡Desafiarme a mí, a mí que me conoce todo el mundo!

Se calló, pues se atoraba. Ega, extendiendo la mano, hizo notar plácidamente que se estaban desviando del meollo del asunto. Dâmaso había ideado, esbozado, pagado, un artículo de la *Corneta*. Y eso, ni lo negaba ni podía negarlo: allí estaban las pruebas, encima de la mesa. Y contaban con la declaración de Palma...

—¡Valiente sinvergüenza! —gritó Dâmaso, movido por otro arrebato de indignación, que le llevó a revolverse sobre sí mismo, como loco, tropezando con los muebles—. ¡Valiente descarado, ese Palma! ¡A ése sí que le voy a ajustar las cuentas! ... El asunto con Carlos no es nada, eso tiene arreglo, nosotros somos gente fina... ¡La cosa es con ese miserable! ¡A ese traidor es al que me gustaría coger por banda! ¡Un hombre al que he prestado un montón de dinero! ¡Y la de cenas y de coches que le he pagado! ¡Un ladrón, que le pidió el reloj a Zeferino para un bautizo y lo empeñó!... ¡Mira que hacerme a mí una de éstas!... ¡Le voy a moler a palos! ¿Dónde dices que le has visto, Ega? ¡Venga, dime! ¡Pienso ir hoy mismo a correrle a latigazos! ¡Traiciones no, eso no se lo admito a nadie!

Ega, con la tranquilidad paciente de quien tiene la prisa justa, le recordó nuevamente la inutilidad de aquellas divagaciones:

—De este modo no acabaremos nunca... El asunto es éste: usted ha injuriado a Carlos da Maia: o se retracta públicamente de tal injuria, o acepta una reparación por las armas...

Pero Dâmaso, sin escucharle, apelaba desesperadamente a Cruges, que no se había movido del sofá de terciopelo, y que se frotaba con aire torturado, uno con otro, los zapatos nuevos.

—¡Carlos! ¡Un hombre que se decía mi amigo íntimo! Un hombre que hacía de mí lo que le venía en gana... ¡Hasta manuscritos le he copiado!... Tú bien lo sabes, Cruges... ¡Habla, hombre, di algo! ¡No os pongáis todos contra mí!... Hasta he ido a buscarle cosas a la Aduana...

El maestro bajaba los ojos, colorado, presa de un infinito malestar. Ega, harto al fin, le puso ante la fatal disyuntiva:

—En resumen, Dâmaso, ¿se retracta o se bate?

—¿Retractarme yo? —tartamudeó Dâmaso, sacando pecho, en un patético esfuerzo por aparentar dignidad, tembloroso—. ¿Y de qué? ¡Ésa sí que es buena! ¡Yo no soy hombre que se retracte!

—Perfecto, entonces se bate...

Dâmaso se tambaleó hacia atrás, aturdido:

—¡Batirme yo! ¡Yo no soy hombre que se bata! ¡Yo lo arreglo todo a puñetazos! Que venga aquí, yo no le tengo miedo, le tumbo de un puñetazo...

Y daba saltitos de gordo en la alfombra, con los puños en guardia. ¡Quería a Carlos allí, para hacerle papilla! Lo que le faltaba a él, ¡batirse! En Portugal los duelos eran de risa...

Ega, sin embargo, como si su misión hubiera concluido, se abotonaba la levita y recogía los papeles desplegados sobre la Biblia. Luego, serenamente, hizo la última declaración que le incumbía. Puesto que el señor Dâmaso Salcede se negaba a retractarse y a una reparación por las armas, Carlos da Maia le prevenía de que de ahí en adelante, allí donde le hallase, ya fuera en la calle o en un teatro, le escupiría a la cara...

—¡Escupirme a mí! —recoló Dâmaso, como si el escupitajo ya fuese hacia él por el aire.

Y de repente, aterrorizado, cubierto de sudores fríos, se precipitó sobre Ega, cogiéndole de las manos, sumido en una terrible agonía:

—¡João, João, tú que eres mi amigo, por quien eres, sácame de este atolladero!

Ega fue generoso. Se despegó de él, le recondujo dulcemente a su butaca, calmándole con palmaditas fraternales en el hombro. Y declaró que desde el momento en que Dâmaso apelaba a su amistad, se esfumaba el enviado de Carlos, por fuerza exigente, y prevalecía el camarada, como en los tiempos de los Cohen y Villa Balzac. ¿Deseaba el amigo Dâmaso un consejo? Que firmase una carta declarando que todo cuanto había hecho publicar en la *Corneta* referente a Carlos da Maia y a una señora amiga suya, era una patraña mayúscula. Era lo único que podía salvarle. De lo contrario, Carlos, el día menos pensado, en el Chiado, en el São Carlos, le escupiría en la cara. Y una vez sucediera aquello, si Dâmasozinho no deseaba que toda Lisboa le señalase como un cobarde, debería batirse a espada o a pistola...

—Y bajo cualquiera de los dos supuestos, eres hombre muerto.

Dâmaso le escuchaba, hundido en su butacón, como alelado. Estiró blandamente los brazos, murmurando desde lo más hondo de su pavor:

—Está bien, firmo, João, firmo...

—Es lo mejor... Busca papel. Redactaré yo mismo, tú no te encuentras bien...

Dâmaso se puso en pie a duras penas, y paseó una mirada atontada y vaga por encima de los muebles.

—¿Papel de carta? ¿Es una carta?

—¡Sí, claro, una carta dirigida a Carlos!

Los pasos del infeliz se perdieron en el pasillo, pesados, derrotados.

—¡Pobre! —suspiró Cruges, llevándose de nuevo, con aire torturado, la mano a los zapatos.

Ega le lanzó un «¡chis!» severo. Dâmaso volvía con su fastuoso papel con monograma y corona. Para envolver en silencio y secreto tan amargo trance, cerró el repostero. El vasto paño de velludo, al desdoblarse, mostró el blasón de los Salcede, con su león, su torre, un brazo armado y, por debajo, en letras de oro, su formidable divisa: «*Soy fuerte*». Ega apartó los libros de la mesa, se sentó, y consignó con letra grande y clara la fecha y la dirección de Dâmaso...

—Yo hago el borrador, luego tú la copias...

—De acuerdo —gimió el otro, de nuevo desmoronado en la poltrona, pasándose el pañuelo por el cuello y la cara.

Ega, entretanto, escribía lentamente, con amor. Y como aquel silencio le azoraba, Cruges acabó por levantarse, y cojeando se dirigió hasta el espejo en que se exhibían, encajadas en el marco, las tarjetas y fotografías. Eran las glorias sociales de Dâmaso, los documentos del «auténtico chic» que era la pasión de su vida: tarjetas con títulos, retratos de cantantes, invitaciones a bailes, tickets de acceso al hipódromo, diplomas de miembro del Club Naval, del Jockey Club, del Tiro al Pichón; hasta recortes de periódico que anunciaban su cumpleaños, la marcha, la llegada del señor Salcede, «uno de nuestros más distinguidos *sportmen*».

¡Desdichado *sportman*! Aquella hoja en la que Ega garabateaba, le iba sumiendo poco a poco en un angustioso terror. ¡Santo Dios! ¿A qué poner tanto esmero en una carta a Carlos, un íntimo? Con una línea bastaba: «Mi querido Carlos, no te enfades, perdona, era sólo una broma». Pero ¡no! ¡Toda una página con letra menuda, con tachaduras! ¡Incluso Ega ya daba la vuelta a la hoja, mojaba la pluma, como si de ella debiesen manar, inacabables, cosas humillantes! No se contuvo, estiró el cuello por encima de la mesa hasta lograr ver el papel:

—Ega, ¿Carlos no pensará publicar eso, verdad?

Ega reflexionó, con la pluma en el aire:

—Puede que no... Yo estoy convencido de que no. Lo natural sería que cuando Carlos viera tu arrepentimiento, olvidase esta carta en el fondo de un cajón.

Dâmaso respiró aliviado. ¡Bueno, aquello ya le parecía más decente entre amigos! Porque dar muestras de arrepentimiento, ¡hasta él mismo lo deseaba! Lo cierto es que el artículo había sido una tontería... Pero ¡qué se le iba a hacer! En asuntos de mujeres, él era una fiera...

Se abanicó con el pañuelo, ya más tranquilo, de regreso a la vida. Hasta se encendió un puro, y levantándose sin hacer ruido, se llegó hasta Cruges, que cojeando de un lado a otro, en pos de las curiosidades de la sala, había recalado en el piano y

los libros de música, el pie dolorido en vilo.

—¿Cómo va eso, maestro, has compuesto algo nuevo?

Cruges, colorado como un tomate, gruñó que no, que no tenía nada nuevo.

Dâmaso se quedó a su lado, mascando el puro. Después, tras una mirada inquieta a la mesa en la que Ega garabateaba interminablemente, murmuró al oído del maestro:

—¡Menudo lío! Lo hago por mis relaciones... Si no, ¡a mí no me importaba lo más mínimo! Pero haz tú también por que Carlos se olvide del asunto y deje esa carta en un cajón...

Pero Ega se puso en pie y se dirigió hacia el piano despacio, releendo la carta en voz baja.

—¡Fenomenal, esto lo arreglaré todo! —exclamó por fin—. Va como carta dirigida a Carlos, es lo que procede. Tú la copias y la firmas. Escucha: «Señor...». Es obvio que has de tratarle de usted, estamos ante un documento de honor... «Señor: Habiéndome usted manifestado, por intermedio de sus amigos João da Ega y Vitorino Cruges, la indignación que le ha causado cierto artículo de *La corneta del Diablo* de cuyo borrador soy autor y cuya publicación he promovido, deseo declarar que tal artículo, lo reconozco, no contenía sino falsedades e incoherencias. Sólo me disculpa el hecho de que lo compuse y envié a la redacción de la *Corneta* hallándome en completo estado de embriaguez...»

Se detuvo. No se volvió hacia Dâmaso, que había dejado caer los brazos, rodar el puro por la alfombra, petrificado. Fue a Cruges a quien se dirigió, encajándose el monóculo:

—¿Te parece un poco fuerte?... He elegido estos términos porque creo que sólo así se pone a salvo la dignidad de nuestro Dâmaso.

Y desarrolló su idea, demostrando lo generosa y hábil que era, mientras que Dâmaso, atontado, recogía el puro. Ni Carlos ni él deseaban que Dâmaso, en una carta (que podía hacerse pública), confesase «que había calumniado porque era un calumniador». Así pues, había que buscarle a la calumnia una de esas causas fortuitas e ingobernables que eximen de responsabilidades. Y qué cosa mejor, tratándose de un joven mundano y mujeriego, que estar bebido... Emborracharse no era nada vergonzoso... El propio Carlos, y todos ellos, hombres de buen gusto y gente honorable, se emborrachaban. Sin remontarse a los romanos, que lo consideraban un acto higiénico y un lujo, muchos grandes hombres de la Historia habían bebido más de la cuenta. En Inglaterra era tan chic que gente como Pitt, Fox y otros muchos, no hablaban en la Cámara de los Lores si no era bajo los efectos de una buena curda. En fin, la Historia, la Literatura, la Política, no eran más que una sucesión de cogorzas... Por ello, si Dâmaso se declaraba borracho, su honra quedaba a salvo: era un hombre de bien que bajo los efectos de una melopea había cometido una indiscreción... ¡Así

de simple!

—¿No crees, Cruges?

—Sí, tal vez sea lo mejor —murmuró tímidamente el maestro.

—¿No crees tú, Dâmaso, francamente?

—Sí, tal vez sea lo mejor —balbució el desdichado.

Ega retomó la lectura: «Ahora que me hallo sobrio reconozco, como siempre he reconocido y proclamado, que usted es un carácter absolutamente noble, y que las otras personas que en aquel momento de embriaguez osé salpicar de barro, sólo me merecen veneración y alabanza. Y declaro que si en alguna circunstancia volviera a pronunciar palabra con que le ofendiese, usted o aquellos que la escuchasen no deberían darle más importancia de la que se da al hipo involuntario fruto del alcohol, pues a merced de un hábito hereditario frecuente en mi familia, me hallo repetidas veces en estado de embriaguez... Su seguro servidor, etc». Giró sobre sus tacones, depositó el borrador en la mesa, y encendiéndose un puro en el de Dâmaso, explicó amistosamente, de buena fe, por qué se había decidido por aquella confesión de dipsomanía locuaz. Su único deseo era garantizar la tranquilidad de «nuestro Dâmaso». Atribuyendo todas las imprudencias que pudiese cometer a un hábito de intemperancia hereditaria, del que era tan poco culpable como de ser gordo o bajo, Dâmaso se ponía «para siempre» a resguardo de las provocaciones de Carlos...

—Tú, Dâmaso, tienes tu genio, y una lengua muy larga... Imagina que un día, sin querer, en el Grémio, en el palique de después del teatro, te olvidas de todo y se te escapa una palabra contra Carlos... Sin esta precaución, vuelta a empezar: escupitajo, duelo... De este modo Carlos nunca podrá llamarse a engaño. Ahí queda escrita la explicación de todo: una gota de más, tomada por culpa de una inclinación hereditaria... Satisfaces así, mi querido Dâmaso, el anhelo mayor de este siglo XIX nuestro: ¡la irresponsabilidad!... Y además, esto no supone el menor desdoro para tu familia, puesto que no la tienes... En resumen, ¿te parece bien?

El pobre Dâmaso le escuchaba postrado, exánime, sin comprender aquellas rimbombantes frases sobre «lo hereditario» y «el siglo XIX». Un solo sentimiento le embargaba: acabar con aquello, regresar a su muelle existencia, libre de floretes y escupitajos. Se encogió de hombros, sin fuerzas:

—¡Qué remedio!... Lo hago por evitar habladurías.

Se sentó, insertó una plumilla nueva en el palillero, escogió una hoja en la que su monograma lucía más ampliamente, y se puso a copiar la carta con su maravillosa letra con perfiles y gruesos, de una nitidez de grabado en acero.

Ega, entretanto, con la levita desabotonada y el puro humeante, rondaba la mesa, siguiendo ansioso las líneas que trazaba la mano aplicada de Dâmaso, ornada con un grueso anillo de armas. Por unos instantes se asustó... Dâmaso se había detenido, con la pluma indecisa. ¡Demonios! ¿Se despertaría a la postre en aquella bola de grasa

algún resto oculto de dignidad y rebeldía?... Dâmaso alzó hacia él sus ojos sin brillo:

—¿Embriaguez se escribe con ene o con eme?

—Con eme, Dâmaso, con eme —le auxilió Ega afectuosamente—. Esto va muy bien... ¡Qué bonita letra tienes, caramba!

Y el pobre infeliz, con la cabeza ladeada, se sonrió contemplando su letra, orgulloso de aquel don del cielo.

Cuando acabó de copiar, Ega confrontó el texto y retocó la puntuación. El documento tenía que ser chic, perfecto.

—¿Cuál es tu notario, Dâmaso?

—Nunes, en la Rua do Ouro... ¿Por qué?

¡Oh, por nada! Era un detalle que en aquellos casos siempre se preguntaba. Mera formalidad... Pues bien, amigos: excelente papel, excelente letra, excelente estilo: ¡una carta estupenda!

La metió en un sobre en el que rebrillaba la divisa «*Soy fuerte*», y se la guardó con sumo cuidado en el interior de la levita. Después, cogiendo su sombrero, palmeó a Dâmaso en el hombro, familiar y despreocupado:

—Mi querido Dâmaso: todos hemos de felicitarnos... Esto podría haber acabado extramuros, con un baño de sangre... Pero así es una delicia. Adiós... No te molestes... Ah, el gran sarao literario es el lunes, ¿no es cierto? ¡Irá todo el mundo! No hace falta que te molestes... ¡Adiós!

Pero Dâmaso les acompañó hasta la puerta, mudo, cabizbajo, cariacontecido. Ya en el descansillo, retuvo a Ega un instante, e intentó despejar una última inquietud:

—Esa carta... no la va a ver nadie, ¿verdad, Ega?

Ega se encogió de hombros. El documento era propiedad de Carlos... Y en fin, ¡Carlos era tan caritativo, tan generoso!

Aquella incertidumbre, que le minaba, arrancó un suspiro a Dâmaso:

—¡Y yo que siempre he confiado en su amistad!

—En esta vida, querido Dâmaso, ¡todo es desengaño! —observó Ega, bajando alegremente los escalones.

Cuando la tartana se detuvo en el Parque da Estrela, Carlos aguardaba ante el portón de hierro forjado, impaciente por irse a cenar a la Toca. Se montó a toda prisa, atropellando al maestro, y le gritó al cochero que volase al Loreto.

—Y bien, caballeros, ¿tenemos sangre?

—¡No, algo mucho mejor! —exclamó Ega por entre el estrépito de las ruedas, blandiendo la carta en el aire.

Carlos la leyó. No daba crédito:

—Pero esto es increíble... ¡Llega a ser humillante para la naturaleza humana!

—Dâmaso no pertenece al género humano —terció Ega—. ¿Qué diablos esperabas? ¿Que se batiera?

—No sé, pero esto da dolor de corazón... ¿Y qué vamos a hacer con ella?

Según Ega, no era cosa de publicarla: avivaría las curiosidades y promovería cierto escándalo en torno al artículo de la *Corneta*, ya sofocado con treinta libras. Pero convenía guardarla como oro en paño, pues su mera existencia le paraba los pies a Dâmaso por muchos años.

—Yo me doy por vengado —concluyó Carlos—. Guárdala tú: es obra tuya, úsala como quieras...

Ega se la guardó encantado, mientras Carlos, palmeando la rodilla de Cruges, quería saber qué tal se había portado el maestro.

—¡Fatal! —gritó Ega—. Con expresiones de compasión, sin la menor prestancia, husmeando el piano, llevándose la mano al zapato...

—¡Y qué queríais! —exclamó Cruges, desahogándose—. ¡Me habéis dicho que me vistiera de ceremonia, y he estrenado un par de zapatos que me han estado mortificando toda la tarde!

Y ya no se contuvo más: se quitó el zapato, pálido, con un terrible suspiro de alivio.

Al día siguiente, tras el almuerzo, mientras una gruesa lluvia batía los cristales empujada por las ráfagas del sudoeste, Ega, en el *fumoir*, hundido en un butacón, con los pies ante la chimenea, releía la carta de Dâmaso: y cuanto más lo pensaba, más pena le daba que aquel colosal documento de la cobardía humana, de una utilidad incomparable para la fisiología y las artes, se desaprovechara olvidado en un oscuro cajón... Cuál no sería su efecto, su soberbio efecto, si aquella confesión de «nuestro distinguido *sportman*» se publicase en la *Gazeta Ilustrada* o en el nuevo periódico *A Tarde*, en la sección de «High Life», bajo el título: «*Asunto de honor*». ¡Qué lección, qué meritorio acto de justicia social!

Durante todo el verano, Ega había detestado a Dâmaso, tras comprobar en Sintra que era el amante de la Cohen, la cual, por aquel imbécil de gruesas nalgas, se había olvidado para siempre de Villa Balzac, de las mañanas en la colcha de satén negro, de sus besos delicados, de los versos de Musset que le leía, de los *lunches* de perdiz, todo un sinfín de encantos poéticos... Mas por lo que se le volvió insoportable fue por aquella jactancia radiante de hombre preferido; el aire de propietario con que se paseaba en compañía de Raquel por las calles de Sintra, vestido de franela blanca; los secretitos que en todo momento le cuchicheaba al oído; el saludo desdeñoso, con un dedo, que le lanzaba al cruzarse con él... ¡Era odioso! Le odiaba. Y rumiaba constantes deseos de venganza: molerle a palos, deshonorarle, cualquier cosa, con tal de que el señor Salcede se tornase a ojos de Raquel en un ser despreciable, grotesco, sin el menor interés, como un globo agujereado...

¡Y allí tenía él aquella carta providencial, en la que el buen hombre,

solemnemente, se declaraba un borrachuzo! «¡Soy un borracho, estoy siempre borracho!» Era lo que afirmaba en aquella carta con monograma de oro el señor Salcede, aterrorizado como un chucho, con el rabo entre las piernas ante el palo amenazador... ¡No habría mujer que soportase aquello! ¿Cómo sepultar tan decisivo documento en un triste cajón?

Por desgracia no podía, en interés de Carlos, publicarlo en la *Gazeta Ilustrada* o en la *Tarde*. Pero otra cosa era enseñárselo «en secreto», como una curiosidad psicológica, a Craft, al marqués, a Teles, a Gouvarinho, al primo de Cohen. Hasta podría confiarle una copia a Taveira, que eternamente resentido por la disputa en casa de Lola la Gorda, correría a leerla «en secreto» a la Casa Havanesa, al billar del Grémio, al Silva, a los camerinos de las cantantes... ¡Y al cabo de una semana Raquel sabría, inevitablemente, que el elegido de su corazón era, según propia confesión, un calumniador y un borracho!... ¡Delicioso!

Tan delicioso que no vaciló más, subió a su cuarto para copiar la carta. Pero casi al momento, un criado le entregó un telegrama de Afonso da Maia, que anunciaba su llegada para el día siguiente. Tuvo que salir a telegrafiar a Carlos a Oliváis.

Carlos se presentó en el Ramalhete aquella misma noche, ya tarde, transido de frío, con un montón de maletas, pues dejaba definitivamente Oliváis. Maria Eduarda también regresaba a Lisboa, al piso de la Rua de São Francisco, ahora alquilado por seis meses, alfombrado de nuevo por la madre de Cruges. Carlos volvía muy pesaroso, con profundos recuerdos de la Toca. Tras la cena, junto a la chimenea, acabándose su puro, añoró sin descanso aquellos días alegres, su casita, su baño matinal en una tina, el culto al dios Tchi, las guitarradas del marqués, las largas charlas tomando café, con las ventanas abiertas y las mariposas revoloteando en torno a los candelabros... Afuera, las trombas de agua, empujadas por el viento invernal, batían los cristales en el negro silencio de la noche. Tanto Ega como Carlos acabaron enmudeciendo, pensativos, con los ojos puestos en la lumbre.

—Cuando esta tarde me he dado una vuelta por la quinta —dijo al fin Carlos— ya no había ni una sola hoja en los árboles... ¿Tú no sientes siempre una gran melancolía cuando el otoño se acaba?...

—¡Sí, una melancolía enorme! —murmuró Ega lúgubrementemente.

Al día siguiente, la mañana clareaba, limpia y blanca, cuando Ega y Carlos, aún dormidos, tiritando, se apearon en Santa Apolónia. El tren acababa de llegar. Enseguida distinguieron entre el gentío a Afonso, con su viejo capote con cuello de velludo, apoyándose en su bastón, bregando con tipos con gorras galoneadas que le ofrecían el Hotel Terreirense y la Pomba d'Ouro. Tras él, el *chef* francés, *monsieur* Antoine, grave, con sombrero de copa, llevaba el cesto en que viajaba el «Reverendo Bonifácio».

Carlos y Ega encontraron a Afonso más viejo, más torpe. Aunque celebraron

mucho, con los primeros abrazos, su robustez de patriarca. Él se encogió de hombros, quejoso de venir sintiendo, desde finales del verano, vértigos y un vago cansancio...

—¡Vosotros sí que estáis estupendos! —añadió, abrazando de nuevo a Carlos y sonriendo a Ega—. ¿Y qué ingratitud es ésa, John, de no haber ido a verme en todo el verano? ¿Qué has estado haciendo aquí? ¿Qué habéis estado haciendo?

—¡Mil cosas! —replicó Ega alegremente—. Planes, ideas, títulos... En particular el proyecto de una revista, una revista que sea un instrumento de cultura superior, que vamos a lanzar con la fuerza de mil caballos... Luego se lo contamos todo, durante el almuerzo.

Y durante el almuerzo, para justificar su permanencia en Lisboa, hablaron de la revista como si ya estuviera en pie y los artículos en la imprenta, tal fue la precisión con que le describieron la línea a seguir, el enfoque crítico, las directrices por las que habría de regirse... Ega ya preparaba un trabajo para el primer número: «La capital de los portugueses». Carlos le estaba dando vueltas a una serie de ensayos a la inglesa, englobados bajo el título de «¿Por qué ha fracasado entre nosotros el sistema constitucional?». Afonso les escuchaba, encantado con aquellas nobles ambiciones de lucha, deseoso de participar en aquella gran obra como socio capitalista... Pero Ega pensaba que Afonso da Maia debía echarse también a la arena y colaborar con sus saberes, su experiencia. El viejo se rió. ¡Cómo! ¿Con su prosa? ¡Él, que sufría lo indecible cuando tenía que escribirle una carta a su administrador! Por lo demás, todo lo que tenía que decirle al país como fruto de su experiencia se reducía a tres pobres consejos, dichos en tres breves frases: a los políticos, «menos liberalismo y más carácter»; a los hombres de letras, «menos elocuencia y más ideas»; y a los ciudadanos en general, «menos progreso y más moral».

Ega reaccionó con entusiasmo. ¡Aquéllos eran los verdaderos principios de la reforma espiritual que la revista debía acometer! Era preciso tomarlos como divisa, inscribirlos con letras góticas en el frontispicio, porque Ega deseaba que la originalidad de la publicación comenzase por la cubierta misma. La conversación derivó hacia el aspecto de la revista: Carlos había pensado en un azul claro con tipografía Renacimiento; Ega exigía una copia fiel de la *Revue des Deux Mondes*, con una *nuance* amarillo canario. Y dejándose llevar por su fecunda imaginación de meridionales, y no ya por agrandar a Afonso da Maia, siguieron levantando y dando forma a aquel confuso proyecto.

Carlos le gritaba a Ega, con ojos encendidos:

—¡Esta vez va en serio! ¡Tenemos que agenciarnos inmediatamente un local para la redacción!

Ega vociferaba:

—¡Por supuesto! ¡Y muebles! ¡Y máquinas!

Durante toda la tarde, atrincherados en el despacho de Afonso con papel y lápiz,

se afanaron en establecer una lista de colaboradores. Enseguida surgieron las pegas. Casi todos los escritores desagradaban a Ega por sus carencias estilísticas, por la ausencia de cierto toque de plasticidad y refinamiento parnasianos del que la revista debía ser modelo impecable. Y a Carlos algunos hombres de letras le parecían *imposibles*, sin atreverse a confesar que lo que en ellos le repugnaba no era otra cosa que su facha y sus trajes mal cortados...

Algo sí decidieron: cómo sería la redacción. La amueblarían lujosamente, con sofás del consultorio de Carlos y alguna pieza escogida de la Toca. Y en la puerta (flanqueada por un portero con librea) se leería en caracteres de oro sobre fondo negro: *Revista de Portugal*. Carlos sonreía, se frotaba las manos, pensando en cómo se alegraría Maria al conocer aquella resolución que le lanzaba, conforme su expreso deseo, a la actividad, a la atractiva lucha de las ideas. Ega ya veía los ejemplares de color amarillo canario apilados en los escaparates de los librerías, las discusiones a que darían pie en las *soirées* de Gouvarinho, los políticos hojeándola escandalizados en la Cámara...

—¡Este invierno vamos a poner Lisboa boca abajo, señor Afonso da Maia! —y alzó los brazos con mucho aparato.

El más contento era el viejo.

Tras la cena, Carlos le pidió a Ega que le acompañase a la Rua de São Francisco (Maria se había instalado allí aquella mañana) para anunciar la buena nueva. Pero en la puerta se encontraron un carromato, del que estaban descargando maletas, y la señora, les explicó Domingos, que ayudaba a los mozos de cuerda, aún estaba cenando en una esquina de la mesa, sin mantel ni nada. Ante aquel desorden doméstico, Ega prefirió no subir.

—Hasta luego —dijo—. Voy a ver si encuentro a Simão Craveiro y le hablo de la revista.

Subió lentamente por el Chiado, y leyó los telegramas en la Casa Havanesa. Luego, en la esquina de la Rua Nova da Trindade, un hombre ronco, enterrado en un paletó, le ofreció «una entrada». Otros gritaban delante del Hotel Alianza:

—¡Entradas para el Ginásio! Más baratas... ¡Entradas para el Ginásio!

Había un tráfago animado de carruajes con libreas. Las lámparas de gas del Ginásio fulgían con aires de fiesta. Ega se topó de lleno con Craft, que venía del Loreto, con corbata blanca y una flor en el paletó.

—¿Qué hay en el Ginásio?

—Una fiesta de beneficencia, creo —dijo Craft—. Algo promovido por señoras, la baronesa de Alvim me ha enviado un billete... Ven, ayúdame a soportarlo.

En la esperanza de flirtear con la Alvim, Ega compró una entrada. En el vestíbulo se encontraron con Taveira, que paseaba y fumaba a solas, a la espera de que acabase la primera comedia, *El fruto prohibido*. Craft propuso una ginebra.

—¿Y cómo va lo del Gobierno? —preguntó en cuanto se hubieron sentado.

Taveira no sabía nada. Desde hacía dos días todo eran intrigas. Gouvarinho quería Obras Públicas, y Videira también. Se hablaba de una escena terrible provocada por los sindicatos, en casa del Jefe del Gabinete, Sá Nunes, que había acabado aporreando la mesa y gritando que aquello no era una cueva de ladrones.

—¡Canalla! —gruñó Ega con odio.

Después hablaron del Ramalhete, del regreso de Afonso, de la reaparición de Carlos. Craft dio gracias al cielo por que de nuevo dispusieran aquel invierno de una casa bien caldeada en la que pasar una hora civilizada e inteligente.

Taveira intervino con ojo brillante:

—¡Y según parece vamos a tener otro refugio aún más atractivo, en la Rua de São Francisco! ¡El marqués me ha dicho que madame Mac Gren va a recibir!

Craft ni siquiera tenía noticias de que hubiese dejado la Toca.

—Ha vuelto hoy —dijo Ega—. ¿Usted aún no la conoce?... Encantadora.

—Creo que sí.

Taveira la había visto de pasada en el Chiado. Le había parecido ¡toda una belleza! ¡Y con un aspecto de lo más simpático!

—¡Encantadora! —repitió Ega.

Pero ya *El fruto prohibido* había acabado, y los caballeros iban llenando el vestíbulo, con un rumor lento, encendiendo sus cigarros. Y Ega, dejando a Craft y a Taveira con la ginebra, corrió a la platea para localizar el palco de la Alvim.

Pero en cuanto alzó la cortina y se puso el monóculo, vio frente a él, en posición preferente, a la Cohen, toda de negro, con un gran abanico de encaje blanco; detrás resaltaban las patillas negras de su marido; y frente a ella, recostado en el terciopelo del antepecho, con chaqué, el moflete risueño y una gruesa perla en la camisa, ¡el borrachuzo de Dâmaso!

Ega se dejó caer, sin fuerzas, en la butaca más cercana. Y demudado, allí se quedó, mirando el telón cubierto de anuncios, pasándose los dedos trémulos por el bigote.

Sonó la campanilla, y la gente, lentamente, comenzó a llenar la platea. Un caballero, gordo y cascarrabias, se tropezó con su rodilla; otro, con guantes blancos y maneras almibaradas, le pidió paso. Ega no escuchaba, no comprendía nada, pálido de emoción: sus ojos, errantes al principio, se habían clavado en el palco de la Cohen.

No había vuelto a encontrarse con ella desde Sintra, donde sólo la había visto de lejos, con sus vestidos claros bajo el verde de los árboles. Y ahora, allí, toda de negro, destocada, con un escote corto que realzaba la perfecta blancura de su cuello, era de nuevo *su Raquel*, la de los tiempos divinos de Villa Balzac. Era así como él la había visto durante noches y noches en el São Carlos, desde el fondo del palco de su amigo Carlos da Maia, con la cabeza apoyada en el tabique, saturado de felicidad. Allí

estaba ella con sus gafas que colgaban de un hilo de oro. Parecía más pálida, más delicada, con un toque de quebranto en los ojos ojerosos, y aquel aspecto suyo novelesco, de lirio medio marchito. Y como entonces, sus cabellos pesados y magníficos le caían hábilmente sobre la espalda, con un desaliño de desnudez. Poco a poco, entre el ruido de los violines que se afinaban y el rumor de las butacas, a Ega le asaltaron mil recuerdos angustiosos: la gran cama de Villa Balzac, ciertos besos y ciertas risas, las perdices que comían sentados al borde del sofá, aquella melancolía de sus tardes, cuando ella se marchaba furtivamente, cubierta de velos, y él se quedaba en casa, cansado, encerrado en el crepúsculo poético de su cuarto, canturreando *La Traviata*...

—¿Me permite usted, señor Ega?

Era un sujeto cadavérico, de barba rala. Ega se levantó confusamente, sin reconocer al señor Sousa Neto. Se alzó el telón. Casi encima de las candilejas, un lacayo, guiñando el ojo a la platea, con el plumero bajo el brazo, hacía confidencias sobre su patrona. Y Cohen, ahora de pie, llenaba el palco, atusándose las patillas con su pulida mano, en la que relucía un diamante.

Ega, en un soberbio alarde de indiferencia, clavó el monóculo en el escenario. El lacayo se había esfumado al escuchar el repique furioso de una campanilla. Una arpía acerba, con una bata verde y una toca ladeada, mantenía una gresca con una mocita cursi, que pataleaba y se desgañitaba: «¡Le querré siempre, siempre!».

Sin resistirse ya más, Ega volvió la mirada al palco: Raquel y Dâmaso, con las cabezas muy juntas, como en Sintra, cuchicheaban entre sonrisas. Ega sintió un inmenso odio hacia Dâmaso. Pegado al montante de la puerta, apretó los dientes, deseando subir a escupirle en el rostro mofletudo.

Siguió mirándole, con ojos que quemaban. En el escenario, un viejo general, gotoso y gruñón, sacudía un periódico, reclamaba su tapioca. La platea se reía, Cohen se reía. Y en aquel instante, Dâmaso, que se había inclinado hacia adelante, con las manos colgando, enguantadas de *gris perle*, divisó a Ega, y como en Sintra, le sonrió y le lanzó un saludo petulante, muy desde lo alto, con la punta de los dedos. Aquello hirió a Ega más que un insulto. ¡Y la víspera aquel cobarde se agarraba a él temblando, rogándole que «le salvara»!

Súbitamente, iluminado por una idea, se palpó la cartera en que la víspera había depositado la carta de Dâmaso... «¡Yo te salvaré!». Dejó el teatro, bajó por la Rua da Trindade, atravesó el Loreto a toda velocidad, y se sumió, al fondo de la plaza de Camões, en un portalón iluminado por una lámpara. Era la redacción de la *Tarde*.

En el patio de aquel diario elegante, hedía. En la escalera de piedra, sin luz, Ega se cruzó con un sujeto acatarrado, que le dijo que Neves estaba arriba, de palique. Neves, diputado, político, director de la *Tarde*, había sido años atrás, durante unas vacaciones, compañero de piso de Ega en el Largo do Carmo. Y desde aquel verano

alegre en que Neves quedó a deberle algún dinero, los dos se tuteaban.

Le halló en una vasta sala iluminada con lámparas de gas sin globo, sentado al borde de una mesa atiborrada de periódicos, con el sombrero echado sobre la nuca, discursando a unos señores llegados de provincias, que le escuchaban en pie, con veneración de creyentes. En el vano de una ventana, ante dos hombres de edad, un jovenzuelo larguirucho, con chaqueta de cheviot clara y una cabellera crespa que parecía ondear al viento, braceaba como un molino en lo alto de una loma. Sentado, un individuo ya calvo, garabateaba laboriosamente una tira de papel.

Al ver a Ega (un íntimo de Gouvarinho) allí en la redacción en aquella noche de intriga y crisis, Neves clavó en él unos ojos tan curiosos, tan inquietos, que Ega se apresuró a decir:

—Nada de política, negocios particulares... Prosigue. Luego hablamos.

Neves concluyó la injuria que le estaba dedicando a José Bento, «esa mala bestia a la que no se le ocurre otra cosa que ir a contárselo todo a la amiguita de Sousa e Sá, el par del reino», e impaciente saltó de la mesa y trabó del brazo a Ega, llevándoselo a un rincón.

—¿De qué se trata?

—En dos palabras: a Carlos da Maia le ha ofendido un sujeto muy conocido. Nada de interés. Un párrafo inmundo en *La corneta del Diablo*, por un asunto de caballos... Maia le ha pedido explicaciones, y el otro se las ha dado, rastreras, hediondas, en una carta que quiero que publiques.

La curiosidad de Neves echaba chispas:

—¿Quién es?

—Dâmaso.

Neves retrocedió asustado.

—¿Dâmaso? ¡No me digas! ¡Eso es extraordinario! Pero ¡si acabo de cenar con él! ¿Qué dice la carta?

—De todo. Pide perdón, confiesa que estaba borracho, que es un borracho profesional...

Neves agitó las manos indignado:

—¿Y tú quieres que publique eso? ¡Dâmaso es nuestro amigo político!... ¡Y aunque no lo fuera, no es una cuestión de partido, sino de decencia! ¡Menuda petición!... ¡Un acta de duelo, una carta honrosa, con explicaciones dignas, todavía! ... Pero ¡una carta en la que un hombre confiesa que es un borracho! ¡Me estás tomando el pelo!

Ega, furioso, fruncía el entrecejo. Pero Neves, muy congestionado, se negó a creer aquella historia de que Dâmaso se confesara un borracho...

—¡Eso es imposible, absurdo! ¡Ahí hay gato encerrado! ¡Déjame ver la carta!

Y en cuanto le puso el ojo encima y vio la ancha firma floreada, estalló en un

alarido:

—Éste no es Dâmaso ni ésta es su letra... ¡Salcede! ¿Quién demonios es este Salcede? Éste no es *mi* Dâmaso.

—Es el *mío* —dijo Ega—. Dâmaso Salcede, uno gordo...

Neves alzó los brazos al cielo:

—¡Acabáramos! ¡El *mío* es Guedes! ¡Dâmaso Guedes! ¡No hay otro! ¡Qué demonios, cuando se habla de Dâmaso es siempre Guedes!...

Respiró muy aliviado:

—¡Menudo susto me has dado! Porque ahora, tal como está la situación política, una carta de ese tenor, escrita por Guedes... Pero si es Salcede ¡no pasa nada! ¡Ya caigo!... ¿No es un gordinflón, un pisaverde que tiene casa en Sintra? ¡Sí! Un fullero que nos la jugó en las pasadas elecciones: le hizo gastarse a Silvério más de trescientos mil reis... Encantado, a tus órdenes... Pereirinha, atiende al señor Ega, que tiene una carta para publicar mañana en primera página, en grandes caracteres...

Pereirinha le recordó el artículo de Vieira da Costa sobre la reforma de los aranceles aduaneros.

—¡Eso va después! —grito Neves—. ¡Los asuntos de honor son lo primero!

Y volvió a su corrillo, donde ahora se hablaba de Gouvarinho. De un salto se sentó en el borde de la mesa e impuso su vozarrón de jefe, afirmando que Gouvarinho disponía de enormes dotes de parlamentario...

Ega encendió un puro, y evaluó durante unos instantes a aquellos sujetos que se pasmaban ante el verbo de Neves. Saltaba a la vista que eran diputados a los que la crisis arrastraba a Lisboa, sustrayéndoles de la quietud de sus pueblos y sus quintas. El más joven parecía una tinaja vestida de cachemira fina, coloradote, jocundo, craso; sugería aires salubres y buenas tajadas de lomo de cerdo. Otro, desgarrado, con el paletó echado por los hombros encogidos, poseía una mandíbula dura y maciza de caballo. Y dos curas muy rapados, muy morenos, fumaban chicotes de cigarro. Todos tenían ese aire, a un tiempo mortecino y desconfiado, que distingue a los hombres de provincia, desconcertados entre los coches y las intrigas de la capital. Acudían allí por las noches, a aquel periódico del partido, a enterarse de las novedades, *a estar en el ajo*, unos porque codiciaban algún puesto, otros por intereses del terruño, algunos por mera ociosidad. Neves era para todos ellos un «robusto talento»: admiraban su verbosidad y su estrategia, y a buen seguro les encantaba referirse a él, en los comercios de su pueblo, como el amigo Neves, el periodista, el de la *Tarde*... Si bien se traslucía, pese a aquella admiración y al placer de codearse con su persona, cierto temor de que aquel «robusto talento» no les pidiese, en el vano de una ventana, unas cuantas monedas. Entretanto, Neves ensalzaba las virtudes de Gouvarinho como orador. ¡No es que tuviera la pureza de líneas, las hermosas síntesis históricas de José Clemente! ¡Ni la poesía de Rufino! Pero ¡no había otro como él para la guasa

hiriente, que clava sus banderillas de fuego en la piel del toro! Porque en la Cámara, ¡era fundamental saber colocar una buena pulla!

—Oye Gonzalo, ¿te acuerdas de aquella salida de Gouvarinho, la del trapecio? — gritó volviéndose hacia la ventana, al joven de la chaqueta clara.

Gonzalo, cuyos ojos negros refulgían de agudeza y malicia, alargó un cuello magro, libre de las apreturas de un postizo que le quedaba grande:

—¿La del trapecio? ¡Divina! ¡Cuéntasela a la muchachada!

Todos abrieron unos ojos enormes para escuchar a Neves. Fue en la Cámara de los Pares, a propósito de la reforma de la instrucción. Hablaba Torres Valente, ese chiflado que defendía la gimnasia en los colegios, y que pretendía que las niñas saltaran el potro. Gouvarinho se puso en pie y le espetó: «Señor Presidente, sólo diré una cosa. ¡Portugal abandonará para siempre la senda del progreso, de la que tanto ha aprendido, el día en que nosotros, con mano impía, sustituyamos en los colegios la cruz por el trapecio!».

—¡Muy bien! —gruñó uno de los curas, profundamente satisfecho.

Y en el murmullo de admiración que se impuso, descolló un gañido, el del joven grueso como una tinaja, que movía los hombros y bromeaba entre risotadas, con los mofletes como un tomate:

—Señores míos, ¡ese conde es un santurrón de cuidado!

Los caballeros de provincia se sonreían, liberales y maliciosos: para ellos aquel aristócrata se abrazaba demasiado al crucifijo. Pero Neves, en pie, vociferaba:

—¿Santurrón? ¡Vaya con lo que nos sale el gordo! ¡Gouvarinho un santurrón! Es obvio que posee la orientación mental del siglo, es un racionalista, un positivista... Pero de lo que se trataba en aquel caso era de dar una réplica, de seguir una táctica parlamentaria. ¡Bastaba que el tipo aquél de la mayoría pretendiera imponer el trapecio, para que él, por más que sea tan ateo como Renan, le arrojara a la cabeza la cruz!... ¡En eso consiste la estrategia parlamentaria! ¿No es cierto, Ega?

Ega murmuró, por entre el humo de su puro:

—Sí, desde luego, para eso aún es útil la cruz...

En aquel momento, el sujeto calvo puso a un lado la tira de papel, y desperezándose se dejó caer contra el respaldo de la silla, exhausto, rogándole al señor João da Ega «que se dejara de cuentos».

Ega se acercó a aquel simpático tipo, tan gracioso, tan querido de todos:

—¿Cómo va eso, Melchior?

—Aquí estamos, intentando hacer algo sobre el libro de Craveiro, *Cantos de la sierra*, y no se me ocurre nada en condiciones... ¡No sé qué decir!

Ega bromeó, con las manos en los bolsillos, muy risueño, muy cordial con Melchior:

—¡Y qué vas a decir, nada! Vosotros aquí sólo tenéis que ocuparos de noticias,

sucesos y anuncios. De un libro como el de Craveiro, lo único que cumple decir, muy respetuosamente, es dónde se vende y cuánto cuesta.

El otro miró a Ega irónico, con los dedos entrelazados por detrás de la nuca:

—Y entonces, ¿dónde se ha de hablar de libros?... ¿En los almanaques?

No, en las revistas críticas. O en los periódicos, siempre y cuando fueran periódicos, y no papeluchos volanderos, con una cataplasma política en la primera página, redactada en estilo tosco o chulesco, una novela mal traducida del francés en la última, y entremedias anuncios de cumpleaños, el parte policial y la lotería de la Misericordia. Y como en Portugal no había ni periódicos serios ni revistas críticas, lo mejor era que no se hablase de libros en ninguna parte.

—Y así es —murmuró Melchior— nadie habla de nada, nadie parece pensar en nada...

Y con razón, afirmaba Ega. Buena parte de aquel silencio se debía al natural deseo que los mediocres tienen de que no se hable mucho de los que son grandes. ¡Envidia mezquina y rastrera! Si bien el silencio de los periódicos para con los libros obedecía, en general, a que habían abdicado de todo asomo de estudio y crítica, a que se habían convertido en hojas rastreras de información doméstica, de modo que habían acabado por sentir su propia incompetencia...

Melchior alzó los hombros, con aire discrepante:

—También se callan porque al público el asunto no le interesa lo más mínimo, a nadie le interesa...

Ega protestó, un tanto excitado. ¿Que al público no le interesaba? ¡Eso sí que era una noticia! ¿Cómo que no le interesaba que le hablaran de libros de los que compraba tres mil, seis mil ejemplares? ¡Una cifra así, caramba, dada la población de Portugal, equivalía a los grandes éxitos de París o Londres!... ¡No, Melchiorzinho amigo, no! Aquel silencio decía, con más claridad y contundencia que las palabras: «Somos incompetentes. Estamos embrutecidos por la noticia de que el señor consejero ha llegado, el señor consejero ha partido, por los *High Life*, por la amabilidad de los dueños de la casa, por el artículo de fondo sin maneras, escrito en la más vil jerigonza, por toda esa prosa arrabalera en la que chapoteamos... No, ni sabemos ni podemos hablar de una obra de arte o de historia, de tal hermoso libro de versos o tal libro de viajes. Nos faltan las frases, las ideas. Y no es que seamos unos cretinos, no, posiblemente no lo somos, pero estamos cretinizados. La obra literaria nos pasa muy por encima, nosotros mercadeamos aquí abajo».

—¡Eso y no otra cosa es lo que dice, a través de su espeso silencio, el coro de los periodistas!

Melchior sonreía, embelesado, con la cabeza echada hacia atrás, como quien disfruta de una bella aria. Después, dando una palmada en la mesa, dijo:

—¡Caramba, Ega, tú hablas pero que muy bien!... ¿Nunca has pensado en ser

diputado? El otro día, se lo decía yo a Neves. «¡Ega, Ega sí que haría un buen papel en la Cámara, para lanzar pullas a lo Rochefort! ¡Iba a arder Troya!».

Y sin transición, mientras Ega se reía, contento, encendiendo de nuevo su puro, Melchior cogió la pluma:

—¡Estás en vena! A ver, díctame... Dime algo sobre el libro de Craveiro...

Ega quiso saber qué era lo que el amigo Melchior había escrito. Apenas tres líneas: «Hemos recibido el libro de nuestro glorioso poeta Simão Craveiro. El precioso volumen, en el que destellan, con caprichoso realce, todas las joyas de este prestigioso escritor, lo publican los activos editores...». Y ahí era donde Melchior se había atascado: no le gustaba aquello de «activos», un término un poco flojo. Ega le sugirió «emprendedores». Melchior lo corrigió y leyó:

—«... lo publican los emprendedores editores...» ¡Maldita sea, rima!

Arrojó la pluma, descorazonado. ¡Se acabó! No estaba *en verve*. Y además, ya era tarde, le esperaba su amiguita...

—Se queda para mañana... ¡Lo peor es que ya llevo cinco días con esto! Tienes razón, Ega, uno se embrutece. Y me da rabia. No tanto por el libro, que me es indiferente, sino por Craveiro, que es un buen chico, y además pertenece al partido...

Abrió un cajón, sacó un cepillo, y se cepilló con furia. Ega se disponía a limpiarle la espalda, llena de cal, cuando se interpuso el rostro chupado y nervioso de Gonzalo, con la greña perpetuamente al viento.

—Egazinho, ¿qué te trae por este cubil de la noticia?

—Aquí... cepillando a Sampaio... Y he estado oyendo a Neves la gran frase de Gouvarinho...

Gonzalo dio un saltito, con un destello de malicia en los ojos negros de algarabío receloso.

—¿La de la cruz? ¡Estupenda! Pero las tiene mejores...

Cogió a Ega del brazo y se lo llevó junto a la ventana.

—Debemos hablar en voz baja, no nos oigan los muchachos de provincias... Hay otra deliciosa. No la recuerdo bien, algo acerca de la Libertad guiando con mano firme el corcel del Progreso... Algo de ese tenor, una imagen ecuestre. La Libertad con calzones de jockey, el Progreso con unas bridas enormes... ¡Formidable! ¡Menudo mastuerzo ese Gouvarinho! Y los demás, ¿qué me dices del resto? ¿No estuviste en la Cámara cuando se discutía lo de Tondela? ¡Extraordinario! ¡Se dijo de todo! ¡Fue para morirse! ¡Yo me muero de risa con esa gente! ¡Esta política, este São Bento, están enloquecidos, estos bachilleres me matan! ¡Y porfían en que esto no es peor que Bulgaria! ¡Pamplinas! ¡Jamás ha habido una pocilga como ésta en el universo mundo!

—¡Pero tú también te revuelcas en ella! —observó Ega entre risas.

Gonzalo retrocedió con un aspaviento:

—¡Distingamos! ¡Me revuelco en ella por necesidad, como político, y me río de ella en cuanto artista!

Justamente Ega consideraba una de las mayores desgracias del país aquel desacuerdo, de todo punto inmoral, entre la inteligencia y el carácter. Buena muestra de ello era el propio Gonzalo, que en cuanto hombre de inteligencia consideraba a Gouvarinho un imbécil...

—¡Un cuadrúpedo!

—¡Perfecto! Y sin embargo, como político, abogas por que semejante cuadrúpedo sea ministro, y le apoyarás con votos y discursos cada vez que relinche o cocee.

Gonzalo se pasó la mano por la greña, frunciendo el entrecejo:

—¡No hay más remedio! Disciplina y solidaridad de partido... Compromisos... En Palacio le quieren...

Echó una mirada en torno, y susurró, pegándose a Ega:

—Asuntos de sindicatos, de banqueros, de concesiones en Mozambique... ¡Dinero, muchacho, el omnipotente dinero!...

Y como Ega se inclinara, vencido y con gesto de veneración, Gonzalo, radiante de cinismo y finura, le dio una palmada en el hombro:

—Querido mío, ¡la política ha cambiado mucho! Nosotros hemos hecho como los literatos. Antiguamente la literatura era imaginación, fantasía, ideal... Hoy es realidad, experiencia, el hecho positivo, el documento. Aquí en Portugal, la política también se ha apuntado a la moda realista. En el tiempo de la Regeneración y de los Históricos^[143], la política era progreso: la red viaria, la libertad, toda aquella cháchara... Nosotros hemos acabado con eso. Hoy sólo importa el hecho positivo: ¡el dinero, el dinero! ¡El cumquibus! ¡La plata! ¡La adorable plata de nuestra alma, muchacho! ¡El divino dinero!

Y de repente enmudeció, advirtiendo que en la sala se había hecho un silencio en el que su grito de «¡Dinero, dinero!» parecía vibrar en el aire caldeado por el gas como la prolongación de un toque a rebato que despertase las codicias, que convocara a todos los pillastres del país al saqueo de la Patria inerte...

Neves había desaparecido. Los caballeros de provincias se dispersaban, unos poniéndose el paletó, otros echando una ojeada mortecina a los periódicos que había sobre la mesa. Y Gonzalo, bruscamente, le dijo adiós a Ega, giró sobre sus talones y desapareció también, abrazando según salía a uno de los curas, al que trató de «tunante».

Era medianoche. Ega salió a la calle. Y en el coche que le condujo al Ramalhete, ya más tranquilo, le dio por pensar que la publicación de aquella carta no lograría otra cosa que despertar la curiosidad voraz de toda Lisboa. El «asunto de caballos» con el que Neves, distraído y absorbido por la crisis, se había contentado fácilmente, no convencería a nadie... Era seguro que Dâmaso, cuando le interrogasen, contaría, por

disculparse, auténticos horrores de Maria y de Carlos, y la intolerable luz del escándalo golpearía cosas que debían permanecer en la sombra. Con su actuación le estaba creando a Carlos tribulaciones, infelicidades seguras. ¡Y todo por su odio a Dâmaso! ¡Nada más egoísta y mezquino!... Y subiendo a su cuarto, Ega resolvió correr tras el desayuno a la redacción de la *Tarde* y detener la publicación de la carta.

Pero durante toda la noche soñó con Raquel y con Dâmaso. Los veía rodar por un camino inacabable, entre pomares y viñedos, tumbados en un carro tirado por bueyes, sobre un jergón en el que se desplegaba, lasciva y lujosa, su colcha de satén negro de Villa Balzac: se besaban, se enroscaban sin pudor bajo la fresca sombra de los ramajes, entre el lento chirrido de las ruedas. Y por uno de esos refinamientos propios de los sueños crueles, él, Ega, sin perder la consciencia ni el orgullo de hombre, era uno de los bueyes que tiraban del carro. Los tábanos le picaban, el yugo le pesaba. Y a cada nuevo beso resonante que se daban a sus espaldas, él erguía el hocico con su hilo de baba, sacudía los cuernos, mugía lamentablemente a los cielos...

Se despertó entre aquellos bramidos de agonía, y su cólera contra Dâmaso renació, alimentada por las incoherencias del sueño. Además, estaba lloviendo. Decidió no volver a la *Tarde*, dejar que se imprimiera la carta. ¿Podía importar algo lo que dijera Dâmaso? El artículo de la *Corneta* ya no existía, y a Palma se le había pagado bien. Y en adelante ¿quién creería a un hombre que en los periódicos se declaraba un calumniador y un borracho?

Carlos opinó lo mismo cuando, tras el almuerzo, Ega le contó su resolución de la víspera al ver a Dâmaso en el palco, con ojo burlón, cuchicheando con la Cohen...

—Comprendí claramente, sin posibilidad de error, que hablaba de ti, de doña Maria, de todos nosotros, que contaba horrores... Y resolví acabar con el asunto. ¡Se impone hacer justicia por nuestra propia mano! ¡No viviremos en paz mientras no le aniquilemos!

Sí, tal vez estaba en lo cierto, opinaba Carlos. Su único temor era que su abuelo, cuando se enterara del escándalo, se disgustase al ver su nombre involucrado en aquella cosa sórdida de la *Corneta* y la borrachera...

—Él no lee la *Tarde* —adujo Ega—. El rumor, si le llega, le llegará borroso y desfigurado.

Y así fue. Afonso apenas supo confusamente que Dâmaso había tenido en el Grémio algunas palabras desagradables para con Carlos, y que luego había declarado en un periódico hallarse bebido en el momento de los insultos. La opinión del viejo fue que si Dâmaso se hallaba embriagado (y si no, ¿cómo habría injuriado a Carlos, un viejo amigo?) su declaración revelaba una extrema lealtad y un amor casi heroico a la verdad...

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! —exclamó Ega en el cuarto de Carlos—. ¡Que Dâmaso acabara entre los justos!

Los amigos de la casa, sin conocer el artículo de la *Corneta*, aprobaron la aniquilación de Dâmaso. Sólo Craft sostuvo que Carlos debería haberle dado una buena tunda en secreto; y a Taveira le pareció cruel que se dijese al pobre infeliz, poniéndole un florete en el pecho: «¡La dignidad o la vida!».

Pero a los pocos días ya no se hablaba de aquel escándalo. Otras cosas interesaban al Chiado, a la Casa Havanesa. ¡Por fin se había formado Gobierno! Gouvarinho se quedaba con el Ministerio de Marina, Neves con el Tribunal de Cuentas. Ya los diarios del Gabinete saliente voceaban, según la práctica constitucional, que el país se hallaba irremediabilmente perdido, y aludían al Rey con acrimonia... El postrero, desvaído eco de la carta de Dâmaso fue, la víspera del sarao del Teatro da Trindade, un amable párrafo publicado también en la *Tarde*:

«Nuestro amigo y distinguido *sportman*, Dâmaso Salcede, partirá en breve para un viaje de recreo por Italia. Deseamos a este elegante *touriste* toda prosperidad en su hermosa excursión al país del canto y las artes».

XVI

Acabada la cena en la Rua de São Francisco, Ega, que se había entretenido en el pasillo buscando su purera en los bolsillos del paletó, entró en el salón preguntándole a Maria, que ya se hallaba sentada al piano:

—Entonces, ¿no viene usted al sarao del Teatro da Trindade?

Ella se volvió para decir perezosamente, por entre el vals lento que le manaba de los dedos:

—No me apetece, estoy muy cansada...

—¡Será un tostón! —dijo Carlos desde la vasta poltrona en la que se había arrellanado, fumando con los ojos cerrados.

Ega se quejó. También era una lata subir a las pirámides de Egipto. Pero uno lo sobrellevaba, porque no todos los días se hallaba un cristiano en disposición de trepar por un monumento con cinco mil años de existencia... En aquel sarao, doña Maria vería, por tan sólo diez tostones, algo singularísimo: el alma sentimental de un pueblo mostrándose en un escenario, a un tiempo desnuda y vestida de frac.

—¡Venga, ánimo! ¡Un sombrero, un par de guantes, y andando!

Maria se sonreía, aduciendo fatiga y pereza:

—Bueno —exclamó Ega— yo sí que no quiero perderme a Rufino... ¡Vamos Carlos, levanta!

Pero Carlos imploró clemencia:

—¡Espera un poco más! Deja que Maria toque unas notas de *Hamlet*. Tenemos tiempo... Tu Rufino, Alencar, los buenos, gorjean más tarde...

Ega, cediendo a las seducciones hogareñas, se hundió en el sofá con un puro, dispuesto a escuchar la canción de Ofelia, cuya letra inquietante y triste ya musitaba Maria:

Pâle et blonde,

Dort sous l'eau profonde...

A Ega le encantaba aquella vieja balada escandinava. Pero más adorable aún le parecía Maria, que se le antojaba aquella noche más hermosa que nunca: llevaba un vestido claro que la modelaba con la perfección de un mármol; y sentada entre las velas del piano, que ponían un trazo de luz en su puro perfil y tonos de oro hilado en el pelo, los incomparables matices ebúrneos de su piel ganaban en esplendor y dulzura... Todo en ella era armonioso, sano, perfecto... ¡Y aquella serenidad que la distinguía debía de hacer mucho más delicioso el ardor de su pasión! ¡Carlos era positivamente el hombre más feliz del mundo! En torno a él sólo había dicha, dulzura: era rico, inteligente, tenía una salud de hierro; adoraba y le adoraban; sólo tenía el número de enemigos precisos para confirmar su superioridad; nunca había

padecido de dispepsia; manejaba las armas lo bastante bien como para resultar temible; y en su divina indulgencia de hombre fuerte, la estupidez pública no le irritaba. ¡Un ser en verdad dichoso!

—Y a todo esto, ¿quién es ese Rufino? —preguntó Carlos estirando más las piernas en la alfombra cuando Maria acabó la canción de Ofelia.

Ega no tenía ni idea. Algo había oído de que era un diputado, un bachiller, un inspirado...

Maria, que buscaba los *Nocturnos* de Chopin, se volvió:

—¿Es ese gran orador del que hablaban en la Toca?

¡No, no! Aquél era otro, un tipo serio, un amigo de Coimbra, José Clemente, hombre de elocuencia y pensamiento... Rufino era un botarate con una gran perilla, diputado por Monção, una eminencia en el arte, antaño nacional y hoy más bien provinciano, de disponer, engolando la voz teatralmente, resonantes combinaciones de palabras...

—¡Nada más detestable! —refunfuñó Carlos.

A Maria también le parecía intolerable que un sujeto se dedicara a parlotear sin ideas, como un pájaro en la rama de un árbol...

—Depende de las circunstancias —observó Ega, mirando el reloj—. Un vals de Strauss tampoco tiene ideas, y por la noche, en un salón, con mujeres, es delicioso...

¡No, no! Maria creía que aquella retórica menoscababa la dignidad de la palabra humana, que por su propia naturaleza estaba destinada a dar forma a las ideas. Mientras que la música hablaba a los nervios. Si se le cantaba una marcha a un niño, se alegraba, se abrazaba a uno...

—Y si le lees una página de Michelet —concluyó Carlos— ¡el angelito se aburre y llora!

—Sí, tal vez —consideró Ega—. Todo depende de la latitud y de las costumbres. No hay inglés, por culto y espiritualista que sea, que no tenga debilidad por la fuerza, por los atletas, por el *sport*, por los músculos de hierro. Mientras que a nosotros los meridionales, por más críticos que seamos, nos pierde la palabrería armoniosa. Yo reconozco que en una velada con mujeres, luces, un piano y caballeros trajeados de frac, me pirro por un poco de retórica.

Y ya con el apetito despierto, se levantó para ponerse el paletó y volar al Trindade, temeroso de perderse a Rufino.

Carlos le retuvo, tenía una gran idea:

—Espera. Se me ocurre algo mejor: ¡hagamos el sarao aquí! Que Maria toque a Beethoven, nosotros declamaremos a Musset, Hugo, los parnasianos; también tenemos al padre Lacordaire^[144], si te apetece algo más retórico. ¡Una indecente velada de orgía de ideal!...

—Y las sillas son mejores —adujo Maria.

—Y los poetas —afirmó Carlos.

—¡Buenos puros!

—¡Buen coñac!

Ega alzó los brazos desolado. Así era como se pervertía a un ciudadano, impidiéndole que prestara su apoyo a las letras patrias con pérfidas promesas de tabaco y alcohol... Pero sus razones para asistir al sarao no eran sólo literarias. Cruges tocaba una de sus *Meditaciones de otoño*, y había que ir a aplaudirle.

—¡No se hable más! —gritó Carlos saltando de su butaca—. ¡Me olvidaba de Cruges!... ¡Es un deber de amigos! Vamos allá.

Y en unos instantes, tras besarle la mano a Maria, que se quedaba sentada al piano, los dos amigos, sorprendidos por la belleza de aquella noche de invierno tan clara, tan dulce, echaban a andar por la calle. Carlos se volvió un par de veces a contemplar las ventanas encendidas.

—Me alegro mucho —exclamó cogiendo del brazo a Ega— de haber dejado Oliváis... Aquí por lo menos podemos reunirnos para un poco de charla y de literatura...

Pretendía decorar el salón con más gusto y comodidad, hacer del cuarto contiguo un *fumoir* forrado con sus colchas de la India, instaurar un día fijo en que fueran a cenar los amigos... Así realizarían el viejo sueño del cenáculo de diletantismo y arte... Y además, estaba el lanzamiento de la revista, que iba a ser una verdadera farra intelectual. Todo aquello anunciaba un invierno de «auténtico chic», como decía el difunto Dâmaso.

—Y con ello no haremos —resumió Ega— sino civilizar al país. Positivamente, muchacho, ¡nos vamos a convertir en grandes ciudadanos!...

—Si me erigen una estatua —dijo Carlos alegremente— que sea aquí, en la Rua de São Francisco... ¡Qué hermosura de noche!

Se detuvieron a la puerta del Trindade en el preciso momento en que de un coche de punto se apeaba un sujeto con luengas barbas de apóstol, enlutado de la cabeza a los pies, con un sombrero de anchas alas curvas a la moda de 1830. Pasó junto a los dos amigos sin verlos, guardándose el cambio. Pero Ega le reconoció.

—¡Es el tío de Dâmaso, el demagogo! ¡Estupenda facha!

—Y si hemos de creer a Dâmaso, ¡uno de los borrachos de la familia! —recordó Carlos riéndose.

Arriba, de repente, la sala prorrumpió en grandes aplausos. Carlos, que le entregaba el paletó al portero, temió que Cruges ya estuviera actuando...

—¡Quia! —dijo Ega—. ¡Ésos son aplausos de retórico!

Y en efecto, cuando por la escalera adornada con plantas llegaron a la antesala, en la que dos sujetos trajeados con frac se paseaban de puntillas secreteando, oyeron un vozarrón tímido, lleno de gorgoritos, provinciano, que arrastraba las vocales como si

cantara, y que invocaba desde el fondo del estrado «el alma religiosa de Lamartine».

—¡Es Rufino, ha estado soberbio! —musitó Teles da Gama, que no había pasado de la puerta, con un puro escondido a la espalda.

Carlos, sin la menor curiosidad, se quedó junto a Teles. Pero Ega, larguirucho, magro, avanzó por el pasillo central, alfombrado de rojo. A ambos lados nutridas filas de cabezas, embebidas, arrobadas, copaban los asientos de mimbre hasta el tablado mismo, con abundancia de sombreros de señora salpicados de manchas claras de plumas o flores. En torno, apoyados en las ligeras columnas que sostenían la galería, reflejados en los espejos, estaban los caballeros, la gente del Grémio, de la Casa Havanesa, de los ministerios, los unos con corbata blanca, los otros con chaqueta. Ega avistó al señor Sousa Neto, pensativo, el rostro cadavérico apoyado en dos dedos, la barbita rala; y un poco más adelante se hallaba Gonzalo, con la melena al viento; luego venía el marqués, envuelto en un *cache-nez* de seda blanca; y formando un grupito, más allá, los muchachos del Jockey Club, los dos Vargas, Mendonça, Pinheiro, que asistían a aquel *sport* de la elocuencia con una mezcla de asombro y tedio. Y arriba, contra el parapeto de terciopelo de la galería, se extendía otra hilera de señoras con vestidos claros, que se abanicaban blandamente. Tras ellas había una última fila de caballeros, en la que destacaba Neves, el flamante consejero, grave, cruzado de brazos, con un botón de camelia en el frac mal cortado.

El gas sofocante reverberaba con crudeza en aquella sala clara, con tonalidades desmayadas de amarillo canario. Aquí y allá una tímida tos de catarro rompía el silencio, enseguida sofocada en un pañuelo. Al extremo de la galería, en un palco hecho con mamparas, adornado con paños de velludo color cereza, dos sillas de respaldo dorado permanecían vacías, solemnes con su damasco carmesí.

En el estrado, Rufino, un bachiller trasmontano, muy trigueño, con perilla, abría los brazos, festejaba a un ángel, el Ángel del Socorro, por él entrevistado en el azul batiendo las alas de satén... Ega no entendía nada, emparedado entre un cura muy grueso, que chorreaba sudor, y un alférez con gafas oscuras. Por fin se decidió a preguntar: «¿De qué está hablando?». Fue el cura quien le respondió, con el rostro iluminado, inflamado de entusiasmo:

—¡De la caridad, del progreso! Ha estado sublime... ¡Lástima que ya esté acabando!

Parecía hallarse, en efecto, en la peroración. Rufino, echando mano del pañuelo, se lo pasaba despacio por la frente. Después, se llegó al borde del tablado y se volvió hacia las butacas reales con tan ardiente gesto de inspiración, que el chaleco dejó al descubierto los calzones. Fue entonces cuando Ega comprendió. Rufino exaltaba a una princesa que había donado seiscientos mil reis para los inundados del Ribatejo, y que iba a organizar, en beneficio de ellos, un rastrillo en la Tapada^[145]. Pero no sólo era aquella soberbia caridad lo que deslumbraba a Rufino, porque él, «como todos los

hombres educados en la filosofía y que poseen la verdadera orientación mental del siglo, veía en los grandes hechos de la Historia no sólo su belleza poética, sino su influencia social. La multitud, sonreía sin más, maravillada ante la incomparable poesía de la mano finamente enguantada que se tiende hacia el pobre. Pero él, como filósofo que era, ya columbraba el fruto, profundo y hermoso, emanado de aquellos delicados dedos de princesa... ¿Lo adivinaban, señores? ¡El renacimiento de la Fe!».

De repente, un abanico cayó desde la galería, arrancando un chillido a una señora gorda, levantando susurros y una corta conmoción. Uno de los comisarios del sarao, don José Sequeira, se alzó enseguida sobre los escalones del tablado, con su lazo de seda roja en la solapa del frac, lanzando una severa mirada bizca al rincón indisciplinado, donde las risitas se sucedían. Otros caballeros indignados gritaban: «¡Chitón, silencio, fuera!». Y de los asientos de primera fila surgió el rostro ministerial de Gouvarinho, celoso del orden, con los lentes brillándole con dureza... Ega buscó junto a él a la condesa: estaba un poco más allá, con un sombrero azul, entre la Alvim, toda de negro, y unas anchas espaldas cubiertas de satén malva, pertenecientes a la baronesa de Craben. Ya el rumor se desvanecía, y Rufino, que se había humedecido los labios en el vaso, dio un paso al frente, sonriendo, con el pañuelo blanco en la mano:

—Decía yo, señores, que dada la orientación mental del siglo...

Pero Ega se ahogaba, harto de Rufino, extenuado, con la impresión de que el cura olía mal. No soportó más: retrocedió en busca de Carlos, para explayarse a gusto.

—¿Has visto algo igual?

—¡Lamentable! —murmuró Carlos—. ¿Cuándo toca Cruges?

Ega no sabía, habían alterado el programa.

—¡Ahí tienes a la Gouvarinho! Delante, de azul... ¡No pienso perderme el reencuentro!

Pero los dos se giraron, sintiendo que por detrás les siseaban discretamente: «*Bonsoir, messieurs*»... Era Steinbroken con su secretario, graves, con frac, con el clac cerrado. De inmediato Steinbroken se quejó de la ausencia de la familia real:

—*Monsieur de Cantanhede, qui est de service, m'avait cependant assuré que la Reine viendrait... C'est bien sous sa protection, n'est-ce pas, toute cette musique, ces vers?... Voilà pourquoi je suis venu. C'est très ennuyeux... Et Alphonse da Maia, toujours en bonne santé?*

—Merci...

El silencio de la sala era impresionante. Rufino, con gestos como de quien traza en una tela líneas lentas y nobles, describía la dulzura de un pueblecito, su aldea natal al atardecer. Su vozarrón languidecía, enternecido, muriendo con un rumor de crepúsculo. Steinbroken, con mucha delicadeza, le dio unos golpecitos en el hombro a Ega. Quería saber si aquél era el gran orador de que le habían hablado... Ega afirmó

con patriotismo que era ¡uno de los mayores oradores de Europa!

—¿En qué género?

—¡En el género sublime, el de Demóstenes!

Steinbroken alzó las cejas con admiración, y se dirigió en finlandés al secretario, que se ajustó lánguidamente el monóculo: y con el clac bajo el brazo, cerrados los ojos, en religioso recogimiento, los dos enviados de Finlandia aguzaron el oído, a la espera de lo sublime...

Rufino, de brazos caídos, confesaba la fragilidad de su alma. Pese a la poesía ambiente de su aldea natal, en que cada violeta en el prado, cada ruiseñor en su tilo, probaban la existencia de Dios irrefutablemente, él había sufrido el flagelo del descreimiento. Sí, cuántas veces, al caer la tarde, cuando las campanas de la vieja torre lloraban en el aire el avemaría y en el valle cantaban las segadoras, él había pasado junto a la cruz del atrio y la cruz del cementerio mirándolas por encima del hombro, cruelmente, con la fría sonrisa de Voltaire...

Un vasto temblor emocionado recorrió la sala. Voces sofocadas de gozo apenas lograbán musitar: «Muy bien, muy bien»...

Y había sido en semejante estado, devorado por la duda, como Rufino había oído resonar por todo Portugal un grito de horror... ¿Qué sucedía? ¡Era la Naturaleza, que se volvía contra sus hijos! Y alzando los brazos al cielo, como quien se debate en medio de la catástrofe, pintó la inundación... ¡Aquí las aguas acababan con una granja, nido florido de amores; allí, en una quebrada, balaban llorosos los rebaños; más allá, las negras aguas arrastraban conjuntamente un botón de rosa y una cuna!...

Hubo un estallido de bravos profundos y roncós, procedentes de pechos jadeantes. Y en torno a Carlos y a Ega, los caballeros se volvían unos hacia otros, con el rostro iluminado, comulgando en un idéntico entusiasmo: «¡Qué facundia!... ¡Caramba!... ¡Sublime!...».

Rufino sonreía, disfrutando de semejante conmoción, obra de su verbo. Luego, respetuosamente, se volvió hacia los reales asientos, solemnes y vacíos...

Viendo que la cólera de la Naturaleza rugía implacable, ¡él había alzado sus ojos hacia el natural abrigo, hacia el alto lugar de donde surte la salvación, hacia el trono de Portugal! ¡Y de pronto, deslumbrado, había visto extenderse sobre su cabeza las alas blancas de un ángel! ¡Era el Ángel del Socorro, señores! ¿Y de dónde venía? ¿Dónde había recibido la inspiración de la caridad? ¿De dónde había salido con aquellos cabellos de oro? ¿De los libros de ciencia? ¿De los laboratorios de química? ¿De los anfiteatros de anatomía, en los que se negaba cobardemente el alma? ¿De las gélidas escuelas de filosofía, que convierten a Jesús en un precursor de Robespierre? ¡No! Él había osado interrogar al Ángel, humillándose, la rodilla en tierra. Y el Ángel del Socorro, apuntando al espacio divino, le había susurrado: «Vengo de Allende».

Un susurro de éxtasis recorrió los bancos repletos. Era como si los estucos del

techo se abrieran y los ángeles cantasen en lo alto. Un estremecimiento devoto y poético erizó la nuca de las damas.

Ya Rufino acababa, con una altiva certeza en el alma. ¡Sí señores! Desde aquel momento, la duda había sido en él como la niebla que el sol, nuestro radiante sol portugués, disipa en los aires... Porque ahora, a despecho de todas las ironías de la ciencia, de los escarnios vanidosos de un Renan, de un Littré y un Spencer, él, que había recibido la divina confianza, afirmaba allí, con la mano en el corazón, a las claras y bien alto, ¡que había un Cielo!

—¡Así se habla! —farfulló el cura sebooso desde su sitio.

Y a lo largo y ancho de la sala, los caballeros de los ministerios, de la Arcada^[146], de la Casa Havanesa, con grandes voces, entre aplausos, proclamaban orgullosos la existencia del Cielo.

Ega, que se reía, divertido, sintió a su lado un gruñido ronco de cólera. Era Alencar, con paletó y corbata blanca, que se atusaba sombríamente los bigotes.

—¿Qué te ha parecido, Tomás?

—¡Da náuseas! —rugió con voz sorda el poeta.

Temblaba, todo fuera de sí. Que en una noche como aquella, noche de poesía, cuando los hombres de letras debían mostrarse tal y como eran, hijos de la Democracia y la Libertad, aquel canalla se dedicase a dar coba a la familia real... ¡Era sencillamente nauseabundo!

Al fondo, junto a los escalones del tablado, todo eran abrazos y felicitaciones para Rufino, resplandeciente de orgullo y sudor. Los caballeros huían a toda prisa por la puerta, achicharrados, si bien muy conmovidos, echando mano a las pureras. Entonces el poeta trabó del brazo a Ega:

—Oye, yo venía precisamente en tu busca. Guimarães, el tío de Dâmaso, me ha pedido que os presente... Dice que se trata de un asunto serio, muy serio... Está ahí abajo, en el ambigú, con un grog.

Ega pareció sorprendido... ¿Un asunto muy serio?

—¡Bien, tomemos también un grog! ¿Qué recitas tú luego, Alencar?

—«La Democracia» —le fue contando el poeta por la escalera, no sin cierta reserva—. Una cosita nueva, ya verás... Unas cuantas verdades dichas a la cara de toda esta burguesía...

En la puerta del ambigú, se toparon con Guimarães, que salía, el sombrero sobre un ojo, el cigarro encendido, abrochándose la levita. Alencar hizo las presentaciones, con mucha prosopopeya:

—Mi amigo João da Ega... Mi viejo amigo Guimarães, un valiente de los nuestros, un veterano de la Democracia.

Ega se llegó a una mesa, le ofreció cortésmente asiento al veterano de la Democracia, y quiso saber si prefería coñac o cerveza.

—Acabo de tomarme mi grog de guerra —dijo el señor Guimarães secamente—. Con eso tengo para toda la noche.

Un mozo pasaba un paño lento por el velador. Ega pidió cerveza. Y sin preámbulos, dejando a un lado el puro, pasándose la mano por las barbas, como retocando la majestad de su rostro, el señor Guimarães se explicó con lentitud y solemnidad:

—Yo soy el tío de Dâmaso Salcede, y le he pedido a mi viejo amigo Alencar que nos presente a fin de intimarle a que me mire con atención y me diga si yo tengo cara de borracho...

Ega comprendió, y fue al grano, con franqueza y bonhomía:

—Usted se refiere a una carta escrita por su sobrino...

—¡Carta que usted dictó! ¡Carta que usted le obligó a firmar!

—¿Yo?...

—¡Eso es lo que él me ha dicho, caballero!

Alencar intervino:

—¡Hablen más bajo, qué demonios! Esto es un nido de chismosos...

El señor Guimarães carraspeó, se acercó un poco más a la mesa. Había estado, contó, fuera de Lisboa unas cuantas semanas, asuntos relativos a la herencia de su hermano. No había visto a su sobrino, porque sólo se veía con semejante imbécil por estricta necesidad. La víspera, en casa de un antiguo amigo, Vaz Forte, le había echado una ojeada casual a un periódico, el *Futuro*, un diario republicano, bien escrito, aunque flojo de ideas. Y se había topado en la primera página, en caracteres enormes, bajo la rúbrica «Cosas del *High Life*», por lo demás muy pertinente, con la carta de su sobrino... ¡El señor Ega se imaginaría cuál no había sido su furor! Allí mismo, en casa de Forte, había escrito a Dâmaso poco más o menos en los siguientes términos: «He leído tu infamante declaración. Si mañana no publicas otra, en todos los diarios, diciendo que no era tu intención incluirme entre los borrachos de tu familia, voy en tu busca y te rompo todos los huesos uno a uno. ¡Tiembra!». Eso era lo que le había escrito. Y ¿sabía el señor João da Ega cuál había sido la respuesta del señor Dâmaso?

—Pues aquí la tengo, ¡es todo un *documento humano*, como dice el amigo Zola! Aquí está... Gran papel, monograma de oro, corona de conde. ¡Valiente cenutrio! ¿Desea usted que se la lea?

A un gesto risueño de Ega, leyó lentamente, remarcando las palabras:

¡Mi querido tío! La carta a la que usted se refiere la escribió el señor João da Ega. Yo soy incapaz de tal desacato a nuestra querida familia. Fue él quien me cogió la mano y me forzó a firmar. Yo, confundido, fuera de mí, firmé para evitar habladurías. Fue una trampa de mis enemigos. Mi querido tío sabe lo

mucho que le aprecio, tanto, que el año pasado, de haber sabido su dirección en París, le hubiera mandado media pipa de vino de Colares. No se enfade conmigo. ¡Yo ya soy bastante infeliz! Si lo desea, busque a ese João da Ega, él es el causante de todo. ¡Pero crea que mi venganza será sonada! Aún no he decidido el medio, tan confundido me hallo. Pero esté seguro de que nuestra familia ha de quedar desagraviada, porque yo nunca he admitido que nadie juegue con mi dignidad... Y si aún no he hecho nada, y no lo hago antes de mi marcha a Italia, si aún no he batallado por mi honor, se debe a que desde hace días, con todas estas turbaciones, padezco una tremenda disentería, y estoy que no me tengo en las piernas. ¡Lo cual se añade a mis males morales!

...

—¿Se ríe usted, señor Ega?

—Y ¿qué quiere usted que haga? —balbució Ega por fin, sofocado, con lágrimas en los ojos—. Me río yo, se ríe Alencar, usted se ríe. ¡Es extraordinario! Esa dignidad, esa disentería...

El señor Guimarães, avergonzado, miró a Ega, miró al poeta, que reprimía la risa bajo sus largos bigotes, y acabó diciendo:

—En efecto, la carta es propia de un asno... Pero los hechos no cambian...

Entonces Ega apeló al sentido común del señor Guimarães, a su experiencia en asuntos de honra. ¿Le cabía a él en la cabeza que dos caballeros, que iban a casa de un hombre a desafiarle, le cogiesen la mano y le forzaran violentamente a firmar una carta en la que se confesaba un borracho?

El señor Guimarães, halagado con aquella mención deferente a su tacto y su experiencia, confesó que el caso, por lo menos en París, sería poco natural.

—¡Y en Lisboa, señor! ¡Qué demonios, esto no es Cafrería! Dígame usted una cosa, de *gentleman* a *gentleman*: ¿conceptúa usted a su sobrino como un hombre irreprehensiblemente verídico?

El señor Guimarães se atusó las barbas, y lealmente declaró:

—Un redomado mentiroso.

—¡Entonces! —gritó Ega triunfal, alzando los brazos.

Alencar intervino de nuevo. La cuestión le parecía satisfactoriamente zanjada. No quedaba sino que se dieran un fraternal apretón de manos, como buenos demócratas...

Se puso en pie y se echó la ginebra al colete. Ega sonreía, tendiéndole la mano al señor Guimarães. Mas el viejo demagogo, aún sombrío el rostro arrugado, deseó que el señor João da Ega (si no dudaba de ello) declarase allí mismo, ante el amigo Alencar, que no encontraba que él, Guimarães, tuviese cara de borracho...

—¡Oh, mi querido señor! —exclamó Ega, que llamaba al mozo golpeando con el

dinero en la mesa—. ¡Muy al contrario! ¡Tengo el mayor de los placeres en proclamar, en presencia de Alencar y a los cuatro vientos, que su cara me parece la de un perfecto caballero y un patriota!

Se dieron un enérgico apretón de manos, al tiempo que Guimarães expresaba su satisfacción de haber conocido al señor João da Ega, joven tan talentoso y liberal. Y que cuando necesitara cualquier cosa, política o literaria, no tenía más que escribirle a una dirección bien conocida en todo el mundo: «*Redaction du Rappel*, París».

Alencar había desaparecido. Los dos dejaron el ambigú, cambiando impresiones acerca del sarao. El señor Guimarães estaba enojado con la beatería, el servilismo de aquel Rufino. Al oírle hablar de las alas de la princesa y de la cruz del atrio, había estado a punto de gritarle: «¿Cuánto te pagan, miserable?».

Mas de repente Ega se detuvo en mitad de la escalera, destocándose:

—¡Oh señora baronesa! ¿Nos abandona ya?

Era la Alvim, que bajaba las escaleras muy despacio, en compañía de Joaninha Vilar, atándose las largas cintas de una capa de felpa verde. Se quejó de un dolor de cabeza espantoso, pese a que Rufino le había encantado... Pero una noche entera de literatura, ¡era insufrible! ¡Y ahora que ella se iba, un pianista había empezado a tocar música clásica!

—¡Es mi amigo Cruges!

—¡Ah! ¿Es amigo suyo? Pues debería haberle dicho que comenzara con el *Pirolito*^[147]...

—Me aflige usted con ese desdén suyo hacia los grandes músicos... ¿No quiere que la acompañe al coche? Paciencia... ¡Muy buenas noches, doña Joana!... ¡A sus pies, baronesa! ¡Y que Dios le quite el dolor de cabeza!

Ella se volvió, aún en las escaleras, y le amenazó risueñamente con el abanico:

—¡No me sea impostor! Usted no cree en Dios.

—Perdón... ¡Que el Diablo le quite el dolor de cabeza, baronesa!

El viejo demócrata había desaparecido discretamente. Desde la antesala, Ega vio al fondo, sobre el estrado, sentado en una banqueta muy baja que le forzaba a arrastrar los faldones del chaqué, a Cruges, la nariz picuda contra la partitura de la sonata, martilleando diestramente el teclado. Avanzó de puntillas por el pasillo alfombrado de rojo, ahora desahogado, casi vacío: el aire era más fresco, y las señoras, cansadas, bostezaban tras los abanicos.

Se detuvo junto a doña Maria da Cunha, que se apretaba en una fila de íntimos: la marquesa de Soutal, las dos Pedroso, Teresa Darque. La buena de doña Maria le tocó en el brazo, quería saber quién era aquel músico de melena.

—Es un amigo mío —murmuró Ega—. Un gran pianista, Cruges.

Cruges... Aquel nombre fue de boca en boca de las señoras, que no lo conocían. ¿Y era una composición suya aquella cosa tan triste?

—Es de Beethoven, doña Maria, la *Sonata patética*.

Una de las Pedroso no comprendió bien el nombre de la sonata. Y la marquesa de Soutal, muy seria, muy hermosa, oliendo despaciosamente un frasquito con sales, dijo que se trataba de la *Sonata patata*. Por todo el banco corrió un reguero de risitas sofocadas. ¡La *Sonata patata*! ¡Ah, divino! Al extremo del banco, Vargas el gordo, el de las carreras, alargó su rostro enorme, imberbe y del color de las amapolas:

—¡Muy bien, señora marquesa, muy aguda!

Y la broma llegó a otras señoras, que se volvían hacia la marquesa con una sonrisa, entre el frufrú de los abanicos. Ella triunfaba, bella y seria, con un vestido antiguo de terciopelo negro, respirando sus sales, mientras que más adelante, un aficionado de barba grisácea clavaba en aquel grupito ruidoso dos grandes lentes de oro que refulgían de cólera.

Entretanto los cuchicheos cundían por toda la sala. Los acatarrados tosían sin el menor recato. Dos caballeros habían abierto la *Tarde*. Y encorvado sobre el teclado, con el chaqué vencido hacia delante, el pobre Cruges, sudoroso, atontado por aquella desatención rumorosa, confundía las notas, que huían en desorden.

—Un completo fiasco —declaró Carlos, que se había acercado a Ega y al grupito.

¡Qué sorpresa para doña Maria da Cunha, qué alegría! ¡Por fin se dejaba ver el Bello Tenebroso! ¿A qué se había dedicado durante el verano? Todo el mundo le había estado aguardando en Sintra, alguna persona incluso con verdadera ansiedad... Un «¡chis!» furioso del aficionado de las barbas grisáceas la calló. Era el preciso momento en que Cruges, tras dos acordes bruscos, arrastró hacia atrás la banqueta y desapareció del estrado enjugándose las manos en el pañuelo. Aquí y allá se oyeron algunas palmas corteses, por entre un gran murmullo de alivio. Ega y Carlos corrieron a la puerta, donde ya aguardaban el marqués, Taveira y Craft, dispuestos a abrazar y consolar al pobre Cruges, que temblaba de la cabeza a los pies, con la mirada extraviada.

Y de inmediato, en el silencio expectante que había sucedido a la actuación de Cruges, apareció en el tablado un sujeto muy flaco, muy alto, con un manuscrito en la mano. Alguien, cerca de Ega, dijo que se trataba de Prata, y que iba a hablar sobre «la situación agrícola de la provincia del Miño». Tras él, un mozo dispuso en una mesa un candelabro con dos velas. Prata, girándose a medias hacia la luz, se sumió en el cuaderno: y de aquel perfil triste y de las anchas hojas fue surgiendo un rumor lento, un rumor de rezo con somnolencia de novena, en el que de tanto en tanto despuntaban como gemidos: «Riqueza ganadera», «la ruina de las propiedades», «fértil y desamparada región...».

Fue el inicio de una desbandada disimulada y hormigueante, que ni los «¡chis!» del comisario del sarao, en pie y alerta sobre un peldaño del estrado, lograron contener. Sólo las señoras se quedaron, y algún que otro burócrata proveyo, que se

inclinaba con celo en dirección a la fuente del rezo, con la mano en forma de concha sobre la oreja.

Ega, que había huido también «del feraz paraíso del Miño», se halló frente al señor Guimarães.

—Un tostón, ¿eh?

El demócrata concordó en que aquel preopinante no le parecía divertido... Después, más serio, pensando en otra cosa, cogió a Ega de un botón del frac:

—Confío en que hace unos instantes no se quedara usted con la impresión de que yo me solidarizo con mi sobrino o abogo por él...

¡Oh, claro que no! Saltaba a la vista que el señor Guimarães no albergaba por Dâmaso el menor entusiasmo familiar.

—¡Asco, señor, auténtico asco es lo que me da! Cuando Dâmaso fue a París por vez primera y supo que yo vivía en una buhardilla, ¡no se molestó en ir a verme! Porque semejante imbécil se da aires de aristócrata... Y como a buen seguro sabe, ¡es hijo de un agiotista!

Sacó su purera, y añadió con gravedad:

—¡Su madre sí! Mi hermana era de buena familia. Se casó así de mal, pero ella era de buena familia. A mí, como usted comprenderá, con mis principios, todo eso de la hidalguía, los pergaminos, los blasones, se me antoja pura *blague*... Pero los hechos son los hechos, y la historia de Portugal ahí está... Los Guimarães da Barrada eran de sangre azul.

Ega sonrió, con cortés asentimiento:

—¿Y regresa usted pronto a París?

—Mañana mismo parto para Burdeos... Ahora que han acabado con esa chusma de los Mac-Mahon, los Broglie y los Decazes, ya se puede respirar tranquilo...

En aquel instante, Teles y Taveira pasaban cogidos del brazo, y se volvieron para observar con curiosidad a aquel viejo austero, todo vestido de negro, que hablaba en voz alta con Ega de mariscales y duques. Ega se dio cuenta. El demócrata, además, llevaba una levita nueva de cachemira, y su altivo sombrero relucía. Ega se quedó de buen grado conversando con aquel *gentleman* correcto y venerable, que tanto impresionaba a sus amigos.

—En efecto, la república —observó dando algunos pasos en compañía del señor Guimarães— ha estado a punto de irse a pique.

—¡Ya lo creo! Y yo, mi querido amigo, aquí donde me ve, a punto de que me expulsaran de Francia por unas cuantas verdades que dije en una reunión anarquista. Incluso me han contado que en un consejo de ministros el mariscal Mac-Mahon, que es un oficial de cuchara, soltó un puñetazo en la mesa y dijo: «*Ce sacré de Guimaran, il nous embête, faut lui donner du pied dans le derrière*». No sé, yo no estaba allí, pero eso es lo que me han dicho... En París, como los franceses no saben pronunciar

Guimarães, y a mí no me gusta que me destrocen el nombre, me firmo *Guimaran*. Hace dos años, en Italia, era *Guimarini*. Y si fuera a Rusia me haría llamar *Guimaroff*... ¡No soporto que me destrocen el nombre!

Habían vuelto a la puerta del salón. Los largos bancos vacíos conferían a la sala, bajo el brillo pesado de las luces de gas, una tristeza de abandono y tedio. En el estrado, Prata continuaba, con la mano en el bolsillo, la lectura de su manuscrito, sin que surgiera ya de aquel espantajo larguirucho el menor sonido. Pero el marqués, que se dirigía hacia ellos desde el fondo del salón, abrigándose con su *cache-nez* de seda, le dijo a Ega de pasada que aquel sujeto era de lo más práctico, que sabía de poda, y que allí estaba, a vueltas con su Proudhon.

Ega y el demócrata prosiguieron sus lentos paseos por la antesala, en la que, como en un patio, entre fumaradas furtivas de cigarro, crecían los cuchicheos de las conversaciones, ya apenas sofocadas. El señor Guimarães se chanceaba de que en aquel teatrillo se citara a Proudhon a propósito del estiércol del Miño...

—Oh, a Proudhon, aquí en Portugal —terció Ega riéndose— se le cita mucho, es ya un clásico, un monstruo. Hasta los consejeros de Estado han logrado aprenderse que para él la propiedad era un robo, y que Dios era el mismísimo mal...

El demócrata se encogió de hombros:

—¡Un gran hombre, sí señor! ¡Un hombre formidable! Sólo hay tres verdaderos gigantes en este siglo: ¡Proudhon, Garibaldi y el compadre!

—¿El compadre? —exclamó Ega atónito.

Era el apodo amistoso que el señor Guimarães le daba en París a Gambetta. No había vez que Gambetta le viese, que no le gritara en español, desde lejos: «¡Hombre, compadre!». Y él le respondía: «¡Compadre, caramba!». De ahí el mote, que le gustaba mucho a Gambetta. Porque era muy buena gente, y amigo de esta franqueza nuestra meridional. ¡Y patriota, claro!

—¡Enorme, mi querido amigo, el mayor de todos!

Ega se imaginaba que el señor Guimarães, con sus relaciones del *Rappel*, debía profesar el culto de Victor Hugo...

—Ése, querido amigo, no es un hombre, ¡es un mundo!

El señor Guimarães alzó más la cabeza, y añadió con infinita prosopopeya:

—¡Un mundo!... ¡Y aquí donde me ve, no hace aún tres meses que ese genio me dijo una cosa que me llegó directa al corazón!

Percibiendo encantado el interés y la curiosidad de Ega, el demócrata se extendió en el relato de aquel glorioso lance, que aún le conmovía:

—Fue una noche en el *Rappel*. Yo estaba escribiendo, y de repente apareció él, ya un poco torpón por los años, aunque con el ojo brillante, con esa bondad suya, esa majestad... Yo me puse en pie como si se tratara de un rey... ¡Qué digo! A un rey le habría dado una patada en el culo. Me levanté como si me hallara ante un dios. ¿Un

dios? ¡No hay dios capaz de hacer que yo me levante!... En fin, dejémoslo, me levaté. Él me miró, hizo un gesto así con la mano, y me dijo sonriendo, con ese aire de genio que tiene siempre: «*Bonsoir, mon ami*».

El señor Guimarães dio algunos pasos muy dignos, en silencio, como si aquel *bonsoir*, aquel *mon ami*, así recordados, le imbuyesen más vivamente de su importancia en el mundo.

Alencar, que gesticulaba ante un grupo de señores, se echó encima de ellos, pálido, con los ojos llameantes de indignación:

—¿Qué me dicen ustedes de esta falta de vergüenza? Ese infame lleva media hora con su infolio, venga a rebuznar... ¡Todo el mundo ha desaparecido! ¡Y yo voy a tener que recitar para los bancos vacíos!

Y apretando los dientes, fue a desahogar sus furores a otro corrillo.

Pero unos cuantos aplausos desmayados le hicieron a Ega volver la cabeza. El estrado estaba nuevamente vacío, con las dos velas ardiendo en su candelabro. Un cartelón con grandes letras, colocado por un mozo encima del piano, anunciaba una «pausa de diez minutos», como en el circo. Y la condesa de Gouvarinho abandonaba la sala del brazo de su marido, dejando tras de sí un vasto surco de saludos, de espinazos doblados, de sombrerazos de burócratas. El director del sarao se afanaba buscándoles asiento. Sin embargo la condesa fue a reunirse con doña Maria da Cunha, a la que había visto, en compañía de las Pedroso y la marquesa de Soutal, refugiada en el vano de una ventana. Ega, tras esperar a que las señoras se besuquearan, se acercó al cogollito.

—Así que, señora condesa, ¿aún conmovida con la elocuencia de Rufino?

—Muy cansada... ¡Y qué calor!

—Horrible. La baronesa de Alvim se ha marchado con dolor de cabeza...

La condesa, que tenía ojeras y arrugas en las comisuras de la boca, murmuró:

—No me extraña, esto no es nada divertido... Pero en fin, hay que cargar con esta cruz.

—¡Si fuera una cruz, mi querida señora! —exclamó Ega—. Mas por desgracia ¡es una lira!

Ella se rió. Y doña Maria da Cunha, que aquella noche parecía rejuvenecida y vivaz, le dedicó una amplia sonrisa, que expresaba la cariñosa admiración que sentía por él.

—¡Este Ega!... ¡No hay quien pueda con él!... Y dígame otra cosa, ¿qué ha sido de su amigo Maia?

Ega la había visto momentos antes, en el salón, tirarle de la manga a Carlos, cuchichear con él. Pero disimuló:

—Por ahí anda, muy interesado por toda esta literatura...

De repente, los ojos bonitos y lánguidos de doña Maria da Cunha rebrillaron con

una punta de malicia:

—Hablando del rey de Roma... Aquí tenemos al Bello Tenebroso.

Sí, era Carlos, que pasaba junto al grupito y se enfrentaba a los brazos abiertos de par en par del conde de Gouvarinho, tan efusivo como si hubiera renacido su viejo afecto. Carlos no había vuelto a ver a la condesa desde la noche del Aterro, cuando la abandonó para siempre con un portazo y la dejó llorando en el coche. Ambos bajaron los ojos al extender las manos para saludarse, lentamente. Fue ella quien rompió aquel azoramiento, abriendo su gran abanico de plumas de avestruz:

—Qué calor, ¿no es cierto?

—¡Atroz! —dijo Carlos—. ¿No se acerca a tomar el aire a esa ventana?

Ella forzó una sonrisa de sus labios blancos:

—¿Es un consejo de médico?

—¡Oh, mi querida señora, no es mi hora de consulta! Es tan sólo caridad cristiana.

Pero de repente la condesa llamó a Taveira, que se reía, siempre muy amartelado con la marquesa de Soutal, para reprenderle por no haber comparecido el martes en la Rua de São Marçal. Sorprendido ante aquel súbito interés por su persona, aquella familiaridad, Taveira, muy encarnado, balbució que no sabía nada, que qué mala suerte, que había estado ocupado con unos asuntos...

—No se me ha ocurrido pensar que usted comenzara a recibir tan pronto... Otros años era mediada la Cuaresma. Recuerdo que el año pasado...

Pero enmudeció. El conde de Gouvarinho se había dado la vuelta, posando su mano cariñosa en el hombro de Carlos, recabando su impresión acerca de «nuestro Rufino». ¡Él, el conde, estaba encantado! Encantado sobre todo con su «variedad de registro», aquel arte tan difícil de pasar de lo solemne a lo ameno, de descender del fraseo más excelso a los juegos de palabras. ¡Extraordinario!

—Yo he escuchado a grandes parlamentarios, a Rouher, a Gladstone, a Cánovas, a muchos más... Y no tienen estos vuelos, esta opulencia... Tanto en ideas como en expresión son muy secos. ¡No llegan al alma! Fíjense ustedes, amigos míos, en esa imagen tan poderosa, tan respetuosa, del Ángel del Socorro descendiendo despacio sobre la tierra, con las alas de satén... Es de primer orden.

Ega no se reprimió:

—Pues a mí ese Rufino, ese genio, me parece un imbécil.

El conde sonrió, como ante la gracia de un niño:

—Es una opinión...

Y se dedicó a repartir apretones de manos a Sousa Neto, a Darque, a Teles da Gama, a otros que se iban sumando al cogollito, mientras que sus correligionarios, sus colegas del Centro, de la Cámara, Gonzalo, Neves, Vieira da Costa, rondaban a cierta distancia, sin poder abordar a su ministro, que conversaba y reía con jóvenes y

señoras de la «sociedad». Darque, que era pariente de Gouvarinho, quiso saber cómo se las arreglaba con las exigencias del poder... El conde declaró, dirigiéndose a toda la concurrencia, que de momento no había sino pasado revista a los medios de que disponía para atacar los problemas... Por lo demás, en punto a trabajo, aquel Gobierno no estaba teniendo suerte: el presidente del Consejo se hallaba en cama con un catarrazo, fuera de combate por una semana; y ahora su colega de Hacienda tenía las fiebres del Aterro...

—¿Mejora? ¿Se levanta ya? —le preguntaron con mucha solicitud.

—Está igual. Mañana se marcha a Dafundo^[148]. Pero éste aún puede ser útil. Ayer mismo yo le decía: «Váyase usted a Dafundo, con sus papeles, sus documentos... Por la mañana se da usted sus buenos paseos, respira aire puro. Y por la noche, después de cenar, a la luz de la lámpara, se entretiene usted arreglando la Hacienda pública».

Tintineó una campanilla. Don José de Sequeira, muy urgido, con gran sofoco, se abrió paso hasta el señor ministro para anunciarle el fin del descanso, para ofrecer su brazo a la señora condesa. Camino de la sala, ella le recordó a Carlos «sus martes», con la delicada sencillez con que se recuerda un deber. Él se inclinó en silencio. Era como si todo lo ocurrido, la caída en el sofá, los encuentros en casa de la tía, los coches impregnados de su fuerte aroma a verbena, fuesen cosas que ambos hubieran leído en un libro y ambos hubieran olvidado. Tras ella iba su marido, con la cabeza y los lentes bien altos, como competía a un representante del Poder en aquella fiesta de la Inteligencia.

—¡Vaya —dijo Ega alejándose con Carlos— bríos no le faltan a la señora!

—¿Qué quieres? Tras haber vivido su hora de locura y pasión, continúa tranquilamente con su vida de siempre.

—Y en su vida de siempre —concluyó Ega— se encuentra contigo a cada paso, que la has visto en camisa... ¡Bonito mundo!

Pero Alencar apareció en lo alto de la escalera, de vuelta del ambigú y la ginebra, con el ojo cavernoso más reluciente, el paletó al brazo, listo para recitar. El marqués se sumó a ellos, enterrado en su *cache-nez* de seda blanca, más ronco, quejándose de que a cada minuto tenía peor la garganta... ¡Siempre a vueltas con aquella miserable garganta!...

Después, muy serio, preocupándose por Alencar, inquirió:

—Oye, eso que vas a recitar, «La Democracia», ¿es política o sentimiento? Porque si es política, me largo. Pero si es sentimiento, si habla de la humanidad, del santo obrero, de la fraternidad, entonces me quedo, que eso me gusta y a lo mejor hasta me sienta bien.

Los demás le aseguraron que era cosa de sentimiento. El poeta se quitó el sombrero, se pasó los dedos por los rizos ajados de su greña inspirada:

—Muchachos... lo uno va con lo otro. Pensad en Danton... Aunque no hace falta

remitirse a los leones de la Revolución. ¡Pensad en Passos Manuel!^[149] Salta a la vista que la lógica es necesaria... Pero ¡caramba, una política sin entrañas, sin su pizca de infinito, es algo insufrible!

Súbitamente, quebró el nuevo silencio de la sala un vozarrón aún más fuerte que el de Rufino, que hizo retumbar los nombres de don João de Castro^[150] y Afonso de Albuquerque... Todos se acercaron a la puerta, curiosos. Era un mocetón gordo, de barbita picuda y camelia en la solapa, que con la mano alzada como si agitase la bandera de Portugal, lamentaba a voz en grito que nosotros, portugueses, dueños de este hermoso estuario del Tajo y de tantas tradiciones gloriosas, malbaratásemos, al viento del indiferentismo, la sublime herencia de nuestros mayores...

—¡Patriotismo! —dijo Ega—. ¡Huyamos!

Pero el marqués les retuvo, le apetecía un poco de gloria nacional. Y fue al pobre marqués al que el buen patriota pareció interpelar, alzando sobre las puntas de los botines su corpachón rotundo. ¿Quién había allí que blandiendo en una mano una espada y en la otra una cruz, se embarcase en una carabela para llevar el nombre de Portugal por mares desconocidos? ¿Quién había allí que fuese lo bastante heroico como para imitar al gran João de Castro, que en su quinta de Sintra había arrancado todos los frutales, tan desprendida era su alma de poeta?...

—¡Este miserable nos quiere dejar sin postre! —exclamó Ega.

En torno hubo risitas alegres. El marqués, enojado, volvió la espalda a aquel patriotismo de tres al cuarto. Otros bostezaban tapándose la boca con la mano, hastiados a más no poder de «todas nuestras glorias». Y Carlos, enervado, obligado a quedarse para aplaudir a Alencar, llamaba a Ega para bajar al ambigú a distraerse un poco cuando vio a Eusèbiozinho, que bajaba por la escalera poniéndose un paletó ceniciento. No le había vuelto a ver después de la infamia de la *Corneta*, en la que él había hecho de «embajador». Y la cólera de aquel episodio revivió en él, deseó molerle a palos. Le dijo a Ega:

—Mientras llega el turno de Alencar, ¡voy a aprovechar el tiempo arrancándole las orejas a ese mequetrefe!

—¡Déjalo —terció Ega— es un irresponsable!

Pero ya Carlos corría escaleras abajo. Ega le siguió, temiéndose una violencia. Cuando llegaron a la puerta, vieron que Eusèbio se encaminaba hacia el Carmo. Le alcanzaron en el Largo da Abegoaria, a aquella hora desierto, mudo, con dos faroles de gas mortecinos. Al ver que Carlos caía así sobre él, sin paletó, el plastrón blanco brillando en la noche oscura, Eusèbio, encogido, balbució embarulladamente:

—Hombre, tú por aquí...

—¡Óyeme, engendro! —le increpó Carlos en voz baja—. ¿Conque tú también has estado metido en la canallada de la *Corneta*? ¡Debería romperte los huesos uno a uno!

Le agarró del brazo, aún sin odio. Pero en cuanto sintió en su mano fuerte aquella carne flácida, trémula, renació en él la vieja aversión, nunca del todo extinguida, que de pequeño le hacía saltar sobre Eusèbiozinho y dejarle hecho un guiñapo siempre que las Silveira le llevaban a la quinta. Le zarandéo furiosamente, como antaño, disfrutando de su furor. El pobre viudo se tambaleaba, desgachado, descoyuntado, los lentes negros volando por los aires, el sombrero enlutado rodando por el empedrado. Por fin Carlos le arrojó contra la puerta de una cochera.

—¡A mí, socorro! ¡Policía! —berreó el infeliz.

Carlos ya le echaba la mano al cuello. Pero Ega intervino:

—¡Alto! ¡Basta! Nuestro querido amigo ya ha recibido lo suyo...

Él mismo le alcanzó el sombrero. Tembloroso, jadeante, doblado en dos, Eusèbiozinho buscaba su paraguas. Como remate, con asco, la bota de Carlos le estampó contra la calzada, en un rincón lleno de inmundicias y humedades de caballo.

La plaza permanecía desierta, el gas languidecía. Tranquilamente, volvieron al sarao. En el vestíbulo, lleno de luz y plantas, se cruzaron con el patriota de la barbita picuda, que se dirigía al ambigú rodeado de amigos, pasándose el pañuelo por el pescuezo y la cara, exclamando con el cansancio radiante de un triunfador:

—Ha costado lo suyo, pero ¡les he hecho vibrar la cuerda!

Alencar ya debía de estar recitando. Los dos amigos subieron a zancadas las escaleras. Y en efecto, Alencar ya estaba en el escenario, en el que aún ardía el candelabro con dos velas.

Larguirucho, más sombrío aún contra aquel fondo amarillo canario, el poeta, pensativo, derramó por los asientos, por la galería, una mirada lenta y profunda. Ante semejante melancolía y solemnidad, se hizo un silencio expectante.

—¡«La Democracia»! —anunció el autor de *Elvira* con la pompa de una revelación.

Dos veces se pasó por los bigotes el pañuelo blanco, que arrojó encima de la mesa. Y alzando la mano con gesto amplio y demorado, dijo:

*Era en un parque. La luna
sobre los árboles quietos,
llenos de amor y secretos...*

—¿Qué le he dicho yo? —exclamó Ega tocándole al marqués en el hombro—. ¡Es sentimiento! ¡Le apuesto lo que quiera a que tenemos festín!

Y allí estaba el festín, el mismo cantado por Alencar en *Flor de martirio*, el festín romántico, en un vago jardín por el que corrían los vinos de Chipre, con colas de brocado que se arrastraban por entre los macizos de magnolias y cantos que ascendían de las aguas del lago y se sumaban al gemido de los violoncelos... Pero

enseguida traslució la severa idea social de la Poesía. Mientras que bajo los árboles radiantes a la luz de la luna todo eran «risas, brindis, lascivos murmullos», afuera, junto a las verjas doradas del parque, asustada por los ladridos de los molosos, una mujer macilenta, vestida con harapos, lloraba acunando contra su magro seno a su niño famélico... El poeta, sacudiéndose la melena hacia atrás, preguntaba por qué aún se pasaba hambre en aquel orgulloso siglo XIX. ¿De qué había servido entonces, desde Espartaco, el esfuerzo desesperado de los hombres en pro de la Justicia y la Igualdad? De qué la cruz del gran Mártir,alzada en la colina, donde, por entre los abetos,

*Se oculta la luz del sol,
el viento triste enmudece...
Y en el negro firmamento
las águilas ven muriendo
al hijo dulce de Dios.*

La sala permanecía muda y recelosa. Alencar, con las manos trémulas en el aire, no comprendía que el genio de generaciones y generaciones fuese impotente ante algo tan sencillo: ¡dar pan al niño que llora!

*¡Martirio del corazón!
¡Espanto de la conciencia!
¡Que toda la humana ciencia
no resuelva esta cuestión!
¡Que los tiempos corran, vuelen,
y ninguna luz asome!
¡A un lado el pobre no come,
al otro la indigestión!*

Ega se retorcía de risa tras el pañuelo, ahogándose, jurando que reventaba. «¡Y al otro la indigestión!» ¡Nunca, desde las alturas líricas, nadie había gritado nada tan extraordinario! Los sujetos más graves sonreían ante aquel «realismo» sucio. Un gracioso recordó que para las indigestiones ya existía el bicarbonato de potasa.

—¡Siempre que no se trate de las mías! —apuntó un caballero verduoso, que se aflojaba el chaleco.

Pero el silencio se restableció tras un «¡chis!» furioso del marqués, que en su excitación se había abierto el *cache-nez*, enternecido como siempre ante aquellos humanitarismos poéticos. Entretanto, ¡Alencar había dado con la respuesta al sufrimiento humano! ¡Se la había insinuado una voz! ¡Una voz que venía de lo hondo de los siglos, y que a través de ellos, siempre sofocada, había ido creciendo

irresistiblemente desde el Gólgota a la Bastilla! Y entonces, solemne tras la mesa, con un arranque de precursor y una firmeza de soldado, como si aquel honesto mueble de caoba fuese un púlpito y una barricada, Alencar, alzando la frente con la audacia de un Danton, lanzó su grito temible. ¡La solución era la República!

¡Sí, la República! No la del terror y el odio, sino la de la mansedumbre y el amor. ¡Aquella en que el millonario, sonriente, abría los brazos al obrero! Aquella que era aurora, consuelo, refugio, estrella mística y paloma.

*¡Pichón de Fraternidad,
que abriendo sus alas blancas
sobre los humanos lodos,
envuelve a sus hijos todos
en una santa Igualdad!*

Arriba, en la galería, resonó un bravo ardiente, sofocado de inmediato por los «¡chis!, ¡silencio!» de unos cuantos sujetos adustos. Entonces Ega alzó sus manos huesudas y gritó, con intrépida claridad:

—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Bravo!

Pálido ante su propia audacia, ajustándose el monóculo, declaró a los circundantes:

—La democracia de Alencar es absurda... Pero que los burgueses se muestren intolerantes, ¡eso no! Si ellos protestan, ¡soy yo el que aplaude!

Y sus manos magras se alzaron de nuevo bien alto, con las del marqués, que retumbaban como mazos. Y a su alrededor, otros que no querían ser menos demócratas que Ega y que aquel hidalgo tan linajudo, redoblaron los bravos con calor. A lo largo y ancho de la sala se volvían miradas inquietas contra aquel grupo infestado de revolución. Pero el silencio se impuso, conmovido y grave, cuando Alencar (que con mucha inspiración había previsto la intolerancia burguesa) preguntó en estrofas airadas qué era lo que detestaban, lo que temían en el advenimiento sublime de la República... ¿El pan caritativo que se da a un niño? ¿La mano justa tendida al proletario? ¿La esperanza? ¿La aurora?

*¿Receláis de la gran luz?
¿Os asusta el abecé?...
¡Pues castigad al que lee,
vuelva la plebe soez!
¡Desandad toda la Historia,
apagad los reverberos,
anden los niños en cueros,
vuelva la horca otra vez!*

Palmas más numerosas, más sinceras, estallaron por toda la sala, que a la postre se rendía al repetido encanto de aquel lirismo humanitario y sonoro. Ya no importaba la República, sus peligros. Los versos fluían, cantarines y claros, y arrastraban consigo a los espíritus más positivos. Bañado en aquella onda de simpatía, Alencar sonreía, los brazos abiertos, anunciando una a una, como si desgranara perlas, las dádivas que comportaría la República. Bajo su bandera, no roja, sino blanca, él veía la tierra cubierta de mieses, satisfechos todos los estómagos, las naciones cantando en los valles bajo la risueña mirada de Dios. ¡Sí, porque Alencar no deseaba una República sin Dios! ¡La Democracia y el Cristianismo, como un lirio que se abraza a una espiga, se completaban mutuamente, debían estrechar sus senos amantes! ¡La roca del Gólgota se transformaba en la tribuna de la Convención! Y para un tan dulce ideal no se precisaba de cardenales, de misales, de novenas, de iglesias. La República, hija de la pureza y la fe, rezaba en los campos; la luna llena era hostia; los ruiñeños entonaban el «Tantum ergo» en las ramas de los laureles. Y todo progresaba, fulgía; a este mundo de Conflicto le sustituía un mundo de Amor...

*Vence el arado a la espada
y la Justicia a la Muerte,
es la escuela libre y fuerte,
y la Bastilla ya es nada.
Rueda la tiara en el lodo,
brota el lirio de Igualdad,
y la nueva humanidad
¡junta cruz y barricada!*

¡Una ráfaga nutrida y franca de bravos hizo temblar las llamas del gas! Era la pasión meridional del verso, de la sonoridad, del liberalismo romántico, de la imagen que relampaguea en el aire con destellos crepitantes de cohete, lo que conquistaba al auditorio, haciendo palpitar los pechos, arrancando sus hurras a los secretarios ministeriales, que sin querer se echaban encima de las señoras, entusiasmados ante aquella república en la que había ruiñeños... Y cuando Alencar alzó los brazos al cielo y con modulaciones de plegaria en la voz gangosa convocó a la Tierra a aquella paloma de la Democracia, que procedente del Calvario volaba dejando tras de sí estelas de luz, todo un estremecimiento bañó las almas, hubo un profundo temblor de éxtasis. Las señoras se pasmaban en sus asientos, con el rostro a medias vuelto hacia el Cielo. Por el asfixiante salón corrían frescores de capilla. Las rimas se fundían en un murmullo de letanía, como si celebraran a una imagen recubierta de satén y coronada de estrellas de oro. Y apenas se distinguía ya si allí se invocaba a la Diosa de la Libertad o a Nuestra Señora de los Dolores.

No obstante, Alencar la veía descender esparciendo su perfume. Ya la Diosa

hollaba con sus divinos pies los humanos valles. Ya de su seno fecundo emanaba la universal abundancia. Todo reflorecía, todo rejuvenecía:

*¡Las rosas ganan aroma!
¡Los frutos ganan dulzura!
Brilla el alma, clara y pura,
libre de sombras y velos...
¡Huye el dolor aterrado,
huyen el hambre y la guerra,
el hombre canta en la Tierra,
Cristo sonrío en los Cielos...*

Estalló una enorme y ronca aclamación, que hizo estremecer los muros amarillo canario. Mozos exaltados se subieron a las sillas; ondeó un par de pañuelos blancos. El poeta, extenuado, trémulo, bajó del estrado y se dejó caer en los brazos temblorosos de sus admiradores. Él, muy sofocado, murmuraba: «¡Hijos míos! ¡Muchachos!». Cuando Ega y Carlos acudieron desde el fondo de la sala gritándole: «¡Extraordinario, Tomás!», se le saltaron las lágrimas, deshecho de la emoción.

Y la ovación continuó a lo largo del pasillo central, con palmaditas en el hombro, con los *shake-hands* de la gente seria, con los «mi más sincera enhorabuena». Poco a poco él iba irguiendo más la cabeza, con una altiva sonrisa que dejaba ver sus malos dientes, sintiéndose el poeta de la Democracia, consagrado, ungido por el triunfo, con la inesperada misión de liberar las almas. Doña Maria da Cunha le tiró de la manga cuando le tuvo a mano, y le susurró, encantada, que le había parecido «maravilloso, maravilloso». El poeta, aturdido, exclamó: «¡Maria, hace falta luz!». Teles da Gama le palmeó las espaldas afirmando que «había trinado espléndidamente». Y Alencar, ya del todo fuera de sí, balbució: «¡*Sursum corda*, mi querido Teles, *sursum corda*!».

Ega, entretanto, buscaba a Carlos en aquel tumulto, que había desaparecido tras abrazar a Alencar. Taveira le aseguró que estaba en el ambigú. Abajo, un jovenzuelo le juró que el señor don Carlos había cogido un coche y que ya doblaba hacia el Chiado...

Ega se quedó a la puerta del teatro, dudando si castigarse con el resto del sarao. En aquel momento, Gouvarinho, con la condesa del brazo, bajaba aprisa las escaleras, con el rostro contrariado y sombrío. El *groom* del señor ministro corrió a llamar al *coupé*. Y cuando Ega se les acercó sonriente para recabar sus opiniones acerca del gran triunfo democrático de Alencar, Gouvarinho, sin poder contenerse, dejó escapar por entre los dientes cerrados su profunda cólera.

—¡Versos admirables, pero indecentes!

El *coupé* avanzó hasta la puerta. El conde apenas tuvo tiempo de gruñir sordamente, estrechando la mano de Ega:

—En una fiesta de sociedad celebrada bajo la protección de la Reina, ante un ministro de la Corona, hablar de barricadas, prometerle el oro y el moro a las clases proletarias... ¡Una indecencia!

Ya la condesa estaba en el coche, y se recogía la larga cola de seda. El ministro se sumió también, furioso, en la sombra del *coupé*. Pegado a las ruedas, al trote ligero, pasó el correo galoneado en un jamelgo blanco.

Ega se disponía a subir. Pero apareció el marqués, enfundado en un gabán de Aveiro: huía de un poeta de grandes bigotes que recitaba cuartetas a unos ojitos galanos. El marqués detestaba los versos dedicados a las partes del cuerpo. Después, fue Cruges quien abandonó el ambigú, abotonándose el paletó. Ante semejante desbandada, Ega decidió marcharse también, ir al Grémio a tomarse un grog con el maestro.

Metieron al marqués en un coche, y Cruges y él bajaron por la Rua Nova da Trindade, despacio, disfrutando del encanto de la noche de invierno, sin estrellas, pero tan suave como si se hubiera extraviado en ella un soplo de mayo.

Llegaban ya a la puerta del Hotel Alianza cuando Ega sintió que alguien se acercaba a ellos aprisa y le llamaba: «¡Señor Ega! ¡Hágame el favor, señor Ega!». Se detuvo, y reconoció el sombrero de alas curvas, las barbas blancas de Guimarães.

—¡Perdóneme usted! —exclamó el demagogo, jadeante—. He visto que se iba, y como quería decirle unas palabras y me marchó mañana...

—Claro... Cruges, ve tú por delante, que yo te alcanzo...

El maestro le esperó en una esquina del Largo do Loreto. El señor Guimarães se disculpó de nuevo. Sólo eran unas palabras...

—Usted, según me han dicho, es un gran amigo del señor Carlos da Maia... Son como hermanos...

—Sí, somos muy amigos...

La calle estaba desierta, con tan sólo algunos chiquillos a la puerta del Teatro da Trindade. En la noche oscura, la alta fachada del Hotel Alianza proyectaba sobre ellos una sombra muy negra. Pese a ello el señor Guimarães, cauteloso, bajó la voz:

—Se trata de lo siguiente... Usted tal vez sepa, o tal vez no, que en París fui íntimo de la madre del señor Carlos da Maia... Bueno, usted tiene prisa y eso no hace al caso. Lo que importa es que hace años ella me confió, para que se lo guardase, un cofre que, según ella, contenía papeles importantes... Luego, naturalmente, los dos tuvimos muchas cosas en que pensar, los años pasaron y ella murió. En una palabra, pues usted tiene prisa: yo aún conservo en mi poder aquel depósito, y por azar lo he traído conmigo al venir a tratar de la herencia de mi hermano... Y esta noche, en el teatro, se me ha ocurrido que lo mejor sería entregárselo a la familia...

Cruges parecía impaciente:

—¿Vas a tardar?

—¡Un poco! —gritó Ega, interesado por aquellos papeles del cofre—. Ve andando.

El señor Guimarães le resumió aprisa su petición. Sabedor de la intimidad del señor João da Ega y Carlos da Maia, había pensado en entregarle el cofrecillo para que él lo restituyera a la familia...

—¡Ningún inconveniente! —dijo Ega—. Además, ahora me hallo en casa de los Maia, en el Ramalhete.

—¡Ah, muy bien! Entonces envíe usted mañana a un criado de confianza a que lo recoja... Yo estoy en el Hotel de París, en el Largo do Pelourinho. O mejor: yo se lo acerco, no es ninguna molestia, aunque sea el día de la partida...

—¡No, no, irá un criado! —insistió Ega, tendiendo la mano al demócrata.

Él se la estrechó con efusión.

—Muy agradecido. Adjuntaré a la caja un billete, y usted se lo entrega de mi parte al señor Carlos da Maia o a su hermana.

Ega tuvo un gesto de asombro.

—¿A su hermana? ¿A qué hermana?

El señor Guimarães miró a Ega también con sorpresa. Y soltándole lentamente la mano, exclamó:

—¿Cómo que a qué hermana? Pues ¡a cuál va a ser! ¡A la única que tiene, a Maria!

Cruges, que daba pataditas contra el empedrado, harto, gritó desde la esquina:

—Bueno, yo me voy llegando al Grémio.

—¡Hasta ahora!

El señor Guimarães se pasaba los dedos enguantados en cabritilla por sus luengas barbas, mirando fijamente a Ega, intentando comprender aquello. Y cuando Ega le cogió del brazo y le pidió que fueran conversando un poco hasta el Loreto, el demócrata dio los primeros pasos con una lentitud desconfiada.

—Me parece —dijo Ega sonriendo, pero nervioso— que nos estamos enredando en un equívoco... Yo conozco a Carlos da Maia desde pequeño, incluso vivo ahora en su casa, y puedo asegurarle que no tiene ninguna hermana...

Entonces el señor Guimarães farfulló unas disculpas embarulladas, que enervaron y torturaron aún más a Ega. El señor Guimarães se imaginaba que aquello ya no era ningún secreto, que las historias de la hermana se habían olvidado con la reconciliación...

—Como no hace muchos días vi al señor Carlos da Maia con su hermana y con usted en el mismo coche, en el Cais do Sodré...

—Ah, ¿aquella señora, la que iba en el coche?

—¡Sí! —exclamó el señor Guimarães irritado, harto ya de aquella situación—. La misma: Maria Eduarda Monforte, o Maria Eduarda da Maia, como usted prefiera, a la

que yo conocí de pequeña, y que cogí muchas veces en brazos, que se fugó con un tal Mac Gren, y que estuvo después con el bestia de Castro Gomes... ¡Ésa y no otra!

Se hallaban en mitad del Loreto, bajo un farol de gas. El señor Guimarães se detuvo, dándose cuenta de que a Ega, horrorizado, se le extraviaba la mirada y una terrible palidez le ganaba el rostro.

—¿Usted no sabía nada?

Ega respiró con fuerza, quitándose el sombrero sin responder. El otro, confundido, se encogió de hombros. ¡Estaba claro que se había equivocado! ¡Uno no debería meterse nunca en asuntos ajenos! Pero en fin, no se hablase más... Que el señor Ega se imaginara que aquello era una pesadilla, lógica tras el atracón de malos versos del sarao. Le rogaba le disculpase sinceramente, y le deseaba muy buenas noches.

Ega, con la claridad de un relámpago, entrevió la catástrofe, y agarró con avidez el brazo del señor Guimarães, temeroso de que desapareciera y se llevase consigo aquel testimonio, aquellos papeles, el cofre de la Monforte, y con ellos toda certeza, porque ahora deseaba saber. Cruzando el Loreto, balbució, justificó vagamente su emoción, quería tranquilizar a Guimarães para poder arrancarle poco a poco cuanto supiera, las pruebas, la entera verdad...

—Usted comprenderá... Éstas son cosas muy delicadas, que yo suponía ignoradas por todo el mundo... Comprenda que me haya quedado estupefacto, atónito, al oír hablar de ellas con tanta naturalidad... Porque en fin, aquí entre nosotros, en Lisboa a esa señora no se la tiene por hermana de Carlos.

El señor Guimarães hizo un gran gesto con la mano. ¡Ah, bueno! Comprendía a la perfección que hubiera disimulado... Desde luego que se trataba de cosas muy serias, que precisaban de toda suerte de velos... ¡Él lo entendía, lo entendía muy bien!... Lo cierto era que, dada la posición de los Maia en Lisboa, aquella señora no era hermana a la que se pudiera presentar...

—Pero la culpa no la tiene ella, mi querido amigo, sino su madre, ¡aquella extraordinaria madre que el Diablo le dio!

Bajaban por el Chiado. Ega se detuvo un momento, devorando con ojos febriles al viejo:

—¿Usted trató mucho a esa señora, a la Monforte?

¡Habían sido íntimos! Él ya la conocía de Lisboa, aunque de vista, como mujer de Pedro da Maia. Luego vino la tragedia, su fuga con un italiano. Por aquellos tiempos él también se marchó a París con una tal Clémence, una costurera de madame Levaillant, y ya se sabe, las cosas de la vida: negocios, desgracias, de modo que se fue quedando. Pero no era su vida lo que él le iba a contar... Pasó un tiempo hasta que se encontró con la Monforte, una noche, en el baile Laborde: sus relaciones databan de aquella época. Ya el italiano había muerto en duelo, y el viejo Monforte la

había espichado de la vejiga. Ella estaba con un joven llamado Trévernes, en una casa muy bonita, en el parque Monceau, vivía a lo grande... ¡Una mujer extraordinaria! ¡Y reconocía sin el menor empacho que le debía mucho a Trévernes! Cuando Clémence, que era un encanto, enfermó del pecho, la Monforte le llevaba flores, fruta, vino, le hacía compañía, la velaba como un ángel... ¡Porque corazón no le faltaba! Su hija, doña Maria, tenía por aquel entonces siete u ocho años, y era una preciosidad... Del italiano había tenido otra pequeña, muy bonita también, ¡un auténtico sol! Pero ésa había muerto en Londres...

—A esta Maria yo la he cogido muchas veces en brazos, mi querido amigo... No sé si ella se acordará de una muñeca que yo le regalé, que hablaba, decía «Napoleón»... ¡Era en los viejos tiempos del Imperio, en los que hasta las desvergonzadas de las muñecas eran imperialistas! Después, cuando ella estaba en Tours, en el convento, fui allí dos veces con su madre. Ya entonces mis principios me impedían entrar en aquellos antros religiosos. Pero en fin, acompañé a su madre... Y cuando ella se fugó con el irlandés, con Mac Gren, fue a mí a quien su madre acudió furiosa, para que yo llamase al comisario de policía y prendieran al irlandés. Pero al final se montó en un fiacre y se presentó en Fontainebleau, hicieron las paces y hasta vivieron juntos... En fin, un montón de peripecias.

Un suspiro exhausto se escapó del pecho de Ega, que arrastraba los pies, destrozado:

—Y esa señora, claro está, nunca ha sabido de quién es hija...

El señor Guimarães se encogió de hombros:

—¡Ni siquiera sospechaba de la existencia de los Maia! La Monforte siempre le dijo que era hija de un aristócrata austríaco, con el que ella se había casado en Madeira... ¡Una infernal mezclanza, mi querido amigo!

—Es horrible —susurró Ega.

Pero qué otra cosa, decía el señor Guimarães, podía hacer la Monforte... Porque era muy duro, qué demonios, sincerarse con su hija: «Yo abandoné a tu padre, y él se mató por ello». No se trataba de un asunto de pudor: la muchacha debía de comprender que su madre tenía amantes, incluso ella misma, la pobre, había tenido uno a los dieciocho años. Era por el tiro, el cadáver, la sangre...

—¡Ni siquiera a mí! —exclamó el señor Guimarães deteniéndose, abriendo los brazos en la calle desierta—. Ni siquiera a mí me habló jamás de su marido, ni de Lisboa, ni de Portugal. Recuerdo que en una ocasión, en casa de Clémence, yo aludí a un caballo alazán, un caballo de Pedro da Maia, que ella solía montar. ¡Un animal soberbio! Pero ni mencioné a su marido, me referí tan sólo al caballo. Pues ella golpeó con el abanico en la mesa y gritó como posesa: «*Dites donc, mon cher, vous m'embêtez avec ces histoires de l'autre monde!*». Y razón no le faltaba, porque eran historias de otro mundo... Resumiendo: estoy convencido de que en sus últimos años

ella misma creía que Pedro da Maia no había existido. ¡Una insensata! Al final hasta bebía... Pero todo eso ya es agua pasada. Tenía un gran corazón, y se portó muy bien con Clémence. *Parce sepultis!*

—¡Es horrible! —murmuró Ega otra vez, quitándose el sombrero, pasándose la mano trémula por la frente.

Su único deseo era ya la acumulación incesante de pruebas, de detalles. Mencionó aquellos papeles, aquel cofre. El señor Guimarães no sabía qué contenían. No le admiraría mucho que fueran simples cuentas de la modista, viejos recortes del *Figaro* en que se hablara de ella...

—Es una cajita pequeña que la Monforte me dio la víspera de su marcha a Londres con su hija. Fue durante la guerra... Ya Maria vivía con el irlandés, hasta tenía una pequeña, Rosa. Después vino la Comuna, un montón de desastres. Cuando la Monforte regresó de Londres, yo me hallaba en Marsella. Fue entonces cuando la pobre Maria comenzó a relacionarse con Castro Gomes, creo que para no morir de hambre... Yo volví a París, pero ya no vi a la Monforte, que estaba muy enferma... Y con Maria, desde que empezó a andar con Castro Gomes, un pedante, un *rastaquouère* digno de la guillotina, tampoco volví a hablar. Todo lo más la saludaba de lejos, como el otro día, cuando la vi en el coche en compañía de usted y de su hermano... De modo que me fui quedando con los papeles. Y si he de serle sincero, le diré que con las pasiones de la vida política ni me he vuelto a acordar del asunto. Y después de tanto tiempo, ahí están, a disposición de la familia.

—Si no es una molestia —terció Ega— me gustaría acompañarle ahora hasta su hotel y llevármelos yo mismo...

—¡Por supuesto! Estamos de camino, así todo queda arreglado...

Durante unos instantes, no cruzaron palabra. El sarao ya debía de haber acabado. Un estrépito de coches llenaba las cuestas del Chiado. Junto a ellos pasaron dos señoras con un joven que gesticulaba mucho, hablando a grandes voces de Alencar. El señor Guimarães se sacó lentamente la purera, y deteniéndose para raspar un fósforo, dijo:

—Entonces ¿a doña Maria se la tiene por una simple parienta?... ¿Y cómo se enteró ella de todo? ¿Cómo sucedió?

Ega, que caminaba con la cabeza gacha, despertó de pronto. Tartamudeó una historia confusa, de la que él mismo se ruborizaba al amparo de la oscuridad. Sí, todo el mundo pensaba que Maria Eduarda era una parienta. Aquello lo había descubierto el administrador de los Maia. Ella había roto con Castro Gomes, con todo el pasado. Los Maia le pasaban una pensión. Y vivía en Oliváis, muy retirada, como hija de un Maia que había muerto en Italia. Todos estaban encantados con ella, Afonso da Maia tenía debilidad por la pequeña...

De repente se indignó con sus propias invenciones, que no se detenían ni ante el

nombre del noble viejo, y añadió como si se ahogara:

—En fin, ¡qué sé yo, un horror!

—¡Un drama! —resumió trágicamente el señor Guimarães.

Y como ya estaban ante el hotel, le rogó a Ega que esperase un momento mientras él subía a por los papeles de la Monforte.

A solas en aquella plaza, Ega alzó las manos al cielo, en un gesto de mudo desahogo de la angustia con la que había caminado, como un sonámbulo, desde el Loreto. Y su única sensación, por lo demás muy clara, era una indestructible confianza en la historia de Guimarães, tan compacta, sin una laguna, sin una grieta por la que desmoronarse. El buen hombre había conocido a Maria Monforte en Lisboa, cuando aún era la mujer de Pedro da Maia, deslumbrante en su caballo alazán; se había encontrado con ella en París, después de la fuga, ya muerto el primer amante, viviendo con otros; había cogido en brazos a la pequeña Maria Eduarda, a la que regalaba muñecas... Y desde entonces no había dejado de ver a Maria Eduarda, nunca le había perdido la pista: en París; en el convento de Tours; en Fontainebleau con el irlandés; en brazos de Castro Gomes; y a la postre, con él y con Carlos da Maia hacía unos días, en un coche de punto en el Cais do Sodré... Y todo encajaba, concordaba con la historia contada por la propia Maria Eduarda. Una certeza monstruosa se imponía: ¡Carlos era el amante de su hermana!

Guimarães no bajaba. En el segundo piso se encendió una luz muy viva, en una ventana abierta. Ega comenzó a pasearse lentamente por la plaza. Y poco a poco iba pujando en su interior cierta incredulidad ante aquel dramón. ¿Era verosímil que aquello le sucediera a un amigo suyo, en una calle de Lisboa, en una casa alquilada a la madre de Cruges?... ¡De ningún modo! ¡Aquellos horrores eran propios de la Edad Media, de tiempos de confusión social! En una sociedad burguesa, bien reglamentada, con sus escrituras, garantizada por tantas leyes, documentada con tantos papeles, con tanto registro de bautismo, tanto certificado de matrimonio, ¡aquello era imposible! No, no se avenía a la índole de la vida contemporánea que dos niños, separados por las extravagancias de su madre, tras haber dormido un instante en la misma cuna, crecieran en tierras distantes, se educaran, describieran por separado las parábolas de sus destinos... ¿para qué? ¡Para acabar durmiendo de nuevo en el mismo lecho, un lecho de concubinato! Aquello no era posible, semejantes historias pertenecían tan sólo al mundo de los libros, donde se presentaban como sutiles invenciones del arte, destinadas a infundir en el alma humana pavores inauditos... Pero al cabo levantaba los ojos hacia aquella ventana iluminada, tras la que el señor Guimarães rebuscaba en su maleta: allí estaba aquel hombre con su historia, en la que no había un solo punto débil al que agarrarse... Y poco a poco era como si aquella luz tan viva, procedente de lo alto, condujese a Ega a través de aquella intrincada desgracia, se la aclarase, le mostrara su lento desarrollo.

¡Sí, en el fondo todo aquello era probable! Aquella criatura, hija de una señora que se la había llevado consigo, crecía lejos, se convertía en amante de un brasileño, volvía a Lisboa, vivía en Lisboa. Y en un barrio vecino vivía otro hijo de aquella mujer, al que ella había abandonado, que había crecido y que ya era un hombre. Por su figura, por el lujo de que se rodeaba, él destacaba en aquella ciudad provinciana y mezquina. Ella, a su vez, rubia, alta, espléndida, vestida por Laferrière, flor de una civilización superior, destacaba entre la multitud local de mujeres menudas y morenas. En la angostura de la Baixa y del Aterro, donde todas las vidas confluyen, los dos se cruzaban fatalmente: y su mutuo brillo personal les atraía. Al fin y al cabo, era de lo más natural. Si ella hubiera sido fea y llevara puesto cualquier trapillo de la Loja da América; si él hubiera sido un caballerete encogido, tocado con un bombín, nunca el uno habría reparado en el otro, sus destinos no se habrían cruzado. Y puesto que era inevitable que se conociesen, era probable que se amaran... ¡Y un día el señor Guimarães destapaba la terrible verdad!

La puerta del hotel chirrió en la sombra, y el señor Guimarães apareció con un gorro de seda en la cabeza y el paquete en la mano.

—Perdóneme usted, no encontraba la llave de la maleta. Siempre pasa lo mismo cuando uno tiene prisa... ¡Aquí tiene el famoso cofre!

—Perfecto, perfecto...

Era una caja como de puros, que el demócrata había envuelto en un viejo ejemplar del *Rappel*. Ega se la guardó en el ancho bolsillo de su paletó, y como si cualquier otra palabra entre ellos ya fuera vana, tendió la mano al señor Guimarães. Pero el otro insistió en acompañarle hasta la esquina de la Rua do Arsenal, con gorro y todo. La noche, para quien venía de París, tenía una dulzura oriental, y él, con sus hábitos de periodista, nunca se acostaba antes de las dos o las tres...

Y así, caminando despacio, con las manos en los bolsillos y el puro entre los dientes, el señor Guimarães volvió a hablar de política, del sarao. El poema de Alencar (del que esperaba mucho a tenor del título, «La Democracia») le había parecido un poco ñoño.

—Mucha floritura, mucho alarde, mucho hablar de libertad, pero ningún ataque en regla, ni un par de buenas estocadas a esta pocilga de monarquía... ¿No le parece?

—Sí, desde luego... —murmuró Ega, oteando a lo lejos en busca de un coche de punto.

—Lo mismo sucede con la prensa republicana... ¡Mucha paja, señores, todo hueco! Es lo que yo les digo siempre: «¡Almas del Diablo, atacad con los asuntos sociales!».

Por fortuna apareció un coche, que se acercaba despacio desde el Terreiro do Paço. Ega, precipitadamente, le dio un apretón de manos al demócrata, le deseó un buen viaje e indicó al cochero la *adresse* del Ramalhete. Pero el señor Guimarães se

apoderó de la portezuela y le aconsejó que fuese a París. Ahora que habían hecho amistad, le presentaría a toda aquella gente... ¡El señor Ega iba a ver qué diferencia! ¡Ni asomo de la pose portuguesa, de aquellos cretinos, aquellos paletos dándose pisto, retorciéndose los bigotes! Allí, en la primera nación del mundo, todo era alegría, fraternidad, espíritu a raudales...

—¡Mi *adresse*: la redacción del *Rappel*! ¡De sobra conocida en todo el mundo! En cuanto a esos papeles, quedo tranquilo...

—¡No tiene de qué preocuparse!

—Su seguro servidor... ¡Salude de mi parte a doña Maria!

En el coche, que discurría por el Aterro, Ega se preguntaba con ansiedad: «¿Qué debo hacer?». ¿Qué iba a hacer, santo Dios, con aquel terrible secreto que poseía, del que sólo él era dueño, ahora que Guimarães había partido, había desaparecido para siempre? Y previendo aterrorizado las angustias en que semejante revelación iba a sumir al hombre al que más apreciaba en el mundo, su idea instintiva fue ocultar eternamente el secreto, dejar que muriera en su interior. No diría nada: Guimarães se perdería en París y los amantes seguirían amándose. Le evitaría así a Carlos una crisis gigantesca, y él tampoco padecería, como compañero suyo, la parte de aflicción que le correspondiera. ¡Qué rasgo de impiedad, por otro lado, estropear la vida de dos criaturas inocentes y adorables arrojándoles a la cara una prueba de incesto!

Pero una vez hubo reparado en la idea de «incesto», todas las consecuencias de aquel silencio desfilaron ante sus ojos como realidades vivas y pavorosas, como llamas que ardían en la oscuridad. ¿Podía él, en buena ley, ser testigo de la vida de dos seres sabiéndola «incestuosa»? ¿Podría ir a la Rua de São Francisco, sentarse alegremente a la mesa con ellos, entrever por el repostero la cama en que ambos dormían, y saber que aquella sordidez pecaminosa era fruto de su silencio? No, no era posible... Pero ¿tendría el coraje de entrar al día siguiente en el cuarto de Carlos y espetarle a la cara: «Tu amante es tu hermana»?

El carruaje se detuvo en el Ramallete. Ega subió, como era su costumbre, por la escalera particular de Carlos. Todo yacía en silencio y a oscuras. Encendió su palmatoria, entreabrió el repostero de los aposentos de Carlos, dio algunos pasos tímidos sobre la alfombra, que se le antojaron tristes. La llama relampagueó en un espejo al fondo de la alcoba, y la luz cayó sobre el lecho intacto, con su gran colcha lisa y sus cortinajes de seda. Entonces, la idea de que Carlos se hallaba a aquella hora en la Rua de São Francisco, durmiendo con una mujer que era su hermana, le atravesó con cruel nitidez, con una imagen tan real, tan material, que los vio claramente entrelazados, en camisa... Toda la belleza de Maria, todo el refinamiento de Carlos, se esfumaban. ¡Quedaban tan sólo los dos animales, nacidos de un mismo vientre, que en un rincón oscuro se ayuntaban como perros, bajo el bestial impulso del celo!

Corrió a su cuarto, huyendo de aquella visión, que en el pasillo a oscuras, mal iluminado con la llama trémula de la palmatoria, acentuaba sus contornos tétricos. Echó el cerrojo de su puerta y encendió aprisa, una tras otra, las seis velas de los candelabros del tocador. Ahora le parecía más urgente e imperiosa la necesidad de contarle *todo* a Carlos. Y al mismo tiempo sentía cada vez menos ánimos para llegar, encarar a Carlos, y destruirle la felicidad y la vida con una revelación de incesto. ¡No podía! ¡Que se lo dijera otro! Él estaría ahí para consolarle, para cargar con la mitad de su dolor, cariñoso y fiel. Pero el disgusto supremo de su vida ¡no debía dárselo él! ¡Que se lo diese otro! Pero ¿quién? Mil ideas cruzaban por su pobre cabeza, incoherentes y bobas. Pedirle a Maria que huyera, que desapareciese... Escribir una carta anónima a Carlos, que refiriera la detallada historia de Guimarães... Y aquella confusión, aquella ansiedad, se transformaba en un odio creciente hacia el señor Guimarães. ¿Por qué le habría hablado aquel imbécil? ¿Por qué se habría empeñado en confiarle unos papeles ajenos? ¿Por qué se lo tenía que haber presentado Alencar? ¡Ah, si no hubiera sido por la carta de Dâmaso! Al final ¡la culpa de todo la tenía el maldito Dâmaso!

Debatiéndose a lo largo y ancho del cuarto, con el sombrero aún puesto, sus ojos repararon en un sobre depositado en su mesilla de noche. Reconoció la letra de Vilaça. No lo abrió... Una idea súbita se apoderó de él. ¡Contarle todo a Vilaça! ¿Por qué no? Era el administrador de los Maia, el fiel depositario de sus secretos. Aquella singular complicación de una señora de la familia a la que se daba por muerta y que reaparecía inesperadamente, ¿de quién era competencia sino del viejo administrador, del viejo confidente, el hombre que por herencia y por destino había compartido siempre los secretos y los intereses de aquella casa?... Y sin darle más vueltas, se agarró como a un clavo ardiendo a aquella decisión salvadora, que por lo menos le sosegaba, le quitaba de encima un peso enorme, devastador, intolerable...

Se levantaría temprano e iría a casa de Vilaça. Escribió en una hoja: «Despiértame a las siete». Bajó al largo pasillo de piedra en el que se hallaban las habitaciones del servicio, y colgó aquel recado de la llave del cuarto de su criado.

Cuando subió, ya más tranquilo, abrió la carta de Vilaça. Eran unas breves líneas recordando al amigo Ega que la letra de doscientos mil reis contra el Banco Popular vencía en un par de días...

—¡Maldita sea, todo se junta! —exclamó Ega furioso, estrujando la carta y arrojándola al suelo.

XVII

Puntual, el criado despertó a Ega a las siete. El rumor de la puerta le hizo sentarse de un salto en la cama, y al instante todas las negras tribulaciones de la víspera, Carlos, su hermana, la felicidad de aquella casa echada a perder para siempre, se le representaron de nuevo en el alma, como si despertaran también. La puerta del balcón se había quedado entreabierta: un amanecer silencioso y lívido clareaba a través del transparente blanco de labor. Durante un momento Ega miró a su alrededor, aterrado, y luego, sin valor, se hundió de nuevo en la cama, disfrutando de un minuto más de calor antes de afrontar las amarguras del día.

Y poco a poco, bajo el tibio abrigo de los cobertores, le pareció que aquella loca y somnolienta carrera en busca de Vilaça no era ni tan urgente ni tan útil... ¿Qué pintaba Vilaça en aquel asunto? No se trataba de dinero, de pleito alguno o de asuntos legales, nada que exigiese la experiencia de un administrador. Con ello sólo lograría que un burgués más estuviera al tanto de un secreto tan terriblemente delicado, que él mismo se asustaba de conocer. Y acurrucándose bajo las mantas, sólo con la nariz expuesta al frío, se decía para sus adentros: «¡Es una tontería ir a ver a Vilaça!».

Y además, ¿es que no podía él armarse de valor y contárselo todo a Carlos aquella misma mañana, abiertamente, virilmente? Al fin y al cabo ¿tan pavoroso era aquel asunto como le había parecido la víspera, el irreparable desmoronamiento de la vida entera de un hombre?... Cerca de la quinta de su madre, en el pueblo de Vouzeias, había habido un caso parecido: dos hermanos que inocentemente deseaban casarse. Todo se aclaró cuando el cura hizo públicas las amonestaciones. Los novios anduvieron unos cuantos días «mohínos», como decía el padre Serafim, pero a la postre se reían, muy contentos, encantados de tratarse de «hermanos». El novio, un apuesto mocetón, decía luego que «en aquella familia había mucho lío». Aquí la cosa había llegado demasiado lejos, las sensibilidades eran más refinadas. Si bien sus inocentes corazones no tenían culpa de nada. ¿A cuento de qué habría de torcerse irreparablemente la existencia de Carlos? Su ingenuidad le eximía de todo remordimiento, y una vez superado el primer horror, ¿qué le podría causar un dolor verdadero? Tan sólo el fin del placer. Lo cual no distaría de cualquier otra pena de amor. Peor habría sido que Maria le hubiera engañado con Dâmaso.

De repente se abrió la puerta y Carlos apareció exclamando:

—Y este madrugón ¿a qué se debe? Me lo ha dicho Baptista... ¿Una aventura, un duelo?

Llevaba el paletó abotonado de arriba abajo, con el cuello subido, escondiendo la corbata blanca de la víspera. Estaba claro que venía de la Rua de São Francisco, en un coche que acababa de oírse a la puerta.

Ega se sentó bruscamente en la cama, y alargando la mano hacia los cigarrillos,

murmuró entre bostezos que la víspera había hablado con Taveira de una escapada a Sintra... Por precaución había pedido que le llamaran... Pero no le apetecía ni lo más mínimo, se había despertado cansado...

—¿Qué tal día hace?

Justamente Carlos había ido a alzar el transparente de la ventana. Y ahí, en la mesa de trabajo, a plena luz del día, estaba la caja de la Monforte, forrada con una hoja del *Rappel*. Ega se dijo: «Si se fija en ella, si pregunta algo, ¡se lo cuento todo!». Su pobre corazón se echó a latir con ansiedad, aterrorizado ante aquel trance. Pero el transparente, un poco duro, se elevó, y una franja de sol bañó la mesa. Carlos se volvió sin fijarse en el cofre. Fue un enorme alivio para Ega.

—Así que ¿a Sintra? —dijo Carlos, sentándose a los pies de la cama—. Lo cierto es que no es mala idea... Ayer mismo Maria hablaba de ir a Sintra... ¡Espera! ¡Podríamos hacer la escapada juntos! ¡Los cuatro en el *break*!

Y ya miraba el reloj, calculando el tiempo necesario para enganchar los caballos y avisar a Maria.

—Lo malo —terció Ega confundido, cogiendo el monóculo de encima de la mesilla— es que Taveira había hablado de ir con unas muchachas...

Carlos se encogió de hombros horrorizado. ¡Qué sordidez, ir de día a Sintra con mujeres!... De noche, al amparo de la oscuridad, yendo de farra, era otra cosa... Pero ¡a la luz del Señor! ¿No sería con Lola la Gorda?

Mientras limpiaba el monóculo con la punta de una sábana, Ega se enredó en una complicada historia. No eran españolas... Al contrario, eran costureras, unas chicas muy serias... Él tenía un compromiso antiguo de ir a Sintra con una de ellas, hija de un tal Simões, un tapicero que había quebrado... ¡Gente muy seria!

Ante semejantes compromisos y tanta seriedad, Carlos desistió de la idea de Sintra.

—¡No se hable más!... Voy a tomar un baño, y después ¡al trabajo! Si finalmente vas, tráeme unas quesadillas para Rosa, que le gustan mucho...

En cuanto Carlos salió, Ega se cruzó de brazos desanimado, descorazonado, convencido de que jamás tendría el valor de «contárselo todo». Y entonces, ¿qué podía hacer? De nuevo, insensiblemente, se refugió en la idea de ir en busca de Vilaça y entregarle el cofre de la Monforte. No había hombre más honesto, ni más práctico. La misma mediocridad de su espíritu burgués le facultaba inmejorablemente para encarar aquella catástrofe sin pasión y sin nervios. Fue aquella flema de Vilaça lo que le decidió.

Saltó de la cama, impaciente, y tiró de la campanilla. Y mientras el criado acudía, con su *robe de chambre* por los hombros, se puso a examinar el cofre de la Monforte. Parecía, en efecto, una vieja caja de puros, forrada con un papel de dobleces ya sucios y gastados, con marcas de lacre en las que se distinguía una divisa, a buen seguro la

de la Monforte: *Pro amore*. En la tapa rezaba, escrito con una letra de mujer sin instrucción: «*Monsieur Guimaran, à Paris*». Al sentir los pasos del criado, cubrió la caja con una toalla que colgaba de una silla. Y al cabo de media hora rodaba por el Aterro en un fiacre descubierto, más animado, respirando a pleno pulmón aquel estupendo aire de la mañana, fino y fresco, del que rara vez disfrutaba.

Pero comenzó el día con una contrariedad. Vilaça ya se había marchado, y la criada no supo decirle si había ido a su despacho o a Alfeite^[151] a una auditoría... Ega se encaminó hacia el despacho, en la Rua da Prata. El señor Vilaça aún no había llegado.

—Y ¿cuándo llegará?

El escribiente, un joven macilento que retorció nervioso sobre su chaleco una cadena de coral, le dijo que si el señor Vilaça no había cogido el vapor de las nueve para Alfeite, tenía que estar al llegar... Ega volvió a la calle desesperado.

—Está bien —le gritó al cochero— al café Tavares...

En el Tavares, aún muy solitario a aquella hora, un mozo fregaba el suelo. Mientras aguardaba el almuerzo, Ega recorrió los diarios. Todos hablaban del sarao, aunque en muy pocas líneas, prometiendo para el día siguiente detalles más cumplidos de aquel brillante torneo artístico. Sólo la *Gazeta Ilustrada* se extendía un poco más, con frases muy serias, calificando a Rufino de «grandioso» y a Cruges de «prometedor». Con Alencar entraba en distingos, separando al filósofo del poeta: al filósofo le recordaba, con mucho respeto, que no todos los ideales de la filosofía, hermosos como espejismos del desierto, son realizables en la práctica social; pero al poeta, al creador de tan bellas imágenes, de tan inspiradas estrofas, la *Gazeta* le gritaba: «¡Bravo, bravo!». Y aún había algunas sandeces más. Luego venía la lista de las personas a las que la *Gazeta* recordaba haber visto en el sarao, entre las cuales «destacaba, con su monóculo, el fino perfil de João da Ega, siempre de *verve* brillante». Ega sonrió, atusándose el bigote. Justo en aquel momento le servían el filete, humeante, chisporroteante en la cazuela de barro. Ega dejó de lado la *Gazeta*, diciéndose para sus adentros: «No está nada mal este periódico».

El filete era excelente, y después de una perdiz fría, de un poco de piña en almíbar, de un café fuerte, Ega sintió que aquella negrura que desde la víspera le pesaba en el alma se adelgazaba. A la postre, se decía, aquel desastre, bien mirado, sólo debía suponer para Carlos la pérdida de una bella amante.

Y tal pérdida, ¿no conllevaría a la larga algunas compensaciones? Hasta la fecha, sobre el futuro de Carlos se cernía una sombra, aquella promesa de casamiento que, irreparablemente, le ligaba a una mujer muy atractiva, pero con un pasado lleno de brasileños e irlandeses... Ahora su belleza lo poetizaba todo. Pero ¿cuánto duraría aquel encanto, aquel resplandor suyo de diosa hollando la Tierra?... A la larga, ¿no supondría aquel descubrimiento de Guimarães una liberación providencial? Pasados

unos años, Carlos se consolaría, viviría sereno como si nunca hubiera sufrido, y libre y rico, con el ancho mundo a sus pies.

El reloj del café dio las diez. «Bien, manos a la obra», se dijo Ega.

De nuevo el coche de punto se encaminó a la Rua da Prata. El señor Vilaça aún no había llegado, el escribiente estaba empezando a pensar que en verdad el señor Vilaça había ido a Alfeite. Ante aquella situación, Ega volvió a descorazonarse y a perder el valor. Despició el coche, y con el cofre bajo el brazo echó a andar por la Rua do Ouro, siguió hasta el Rossio, deteniéndose distraídamente ante las joyerías, leyendo los títulos de los escaparates de los librerías. Poco a poco le invadió la negrura de la víspera, más densa tras la tregua. Ya no veía ninguna «liberación», ninguna «compensación». En torno a él flotaba solitario aquel horror: Carlos se acostaba con su hermana.

Regresó por la Rua da Prata, subió de nuevo la sucia escalera de piedra. Y en el descansillo, ante la puerta forrada de bayeta verde, se tropezó con Vilaça, que salía a toda prisa, calzándose los guantes:

—¡Hombre, por fin le encuentro!

—Ah, ¿así que era usted el amigo que preguntaba por mí?... Pues tenga paciencia, porque me espera el vizconde de Torral...

Ega casi le empujó. ¡No había vizconde que valiera!... ¡Se trataba de una cosa muy urgente, muy seria! Pero el otro no se apartaba de la puerta, enfrascado en ponerse los guantes, con el mismo aire de urgencia y negocios.

—Compréndame... El buen hombre me está esperando. ¡Es un *rendez-vous* a las once!

Ega, furioso, le agarró por la manga y pegándose a su rostro le susurró con acento trágico que se trataba de Carlos, de un asunto de vida o muerte. Entonces, Vilaça, espantado, cruzó bruscamente el despacho e hizo entrar a Ega en un cubículo anejo, estrecho como un pasillo, con un canapé de mimbre, una mesa con libros polvorientos y un armario al fondo. Cerró la puerta y se echó el sombrero hacia la nuca:

—¿De qué se trata?

Ega, con un gesto, indicó que el escribiente podía oírlos. El administrador abrió la puerta y le gritó al chicarrón que se acercara al Hotel Pelicano y le dijese al señor vizconde de Torral que tuviera la bondad de esperarle media hora... Después, echó el cerrojo y repitió con ansiedad:

—¿De qué se trata?

—Es algo horroroso, Vilaça, el mayor de los horrores... No sé por dónde empezar.

Vilaça, muy pálido, depositó lentamente el paraguas sobre la mesa.

—¿Duelo?

—No... Se trata de lo siguiente... ¿Usted sabe que Carlos mantiene relaciones con una señora, una tal Mac Gren, que vino a Portugal el invierno pasado y que ha acabado quedándose?...

¿Una señora brasileña, mujer de un brasileño, que había pasado el verano en Oliváis?... Sí, lo sabía. Le había hablado de ello Eusèbiozinho.

—¡Ah! ¿Eusèbio?... Pues bien, ¡no es brasileña! ¡Es portuguesa, y es su hermana!

Vilaça se dejó caer contra el respaldo del canapé, dando una palmada de asombro.

—¿Hermana de Eusèbio?

—¡No, hombre, no! ¡Hermana de Carlos!

Vilaça se quedó sin habla, atontado, con los ojos terriblemente abiertos, mientras que Ega se movía por el cubículo repitiendo: «¡Hermana, hermana legítima!». Al cabo, Ega se sentó en el canapé de mimbre. Y en voz baja, muy baja pese a la soledad de la oficina, contó su encuentro con Guimarães en el sarao, y cómo la terrible verdad había estallado casualmente, por una palabra, en la esquina del Hotel Alianza... Pero cuando le habló de los papeles, entregados por la Monforte a Guimarães, guardados desde hacía tanto tiempo y nunca reclamados por ella, y que ahora el demócrata, con tanta precipitación, con tanta urgencia, deseaba restituir a la familia, Vilaça, hasta aquel momento abatido, como idiotizado, despertó, explotó:

—¡Aquí hay gato encerrado! Todo eso es una artimaña para sacarle dinero a la familia...

—¿Para sacar dinero? ¿Quién?

—Pues ¡quién va a ser! —exclamó Vilaça puesto en pie, lleno de ardor—. Esa señora, ese tal Guimarães, toda esa gente. ¿Es que usted no entiende, amigo Ega? Si apareciera una hermana de Carlos, legítima y auténtica, ¡tendría derecho a una millonada!

Los dos se devoraron con la mirada, muy impresionados con aquella apreciación súbita, por la que Ega, a su pesar, se dejaba llevar. Pero como el administrador, trémulo, insistiera en el asunto pecuniario y en la acción del crimen organizado, a Ega no le quedó más remedio que encogerse de hombros:

—¡Eso carece de toda verosimilitud! Ella es incapaz, absolutamente incapaz, de semejante intriga. Por otra parte, si se tratara de una cuestión de dinero, ¿qué necesidad tendría de hacerse pasar por hermana suya desde el momento en que Carlos le ha prometido casarse con ella?

¡Casarse con ella! Vilaça alzaba las manos al cielo, incrédulo. ¿Cómo? ¿Que Carlos da Maia le iba a dar su mano, su nombre, a aquella criatura amigada con un brasileño?... ¡Por los clavos de Cristo! Pero aquel asombro no menguaba su desconfianza, no dejaba de intuir oscuras asechanzas.

—¡No, señor Vilaça, no! —insistió Ega, ya impaciente—. ¡Si se tratara de

documentos, falsos o verdaderos, y obrasen en su poder, ella los hubiera presentado sin necesidad de acostarse con su hermano!

Vilaça bajó lentamente los ojos al suelo. Un pavor absoluto le invadía ante la posibilidad de que aquella gran casa, que era su orgullo, se dividiera en dos por la rapiña de una aventurera... Mas como Ega, muy nervioso, insistía en que no era cosa de documentos, ni de legalidades, ni de fortuna, el administrador dio un nuevo grito, de nuevo iluminado:

—¡Alto ahí! ¡Ya está!... ¡Tiene que ser hija del italiano!

—¿Y bien?... Eso no cambia nada.

—¡Cómo que no! —chilló el administrador, soltando un puñetazo en la mesa—. ¡No tiene derecho a la legítima del padre, y no le toca ni un real de esta casa! ¡En eso estriba la diferencia!

Ega tuvo un gesto desolado. No, no era hija del italiano, por desgracia. Era la hija de Pedro da Maia. Guimarães la conocía de haberla cogido en brazos, de regalarle muñecas cuando ella tenía siete años, cuando apenas habían pasado cuatro o cinco desde que el italiano estuviera en Arroios, en cama, con una perdigonada. La hija del italiano había muerto en Londres, de pequeña.

Vilaça se desplomó de nuevo en el canapé.

—¡Dios mío, toda una millonada!

Ega resumió el asunto. Si no disponían aún de una certeza legal, al menos una fuerte sospecha era innegable. Y lo que no podían era dejar que el pobre Carlos, inocentemente, siguiera enfangándose en aquel cenagal. Era pues indispensable revelárselo todo aquella misma noche...

—Y es usted, Vilaça, quien se lo tiene que decir.

Vilaça dio un saltó que hizo que el diván golpease contra la pared.

—¿Yo?

—¡Sí, usted, que es el administrador de la casa!

¿Quién si no, ya que se trataba de un asunto de filiación, y por lo tanto relativo a la legítima? ¿A quién sino al administrador le competían aquellos detalles legales?

Vilaça murmuró, con el rostro enrojecido:

—¡Hombre, en menuda me mete usted!...

No. Ega le metía tan sólo en aquello que como administrador, por lógica y por imperativo profesional, le correspondía.

Vilaça protestó, tan perturbado que tartamudeaba. ¡Qué demonios! ¡No es que él escurriese el bulto! Pero ¿qué era lo que sabía? ¿Qué iba a contarle a Carlos da Maia? «El amigo Ega ha venido a contarme esto que, anoche, en el Loreto, le contó un tal Guimarães»... Aquello era todo lo que podía decirle...

—Pues dígame eso.

El otro encaró a Ega con ojos llameantes:

—¡Qué demonios, señor mío, hace falta echarle mucho valor!

Se dio un tirón desesperado del chaleco, y se llegó bufando hasta el fondo de la habitación, donde tropezó con el armario. Volvió y encaró otra vez a Ega:

—Uno no le va a un caballero con una cosa de éstas sin tener pruebas... ¿Dónde están las pruebas?...

—Perdóneme, Vilaça, pero le encuentro un poco obtuso. ¿A qué he venido yo aquí sino a traerle las pruebas de que dispongo, buenas o malas, la historia de Guimarães, esa caja con los papeles de la Monforte?

Vilaça, que refunfuñaba, examinó la caja, volviéndola del revés, descifrando la inscripción del sello: *Pro amore*.

—Entonces, ¿la abrimos?

Ega acercó una silla a la mesa. Vilaça rasgó el papel, gastado en los vértices, que envolvía el cofre. Y apareció en efecto una vieja caja de puros, cerrada con dos tachuelas, repleta de papeles, algunos atados con cintas, otros sueltos en sobres abiertos, que ostentaban el monograma de la Monforte bajo una corona de marqués. Ega abrió el primer montón. Eran cartas en alemán, que él no comprendía, datadas en Budapest y en Karlsruhe.

—Bien, esto no nos interesa... Pasemos adelante.

Otro hatillo, del que Vilaça deshizo con sumo cuidado el lazo de color rosa, resguardaba una cajita oval, con la miniatura de un sujeto de bigotes y patillas rubias, constreñido por el alto cuello dorado de un uniforme blanco. Vilaça halló muy bonita la pintura.

—Algún oficial austríaco —gruñó Ega—. Otro amante... *Ça marche*.

Iban sacando los papeles en el orden en que se encontraban, con la punta de los dedos, como si se tratara de reliquias. Un ancho sobre repleto de cuentas de modistas, algunas pagadas, otras sin recibo, interesó vivamente a Vilaça, que recorría los ítems espantado con aquellos precios, con hasta dónde podía llegar el capricho y el lujo. ¡Cuentas de seis mil francos! ¡Un vestido de dos mil francos!... Otro hatillo les deparó una sorpresa. Eran cartas de Maria Eduarda a su madre, escritas desde el convento, con una letra redonda y trabajada como un dibujo, con frasecitas henchidas de gravedad devota, dictadas a buen seguro por las piadosas hermanas; en aquellas composiciones, virtuosas y frías, el corazón de la pobre muchacha sólo se transparentaba en alguna florecilla prendida del papel, ahora seca.

—Esto va aparte —murmuró Vilaça.

Ega, impaciente, volcó la caja sobre la mesa, extendiendo aquellos papeles. Y entre cartas, más cuentas, tarjetas de visita, destacó un gran sobre con la siguiente leyenda escrita en tinta azul: «Pertenece a mi hija Maria Eduarda». Fue Vilaça quien se echó encima de la hoja que encerraba, lujosa y documental, con monograma de oro bajo una corona de marqués. Cuando se la pasó en silencio a Ega, parecía sofocado,

la sangre le había afluido a las orejas.

Ega la leyó en voz alta, despacio:

Como acabas de tener a la pequeña, y te encuentras un poco débil, y yo tampoco me hallo muy bien, tengo unas punzadas, creo prudente, por lo que pudiera suceder, formular aquí una declaración que sólo a ti te pertenece, mi querida hija, y de la que sólo tiene conocimiento el padre Talloux (monsieur l'abbé Talloux, coadjuteur à Saint-Roch), a quien hice partícipe hace dos años, cuando tuve la neumonía. Y es la siguiente: Declaro que mi hija Maria Eduarda, que suele firmarse Maria Calzaski, pues tal cree que es el nombre de su padre, es portuguesa e hija de mi marido Pedro da Maia, de quien me separé voluntariamente, llevándola conmigo a Viena, luego a París, y que ahora vive en Fontainebleau en compañía de Patrick Mac Gren, con quien va a casarse. Y que el padre de mi marido era mi suegro Afonso da Maia, viudo, que vivía en Benfíca y también en Santa Olávia, en tierras del Duero. Todo lo cual puede verificarse en Lisboa, donde habrá papeles a tal efecto. Mis errores, cuyas consecuencias ahora veo, no han de impedir que tú, mi querida hija, tengas la posición y la fortuna que te pertenecen. Para lo cual formulo y firmo esta declaración, por si no pudiera realizarla ante notario, tal y como pretendo hacer cuando me reponga. Y si me muero, Dios no lo quiera, pido perdón a mi hija. Y firmo con mi nombre de casada: Maria Monforte da Maia.

Ega fijó su mirada en Vilaça. El administrador sólo fue capaz de murmurar, con las manos cruzadas sobre la mesa:

—¡Una millonada! ¡Una millonada!

Ega se puso en pie. Ante aquello, todo se simplificaba. Ya sólo cumplía entregarle a Carlos aquel documento, sin comentario alguno. Pero Vilaça se rascaba la cabeza, asaltado por una nueva duda:

—No sé yo si este papel daría fe en un juicio...

—Pero ¡de qué fe y de qué juicio me habla usted! —exclamó Ega violentamente—. ¡Ya es bastante con que valga para que Carlos no siga acostándose con su hermana!

La llamada en la puerta de unos nudillos tímidos le hizo detenerse, inquieto. Abrió. Era el escribiente, que le cuchicheó a través de la rendija entreabierta:

—El señor Carlos da Maia está abajo en un coche, y me ha preguntado por el señor Vilaça.

Cundió el pánico. Ega, haciéndose un lío, cogió el sombrero de Vilaça. El administrador arrojaba con ambas manos los papeles de la Monforte en un cajón.

—Quizá lo mejor sea decir que no está —insinuó el escribiente.

—¡Sí, eso es! —susurraron los dos.

Aguzaron el oído, pálidos. El *dog-cart* de Carlos echó a rodar por la calzada; los dos amigos respiraron. Un instante después Ega se arrepentía de no haber hecho subir a Carlos y allí mismo, sin más vacilaciones ni remilgos, valientemente, haberle contado todo ante aquellos papeles desplegados. ¡Y asunto acabado!

—Hombre —decía Vilaça pasándose el pañuelo por la frente— las cosas requieren su tiempo, su método. Conviene prepararse antes del gran chapuzón.

En cualquier caso, concluyó Ega, toda conversación era ya ociosa. Ante aquella confesión de la Monforte, los demás papeles de la caja perdían interés. Sólo restaba que Vilaça se presentara aquella noche en el Ramalhete, a las ocho y media o las nueve, antes de que Carlos se marchase a la Rua de São Francisco.

—Pero ¡usted tiene que estar allí! —exclamó el administrador, aterrorizado.

Ega le prometió que estaría. Vilaça lanzó un pequeño suspiro. Y ya en el descansillo, adonde había salido a acompañar a Ega, añadió:

—¡Menudo asunto! Y yo venga a comer en el Ramalhete, tan contento...

—¡Y yo con ellos en la Rua de São Francisco!

—En fin, ¡hasta la noche!

—Hasta la noche.

Ega no se atrevió a volver al Ramalhete como si tal cosa, a cenar con Carlos y verle alegre y tranquilo, sabedor como era de que la negra desgracia se abatía sobre él a medida que caía la noche. Fue a que le invitase el marqués, que desde el sarao no había salido de casa, muy preocupado con su garganta. Luego, a las ocho y media, cuando calculó que Vilaça ya debía de estar en el Ramalhete, dejó al marqués, que se enfrascaba en una partida de damas con el capellán.

Aquel bonito día, tras una tarde encapotada, acabó con una lluvia menuda que helaba las calles. Ega cogió un coche de punto. Se detenía ante el Ramalhete, terriblemente nervioso, cuando avistó a Vilaça en el portal, con su paraguas bajo el brazo, remangándose los pantalones para salir.

—¿Y bien? —gritó Ega.

Vilaça abrió el paraguas, y metiéndose debajo susurró:

—Imposible... Ha dicho que tenía mucha prisa, que no podía escucharme.

Ega dio una patada en el suelo, desesperado:

—Pero ¡hombre de Dios!

—¿Qué quería usted? ¿Que le agarrase a la fuerza? Mañana se verá. Tengo que estar aquí a las once.

Ega subió las escaleras a zancadas, barbotando: «¡No acabaremos nunca!». Se dirigió al despacho de Afonso. Pero no entró. Por el repostero entreabierto se veía un ángulo de la estancia, acogedor, cálido, con una luz de tonalidades rosáceas cayendo

sobre los damascos: las cartas aguardaban en la mesa del *whist*, y en el sofá bordado a matiz, don Diogo, ajado y lánguido, miraba el fuego atusándose los bigotes. Y enzarzados en alguna discusión, la voz de Craft, al que vio cruzar con la pipa en la mano, y la más lenta de Afonso, tranquilo en su poltrona, se mezclaban, sofocadas por la de Sequeira, que gritaba: «Si mañana hubiera una revuelta, ese ejército con el que ustedes pretenden acabar por ser una escuela de molicie, sería quien les guardase las espaldas... ¡Está muy bien hablar, filosofar! Pero cuando vienen mal dadas, si uno no dispone de media docena de bayonetas, ¡está listo!».

Ega subió a las habitaciones de Carlos. Las velas aún ardían, flotaba un aroma a agua de Lubin y puro. Baptista le dijo que el señor don Carlos había salido «hacia diez minutos». ¡Había ido a la Rua de São Francisco! ¡Iba a pasar la noche con ella! Enervado ante la larga y triste noche que le esperaba, le entró un súbito deseo de embrutecerse, de disipar, por obra de una excitación fuerte, las ideas que le torturaban. No había despedido el coche, así que se dirigió al São Carlos. Acabó cenando en el Augusto, con Taveira y dos muchachas, la Paca y Carmen Filósofa, abusando del champán. A las cuatro de la mañana estaba bebido, tendido en un canapé, gimiendo sentimentalmente, para sí mismo, las estrofas de Musset a la Malibran^[152]... Taveira y la Paca, muy juntos en una misma silla, él con su aire de chulo tierno, ella *muy caliente*^[153] también, picoteaban de varios tazones de gelatina. Y Carmen Filósofa, atiborrada, despechugada, con el corsé ya envuelto en un *Diario de Noticias*, golpeaba el cuchillo en el borde de un plato, canturreando con los ojos perdidos en las lámparas de gas:

*Señor alcalde mayor,
no prenda usted los ladrones*^[154]...

Al día siguiente se despertó a las nueve, en compañía de Carmen Filósofa, en un cuarto de enormes ventanales por los que entraba la melancolía de una oscura mañana de lluvia. Y mientras aguardaba a que llegase el coche cerrado que le había pedido a un mozo, el pobre Ega, enojado, avergonzado, con la lengua pastosa, descalzo en la alfombra, buscando su ropa dispersa, sólo tenía una idea clara: la de huir de allí cuanto antes y sumergirse en un gran baño perfumado y fresco, que le purificase de aquella sensación viscosa de Carmen y de la noche de farra, que le horripilaba.

Fue a tomar su baño lustral al Hotel Bragada, pensando en encontrarse con Carlos y Vilaça a las once, ya aseado y listo. Pero tuvo que aguardar a que el cochero, con un billete para Baptista, volviera del Ramalhete con su ropa blanca. Después almorzó, y ya daban las doce cuando se apeó en la entrada particular de las habitaciones de Carlos, con la ropa sucia en un hato.

En el descansillo coincidió con Baptista, que llevaba un ramo de camelias.

—¿Ha llegado Vilaça? —preguntó Ega en un susurro, de puntillas.

—Hace poco que ha entrado. ¿Ha recibido usted la ropa blanca? Le he enviado también un traje, pues en estos casos refresca mucho...

—¡Muchas gracias, Baptista, muchas gracias!

Ega pensaba: «¡Bien, Carlos ya lo sabe todo, lo peor ya ha pasado!». Pero se demoró un poco más, quitándose los guantes y el paletó con lentitud cobarde. Por fin, con el corazón en un puño, apartó el repostero de terciopelo. En la antecámara pesaba un silencio grávido; una lluvia gruesa fustigaba la puerta vidriera, por la que se veían, difuminados por la niebla, los árboles del jardín. Ega alzó el siguiente repostero, que tenía bordadas las armas de los Maia.

—¡Ah, eres tú! —exclamó Carlos, levantándose de la mesa de trabajo con unos papeles en la mano.

En apariencia mostraba un ánimo viril y firme: sólo los ojos parecían alterados, con un fulgor seco, ansiosos y agrandados en el rostro pálido. Vilaça, sentado frente a él, se pasaba un pañuelo de seda de la India por la frente, con gesto cansado. Sobre la mesa yacían esparcidos los papeles de la Monforte.

—¿Qué embrollo es éste que me ha contado Vilaça? —atajó Carlos, cruzándose de brazos ante Ega, con una voz que apenas temblaba.

Ega balbució:

—No he tenido el valor de contártelo yo...

—Pero yo tengo el de oírte... ¿Qué demonios te ha contado ese hombre?

Vilaça se puso en pie de inmediato. Se levantó con la celeridad de un recluta al que relevan de un puesto arriesgado, y pidió permiso para, si no precisaban de él, volver a su despacho. A buen seguro los dos amigos preferían conversar a solas. Por lo demás, allí estaban los papeles de la señora doña Maria Monforte. Si se le necesitaba para algo, no había más que mandarle llamar en la Rua da Prata o en su casa...

—Usted comprenderá —añadió enrollando su pañuelo de seda— que he tomado la iniciativa de venir a hablar con usted en cumplimiento de mi deber y como amigo confidencial de la casa... Nuestro querido Ega fue de la misma opinión...

—¡Perfecto, Vilaça, muchas gracias! —terció Carlos—. Si hace falta, ya le haré llamar...

El administrador, con el pañuelo en la mano, recorrió con una mirada lenta la habitación. Luego, miró debajo de la mesa. Carlos siguió con impaciencia sus pasos tímidos por el cuarto:

—¿Qué sucede?

—Mi sombrero. Juraría que lo he dejado por aquí... Pero estará afuera... Bueno, si se me necesita...

En cuanto abandonó la habitación, no sin antes lanzar unas miradas desconfiadas

a las cuatro esquinas, Carlos cerró violentamente el repostero. Se volvió hacia Ega y se dejó caer pesadamente en una silla:

—¡Cuéntame!

Ega, sentado en el sofá, comenzó por contarle el encuentro con Guimarães en el ambigú del Teatro da Trindade, tras la intervención de Rufino. El hombre quería explicaciones acerca de la carta de Dâmaso, sobre el asunto de la dipsomanía hereditaria... Se lo aclaró todo, y aquello dio pie a un inicio de familiaridad entre ellos...

Pero el repostero se movió ligeramente, y asomó la cabeza de Vilaça:

—Les ruego disculpas, pero no encuentro mi sombrero... Juraría que lo he dejado por aquí...

Carlos retuvo una maldición. Ega le ayudó a buscar por detrás del sofá, en el vano de la ventana. Carlos, desesperado, acabó mirando entre las colgaduras de la cama. Vilaça, colorado, buscaba hasta en el cuarto de baño...

—¡No sé qué ha podido pasar! En fin, tal vez lo haya dejado en la antecámara. Voy a ver... Disculpen...

Los dos se quedaron a solas. Ega retomó el hilo, contó cómo en los descansos, dos o tres veces, Guimarães se había acercado a él para hablarle de distintas cosas, del sarao, de política, del padrecito Hugo, etc. Luego, él había buscado a Carlos para ir un rato al Grémio. Acabó yendo con Cruges. Pasaban por delante del Hotel Alianza...

De nuevo se abrió el repostero. Baptista pidió perdón a los señores:

—El señor Vilaça no encuentra su sombrero, y dice que lo ha dejado por aquí...

Carlos se puso en pie furioso, asiendo el respaldo de la silla como si se dispusiera a aplastar a Baptista.

—¡Al Diablo el señor Vilaça y tú!... ¡Que se vaya sin sombrero! ¡Dale un sombrero mío! ¡Santo Cielo!

Baptista retrocedió, muy serio.

—¡Acaba de una vez! —exclamó Carlos, dejándose caer en la silla, más pálido.

Ega le contó con todo detalle su larga, terrible conversación con Guimarães, producto de una mención casual, ya cuando se despedían, cuando le tendía la mano, de la «hermana de Maia». Después Guimarães le había entregado los papeles de la Monforte a la puerta del Hotel París, en el Largo do Pelourinho...

—Y no hubo más. ¡Imagínate la noche que pasé! Pero no tuve el valor de decirte nada. Acudí a Vilaça... Acudí a Vilaça sobre todo con la esperanza de que él supiera algo, de que tuviese algún documento que echara por tierra la historia de Guimarães... No tenía nada, no sabía nada. ¡Se quedó tan anonadado como yo!

En el corto silencio que siguió, un chaparrón más largo, que empapó los árboles del jardín, repicó en los cristales. Carlos se puso en pie arrebatado, rebelándose con

todo su ser:

—¿Y tú crees que toda esa patraña es posible? ¿Que le suceda eso a un hombre como yo, como tú, en una calle de Lisboa? ¡Que yo me encuentre con una mujer, la mire, la trate, me acueste con ella, y a la postre resulte que es, de entre todas las mujeres del mundo, mi hermana! ¡Imposible! ¡No hay Guimarães, papeles, documentos que me convenzan de algo así!

Y como Ega permaneciera mudo, muy quieto en el sofá, con los ojos en el suelo, añadió:

—¡Di algo! —gritó Carlos—. ¡Duda tú también, duda conmigo! ¡Es extraordinario! ¡Te lo crees como si fuese la cosa más natural del mundo, como si ahí afuera, en esta ciudad, no hubiese sino hermanos durmiendo juntos!

Ega murmuró:

—Tengo noticia de un caso semejante, cerca de Celorico...

En aquel momento, sin que el menor rumor los previniera, Afonso da Maia alzó el repostero y apareció apoyado en su bastón, sonriente, como si le diese vueltas a algún asunto divertido. Era otra vez el sombrero de Vilaça.

—¿Qué demonios habéis hecho con el sombrero de Vilaça? El pobre estaba de lo más afligido... Ha tenido que llevarse uno de los míos. Pero se le caía: se lo han rellenado con pañuelos...

Mas reparó de pronto en la cara trastornada de su nieto; en la turbación de Ega, cuyos ojos no se fijaban ni en él ni en Carlos, huyendo de ambos nerviosamente. La sonrisa se le apagó, dio un paso lento al frente:

—¿Qué sucede? ¿Qué os pasa?... ¿Ocurre algo?

Entonces Carlos, llevado del ardiente egoísmo de su pasión, sin pensar en el cruel mazazo que le iba a asestar a su abuelo, imbuido tan sólo de la esperanza de que él, Afonso da Maia, testigo del pasado, supiese algo, poseyera alguna certeza contraria a la historia de Guimarães, a los papeles de la Monforte, se dirigió hacia él y le confesó todo:

—¡Es algo increíble, abuelo! Usted tiene que saber alguna cosa... algo que nos saque de este atolladero... En una palabra, se trata de lo siguiente. Yo conozco a una señora que llegó a Lisboa hace unos meses, y que vive en la Rua de São Francisco. Ahora, de repente, se ha descubierto que esa señora es mi hermana legítima... Ha estado por aquí un hombre que la conocía, que tenía unos papeles... Los papeles están ahí. Son cartas, una declaración de mi madre... En fin, todo un enredo, un montón de pruebas... ¿Qué significa esto? Esa hermana mía a la que se habían llevado de pequeña, ¿no estaba muerta? Usted tiene que saber algo, abuelo...

Afonso da Maia, asaltado por unos temblores, se agarró con fuerza a su bastón y se dejó caer en una poltrona, junto al repostero. Se quedó devorando a su nieto, a Ega, con la mirada perdida, como atontado.

—Ese hombre —exclamó Carlos— es un tal Guimarães, un tío de Dâmaso... Ha hablado con Ega, es a él a quien ha entregado los papeles... ¡Cuéntaselo tú, Ega, cuéntale todo desde el principio!

Ega, con un suspiro, resumió la larga historia. Y acabó remarcando que lo más importante de todo era que aquel hombre, Guimarães, que no tenía el menor interés en mentir y que sólo por casualidad, por pura casualidad, se había referido a aquellas cosas, conocía a aquella señora desde pequeña como hija de Pedro da Maia y de Maria Monforte. Y que nunca la había perdido de vista. La había visto crecer en París, la había cogido en brazos, le había regalado muñecas. Había frecuentado su domicilio de casada en Fontainebleau...

—En fin —interrumpió Carlos— la vio hace unos días en un coche, con Ega y conmigo. ¿Qué le parece, abuelo?

El viejo murmuró con gran esfuerzo, como si las palabras le desgarrasen el corazón a medida que las pronunciaba:

—Esa señora, claro está, no sabe nada...

Tanto Ega como Carlos gritaron al mismo tiempo: «¡No, no sabe nada!». Según afirmaba Guimarães, su madre siempre le había ocultado la verdad. Ella se creía hija de un austríaco. Al principio se firmaba Calzaski...

Carlos, que rebuscó en la mesa, le tendió a Afonso un papel:

—Aquí tiene la declaración de mi madre.

Al viejo le costó mucho encontrar sus lentes, sacárselos del chaleco con dedos temblorosos. Leyó el papel despacio, empalideciendo a cada línea, respirando penosamente. Al final dejó caer las manos sobre sus rodillas, sin soltar el papel, destrozado, exhausto. Las palabras tardaron en venirle, morosas. Él no sabía nada... No podía rebatir las afirmaciones de la Monforte... Aquella señora de la Rua de São Francisco acaso fuera, a la postre, su nieta... Era todo lo que sabía...

Carlos, destrozado también ante aquella certeza, se encorvaba. ¡El abuelo, testigo del pasado, no sabía nada! Allí estaban aquella declaración, la historia de Guimarães, intactas, irrefutables. No había nada, ni memoria humana ni documentos que acabasen con ellas... ¡Maria Eduarda era su hermana! Y frente a frente, el viejo y el nieto parecían vencidos por un mismo dolor, nacido de una misma idea.

Por fin Afonso se puso en pie, apoyándose fuertemente en el bastón, y depositó en la mesa el papel de la Monforte. Dedicó una mirada, sin tocarlas, a las cartas esparcidas junto a la caja de puros. Después, despacio, pasándose la mano por la frente, dijo:

—No sé nada más... Siempre pensamos que aquella criatura había muerto... Se hicieron todas las averiguaciones posibles... Ella misma dijo que su hija había muerto, llegó a enseñarle un retrato a no sé quién...

—Se trataba de otra cría más pequeña, hija del italiano —dijo Ega—. Es lo que

me dijo Guimarães... Fue ésta la que vivió. Ésta, que tenía siete u ocho años cuando hacía unos cuatro o cinco que aquel sujeto italiano había aparecido por Lisboa... Fue ésta.

—Sí —murmuró el viejo.

Tuvo un vago gesto de resignación, y añadió, tras respirar con fuerza:

—¡Bien! Todo esto se ha de pensar con más detenimiento... Me parece bien que se vuelva a llamar a Vilaça... Acaso haga falta que se desplace a París... Pero lo primero es que nos tranquilicemos... Por lo demás, no se ha muerto nadie, no se ha muerto nadie...

La voz, trémula, se le quebraba. Le tendió la mano a Carlos, que la besó, conmovido. El viejo, empujando a su nieto hacia sí, le besó en la frente. Luego dio dos pasos hacia la puerta, tan lentos e inseguros que Ega acudió en su auxilio:

—Cójase usted de mi brazo...

Afonso se apoyó en él pesadamente. Atravesaron la antecámara silenciosa, donde la lluvia seguía batiendo en los cristales. El enorme repostero con las armas de los Maia cayó tras ellos. Entonces, Afonso, de repente, soltándose del brazo de Ega, le susurró al oído, dando suelta a todo su dolor:

—¡Yo sabía de esa mujer!... Vive en la Rua de São Francisco, y ha pasado el verano en Oliváis... ¡Es su amante!

Ega balbució: «¡No, no, señor Afonso da Maia!». Pero el viejo se llevó un dedo a los labios, indicando que Carlos podría oírles... Y se alejó, doblado sobre el bastón, vencido al fin por aquel destino implacable que, tras haberle golpeado en la edad del vigor con la desgracia de su hijo, le destrozaba ahora en su vejez con la de su nieto.

Ega, enervado, exhausto, regresó al cuarto, donde Carlos iba y venía de un lado a otro, haciendo temblar el suelo y tintinear los frascos en el mármol de la *console*. Callado, junto a la mesa, examinó otros papeles de la Monforte: cartas, un librito con *adresses* forrado en piel, tarjetas de visita de miembros del Jockey Club y senadores del Imperio. De pronto, Carlos se detuvo ante él, estrujándose las manos con desesperación:

—¡Dos criaturas viven en el mismísimo cielo, pasa un *quidam*, un idiota, un tal Guimarães, deja caer dos palabras, entrega unos papeles, y arruina para siempre esas dos existencias!... ¿No es horrible, Ega?

Ega arriesgó un consuelo brutal:

—Peor hubiera sido que ella muriese...

—¿Peor? ¿Por qué? —exclamó Carlos—. Si ella hubiera muerto, o yo, habría sido el fin de esta pasión, ya sólo quedaría dolor y añoranza, sería distinto... Sin embargo, ¡los dos estamos vivos, pero muertos el uno para el otro, y viva la pasión que nos unía! ¿O es que te crees que porque vengan a demostrarme que ella es mi hermana me gusta menos de lo que me gustaba ayer, o me gusta de una manera

diferente? ¡Claro que no! Mi amor no se acomoda en una hora a las nuevas circunstancias, no se transforma así porque sí en amistad... ¡No, no es posible, ni yo lo quiero! ¡Nunca!

Aquello era una brutal rebelión: su amor se defendía, se negaba a morir tan sólo porque las revelaciones de un tal Guimarães y una caja de puros llena de papelotes lo declarasen imposible y le ordenaran su muerte.

Hubo otro melancólico silencio. Ega encendió un cigarrillo y se hundió en el sofá. La fatiga le vencía tras aquella emoción, tras la noche en el Augusto, tras el embotado despertar en compañía de Carmen. El cuarto se entristecía a la luz triste del ocaso invernal. Ega acabó cerrando los ojos. Pero le sacudió otra exclamación de Carlos, que de nuevo ante él se estrujaba las manos con desesperación:

—Y lo peor no es eso... ¡Lo peor es que hay que contarle todo, todo, a ella!

Ega ya había pensado en eso... Había que decírselo de inmediato, sin vacilaciones:

—Yo mismo se lo contaré —murmuró Carlos.

—¿Tú?

—¿Quién si no? No querrás que se lo cuente Vilaça...

Ega frunció el ceño:

—Lo que tú tenías que hacer era coger esta noche el tren rumbo a Santa Olávia. Y desde allí se lo contabas todo. Sería lo más fiable.

Carlos se dejó caer en una poltrona, con un gran suspiro de cansancio:

—Sí, tal vez, mañana, en el tren de la noche... Ya he pensado en eso, es lo mejor... Ahora lo que estoy es muy cansado.

—Yo también —dijo Ega desperezándose—. Y por más que sigamos dándole vueltas no vamos a sacar nada en claro. Al contrario. Lo mejor es que nos serenemos... Voy a tumbarme un poco.

—¡Hasta ahora!

Ega subió a su cuarto y se echó sin abrir la cama; se durmió enseguida. Pasado un buen rato, se despertó al oír la puerta. Era Carlos, que entraba raspando un fósforo. Ya había anochecido, abajo sonaba la campanilla de la cena.

—¡Y encima esta pejuguera de la cena! —decía Carlos encendiendo las velas del tocador—. ¡Mira que no tener un pretexto para escaparnos a una taberna a conversar en paz! Además, ayer convidé a Steinbroken.

Después, volviéndose:

—¿Tú crees que el abuelo lo sabe todo?

Ega había saltado de la cama, y se arremangaba ante el lavabo:

—La verdad... Yo creo que desconfía... Se ha tomado el asunto como una catástrofe... Si no sospechara nada, tendría que haber reaccionado como quien descubre a una nieta perdida.

Carlos lanzó un leve suspiro. No tardaron en bajar a cenar.

Además de Steinbroken y de don Diogo, estaba Craft, que se había dejado caer. Y en torno a aquella mesa siempre alegre, cubierta de flores y luces, planeaba la melancolía de una conversación acerca de enfermedades: Sequeira tenía reumatismo, el pobre marqués había empeorado...

Por lo demás, Afonso ya se había quejado en su despacho de un fuerte dolor de cabeza que justificaba su aspecto consumido y pálido. Carlos, que según Steinbroken tenía «mala cara», explicó que había pasado una noche abominable. Para cambiar de tercio y animar la cena, Ega le solicitó a Steinbroken sus impresiones acerca del gran orador del sarao literario, Rufino. El diplomático vaciló. Le había sorprendido mucho enterarse de que Rufino era un político, un parlamentario... Aquellos gestos, la camisa enseñando el estómago, la perilla, la melena, las botas, no le parecían cosas propias de un hombre de Estado:

—*Mais cependant, cependant... Dans ce genre-là, dans le genre sublime, dans le genre de Démosthène, il m'a paru très fort... Oh, il m'a paru excessivement fort!*

—¿Y a ti, Craft?

A Craft, en el sarao, sólo le había gustado Alencar. Ega se encogió de hombros. ¡Pamplinas! Aquella Democracia romántica de Alencar era risible, aquella República rubia, encantadora, vestida de blanco como Ofelia, que oraba en el prado bajo el ojo amable de Dios... Pero a Craft todo aquello le parecía admirable por sincero. ¿Qué era lo terrible de tantas celebraciones literarias portuguesas? La escandalosa falta de sinceridad. Nadie, ni en verso ni en prosa, parecía creer nunca en lo que declamaba con ardor, dándose enormes golpes en el pecho. Era lo que había sucedido la víspera. Ni Rufino parecía creer en la influencia de la religión; ni el hombre de la barba picuda en el heroísmo de los Castro y los Albuquerque; ni el poeta de los ojitos bonitos en los bonitos ojitos... ¡Todo era impostura! Pero Alencar era distinto. Alencar tenía verdadera fe en lo que cantaba, en la fraternidad de los pueblos, en el Cristo republicano, en la Democracia pía y coronada de estrellas...

—Ya tiene que ser muy mayor ese Alencar —observó don Diogo, que con sus largos dedos pálidos hacía bolitas con las migas del pan.

Carlos, que estaba junto a él, emergió de su mutismo:

—Alencar debe de tener sus buenos cincuenta años.

Ega juró que por lo menos eran sesenta. Ya en 1836 Alencar publicaba cosas delirantes, en las que deseaba la muerte, arrepentido de las muchas vírgenes que había deshonrado...

—¡Sí, fue hace muchos años —murmuró Afonso lentamente— cuando oí hablar de él por primera vez!

Don Diogo, con la copa en los labios, se volvió hacia Carlos:

—Alencar tiene los mismos años que tendría tu padre... Eran íntimos, los dos

eran de los *distingués* de entonces. Alencar iba mucho a Arroios con el pobre João da Cunha, que el Señor tenga en su gloria, y algunos otros... Eran la flor y nata, y todos más o menos de la misma edad. Pero ¡ya no queda nada de aquellos tiempos!

Carlos bajó los ojos. Y por azar se hizo el silencio: un soplo de tristeza cruzó por entre las flores y las luces, como venido desde lo hondo del pasado, grávido de sepulturas y dolores.

—Y el pobre Cruges, ¡qué fiasco! —exclamó Ega, intentando despejar aquella neblina.

Craft juzgaba justo el fiasco. ¡A quién se le ocurría interpretar a Beethoven ante aquella gente educada en el desparpajo chulesco de Offenbach! Pero Ega no estaba dispuesto a admitir aquel desdén por Offenbach, ¡una de las más finas manifestaciones modernas de ironía y escepticismo! Steinbroken acusó a Offenbach de no saber contrapunto. Por unos instantes discutieron de música. Ega salió a la postre con que en las artes no había nada tan hermoso como el fado portugués.

Y apeló a Afonso, con la intención de que despertara.

—¿No es cierto, señor Afonso da Maia? Usted también es, como yo, uno de los fieles del fado, nuestra gran creación nacional.

—Sí, en efecto —murmuró el viejo, y se llevó una mano a la frente, como justificando su tono desinteresado y mustio—. Hay mucha poesía en el fado...

Craft, no obstante, arremetió contra el fado, las malagueñas, las peteneras, contra toda aquella música meridional, que no era sino un gargarismo gemebundo, prolongado hasta el infinito con mil ayes estériles y complacientes. Sin ir más lejos, él había oído una noche una malagueña, cantada como es debido por una señora de Málaga. Había sido en Madrid, en casa de los Villarrubia. La señora se había sentado al piano, y tras decir algo acerca de una *pedra* y una *sepultura*^[155], se lanzó a un gemido inacabable: *a-a-a-a-ay*... Y él, como se aburría, pasó a otra sala, vio jugar todo un *robber* de *whist*, hojeó un inmenso álbum, discutió acerca de la guerra carlista con el general Jovellos, y cuando regresó, allí estaba todavía la buena señora, con sus claveles en el moño y la mirada perdida en el techo, eternizada en el mismo *a-a-a-a-ay*...

Todos se rieron. Ega protestó con ímpetu, ya caliente. ¡Craft era un seco inglés, educado en el adusto seno de la Economía Política, incapaz de comprender los mundos de poesía que cabían en un *ay*! Pero él no se había referido a las malagueñas. No era su misión defender a España. España andaba sobrada de gracejo y navajas con que convencer a Craft y a la británica gente... ¡El asunto era el fado!

—¿Dónde ha oído usted el fado? ¿En los salones burgueses, acompañado al piano?... Así, concuerdo, es insulso. Pero escúchelo tocado por tres o cuatro guitarristas, por la noche, en el campo, con una hermosa luna en el cielo... Como nosotros este verano, en Oliváis, cuando el marqués llevó al «Renegrío». ¿Te

acuerdas, Carlos?

Se detuvo, azorado, arrepentido de aquella mención de la Toca, de aquella evocación irresponsable. Carlos no dijo palabra, el rostro sombrío. Craft rezongó que en una bonita noche de luna, en el campo, no había sonido feo, incluido el croar de las ranas. Y de nuevo un extraño abatimiento cundió en la concurrencia. Los criados sirvieron los postres.

Entonces, en medio de aquel silencio, don Diogo dijo pensativamente, con la majestad de un león melancólico que rememora un noble pasado:

—Una música muy *distinguée*, antaño, eran las llamadas «Campanas del Monasterio». Uno tenía la impresión de estar oyendo auténticas campanas... ¡Otra cosa que se ha perdido!

La cena acabó fríamente. Steinbroken reincidió en la ausencia de la familia real en el sarao, que aún le seguía inquietando. Pero allí nadie se interesaba por las cosas de Palacio. Don Diogo se descolgó con una vieja y fastidiosa historia sobre la infanta doña Isabel. Hubo un alivio general cuando un criado hizo pasar una ancha jofaina de plata y un aguamanil perfumado.

Tras el café, servido en el billar, Steinbroken y Craft jugaron una partida a cincuenta y a quince tostones, para que fuese más atractiva. Afonso y don Diogo se recogieron en el despacho. Ega se enterró con el *Figaro* en una butaca, pero no tardó mucho en cerrar los ojos y dejarlo caer sobre la alfombra. Carlos, que se paseaba de un lado a otro fumando pensativamente, miró un instante a Ega dormido, y desapareció tras el repostero.

Se dirigió a la Rua de São Francisco.

Pero sin prisas, a pie, por el Aterro, embozado en un paletó de pieles, acabándose el puro. La noche clareaba, con la luna en cuarto creciente rodeada de harapos de nubes blancas, que huían al soplo de un norte fino.

Aquella tarde, en su cuarto, se había decidido a hablar con Maria, porque se trataba de un supremo imperativo de dignidad y razón, idea a la que se aferraba y que se repetía incesantemente, en busca de un punto de apoyo. Ni Maria ni él eran débiles criaturas necesitadas de que Ega o Vilaça les resolvieran la crisis más pavorosa de su vida, sino dos personas fuertes, de ánimo resuelto y juicio firme, capaces de hallar por sí solas el camino de la dignidad y la razón en medio de aquella catástrofe que desmantelaba su existencia. Por eso era él, sólo él, quien debía acudir a la Rua de São Francisco.

Era terrible volver a verla en aquel salón, caldeado aún con su amor, ahora que la sabía su hermana... Pero ¿por qué no? ¿Acaso eran ellos un par de mojigatos, poseídos por el temor al Demonio, aterrorizados ante aquel pecado suyo, si bien inconsciente, ansiosos por enterrar en recónditos monasterios el miedo carnal al otro?

¡No! ¿Necesitaban ellos las muchas leguas que median entre Lisboa y Santa Olávia para no reincidir en su antigua debilidad, si es que sus miradas se cruzaban con el viejo brillo flamígero? ¡No! Los dos tenían la suficiente fortaleza como para enterrar el corazón bajo el peso de la razón, bajo una piedra fría y dura, de modo que no volviesen a oír sus quejas ni sus lloros. Él podía volver sin aprensión a aquella casa aún caldeada por su amor.

Por otra parte, ¿a santo de qué habrían de apelar a la razón, a su valor y fortaleza? Él tampoco pensaba revelarle *toda* la verdad bruscamente, lanzar un adiós patético, teatral, afrontar una crisis de pasión y dolor. ¡Muy al contrario! Durante toda aquella tarde, sumido en su propio tormento, había buscado con ansia el modo de dulcificar y graduarle a aquella criatura el horror de la revelación que le debía. Y había dado con uno, complicado y cobarde. Pero ¡no había otro! Era el único, el único que por medio de una preparación lenta y caritativa le ahorraría un dolor fulminante y brutal. Mas para ello él debía presentarse en la Rua de São Francisco con frialdad, con entereza de ánimo.

Y así, a lo largo del Aterro, retardaba sus pasos, resumía, retocaba aquel plan, ensayaba en voz baja las frases que le diría. Entraría en el salón, con aires de mucha prisa, contándole que negocios de familia, problemas de intendencia, le obligaban a personarse en Santa Olávia dentro de unos días. Y con el pretexto de correr a casa del administrador, se marcharía de inmediato. Incluso podría añadir: «Es sólo un momento, no tardo, vuelvo enseguida». Pero una cosa le inquietaba. ¿Y si ella le daba un beso? Decidió exagerar al máximo su prisa, conservar el puro en la boca, no se quitaría el sombrero... Y se iría. No volvería. ¡Y ella, la pobre, le esperaría hasta tarde, atenta al mínimo rumor de un coche en la calle!... Y al día siguiente, cogería con Ega el tren de la noche, se iría a Santa Olávia dejándole una carta en la que le explicaría que un telegrama le obligaba a partir en aquel tren. Incluso podría añadir: «Vuelvo en dos o tres días». Y así se hallaría lejos de ella para siempre. Le escribiría desde Santa Olávia, de un modo incierto y confuso, hablándole de documentos de familia, descubiertos por azar, que probaban que existía entre ellos un parentesco cercano. Todo contado de manera confusa, sin detalles, como con prisas. Y al cabo, en otra carta, deslizaría *toda* la verdad, le enviaría la declaración de su madre; le hablaría de la necesidad de una separación en tanto no se esclareciera hasta la última duda, le pediría que se fuese a París. Vilaça se ocuparía de la cuestión del dinero, le entregaría trescientas o cuatrocientas libras para el viaje... ¡Ah, era un plan demasiado intrincado, demasiado cobarde! Pero no había otra manera. ¿Quién, si no él, estaba facultado para obrar con tacto, con compasión?

Sumido en aquellos pensamientos, cuando se quiso dar cuenta se hallaba en la Travessa da Parreirinha, frente a la casa de Maria. Las cortinas del salón traslucían una luz tenue. El resto estaba apagado: la ventana del estrecho gabinete en que ella se

vestía, el balcón de su cuarto con los tiestos de crisantemos.

Y poco a poco, aquella fachada muda en la que apenas se destacaba la claridad lánguida de una alcoba adormecida, le fue infundiendo una sensación de inquietud y desconfianza. Temía aquella muelle penumbra, cálida y perfumada, con sus notas de jazmín. No entró: caminó un poco más por la acera de enfrente, pensando en ciertos detalles de la casa: el vasto sofá con almohadones de seda, los encajes del tocador, las colgaduras blancas de la cama... Se detuvo ante el fogonazo de claridad que arrojaba el portón del Grémio, y entró maquinalmente, atraído por la simplicidad y seguridad de aquel acceso, con su enlosado de piedra, sus gruesas lámparas de gas, sin penumbras ni perfumes.

En el salón de abajo, leyó sin comprenderlos los telegramas esparcidos sobre la mesa. Le pidió un coñac a un mozo que pasaba. Teles da Gama se le acercó silbando, con las manos en los bolsillos del paletó, y le preguntó si pensaba acudir al martes de los Gouvarinho.

—Quizá —murmuró Carlos.

—¡Tiene que ir! Ando reclutando gente... Además, es el cumpleaños de Charlie. ¡Estará todo el mundo, y habrá cena!

El mozo entró con una bandeja, y mientras Carlos, de pie, removía el azúcar en la copa, rememoraba, sin saber por qué, la tarde en que la condesa, poniéndole una rosa en la solapa, le dio el primer beso, y el sofá en que ella se dejó caer con un rumor de sedas estrujadas... Ahora, ¡qué vago y remoto era todo aquello!

Se marchó en cuanto se acabó el coñac. Caminando pegado a las casas, ya no veía aquella fachada que tanto le había perturbado con su claridad de alcoba que moría en los cristales. El portalón estaba cerrado, pero el gas lucía adentro. Subió la escalera de piedra, sintiendo tan sólo los latidos de su corazón, no los pasos que daba. Le abrió Melanie, que le dijo que la señora, cansada, se había echado un poco. El salón, en efecto, parecía abandonado, las luces apagadas, el bordado ocioso en su cesto, los libros fríamente ordenados, orlando la mesa, en la que una lámpara derramaba una luz tenue, al amparo de un *abat-jour* de encaje amarillo.

Carlos se quitaba los guantes lentamente, de nuevo inquieto ante aquel recogimiento umbrío. Y de repente Rosa apareció corriendo, entre risas y saltos, con el pelo suelto sobre los hombros y los brazos abiertos. Carlos la aupó en brazos, saludándola como de costumbre: «¡Hola, mi cabritilla!».

Pero cuando la tenía en el aire, con los piececitos colgando, le asaltó la idea de que aquella criatura era su sobrina y le correspondía su nombre... La soltó, casi dejándola caer, y la miró asombrado, como si viera por primera vez aquella carita ebúrnea y fina por la que corría su sangre...

—¿Por qué me miras así? —dijo ella, retrocediendo sonriente, con las manitas cruzadas tras las faldas de mucho vuelo.

Él no sabía, aquella no era la Rosa que él conocía, y a su perturbación se sumaba la añoranza de la antigua, de la otra, la hija de madame Mac Gren, aquella a la que él contaba historias de Juana de Arco, a la que columpiaba en la Toca bajo las acacias en flor. Sin embargo ella sonreía, los dientecllos brillantes, los hermosos ojos azules llenos de ternura, creyendo que Carlos fingía aquella seriedad, aquella gravedad, y que de repente pondría «voz de Carlomagno». Tenía la misma sonrisa de su madre, el mismo hoyuelo en la barbilla. Carlos pensó que concentraba en su personita toda la gracia de Maria, todo su encanto. La cogió de nuevo en brazos, con tal violencia, besándola tan bruscamente en el pelo y en los carrillos, que Rosa, asustada, pataleó y dio un grito. La soltó, temeroso de no haberse comportado castamente... Luego, muy serio, preguntó:

—¿Dónde está mamá?

Rosa se frotaba el brazo, y mostraba un travieso ceño:

—¡Jo! ¡Me has hecho daño!

Carlos le pasó por el pelo una mano aún trémula:

—Venga, no seas quejica, que a mamá no le gusta. ¿Dónde está?

La pequeña, ya apaciguada y contenta, saltaba en torno a él, cogiéndole de las muñecas para que saltase con ella:

—Mamá se ha acostado... Ha dicho que estaba muy cansada, y luego ¡me llama a mí perezosa! Venga, salta conmigo. ¡No seas tan soso!...

En aquel instante, Miss Sara la llamó desde el pasillo:

—*Mademoiselle!*

Rosa se llevó un dedo a la boca, riéndose:

—¡Dile que no estoy aquí! ¡Vamos a hacerle rabiar! ¡Venga, díselo!

Miss Sara alzó el repostero y la descubrió escondida detrás de Carlos, de puntillas, intentando hacerse fina e invisible. Sonrió benévola, y murmuró: «*Good night, sir*». Después recordó que eran las nueve y media, que *mademoiselle* estaba un poco constipada y debía acostarse. Carlos tiró del brazo de Rosa con delicadeza, y la acarició para que obedeciera a Miss Sara.

Pero Rosa se rebelaba, indignada ante aquella traición.

—¡Tú nunca me ayudas!... ¡Eres un aburrido! Pues ahora no te digo adiós...

Cruzó el salón, enfadada, esquivó con un empellón a la gobernanta, que sonriente le tendía la mano, y se perdió en el pasillo con un llanto despechado y cerril. Miss Sara, risueña, disculpó a *mademoiselle*. El constipado la volvía impertinente. ¡Aunque en presencia de su madre no se portaba así!

—*Good night, sir.*

—*Good night, Miss Sarah...*

Ya a solas, Carlos dio un par de vueltas por el salón. Por fin alzó el paño que daba paso al exiguo gabinete en que Maria se vestía. Allí, en la oscuridad, temblaba un

pálido brillo de espejo, herido por un rayo de luz procedente de un farol de la calle. Despacio, empujó la puerta del cuarto.

—Maria... ¿Estás dormida?

La habitación estaba a oscuras, pero la luz del farol también entraba por la ventana, que tenía el transparente alzado, y arrancaba de las tinieblas las colgaduras blancas del lecho. Medio dormida, Maria murmuró:

—¡Entra! Me he echado un poco, estaba muy cansada... ¿Qué hora es?

Carlos no se movió, con la mano aún en la puerta:

—Es tarde, y aún tengo que ir a ver a Vilaça... Venía a decirte que pasado mañana tal vez me vaya a Santa Olávia, sólo por un par de días...

Un movimiento brusco entre las colgaduras hizo chirriar la cama.

—¿A Santa Olávia?... ¿Y eso? ¿Así, de repente?... ¡Entra!... ¡Ven aquí!

Carlos avanzó un paso en alfombra, sin hacer el menor ruido. Aún escuchaba el blando chirrido de la cama. El aroma de Maria, que le era tan familiar, llenaba aquella tibia tiniebla, le envolvía, se le metía en el alma, seductor, como una nueva caricia que le perturbaba extrañamente. Él balbucía que tenía prisa, que aún tenía que ver a Vilaça aquella noche.

—Es una pejiquera, un asunto de intendencia, unas aguas...

Tocó la cama. Se sentó muy en el borde, con un repentino cansancio que mermaba sus fuerzas para proseguir con aquellas invenciones, que se le antojaban montañas inamovibles.

El cuerpo grande y hermoso de Maria, arrebujado en un camisón de seda, se movía, se desperezaba lánguidamente en el blando lecho.

—Me ha entrado un cansancio, una pereza tras la cena... Pero ¿cómo es que te vas así, de repente? ¡Qué contrariedad! ¡Ven, dame la mano!

Él tentó el camisón blanco, y se topó con una rodilla, sintió su forma y su dulce calor a través de la seda liviana: y dejó allí la mano, abierta, exánime, como muerta, al tiempo que la voluntad y la conciencia se le entumecían y ya sólo percibía la sensación de aquella piel caliente y suave, en contacto con su palma. Un suspiro, un pequeño suspiro de niña, se escapó de los labios de Maria y murió en la sombra. Carlos sintió la calentura del deseo que emanaba de ella, que le atontaba, terrible como el aliento ardiente del abismo, que abría a sus pies la tierra de par en par. Aún balbució: «No, no»... Pero ella le tendió los brazos, se los pasó por la nuca, le atrajo hacia sí con un murmullo que era como la continuación del suspiro, con un susurro tembloroso en el que apenas se distinguía: «Querido». Sin resistencia, como un cuerpo muerto impelido por un soplo, Carlos cayó sobre el seno de Maria. Sus labios secos se humedecieron con un beso abierto. Y de pronto Carlos la abrazó con furia, haciéndole daño, sorbiéndola, con un apasionamiento y una desesperación que hizo temblar la cama.

A aquella hora Ega se despertaba en el billar, arrellanado en la poltrona en que el cansancio le había abatido. Entre bostezos, amodorrado, se arrastró hasta el despacho de Afonso.

Allí ardía una lumbre alegre, ante la que el «Reverendo Bonifácio» se dejaba torrar, hecho un ovillo sobre la piel de oso. Afonso echaba su partidita de *whist* con Steinbroken y Vilaça, pero tan distraído, con la cabeza tan poco clara, que ya don Diogo, desesperado e irritado, había gruñido un par de veces que si el dolor de cabeza le atontaba tanto, lo mejor sería que lo dejarasen. Cuando apareció Ega, el viejo levantó los ojos inquietos:

—¿Y Carlos? ¿Ha salido?

—Creo que sí, con Craft —dijo Ega—. Habían hablado de ir a ver al marqués.

Vilaça, que barajaba con su característica lentitud meticulosa, también le dedicó a Ega una mirada curiosa, vivaz. Pero don Diogo tamborileó con los dedos en la mesa, rezongando: «Vamos, vamos... Dejemos tranquilo al prójimo». Ega se quedó con ellos unos instantes, bostezando con discreción, siguiendo el lento caer de las cartas. Por fin, sin fuerzas y aburrido, decidió irse a leer a la cama, buscó indeciso en los estantes y salió con un viejo número de *Panorama*.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, entró en el cuarto de Carlos. Se quedó pasmado cuando Baptista, tristón desde la víspera, pues se temía algo, le dijo que Carlos se había ido a la Tapada, muy pronto, a caballo.

—¿Cómo? ¿Y no ha dado ninguna orden, no ha dicho nada de que se prepare la ida a Santa Olávia?...

Baptista le miró espantado:

—¡A Santa Olávia!... No señor, no ha dicho nada de semejante cosa, pero ha dejado para que usted la vea una carta del señor marqués. Y ha dicho que volvería sobre las seis... Supongo que para la cena.

En una tarjeta de visita, el marqués recordaba que aquel día era el de su «fausto natalicio», y que les esperaba, a Carlos y a Ega, a las seis, para que le ayudasen a comerse su gallina de régimen.

—Bien, allí nos encontraremos —murmuró Ega bajando al jardín.

¡Aquello era extraordinario! ¡Carlos paseando a caballo, Carlos cenando con el marqués, como si nada hubiera perturbado su vida fácil de joven feliz!... Ahora estaba seguro de que la víspera Carlos había ido a la Rua de São Francisco. ¡Santo Cielo! ¿Qué habría pasado? Subió mientras sonaba la campanilla que llamaba a la mesa. El criado le informó de que el señor Afonso da Maia había tomado una taza de té en su cuarto y aún se hallaba recogido. ¡Espantada general! Por primera vez en el Ramalhete, Ega almorzó a solas en la vasta mesa, leyendo la *Gazeta Ilustrada*.

Por la tarde, a las seis, en el cuarto del marqués (que tenía la garganta envuelta en

una boa de señora, de piel de marta) Carlos, Darque y Craft estaban sentados en torno a un joven gordo que tocaba la guitarra; junto a ellos, el administrador del marqués, un hombre apuesto de barba negra, jugaba una partida de damas con Teles.

—¿Has visto a mi abuelo? —preguntó Carlos cuando Ega le tendió la mano.

—No, he almorzado solo.

Poco después la cena fue muy alegre, generosamente regada con los soberbios vinos de la casa. Y nadie bebió más, rió más, que Carlos, que como por ensalmo había pasado de la postración más sombría a una alegría nerviosa que molestaba a Ega, que percibía en ella un timbre falso, como el sonido de un cristal rajado. El propio Ega, a los postres, acabó por excitarse considerablemente con un suntuoso oporto de 1815. Después jugaron un bacarrá en el que Carlos, de nuevo sombrío, pendiente del reloj, tuvo una suerte increíble, una «suerte de cornudo», como la calificó Darque indignado, despidiéndose de su último billete de veinte mil reis. A las doce, empero, el administrador del marqués, inexorable, recordó las órdenes del médico, que había limitado la celebración a aquella hora. Hubo una desbandada de paletos, entre quejas de Darque y de Craft, que se iban desplumados, sin una moneda siquiera para el tranvía. Se hizo una piadosa colecta, que ellos recogieron en los sombreros, refunfuñando bendiciones ante tamaña generosidad.

En el coche que les condujo al Ramalhete, Carlos y Ega permanecieron un buen rato en silencio, cada uno fumando en su rincón. A mitad del Aterro, Ega pareció despertar:

—¿Sigues pensando en ir a Santa Olávia?

Carlos se movió en la sombra. Después, lentamente, como lleno de cansancio, dijo:

—Tal vez mañana... Aún no he dicho nada, no he hecho nada... He decidido darme cuarenta y ocho horas, lo primero es calmarse, reflexionar... No hay quien hable con este estrépito de ruedas.

Cada uno se sumió de nuevo en su silencio y su rincón. Ya en casa, mientras subían la escalera forrada de terciopelo, Carlos dijo que estaba exhausto y que tenía un intolerable dolor de cabeza:

—Ya hablaremos mañana, Ega... Buenas noches.

—Hasta mañana.

En plena noche, Ega se despertó muerto de sed. Saltó de la cama. Y ya se había bebido el agua que tenía en el tocador cuando creyó oír el ruido de una puerta abajo, en el cuarto de Carlos. Aguzó el oído. Después, tiritando, se metió de nuevo bajo las mantas. Pero ya estaba desvelado, una idea extraña, insensata, le asaltaba sin motivo, le agitaba, hacía que el corazón le palpitase en el gran silencio nocturno. Dieron las tres. Se oyó de nuevo la puerta, luego una ventana: seguro que era el viento. No podía dormirse, víctima de un terrible malestar, con aquella idea dándole vueltas,

torturándole. Desesperado, saltó de la cama, se puso un paletó, y de puntillas, con la mano protegiendo la luz, bajó al cuarto de Carlos. Se detuvo en la antesala, temblando, la oreja contra el repostero, con la esperanza de escuchar el rumor tranquilo de la respiración de Carlos. El silencio era denso. Se atrevió a entrar... La cama estaba vacía, sin deshacer, Carlos se había ido.

Ega se quedó mirando como bobo aquella colcha intacta, con el embozo de encaje cuidadosamente entreabierto por Baptista. Ahora ya no dudaba. ¡Carlos había decidido acabar la noche en la Rua de São Francisco! ¡Estaba allí, durmiendo con ella! Y una idea se impuso a través de su horror: ¡tenía que huir, ponerse a buen recaudo en Celorico, no ser testigo de aquella incomparable infamia!...

El día siguiente, un martes, fue desolador para el pobre Ega. Humillado, aterrorizado ante la posibilidad de encontrarse con Carlos o Afonso, se levantó muy pronto, se deslizó como un ladronzuelo por las escaleras y fue a almorzar al Tavares. Por la tarde, en la Rua do Ouro, vio pasar a Carlos, que llevaba en el *break* a Cruges y a Taveira, sin duda por no tener que sentarse a la mesa a solas con su abuelo. Ega cenó melancólicamente en el Universal. Regresó al Ramalhete a las nueve, con el tiempo justo de vestirse para la *soirée* de la Gouvarinho, que aquella mañana, en el Loreto, había hecho parar su carruaje para recordarle que «era el cumpleaños de Charlie».

Y fue con el paletó ya puesto y el clac en la mano como se presentó en el saloncito Luis XV, donde Cruges tocaba a Chopin y Carlos echaba una partidita de béciga con Craft. Quería preguntarles si no se les ofrecía nada para los muy nobles condes de Gouvarinho...

—¡Que te lo pases bien!

—¡No dejes títere con cabeza!

—¡Yo iré más tarde a comer algo! —prometió Vilaça, arrellanado en una poltrona con el *Figaro*.

Eran las dos de la mañana cuando Ega se recogió de la *soirée*, donde a la postre se había divertido flirteando desesperadamente con la baronesa de Alvim, que tras el mucho champán, vencida por tanta gracia y tanta audacia, le había dado dos rosas. Ante el cuarto de Carlos, encendiendo una vela, Ega vaciló, picado por la curiosidad... ¿Habría vuelto? Pero se avergonzó de aquel espionaje indigno, y subió, resuelto como la víspera a refugiarse en Celorico. Ya en su cuarto, ante el espejo, dispuso con esmero las rosas de la Alvim en un vaso. Comenzaba a desvestirse cuando oyó pasos en el negro corredor, pasos muy lentos, muy pesados, que se acercaban, y que enmudecieron ante su puerta, creando un silencio expectante. Asustado, gritó: «¿Quién está ahí?». La puerta chirrió. Y apareció Afonso da Maia, pálido, con una chaqueta echada sobre la camisa de dormir y una palmatoria en la que la vela agonizaba. No entró; con voz ronca, trémula, inquirió:

—¿Y Carlos? ¿Le has visto allí?

Ega balbució, azorado, en mangas de camisa. No sabía... Sólo había estado un instante donde los Gouvarinho... Era posible que Carlos hubiese ido tarde, con Taveira.

El viejo cerró los ojos como si desfalleciera, y extendió la mano en busca de apoyo. Ega acudió a sostenerle:

—¡No se atormente, señor Afonso da Maia!

—¿Qué quieres que haga? ¿Dónde está Carlos? Con esa mujer... No hace falta que me lo digas, yo lo sé, he hecho que le espíen... Me he rebajado a eso, tenía que acabar con esta angustia... Ayer estuvo con ella toda la noche, y en este instante duerme en su casa... ¡Para padecer un horror como éste me ha conservado Dios la vida!

Tuvo un gran gesto de dolor y repulsa. Y de nuevo sus pasos, más pesados, más lentos, se perdieron en el pasillo.

Ega se quedó un instante junto a la puerta, despavorido. Luego se desvistió despacio, resuelto a decirle a Carlos al día siguiente, antes de irse a Celorico, que aquella infamia estaba acabando con su abuelo, y que le obligaba a él, su mejor amigo, a huir para no ser testigo de ella por más tiempo.

En cuanto se levantó, puso su maleta en mitad de la habitación, y a brazadas, echó su ropa encima de la cama. Durante media hora, en mangas de camisa, lidió con aquella tarea, entreverando sus coléricos pensamientos con recuerdos de la *soirée* de la víspera, ciertas miradas de la Alvim, ciertas esperanzas por las que lamentaba tener que irse. Un sol alegre doraba el balcón. Abrió la puerta, respiró, contempló el hermoso azul invernal. ¡Lisboa ganaba tanto con aquel tiempo! Mientras que Celorico, la quinta de su madre, el padre Serafim, eran una perspectiva demasiado negra. Al mirar hacia abajo, vio el *dog-cart* de Carlos, con «Tunante» enganchado. Seguro que era Carlos, ¡que se disponía a salir pronto por no encontrarse con él y con su abuelo!

Temeroso de no volver a verle aquel día, bajó corriendo. Carlos se había encerrado en el cuarto de baño. Ega le llamó, pero no hubo respuesta. Por fin Ega golpeó la puerta, gritó, sin disimular su irritación:

—¡Haz el favor de escucharme!... ¿Te vas o no te vas a Santa Olávia?

Tras un instante, Carlos respondió, entre un rumor de agua:

—No sé... Tal vez... Ya te diré...

Ega no se contuvo más:

—Esto no puede seguir así eternamente... He recibido una carta de mi madre... Y si tú no te vas a Santa Olávia, yo me marchó a Celorico... ¡Es absurdo! ¡Ya llevamos así tres días!

Casi se arrepentía ya de su violencia cuando la voz de Carlos se arrastró desde

adentro, humilde y cansada, con una súplica:

—¡Por quien eres, Ega! Ten un poco de paciencia conmigo. Muy pronto te diré...

Asaltado por una súbita emoción de hombre nervioso, frecuente en él, a Ega se le humedecieron los ojos. Balbució:

—¡De acuerdo, de acuerdo! Si he gritado ha sido para que me oyeras a través de la puerta... ¡No hay prisa!

Y se refugió en su cuarto, lleno de compasión y ternura, con una gruesa lágrima en las pestañas. Comprendió de golpe la tortura en que el pobre Carlos se debatía, sometido al despotismo de una pasión hasta entonces legítima, y que llegada una negra hora pasaba a ser monstruosa, sin por ello perder su encanto y su intensidad... ¡Humano y frágil, no había podido detenerse ante aquel violento impulso de amor y deseo, que le vapuleaba como un vendaval! Había cedido, había cedido, seguía cayendo en aquellos brazos que inocentes le llamaban. Y así, se hallaba aterrado, rechazado, huía de casa, pasaba el día lejos de los suyos, vagabundeando trágicamente, como un excomulgado que teme ver en los ojos puros el horror de su pecado... ¡Y allí cerca estaba el pobre Afonso, que lo sabía todo, que se moría de dolor! ¿Podía él, huésped querido de los tiempos alegres, marcharse ahora que una honda desgracia se abatía sobre aquella casa, donde se le dispensaban afectos mayores que en la suya propia? ¡Sería de lo más innoble! Deshizo la maleta. Y furioso en su egoísmo contra todas las amarguras que le asaltaban, dispuso de nuevo la ropa en la cómoda, con la misma cólera con que la había sacado, gruñendo:

—¡Mal rayo parta a las mujeres, y a la vida, y a todo!...

Cuando bajó vestido, Carlos se había esfumado. Baptista, tristón, ceñudo, seguro ya de que algo malo pasaba, le detuvo para susurrarle:

—Tenía usted razón... Mañana nos vamos a Santa Olávia, y llevamos ropa para mucho tiempo... ¡Este invierno no empieza bien!

Aquella madrugada, a las cuatro, en plena oscuridad, Carlos había cerrado muy despacio el portón de la Rua de São Francisco. Y más punzante aún, le dominaba en el frío de la calle el miedo ya presentido en la penumbra del cuarto, mientras se vestía al lado de Maria dormida, el miedo a volver al Ramalhete. El mismo miedo que la víspera le había obligado a pasarse el día entero en el *dog-cart*, a cenar con Cruges, lúgubrementemente, a escondidas, en un reservado del Augusto. Era un miedo a su abuelo, a Ega, a Vilaça; miedo a la campanilla que llamaba a cenar y le exponía a todos; miedo de su cuarto, donde a cada instante cualquiera podría alzar el repostero y entrar, clavar los ojos en su alma y en su secreto... Ahora tenía la certeza de que *ellos lo sabían todo*. Por más que aquella noche huyera a Santa Olávia, poniendo entre sí y Maria una barrera tan alta como el muro de un claustro, nunca se borraría del espíritu de aquellos hombres, que eran sus mejores amigos, la memoria y el dolor de aquella

baja infamia. Su vida moral estaba echada a perder... Y puesto que así era, ¿qué sentido tenía marcharse, renunciar a la pasión, si a cambio no iba a hallar la paz del alma? ¿No sería más lógico pisotear desesperadamente las leyes humanas y divinas, llevarse lejos a Maria, inocente de todo, y abismarse de por vida en aquel crimen, en su nuevo y sombrío destino?

Ya lo había pensado la víspera... Ya lo había pensado... Pero preveía otro horror, un supremo castigo que le aguardaba en su solitario refugio. Ya había tenido un atisbo de él, ya conocía su escalofrío: aquella misma noche, echado junto a Maria, que dormía cansada, se había apoderado de él con un primer frío de agonía.

Era, surgiendo de lo hondo de su ser, aún tenue pero ya perceptible, un hartazgo, una repugnancia de ella al saberla de su sangre... Una repugnancia material, carnal, a flor de piel, que le recorría como un escalofrío. Primero había sido aquel aroma que la envolvía, que flotaba entre los cortinajes de su cama, que le impregnaba la piel o el traje, y que tanto le excitaba antes, pero que ahora le impacientaba, hasta el punto de que la víspera se había empapado en agua de colonia para disiparlo. Luego había sido aquel cuerpo suyo adorado como un mármol ideal, que de pronto se le había aparecido como era realmente, demasiado fuerte, musculoso, con grandes miembros de bárbara amazona, con bellezas copiosas de animal de placer. Sus cabellos, brillantes y suaves, tenían ahora una inesperada rudeza de crin. Sus movimientos en la cama, aquella misma noche, le habían asustado como si fueran los de una fiera, lenta y aplicada, que se estiraba para devorarlo... Cuando sus brazos le rodeaban, le estrujaban contra sus duros senos henchidos de savia, una llamarada bestial le arrebatava. Pero tan pronto como exhalaba el último suspiro, se replegaba hacia el borde del colchón, extrañamente asustado. E inmóvil, arrebuñado, sumido en una infinita tristeza, se evadía pensando en una vida mejor, lejos de allí, en una casa sencilla, abierta al sol, con una mujer suya, legítimamente suya, flor de gracia doméstica, menuda, tímida, púdica, que no soltara aquellos gritos lascivos y no despidiera aquel aroma tan cálido. Por desgracia ya no dudaba... Si se fugaba con ella, no tardaría en sentir auténtico asco físico. Y qué escapatoria le quedaría, muerta la pasión que disculpaba aquel oprobio, ligado para siempre a una mujer que le asqueaba y que era... ¡Ninguna sino matarse!

Mas habiendo dormido con ella, aunque sólo hubiera sido una noche, con plena consciencia de la consanguinidad que los separaba, ¿podría reanudar su vida tranquilamente? Por más que él poseyese el temple y la fuerza necesarios para olvidar, la memoria de aquello no moriría en el corazón de su abuelo, de Ega. Aquel repugnante secreto quedaría entre ellos, pero lo estropearía todo, lo mancharía todo. La existencia ya sólo le reservaba un intolerable amargor... ¡Qué hacer, Santo Cielo, qué hacer! ¡Ah, si alguien pudiera aconsejarle, consolarle! Cuando llegó a la puerta de su casa, sólo deseaba echarse a los pies de algún cura, de un santo, y exponerle las

miserias de su corazón, implorarle la dulzura de su misericordia. Pero ¿dónde iba a encontrar un santo?

Ante el Ramalhete aún ardían los faroles. Abrió con sumo cuidado la puerta. Un pie primero, luego el otro, subió las escaleras, cuyo terciopelo de color cereza amortiguaba sus pasos. En el descansillo, tanteaba, buscaba una vela cuando a través del repostero entreabierto vio que en su cuarto se movía una luz. Nervioso, reculó, y se echó contra un rincón. La claridad se acercaba, se agrandaba. Pasos lentos, pesados, pisaban sordamente la alfombra. La luz se mostró del todo, y con ella apareció su abuelo en mangas de camisa, lívido, mudo, enorme, espectral. Carlos no se movió, estupefacto. Y los ojos del viejo, enrojecidos, desorbitados, transformados en la viva imagen del espanto, se clavaron en él, le penetraron hasta el alma, leyendo su secreto. Después, sin mediar palabra, con la cabeza blanca temblándole, Afonso atravesó el descansillo, donde la luz ponía un tono sangriento en los terciopelos, y sus pasos se perdieron en lo hondo de la casa, lentos, exánimes, cada vez más distantes, como si fueran los últimos de su vida.

Carlos entró a oscuras en el cuarto, tropezó con el sofá. Y allí mismo se dejó caer, con la cabeza enterrada entre los brazos, sin sentir nada, viendo al viejo lívido pasar una y otra vez ante él como un fantasma, con la luz rojiza en la mano. Poco a poco le fue ganando un cansancio, una inercia, una infinita lasitud de la voluntad, tan sólo rasgada por un deseo, que se desplegaba incontenible: descansar, descansar donde fuera, rodeado de silencio y tinieblas... Y así se fue deslizado hacia el pensamiento de la muerte. Sería el remedio perfecto, el asilo seguro. ¿Por qué no ir a su encuentro? Unos granos de láudano aquella misma noche y la paz absoluta estaba a su alcance...

Durante un buen rato se embriagó con aquella idea reparadora, como si hostigado por una ruidosa tormenta viera abrirse ante sí una puerta que le ofrecía calor y silencio. Un rumor, el canto de un pájaro en la ventana, le hizo reparar en el sol del nuevo día. Se levantó, y se desvistió muy despacio, con enorme apatía. Se sumergió en la cama, hundió la cabeza en la almohada, intentando apurar aquella sensación de deriva que era un anticipo de la muerte reparadora, deseando no sentir nada más en las horas que le quedaban de vida, ninguna luz, nada humano.

El sol estaba alto. Se oyó un ruido. Baptista irrumpió en el cuarto:

—¡Don Carlos, señorito! Su abuelo se encuentra mal, ha perdido el conocimiento en el jardín.

Carlos saltó de la cama, y se puso un paletó que estaba a mano. En la antecámara, la gobernanta, asomada a la barandilla de la escalera, gritaba angustiada: «¡Rápido, hombre de Dios, junto a la panadería, el doctor Azevedo!». Y un mozo que corría, y con el que se chocó en el pasillo, le dijo sin detenerse:

—Don Carlos, al fondo, junto a la fuente, en la mesa de piedra...

Allí estaba Afonso da Maia, en aquel rincón del jardín, bajo las ramas del cedro, sentado en un banco de corteza, caído sobre la tosca mesa, con el rostro derrumbado entre los brazos. El sombrero había rodado al suelo. Echado sobre los hombros, con el cuello alzado, tenía su viejo capote azul. En las hojas de las camelias, en la grava de los senderos, refulgía con tonalidades doradas el fino sol de invierno. Saltando de concha en concha de la fuente, el hilo de agua ponía su lloro.

Arrebatadamente, Carlos le levantó la cara, ya rígida, con el color de la cera, con los ojos cerrados y un hilillo de sangre a cada lado de la barba blanca. Después se hincó de rodillas en el suelo húmedo, frotándole las manos, murmurando: «¡Abuelo, abuelo!». Corrió al estanque y le roció con agua:

—¡Llamen a alguien! ¡Llamen a alguien!

De nuevo le palpó el corazón... Pero estaba muerto. Estaba muerto, frío, aquel cuerpo que más viejo que el siglo había resistido formidablemente, como un gran roble, a los años y a los vendavales. Había muerto a solas, con el sol ya alto, en aquella tosca mesa de piedra, sobre la que había reclinado la cabeza cansada.

Cuando Carlos se puso en pie, apareció Ega, desgreñado, arrebujaado en su *robe de chambre*. Carlos se abrazó a él, temblando de los pies a la cabeza, con grandes arranques de llanto. En torno, los criados miraban espantados. La gobernanta, como loca, gemía por entre los rosales: «¡Mi querido señor, mi querido señor!».

Pero el portero, sin resuello, llegaba con el médico, el doctor Azevedo, al que por fortuna había encontrado en la calle. Era un jovenzuelo recién salido de la Escuela, delgaducho y nervioso, con las puntas del bigote muy reviradas. Saludó con aire azorado a los criados, a Ega, a Carlos, que intentaba serenarse, con el rostro bañado en lágrimas. Luego, quitándose los guantes, examinó todo el cuerpo de Afonso, con una lentitud, una minuciosidad, que exageraba a medida que sentía sobre sí, ansiosos y atentos, los ojos humedecidos de todos los presentes. Por fin se dirigió a Carlos, pasándose nervioso los dedos por el bigote, murmurando términos técnicos... Por lo demás, decía, como colegas que eran, ya se habría él percatado de que todo, por desgracia... Lamentaba en el alma la pérdida... Si se le necesitaba para algo, encantado...

—Muchas gracias —balbució Carlos.

Ega, en chinelas, acompañó unos pasos al doctor Azevedo para indicarle la puerta del jardín.

Mientras, Carlos seguía ante el viejo, sin lágrimas ya, sumido en el espanto de aquel brusco final. Imágenes del abuelo, del abuelo vivo y fuerte, fumando su pipa junto al fuego, regando de mañana los rosales, le acudían al alma en tropel, dejándosela más negra y dolorida... Un rayo de sol, que se colaba por entre las gruesas ramas del cedro, bañaba el rostro muerto de Afonso. Los pájaros, mudos un instante, espantados, gorjeaban de nuevo. Ega se acercó a Carlos y le tocó en el

brazo:

—Hay que subirle.

Carlos besó la fría mano que pendía. Y despacio, con labios temblorosos, levantó al abuelo por los hombros, con ternura. Baptista acudió en su ayuda. Ega, torpe con su larga bata, sujetaba los pies del viejo. Lo transportaron a través del jardín, de la soleada terraza, de su despacho, donde la poltrona aguardaba ante el fuego encendido. Sólo quebraban el silencio los pasos de los criados, que corrían a abrir las puertas o a auxiliar a Ega y al perturbado Carlos, que flaqueaban bajo el peso de aquel gran cuerpo. En el cuarto de Afonso, la gobernanta disponía una colcha de seda sobre la sencilla cama de hierro, sin colgaduras. Allí lo depusieron, sobre los ramajes claros bordados en la seda azul.

Ega encendió dos candelabros de plata. La gobernanta, de rodillas junto al lecho, desgranaba un rosario. Y *monsieur* Antoine, con su gorro blanco de cocinero en la mano, aguardaba a la puerta, con un cesto lleno de camelias y aspidistras. Carlos, mientras, no cesaba de moverse, sacudido por grandes sollozos, palpando una y otra vez las manos, el corazón del viejo, poseído de una última y absurda esperanza. Rígido sobre la estrecha cama, con su chaqueta de velludillo y sus gruesos zapatos blancos, Afonso parecía más fuerte, más mayor. Entre el cabello blanco cortado a cepillo y la larga barba descuidada, la piel había adquirido una tonalidad de marfil viejo, en la que las arrugas tenían la dureza de surcos hechos a cincel. Los párpados rugosos, las pestañas blancas, se habían cerrado con la serenidad de quien al fin reposa. Al tumbarle, una de las manos se había quedado abierta sobre el corazón, en una actitud muy propia y natural de quien tanto había amado.

Carlos se entregaba a aquella contemplación dolorosa. Lo que le desesperaba era que su abuelo se hubiera ido así, para siempre, sin un adiós, sin una palabra de despedida entre ellos. ¡Nada! Tan sólo aquella mirada angustiada al pasar junto a él llevando la vela encendida en la mano. Ya entonces se encaminaba a la muerte. ¡El abuelo lo sabía todo, era eso lo que le había matado! Y aquella certeza le golpeaba en el alma una y otra vez, lúgubrememente. ¡El abuelo lo sabía todo, era eso lo que le había matado!

Ega le indicó con un gesto el estado en que se encontraban: él en *robe de chambre*, Carlos con un paletó echado sobre la camisa de dormir.

—Tenemos que vestirnos.

Carlos balbució:

—Sí, vamos...

Pero no se movía. Ega le tiró con delicadeza del brazo. Carlos caminaba como un sonámbulo, pasándose despacio el pañuelo por la frente y la barba. Y de repente, en el corredor, estrujándose con desesperación las manos, de nuevo hecho un mar de lágrimas, confesó agónicamente su culpa:

—¡Ega, mi querido Ega! ¡Mi abuelo me ha visto entrar esta mañana! Ha pasado a mi lado sin decirme nada... ¡Lo sabía todo, ha sido eso lo que le ha matado!

Ega le arrastró, le consoló, rechazó aquella idea. ¡Qué bobada! Su abuelo rondaba los ochenta y estaba enfermo del corazón... Desde su regreso de Santa Olávia, ¡cuántas veces habían hablado de ello aterrados! ¡Era absurdo amargarse más la vida con aquellas imaginaciones!

Carlos murmuró despacio, como para sí mismo, con los ojos puestos en el suelo:

—¡No! ¡Lo curioso es que no es ninguna amargura! Lo acepto como un castigo... Quiero que sea mi castigo... Me siento muy pequeño, muy humilde, ante quien así me castiga. Esta mañana pensaba en matarme. ¡Ahora no! Mi castigo ha de ser vivir, vivir torturándome... ¡Lo que más me pesa es que no me haya dicho adiós!

De nuevo se le escaparon unas lágrimas, más lentas, mansas, sin desesperación. Ega le condujo a su cuarto, como a un niño. Le dejó en el sofá, con el pañuelo en la cara, sumido en un llanto continuo, tranquilo, que le lavaba, le aliviaba el corazón de las mil angustias confusas y sin nombre de aquellos días.

A las doce, Ega acababa de vestirse cuando Vilaça entró en el cuarto con los brazos abiertos.

—¿Cómo ha sido, cómo ha sido?

Baptista había mandado al *groom* a buscarle, pero el mozalbete poco había sabido decirle. Abajo, el pobre Carlos le había abrazado, deshecho en lágrimas, sin poder articular palabra, pidiéndole tan sólo que se ocupase de todo con Ega... Y allí estaba.

—Pero ¿cómo ha sido, así tan de repente?...

Ega le resumió cómo habían encontrado a Afonso en el jardín, de bruces sobre la mesa de piedra. Le había visto el doctor Azevedo, pero ya era tarde.

Vilaça se llevó las manos a la cabeza:

—¡Algo así! ¡Créame! ¡Ha sido esa mujer, la aparición de esa mujer es lo que le ha matado! ¡No ha vuelto a ser el mismo desde entonces! ¡Ha sido eso, nada más que eso!

Ega murmuraba, asperjando maquinalmente su pañuelo con agua de colonia:

—Sí, tal vez haya sido eso, y sus ochenta años, y los pocos cuidados, y su dolencia del corazón.

Hablaron del entierro, que debía ser sencillo, como convenía a aquel hombre. Para depositar el cuerpo en tanto se lo trasladaba a Santa Olávia, Ega se acordó del panteón del marqués.

Vilaça se rascaba el mentón, dubitativo:

—Yo también tengo un panteón. Fue el propio señor Afonso da Maia quien lo hizo levantar para mi padre, que en paz... Dado que será por unos pocos días, creo que es la mejor solución. Así no se le pide nada a nadie, y yo tengo en ello el mayor de los honores...

A Ega le pareció bien. Luego se pusieron de acuerdo acerca de otros detalles: el convite, la hora, la llave del sepulcro. Por fin Vilaça, echando una mirada al reloj, se puso en pie con un gran suspiro:

—¡Bien, voy a tomar esas tristes iniciativas! Volveré más tarde. Quiero verle por última vez cuando lo tengan vestido. ¡Quién me lo iba a decir! ¡Si anteayer estuvimos jugando a las cartas!... ¡Hasta le gané tres mil reis al pobre!

Le acometió un acceso de sentimentalismo, y se marchó con el pañuelo en los ojos.

Cuando Ega bajó, Carlos, ya vestido de luto, estaba sentado en su escritorio, ante una hoja de papel. Enseguida se puso en pie y arrojó la pluma.

—¡No puedo!... ¡Escríbele tú un par de palabras!

En silencio, Ega cogió la pluma y redactó un billete muy breve. Decía: «Mi querida señora: El señor Afonso da Maia ha muerto esta madrugada, de improviso, de una apoplejía. Comprenderá usted que, en este momento, Carlos no puede sino pedirme que le transmita esta desgraciada noticia. Su seguro, etc». No se lo leyó a Carlos. Y como en aquel mismo instante Baptista, todo de negro, entraba con el almuerzo en una bandeja, Ega le pidió que mandase al *groom* con aquel billete a la Rua de São Francisco. Baptista le secreteó al oído:

—No hay que olvidarse de los uniformes de luto para los criados.

—El señor Vilaça ya está en ello.

Tomaron el té aprisa sobre la bandeja. Después Ega escribió un billete a don Diogo y a Sequeira, los amigos más antiguos de Afonso. Y ya daban las dos cuando llegaron unos hombres con el ataúd, dispuestos a amortajar el cuerpo. Pero Carlos no permitió que manos mercenarias tocasen a su abuelo. Fueron él y Ega, auxiliados por Baptista, que valerosamente insistía en que lo hacía antes por emoción que por deber, quienes lo lavaron y vistieron y depositaron en la gran caja de roble, forrada de satén claro, en la que Carlos introdujo una miniatura de su abuela Runa. Por la tarde, con la ayuda de Vilaça, que había vuelto «para dar el último adiós al patrón», lo bajaron al despacho, que Ega no había querido alterar ni adornar, y que con sus damascos carmesíes, las estanterías labradas, los libros poblando la mesa de palisandro, conservaba su aire severo de paz estudiosa. Tan sólo, para depositar el féretro, se habían juntado dos mesas, cubiertas con un paño de terciopelo negro que había en la casa, con las armas de los Maia bordadas en oro. Sobre la caja, el Cristo de Rubens abría sus brazos al arrebol del poniente. A los lados ardían doce cirios. Anchas aspidistras se cruzaban a la cabecera del féretro, entre ramos de camelias. Y Ega quemó un poco de incienso en dos pebeteros de bronce.

Por la noche, el primero de los amigos en aparecer fue don Diogo. Apoyado en Ega, despavorido ante el ataúd, exclamaba: «¡Y tenía siete meses menos que yo!». El marqués llegó ya tarde, arrebujado en mantas, con un gran cesto de flores. Craft y

Cruges no sabían nada, se habían encontrado en la Rampa de Santos, y su primera sorpresa fue al hallar cerrado el portón del Ramallete. El último en llegar fue Sequeira, que había pasado el día en su quinta, y se abrazó a Carlos, después, al buen tuntún, a Craft, como bobo, con una lágrima en los ojos inyectados, balbuciendo: «Se ha ido el compañero de tantos años. ¡Yo ya no he de tardar!».

Comenzó el velatorio, lento y silencioso. Las doce llamas de los cirios ardían muy altas, con gran solemnidad fúnebre. Los amigos intercambiaban murmullos ahogados, con las sillas muy juntas. Poco a poco el calor, el aroma del incienso, la exhalación de las flores, obligaron a Baptista a abrir una de las ventanas que daban a la terraza. El cielo estaba cuajado de estrellas. Un viento fino susurraba en las ramas del jardín.

Ya tarde, a Sequeira, que no se había movido de su poltrona, le dio un mareo. Ega le condujo al comedor, y le reconfortó con una copa de coñac. Allí estaba servida una cena fría, con vinos y dulces. Craft acudió también, con Taveira, que se había enterado de la desgracia en la redacción de la *Tarde*, y casi no había cenado. Bebiendo un poco de burdeos y comiendo un sándwich, Sequeira se reanimaba, recordaba el pasado, los viejos tiempos brillantes, cuando Afonso y él eran jóvenes. Pero enmudeció al ver aparecer a Carlos, pálido e indeciso como un sonámbulo, balbuciendo: «Tomen algo, sí, tomen algo»...

Movió un plato, rodeó la mesa, se marchó. Como un fantasma, se llegó hasta la antecámara, donde todos los candelabros ardían. Una figura larguirucha y negra surgió de la escalera. Dos brazos le rodearon. Era Alencar.

—¡Nunca he venido a esta casa en los días felices, y heme aquí en la hora triste!

De puntillas, como si atravesara la nave de un templo, enfiló el corredor.

Carlos dio aún algunos pasos por la antecámara. Olvidada en un diván, yacía una gran cesta con una corona de flores, sobre la que reposaba una carta. Reconoció la letra de Maria. No la tocó, se retiró al despacho. Ante el féretro, con la mano posada en el hombro de Ega, Alencar murmuraba: «¡Un alma heroica nos ha dejado!».

Las velas se consumían. Imperaba el cansancio. Baptista hizo servir el café en la sala de billar. Y taza en mano, Alencar, rodeado de Cruges, de Taveira, de Vilaça, se arrancó también a hablar del pasado, de los brillantes tiempos de Arroios, de la juventud ardiente de entonces:

—¡Decidme vosotros, hijos, si aún se encuentra gente como estos Maia, almas de leones, generosos, valientes!... ¡Todo parece morir en este desgraciado país!... Ya no hay chispa, ya no hay pasión... ¡Afonso da Maia! Aún me parece estar viéndole acodado a la ventana del palacete de Benfica, con su gran corbata de satén y aquella cara suya de portugués de antaño... ¡Y ahí lo tenéis! Y mi pobre Pedro lo mismo... ¡Caramba, se me nubla el ánimo!

Los ojos se le humedecieron, dio un enorme sorbo al coñac.

Ega, tras beber un trago de café, volvió al despacho, donde el olor del incienso

ponía una melancolía de capilla. Don Diogo, arrellanado en un sofá, roncaba; frente a él, Sequeira dormitaba también, con la cabeza caída sobre los brazos cruzados, el rostro congestionado. Ega los despertó con delicadeza. Tras abrazar a Carlos, los dos viejos amigos se marcharon en el mismo coche, con los puros encendidos. Los demás, poco a poco, también fueron abrazando a Carlos, poniéndose los paletós. El último en irse fue Alencar, que ya en el patio besó a Ega, en un arranque de emoción, llorando aún los viejos tiempos, a los compañeros desaparecidos:

—Ahora sólo me quedáis vosotros, muchachos, la gente joven. ¡No os olvidéis de mí! Si no, caramba, cuando quiera hacer una visita voy a tener que ir al cementerio. ¡Adiós, no cojas frío!

El entierro fue al día siguiente, a la una. Ega, el marqués, Craft, Sequeira, llevaron el féretro hasta la puerta, seguidos de un grupo de amigos, en el que destacaba Gouvarinho, solemnísimos, con su gran cruz. El conde de Steinbroken, con su secretario, llevaba en la mano una corona de violetas. En la calle estrecha los coches se apretaban en una larga fila que subía y se perdía en otras calles, desparramándose en los cruces; en todas las ventanas del barrio se apiñaba gente; los policías disputaban con los cocheros. Por fin el coche fúnebre, muy sencillo, rodó seguido de dos coches de la casa, vacíos, con las linternas cubiertas con largos velos de crespón. Detrás, uno tras otro, desfilaban los coches de la Compañía con los amigos, que se abrochaban los abrigos y cerraban las ventanillas para protegerse del frío día nublado. Darque y Vargas iban en el mismo *coupé*. El correo de Gouvarinho pasó al trote corto en su rocín viejo. Y cuando la calle se hubo despejado, el portón del Ramalhete se cerró para un largo luto.

Cuando Ega regresó del cementerio, se encontró a Carlos rasgando papeles, con Baptista de rodillas en la alfombra, ocupado en cerrar una maleta de cuero. Y como Ega tiritaba de frío, frotándose las manos, Carlos cerró el cajón lleno de cartas y le propuso que fuesen al *fumoir*, donde la lumbre estaba encendida.

Tan pronto como entraron, Carlos corrió el repostero y miró a Ega:

—¿Te molestaría ir a hablar con ella?

—No. ¿Para qué? ¿Qué tengo que decirle?

—Todo.

Ega acercó una butaca a la chimenea, y removió las brasas. Carlos, a su lado, prosiguió despacio, con los ojos puestos en el fuego:

—Además, quiero que ella se vaya, que se marche enseguida a París... Sería absurdo que se quedara en Lisboa... En tanto se le liquida lo que le corresponde, se le asignará una pensión, una amplia pensión... Dentro de un rato estará aquí Vilaça para hablar de esos detalles... De cualquier modo, mañana le llevas quinientas libras para el viaje.

Ega murmuró:

—Para los asuntos de dinero, tal vez fuera más conveniente la intervención de Vilaça...

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué necesidad hay de hacer enrojecer a la pobre criatura ante Vilaça!

Hubo un silencio. Los dos miraban la llama clara que bailaba.

—Te cuesta mucho, ¿no es cierto, mi pobre Ega?...

—No... Sólo es que empiezo a estar embotado. Pero es cosa de cerrar los ojos, afrontar ese último mal trago, y descansar luego. ¿Cuándo vuelves de Santa Olávia?

Carlos no sabía. Contaba con que Ega, una vez terminada su misión en la Rua de São Francisco, fuese a aburrirse con él a Santa Olávia. Después habría que enterrar allí el cuerpo de su abuelo...

—Y una vez hecho eso, voy a viajar... América, Japón... Voy a entregarme a esa cosa estúpida y siempre eficaz que se llama «distraerse»...

Se encogió de hombros, y se acercó despacio a la ventana, donde pálidamente moría un rayo de sol de la tarde, que a la postre había clareado. Después, girándose hacia Ega, que de nuevo removía los carbones, dijo:

—Yo, está claro, no me atrevo a decirte que vengas, Ega... ¡Bien sabes lo mucho que me gustaría, pero no me atrevo!

Ega dejó despacio las tenazas, se puso en pie y abrió los brazos conmovido:

—Atrévete, qué demonios... ¿Por qué no?

—Entonces ¡ven!

Carlos puso en aquella frase toda su alma. Y al abrazar a Ega le rodaban por el rostro dos grandes lágrimas.

Ega, por su parte, reflexionó. Antes de ir a Santa Olávia tenía que ir en romería a la quinta de Celorico. El Oriente era caro. Urgía, pues, sacarle a su madre algunas letras de crédito... Y como Carlos pretendiera tener lo bastante como para subvenir a los lujos de ambos, Ega le atajó muy serio:

—¡No, no! Mi madre también es rica. Un viaje a América y a Japón es algo educativo. Y mi madre tiene la obligación de completar mi educación. Lo que sí acepto es una de tus maletas de cuero.

Cuando aquella noche, acompañados por Vilaça, Carlos y Ega llegaron a la estación de Santa Apolónia, el tren estaba a punto de salir. Carlos apenas tuvo tiempo de saltar a su compartimiento reservado, mientras que Baptista, abrazado a las mantas de viaje, empujado por un guardia, se subía desesperadamente a otro coche, entre las protestas de los sujetos que lo copaban. El tren echó a rodar enseguida. Carlos se asomó a la portezuela, gritándole a Ega: «¡Ponme un telegrama mañana con lo que sea!».

De vuelta al Ramalhete en compañía de Vilaça, que aquella noche iba a colegir y sellar los papeles de Afonso da Maia, Ega se refirió a las quinientas libras que debía

entregarle a la mañana siguiente a Maria Eduarda. Vilaça había recibido, en efecto, aquella orden de Carlos. Pero francamente, entre amigos, ¿no le parecía excesiva aquella suma para un simple viaje? Y por si fuera poco, ¿Carlos le había hablado de pasarle a aquella señora una pensión de cuatro mil francos, ciento sesenta libras! ¿No le parecía también exagerado? Para una mujer, para una simple mujer...

Ega le recordó que aquella simple mujer tenía derecho a mucho más...

—Sí, sí —refunfuñó el administrador—. Pero en punto a legalidad, aún hay mucho que estudiar. No hablemos de eso. ¡No me gusta hablar de eso!...

Luego, como Ega aludiera a la fortuna que dejaba Afonso da Maia, Vilaça entró en detalles. Era a ciencia cierta una de las grandes casas de Portugal. Sólo lo procedente de la herencia de Sebastião da Maia representaba unos quince contos de renta. Las propiedades del Alentejo, con las reformas que en ellas había hecho su padre, Vilaça, habían triplicado su valor. Santa Olávia era un gasto. Pero las quintas cercanas a Lamego valían un condado.

—¡Hay mucho dinero! —exclamó con satisfacción, palmeando a Ega en la rodilla—. Y el dinero, amigo, digan lo que digan, consuela de todo.

—Consuela de mucho, en efecto.

Al entrar en el Ramalhete, Ega sintió una profunda melancolía pensando en el hogar feliz y amable que aquella casa había sido, y que ya no existía. En la antecámara, sus propios pasos le sonaron tristes, como dados en una casa abandonada. Aún erraba en el aire un vago aroma a incienso y fenol. En la araña del corredor, sólo lucía un brazo, mortecino.

—Esto ya tiene aspecto de ruina, Vilaça.

—¡Una ruina aún muy comfortable! —murmuró el administrador, ponderando con la mirada las alfombras y los divanes, y frotándose las manos, destemplado con el frío de la noche.

Pasaron al despacho de Afonso, y por unos instantes se calentaron frente al fuego. El reloj Luis XV dio las nueve, y la tonada argentina de su minué retiñió un instante y murió luego. Vilaça se preparó para comenzar su tarea. Ega dijo que se iba a su cuarto, a arreglar también sus papeles, a hacer limpieza definitiva de dos años de juventud...

Subió. Y nada más poner la luz encima de la cómoda, sintió al fondo del corredor silencioso un prolongado gemido, desolado, que expresaba una tristeza infinita. Se le pusieron los pelos de punta. Aquello se arrastraba, gemía en la oscuridad, del lado de los aposentos de Afonso da Maia. Por fin, pensando que toda la casa estaba despierta, llena de criados y de luces, se atrevió a dar unos pasos en el corredor, con la palmatoria en la mano trémula.

¡Era el gato! Era el «Reverendo Bonifácio», que arañaba la puerta cerrada del cuarto de Afonso, y maullaba doloridamente. Ega lo ahuyentó, furioso. El pobre

«Bonifácio» echó a correr, obeso, lento, arrastrando la cola mullida por el suelo. Pero volvió al cabo, y rasguñando la puerta, frotándose contra las piernas de Ega, maulló de nuevo, con un lamento agudo, melancólico, de dolor humano, que lloraba la pérdida de su dueño, sus caricias.

Ega corrió al despacho a pedirle a Vilaça que pasara la noche en el Ramalhete. El administrador accedió, impresionado con aquel horror del gato llorando. Dejó el montón de papeles sobre la mesa, y volvió a calentarse los pies junto al fuego desfalleciente. Y girándose hacia Ega, que se había sentado, pálido todavía, en el sofá bordado a matiz, antaño el sitio de don Diogo, murmuró despacio, con solemnidad:

—Hace tres años, cuando don Afonso me encomendó las primeras obras en esta casa, le recordé que según una antigua leyenda los muros del Ramalhete siempre habían sido fatales a los Maia. El señor Afonso da Maia se rió de esas supersticiones y leyendas... ¡Y ahí lo tiene!

Al día siguiente, con los papeles de la Monforte y el dinero en letras y en metálico que Vilaça le había entregado a la puerta del Banco de Portugal, Ega, con el corazón en un puño, pero resuelto a ser fuerte, a afrontar aquella crisis con serenidad, subió al primer piso de la Rua de São Francisco. Domingos, con corbata negra, desplazándose de puntillas, le abrió el repostero del salón. Y nada más dejar la vieja caja de puros de la Monforte sobre el sofá, apareció Maria Eduarda, pálida, de luto, tendiéndole las manos.

—¿Qué tal Carlos?

Ega balbució:

—Ya se figurará, en un momento como éste... Ha sido horrible, por sorpresa...

Una lágrima tembló en los ojos ojerosos de Maria. Ella no conocía al señor Afonso da Maia, ni siquiera le había visto una vez. Pero sufría igualmente, compenetrada con el sufrimiento de Carlos... ¡Lo que Carlos quería a su abuelo!

—¿Ha sido de repente, no?

Ega se demoró en largos detalles. Le agradeció la corona que había enviado. Le habló de los gemidos, de la aflicción del pobre «Bonifácio»...

—¿Y Carlos? —repitió ella.

—Carlos se ha ido a Santa Olávia, mi querida señora.

Ella se estrujó las manos, sorprendida, afligida. ¡A Santa Olávia! ¡Así, sin decir nada, sin escribir un billete!... Empalideció aún más, aterrorizada por aquella partida impulsiva, que tanto se asemejaba a un abandono. Pero murmuró, con un aire de resignación y confianza que no sentía:

—Sí, claro, en momentos así no pensamos en los demás...

Dos lágrimas le rodaron despacio por la cara. Y aquel dolor, tan humilde, tan callado, desconcertó a Ega. Durante unos instantes, con los dedos trémulos en el

bigote, vio llorar a Maria en silencio. Por fin se puso en pie, se dirigió a la ventana, volvió, abrió los brazos en señal de aflicción:

—¡No, no es eso, mi querida señora! ¡Hay algo más, hay algo más! ¡Han sido días terribles para nosotros! Días de angustia...

¿Algo más?... Maria esperaba con los ojos muy abiertos, con el alma en vilo.

Ega respiró fuerte:

—¿Se acuerda usted de un tal Guimarães, que vive en París y es tío de Dâmaso?

Maria, espantada, asintió lentamente.

—Ese Guimarães era muy amigo de su madre, ¿no es cierto?

Ella repitió su gesto breve y mudo. Pero el pobre Ega aún dudaba, con el rostro demudado y blanco, sumido en un embarazo desgarrador:

—Yo le hablo de esto a petición de Carlos... ¡Dios sabe lo mucho que me cuesta! ... Es horrible, no sé por dónde empezar...

Angustiada, Maria juntó las manos en gesto de súplica:

—¡Por el amor de Dios!

En aquel instante, muy tranquilamente, Rosa alzó una punta del repostero, con «Niniche» a su lado y una muñeca en brazos. Su madre le gritó impaciente:

—¡Ve a tu cuarto! ¡Déjame!

Asustada, la pequeña no se movió, con sus bonitos ojos de pronto cuajados de lágrimas. El repostero cayó, y al fondo del pasillo se oyó un llanto desconsolado.

Entonces Ega sintió la pujanza de un único deseo, el desesperado deseo de acabar.

—Usted conoce la letra de su madre, ¿no es cierto?... ¡Pues bien! Aquí tengo una declaración de ella referente a usted... Este documento obraba en poder de ese Guimarães, con otros papeles que ella le entregó en el 71, en vísperas de la guerra...

Él los ha guardado hasta ahora, y deseaba restituirlos, pero no sabía dónde vivía usted. La vio hace unos días en un coche, con Carlos y conmigo... Fue cerca del Aterro, seguro que usted se acuerda, a la puerta de un sastre, veníamos de la Toca... Pues ¡bien! Guimarães acudió enseguida al administrador de los Maia, y le entregó los papeles para que él se los entregara a usted... Y con las primeras palabras que pronunció, imagine el asombro de todos al entrever que usted era parienta de Carlos, y parienta muy allegada.

Había farfullado aquella historia de pie, casi sin tomar aliento, con bruscos gestos nerviosos. Ella no comprendía nada, lívida, asaltada por un terror indefinido. Sólo acertó a murmurar: «Pero...». Y de nuevo enmudeció, asombrada, pendiente de cada movimiento de Ega, que inclinado sobre el sofá desenvolvía con temblores la caja de puros de la Monforte. Por fin se volvió hacia ella con un papel en la mano, hablando atropelladamente:

—Su madre nunca le dijo nada... Tenía para ello serios motivos... Ella había huido de Lisboa, había abandonado a su marido... Perdome que le hable de esto con

toda la brutalidad del mundo, pero no es éste el momento de suavizar las cosas... ¡Aquí lo tiene! Usted conoce la letra de su madre. Es ésta su letra, ¿no es cierto?

—¡Sí! —exclamó Maria, arrebatándole el papel.

—¡Perdón! —gritó Ega, quitandoselo con violencia—. Yo soy un extraño, y usted no debe enterarse de todo eso antes de que yo abandone esta casa.

Fue una inspiración providencial, que le libraba de ser testigo de aquel choque terrible, del horror de las cosas que iba a saber. Insistió. Allí le dejaba aquellos papeles que eran de su madre. Cuando él se fuera y los leyese, comprendería la atroz realidad... Después, sacándose del bolsillo los dos pesados rollos de libras y el sobre que contenía la letra de cambio, lo puso todo encima de la mesa, con la declaración de la Monforte.

—Sólo dos palabras más. Carlos cree que usted debe partir de inmediato a París. Usted tiene derecho, como su hija lo tendrá, a una parte de la fortuna de la familia de los Maia, que ahora es su familia... Aquí tiene una letra de cambio a cobrar en París para los gastos inmediatos... El administrador de Carlos ha tomado en su nombre un vagón-salón. Cuando usted decida partir, le ruego mande recado al Ramalhete para que yo me desplace a la estación... Creo que es todo. Ahora debo dejarla...

Cogió a toda prisa su sombrero, y le tomó la mano inerte y fría:

—¡Todo esto es una fatalidad! Pero usted es joven, aún tiene mucha vida por delante, su hija habrá de consolarla... ¡No sé decirle otra cosa!

Con gran sofoco, besó la mano que ella le tendió sin conciencia y sin voz, de pie, rígida en su luto, con la lividez inmóvil de un mármol. Y huyó.

—¡Al telégrafo! —gritó en la calle al cochero.

Sólo en la Rua do Ouro empezó a serenarse. Se quitó el sombrero, respiró hondo. Y se fue repitiendo a sí mismo todos los consuelos que se le podían dar a Maria Eduarda: era joven y hermosa; su pecado no había sido consciente; el tiempo mitigaba todo dolor; y de ahí a poco, ya resignada, se vería como un miembro más de una familia seria, con una gran fortuna, en el amable París, donde unos ojos bonitos, con unos cuantos billetes de mil francos, reinan con facilidad...

—Es una situación de viuda guapa y rica —acabó diciéndose en voz alta en el *coupé*—. Hay quien tiene menos suerte.

Al salir del telégrafo, despidió el coche. Bajo la luz consoladora de aquel día de invierno, volvió a pie al Ramalhete, a escribirle a Carlos la larga carta prometida. Vilaça ya estaba allí, con un gorro de velludillo, ordenando en legajos los papeles de Afonso, liquidando las cuentas de los criados. Cenaron tarde. Fumaban junto a la lumbre, en el saloncito Luis XV, cuando un criado les comunicó que una señora que esperaba abajo, en un coche, buscaba al señor Ega. Se miraron aterrorizados. Pensaron en Maria, en alguna súbita resolución desesperada. Vilaça aún concibió la esperanza de una revelación que cambiara el curso de las cosas, que diese al traste

con aquella «ruina»... Ega bajó temblando. Era Melanie, en un coche de punto, arrebujada en un gran *ulster*, con una carta de *madame*.

A la luz del farolillo del coche, Ega abrió el sobre, que contenía una simple tarjeta blanca, con estas palabras escritas a lápiz: «He decidido partir mañana para París».

Ega se reprimió las ganas de preguntar cómo se hallaba la señora. Corrió escaleras arriba. Y seguido de Vilaça, que se había quedado al acecho en la antecámara, se dirigió al despacho de Afonso a escribir a Maria. En una hoja orlada de luto, le decía (además de darle detalles sobre el equipaje) que el vagón-salón estaba tomado hasta París, y que él tendría el honor de verla en Santa Apolónia. Luego, al ir a escribir el nombre del destinatario en el sobre, se quedó con la pluma en el aire, azorado. ¿Debía poner «Madame Mac Gren» o «Doña Maria Eduarda da Maia»? Vilaça veía preferible el antiguo nombre, puesto que ella aún no era, a efectos legales, una Maia. Pero Ega, muy turbado, adujo que tampoco era ya una Mac Gren...

—¡Se acabó! Va sin nombre. Creerá que se me ha olvidado...

Bajó con el sobre en blanco en la mano. Melanie se lo guardó en el manguito. Y asomándose a la portezuela, entristeciendo la voz, deseó saber, de parte de *madame*, dónde estaba enterrado el abuelo del señor...

Ega la miró fijamente a través del monóculo, sin lograr discernir si aquella curiosidad de Maria era una indiscreción o bien un rasgo que la honraba. Estaba en los Prazeres, a la derecha, al fondo, donde hay un ángel con una antorcha. Lo mejor sería preguntar al guarda por el panteón de los señores Vilaça.

—*Merci, monsieur, bien le bonsoir.*

—*Bonsoir, Melanie!*

Al día siguiente, en la estación de Santa Apolónia, Ega, que se había presentado pronto, acompañado de Vilaça, acababa de facturar su equipaje para el Duero cuando vio a Maria, que entraba llevando a Rosa de la mano. Iba envuelta en un gran abrigo oscuro, con un velo doble, espeso como una máscara. Y la misma gasa luctuosa, recogida en un lazo sobre la toca, escondía el rostro de la pequeña. Miss Sara, con un *ulster* claro a cuadros, llevaba un hatillo con libros. Detrás iban Domingos, con los ojos muy rojos, encargado de las mantas, y Melanie, también de luto, con «Niniche» en brazos. Ega corrió hacia Maria Eduarda, y la condujo del brazo, en silencio, al vagón-salón, que tenía todas las cortinillas corridas. Junto al estribo, Maria Eduarda se quitó despacio un guante.

Y muda, le tendió la mano.

—Aún nos vemos en Entroncamento^[156] —murmuró Ega—. Yo voy al Norte.

Algunos sujetos se detenían, con curiosidad, al ver que una señora que parecía tan bella, con un aire tan triste, toda de negro, se sumía en aquel carruaje lujoso, cerrado, misterioso. Y en cuanto Ega hubo cerrado la portezuela, Neves, el de la *Tarde* y el

Tribunal de Cuentas, saltó de un corrillo y le agarró del brazo con ansiedad:

—¿Quién es?

Ega le arrastró por el andén, y cuando ya se hallaban lejos, le confesó al oído, trágicamente:

—¡Cleopatra!

El político, furioso, se lió a insultarle. Ega desapareció. Junto a su compartimiento, Vilaça le aguardaba, aún deslumbrado con la figura de Maria Eduarda, tan melancólica y noble. Era la primera vez que la veía. Y le pareció una reina de fábula.

—¡Créame, amigo, me ha hecho una gran impresión! ¡Caramba, hermosa mujer! ¡Nos hace un buen agujero, pero lo vale!

El tren echó a andar. Domingos se quedó en el andén lloriqueando, llevándose al rostro un pañuelo de colores. Y Neves, el consejero del Tribunal de Cuentas, aún furioso, viendo a Ega asomado a la portezuela, le hizo con disimulo un gesto obsceno.

En Entroncamento, Ega llamó a la puerta del vagón de Maria Eduarda, que seguía cerrado y mudo. Fue ella misma quien abrió. Rosa dormía. Miss Sara leía en un rincón, con la cabeza apoyada en una almohada. Y «Niniche», asustada, ladró.

—¿Desea tomar algo, señora?

—No, gracias...

Permanecieron en silencio. Ega, con un pie en el estribo, sacaba lentamente la purera. Por la estación mal alumbrada circulaban *saloios*, despacio, arrebujados en mantas. Un empleado empujaba una carreta con bultos. Al final del andén, la locomotora resoplaba en la sombra. Dos sujetos rondaban el vagón dedicando miradas curiosas y lánguidas a aquella magnífica mujer, tan grave, tan sombría, envuelta en su abrigo negro.

—¿Va a Oporto? —le preguntó ella.

—A Santa Olávia...

—¡Ah!

Entonces Ega balbució, con labios temblorosos:

—¡Adiós!

Ella le estrechó la mano con mucha fuerza, en silencio, conmovida.

Ega se alejó despacio, por entre soldados con el capote prendido al cuello, que se agolpaban a beber en la cantina. A la puerta del buffet, se volvió y alzó el sombrero. Ella, de pie, movió con suavidad el brazo, en un lento adiós. Y así fue como él, por última vez en su vida, vio a Maria Eduarda: grande, silenciosa, negra en la claridad, a la puerta de aquel vagón que se la llevaba para siempre.

XVIII

Semanas después, a comienzos del nuevo año, la *Gazeta Ilustrada* publicaba en su sección de *High Life* la siguiente noticia: «El distinguido y brillante *sportman*, el señor Carlos da Maia, y nuestro amigo y colaborador João da Ega, partieron ayer hacia Londres, desde donde seguirán viaje en breve a América del Norte, debiendo prolongar su interesante viaje hasta Japón. Numerosos amigos subieron a bordo del “Tamar” para despedir a estos simpáticos *touristes*. Vimos entre otros a los señores ministro de Finlandia y su secretario, al marqués de Sousela, al conde de Gouvarinho, al vizconde de Darque, a Guilherme Craft, a Teles da Gama, a Cruges, Taveira, Vilaça, al general Sequeira, al glorioso poeta Tomás de Alencar, etc. Nuestro amigo y colaborador João da Ega nos ha prometido, con el último *shake-hands*, enviarnos sus impresiones de Japón, ese delicioso país de donde nos llegan el sol y la moda. Es una buena noticia para cuantos valoran el sentido de la observación y el espíritu. *Au revoir!*».

Tras aquellas líneas afectuosas (en las que había colaborado Alencar) las primeras noticias de los viajeros llegaron con una carta de Ega a Vilaça desde Nueva York. Era breve, de negocios. Pero adjuntaba un post scríptum titulado «Noticias para los amigos». En él se daba cuenta de la lamentable travesía desde Liverpool, de la pertinaz tristeza de Carlos, de Nueva York cubierto de nieve bajo un sol rutilante. Y añadía: «Se está apoderando de nosotros la embriaguez de los viajes, y estamos decididos a patear este angosto mundo hasta que *cesen nuestras penas*. Contamos con ir a Pekín, pasar la Gran Muralla, atravesar Asia Central, el oasis de Merv, Jiva, y penetrar en Rusia. Desde allí, por Armenia y Siria, bajar hasta Egipto, a calentarnos a orillas del sagrado Nilo. Luego subiremos a Grecia, para saludar desde la Acrópolis a Minerva. Nápoles. Una ojeada a Argelia y Marruecos. Y acabaremos tumbándonos cuan largos somos en Santa Olávia hacia mediados del 79, a descansar los miembros fatigados. No garabateo más porque es tarde, y nos vamos a la Ópera a ver a la Patti en el *Barbero*. Amplio reparto de abrazos para todos los amigos queridos».

Vilaça copió aquel párrafo, y lo llevaba en la cartera para enseñárselo a los fieles del Ramalhete. Todos aprobaron con admiración tan hermosas, tan aventureras jornadas. Sólo Cruges, aterrado ante aquella vastedad del Universo, murmuró tristemente: «Éstos no vuelven».

Pero al cabo de año y medio, un precioso día de marzo, Ega reapareció en el Chiado. Causó sensación. Volvía espléndido, más fuerte, más moreno, soberbio de *verve*, con una *toilette* muy sofisticada, repleto de historias y aventuras de Oriente, no tolerando nada en arte o poesía que no proviniese del Japón o la China, y anunciando un libro, «su libro», bajo un título grave de crónica heroica: *Viaje de Asia*.

—¿Y Carlos?...

—¡Magnífico! Instalado en París, en un delicioso apartamento de los Campos Elíseos. Lleva la vida de un príncipe artista del Renacimiento...

A Vilaça, que participaba del secreto, Ega le confesó que Carlos aún estaba un poco «tocado». Vivía, se reía, conducía su faetón por el Bois, pero en el fondo de su corazón gravitaba, demoledora, negra, la memoria de la «semana terrible».

—Sin embargo los años pasan, Vilaça —añadió—. Y con los años, todo en este mundo, a no ser la China, pasa también.

Pasó aquel año. Nació gente, murió gente. Llegó el tiempo de la mies y el de la caída de la hoja. Nuevos años pasaron.

A finales de 1886, Carlos fue a pasar la Navidad cerca de Sevilla, en casa de un amigo suyo de París, el marqués de Villamediana. Fue desde aquella propiedad de los Villamediana, llamada La Soledad, desde donde escribió a Lisboa, a Ega, anunciando que tras un exilio de casi diez años, había decidido regresar al viejo Portugal, a ver los árboles de Santa Olávia y las maravillas de la Avenida^[157]. Por lo demás, le reservaba una formidable sorpresa, que no le dejaría indiferente. Si le picaba la curiosidad, debía acudir a Santa Olávia, en compañía de Vilaça, y comerían juntos el cerdo.

«Se casa», pensó Ega.

Hacía tres años (desde su última estancia en París) que no veía a Carlos. Por desgracia no pudo acudir a Santa Olávia, postrado con unas anginas en una habitación del Hotel Bragança, tras una cena prodigiosamente divertida con la que había celebrado la noche de Reyes. Vilaça, sin embargo, llevó a Carlos a Santa Olávia una carta en la que Ega, refiriendo su indisposición, le suplicaba que no se demorase mucho con el cerdo en aquellos peñascos del Duero, y que volviese a la gran capital a difundir la buena nueva.

Y así fue, Carlos se demoró poco en Resende. Y una luminosa y suave mañana de enero de 1887, los dos amigos, juntos por fin, almorzaban en un salón del Bragança, con las ventanas abiertas al río.

Ega, ya curado, radiante, con una excitación que no hallaba sosiego, sin parar de tomar café, se ajustaba a cada instante el monóculo para admirar a Carlos y su divina «inmutabilidad».

—¡Ni una cana, ni una arruga, ni el menor asomo de cansancio!... ¡Se lo debes a París! Lisboa es devastadora. ¡Mira cómo estoy yo!

Con dedo delgado, se señaló en la cara chupada los profundos surcos que le flanqueaban la nariz. Pero lo que le aterraba era la calva, una calva que desde hacía dos años se propagaba devastadora, poniendo un brillo ominoso en lo alto de su persona.

—¡Mira este horror! ¡La ciencia halla remedios para todo, excepto para la calvicie! ¡La civilización evoluciona, pero no hay nada que hacer con la calva!... Ya

va cogiendo tonos de bola de billar, ¿no te parece? ¿A qué se deberá?

—A la ociosidad —sugirió Carlos riéndose.

—¡A la ociosidad!... ¡Imposible! En ese caso, tú...

Por lo demás, ¡a qué podía él dedicarse en semejante país! De regreso de Francia, había pensado en entrar en la carrera diplomática. Para eso siempre había tenido su *blague*, y ahora que mamá reposaba en Celorico, en el panteón de la familia, disponía de dinero. Pero se había detenido a considerar el asunto con calma. ¿En qué consistía a la postre la diplomacia portuguesa? En otra forma de ociosidad, vivida en el extranjero, con el constante sentimiento de la propia inferioridad. ¡Antes que eso el Chiado!

Y como Carlos le recordara la política, ocupación de los inútiles, Ega tronó. ¡La política! ¡Eso resultaba moral y físicamente asqueroso desde que el mercantilismo había atacado al constitucionalismo como una filoxera! Los políticos no eran hoy en día sino marionetas, que hacían tal gesto o adoptaban tal postura porque dos o tres financieros les tiraban de los hilos... Con todo y eso, podrían ser marionetas bien moldeadas, de vivos colores. Pero ahí residía el horror. No tenían gracia, no tenían maneras, no se lavaban, no se limpiaban las uñas... ¡Algo extraordinario, que no sucedía en ninguna parte, ni en Rumania ni en Bulgaria! En los tres o cuatro salones de Lisboa en que se recibía a todo el mundo, sin entrar en distinciones, no se aceptaba a la mayoría de los políticos. Y ¿por qué? Porque «¡asqueaban a las señoras!».

—¡Fíjate en Gouvarinho! Dime si recibe en sus martes a sus correligionarios...

Carlos, que sonreía, encantado con aquella vena acerba de Ega, dio un bote en la silla:

—Ah, ¿y la Gouvarinho, nuestra estupenda Gouvarinho?

Ega, paseándose por el saloncillo, le dio las nuevas de los Gouvarinho. La condesa había heredado unos sesenta contos de reis de una tía excéntrica que vivía en Santa Isabel, y ahora tenía mejores coches. Recibía como siempre los martes. Pero estaba enferma de gravedad, algo del hígado o del pulmón. Elegante todavía, muy seria, una terrible flor de *pruderie*... Él, Gouvarinho, seguía como siempre, parlanchín, escribidor, politicastro, muy pagado de sí, ya canoso, dos veces ministro, y cubierto de grandes cruces...

—¿No los has visto en París hace poco?

—No. Cuando fui a dejarles mi tarjeta, se habían marchado la víspera a Vichy...

La puerta se abrió y se oyó un bramido cavernoso:

—¡Por fin aquí, muchacho!

—¡Oh, Alencar! —gritó Carlos, arrojando el cigarro.

Se dieron un abrazo inacabable, con palmadas arrebatadas en los hombros y un beso ruidoso, el beso paternal de Alencar, que temblaba conmovido. Ega había acercado otra silla, y llamaba a voces al mozo:

—¿Tú qué tomas, Alencar? ¿Coñac? ¿Curaçao? ¡Y café, desde luego! ¡Más café! ¡Café muy fuerte para el señor Alencar!

El poeta, entretanto, abismado en la contemplación de Carlos, le cogía las manos, con una amplia sonrisa que descubría unos dientes aún más arruinados. Le encontraba magnífico, un soberbio varón, que honraba a la raza... ¡Ah, París, con su espíritu, su ardiente vida, conservaba de maravilla!...

—¡Y Lisboa es devastadora! —terció Ega—. Hace un momento se lo decía a Carlos. ¡Ven, siéntate, aquí tienes tu café y tu bebida!

Mas era Carlos ahora quien contemplaba a Alencar. Y le parecía más apuesto, más poético, con su blanca melena inspirada, con aquellas hondas arrugas en el rostro moreno, como surcos abiertos por el paso tumultuoso de las emociones...

—¡Tienes una facha estupenda! ¡Estás perfecto para un grabado o una estatua!...

El poeta sonreía, pasándose con complacencia los dedos por los largos bigotes románticos, canos por la edad y amarillecidos por el cigarro. ¡Qué demonios, alguna compensación había de tener la vejez!... Aunque al fin y al cabo, el estómago se portaba bien, y aún conservaba, caramba, su poco de corazón.

—¡Lo que no quita para que por aquí las cosas vayan de mal en peor! Pero no hablemos de eso... Todo el mundo se queja de su país, es un hábito humano. Ya Horacio se quejaba del suyo. Y vosotros, inteligencias superiores, bien sabéis, hijos, que en tiempos de Augusto... Por no hablar de la caída de la República, del desmoronamiento de las viejas instituciones... En fin, ¡dejemos en paz a los romanos! ¿Qué es esa botella? Chablis... No me desagrada el chablis en otoño, con las ostras. Pues un poco de chablis. ¡Por tu regreso, mi querido Carlos! ¡Y por ti, mi querido João! ¡Que Dios os dé la gloria que os merecáis, muchachos!

Bebió. Gruñó: «Buen chablis, *bouquet* fino». Y acabó por sentarse con mucho estrépito, sacudiéndose hacia atrás la blanca melena.

—¡Este Tomás! —exclamaba Ega, posándole con cariño la mano en el hombro—. ¡Es único, no hay otro igual! ¡Dios le hizo un día que estaba *en verve*, y luego rompió el molde!

¡Pamplinas!, decía radiante el poeta. Los había tan buenos como él. La humanidad procedía toda del mismo barro, como pretendía la Biblia, o del mismo mono, como afirmaba Darwin...

—Aunque esas cosas de la evolución, del origen de las especies, del desarrollo de la célula, yo tengo para mí que son... No negaré que Darwin, Lamarck, Spencer, Claude Bernard o Littré son mentes de primera. Pero ¡dejémoslo! ¡Hace unos pocos de miles de años que el hombre viene demostrando, sublimemente, que tiene alma!

—¡Tómate el café, Tomás! —le aconsejó Ega acercándole la taza—. ¡Tómate el café!

—¡Gracias!... Es cierto, João. Le di tu muñeca a la pequeña, y se puso a besarla,

a acunarla, con un profundo instinto maternal, un *quid* divino... Es una sobrinita mía, querido Carlos. Se quedó sin madre, la pobre. Y yo la tengo conmigo, intento hacer de ella una mujer... Tienes que conocerla. Me gustaría que vinieseis un día a cenar a casa, unas perdices a la española... ¿Te quedas algún tiempo, Carlos?

—Sí, una par de semanas, quiero respirar unas bocanadas de aire patrio.

—¡Estupendo, muchacho! —exclamó el poeta empuñando la botella de coñac—. Este país no es tan malo como lo pintan... ¡Mira qué cielo, qué río!

—Sí, es encantador.

Durante unos instantes, los tres se pasmaron ante la incomparable belleza del río, vasto, lustroso, sereno, tan azul como el cielo, con un espléndido sol en lo alto.

—¿Y los versos? —exclamó Carlos de repente, volviéndose hacia el poeta—. ¿Has abandonado el lenguaje de los dioses?

Alencar hizo un gesto de desaliento. Ya nadie entendía el lenguaje de los dioses. El nuevo Portugal sólo comprendía el lenguaje de la libra, del vil metal. Ahora ¡todo eran sindicatos!

—Pero de vez en cuando aún noto que algo me anda por dentro, y el viejo hombre se estremece... ¿No has visto los periódicos?... Claro, no lees esos papeluchos a los que aquí se llama gacetas... He sacado hace poco una cosita dedicada aquí al amigo João. A ver si me acuerdo...

Se pasó la mano abierta por el rostro enjuto, y recitó una estrofa con un dejo de lamento:

*Luz de esperanza, de amor,
¿qué viento te deshojó?
¡Que el alma que te seguía
ya nunca más te encontró!*

Carlos exclamó: «¡Muy bonito!». Ega murmuró: «¡Muy fino!». Y el poeta, entrando en calor, conmovido, esbozó el movimiento de un ala que huye:

*Mi alma, en otro tiempo, otrora,
cuando la luna salía,
tal ruiseñor que despierta,
gorjeaba, revivía.
Pensamientos eran flores,
que el soplo suave de mayo...*

—¡El señor Cruges! —anunció el mozo entreabriendo la puerta.

Carlos alzó los brazos. Y el maestro, con un paletó claro abotonado, se entregó a la efusión de Carlos, balbuciendo:

—Me enteré ayer. Quería haber ido a esperarte, pero no me despertaron...

—Así que todo sigue como siempre —exclamó Carlos alegremente—. Pero ¿es que nunca te despiertan?

Cruges se encogió de hombros, muy colorado, cohibido tras la larga separación. Fue Carlos quien le obligó a sentarse a su lado, enternecido con su viejo maestro, siempre esbelto, con la nariz más aguzada y la melena cayendo más crespa sobre el cuello del paletó.

—¡Déjame que te felicite! Me enteré por los periódicos de tu éxito, de esa preciosa ópera cómica, *La flor de Sevilla*...

—¡De Granada! —terció el maestro—. Sí, bueno, una cosita, no disgustó...

—¡Una belleza! —tronó Alencar sirviéndose otra copa de coñac—. Una música cuajada de Sur, llena de luz, que olía a naranjos... Pero yo ya le he dicho: «¡Déjate de operetas, muchacho, vuela más alto, haz una gran sinfonía histórica!». Hace unos días le di una idea: la marcha de don Sebastián a África. Canciones de marineros, timbales, el llanto del pueblo, el batir de las olas... ¡Sublime! Pero se me dedica a la castañuela... En fin, dejemos el asunto. Tiene mucho talento, y es como si fuera mi hijo, porque de pequeño me manchó muchos pantalones...

Mas el maestro, inquieto, se pasaba los dedos por la melena. Al final, le confesó a Carlos que no podía quedarse, que tenía un *rendez-vous*...

—¿Amores?

—No... Es Barradas, que me está sacando un retrato al óleo.

—¿Con la lira en la mano?

—No —respondió el maestro muy serio—. Con la batuta... Y con chaqué.

Se desabrochó el paletó, y se mostró en todo su esplendor, con dos corales en el plastrón de la camisa, y la batuta de marfil metida en la abertura del chaleco.

—¡Estás estupendo! —afirmó Carlos—. Entonces, ven luego a cenar. Y tú también, Alencar. Quiero escuchar con calma esos hermosos versos... A las seis, en punto, no falléis. He encargado esta mañana una auténtica cena a la portuguesa: cocido, arroz al horno, garbanzos, etc., para matar saudades...

Alencar hizo un gesto de enorme desdén. Jamás el cocinero del Bragança, un franchute miserable, estaría a la altura de aquellos nobles primores de la vieja cocina portuguesa. Pero no se hablase más. Sería puntual, a las seis, ¡para hacer un gran brindis por Carlos!

—¿Vosotros salís, muchachos?

Carlos y Ega iban al Ramalhete, a visitar el caserón.

El poeta declaró que aquello era romería sagrada. Él acompañaría al maestro. Su camino quedaba del lado de Barradas... Joven con talento aquel Barradas... Un poco pobre de color, todo esbozado, con arrepentimientos, pero con su punta de chispa.

—Tuvo una tía, Leonor Barrada... ¡Qué ojos, qué cuerpo! ¡Y no era sólo el

cuerpo! Era el alma, la poesía, el sacrificio... ¡Ya no quedan mujeres así! En fin, a las seis...

—¡A las seis en punto, sin falta!

Alencar y el maestro partieron tras abastecerse de puros.

Y al poco, Carlos y Ega, cogidos del brazo, muy lentamente, enfilaron por la Rua do Tesouro Velho.

Fueron conversando acerca de París, de jóvenes y mujeres que Ega había conocido hacía cuatro años, durante un alegre invierno pasado en los apartamentos de Carlos. Y la sorpresa de Ega, a cada nombre evocado, fue comprobar su breve brillo, el brusco final de aquella juventud alocada. Lucy Cray, muerta. La Conrad, muerta... ¿Y Marie Blond? Gorda, aburguesada, casada con un fabricante de velas de estearina. ¿Y el polaco, el rubio? Huido, desaparecido. ¿Y monsieur de Ménant, aquel donjuán? Subprefecto del departamento del Doubs. ¿Y aquel chico que vivía al lado, el belga? Arruinado en la Bolsa... Y los demás, ¡muertos, desaparecidos, tragados por el lodo de París!

—Bien mirado, muchacho —observó Ega— esta vidita nuestra de Lisboa, sencilla, sosegada, llevadera, es infinitamente preferible.

Estaban en el Loreto. Y Carlos se detuvo para mirar mejor, en aquel su regreso al viejo corazón de la capital. Nada había cambiado. El mismo centinela somnoliento rondaba la estatua triste de Camões. Los mismos reposteros rojos, con blasones eclesiásticos, pendían de las puertas de las dos iglesias. El Hotel Aliança conservaba el mismo aspecto mudo y desierto. Un bonito sol doraba el empedrado. Cocheros tocados como fadistas fustigaban a sus jamelgos. Tres pescaderas, con la canasta en la cabeza, meneaban las caderas, fuertes y ágiles a plena luz. En una esquina, gandules desarrapados fumaban. Y en la esquina de enfrente, en la Casa Havanesa, fumaban también otros gandules, con sus levitas, politiqueros.

—¡Viniendo de fuera, esto es horrible! —exclamó Carlos—. No es la ciudad, es la gente. ¡Una gente feísima, sucia, sin brío, adocenada, amarillenta, doliente!...

—No creas, Lisboa ha cambiado —afirmó Ega muy serio—. ¡Ha cambiado mucho! Tienes que ver la Avenida... Antes de ir al Ramalhete vamos a darnos una vuelta por la Avenida.

Fueron bajando por el Chiado. En la otra acera, los toldos de las tiendas arrojaban sobre el suelo una sombra densa y festoneada. Y Carlos reconocía, apoyados en las mismas puertas, a sujetos a los que había dejado hacía diez años en idéntica actitud, entregados a una idéntica melancolía. Tenían arrugas, canas. Pero allí estaban, mortecinos, ajados, apoyados en los mismos quicios, con sus cuellos postizos a la última moda. Luego, ante la librería Bertrand, Ega, riéndose, tocó a Carlos en el brazo:

—¡Mira quién está ahí, a la puerta de Baltreschi!^[158]

Era Dâmaso. Un Dâmaso barrigudo, lustroso, más pesado, con su flor en la solapa, succionando un gran puro, indolente, con el aire perfectamente embrutecido de un rumiante harto y feliz. Al ver a sus dos viejos amigos, hizo gesto de esquivarlos y refugiarse en la confitería. Pero insensiblemente, irresistiblemente, se halló ante Carlos con la mano abierta y una sonrisa mofletuda, enrojecida.

—¡Cómo! ¿Tú por aquí? ¡Qué gran sorpresa!

Carlos le tendió dos dedos, sonriendo también, indiferente y ajeno al pasado.

—Así es, Dâmaso... ¿Cómo va eso?

—Aquí estamos, en este agujero... ¿Te quedas mucho tiempo?

—Unas semanas.

—¿Estás en el Ramalhete?

—En el Bragança. Pero no te molestes, me paso el día en la calle.

—¡Desde luego!... Yo también he estado en París, hace tres meses, en el Continental...

—¡Ah!... Bien, encantado de verte, ¡hasta siempre!

—Adiós, muchachos. Se te ve bien, Carlos, tienes buena cara...

—Tú que me miras con buenos ojos, Dâmaso...

Y en efecto, en los ojos asombrados de Dâmaso parecía revivir la antigua admiración. Le siguió con la mirada, estudiando por detrás su levita, su sombrero, sus andares, como en los tiempos en que Carlos era para él el espejo de su querido chic, «una de esas cosas que sólo se ven en el extranjero».

—¿Sabes que nuestro Dâmaso se casó? —dijo Ega un poco más adelante, cogiendo otra vez a Carlos del brazo.

Fue una sorpresa enorme para Carlos. ¿Cómo? ¿Nuestro Dâmaso, casado?... Sí, con una hija de los condes de Águeda, gente arruinada, con un montón de chicas. Le habían endilgado a la más joven. Y el increíble Dâmaso, verdadera salvación de aquella distinguida familia, costeaba ahora los vestidos de las mayores.

—¿Es guapa?

—Sí, bonitilla... Hace la felicidad de un mocetón simpático, un tal Barroso.

—¡No me digas! Pobre Dâmaso...

—Sí, pobre, pobrísimo... Pero ya ves, él es feliz, ¡hasta ha engordado con la perfidia!

Carlos se detuvo. Miraba, pasmado, a los extraordinarios balcones de un primer piso, recubiertos, como en día de procesión, con paños rojos con monogramas entrelazados. Se disponía a indagar cuando de entre un grupo parado ante aquel portal festivo surgió un muchacho con pinta de botarate, con la cara imberbe llena de granos, que atravesó rápidamente la calle para gritarle a Ega, ahogándose de risa:

—Si se da usted prisa ¡aún la coge ahí abajo! ¡Corra!

—¿A quién?

—¡A Adosinda!... Vestida de azul, con plumas blancas en el sombrero... ¡Deprisa! João Eliseu le ha metido el bastón entre las piernas y a punto ha estado de dar con ella por tierra... ¡Menuda escena! ¡Dese prisa, hombre!

Con dos zancadas, el muchacho se volvió a su corro, donde ya todos, en silencio, con curiosidad provinciana, examinaban a aquel hombre de tan elevada elegancia, que acompañaba a Ega y al que ninguno conocía. Entretanto Ega le explicaba a Carlos a qué se debían aquellos balcones y aquel corrillo:

—Son los muchachos del Turf, un club nuevo, el antiguo Jockey de la Travessa da Palha. Se apuesta con discreción, y la gente es muy simpática... Y como ves, están siempre preparados por si pasa de pronto el Señor de los Pasos.

Después, bajando hacia la Rua Nova do Almada, refirió el caso de la Adosinda. Había sido en el Silva, hacía un par de semanas. Estaba él cenando con unos amigos tras la función del São Carlos cuando apareció aquella mujer inverosímil, vestida de rojo, exagerando insensatamente las erres, poniendo erres en todas las palabras, y preguntando por el señor «virrsconde»... ¿Qué «virrsconde»? Ella no sabía. «Un virrsconde que se había encontrado en el Crroliseo». Se sentó, le ofrecieron champán, y doña Adosinda comenzó a revelarse como un ser prodigioso. Ellos estaban hablando de política, del ministerio y del *déficit*. Y hete aquí que doña Adosinda declara que conoce muy bien al *déficit*, que es un guapo mozo... ¿El *déficit* un guapo mozo? ¡Carcajada general! Doña Adosinda se enfada, y asegura que ella ya ha estado con él en Sintra, y que es un perfecto caballero y trabaja en el banco inglés... ¿Que el *déficit* trabaja en el banco inglés? ¡Gritos, chillidos, hurras!

Y no cesaron las carcajadas estruendosas, frenéticas, hasta las cinco de la mañana, en que se la rifaron y le tocó a Teles... ¡Una noche estupenda!

—En efecto —dijo Carlos riéndose— una orgía de primera, recuerda a las de Heliogábalo y el conde d'Orsay...

Ega defendió calurosamente su orgía. ¿Dónde se podía encontrar algo mejor, en Europa o en cualquier civilización? Dudaba que se pudiera pasar una noche más alegre en París, en la desoladora banalidad del Grand-Treize, o en Londres, en el correcto y devastador aburrimiento del Bristol. Lo único que hacía la vida tolerable era poder echarse de vez en cuando unas carcajadas. Pero en Europa el hombre refinado ya no reía, todo lo más sonreía, gélidamente, lívido. Sólo nosotros, en este rincón del mundo bárbaro, conservábamos aún ese don supremo, esa cosa bendita y consoladora que es poder troncharse de risa...

—¿Qué diablos miras?

Era el consultorio, el antiguo consultorio de Carlos, donde ahora, a juzgar por el letrero, parecía haber un pequeño *atelier* de costura. Los dos amigos cayeron bruscamente en el recuerdo del pasado. ¡Qué de horas estúpidas había pasado Carlos allí, con la *Revue des Deux Mondes* en las manos, a la espera de pacientes, aún lleno

de fe en las alegrías del trabajo!... ¡Y aquella mañana en que Ega se presentó allí con su espléndido abrigo, dispuesto a transformar de la cabeza a los pies, en un invierno, el viejo y rutinario Portugal!

—¡Menudo fiasco!

—¡Sí! ¡Pero nos reímos lo nuestro! ¿Te acuerdas de aquella noche en que el marqués quería llevar a la Paca al consultorio, para usar el diván, que según él era un mueble de serrallo?...

Carlos lanzó una exclamación melancólica. ¡Pobre marqués! Una de las cosas que más le había impresionado en los últimos años había sido su muerte, de la que se había enterado por una noticia banal de periódico, mientras almorzaba...

Y cruzando el Rossio, caminando más despacio, recordaron a otros ausentes: a doña Maria da Cunha, la pobre, que había acabado hidrópica; a don Diogo, casado al fin con su cocinera; al buen Sequeira, muerto una noche en un coche de punto, a la salida del circo...

—Otra cosa —inquirió Ega—. ¿Has visto a Craft en Londres?

—Sí —dijo Carlos—. Tiene una casa muy bonita cerca de Richmond... Pero está muy avejentado, y se queja mucho del hígado. Por desgracia, abusa del alcohol. ¡Es una lástima!

Después Carlos preguntó por Taveira. Aquel figurín, contó Ega, tenía ahora a las espaldas diez años más de ministerio y de Chiado. Pero la elegancia no la había perdido, ya un poco canoso, siempre liado con alguna española, llevando la voz cantante en el São Carlos, y murmurando todas las tardes en la Havanesa, con aire dulce y contento: «Este país está perdido». En fin, el puro lisboeta fino.

—¿Y el mastuerzo de Steinbroken?

—¡Ministro en Atenas —exclamó Carlos— entre las ruinas clásicas!

Aquella idea de Steinbroken en la vieja Grecia les divirtió enormemente. Ega se imaginó enseguida a Steinbroken, muy tieso con sus cuellos altos, afirmando acerca de Sócrates, con suma prudencia: «*Oh, il est très fort, il est excessivement fort!*». O a propósito de la batalla de las Termópilas, gruñendo, con miedo a comprometerse: «*C'est très grave, c'est excessivement grave!*». ¡Valdría la pena ir a Grecia sólo por verle!

De pronto, Ega se detuvo:

—¡Ahí tienes la Avenida! ¿Eh?... ¿A que no está mal?

En un amplio espacio abierto, donde Carlos dejara el pacífico y frondoso Passeio Público, un obelisco^[159], con pomposas leyendas de bronce en el pedestal, erguía su trazo claro de color azúcar en la fina reverberación de la luz de invierno. Y los anchos globos de los faroles que lo cercaban, batidos por el sol, brillaban transparentes, rutilantes como grandes pompas de jabón que flotarían en el aire. En ambas aceras se alzaban, con alturas desiguales, pesados inmuebles, flamantes y altivos, con la cara

recién lavada, con tiestos de cinc renegrido en las cornisas, y patios de piedra ajedrezados en blanco y negro, donde los porteros chupaban su cigarro. Aquellas dos tíasas filas de casas emperejiladas le recordaban a Carlos las familias que hacía unos años se sentaban a ambos lados del Passeio, después de misa «de una», con sus cachemiras y sus sedas domingueras, a oír a la banda. El pavimento relucía como cal nueva. Aquí y allá un arbusto que otro encogía su follaje pálido y escaso. Y al fondo la colina verde, salpicada de árboles, los terrenos de Vale de Pereiro, ponían un brusco remate campestre a aquel breve brote de lujo barato, que pretendía transformar la vieja ciudad, pero que se había detenido enseguida, sin resuello, entre montones de cascajo.

Sin embargo el aire era limpio y vasto; el sol doraba los cascotes; la divina serenidad de un azul inigualable lo cubría y dulcificaba todo. Los dos amigos se sentaron en un banco, junto a las plantas que orlaban un estanque verdoso y mortecino.

En parejas, por la sombra, los jóvenes se paseaban despacio, con flores en las solapas, los pantalones impecables, los guantes claros fuertemente respunteados en negro. Era la nueva generación que Carlos no conocía. De vez en cuando Ega murmuraba un «hola», saludaba con el bastón. Aquellos jóvenes iban y venían con un airecillo tímido, apocado, como si no estuvieran acostumbrados a tanto espacio, tanta luz, a su propio chic. Carlos no salía de su asombro. ¿Qué hacían allí, en horario de trabajo, aquellos mozalbetes tristes, con su pantalón apretado? No había mujeres. Tan sólo un poco más allá, en un banco, una criatura de aspecto menesteroso, con pañuelo y mantón, tomaba el sol. Y un par de matronas, con abalorios en las manteletas, dueñas de casas de huéspedes, que paseaban al perro de lanas. Así pues, ¿qué pintaban aquellos jóvenes allí? Pero lo que le sublevaba eran las botas de aquellos caballeretes, absurdamente largas, con las puntas aguzadas y retorcidas como proas de barcos...

—¡Esto es fantástico, Ega!

Ega se frotaba las manos. Sí, era definitorio. Porque la mera forma de aquellas botas explicaba el Portugal contemporáneo. La parte daba cuenta del todo. Habiendo abandonado su antiguo estilo, a lo don João VI, que tan bien le iba, este desgraciado Portugal había decidido modernizarse. Pero carente de originalidad, de fuerza, del carácter necesario para crear un estilo propio, mandaba venir modelos del extranjero: modelos de ideas, de pantalones, de costumbres, de leyes, de arte, de cocina... Y como carecía del menor sentido de la proporción, y al mismo tiempo le podía la impaciencia por parecer muy moderno y muy civilizado, exageraba el modelo, lo deformaba, lo retorcía hasta la caricatura. La bota venida de fuera era levemente estrecha en la punta; de inmediato el petimetre portugués la estira, la aguza, hasta convertirla en un alfiler. Por su parte, el escritor portugués lee una página de los

Goncourt o de Verlaine, con su estilo preciosista y cincelado, y de inmediato retuerce, enmaraña, descoyunta su pobre frase, hasta caer en lo delirante y lo burlesco. A su vez, el legislador oye decir que en el extranjero se ha elevado el nivel de la instrucción, y de inmediato pone en el programa de primeras letras la metafísica, la astronomía, la filología, la egiptología, la crematística, la crítica de las religiones comparadas y un sinfín de horrores. Y lo mismo sucede en todas las clases y profesiones, desde el orador al fotógrafo, desde el jurisconsulto al *sportman*... Es lo que pasa con los negros de Santo Tomé, que ven que los europeos llevan lentes y se creen que en eso consiste ser civilizado y blanco. ¿Y qué hacen? Pues ni cortos ni perezosos, tal es su afán de progreso y de ser como el blanco, se calan en la nariz tres o cuatro lentes, claras, ahumadas, hasta de colores. Y de esa guisa se pasean por la ciudad, en tanga, con la nariz muy alta, de trompicón en trompicón, en un desesperado y angustioso esfuerzo por mantener en equilibrio tanto vidrio, y todo por ser enormemente civilizados y blancos...

Carlos se reía:

—Así que esto va de mal en peor...

—¡Fatal! ¡Todo es adocenamiento, imitación! ¡Sobre todo imitación! ¡Ya no hay nada genuino en este miserable país, ni siquiera el pan que comemos!

Carlos, recostado en el banco, con gesto lento, apuntó con su bastón:

—Queda aquello, aquello es genuino...

Señalaba a los altos de la ciudad, a las viejas colinas de Graça y Penha, con el caserío escurriéndose por las laderas reseca y tiznadas por el sol. Arriba se asentaban pesadamente los conventos, las iglesias, las achaparradas viviendas eclesiásticas, que recordaban al fraile craso y cachazudo, a las beatas con mantilla, las tardes de procesión, las hermandades con sus hopas abarrotando los atrios, el hinojo creciendo en las calles, las habas y los altramuces pregonados en las esquinas, los cohetes en loor de Jesús. Y más arriba aún, recortando contra el azul radiante su mísera muralla, estaba el Castillo, sórdido y grosero, desde el que antaño, al son del himno tocado con fagotes, descendía la tropa con pantalón blanco, llamando al amotinamiento. Y a su amparo, en el sombrío barrio de São Vicente y la Catedral, estaban los palacetes decrepitos, con melancólicas vistas del río, con sus enormes blasones en los muros agrietados, y donde, entre maledicencia, devoción y brisca, arrastraba sus últimos días, caquética y testaruda, la vieja Lisboa hidalga.

Ega le dedicó a todo aquello una mirada pensativa:

—Sí, desde luego, acaso sea lo más genuino. Pero ¡tan estúpido, tan seboso! Uno ya no sabe dónde poner los ojos. ¡Aunque lo peor es mirarse al espejo!

Y de repente palmeó la rodilla de Carlos, con un destello en el rostro:

—Mira... ¡Mira quién viene por ahí!

Era una victoria, bien enjaezada, que avanzaba con lentitud y estilo, al trote de

dos yeguas inglesas. Pero fue una desilusión. Sólo iba en ella un muchachito muy rubio, con una blancura de camelia, con bozo, lánguidamente recostado. Saludó a Ega con una bonita sonrisa de virgen. La victoria pasó.

—¿No le conoces?

Carlos hacía memoria.

—¡Es Charlie, tu antiguo paciente!

Carlos dio una palmada. ¡Charlie! ¡Su Charlie! ¡Qué viejos eran!... ¡Y él qué guapo!

—Sí, muy guapo. Es muy amigo de un vejestorio, anda siempre con él... Pero estoy convencido de que venía con su madre, se habrá quedado por ahí paseando. ¿Vamos a ver?

Subieron la Avenida, buscándola. Pero con quien se encontraron fue con Eusèbiozinho. Parecía más fúnebre, más tísico, le daba el brazo a una señora muy fuerte, muy coloradota, embutida en un vestido de seda de color piñón. Iban despacio, tomando el sol. Eusèbio no los vio, cabizbajo y blandengue, ocupado en seguir con sus gruesos lentes negros la lenta marcha de su sombra.

—Ese horror es su mujer —contó Ega—. Tras varias pasiones de lupanar, nuestro Eusèbio se echó esta novia. El padre de la criatura, que es dueño de una casa de empeños, le pilló una noche en la escalera, entregado a ciertos placeres... Le obligaron a casarse con ella. Y desapareció, no le había vuelto a ver... Dicen que la mujer le zurra de lo lindo.

—¡Dios la conserve!

—¡Amén!

Y Carlos, que se había acordado de la paliza que le diera, del asunto de *La corneta*, quiso saber de Palma «Caballón». ¿Aún deshonoraba el Universo con su benemérita presencia? Sí, dijo Ega. Sólo que había abandonado la literatura, se había convertido en el factótum de Carneiro, el antiguo ministro. Le llevaba a la querida del brazo al teatro. Y Carneiro era un buen apoyo en política.

—Llegará a diputado —añadió Ega—. Y tal como van las cosas, a ministro... Se está haciendo tarde, Carlinhos. ¿Cogemos ese coche hasta el Ramalhete?

Eran las cuatro, el breve sol de invierno palidecía.

Cogieron el coche. En el Rossio, Alencar, que pasaba por allí, los vio, se detuvo y agitó ardientemente la mano en el aire. Entonces Carlos exclamó, con una sorpresa que ya había sentido aquella misma mañana, en el Bragança:

—¡Ega, ahora pareces íntimo de Alencar! ¿Cómo es eso?

Ega le confesó que sí, que ahora apreciaba muchísimo a Alencar. Primero, porque en medio de aquella Lisboa postiza, Alencar era el único portugués genuino. Después, porque en aquel ambiente de fullería contagiosa, conservaba una honestidad inquebrantable. Además, era leal, bondadoso, desprendido. Su comportamiento con la

sobrinita era conmovedor. Era mucho más cortés, tenía mejores maneras que los jóvenes. Que empinase el codo un poco más de la cuenta, reforzaba su imagen lírica. Y en fin, en el atolladero en que se hallaba la literatura, el verso de Alencar destacaba por su corrección, su sencillez, por un resto de sincera emoción. En suma, un bardo de lo más estimable.

—¡Ya ves adónde hemos llegado, Carlinhos! No hay nada, en realidad, que caracterice mejor la pavorosa decadencia de Portugal en estos últimos treinta años que este simple hecho: tan por los suelos anda el carácter y el talento que de repente nuestro viejo Tomás, el hombre de *Flor de martirio*, el Alencar de Alenquer, adquiere las proporciones de un genio y un hombre justo.

Aún hablaban de Portugal y sus males cuando el coche se detuvo. Con qué emoción contempló Carlos la severa fachada del Ramalhete, los ventanucos al abrigo del tejado, el gran ramo de girasoles que suplantaba al escudo de armas. Al oír ruido de carruaje, Vilaça salió a la puerta. Llevaba guantes amarillos, estaba más gordo, y todo en su persona, desde el sombrero nuevo a la empuñadura de plata del bastón, revelaba su importancia como administrador, casi señor por obra del largo destierro de Carlos, de aquella vasta casa de los Maia. Les presentó al jardinero, un viejo que vivía allí, con su mujer y su hijo, y que guardaba el caserón desierto. Luego, se felicitó de volver a ver por fin juntos a los dos amigos. Y añadió, golpeando familiarmente a Carlos en el hombro:

—Pues yo, después de separarnos en Santa Apolónia, he ido a tomar un baño al Central, y no me he acostado. ¡Es una gran comodidad esto del *sleeping-car*! Porque en progreso ¡ya nadie gana a nuestro Portugal!... ¿Me necesita usted ahora?

—No, gracias, Vilaça. Vamos a dar una vuelta por la casa... Venga a cenar con nosotros. ¡A las seis! Pero a las seis en punto, que el menú es especial.

Y los dos amigos atravesaron el zaguán. Aún estaban allí los bancos feudales de roble labrado, solemnes como coros catedralicios. Arriba, sin embargo, la antecámara abatía el ánimo, desnuda, sin un mueble, sin una alfombra, con las paredes desconchadas. Las alfombras orientales que antaño colgaban como en una tienda beduina, los platos árabes con reflejos bronceados, la estatua de la «Friolera», cuya desnudez de mármol reía y tiritaba al meter el piecico en el agua, todo aquello embellecía el apartamento de Carlos en París, y en un rincón aguardaban nuevas cajas, prestas a embarcar, que contenían las mejores fayenzas de la Toca. Luego, en el amplio corredor sin alfombras, sus pasos sonaron como en un claustro abandonado. En los cuadros devotos, ahora más negros, destacaba aquí y allá, a la escasa luz, un hombro descarnado de eremita, la mancha lívida de una calavera. El frío cortaba. Ega se levantó el cuello del paletó.

En el salón noble, los muebles con brocado color musgo estaban recubiertos con lienzos de algodón, como amortajados, exhalaban cierto tufo a momia, a trementina y

alcanfor.

Y en el suelo, en la tela de Constable apoyada contra la pared, la condesa de Runa, con su traje carmesí de cazadora inglesa, parecía a punto de dar un paso al frente, abandonando el marco dorado y aquella casa, consumando la dispersión de su progenie...

—¡Vámonos! —exclamó Ega—. ¡Esto está de lo más lúgubre!

Pero Carlos, silencioso y pálido, abrió la puerta del salón de billar. Allí, que era la estancia más grande del Ramalhete, se habían acumulado hacía poco, sin distinción de siglos ni estilos, como en un almacén de *bric-à-brac*, los mejores muebles de la Toca. Al fondo, tapando la chimenea, dominándolo todo con su majestad arquitectónica, estaba el famoso armario del tiempo de la Liga Hanseática, con sus Martes armados, las puertas labradas, los cuatro Evangelistas orando en las esquinas, envueltos en ropajes violentos que un viento de profecía parecía agitar. Carlos descubrió un desperfecto en la cornisa, en los faunos que entre trofeos agrícolas mantenían un combate musical. A uno se le había roto la pezuña cabruna; el otro se había quedado sin su flauta bucólica...

—¡Qué bestias! —exclamó furioso, herido en su amor a las obras de arte—. ¡Un mueble como éste!...

Se subió a una silla para examinar los estragos. Ega, mientras, erraba entre los demás muebles, cofres nupciales, bargueños españoles, aparadores italianos del Renacimiento, recordando la alegre casa de Oliváis que habían adornado, las noches de conversación, las cenas, los cohetes lanzados en honor de Leónidas... ¡Todo era cosa del pasado! De repente dio con el pie en una sombrerera sin tapa, repleta de cosas viejas: un velo, guantes descabalados, una media de seda, cintas, flores artificiales. Eran objetos de Maria, encontrados en algún rincón de la Toca, y depositados allí cuando hubo que vaciar la casa. Y lo más lamentable de todo era que entre aquellos restos de ella, en una promiscuidad de basurero, yacía una chinela de velludo bordada a matiz, ¡una vieja chinela de Afonso da Maia! Ega escondió aprisa la caja, bajo un trozo suelto de tapicería. Después, al ver a Carlos saltar de la silla sacudiéndose las manos, indignado aún, intentó agilizar aquella peregrinación, que le estaba estropeando la alegría del día.

—¡Vamos a la terraza! ¡Una ojeada al jardín y nos marchamos!

Pero aún les quedaba el más triste de los recuerdos, el despacho de Afonso da Maia. La cerradura se resistió. Con el esfuerzo, la mano de Carlos temblaba. Y Ega, conmovido también, rememoraba la estancia tal como era, con sus lámparas Carcel que derramaban una luz rosácea, la chimenea crepitando, el «Reverendo Bonifácio» echado en la piel de oso, y Afonso en su vieja poltrona, con su chaqueta de velludo, sacudiendo la ceniza de la pipa contra la palma de la mano. La puerta cedió, y la emoción se esfumó al instante: absurda y grotescamente, ambos se pusieron a

estornudar como locos, ahogándose con el olor acre de un polvo que les atacaba los ojos, les atontaba. ¡Era cosa de Vilaça, que siguiendo los consejos de un almanaque había hecho esparcir a manos llenas, sobre los muebles, sobre las telas que los cubrían, espesas capas de pimienta blanca! Y asfixiados, sin ver nada, con los ojos empañados por las lágrimas, los dos se retorcían entre penosos estornudos.

Por fin Carlos logró abrir de par en par los batientes de una puerta vidriera. En la terraza moría un resto de sol. Y reviviendo un poco con el aire puro, allí se quedaron en silencio, frotándose los ojos, sacudidos aún por algún que otro estornudo retardado.

—¡Una idea infernal! —exclamó Carlos indignado.

Ega, al salir corriendo con el pañuelo en la cara, se había chocado con un sofá, y se frotaba la espinilla:

—¡Valiente majadería! Y menudo golpetazo que me he dado...

Se volvió a mirar la estancia, en la que todos los muebles yacían bajo blancos sudarios. Y al pisarlo, reconoció el viejo almohadón de terciopelo del bueno de «Bonifácio». ¡Pobre Bonifácio, qué habría sido de él!

Carlos, que se había sentado en el parapeto de la terraza, entre los tiestos yermos, contó el final del «Reverendo Bonifácio». Había muerto en Santa Olávia, resignado, tan obeso que ya no podía moverse. Y Vilaça, víctima de una súbita iluminación poética, la única de su vida de administrador, le había mandado hacer un sepulcro, una simple plancha de mármol blanco, al pie de un rosal, bajo las ventanas de las habitaciones del abuelo.

Ega se sentó también en el parapeto, y los dos se dieron al silencio. Abajo, el jardín, bien enarenado, limpio y frío en su desnudez invernal, había adquirido la melancolía de un retiro olvidado, que ya nadie ama: una herrumbre verdosa, de humedad, cubría los gruesos miembros de la Venus Citerea; el ciprés y el cedro envejecían juntos, como dos viejos amigos en un erial; y más lento que antaño, corría el llanto de la fuente, que gota a gota se desgranaba pesaroso en la pileta de mármol. Y al fondo, como una marina encajonada entre dos edificios, colgaba el paisaje del Ramalhete, su trozo de Tajo y de monte, que en aquel atardecer lucía pensativo y triste: en la cinta de río, un paquebote descendía las aguas y desaparecía, como engullido por la mar incierta; en lo alto de la colina, el molino se había parado, entumecido por el soplo frío del viento; y en los ventanucos de las casas, a la orilla del agua, un rayo de sol moría, fundiéndose poco a poco en la ceniza del poniente, como un resto de esperanza en una cara que se nubla.

En medio de aquel silencio de soledad y abandono, Ega, con los ojos puestos en la lejanía, musitó despacio:

—Pero de ese matrimonio tú no tenías el menor indicio, la menor sospecha, ¿no?

—Nada... Me enteré por una carta suya recibida en Sevilla.

¡Aquella era la formidable noticia de Carlos, la noticia que le había contado a Ega de madrugada, tras los primeros abrazos en Santa Apolónia! Maria Eduarda se casaba.

Así se lo había anunciado a Carlos, por medio de una carta muy sencilla, que le había alcanzado en la finca de los Villamediana. Se casaba. Y no parecía una resolución tomada a la ligera, a instancias de un súbito impulso del corazón; antes bien, un designio lento, largamente madurado. La carta hablaba de que había «pensado mucho, reflexionado mucho». Por lo demás, el novio debía de andar por los cincuenta. De modo que Carlos veía en ello la unión de dos seres maltratados por la vida, desengañados, cansados o asustados de su aislamiento, que advirtiendo cada uno en el otro seriedad de corazón y de espíritu, deseaban compartir el calor, la alegría, el arrojo que aún les quedaba, y afrontar juntos la vejez...

—¿Qué edad tiene ella?

Carlos creía que unos cuarenta y uno o cuarenta y dos. En la carta decía: «Soy seis años y tres meses más joven que mi novio». Él se llamaba Trelain. Y era, claro está, un espíritu con amplitud de miras, libre de prejuicios, de una benevolencia casi misericordiosa, pues la quería conociendo sus yerros.

—¿Lo sabe todo? —exclamó Ega saltando del parapeto.

—Todo no. Ella dice que conoce de su pasado «todos aquellos traspies dados inconscientemente». De esto se deduce que no lo sabe todo... Vamos, que se hace tarde, y aún quiero ver mis habitaciones.

Bajaron al jardín. Durante un instante continuaron en silencio, caminando por la vereda en que antaño florecían los rosales de Afonso. Bajo los ciclamores aún perduraba el banco de corteza. Maria se había sentado en él en su visita al Ramalhete, para atar un ramo de flores que quería llevarse como reliquia. Al paso, Ega cogió una pequeña margarita, que florecía solitaria.

—Ella sigue viviendo en Orléans, ¿no?

Sí, vivía a las afueras de Orléans, en una finca que se había comprado, llamada «Les Rosières». Él debía de vivir cerca, en algún pequeño *château*, pues Maria se refería a él como «vecino». Era, por supuesto, un *gentilhomme campagnard*, de familia seria, acomodada...

—Ella sólo tiene lo que tú le pasas, claro.

—Creía que sabías eso —dijo Carlos—. En fin, ella se negó a recibir su parte de la herencia... Y Vilaça arregló las cosas mediante una donación, equivalente a doce contos de reis de renta...

—Estupendo. ¿Hablabas de Rosa en la carta?

—Sí, de pasada, crece sin problemas... Ya debe de estar hecha una mujer.

—¡Y muy guapa!

Subían la escalera de hierro forjado que desde el jardín conducía a las

habitaciones de Carlos. Con la mano en la puerta vidriera, Ega se detuvo, asaltado por una última curiosidad:

—¿Y qué impresión te hizo todo?

Carlos encendía un puro. Luego, arrojando el fósforo por encima de la barandilla de hierro, tomada por una enredadera, dijo:

—De conclusión, de absoluto remate. Es como si ella hubiera muerto, y con ella todo el pasado, y ahora renaciese bajo otro aspecto. Ya no es Maria Eduarda. Ahora es *madame* de Trelain, una señora francesa. Bajo ese nombre, todo lo que hubo queda sepultado, enterrado muy hondo, acabado para siempre, sin dejar memoria siquiera... Fue la impresión que me hizo.

—¿Nunca te has encontrado en París con el señor Guimarães?

—No. Habrá muerto.

Entraron en su cuarto. Vilaça, suponiendo que Carlos acudiría al Ramalhete, había mandado que lo arreglaran. Todo tenía un aire gélido, con el mármol de las cómodas desempolvado y desierto, una vela intacta en una palmatoria solitaria, y en la cama sin colgaduras la colcha de fustán con los dobleces marcados. Carlos dejó el sombrero y el bastón encima de su antigua mesa de trabajo. Después, como resumiendo, dijo:

—¡Lo que es la vida, Ega! Aquí, en este cuarto, durante varias noches, tuve la certeza de que todo se había acabado para mí... Pensé en matarme, en refugiarme en la Trapa. Todo fríamente, de la forma más lógica. Y diez años después, aquí me tienes de nuevo...

Se detuvo ante el alto espejo suspendido de dos columnas de roble labrado, se atusó el bigote y concluyó melancólico:

—¡Y más gordo!

Ega derramaba también una mirada pensativa por el cuarto:

—¿Te acuerdas de la noche en que me presenté aquí hecho un manojo de nervios, vestido de Mefistófeles?

Carlos dio un grito. ¡Y Raquel! ¿Qué había sido de Raquel, de aquel lirio de Israel?

Ega se encogió de hombros:

—Por ahí anda, muy estropeada...

Carlos murmuró: «¡Pobre!». Y fue cuanto dijeron acerca de la gran pasión romántica de Ega.

Carlos se acercó a examinar, junto a la ventana, un cuadro olvidado, vuelto contra la pared. Era el retrato de su padre, Pedro da Maia, con los guantes de cabritilla en la mano, los grandes ojos árabes en la cara triste y pálida, que el tiempo había amarillecido. Lo puso encima de una cómoda. Y sacudiéndolo levemente con el pañuelo, dijo:

—¡No hay nada que me apene tanto como no tener un retrato de mi abuelo!... De cualquier modo, éste me lo voy a llevar a París.

Ega, hundido en el sofá, le preguntó si en los últimos años no había pensado, no había deseado volver a Portugal...

Carlos le miró espantado. ¿Para qué? ¿Para arrastrarse tristemente desde el Grémio a la Casa Havanesa? ¡No! París era el único lugar del mundo que congeniaba con el tipo que él había asumido, el de «hombre rico que vive bien». Paseo a caballo por el Bois; almuerzo en el Bignon; una vuelta por el *boulevard*; una hora en el club con los periódicos, su poco de florete en la sala de armas; la noche en la Comédie Française o en una *soirée*; Trouville en verano, la caza de la liebre en invierno; y a lo largo del año, las mujeres, las carreras, cierto interés por la ciencia, el *bric-à-brac*, su poco de *blague*. Nada más inofensivo, más inútil y más agradable.

—¡Una auténtica existencia de hombre! En diez años no me ha ocurrido nada digno de mención, a no ser cuando se me partió el faetón en la carretera de Saint-Cloud... Salí en el *Figaro*.

Ega se levantó e hizo un gesto desolado:

—¡Hemos fracasado en todo!

—Creo que sí... Pero más o menos todo el mundo fracasa. Es decir, que nunca se realiza la vida que proyectamos en la imaginación. Decimos: «Voy a ser así, porque es hermoso ser así». Y nunca somos así, sino *asado*, como decía el pobre marqués. A veces mejores, pero siempre diferentes.

Ega concordó, lanzando un suspiro mudo, poniéndose los guantes.

El cuarto se entenebrecía a la luz fría y melancólica del crepúsculo invernal. Carlos también se puso el sombrero. Bajaron la escalera forrada de velludo color cereza, en la que aún colgaba, con un aspecto mortecino y oxidado, la panoplia de armas antiguas. Ya en la calle, Carlos se detuvo y echó una larga mirada al caserón sombrío, que en aquella primera penumbra adquiría visos más marcados de residencia eclesiástica, con sus muros severos, su hilera de ventanucos cerrados, con telarañas en las rejas de las ventanas del piso bajo, mudo, para siempre deshabitado, revistiéndose ya de tonos de ruina.

El alma le dio un vuelco, y murmuró, cogiendo a Ega del brazo:

—¡Es curioso! ¡Sólo viví dos años en esta casa, y me parece que en ella estuviese encerrada mi vida entera!

A Ega no le extrañaba. Sólo allí, en el Ramalhete, había él disfrutado de aquello que da sabor y realce a la vida: la pasión.

—Hay muchas otras cosas que dan valor a la vida... ¡Eso es una vieja idea de romántico, mi querido Ega!

—¿Y qué somos nosotros? —exclamó Ega—. ¿Qué hemos sido desde el colegio, desde el examen de latín? Románticos: ni más ni menos, individuos inferiores que se

guían en la vida por el sentimiento, no por la razón...

Pero Carlos se preguntaba si en el fondo eran más felices los individuos que se guiaban únicamente por la razón, que nunca prescindían de ella, que se torturaban por mantenerse en su línea inflexible, secos, rígidos, lógicos, siempre sin emoción...

—Creo que no —dijo Ega—. Vistos por fuera, son desoladores. Y por dentro, a sus propios ojos, deben de estar desolados. La prueba es que en este agradable mundo, o uno es un insensato o es un desaborido...

—Resumiendo: que no vale la pena vivir...

—¡Depende del estómago que se tenga! —sentenció Ega.

Los dos se rieron. Luego, otra vez en serio, Carlos expuso su teoría de la vida, la teoría definitiva por él deducida a partir de su experiencia, y por la que ahora se guiaba. Era el fatalismo musulmán. No desear nada, no temer nada... No darse ni a la esperanza ni a la desilusión. Aceptarlo todo, lo que viene y lo que se va, con la naturalidad con que se acoge la alternancia de días suaves y días inhóspitos. Y partiendo de semejante placidez, dejar que este fragmento de materia organizada al que llamamos Yo se vaya deteriorando y descomponiendo hasta volver a perderse en el infinito Universo... Sobre todo, no apetecer nada. Y más que ninguna otra cosa, no contrariarse.

En líneas generales, Ega convenía. Hasta la fecha, su principal convicción era la inutilidad de todo esfuerzo. No valía la pena dar un paso por alcanzar nada, porque a la postre todo era, como ya enseñó el sabio del Eclesiastés, desilusión y polvo.

—Si me dijeran que por apresurar el paso iban a ser más una fortuna como la de los Rothschild o la corona imperial de Carlos V, no lo aceleraría lo más mínimo... ¡No! No abandonaría este pasito lento, prudente, correcto, el único apropiado en la vida.

—¡Ni yo! —añadió Carlos con una convicción decisiva.

Y ambos caminaron más despaciosamente, descendiendo hacia la Rampa de Santos, como si aquél fuera en verdad el camino de la vida, a cuyo término sólo hallarían desilusión y polvo, y por el que no debiesen avanzar sino con lentitud y desdén. Ya avistaban el Aterro, su larga hilera de luces. De repente, Carlos hizo un gran gesto de contrariedad:

—¡Vaya! ¡Y yo que venía de París pensando en comerme un buen plato de morcón con guisantes, y se me ha olvidado encargarlo para la cena!

Ya debía de ser tarde, recordó Ega. Carlos, hasta aquel momento enzarzado en memorias del pasado y en síntesis de la existencia, pareció tomar conciencia inesperadamente de que la noche caía, de los faroles encendidos. Bajo una luz de gas consultó su reloj. ¡Eran las seis y cuarto!

—¡Diablos!... ¡Y yo que he insistido a Vilaça y a los muchachos en que estén en el Bragança a las seis en punto! ¡Y no hay ningún coche a la vista!

—¡Mira! —exclamó Ega—. ¡Un tranvía! ¡Creo que lo cogemos!

—¡Sí, lo cogemos!

Los dos amigos apresuraron el paso. Y Carlos, que había arrojado el puro, iba diciendo, mientras el aire fino y frío les cortaba la cara:

—¡Qué rabia haberme olvidado del morcón! En fin, resignación. Al menos hemos dilucidado la teoría definitiva de la existencia. Es cierto, no vale la pena hacer el menor esfuerzo, correr detrás de nada...

Ega, a su lado, sin resuello, añadió, estirando al máximo sus delgadas piernas:

—No, ni del amor, ni de la gloria, ni del dinero, ni del poder...

A lo lejos, en la oscuridad, la linterna roja del tranvía se detuvo. Y una esperanza, un arrebató les dominó:

—¡Lo cogemos!

—¡Lo cogemos!

De nuevo la linterna se deslizó y huyó. Decididos a no perder aquel tranvía, los dos amigos echaron a correr desesperadamente por la Rampa de Santos, por el Aterro, bajo la primera luz de la luna.

Notas

[1] La traducción del nombre de la vivienda sería «Ramillete». <<

[2] Fue reina de Portugal de 1777 a 1816. <<

[3] Juan de Médicis (1475-1521), papa de 1513 a 1521, mecenas florentino. <<

[4] Reinó en Portugal de 1706 a 1750. <<

[5] En la época, población residencial a las afueras de Lisboa. <<

[6] Para la lectura de la novela, conviene tener en cuenta las siguientes referencias: en la época, la unidad monetaria era el real, plural reis; 1 tostón equivalía a 100 reis; 1 cruzado a 400 reis; 1 mil-reis era, simplemente, 1000 reis; 1 libra equivalía a 4500 reis; 1 conto de reis era igual a 1 millón de reis. <<

[7] Fábrica bretona de fayenzas, de importancia desde mediados del siglo XVIII. <<

[8] Localidad en la desembocadura del Tajo, frontera a Lisboa. <<

[9] Conquistadores portugueses. <<

[10] En los siguientes pasajes se alude a la convulsa situación política portuguesa a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, caracterizada por la oposición entre absolutistas y liberales. Lideraba la primera facción el infante don Miguel, hijo menor de João VI. El enfrentamiento entre ambos bandos tuvo sus puntos álgidos en la rebelión liberal de 1820 y en el golpe conservador conocido como *Abrilada* (1824), que el rey, que se había avenido a ciertas reformas, logró someter. Un absolutismo moderado caracterizó el reinado de João VI; a su muerte (1826), el nuevo rey, Pedro IV, a la sazón emperador de Brasil, otorgó una Carta Constitucional y abdicó en favor de su hija, Maria II, menor de edad. El infante don Miguel, designado regente, no tardó en proclamarse rey (1828) e instaurar un régimen absolutista que empujó al exilio al movimiento liberal. Desde Inglaterra, los constitucionalistas reorganizaron sus fuerzas, y en 1832 desembarcaron en Portugal; fue el inicio de una guerra civil que concluyó en 1834 con el restablecimiento de la monarquía constitucional en la figura de Maria II. <<

[11] En la batalla de Ourique (1139) los portugueses derrotaron a los musulmanes. <<

[12] En 1822, en el marco político a que se refieren estas páginas, un campesino halló en Carnaxide, localidad vecina a Lisboa, una estatua de la Virgen, tomándola por una visión; los absolutistas interpretaron tal aparición como un gesto divino de apoyo a sus designios. <<

[13] Se refiere a las carreras de caballos de Epsom. <<

[14] De la comarca de Alter do Chão, Alentejo. <<

[15] En Queluz, localidad cercana a Lisboa, residía la corte portuguesa. <<

[16] Las Cortes que en julio de 1828 proclamaron rey a don Miguel. <<

[17] Mujer de João VI, madre de don Pedro y don Miguel. <<

[18] En 1828, proclamado rey don Miguel, la oposición liberal, encabezada por el marqués de Palmela, se alzó militarmente en Oporto y otros puntos del país. Derrotada, abandonó la ciudad en un buque inglés, el «Belfast». Un pequeño contingente huyó hacia Galicia; en La Coruña, el «Belfast» los recogió rumbo a Plymouth. <<

[19] Entre los liberales, la tendencia moderada tildaba de *vintistas* o jacobinos al sector radical, apegado a los principios de la Revolución de 1820. <<

[20] Muerto en 1777. <<

[21] Café de la Lisboa del momento, en el Chiado. <<

[22] Teatro de la Ópera de Lisboa. <<

[23] Casa de modas francesa establecida en el Chiado de Lisboa. <<

[24] A lo largo de toda la novela, las menciones al Chiado se refieren indistintamente al barrio así denominado y a su calle principal, antaño Rua do Chiado, hoy Rua Garrett. <<

[25] Entonces zona residencial a las afueras de Lisboa. <<

[26] Sobrenombre del cruzado nuevo, moneda portuguesa. <<

[27] Durante el reinado de Maria II (1834-1853), prosiguieron las intentonas involucionistas; los hermanos Cabral, ministros del Reino, fueron los adalides de esta tendencia. <<

[28] En una fase de dominio *cabralista*, Saldanha, varias veces primer ministro con Maria II, desairado por Palacio (1849), encabezó la oposición. Tras pronunciarse militarmente en 1851, la Reina le encargó la formación de un nuevo gobierno; fue el comienzo del periodo conocido como Regeneración, que proporcionó cierta paz y estabilidad al país. <<

[29] Dom Fuas Roupinho fue un héroe del medievo portugués. <<

[30] Batalla célebre en Portugal (1385), en la que los portugueses derrotaron a Castilla. <<

[31] Ciudad frontera a Lisboa, del otro lado del Tajo. <<

[32] Pequeña población portuguesa fronteriza con Galicia. <<

[33] Vino portugués, blanco y seco; es denominación de origen. <<

[34] Vino portugués, preferentemente tinto; es denominación de origen. <<

[35] Cementerio de Lisboa. <<

[36] Alusión a la fórmula latina *nemine discrepante* («por unanimidad»), antaño usada en el mundo académico. <<

[37] En la época, localidad cercana a Coimbra; hoy forma parte de la ciudad. <<

[38] Localidad de la región del Miño. <<

[39] Alusión a una novela de Alexandre Herculano titulada *Eurico o Presbítero* (1844). <<

[40] Nótese que a lo largo de toda la novela las prostitutas o entretenidas son españolas. <<

[41] Ambas expresiones, en español en el original. <<

[42] Antonio Feliciano de Castilho (1800-1875), escritor romántico portugués. <<

[43] Claude Bernard (1813-1878), uno de los padres de la fisiología moderna. <<

[44] El duque de Morny (1811-1865), hermano uterino de Napoleón III, fue el político de moda durante el Segundo Imperio. <<

[45] Referencia a la fusión (1876) del partido Reformista y el partido Histórico, que dio lugar al partido Progresista. <<

[46] Barrio de Lisboa, cercano al de Belém. <<

[47] En 1793 fue decapitado Luis XVI y se instauró en Francia un gobierno revolucionario. <<

[48] En Estrasburgo se produjo mucha de la mejor fayenza del siglo XVIII. <<

[49] Localidad costera vecina a Oporto. <<

[50] Calle comercial de la Baixa lisboeta; simboliza aquí la mediocridad pequeñoburguesa. <<

[51] Teatro de Lisboa, en el Chiado. <<

[52] Léon Gambetta (1838-1882), político francés liberal, proclamó la República en 1870. <<

[53] Carcel: lámpara de aceite; data de 1800; debe su nombre a su inventor. <<

[54] Se trataba de un teatro popular. <<

[55] Mac-Mahon (1808-1893), mariscal de Francia y político francés, aplastó la Comuna (1871) y fue presidente de la República (1873-1879); en colaboración con el duque de Broglie (1821-1901), a la sazón primer ministro, impuso un severo régimen de orden. Jules Grévy (1807-1891) reemplazó a Mac-Mahon en la presidencia de la República. Existe una falta de concordancia temporal entre la acción principal de la novela, desarrollada en los años 1875-1877, y los hechos históricos aludidos en este pasaje, acaecidos en 1879. <<

[56] *The Punch* o *The London Charivari*, periódico satírico ilustrado, fundado en 1841. <<

[57] El de la Carta Constitucional de 1826. <<

[58] En Lisboa, avenida que bordea el Tajo desde el Cais do Sodré en dirección al mar; hoy recibe el nombre de Avenida 24 de Julho. De constante mención a lo largo de toda la novela. <<

[59] El actual Largo do Chiado recibía antaño el nombre de Largo do Loreto. <<

[60] George Bryan Brummell, también conocido como Beau Brummell (1778-1840), prototipo de dandy. <<

[61] Refinado club de la Rua de São Francisco, hoy Rua Ivens, en el Chiado; se fundó en 1846. <<

[62] Casa de tabacos del Chiado, lugar de encuentro y tertulia. <<

[63] *Les Huguenots* (1836), ópera de Meyerbeer. <<

[64] La Compañía: monopolio estatal de alquiler de coches de caballos. <<

[65] Torre defensiva del París antiguo, demolida en 1663. <<

[66] El Priorato de Crato, de la orden de Malta, fundado en el siglo XIII, fue testigo de importantes avatares de la historia portuguesa. <<

[67] Calle de Oporto en que antaño se concentró la explotación inglesa del vino de oporto, símbolo por ello de la industria y el comercio en contraposición al cultivo de las artes. <<

[68] Rhoda Broughton (1840-1903), novelista inglesa. <<

[69] Localidad vecina a Lisboa. <<

[70] Posible alusión chusca, pues «tomates», en portugués, vale por «testículos». <<

[71] Se conoce como locería de Rato a la de la Real Fábrica portuguesa de fayenzas, fundada en 1767 en Lisboa. <<

[72] Francisco Rodrigues Lobo (1574-1621), poeta portugués. <<

[73] Antaño, la prostitución y el cante del fado se concentraban y entremezclaban en el Barrio Alto; en la mujer, los límites entre prostitución y fado eran borrosos. <<

[74] Séptimo volumen de la serie Les Rougon-Macquart, publicado en 1877. <<

[75] Tras el fin del cabralismo. <<

[76] El 1 de diciembre de 1640 es la fecha en que Portugal restauró su soberanía, tras sesenta años bajo la corona española. <<

[77] En la Lisboa de la época, se denominaba Passeio Público a un parque situado en la Baixa; en 1882, la expansión de la ciudad hacia el Norte, con la creación de la Avenida da Liberdade, acabó con él. <<

[78] La Arcada es el Terreiro do Paço, más conocido fuera de Portugal como Praça do Comércio; el palacio de São Bento es la sede del Parlamento portugués, en el barrio de Estrela. <<

[79] Alenquer: población a unos 50 km al norte de Lisboa. <<

[80] Localidad de la región del Miño. <<

[81] El conde d'Orsay (1798-1852) llevó una vida aventurera; prototipo de dandy y de brillante *causeur*. <<

[82] En alusión al héroe de *Antony* (1831), drama romántico de Alexandre Dumas padre. <<

[83] Alusión al *Manfred* (1817) de Byron, prototipo de figura romántica atormentada.

<<

[84] En la batalla de Alcazarquivir (Marruecos, 1578), las tropas musulmanas derrotaron a las portuguesas y dieron muerte al legendario rey don Sebastián. <<

[85] Lapa era, y es, el barrio más distinguido de la Lisboa histórica. <<

[86] Población cercana a Lisboa, hoy un barrio de la ciudad. <<

[87] João V, rey de Portugal de 1706 a 1750, célebre por su vida amorosa. <<

[88] Reinó de 1495 a 1521. <<

[89] Antigo hotel de Lisboa. <<

[90] *L'Africaine* (1865), ópera de Meyerbeer. <<

[91] Marqués de Pombal (1699-1782): primer ministro del rey José I, prototipo en Portugal de déspota ilustrado. <<

[92] Economista francés (1816-1901). <<

[93] «Astuto, mañoso, espabilado.» <<

[94] Son características de Sintra sus quesadillas (*queijadas*). <<

[95] Me resisto a traducir este término tan característico de la cultura popular portuguesa. Se denominaba así a los hortelanos de los alrededores de Lisboa. Por extensión, se emplea en la actualidad para denotar orígenes campesinos o tildar a alguien de paleta. <<

[96] Localidad vecina a Sintra. <<

[97] Población inmediata a Sintra. <<

[98] En el arte portugués, se denomina estilo manuelino al surgido durante el reinado de don Manuel (1495-1521); se caracteriza por cierta exuberancia ornamental. <<

[99] En español en el original. <<

[100] Alexandre Herculano (1810-1877), escritor e historiador portugués, prohombre de las letras de su tiempo. <<

[¹⁰¹] El Hotel Lawrence, el primero que abrió sus puertas en Portugal, databa de 1780; en él se hospedó Byron en 1809. <<

[102] Los dos últimos versos aluden al sentido literal del topónimo Seteais: «Siete ayes». <<

[103] En Mafra, localidad cercana a Lisboa y a Sintra, se halla el Convento de Mafra (1730), residencia ocasional de los reyes de Portugal. <<

[104] Almeida Garrett (1799-1854), poeta romántico portugués. <<

[105] Ernest Caperdu (1826-1868), dramaturgo y folletinista francés. <<

[106] Apodo del cochero de punto; equivaldría a «el Zurdo». <<

[107] Peluquero; estaba instalado en el Chiado. <<

[108] Una de las estaciones de ferrocarril de Lisboa, junto al Tajo. <<

[109] Vale aquí por «mozo de cuerda». <<

[110] Eugéne Scribe (1791-1861), escritor francés, autor de comedias, vodeviles y libretos de ópera. <<

[111] Cantante de fados, fadista, y por extensión golfo, rufián. <<

[112] En español en el original. <<

[113] En español en el original. <<

[114] *Le Prophète* (1849), ópera de Meyerbeer. <<

[115] A finales del siglo XVIII, el duque d'Aumont puso de moda un coche tirado por cuatro caballos y guiado por dos postillones. <<

[116] Barrio al norte de Lisboa. <<

[117] Armand Trousseau (1801-1867), médico francés, autor de *Clinique médicale de l'Hôtel-Dieu*. <<

[118] Octave Feuillet (1821-1890), autor de inspiración burguesa y tono moralizante, muy popular entre el público femenino; los románticos le apodaron «el Musset de las familias». <<

[119] Al final de su vida, Alexandre Herculano se retiró al campo y se dedicó a la agricultura. <<

[120] Vivió de 1767 a 1826. <<

[121] Enrique el Navegante (1394-1466), príncipe de Portugal, patrono de la navegación. <<

[122] [Obra de Afonso de Albuquerque \(1507\).](#) <<

[123] En español en el original. <<

[124] En español en el original. <<

[125] En alusión al Convento dos Capuchos (1560), en Sintra. <<

[126] Hotel de la época. <<

[127] De las locerías de Nevers, en auge durante el siglo xvii. <<

[128] De las fábricas de fayenza de Delft, de importancia durante el siglo xvii. <<

[129] «La Guarida, el Refugio» <<

[130] En español en el original. <<

[131] De las fábricas de fayenza de Marsella, de importancia durante el siglo XVIII. <<

[132] De las fábricas de porcelana de Derby, florecientes durante la segunda mitad del siglo XVIII. <<

[133] De las locerías de la marca Wedgewood, fundada por Joauah Wedgewood, (1730-1795), el principal ceramista inglés. <<

[134] Se refiere al Hotel Vitor, elegante hotel de la época. <<

[135] El convento de Odivelas, próximo a Lisboa, de monjas bernardas, es conocido por la fastuosa vida mundana que en él se llevó durante el siglo XVIII, y en particular por las aventuras galantes que el rey João V mantuvo con una de sus monjas, sor Paula (Paula Teresa da Silva, 1701-1768) «gentilísima pecadora». <<

[136] Importante teatro del París decimonónico. <<

[137] Se trata de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. <<

[138] Henri Rochefort (1831-1913), periodista y político francés, adversario del Imperio, partidario de la Comuna. <<

[139] Denominación francesa de la porcelana de Meissen. <<

[140] Casa de modas, en el Chiado. <<

[141] Luís I, el entonces rey de Portugal; reinó de 1861 a 1889. <<

[142] En español en el original, como la réplica. <<

[143] Partido político de la época de la Regeneración. <<

[144] Henri Lacordaire (1802-1861), dominico francés; desarrolló una intensa actividad política y periodística. <<

[145] Referencia a la Tapada da Ajuda, bosquecillo que circunda el Palacio Real de Ajuda, en Lisboa. <<

[146] La Praça do Comercio o Terreiro do Paço; por sus soportales se accede a los ministerios, instalados en los edificios que configuran la plaza. <<

[147] Canción popular portuguesa. <<

[148] Población inmediata a Lisboa, en la desembocadura del Tajo; hoy integrada en la ciudad. <<

[149] Político portugués (1801-1862). <<

[150] Explorador portugués (1500-1548); fue virrey de las Indias portuguesas. <<

[151] Localidad vecina a Lisboa, en la otra orilla del Tajo. <<

[152] María Felicia Malibran (1808-1836), mezzosoprano española, una de las voces más celebres de su tiempo <<

[153] En español en el original. <<

[154] En español en el original. <<

[155] Ambas expresiones en español en el original. <<

[156] Localidad próxima a Lisboa, punto en que se bifurcan la línea ferroviaria que va al Norte y la que conduce a España; de ahí su nombre: «Cruce de caminos». <<

[157] Se refiere a la hoy muy conocida Avenida da Liberdade, inaugurada en 1882 y con la que se inició la construcción de la Lisboa moderna. <<

[158] Una confitería. <<

[159] Es el obelisco de la actual Praça dos Restauradores, erigido en 1886 en conmemoración de la restauración de la soberanía nacional, en manos de España entre 1580 y 1640. <<